LUIS BOLÍVAR TROYA

TRAS EL FUEGO *las* CENIZAS

Un tesoro desaparecido, una sociedad secreta, un muchacho desaparecido y un hombre asesinado son acontecimientos relacionados que Carles y Ernesto intentarán descubrir.

Barcelona, enero de 1940. Un hombre escribe un extraño mensaje con su propia sangre antes de morir asesinado. Ernesto y Carles vuelven con un nuevo caso, un muchacho ha desaparecido durante la Guerra Civil. Carles recibe una carta de su mujer, un año después de su muerte, y en ella le confiesa que un asesino la perseguía. Una peligrosa banda busca un tesoro desaparecido, mientras una sociedad secreta, relacionada con los cátaros, se mueve en la sombra buscando un preciado objeto robado. Aunque parecen hechos aislados, los policías descubrirán que todos estos acontecimientos están unidos entre sí, los fantasmas del pasado se hacen presente por medio de lazos invisibles. Cada paso les acercará un poco más a la verdad, cada descubrimiento se convertirá en una dura prueba para los protagonistas.

Luis Bolívar Troya

Tras el fuego las cenizas

LOS LAZOS INVISIBLES

SEGUNDA PARTE

Ernesto Delgado & Carles Gil

2

Título original: *Tras el fuego de las cenizas*
Luis Bolívar Troya, 2023

-

Revisión: 1.0

24/04/2023

La libertad nunca es dada; se gana.

PHILIP RANDOLPH (1889 - 1979).

DRAMATIS PERSONAE

Carles Gil. Protagonista. Capitán republicano.

Ernesto Delgado. Capitán del ejército franquista. Policía de Valladolid.

Dolors Queralt. Esposa de Carles Gil.

Anna Ferré. Madre de Carles.

Enric Queralt. Hermano de Dolors.

Elvira. Esposa de Enric.

Hamed. Conductor y compañero de Carles y Ernesto.

Helena Seguí. Novia de Ernesto.

Guillermo Seguí. Hijo de Helena.

Lena Vallés. Novia de Guillermo.

Toni Vallés. Padre de Lena.

Josep Viñas. Sindicalista asesinado.

Sara Castells. Amiga de Helena.

Rick Wallace. Escocés. Espía y amigo de Carles.

Gonzalo. Policía. Pertenece al SIPM.

Marco Venado. Policía que forma parte de la brigada.

Florencio López. Médico forense del Hospital Sant Pau.

Percha. Confidente de Carles. Se desconoce su nombre.

Mercurio. Confidente de Carles.

Robert Estrach. Antiguo dueño del Delfín de oro.

Juan Fonseca. Profesor universitario, especialista en lenguas muertas.

Jorge Deleune. Policía republicano.

August García. Médico del Hospital Clínic.

Josep Santaló. Gran empresario barcelonés. Padre de Helena.

Joan Foix. Médico traumatólogo del Hospital Clínic durante la guerra.

Antoni Fuguet. Antiguo empresario.

Ana Fuguet. Hija de Antoni Fuguet, antiguo propietario del palacio de hiedra.

Samuel. Monje que permanece escondido en el palacio de hiedra.

Mauri. Conductor de camión y vecino de Lena.

Alex. Espía inglés, amigo de Guillermo.

Soto. Trabajador de la serrería.

Mario. Trabajador de la serrería, amigo de Guillermo.

Francisco Solana. Empresario barcelonés que hizo fortuna en la construcción.

Fazio. Tatuador italiano.

Litus. Espía italiano. Usa diferentes nombres.

León Cortaza. Delincuente, asesino de Segundo Marimón.

Tobías. Delincuente de la banda de León.

Francesc Palau. Delincuente de la banda de León.

Tarso. Delincuente de la banda de León.

Valeri. Trabajaba en un taller mecánico. Asesinado en enero de 1939.

Josep Vintaló. Dueño del taller.

Vicente Santos. Dueño de la masía de la Trinidad.

Arnau Massip. Amigo de Valeri.

Aaron Boix. Contrabandista. Realizaba extraperlo.

Manuel Boix. Contrabandista. Hermano de Aaron.

Blai. Compañero de Manuel Boix. Le apodan el Seisdedos.

Dídac García. Compañero de Jorge Deleune.

Asesino del estilete. Asesino del cual se desconoce el nombre, tan solo el arma que utiliza.

EN EL ALMACÉN

Enero, 1939

Aquel momento sabía que llegaría. Lo había padecido durante los tres últimos años, pero hasta ese momento siempre se había librado del peligro. Los aviones alemanes se acercaban y, con ellos, la muerte y destrucción de una población que había resistido con firmeza y coraje los bombardeos continuos. Pero en aquel instante todo era diferente. El frente se había venido abajo y las tropas franquistas avanzaban sin recibir apenas oposición. Era cuestión de días que entraran en Barcelona.

Le parecía increíble que una cosa que la había tenido tan preocupada anteriormente ya hubiera perdido sentido. Toda su atención estaba en otra parte.

Un pequeño ruido la alertó y su corazón dio un vuelco. Sabía que él estaba allí, en alguna parte, esperando para cazarla. Lo sospechaba. Su intuición le decía que ni Gabriel ni Ernest habían podido eliminarlo. De otra manera, ella lo habría percibido. Sin duda se arrepentía de haber hecho caso a Simón. Esta situación la podía haber evitado.

El sordo rumor de los aviones permanecía en el aire. Ella podía notarlo, de la misma manera que sentía como su

corazón, desbocado, parecía salírsele del pecho. Lo propiciaba el silencio absoluto que reinaba en el almacén de la dársena del puerto de Barcelona. El comienzo de un ataque de ansiedad amenazaba con adueñarse de su organismo. Debía reprimirlo, sabía que debía hacerlo. No tenía otra opción si quería salir con vida. Si se dejaba dominar por el pánico seguramente cometería algún error y eso era lo que él debía estar esperando. Su mano se deslizó dentro del bolsillo del abrigo verde y tocó la Biblia, aquel libro de tapas plateadas que se había llevado sin darse cuenta. Ello contribuyó a tranquilizarla.

Poco a poco fue desplazándose en la oscuridad del almacén. Intentó no hacer ruido. Hacía ya bastante rato que no se oía nada. La nave era grande y al fondo, tras los ventanales, podía observar la oscuridad de la noche.

Ya se oían los aviones más próximos. Pronto dejarían caer su mortífera carga y ella no dudaba que los almacenes del puerto serían uno de los objetivos perseguidos. El puerto, sus edificios y los barrios costeros habían sido bombardeados una y otra vez sin importar los daños recibidos por la población civil. Muchos se habían visto obligados a trasladarse a otras zonas consideradas más seguras para no morir por la metralla o aplastados bajo el peso de los edificios al desplomarse.

Debía salir, marcharse; aquel edificio podía convertirse en una mortal trampa. Se movía sigilosamente, con la sensación de que el ruido de sus pasos resonaba y se multiplicaba de forma exponencial por la sala. Seguía sin oír al extraño, pero intuía que estaba acechando en la oscuridad del almacén.

Notaba como la ansiedad volvía a hacer acto de presencia. Le pareció oír un ruido cerca de donde se encontraba. No sabía discernir con claridad a qué era debido. La angustia hizo acto de presencia y comenzó a desplazarse más rápidamente.

Atravesó el vano de una puerta que daba a un largo pasillo. Allí era más fácil ser descubierta. Comenzó a caminar de manera rápida y silenciosa. Un sonido, como el golpear entre dos metales, hizo que el corazón se le saliera prácticamente del pecho. Comenzó a correr. Ahora no tenía duda: sus compañeros no habían podido con aquel individuo. Entró en una habitación que debía ser un despacho. Abrió una puerta y salió a otro pasillo.

Unos fuertes sonidos llegaron desde el exterior. Sirenas, campanas y disparos, que contribuyeron a amortiguar el ruido que había hecho ella. No tenía certeza si el extraño sabría dónde estaba. Era consciente de que su salvación pasaba por encontrar la salida de aquel maquiavélico laberinto.

De repente, otro golpe.

Era como el resonar de dos metales que chocaban. «Probablemente un cuchillo», pensó atemorizada. Cogió la Biblia con las dos manos mientras intentaba rezar una oración en silencio. Entró en otra sala y cayó al suelo. Un bulto le había hecho perder el equilibrio. No sabía qué era, aunque una vaga certidumbre se abría paso hasta su conciencia. Su corazón también lo había intuido y comenzó a latir aceleradamente. Las primeras bombas comenzaron a caer en el puerto y, ante la efectista iluminación, pudo ver que el cuerpo de Ernest había sido el causante de su caída. Se hallaba tirado en el suelo y un gran corte le atravesaba el cuello de oreja a oreja. Un sollozo se escapó de su garganta, aunque pudo reprimir el grito, que la hubiera delatado sin ninguna duda.

Cogió la Biblia y la volvió a guardar en el bolsillo de la chaqueta. No sabía por qué, pero aquel libro era lo único que contribuía a tranquilizarla. En aquel instante ya sabía lo que le esperaba si aquel hombre la encontraba. Lo había intuido

desde el momento en que lo descubrió. Sabía que en él solo anidaba maldad, una maldad que venía acompañada de odio. Lo había percibido como si fuera el aroma de una planta esparcida por el aire. Y así se lo había dicho a Simón. Lo que no sabía era que ella acabaría pagando por su generosidad.

Un fuerte golpe la lanzó al suelo. Una lluvia de cristales y una llamarada se abrían paso por el almacén. Una bomba había caído en el edificio y la fuerte onda expansiva la había hecho volar varios metros hasta caer sobre el cuerpo de Ernest quien, con una mirada perdida, todavía parecía querer defenderla. Sabía que eso era imposible pues él estaba muerto. Ya se hallaba lejos de todo aquello por lo que había luchado y por lo que había vivido, y ella lo estaría pronto si no salía de allí.

Se levantó. Tenía la espalda dolorida. Su cuerpo estaba cubierto de cristales y polvo. Se tocó la cara y las manos se tornaron rojizas. Estaba sangrando. Decidió ignorar el dolor y salir de allí. Con un poco de suerte la bomba habría acabado con su perseguidor.

Siguió atravesando puertas y habitaciones. La perseguía el fuego y una intensa humareda le dificultaba la visión. Moriría abrasada si no podía salir de allí. Ante ella, se encontró una puerta cerrada con una madera atravesada. Tendría que quitarla si no quería volver atrás. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero apenas la movió unos centímetros. Se veía obligada a desistir. Los ojos le lloraban por el humo. Comenzó a toser.

De repente, un ruido a sus espaldas.

Otra vez el sonido de metales…, esta vez más cerca. El asesino se acercaba y ella estaba atrapada. Intentó levantar la madera que obstruía la puerta con la fuerza que da la desesperación, pero fue inútil. La traviesa apenas se movió.

Miró a su alrededor y vio una barra en el suelo. Rápidamente pensó que podía utilizarla para su propósito. La cogió y pudo introducirla entre la puerta y la madera a modo de palanca. Aplicando toda la fuerza que pudo, consiguió mover la madera y la desplazó lo suficiente para que dejara de ser un obstáculo.

Abrió un poco la puerta y pudo pasar a otra sala. ¡Aquello era un maldito laberinto! Intentaba huir del fuego y del hombre, un hombre que la había seguido como una sombra. Salió a un pasillo.

¿Ya había pasado por allí? Lo ignoraba. El humo le provocaba engañosas percepciones.

Varias bombas cayeron cerca del edificio provocando un sonido ensordecedor. El suelo tembló. Apenas pudo agarrarse a un asidero que había en la pared. Ello impidió que volviera a caer. Tosió. No pudo evitarlo pues el humo era cada vez más espeso e impenetrable.

Corrió intentando rezar una oración, pero no lograba recordar ninguna. El miedo la bloqueaba. Sus manos aferraban la Biblia con fuerza. En ella encontraba el valor necesario para intentar salir de allí. Se encontraba totalmente desorientada. Después de tantas salas y pasillos ignoraba dónde podía encontrarse su perseguidor. Se giró, pero solo vio el muro formado por la densa humareda.

En la penumbra pudo entrever una puerta. ¡La recordaba! ¡Había pasado por allí! Pudo vislumbrar la primera oportunidad de escapar de aquel laberinto.

Corrió hacia la salida, pero su carrera se vio bruscamente interrumpida por un duro golpe en el estómago. En un primer momento no alcanzó a comprender qué había pasado. Una sombra apareció entre el humo y pudo ver la cara de aquel que la había perseguido: una cara de perversa satisfacción que se

transformó en otra de sorpresa. Ella sabía por qué, sabía que no era quien esperaba.

De repente, un agudo dolor le hizo mirar hacia abajo. El golpe que había notado correspondía a un cuchillo que le había agujereado el vientre. La vista se le nubló y le fallaron todas las fuerzas. Todavía pudo notar como el individuo desplazaba el arma desgarrando su cuerpo hasta llegar al corazón. Apenas tuvo tiempo de notar el dolor. Se desvaneció, perdió todas sus fuerzas y cayó al suelo. La Biblia que sostenía se le escapó de las manos.

Mientras el asesino se marchaba exclamando maldiciones, el cuerpo sin vida de la muchacha quedó tendido como un saco abandonado. Un reguero de sangre se deslizó por el suelo de la habitación y se dirigió hacia el fuego que amenazaba con devorarlo todo a su paso.

MUNTANYOLA

Enero, 1940

Los hachazos resonaban de manera contundente en la fría mañana, unos golpes rítmicos y sordos, ajenos a la quietud del paisaje. Los ruidos propios de la naturaleza se habían silenciado ante aquellos continuos chasquidos. A pesar de ello, un atrevido petirrojo, conocedor de los hábitos de algunos humanos de la zona, no solo no se escondió, sino que se acercó hasta los árboles próximos a la granja para observar la escena con curiosidad. Desde allí emitió su gorjeo particular, muy parecido al del ruiseñor. A partir de aquel momento, como si de una orquesta se tratara, otros sonidos procedentes de otras tantas aves acompañaron a aquel primer solista.

Carles sonreía ante la curiosa sinfonía que le asistía de manera diaria en su ruda tarea. Se hallaba en la granja de Muntanyola, propiedad de su cuñado y lugar donde había nacido Dolors. Partía la leña necesaria para el fuego del hogar. Un trabajo duro, pero el republicano lo hacía con gusto. Toda su atención estaba concentrada en el punto donde debía dar el golpe. Y tras un golpe, llegaba el siguiente, y el siguiente… Para él representaba un escape de sus pensamientos y emociones. En el tiempo que llevaba allí ya había partido más leña de la que necesitaban en todo el invierno.

Llevaba una camiseta sin mangas a pesar del frío que hacía a aquella hora de la mañana. Tres grados sobre cero era la temperatura del momento. Durante la noche había helado, convirtiendo algunas partes del suelo en placas resbaladizas que había que evitar.

Sin embargo, el duro trabajo no impedía que su mente divagara hacia territorios ya recorridos una y cien veces. Recordó los incidentes de Reus y la sucesión de acontecimientos que le permitieron descubrir el destino de su padre. Su mente voló hacia aquel día de noviembre en que recibió una visita inesperada: Clara Enríquez había aparecido ante su puerta con un paquete. En él se hallaban otros diarios de Martí donde se narraban sus peripecias en África y su vida posterior. Su padre formaba parte del paisaje y de los hechos referidos.

—Pensé que esto le interesaría. Los encontré y creo que a usted les resultará de mayor utilidad.

Carles la observó: su cuerpo parecía haberse hecho más pequeño todavía. Mostraba una palidez y fragilidad aún mayor. La tristeza de su mirada había sido el elemento que le permitió identificarla de manera más rápida. Sin preguntarle cómo había encontrado su vivienda, la hizo pasar, ajeno a la desolación y abandono que expresaba el apartamento.

Hojeó los diarios con ansiedad llegando a olvidar por un momento a la visitante. Esta, un tanto incómoda le dijo:

—Creo que he de irme.

—Perdone. ¿Le apetece un café? Bueno, en realidad, solo tengo achicoria.

Y así, ante una taza humeante, Carles la puso al día del fin de Martí Salvat. Se preguntaba si no era una excusa lo que traía a Clara a su casa para saber algo más de aquella noticia que había sido publicada en el diario.

—Tengo que agradecerle que no dijera nada de nosotros.

—No tiene que preocuparse. Creo que Martí tampoco lo hubiese querido. Es mejor para todos que la historia acabe en Eduardo. Tengo la impresión de que incluso el ejército también lo prefiere así: un loco asesino solitario. Cuando Clara hubo partido, Carles pudo dedicarse a revisar el material aportado. Los diarios de Martí le habían podido dar una visión del progenitor más cercana y realista. A menudo, había sentido como suyo la desesperación y el dolor que se reflejaba en ellos. Un profundo dolor que le llegaba a las entrañas. Sentía como si le hubieran arrebatado la posibilidad de disfrutar de la compañía de su padre. Y algo más: también le habían desposeído de la imagen de su ascendiente. En su imaginación se había forjado un concepto de su persona que en nada se correspondía a la realidad.

Siguió golpeando de manera rítmica los troncos. No quería que los pensamientos le distrajeran de su principal ocupación en aquel momento. Pero por mucho que lo intentaba, nada podía hacer por evitarlos. A su mente le vinieron todos los intentos que había realizado en la búsqueda de su madre. Todo había sido inútil. Diríase que una sutil niebla había borrado sus pasos de tal manera que se hacía imposible saber algo de ella. La guerra había pasado como un ciclón y había arrasado con todo lo que se presentaba a su paso.

A continuación, como en una inevitable procesión, se le apareció el rostro de Dolors. Pronto se cumpliría un año de su fallecimiento en la dársena del puerto de Barcelona. Lo sabía, y la persistencia de su imagen y de los recuerdos le afectaban de manera muy sentida. Intentaba estar ocupado para no pensar en ella. A pesar del tiempo transcurrido, la congoja lo oprimía y lo angustiaba. Revivía sin cesar aquellos momentos

que habían compartido. Intentaba recordar las palabras de Josefa, la madre de Lucía, imaginando la posibilidad de haber tenido un niño y formar una familia.

Era consciente de que aquella imagen tenía visos de ser una fantasía y, a medida que pasaba el tiempo, las predicciones de Josefa se habían convertido en un murmullo suave que arrastraba el viento. Sin embargo, el rostro de Dolors se le aparecía reflejado en cualquier objeto, llegando a convertirse en una obsesión. A finales de diciembre decidió cortar con esa situación y aprovechó la invitación que le había hecho su cuñado Enric de pasar unos días en la granja de Muntanyola, para cambiar de aires y de estado de ánimo.

Enric, lo observaba desde la ventana. Como cada día, Carles estaba en pie desde las seis de la mañana. Tenía un sueño ligero fruto del tiempo pasado en el ejército y en las prisiones. Alguna vez lo había oído gritar en sueños. La guerra había pasado su factura y en esa granja habían pagado con intereses.

Sabía que Carles no paraba de pensar en Dolors y este hecho lo tenía desconsolado, aunque no lo manifestara en sus conversaciones. Pensó que, de la misma manera que los penitentes se golpeaban en la espalda en Semana Santa, su cuñado se exigía un sobresfuerzo como método de expiación de unas culpas que no le correspondían.

Observó la espalda de su pariente. Era alto y delgado, pero se le apreciaba fuerte y nervudo. El ejercicio físico le sentaba bien. Ya no era aquel sujeto demacrado, pálido y macilento que conociera meses antes, cuando se hallaba en el Pere Mata. Una alimentación regular y la actividad física lo habían cambiado. Sin embargo, su carácter no había mejorado. Al contrario, se había vuelto más taciturno. «Los fantasmas le visitaban a menudo», pensó. Unos fantasmas que le impedían

rehacer su vida. Enric, conocedor del carácter de Carles, sabía que, una vez resuelto el caso de los asesinatos de los capitanes, a su cuñado no le había quedado otra que enfrentarse a la realidad de su rutina y esta estaba gobernada por un gran vacío, solo habitado por seres que ya no estaban presentes.

A veces lo había sorprendido con la mirada perdida en el vacío, acariciando la Biblia del abuelo Joan, aquel libro cuyas tapas habían renovado y que, a la postre, había salvado la vida de su cuñado, parando la bala que estaba destinada a su corazón. En aquellos breves instantes descubría a un Carles aún más ausente si cabía, perdido en unos pensamientos que nunca compartía. Aunque podía imaginar cual era la causa, nunca sabía por qué oscuros parajes caminaba su mente.

Advirtió que los golpes eran más reiterados y más intensos. Imaginó que se hallaba destrozando a algún imaginario enemigo, probablemente alguno de los causantes de sus múltiples desdichas. Finalmente vio como la herramienta era arrojada con dejadez junto a la pila de troncos y el leñador se adentraba en la espesa niebla.

* * *

—¿Qué quieres decir con que te vas?

—¡Verás! —contestó el policía—. Lo he pensado bastante y creo que ha llegado la hora de irme. No puedo dejar de pensar en mi madre. No he conseguido saber qué le ha pasado. He de volver a preguntar, volver a investigar. Enric no quería desanimar a su cuñado, pero sabía que el hecho de no disponer de noticias, después de tanto tiempo, resultaba en sí una mala noticia. Muchos cadáveres yacían enterrados sin

haber estado identificados. De alguna manera, el nuevo gobierno quería pasar un tupido velo sobre aquellas muertes fruto de la guerra o de «asesinatos legales». Nadie decía nada sobre los cadáveres de los perdedores. Era como si nunca hubieran existido.

La decisión de Carles era irrevocable y poco después, tras las despedidas de rigor, toda la familia asistía a la partida de aquel antiguo capitán del ejército republicano. Una sencilla bolsa cruzada con algo de ropa y comida constituía todo su equipaje. Su rastro se perdió en el camino cuando la niebla lo envolvió. Diríase que nunca había estado allá. Tan solo un recuerdo en la mente de los granjeros quedaba como único testimonio de su presencia.

RECUERDOS

Enero, 1940

> … Y es por eso que, aun sabiendo que no querrás escuchar de mí me he atrevido a escribirte. La desesperación me obliga a ello.
>
> Helena

Ernesto acabó de leer la carta. Prácticamente se la sabía de memoria pues ya la había leído cientos de veces. Sus pliegues daban fe de ello. La dejó sobre la mesita de la habitación y se estiró sobre el camastro. Se limpió los ojos con el dorso de la mano, allí donde algunas lágrimas furtivas se los habían humedecido. Unas manchas en el techo del dormitorio concentraron su atención. Había pasado horas observándolas mientras recordaba todos los pasos dados para conseguir su objetivo.

Una vez resuelto el crimen de los capitanes había sido retenido en Capitanía para realizar diversos informes y trabajo puramente burocrático. Apenas había tenido tiempo de contactar con Carles. La faena diaria y las formalidades propias de la vida militar le absorbían el tiempo y la energía por lo que había decidido buscar una habitación

independiente del entorno militar. La había encontrado en la calle Hospital, cerca del barrio chino, un lugar donde por poco dinero tenías derecho a una habitación destartalada, con un jergón viejo como gran atractivo y con escaso mobiliario añadido: apenas una mesita de noche y una mesa coja que hacía las veces de escritorio. Un armario ajustado completaba el moblaje. La escasez de espacio no era inconveniente para Ernesto, acostumbrado a la sobriedad propia de la vida castrense.

Una estrecha ventana proporcionaba una luz que se repartía generosamente por el pequeño espacio y proporcionaba una sensación de mayor amplitud y libertad a aquella austera celda. Desde allí pasaba horas observando cómo se desarrollaba la vida en aquellas calles. Los comerciantes, los paseantes, los rateros, los padres de familia y otra variada «fauna» paseaban y se relacionaban en un mundo que, a Ernesto, a menudo se le antojaba extraño y difícil de entender. Sus pautas de actuación habían estado regidas por normas disciplinarias que determinaban y marcaban el camino a seguir. La aleatoriedad y las relaciones improvisadas no formaban parte de su proceder.

«… La desesperación me obliga a ello».

Sus pensamientos volvieron sobre la carta. ¡Qué sola debió sentirse Helena! Ni siquiera un insulto o un reproche se dejaban entrever en el escrito. Ahora se hacía necesario saber qué había pasado e intentar conocer los acontecimientos que habían tenido lugar, en la medida de lo posible. Él se sentía responsable de ello y estaba dispuesto a asumir las consecuencias de sus actos.

Recordó la primera vez que la había visto. Había sido en las proximidades de aquella calle. Él estaba realizando el servicio militar en Barcelona, un destino cómodo, teniendo en

cuenta la posibilidad de destinación en África, un territorio siempre en constante inestabilidad. Era un viernes de agosto y el calor venía acompañado de mucha humedad. Aquel clima le producía una cierta añoranza de su tierra natal, Valladolid, donde los veranos eran calurosos, pero mucho más secos. José, un alicantino alto y espigado le había propuesto dar un paseo para poder ver las atarazanas del puerto, unos edificios con gran carga histórica. José era una rata de biblioteca, estudiaba ingeniería y sentía una especial atracción por la historia marítima de España. A su edad ya reconocía haber trazado los mapas y planos de dieciocho puertos españoles. Junto a ellos, la historia de cada uno con los hechos más significativos, y así completaba una curiosa colección que solo parecía interesarle a él.

—¿Sabías que las atarazanas originales eran del siglo XIII, que estaban rodeadas por una muralla y que en su patio central cabían hasta dieciséis galeras?

Evidentemente Ernesto no lo sabía, pero le daba cierto apuro decirle a José que tampoco le interesaba mucho aquella historia. Lo veía muy ilusionado ante la manifestación del alcance de sus propios conocimientos. Por otro lado, el alicantino sabía ser buen compañero de fiestas cuando la ocasión lo requería y eso era algo que jugaba a su favor. Su entusiasmo en aquellos momentos era desbordante y sorprendía a quienes solo lo conocían por su faceta de colegial aventajado de curso superior.

Tras la visita al recinto, siguieron paseando por aquellas calles en dirección a la Rambla de Barcelona. José seguía explicando anécdotas propias del puerto que su compañero apenas escuchaba.

—¡Chico! Pareces despistado.

Realmente, Ernesto había perdido el hilo de la

explicación. Unos grandes goterones comenzaban a caer presagiando una de las tormentas típicas de verano.

—Me parece que ahora toca correr.

Corrieron por aquellas calles mientras la lluvia caía con más fuerza dejándolos empapados. La visibilidad era muy reducida. La población, que hasta aquel momento había llenado las calles, había desaparecido como por arte de magia. Ernesto buscaba con cierta desesperación algún portal donde refugiarse. Finalmente, creyó ver uno con cierta capacidad protectora.

—¡Hacia allá! —le dijo a José señalando el lugar.

De un salto entraron en el portal, con tan mala suerte que el de Valladolid tropezó y cayó al suelo arrastrando consigo a una joven que allí se había refugiado. Tras la sorpresa inicial y el grito producido por la dama, esta le espetó:

—¡Por Dios! ¿Qué hace usted?

—Yo… Yo —intentó justificarse mientras su cara se ponía roja como un tomate.

Ello produjo cierta hilaridad en la señora, quien viendo el azoramiento causado comenzó a reír.

—Lo siento… No pretendía. —Ernesto se levantó y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Es esta su manera de presentarse? —dijo ella fingiendo enojo mientras se arreglaba el vestido.

—La verdad es que no era mi intención.

—¿Y cuál era su intención? —Sonreía ella sabiéndose dueña de la situación— ¿has visto, Ana, las maneras de los hombres de hoy en día?

Entonces fue cuando Ernesto percibió la existencia de otra joven que había permanecido en un segundo plano. La embarazosa situación no le había permitido darse cuenta de su presencia. La risa de ambas mujeres distendió el ambiente.

Los militares permanecieron en silencio forzando una sonrisa.

—¿Y ustedes no tienen nombre, caballeros?

Había preguntado la amiga de la accidentada: una chica morena, ataviada con un traje a la moda, un vestido de punto bastante elegante, adornado con lentejuelas. También vestía con gracia una falda que le llegaba hasta las rodillas, de color gris marengo y un sombrero cloché gris con franjas negras. Llevaba una fina chaqueta gris. Un collar con piezas de color azul turquesa rodeaba su cuello y le daba un punto de luz y elegancia a todo el conjunto.

Pero fue la otra, aquella con la que había tropezado, quien se llevó la admiración de Ernesto. La muchacha, de unos veinte años, también iba ataviada de manera similar. Llevaba un vestido blanco con el filo en azul. Lucía sobre su atuendo un pañuelo a cuadros, una chaqueta azul marino completaba el conjunto. Sin embargo, su precioso cabello pelirrojo y sus ojos, de un azul cristalino parecían un imán del cual el militar no se podía separar. Notando su azoramiento, la pelirroja le dijo:

—Sepa usted que aquí todos tenemos costumbre de usar nombre. El mío es Helena y el de mi amiga es Ana.

—Ernesto. Mi nombre es Ernesto y mi amigo se llama José.

Una vez hechas las presentaciones la lluvia pareció amainar. Decidieron salir de allí y dirigirse hacia la Rambla.

—Verá —dijo Helena cogiéndose del brazo de un Ernesto que se ruborizaba—, es mejor que vayamos juntos pues una chica aquí en estos barrios puede correr peligro.

—¿Y cómo es que estaban solas?

—Vinimos a visitar a una amiga, pero ahora nos habíamos perdido —respondió en una evidente mentira que el militar no quiso descubrir.

Aquellas palabras resonaron en la mente de Ernesto como si hubieran sido pronunciadas en aquel mismo instante. De ello hacía casi diecinueve años y aquella escena la había vivido en su mente una y mil veces. A veces le sorprendía recordar todos los detalles con aquella exactitud y precisión.

Intentaba sacar de su cabeza aquellos recuerdos. Resultaban demasiado duros para él. Otros pensamientos ocuparon su mente. Recordó los acontecimientos de Reus. Tras la resolución del caso tan solo había podido ver a Carles un par de veces, en situaciones en las que apenas habían tenido ocasión de hablar. Trataba de centrarse en aquello que lo había estado preocupando, pero sabía que era difícil.

Se asomó por la ventana y vio el hormigueo de gente que deambulaba con rapidez por la calle. Todos ellos iban bien abrigados para superar aquel frío invernal. No podía esperar más. Lo había intentado y no había avanzado en la investigación. Tenía que ver a Carles. Lo necesitaba. Por ello le había salvado la vida.

Cogió un abrigo y salió de la habitación.

HUIDA DESESPERADA

Enero, 1940

La noche era fría, apenas iluminada por una luna en cuarto creciente. El frío de aquel día de enero congelaba hasta los pensamientos. La ciudad mostraba su cara más inhóspita. A la temperatura gélida de aquella noche de invierno había que añadir el miedo y la preocupación de los ciudadanos a significarse de alguna manera. Las calles, desiertas, no invitaban a pasear por ellas. Sin embargo, la quietud de la noche estaba siendo alterada por una figura que se movía con rapidez, temerosa. Se intuía por su manera de proceder, intentando esconderse del peligro que lo acechaba.

Sus pasos resonaban en la oscuridad. A pesar de que intentaba no hacer ruido, el individuo era consciente de que ese rumor se amplificaría en la negra noche: un sonido hueco acompañado de unos débiles gemidos. Estaba agotado, pero no podía parar. Se sabía perseguido y era consciente de las escasas posibilidades de escapar. Su mano se apoyó en una reja y un pinchazo de dolor le recorrió el cuerpo hasta llegar al cerebro. La miró, estaba ensangrentada. Había tenido que hacer un gran esfuerzo para salir de aquel agujero. Tenía las uñas rotas y unos cortes en su palma le mostraban el precio del sacrificio realizado.

No podía gritar y pedir ayuda. Sabía que no la obtendría.

El nuevo gobierno no tendría piedad de un soldado republicano. Si lo capturaban, sus horas estarían contadas. Sin duda, su perseguidor era mucho peor. Con él no tendría ninguna posibilidad, ya había podido comprobar que solo la maldad anidaba en su corazón.

Había recibido una herida en el costado. Prácticamente ya estaba fuera de su celda, cuando en el último momento su carcelero se había percatado de la situación. Su agotamiento, producido por los días de reclusión y la falta de alimento, no le habían facilitado las cosas en la lucha que había tenido lugar. Aun así, tras una breve reyerta y un golpe afortunado, había podido aturdido y escapar.

Había podido huir, salir al aire libre. La oscuridad de la noche le había ayudado. Pensaba que había eludido a su perseguidor, pero en aquel momento oyó el sonido rítmico de unos pasos que corrían en su dirección. «¡Si al menos pudiera llegar hasta el taller! —pensó— ¡podría avisar a los demás!». Estaba agotado, pero no podía permitirse el lujo de parar. Un agudo dolor le recordaba la gravedad de la herida. Había visto de lo que era capaz aquel hombre y no quería acabar como los otros. El miedo le hacía ir más rápido, aunque notaba que la distancia se acortaba. Necesitaba esconderse.

Miró a su alrededor y vio un estrecho callejón a un lado de la calle. Se adentró en él en silencio. La hora intempestiva y el frío de aquella noche del mes de enero eran los causantes de que no se hubiera encontrado con nadie en todo el trayecto. Otra variable era el miedo latente en que vivía la población. Cuando anochecía, los comercios y las viviendas se cerraban a cal y canto con el objetivo de evitar problemas. Tan solo los tugurios y garitos de mal vivir parecían adaptarse a esa nueva situación ofreciendo sus servicios a una clientela ávida de

bebida, juego y sexo. A veces, en la noche, los soldados franquistas golpeaban insistentemente una puerta. Los habitantes de la vivienda eran conscientes, en aquel momento, que la desgracia se había abatido sobre sus moradores. Fuera cual fuese el motivo por el que la soldadesca invadía su hogar, el final no era otro que la cárcel con posibilidad de acabar ante un pelotón de ejecución. Las delaciones estaban a la orden del día. Muchas veces respondían a viejas afrentas que nada tenían que ver con la guerra, pero la superioridad en que se sabían algunos ciudadanos que habían apostado por el bando ganador les permitía actuar de aquella manera, con el beneplácito de los militares obsesionados por erradicar el «mal rojo» de la sociedad.

Su vista se nubló y las fuerzas le fallaron a causa de la sangre que había perdido. La mano con que intentaba tapar el orificio de la herida la tenía ennegrecida, totalmente ensangrentada. Miró hacia el suelo y pudo ver un reguero líquido que marcaba su itinerario. La vida se le escapaba por aquel boquete. Ya no podría llegar al taller, aún quedaba lejos. De repente se le ocurrió que había otra solución y, usando la mano a modo de pincel, pudo escribir un mensaje en la pared, un aviso dramático. Esperaba que fuese suficiente para alertar a los demás.

Necesitaba salir de allí. Ya no oía los pasos que le seguían. Comenzó a sentir el frío. Hasta aquel momento apenas lo había notado pues toda su atención había estado centrada en su supervivencia. Ahora que se había parado recordó que solo llevaba unos pantalones y una chaqueta sobre su pecho desnudo. Se la había podido quitar al muerto antes de salir del agujero, era una cazadora que lo identificaba como soldado republicano. Esta era otra de las causas por la que no podía pedir ayuda.

Siguió avanzando por el callejón, intentando no tropezar con ningún objeto. No deseaba despertar a los vecinos y poner en alerta a su rastreador.

Se paró un momento. Estaba agotado. El tiempo se le acababa y quería salir de allí. Necesitaba despistar al asesino. Abrió la boca.

Cada vez le costaba más respirar. Notaba que le faltaba el oxígeno y la mente se le nublaba. Ya no podía pensar con claridad. Siguió caminando y pudo ver la salida del callejón. Tendría que ir con cuidado ya que hacía rato que no oía ningún ruido.

Aprovechó que había un camión estacionado para fundirse con él en la oscuridad. La luz de la luna permitía una cierta visibilidad. Tenía miedo, pues no quería morir. Si al menos pudiera llegar a algún sitio seguro…, pero todos los puentes que lo unían a una vida anterior se habían roto y no tenía lugar a donde volver.

Un ruido lo alertó. Había sido casi imperceptible, pero él tenía los sentidos alerta. Se quedó inmóvil. Debía de haber sido algún objeto que hubiera movido el frío viento de la noche.

¡Entonces lo vio! Una sombra se desprendió de la pared, a unos cincuenta metros de donde se encontraba. Ignoraba si había sido visto. Se quedó petrificado, sin mover ni un solo músculo. Intuía que los latidos de su corazón debían sentirse a lo largo de la calle.

La figura se acercaba hacia él. No había duda de que era su carcelero. Lo notaba por el andar tan peculiar que tenía. Realizaba un suave balanceo al caminar, fruto seguramente de tener una pierna más larga que otra o de alguna posible herida en la misma. No era demasiado alto, pero en cambio era fuerte, como había tenido ocasión de comprobar. En una

mano llevaba una barra. Sabía que, además, tenía un cuchillo.

Sentía que se le acababan las fuerzas y su enemigo se acercaba. Ya no tenía duda de que lo había localizado. Sabía que en aquel momento era incapaz de enfrentarse a él, porque de hacerlo le esperaba una muerte segura.

De pronto, un ruido, como el de un grupo de personas discutiendo, se oyó en dirección contraria a la de su perseguidor. Por la hora y la manera de hablar supuso que eran soldados volviendo de una noche de juerga. Ahora ya nada importaba; esa era la alternativa a la muerte. En un último esfuerzo salió corriendo de su escondite. Oyó como su carcelero aceleraba los pasos, jadeaba. Apenas tenía fuerza.

—¡Socorro! —chilló en un último y desesperado grito intentando captar la atención del grupo que se aproximaba.

Notó un golpe seco en la espalda que lo hizo tambalearse y perder el equilibrio. Intentó erguirse y continuar. Otro golpe le hizo caer al suelo. Su cerebro recibía continuos y desesperados mensajes de dolor. Se retorció intentando apartarse, pero supo que era demasiado tarde. Un fuerte golpe lo hundió en la negrura de las tinieblas.

Y entonces, nada.

UNA LLAMADA ANGUSTIADA

Enero, 1940

Carlos miraba el aspecto del apartamento. Perfectamente podría pasar por el aspecto de una vivienda tras una terrible catástrofe. Apenas había cambiado nada desde su llegada y aquello no contribuía a mejorarle el ánimo. El mobiliario era prácticamente el mismo desde su ocupación. Solamente había añadido una estructura en forma de somier para colocar el colchón. Algunas mantas y sábanas habían sido todo el ajuar conseguido hasta el momento.

«Debería pintar el apartamento».

Pero, de la misma manera que lo había pensado, la intención se había evaporado como la nieve ante la llegada del calor del verano. La realidad era que cada día se sentía más tentado de marchar. Sentía que no encontraba su sitio, que debía comenzar de nuevo, pero eso era algo que se resistía a hacer. Aquel apartamento le recordaba a Dolors y a su madre. Lo habían compartido varios años, tiempos complicados, de penurias, marcados por la ausencia de su padre. Cualquier rincón le traía recuerdos de momentos pasados, algunos difíciles de asimilar. Recordó a su madre. ¡Cuánto había llorado en su habitación! Le vino a su mente toda una sucesión de imágenes: aquellos momentos en los que Anna se

encerraba allí y sollozaba mientras miraba la foto de su marido. ¡Lo que hubiese dado por saber todo lo que Carles había llegado a descubrir! Seguro que, dentro de la lógica tristeza, se hubiese alegrado de saber que ellos habían estado siempre presentes en el corazón de Julià. Ahora, todos aquellos recuerdos e informaciones se hallaban dentro de la vieja maleta de madera que yacía solitaria en una habitación vacía. Aquella vieja maleta que había llevado una mañana de enero, casi a escondidas, a la tienda de doña Engracia.

«Como si alguien la persiguiera».

Recordó las palabras de doña Engracia. En los últimos días de la guerra, la confusión se había generalizado y, aquellos que habían estado a favor del golpe de estado, habían comenzado a aparecer como reptiles saliendo de su guarida, intentando llevarse la mejor parte de la tajada. Ello podía implicar delaciones y, ¿por qué no?, incluso asesinatos, sobre todo si se trataba de la mujer o madre de un policía republicano. Carles había presenciado la tortura y ejecución de muchas personas cuyo único delito había consistido en tener unos ideales democráticos que chocaban con aquel pensamiento uniformizador del ejército fascista. Esto le angustiaba pues, ¿de qué debía huir su madre como no fuera de unas posibles represalias?

Sin embargo, nada había podido saber de ella desde aquel día. Podría haberse ido a Francia como los miles y miles de republicanos que habían atravesado la frontera huyendo de un peligro aterrador para continuar con un destino tan incierto como arriesgado. ¡Medio millón de personas! Imaginó una enorme multitud atravesando la frontera con el país vecino por todos los pasos posibles. Ahora hacía un año de aquello. Pero, de la misma manera que muchos llegaron para quedar confinados en campos de concentración, otros habían

perecido por el camino, fruto de los ataques de la aviación fascista. Esto lo sabía por prisioneros que habían vuelto, creyendo de manera ilusa las falsas promesas lanzadas por la propaganda franquista. Se les había dicho que aquellos que no tuvieran las manos manchadas de sangre no tenían nada que temer. La comprensión del engaño llegó cuando muchos de ellos, a su vuelta, fueron encarcelados, torturados y ejecutados. Seguramente, en su candidez, todavía pretendían ser tratados con la suficiente generosidad por los vencedores. No habían pensado que, para el fascismo, la sola existencia de una idea contraria a sus intereses había de ser erradicada, aun cuando ello conllevara la eliminación sistemática de las personas.

Gracias a un bidón donde quemaba maderas, el apartamento tenía una temperatura agradable que contrastaba con el frío del exterior. Miró por la ventana y no pudo evitar expulsar el vaho para dibujar un interrogante en el cristal como tantas veces había hecho desde niño. En aquella época, los cristales habían sido silenciosos espectadores de su evolución creativa y artística. Ahora, un simple interrogante resumía la manifestación de todas sus dudas y carencias. Se hallaba en una encrucijada y era consciente de ello.

Había sopesado la posibilidad de marchar a Francia, pero sabía que allí no sería tan bien acogido. Algo en su interior le decía que la lucha continuaría, en este caso contra Hitler. De alguna manera, la contienda que había comenzado en el 1936 tendría su continuidad fuera de las fronteras. Pero una fuerza invisible todavía lo mantenía allí, anclado a un pasado que sabía que no volvería y a un futuro que no vislumbraba con optimismo.

Su mano seguía dibujando en el cristal una serie de garabatos. Recordó una figura que hacía de pequeño: consistía en dibujar un sobre de un solo trazo. Intentó reproducirlo

viendo que todavía conservaba la facultad de hacerlo. Se acordó de Lucía. Había recibido una carta suya desde México. En ella le comunicaba que había podido llegar al país americano. En el momento de partir, Rick la había puesto en contacto con los pasadores que se encargaron de hacerle atravesar la línea fronteriza junto a un grupo de personas poco afines al nuevo gobierno. Gracias a las amistades con que contaba el escocés en el país vecino, había podido llegar al puerto de Le Havre desde donde había embarcado para América. Carles le había facilitado el dinero, que correspondía a la paga recibida por el ejército.

Pensó que Lucía podría comenzar una nueva vida ejerciendo de maestra, como siempre había deseado. Así lo manifestaba en su carta. Sin embargo, tras sus palabras apreciaba una sensación agridulce. La pesadumbre de abandonar su propio país y las personas amadas se desprendía tras una detenida lectura. Carles pensó que, a pesar de la tristeza por dejar atrás todo aquello que había representado su vida, en algún momento le llegaría la ilusión por recorrer un nuevo camino, con todo por descubrir. El hecho de tener junto a ella a su hermano suponía un buen punto de apoyo para comenzar una nueva vida.

Unos golpes repentinos y rítmicos lo sobresaltaron. Alguien golpeaba la puerta con energía, alguien que no parecía tener la suficiente paciencia para esperar. Carles, de mala gana, se dirigió a la puerta pensando quién diablos tendría aquella urgente necesidad de atizar el portal. Cuando abrió, su sorpresa fue enorme, pues se encontró con un alterado Ernesto.

—¿Qué diablos?

—¡He de hablar contigo!

El republicano observó a su compañero de investigación.

Aunque habían mantenido una buena relación, marcada por el respeto, apenas lo había visto desde el fin de su misión en Reus. Solamente habían transcurrido dos meses, pero lo notaba un tanto alterado, casi diría que había envejecido ligeramente. Le pareció apreciar un aumento significativo de canas. Algunas finas arrugas a los lados de los ojos contribuían a corroborar esa impresión, pero lo más sorprendente era cierto estado de dejadez que contrastaba con el aspecto inmaculado que presentaba cuando lo conoció. Observó alguna pequeña mancha en el uniforme, una prueba de que algún problema había surgido y de que este Ernesto difería un tanto de aquel con el que había tratado.

—¿Qué ha ocurrido?

—He de hablar contigo —repitió, aunque ya en un tono más bajo—. Necesito que me ayudes.

—Me parece que no llegas en buen momento —contestó Carles cuyo estado de ánimo melancólico no era el más adecuado para atender peticiones.

—¡Me lo debes! —le soltó el nacional, aunque se arrepintió al momento de decirlo.

—¿Cómo? ¡Te salvé la vida en aquel almacén! Creo que mi deuda contigo ya está saldada.

—¡Necesito que me ayudes!

Aquello era un grito de desesperación. No correspondía al militar recto, equilibrado y sobrio en las formas con el que había compartido andanzas. Observó su aspecto y vio que unos surcos le cruzaban la cara. «¡Ha llorado!», pensó Carles. Le sorprendió, pues si algo parecía definir el carácter de su compañero, era el autocontrol emocional. Al parecer este se había visto desbordado por algún acontecimiento.

—Mírame, Ernesto —le dijo abriendo los brazos para señalar la habitación—, ¿qué ves aquí?

Sorprendido, su Compañero miró la habitación. Se hallaban en la salita-comedor donde una mesa y tres sillas compartían el espacio junto a un cuadro de una puesta de sol que adornaba la pared.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Esta es la habitación de un perdedor, de un hombre que no tiene nada y que no sabe a dónde va. ¿Cómo quieres que te ayude si ni yo mismo tengo claro lo que voy a hacer? ¿Si ni siquiera sé si seguiré aquí o marcharé?

—¿Te vas?

Carles observó que Ernesto estaba realmente alterado. No había captado el sentido figurado de la frase. Solo se había fijado en aquello que le había preocupado.

—No lo sé. No sé qué voy a hacer.

—¡No te puedes ir! ¡Me has de ayudar!

Realmente aquel no era el compañero de aventuras del republicano. Algo debía haber pasado para que actuara así, pero Carles, que no atravesaba uno de sus mejores momentos, no estaba dispuesto a dejarse convencer fácilmente.

—¿Te he de ayudar? Creo que mi obligación para con tu ejército ya cumplió.

—¡Me lo debes! ¡Por eso te salvé!

La mirada de Ernesto se había oscurecido y su tono ya no era de desesperación sino de obligación. Un tono que no admitía réplica. Aquella discusión le parecía surrealista al republicano. Sin embargo, decidió aprovechar el momento. Sabía que, en otras circunstancias, las razones de Ernesto se habrían escondido tras un tupido muro vestido de formalidad.

—Y así, Ernesto… Ya imaginé que no me salvaste para solucionar un caso que realmente te preocupaba. Nunca creí que necesitaras de mi capacidad innegable para investigar y resolver situaciones complejas. ¿Por qué me salvaste

realmente?, ¿cuál fue la causa?

Su compañero pareció reaccionar y darse cuenta de cuál era la situación en aquel momento. Su mirada cambió, sus ojos enrojecieron. Carles pensó que llegaría a llorar, pero no lo hizo. Lanzó un suspiro de resignación y se dejó caer sobre una silla.

—Te salvé por esto —dijo en un tono de resignación, como aquel que ha sido vencido en una dura pugna y no tiene más remedio que reconocer la fragilidad de su situación. Sacó un sobre de dentro del abrigo—. ¡Léela!

Carles sacó una carta del manoseado sobre que intuyó había sido leída múltiples veces. Al estado de ánimo, un tanto intratable, que había mantenido hasta aquel momento, le pudo la curiosidad.

Barcelona, 20 de julio de 1938

Querido Ernesto:

Probablemente no me recuerdes, pero yo no he podido olvidar los días que pasamos en Barcelona cuando nos conocimos. No te engañaré si te digo que probablemente fueron los más felices de mi vida.

El tiempo pasó y volviste a tu tierra donde rehiciste tu vida. Espero que hayas llegado a ser tan buen policía como tu padre. Recuerdo que esa era tu máxima ilusión.

Ha pasado el tiempo y yo también he seguido mi camino. Ahora tengo un hijo que llena mis días de dicha y me aligera las penas. No sé si tendrás hijos, pero estarás de acuerdo conmigo en que te llenan el corazón aun cuando los problemas te desbordan.

Recuerdo que tú querías tener tres o cuatro, me dijiste.

Perdona que me vaya por las ramas. He de ceñirme a mi situación en este momento, una situación que me quita el sueño y no me deja vivir. El hecho de que te escriba responde a que mi hijo ha desaparecido. Y en estos tiempos que corren me temo lo peor. Ya lo hizo alguna vez, pero entonces fue por poco tiempo. Gracias a la intervención de la policía, concretamente de un chico joven llamado Carles, pudimos encontrarlo. Pero ahora ha vuelto a desaparecer y me temo que la situación es más complicada. La guerra no ayuda y la prioridad no está en buscar a los muchachos. El otro día fui a la comisaria de Vía Laietana, pero me dijeron que el policía que nos ayudó en su momento ahora está en el ejército.

La verdad es que no sé a quién acudir. Por eso te escribo a ti. Eres mi último recurso. Espero que me escribas a vuelta de correo. Es por eso que, aun sabiendo que no querrás saber de mí me he atrevido a escribirte. La desesperación me obliga a ello.

Helena.

Carles devolvió la carta a Ernesto pensando si no sería él el policía que mencionaba la carta, pues había estado adscrito a la comisaria indicada en la misiva.

—¿Y en qué te puedo ayudar?

—Quiero que me ayudes a buscar al muchacho.

—¿No sería mejor que te ayudara la madre?

—Ella está muerta.

UNA NUEVA CIUDAD

Enero, 1940

Las avispas son animales muy especiales. A diferencia de las abejas, no todas ellas son sociales. La mayoría se puede incluir en el grupo de las solitarias. Mientras que las abejas construyen los nidos con cera, las avispas los hacen con un material semejante al papel, que obtienen mediante la masticación de fibras de madera que transforman en pulpa y se endurece al contacto con el aire. Tienen colores brillantes para intentar disuadir a los depredadores. Cuando se sienten amenazadas pueden realizar dolorosas picaduras. Pero, a diferencia de las abejas que solo pican una vez pues ello les provoca el desgarro de sus órganos y por consiguiente la muerte, las avispas pueden picar reiteradas veces a su víctima, convirtiéndolas en un enemigo peligroso. Por ello son insectos temidos.

Todo ello le vino a la cabeza a Carles mientras observaba al comandante Bustos, un hombre de complexión delgada, pero de gran fortaleza. Posiblemente había sido su figura, sobre todo su cara, lo que le había hecho recordar a una avispa y, por consiguiente, una lectura de biología realizada años antes.

El comandante Bustos era una persona de estatura

mediana, con grandes brazos que parecían abarcar toda la habitación cuando realizaba alguno de sus repentinos gestos. Tenía el cabello rubio y unos pequeños ojos que le aportaban una gran viveza. Sus rasgos se hallaban enmarcados en una cara estrecha y angulosa. Apenas se le apreciaban las cejas. Finalmente, una pequeña boca y una fina barbilla contribuían a asociarlo con aquel insecto en cuestión.

Carles observó a Ernesto. Parecía haberse repuesto un tanto de la crisis que le había llevado hasta su apartamento. Recordó aquellos momentos en que su compañero le confesó que la autora de la carta había muerto. Parecía derrotado y hundido en la silla, como si se hubiera encogido. «Todas las muertes son sentidas, pero esta lo parecía especialmente. Aquella persona tenía que haber significado mucho para él». El republicano intuyó que, con su muerte, una parte del mundo de su compañero había desaparecido y se sintió culpable por haberle hablado de aquella manera tan brusca. Entonces recordó cuando se encontraron en la iglesia de Sant Pere de Reus y le había observado poner dos velas en la capilla. En uno de los escasos momentos de proximidad y sinceridad que habían mantenido le había confesado que era por alguna persona que había conocido.

No tuvo tiempo de pensar más ni de asociar ideas. Unos duros golpes atizaron en la puerta. Seguramente alguien que no tenía ganas de esperar. Un soldado entró con el encargo de que se presentara en Capitanía de forma inmediata. Al saber que allí estaba también Ernesto, le hizo entrega de otra orden similar.

De nuevo se hallaban en el despacho del Capitán General de la IV Región Militar, compartiendo el espacio junto a un comandante que había sido presentado como Sergio Bustos. El capitán general Luis Orgaz mantenía una expresión seria

reforzada por una mirada adusta y una boca que le caía sobre la evidente papada. Tras las presentaciones de rigor, hizo un breve recordatorio del éxito de la misión anterior, en la que descubrieron al asesino de los capitanes. Lamentó la muerte del coronel Villalba y pasó a informarles que formarían un equipo, una unidad dependiente del comandante Bustos, al cual le pasó la palabra. A nadie pareció importarle en aquel momento el pasado republicano de Carles.

—Verán señores, nos hallamos ante una situación de difícil solución, pero, dado los buenos resultados obtenidos por ustedes anteriormente, creemos interesante formalizar este equipo.

Ni Carles ni Ernesto abrieron la boca. Hay momentos en que la prudencia ha de dominar los impulsos. Como no podía ser de otra manera, el comandante abrió una carpeta y sacó un gran sobre.

«Todo parecía estar controlado a través de carpetas», pensó el republicano.

Del sobre extrajo unas fotos que enseñó a los policías.

Observen estas fotos. Corresponden a un hombre de unos veinticinco años. Fue asesinado hace un par de noches por un sujeto desconocido que lo perseguía. Su grito de auxilio alertó a un grupo de soldados que volvían al cuartel. Todavía vivía cuando llegaron a él, pero su agresor pudo escapar.

Las imágenes mostraban a un hombre tendido en el suelo en medio de un charco de sangre. Carles observó que llevaba una chaqueta del ejército republicano sin nada más debajo. Unos pantalones y unos zapatos completaban su atuendo.

—Lo habían golpeado con una barra. El último golpe en la cabeza le costó la vida. Anteriormente le habían acuchillado en el costado. Perdió mucha sangre. Era imposible que con esas heridas pudiera escapar de un hombre sano.

Algunas fotos mostraban las manos ensangrentadas y algunas uñas rotas.

—¿Qué cree que le pasó en las manos? —inquirió Ernesto.

—No lo sabemos, Parece que hubiera estado escarbando en la tierra. La tierra acumulada en las uñas y la suciedad de las manos nos hace pensar en ello.

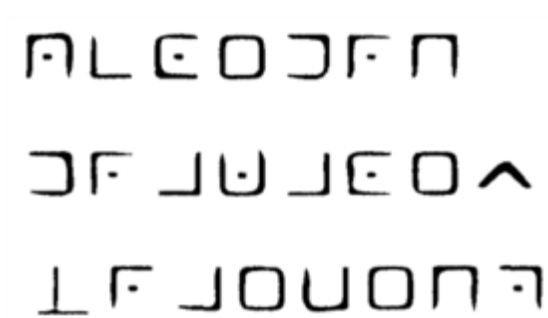
Ernesto asintió. «Una situación desesperada», pensó. Sintió una cierta empatía con la víctima, un hombre que, como él, intentaba escapar de un negro agujero.

—Como pueden ver —prosiguió Bustos—, el hombre cuya identidad aún desconocemos, pues no llevaba documentación alguna, llevaba una chaqueta republicana. Ya hace meses que acabó la contienda y no tiene mucho sentido pasear con ella. Podría formar parte de un grupo guerrillero republicano, pero no lo parece. Para empezar, la chaqueta es bastante grande en relación al cuerpo de la víctima.

—Como si la hubiera cogido al huir —comentó Carles.

—¡En efecto! Como si la hubiera cogido al huir. —Ernesto seguía mirando las fotografías cuando de repente se paró ante una de ellas que representaba una serie de símbolos extraños dibujados en la pared.

—¿Qué significa esto? —preguntó mientras mostraba la imagen.



—Eso es algo extraño —contestó el comandante—. Nuestro hombre se escondió en un callejón y, mientras su enemigo acechaba, aprovechó para pintar esos símbolos en la pared con su propia sangre. Desconocemos su significado. Por el aspecto diríamos que el sujeto es español pero tal vez perteneciera a algún tipo de sociedad secreta o de grupo específico. Ignoramos si esos son símbolos de algún tipo de religión. No parece un idioma.

A Carles le vino el recuerdo de otra persona escribiendo un mensaje con su propia sangre en un territorio inhóspito. El año anterior había recibido una misiva que su padre escribiera en tierras de África, durante el desastre de Annual. Los soldados españoles habían protagonizado una huida general habiendo sido perseguidos y masacrados por los rifeños que tenían en el miedo de sus enemigos a su mejor aliado. Ahora, la sangre volvía a representar un medio para comunicarse con otras personas.

—¿Y para qué va a querer alguien escribir esos símbolos en la pared cuando se va a morir?

—Podría ser algún tipo de rito especial…

—O un aviso —terció Carles.

—¿Un aviso?

—En efecto, una señal de alerta dirigida a otras personas.

—Podría ser. Pero el mensaje es inteligible.

—Solamente si no tenemos el código. Pero la persona a quien fuera dirigido el mensaje sí debe saber su significado.

—Será difícil que lo lea; los símbolos han sido borrados tras haber sido fotografiados.

Era tanto el miedo que tenía el ejército a mostrar cualquier forma de flaqueza, que temía cualquier tipo de descontrol en el territorio. «Prefería tener a la población atemorizada presentándose como una institución fuerte y sin

fisuras», pensó el republicano. Por ello, todo asomo de transgresión era duramente castigada. De la misma manera, las pruebas de posibles delitos eran borradas rápidamente. Podrían ser malinterpretadas por la ciudadanía.

—Resumiendo —manifestó Ernesto—, tenemos a un hombre que parece haberse escapado de algún agujero, como demuestra la tierra hallada en las manos y las uñas destrozadas, que solo llevaba pantalones y zapatos, que cogió una chaqueta del lugar donde estuviera, que fue apuñalado en el costado y huyó. Se escondió en un callejón y escribió un extraño mensaje dirigido probablemente a otros compañeros, familia o cómplices. Finalmente, su verdugo lo eliminó con los golpes de una barra de hierro, ¿me he dejado alguna cosa?

—Sí. Todavía hay más. Este hombre anteriormente había sido golpeado de manera repetida. Mostraba bastantes morados a lo largo del cuerpo.

—Debía llevar días encerrado —propuso Carles.

—En efecto. Este caso presenta tantas aristas e incógnitas que preferimos que lo lleven ustedes, no queremos que sea del dominio público. Por ello hemos decidido crear una nueva unidad. El capitán Ernesto Delgado la dirigirá. Junto a usted, Carlos Gil y Hamed El Hassani formarán el equipo —quien hablaba ahora era el Capitán General—. Capitán, usted hará de correa de transmisión de la información obtenida. Su contacto y superior será el comandante Bustos, quien me pasará la información a mí. De la misma manera que pudimos mantener los asesinatos de los capitanes en el máximo secreto, espero que en este caso hagan lo mismo. El comandante les pondrá al día del resto. Me esperan en una reunión. Les deseo suerte señores.

Con un leve movimiento de cabeza les hizo una señal para que no se levantaran, dio media vuelta y salió de la habitación.

El aire pareció adquirir pureza a ojos de Carles. Lo cierto fue que la conversación se tornó más relajada y menos formal. A sus oídos había llegado algún comentario sobre el mal genio del Capitán General. Tras el golpe del 18 de julio, Orgaz había substituido al general Franco en el mando militar de Marruecos. Cuando comenzaron a reclutar tropas del jalifa para participar en la lucha que se avecinaba, se encontró con la oposición de Abd el-Jaled Torres, líder del partido Reformista, hijo de una de las familias más ilustres de Tetuán, quien aseguraba que los marroquíes no podían participar de una guerra fratricida fuera del protectorado. Orgaz le pidió explicaciones de su deslealtad y lo expulsó de su presencia. Abd el-Jaled salvó la vida gracias a que fue acompañado por el teniente coronel Juan Beigbeder, delegado de asuntos indígenas. «Estos altos mandos consideran la vida, sobre todo la de los demás, como algo prescindible, de escaso valor», pensó Carles.

—Para establecer una organización que responda a los desafíos a los cuales nos enfrentamos —continuó Bustos—, dispondrán ustedes de unos locales, unos antiguos almacenes en la calle Fernando. Servirán de oficina y allí podrán dejar el vehículo. Aquel será su centro de operaciones. Tendrán a su disposición un teléfono y, desde allí, podrán ponerse en contacto conmigo cuando surja alguna novedad. Le daré una dirección donde le proveerán de prendas de vestir adecuadas —dijo mirando a Carles, evidentemente descontento con su aspecto—. Por cierto, hay otro dato que nos hace pensar en extrañas conexiones.

Ernesto y Carles aguzaron el oído ante una nueva información acerca de aquel caso que ya se preveía complicado.

—En los bolsillos de la chaqueta llevaba unas monedas.

—¿De la República?

—No. Libras esterlinas.

—¿Libras esterlinas?

—Efectivamente. Podría tratarse de un espía pagado por los ingleses u otros adversarios. Nuestro gobierno tiene muchos enemigos que desearían verlo derrotado. Su investigación está considerada de gran interés por el ejército.

Poco imaginaba el comandante Bustos que Carles se hallaba entre los que deseaban ver hundirse aquel sistema de gobierno.

UNA TRISTE HISTORIA

Enero, 1940

—¿Muerta?

—Efectivamente, muerta.

Carles observó a Ernesto mientras este intentaba explicarse. Su discurso parecía una confesión teniendo en cuenta el tono con que se expresaba. Su mirada parecía rehuir la del republicano y con la mano no paraba de frotar la mesa. «Cómo si se sintiera culpable de algo», pensó.

La tarde había sido aciaga. Las noticias no habían sido buenas precisamente. Volvían a tener un encargo para el ejército fascista, cosa que no suponía ninguna alegría especial para Carles ya que sentía que la telaraña de opresión que tejía el nuevo gobierno le volvía a alcanzar cuando ya se consideraba un hombre libre. Evidentemente nadie le había pedido su opinión al respecto. Una negativa a participar en la investigación se hubiera entendido como una traición. Y el precio de la traición se acostumbraba a cobrar de forma inmediata. Por otro lado, estaba la situación de Ernesto, ¡toda una sorpresa!, pues había descubierto un aspecto de su compañero diferente y desconocido. En esta ocasión se mostraba más tímido e inseguro, como el muchacho que ha de confesar sus pecados al capellán.

Por si aquello no fuese suficiente, el policía no tenía uno de sus mejores días. Su estado de ánimo era muy confuso y, con frecuencia, se debatía entre marchar o seguir allí. Aquella indecisión lo corroía y no le permitía pensar con claridad. En aquel momento era prisionero de su incertidumbre. Sin embargo, allí estaba, delante de un amigo que necesitaba su ayuda y eso era algo que él sí que podía entender.

—Creo que te debo una disculpa —comenzó Ernesto.

—¿Una disculpa?

—Debí explicártelo antes, pero cada vez que lo intentaba algo me retenía. Probablemente era que el caso de los capitanes nos ocupaba demasiado tiempo. Pero quizás no fuera solo eso…

Sus palabras bajaban de tono, como si lo que fuera a decir le avergonzara. Aquella situación resultaba novedosa para Carles. No estaba acostumbrado a observar aquella actitud en su compañero. La luz de una vela le daba, por si fuera poco, un aspecto tétrico y contribuía a resaltar las aristas de su rostro mostrando más sombras que luces. Se hallaban en el apartamento del republicano. Una vez fuera del edificio de Capitanía General —después de revisar el caso con el comandante Bustos— habían acordado ir hasta el apartamento del policía donde podrían proseguir la conversación interrumpida. En aquel momento se hallaban sentados frente a frente ante una mesa, iluminados por la luz de un cirio, ya que a menudo se cortaba la luz eléctrica de que disponía el edificio.

—Creo que también había algo de inseguridad y de miedo a enfrentarme al pasado.

—El pasado está lleno de fantasmas. A menudo nos hemos de enfrentar a ellos para proseguir nuestro camino.

—En efecto… ¡fantasmas! —Dio énfasis a esta última

palabra. Su mirada se perdía en el vacío. Parecía ver algo que estaba más allá de ellos dos.

Tras un silencio que Carles no quiso interrumpir, prosiguió.

—Esta carta —señaló la misiva que se hallaba en la mesa — se escribió en julio de 1938. Ahora hace un año y medio. Es difícil encontrar a una persona tras ese tiempo.

—Difícil pero no imposible. Encontramos a otros tras dieciocho años —dijo recordando a su padre que había sido dado por desaparecido en Annual.

—A veces me maldigo por no haber actuado de otra manera.

—Ernesto. —Carles le cogió del brazo—, los hechos sucedieron de una determinada manera. Nada podemos hacer ahora para cambiar el pasado. ¿Por qué no me explicas desde el principio todo y así quizás pueda ayudarte?

Un breve silencio se interpuso entre ellos dos. El republicano decidió darle tiempo. Era consciente de la dificultad que representaba el hecho de explicar aspectos personales de su vida de los cuales probablemente no estaba orgulloso. Dada la naturaleza de su compañero, las explicaciones debían de doler más, pues a los hechos acaecidos se añadía su carácter un tanto rígido e introvertido.

—Cuando se es joven, no siempre se toman las mejores decisiones —comenzó Ernesto.

—En eso estamos todos.

—Ya te expliqué en alguna ocasión que mi familia es de Valladolid. Mi padre era policía y siempre recuerdo de qué manera llegaba a casa después del trabajo. Su satisfacción por lo que consideraba el deber cumplido llenaba su cara. Era un hombre a la vieja usanza: recto y orgulloso. Mi madre siempre comentaba lo importante que era nuestro comportamiento.

Tenía que ser ejemplar pues no podíamos defraudar a nuestro padre. Resulta curioso ver, con la retrospectiva del tiempo, las cosas a las que dabas importancia a cierta edad. Luego la vida lo lanza todo por la borda y se ocupa de romperte los esquemas.

—El tiempo y la guerra.

—La guerra. También la guerra —quedó un momento pensativo—. Tuve un hermano que murió en la guerra. Supongo que no defraudaría a mi padre. Ahora ya nada importa. Ahora no viven ni mi madre, ni mi padre, ni Juan, ni Helena. Todos han sido arrastrados por este torbellino.

—¿Tenías más hermanos?

—No. Éramos dos. La ilusión de mi padre era que pudiésemos seguir sus pasos. Ser policías. Para él, más que una profesión era una religión. Mi hermano murió en la batalla del Ebro.

—Sería un duro golpe para tus padres.

—En ese momento no. Ambos habían fallecido. Valladolid era un hervidero de ideas y de acciones violentas durante la República, especialmente tras la revolución de octubre del año 1934. Eran continuas las hostilidades entre las izquierdas, socialistas básicamente, y las derechas, jóvenes católicos, falangistas y monárquicos. Carles asentía con la cabeza y escuchaba con atención mientras su compañero explicaba acontecimientos dolorosos con un tono más bien uniforme, como si explicara una lección de historia.

—Eran habituales los enfrentamientos. No resultaba extraño que acabaran con la muerte de algún ciudadano. Cuando no eran refriegas callejeras, se asaltaban los locales de los enemigos. Una noche vino un compañero buscando a mi padre. Al parecer habían recibido un chivatazo anunciando que unos jóvenes de izquierdas querían entrar en unos locales

que pertenecían a la Iglesia. Mi padre se levantó y cogió la chaqueta que tenía sobre el respaldo de la silla. Quise acompañarlo, ya entonces yo también era policía. Me miró y dijo: «Acaba de cenar con tu madre. Yo volveré antes de que se enfríe la verdura». Aquella fue la última vez que lo vi con vida. Uno de aquellos individuos le disparó. Le acertó en el corazón. Su muerte fue fulminante.

—Lo siento, debió ser duro para tu madre —apenas pudo balbucir.

—Mi madre no levantó cabeza. Para ella, la vida acabó aquella noche. Desde entonces fue solo una sombra de lo que había sido. El 8 de abril de 1937 murió en un bombardeo. Nuestra casa fue alcanzada por las bombas. Sin embargo, ya hacía más de dos años que era un alma en pena. A veces me gustaría parar el tiempo en aquella fatídica noche en que mi padre salió de casa en un acto de servicio rutinario. Parece que a partir de aquel momento todo empezó a ir mal. Hasta el día de hoy. Aquel fue el último día que estuvimos juntos toda la familia. Hoy solo quedo yo… Solo yo —su voz apenas era un murmullo.

Carles se veía incapaz de decir nada. Se habían desviado de la explicación inicial, pero sentía que su compañero tenía una necesidad imperiosa de explicarse. Había momentos en que uno debía descubrirse ante los demás. Probablemente era una manera de expiar el dolor que sentía. Aquella era una historia sobrecogedora pero al mismo tiempo, bastante habitual en aquellos momentos. Todas las familias habían perdido a alguien importante. De aquella tesitura eran pocos los que escapaban con rasguños. Por su manera de expresarse parecía que tuviera que justificarse de algo. Probablemente de un determinado carácter o de acciones que no había llevado a término. Intentando retomar el caso que había comenzado a

narrar, le dijo:

—Si no te importa Ernesto, creo que será mejor que sigas explicando desde el principio. Volvamos a la muchacha.

—Helena.

—En efecto, Helena.

—Helena era una persona maravillosa —ahora la cara de Ernesto se había transformado—. Su sola presencia era capaz de alegrar el entorno. Un día oscuro y gris lo transformaba en otro alegre y lleno de vida. Desde el primer momento en que la vi me quedé maravillado. Creo que me enamoré de ella. Casi sin darnos cuenta comenzamos a salir. Nos divertíamos… Éramos jóvenes. Yo ni siquiera tenía veinte años y apenas comenzaba a ver el mundo. Todo parecía maravilloso. Habíamos hecho planes para vivir juntos. Sin embargo, la vida nos tenía reservado un destino más amargo.

—¿Qué pasó?

—Cuando volví a casa intenté explicarlo a mis padres. Ellos no lo aceptaron de ninguna manera. No les cabía en su cabeza que me pudiera haber enamorado de una chica que ellos no conocían. Dieron por supuesto que debía ser una buscona a la caza de un marido. ¡Qué poco conocían a Helena! Por otro lado, pretendían que me casara con una muchacha, hija de un amigo de mis padres, con la que había festejado anteriormente.

—Y venció la tradición.

—No exactamente. Me enfrenté a mis padres. Discutimos acaloradamente. Les dije que de ninguna manera me casaría con la chica que ellos querían. Para ellos, aquello era la manifestación de una enfermedad que había que erradicar. Cuando mi padre vio que no había manera de convencerme, movió los hilos con amistades que tenía en el ejército y me destinaron a Madrid, más cerca de sus influencias.

Carles seguía atentamente la explicación. Aquella historia desgarraba el corazón de Ernesto aún en ese momento. Las emociones se manifestaban en su rostro, que se volvía muy expresivo cuando hablaba de Helena.

—Aunque volví en repetidas ocasiones a Barcelona, nunca volví a verla. Investigué en los lugares que habíamos compartido, pero parecía que se la hubiera tragado la tierra. Nadie la recordaba o la conocía. Diríase que nunca había existido. Solo permanecía en mi recuerdo. A veces pensaba si no habría sido un sueño.

—Pero, sabiendo su nombre podías haber preguntado, incluso a la policía.

—Pensé que a lo mejor mis padres tenían razón y quizás ella habría encontrado otro hombre para casarse. Quizás había padecido una ofuscación que me había nublado el entendimiento.

—¿De verdad lo creías?

—No. Pero creo que intenté justificar el hecho de que no la encontrara.

—Así, volviste y te casaste con la chica de tu ciudad.

—No. Creo que ella se dio cuenta de que, por mucho que lo deseara la familia, mi corazón estaba en otra parte. Ella se casó con un hombre de negocios y ahora tiene tres hijos. Creo que es más feliz de lo que hubiera sido conmigo.

—¿Y tú?

—Desde entonces un muro se levantó entre mi padre y yo. Nos hablábamos solo lo imprescindible. Seguí, en efecto, el camino que él deseaba. Finalmente me hice policía. La rutina fue desplazando poco a poco los viejos recuerdos. La muerte de mi padre fue como un despertar de aquel sueño. Cuando comenzó la guerra me alisté. Estuve en el servicio de inteligencia. Fue en abril de 1939 cuando recibí la carta, una

carta que había sido escrita meses antes. Cuando tuve ocasión, pude buscar en los archivos de la comisaria de Via Laietana.

—¿Encontraste alguna pista?

—Sí. Una pista que me condujo a ti.

—¿A mí?

Ernesto sacó unas hojas dobladas que había mantenido en una pequeña carpeta en su abrigo.

—Aquí hay un informe de desaparición de un chico, firmado por ti. Cuando lo descubrí, averigüé quién eras. Supe que estabas a punto de ser fusilado. Como me adjudicaron el caso de los capitanes, dije que necesitaba un compañero. Y ese solamente podías ser tú.

—Debiste ser muy convincente, visto el resultado.

—Eras el único lazo que podía hacerme llegar hasta ella.

Si alguna duda le quedaba sobre el motivo por el que le habían salvado la vida, esta quedó disuelta. Comprendió que, cuando se trata de salvar a seres queridos, cualquier fin justificaba el medio. Carles cogió el informe y lo leyó. A medida que avanzaba en la lectura, los recuerdos se iban presentando ante él. Recordó un muchacho pecoso, con el cabello rojizo como su madre, una señora pelirroja con una mirada limpia y clara. Entonces, en su mirada se posó una sombra de enorme tristeza.

—¿Helena tenía el cabello rojo?

—Rojo. Un cabello precioso.

—¿Cómo sabes que murió?

—Hay otro informe, tras el tuyo, añadido por otro policía. Dice que fue asesinada en su casa, una vivienda de Can Tunis. Muy raro.

—¿Por qué era raro?

—Porque en ningún momento me pareció que fuera una persona que habitara ese tipo de barrio. Ella era muy elegante,

incluso distinguida. Me sorprendió saber que vivía allí.

—A veces, las personas que más creemos conocer nos dan grandes sorpresas. Es entonces cuando nos damos cuenta de que nos son desconocidas. ¿Y el chico…?

—Guillermo.

De repente, múltiples recuerdos se presentaron ante sus ojos. Los personajes que habían ido apareciendo en la mente de Carles como sombras, se presentaron en un primer plano, exigiendo su derecho a permanecer. Los recuerdos le llevaron a los primeros días de la contienda y, entre ellos, destacaba la imagen de un muchacho rebelde y orgulloso.

—¡Dios mío! ¡Guillermo!

SOMORROSTRO

Octubre, 1934

Un zumbido continuo e interminable. Sin descanso, a veces suave, a menudo ensordecedor. Así era el ronroneo del mar en aquel día de octubre. A menudo los temporales dejaban prácticamente destruido el barrio. En ocasiones no tan graves convertía las calles en un inmenso cenagal. Guillermo lo sabía e intentaba refugiarse bajo el porche de una barraca. La lluvia le golpeaba la cara; tenía toda la ropa empapada, los zapatos llenos de barro y la cara magullada. A pesar del temporal no quería volver a casa, ello supondría continuar con la discusión y ya le había dicho a su madre, muy enfadado, que se iba, que no lo esperara.

Apenas tenía doce años, toda una eternidad teniendo en cuenta que se había criado en el Somorrostro, suburbio temido por la dureza en las condiciones de vida de todos sus habitantes. La luz y el agua potable eran lujos fuera del alcance de los que allí vivían. Las viviendas eran barracas realizadas con cualquier material que pudieran encontrar, normalmente de madera. A menudo estas solamente tenían una estancia. La cuestión era que seguramente, en aquel momento, los habitantes del barrio se hallaban apretujados en el interior de las viviendas esperando que amainase la dura

tormenta, con lo que la soledad del joven Guillermo era evidente.

Siguió adentrándose por aquellas estrechas y fétidas callejas. El olor le hizo saber que se acercaba a la riera de Bogatell por donde bajaban las aguas residuales de las fábricas vecinas, foco de infección de virus y epidemias. Habitualmente se estancaban las aguas dejando un hedor de putrefacción que se dispersaba por toda la zona. Una necesidad imperiosa de mear le hizo frenar su avance. En la esquina de una chabola buscó su alivio. El viento contribuía a la acción repartiendo sus orines en las proximidades. «Es importante controlar la dirección del viento para no mojarte», pensó el muchacho.

De repente, algo le llamó la atención. Nada se distinguía en la oscuridad de la noche. Se acercó a la pared para evitar ser visto. Prestó atención y observó aquel espacio tan conocido y agreste al mismo tiempo. Algo se movía a lo lejos. Parecía un trapo moviéndose al viento. Percibió un movimiento, había un hombre con una capa. Era muy difícil de ver, pero lo había intuido. En aquel barrio, si no eras capaz de presentir el peligro, no durabas mucho tiempo. De hecho, tu vida se podía acortar espectacularmente. Como el Nani, uno de sus colegas, que apareció una mañana tirado en la riera, desnudo y destripado. Dijeron que había sido obra de algún loco. Guillermo nunca se acabó de creer la historia. Más bien tendía a pensar que era obra de alguno de aquellos degenerados que venían de la ciudad en busca de chiquillos con los que satisfacer sus gustos pervertidos.

Se quedó quieto como una estatua a pesar del fuerte temporal. Intentó fijar la mirada en el lugar donde le había parecido ver a un hombre. Ahora no lo veía, pero adivinaba su presencia. Notaba un cambio en el ambiente. Diríase que los

aromas del ambiente, hasta ahora fétidos y contaminados, habían dado paso a otros efluvios diferentes, cargados de inquina y opresión. Un desasosiego le recorrió el cuerpo y supo, de manera inmediata, que aquel hombre no estaba allí para nada bueno.

Parecía que hasta la tormenta amainaba un tanto en espera de ver lo que sucedía.

El chico aguantó la respiración intentando pasar desapercibido. Aquel hombre no era como el Tronco, muchacho con el que se había peleado por la tarde, un repugnante y desagradable adolescente de quince años que disfrutaba golpeando a otros más débiles. El apodo correspondía a su constitución: era un mozo robusto que basaba todos sus actos en la fuerza. Por otra parte, su nivel de inteligencia era bastante limitado. Siempre gustaba de pavonearse de sus actos ante los demás y esa mañana lo habían acorralado cuando se dirigía a la fuente. Eran tres, pero quien tenía la voz cantante era el Tronco.

—¡Vaya! —había dicho con sorna— ¿a quién tenemos aquí?

Guillermo estaba alerta. Sabía lo que vendría a partir de ese momento, pues no en vano lo había presenciado en otras ocasiones. En primer lugar, se burlaban del pobre infeliz al que acechaban para, finalmente, darle una paliza con el objetivo de que recordara quien mandaba en aquel terreno sin dueño. Sabía que correr no servía de nada. Aquellos muchachos tenían buenas piernas y lo único que conseguiría sería recibir una paliza y ser tratado de cobarde. La única manera de salir del paso era sorprenderlos. Antes de que siguiera hablando, cogió con fuerza el cubo de latón que llevaba a la fuente y le golpeó la cara. El Tronco había caído plano al suelo. El golpe, acompañado de la sorpresa, fue

motivo suficiente para dejar inconsciente al gigante. Los otros se le echaron encima, pero pudo defenderse con los puños y las patadas. Finalmente salieron corriendo cuando vieron que aquel muchacho parecía indestructible y no cedía a pesar de los golpes recibidos.

Cuando llegó a casa, le cayó una buena bronca de su madre. Llevaba toda la ropa sucia de barro, no en vano habían rodado por el lodo. Lo peor fue cuando llegó el padre del Tronco con su hijo, acusando a Guillermo de todos los crímenes posibles. Se hubiera reído si no hubiese sido por la gravedad de la situación. El aspecto del gigantón era patético, sobre todo porque tenía que ser su padre quien lo defendiera, como si él no tuviera bastante fuerza o valor a pesar de su estatura. Le marcaban la cara grandes magulladuras. Parecía que tenía la nariz rota. De nada sirvió después explicar a su madre como era aquel gamberro, ni tan solo quiso escuchar que había sido atacado por tres chicos. Todo ello derivó en una discusión y en la decisión de escapar de casa.

Volvió a asomar la vista por la esquina de la chabola. No veía al sujeto, pero lo sentía. Notaba su presencia como se nota la fragancia de un bote de especias cuando se abre en una habitación cerrada. Solo que allí se trataba de una emanación maligna. Maldijo su suerte por no llevar ni una navaja.

De repente un ruido lo alertó. Parecían los pasos de un individuo que caminaba de manera más despreocupada. Evidentemente la tempestad había remitido un poco, aunque las calles permanecían solitarias, a excepción de aquellos paseantes nocturnos.

La musicalidad de los pasos llenó la noche. Se quedó inmóvil como una estatua. Tenía la sospecha de que sería testigo de algún acontecimiento y los acontecimientos, en el Somorrostro, no acostumbraban a ser nada agradables.

Se sorprendió de la tranquilidad con la que caminaba el individuo por aquellos parajes. Parecía dirigirse a un encuentro acordado. La escasa luz de la luna le permitió ver su figura. Su aspecto correspondía a uno de tantos trabajadores de fábrica, aunque con un innegable aire de autoridad. «Este es un capataz», pensó Guillermo.

Poco a poco, el sujeto se acercaba a la zona oscura donde se hallaba escondido el hombre misterioso. Su seguridad constituía su propia debilidad ya que daba pistas innecesarias a todos aquellos que pudieran buscar una presa fácil aquella noche.

Como en una obra de teatro, el paseante caminaba junto a la zona oscura. Una sombra sigilosa salió de entre las tinieblas. Pudo ver un objeto que brillaba en la oscuridad: la hoja de un cuchillo. Sin apenas tener tiempo de darse cuenta, la sombra lanzó varias estocadas sobre el caminante. La fortaleza del recién llegado le permitió revolverse y, apoyándose en la pared, se lanzó contra el atacante. Realmente debía ser fuerte, pues las heridas que había recibido en el costado no habían acabado con él. No pareció tener miedo, El muchacho observó cómo cogió, con una enorme mano, el rostro de su enemigo y lo golpeó contra la pared. El recién llegado parecía llevar la iniciativa. Cuando aparentaba dominar el combate asestando golpes de manera continua, algo debió cambiar el curso de la pelea: el caminante cayó a tierra como un fardo desmadejado. Guillermo se asomó con precaución y pudo ver que tenía el cuchillo clavado en el abdomen.

La quietud se hizo palpable, pero duró solo un momento. La breve pausa dada por la tormenta pareció acabar y la lluvia arreció junto con el viento. Un cartón le golpeó la espalda, provocándole un gran sobresalto. Cuando volvió a mirar hacia el espacio en el que había tenido lugar el crimen percibió

algún cambio en el panorama nocturno. No sabía qué era, pero su intuición le decía que allí pasaba algo más. Su sistema de alerta le avisaba de la peligrosidad de la situación. Observó la escena y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se dio cuenta de que allí solo estaba el cadáver del hombre. No había ni rastro del asesino, lo cual quería decir que podía estar en cualquier lugar. Pensó que debía salir de allí… Y no sabía si ya sería demasiado tarde.

De repente, una mano se posó en su hombro cogiéndolo con fuerza. El susto fue enorme y la angustia tremenda. Se giró y pudo ver al asesino, el tipo de la capa, mientras una voz, con un ligero acento extranjero, resonaba en su oído.

—Muchacho, me parece que ya has visto demasiado.

El chico no era de tener miedo, pero sabía cuándo azuzaba el peligro y aquel era uno de esos momentos en los que te lo jugabas todo sabiendo que tenías las cartas equivocadas. Un olor a alcohol llegó hasta él. El hombre apestaba. Seguramente había bebido y aquella había sido la causa del poco acierto en las heridas causadas. A pesar de ser alto y fuerte, presentaba un aspecto muy ajado. Algunas arrugas marcaban su cara. Debía rondar los cuarenta, aunque el trabajo y la mala vida habían hecho mella en él, aparentando tener más. Su pelo gris y revuelto le daba un aspecto enloquecido. Tenía un bigote bastante espeso. Pero fue su mirada la que le impresionó más: sus ojos grises, fríos y distantes le daban el aspecto de un desequilibrado.

—Yo no he visto nada —dijo mientras intentaba zafarse del asesino.

El hombre pareció reflexionar y fijó la mirada en el chiquillo. Guillermo sintió como le taladraba con la mirada, como si le estuviera leyendo el pensamiento. De repente, el lunático soltó una risa.

—Tienes razón. ¿Qué puede ver un chiquillo como tú? Quiero que me ayudes en una cosa.

A pesar del miedo, al muchacho no le quedó otra que aceptar. El hombre lo tenía sujeto con tal fuerza que su mano se había cerrado como un garfio sobre el brazo del chico. De esa manera lo acompañó hasta el lugar donde se hallaba el cadáver del paseante.

—Este era un mal bicho y no he hecho más que acabar con él. Cógelo por los pies, yo lo cogeré por los brazos.

Guillermo no sabía si creérselo, pero en aquel momento lo más importante era salir con vida de aquella situación. Para ello decidió seguir la corriente a aquel fulano. Entre los dos cogieron el cadáver y lo fueron transportando, unas veces a pulso, otras arrastrando. Lo llevaron a las afueras del barrio donde, en un gran descampado, tras un terraplén, había un pozo bastante profundo.

El muchacho lo conocía ya que a menudo tiraba piedras allí. Le gustaba imaginar su profundidad, pero la sombra de la estrecha boca dificultaba la visión. Sabía que otros vecinos arrojaban objetos inservibles, pero, en general, poca gente se acercaba por allí.

—Ahora lo tiraremos adentro.

Guillermo sabía que debía salir corriendo, pero sus pies se negaban a hacerlo en aquel momento. En cierta manera confiaba en que el asesino lo dejara ir una vez acabado el trabajo. A fin de cuentas, él no sabía nada de aquellos sujetos. Ante él, el hombre cogió el cadáver y lo arrojó de cabeza por el pozo. El muchacho, fascinado, no pudo dejar de mirar.

—Bueno. Finalmente has encontrado el descanso que tanto deseabas. A veces, querer saberlo todo tiene sus riesgos… Y tú tenías demasiada curiosidad.

El chico lo miraba sin atreverse a acercarse, un tanto

sugestionado por la voz de aquel individuo. De repente, unas arrugas se formaron en la frente del asesino y, mirando hacia la oscuridad, comentó:

—¿Qué demonios es eso?

Guillermo se giró, pero al mismo tiempo, se dio cuenta de que aquel era el truco más viejo del mundo para engañar a otra persona. Sin darle tiempo a nada más, recibió un golpe en la nuca que lo dejó aturdido. A continuación, desde su estado de semiinconsciencia, tuvo la sensación de caer en el abismo antes de que la oscuridad fuera completa.

UN VIAJE POR EL PASADO

Enero, 1940

—¿Así es verdad que lo conoce?

—Lo conocí poco, al igual que a Helena, su madre, pero me pareció un muchacho valiente.

—¿Y ella?

Carles cerró los ojos y recordó a Helena. La primera vez que la vio le sorprendió la fuerza de voluntad y el carácter fuerte de aquella mujer, que contrastaba con su aspecto físico. Su apariencia mostraba a una mujer que había trabajado duro y que había sufrido mucho. Así lo marcaban las arrugas del rostro, sobre todo al lado de los ojos, unos ojos preciosos, de un azul cristalino que parecían concentrar la luz del entorno. A pesar de la tristeza y de los ojos enrojecidos, fruto del llanto seguramente, su belleza era innegable. Además, mostraba unos modales que desmentía su vestimenta: una blusa blanca y una falda estampada, un tanto descolorida, que parecía haber sido muy utilizada. Sin embargo, el porte de la señora demostraba que en ocasiones anteriores se había distinguido por una cierta elegancia que no había caído en el olvido.

—¿Es usted policía? —le espetó de buenas a primeras.

Carles se sorprendió. Estaba recién incorporado al cuerpo y aún no había realizado ninguna misión como las que se

contaban en los corrillos infantiles cuando jugaban a *polis* y ladrones. Todavía le desconcertaba el tratamiento que le daban; apenas había tenido tiempo de acostumbrarse.

—¡Necesito que me ayude! Mi hijo ha desaparecido.

—Entonces comenzó a llorar. Intentó explicarse, pero las lágrimas se lo impedían. Carles la sentó en una silla y le ofreció un té para que se calmara. Se lo trajo del bar que había junto a la comisaria ya que ellos no disponían de cocina. Cuando la mujer estuvo más calmada, comenzó a explicar su historia. Al parecer tenía un hijo de doce años que se llamaba Guillermo. Este se había peleado con otro chico del barrio y su madre le había regañado, sobre todo después de que el padre del otro muchacho hubiese ido a quejarse de que su hijo le había roto la nariz.

—¿Cómo se llama el otro muchacho?

—Néstor, pero todos le llaman Tronco.

Carles se sorprendió. Conocía al chico en cuestión, era un gamberro que había tenido problemas con la policía. A su afición de buscapleitos también había que añadir la de chorizo y timador. «Realmente tiene redaños el muchacho si ha sido capaz de tumbar al Tronco», pensó el republicano.

Tras una dura discusión, el adolescente había marchado de casa y, dos días después, todavía no se sabía nada de su paradero.

—¿Ha preguntado al otro muchacho si se han vuelto a pelear?

—Sí, pero él jura que no sabe nada, que anteayer lo vio por última vez en mi casa.

—Tendré que hacer un informe sobre lo sucedido.

—¡Oiga! ¡Le digo que mi hijo ha desaparecido y lo único que se le ocurre es escribir!

—Es el procedimiento y es importante, pues así cualquier

agente podrá investigar teniendo conocimiento de lo que pasó.

—¡Quiero que lo busquen y que lo encuentren! —gritó Helena con un tono de desespero y angustia.

—¿No tendrá una foto del muchacho? —Intentó hacer caso omiso de los gritos a pesar de ser consciente de la aflicción de la mujer.

—¿Usted se piensa que estamos de vacaciones para hacernos fotos? —El enfado de la madre iba a más.

—Comprenderá que sin foto difícilmente podremos buscarlo.

La mujer se giró, disgustada, dispuesta a marcharse. A Carles de repente se le ocurrió una idea.

—¡Espere! —Helena se paró y se dio la vuelta. Gruesas lágrimas de impotencia caían por su rostro—. Hay una posibilidad. Tengo un compañero que hace retratos. Solo tiene que explicarle cómo es su hijo.

Una hora más tarde, Carles y Helena salían hacia el Somorrostro con un retrato aproximado de Guillermo.

—¿Lo encontrasteis? —preguntó Ernesto que se había dejado cautivar por el relato.

—Estuvimos buscando, pero al muchacho parecía habérselo tragado la tierra. Nadie lo había visto. Además, la noche de la desaparición había tenido lugar una tormenta, por lo que las calles habían estado desiertas.

—Sin embargo, apareció.

—Al día siguiente. Al parecer una muchacha lo había encontrado. Había caído en un pozo.

—¿En un pozo?

—Sí, cerca del barrio. No debió verlo con el temporal y puede que haya resbalado adentro. Tras este incidente lo perdí de vista. Creo que cambiaron de barrio. No volví a verlo en un

tiempo.

—Pero ¿lo volviste a ver?

—Más tarde. Se relacionaba con los anarquistas.

—¿Los anarquistas? —Carles no sabría decir si Ernesto estaba sorprendido o más bien apenado.

—Sí. El caso es que tuvo alguna relación con sindicalistas anarquistas. Recuerdo que en los primeros días de la guerra me lo volví a encontrar. Creo que hacía de correo entre diferentes grupos anarquistas.

—¡Nunca lo hubiera pensado de un hijo de Helena!

—¡No entiendo por qué te sorprendes! En aquellos días, había un ambiente revolucionario en Barcelona. De hecho, los anarquistas pararon el golpe en la ciudad —sabía que un nacional no quería oír hablar de que la guerra civil había sido en realidad un golpe de estado fracasado, pero no pudo evitar decirlo.

—Es que, me resulta increíble pensar en Helena viviendo en un barrio como el Somorrostro o Can Tunis y a su hijo relacionándose con anarquistas. No parece la Helena que yo conocí.

—Los tiempos han sido muy duros para todos. De hecho, para muchos, sigue siéndolo.

Ernesto tenía los ojos cerrados, como si estuviera visualizando alguna imagen que hubiera retenido en su memoria. De repente los abrió.

—¿Los volviste a ver?

—Alguna vez volví a ver a Helena. Es una pena lo que le ha pasado. Era una gran mujer. —Ernesto asentía con la cabeza—. En cambio, al muchacho lo vi en diversas ocasiones, hasta mayo de 1937.

—¿Qué quieres decir? —El militar abrió los ojos como platos— ¿estuvo involucrado en los hechos de mayo?

—Todos estuvimos involucrados de una u otra forma —respondió con una cansada sonrisa Carles, recordando aquellos sucesos. ¡Qué lejos parecía aquel tiempo! Y, sin embargo, apenas habían pasado dos años y medio—. Era difícil ser neutral en aquellos momentos. Recuerdo que lo vi muy exaltado. Lo llamé, pero…, fue muy curioso.

—¿Qué quieres decir?

—Me decía algo así como que tenía que ver a alguien. Eran unos días locos donde algunos disparaban contra todo lo que se movía. Recuerdo que yo me hallaba en una barricada, en la Catedral. Apenas pudimos hablar y salió corriendo hacia un edificio. Nunca más lo volví a ver.

—¿Entonces desapareció?

—No lo sé. Yo había sido llamado a filas en octubre de 1936 y solo pude ir a Barcelona en algunas ocasiones, debido a algún permiso o para resolver algún caso. La cuestión es que en mayo de 1937 me encontraba en Barcelona, pero ello era más debido a la casualidad que otra cosa.

—Sin embargo, la carta fue escrita un año después, cuando desapareció.

—¿Cómo sabes que desapareció un año más tarde?

—Porque junto a tu informe se ha añadido otro —sacó un fajo de hojas de la carpeta y se lo entregó—. Aquí tienes la sucesión de los hechos.

Carles leyó el *dossier*. Era un parte de la policía, de Jorge Deleune, un compañero más veterano. En él se notificaba la desaparición del muchacho a mediados de julio de 1938, una semana antes de la fecha de elaboración del escrito.

—Me imagino la desesperación de Helena.

—Pero no obtuvo la misma respuesta que cuando tú la ayudaste.

—Los tiempos eran diferentes —intentó justificar Carles.

—Y las personas… Lo más triste viene a continuación.

Carles leyó en otra hoja, como en una apostilla, la descripción de un incendio en la vivienda de Helena y de la aparición del cuerpo de la mujer. Presentaba heridas de cuchillo en el tórax que acabaron provocándole la muerte. Una gran pena recorrió su cuerpo, pensando en que aquella valiente y atrevida señora acabara de aquella forma.

—¡Dios mío!

—¿Entiendes? Ni siquiera se hizo una investigación. Se apunta el suceso y ahí se acaba el expediente.

—Aquellos momentos fueron muy difíciles. Barcelona tenía la guerra a sus puertas.

—¡Y no había nadie para investigar el caso!

—¿Y qué quieres hacer? —le dijo levantando la voz en un intento desesperado de defender una posición que sabía muy difícil.

—Quiero encontrar al muchacho. Saber dónde está y ayudarlo. También…

—¿También? —respondió Carles, pues su compañero parecía haber caído en una especie de mutismo. Tenía la mirada fija en la mano que incansablemente, pero de manera continuada, se deslizaba por la mesa.

—Quiero encontrar a ese cabrón. Quiero encontrar al hombre que la mató —la expresión le había cambiado y sus ojos, con renovada intensidad, miraban fijamente a Carles.

—Dime ¿quieres justicia o buscas venganza?

—Ese hombre no merece vivir —fijó la vista en su compañero.

Carles observó un intenso brillo en la mirada de Ernesto que no había visto hasta aquel momento. Entonces supo que el fuego de la venganza devoraba el cuerpo de su compañero y que no cesaría hasta encontrar al asesino.

MEMORIAS DOLOROSAS

Enero, 1940

—¿Y tienes que ir?

—He de volver al cuartel antes de que anochezca.

Si no lo hago se me caerá el pelo.

—Poco pelo te quedará pues… —dijo ella riendo.

Ernesto se giró y se deleitó contemplándola. Helena estaba sentada en la cama. Su cabello despeinado caía sobre la cara en rebeldes rizos. Los ojos, cristalinos, lo miraban con una expresión entre triste y divertida. La boca entreabierta parecía estar esperando sus besos. Los pechos desnudos se mostraban orgullosos. Cada detalle de ella aportaba un aire de rebeldía. A pesar de que todo su ser le pedía quedarse allí, el militar se giró y, tras una breve despedida, salió de aquel apartamento, un pequeño refugio de amor que habían encontrado o, mejor dicho, que ella había encontrado.

Mientras se dirigía al cuartel no podía dejar de pensar en la suerte que tenía. Desde que había conocido a Helena su mundo se había transformado. De la casualidad del encuentro pasaron a la curiosidad del conocimiento recíproco y, de allí, a la exploración de sus cuerpos. La atracción había sido mutua. El desparpajo y alegría que parecían dominar a Helena había facilitado las cosas. En un principio se habían vuelto a ver los

cuatro, pero rápidamente decidieron que era mejor mantener una relación más discreta y personal que había desembocado en una ansiosa y desesperada búsqueda del placer.

Los encuentros al comienzo habían sido a la luz del día. Sus paseos los llevaban a recorrer diversos lugares de Barcelona. A través de ella, Ernesto comenzó a amar aquella ciudad a la que había mostrado, hasta el momento, una cierta indiferencia. Las Ramblas, el puerto, el Barrio Gótico o la Sagrada Familia se convirtieron en testigos mudos de aquella singular pareja. A menudo, el militar se sorprendía pensando qué había visto en él Helena que fuera merecedor de su atención. En cierta manera le desconcertaba mantener aquella relación a todas luces desequilibrada. La causa estaba en que veía en ella una figura digna de admiración. Su belleza le cortaba la respiración. Percibía las miradas de deseo que despertaba en los sujetos con los que se cruzaban. No era consciente de que, probablemente, su timidez y sencillez eran sus mejores armas.

Tras un breve tiempo en que se dedicaron a darse a conocer mostrando sus intereses e inquietudes, un buen día Helena lo sorprendió. Lo esperaba y, tras un abrazo que levantó la envidia de los hombres que los observaban, lo cogió de la mano y le dijo:

—¡Ven! Tengo una sorpresa.

Antes de que Ernesto pudiera contestar, ya Helena tiraba de él y lo arrastraba por aquellas calles con un gran ímpetu y una sonrisa en la boca. Llegaron a la calle del Carmen, cerca del palacio de la Virreina, y allí entraron en un portal. Ernesto la abrazó y comenzó a besarla.

—Espera un momento —le dijo ella mientras abría el portal.

Subieron las escaleras con una rapidez y agilidad que

ponía de manifiesto su mutua impaciencia. Llegaron al segundo piso y ella abrió el apartamento. Cerraron la puerta y, sin apenas tiempo de nada, se abrazaron y comenzaron a desnudarse de manera desesperada, conscientes de que el tiempo era efímero y de que no podían perder las escasas ocasiones en que podían disfrutar de un sensual encuentro. La ropa caía a sus pies y, finalmente, Ernesto la cogió en brazos y la llevó a la habitación donde había una cama de matrimonio que preludiaba grandes placeres.

Aquel apartamento se había convertido en su nido de amor, un lugar discreto, fuera del alcance de los demás. Allí había pasado, sin ninguna duda, los momentos más felices de su vida, momentos fugaces pero eternos. Aquella desatada pasión apenas había durado cuatro meses, unos meses que enseñaron a Ernesto que la vida no consistía en una calmada y pautada sucesión de objetivos por cumplir. Helena, como un terremoto, había desequilibrado todo aquel despacioso y previsible camino que se había fijado, pero tras su desaparición, había dejado tras de sí un vacío insondable, difícil de digerir.

Las nubes debieron tapar el sol de manera que una sombra fue llenando la pequeña habitación donde se encontraba Ernesto, recordando hechos que habían sucedido diecinueve años antes. Se hallaba sentado en la cama observando una foto de Helena. Todavía le parecía sentir en la piel el contacto de sus manos o la presión de su brazo cuando lo guiaba por aquellas estrechas calles. Ir parecía oler su perfume, una fragancia que lo encandilaba. ¡En cuantas ocasiones se había girado y había perseguido un aroma similar creyendo que era su amada quien caminaba junto a él! Ella lo había fascinado de tal manera que, tras su desaparición, había llegado a creer que solo había existido en su imaginación: un espíritu fugaz

que había bajado a la tierra a tomar contacto con los hombres, dejándolos más tristes y conscientes de su pequeñez tras aquella íntima relación.

Ahora una carta atrasada y un informe encontrado ponían de manifiesto la existencia de la persona a la que había buscado con tanto desespero. Sin embargo, los hechos acaecidos se contradecían con los recuerdos del militar, como si aquella mujer con la que había compartido momentos tan deliciosos hubiera tenido fecha de caducidad. La realidad le decía que Helena había vivido en algunos de los barrios más duros y pobres de Barcelona, que su día a día había sido muy diferente de lo que él había imaginado. No sabía cuál había sido la causa de esta dualidad: si un empobrecimiento por algún ignorado motivo o una doble vida que ya hubiera mantenido en los años en que la conoció.

Sentía una inquietud que lo consumía. Presagiaba, como una sorda llamada desde lo más profundo, una seria advertencia que lo conminaba a seguir investigando para intentar descubrir qué había pasado hacía año y medio, cuáles habían sido las causas de la muerte de Helena y dónde se hallaba su hijo, si todavía estaba vivo. Sabía que su mundo estaba roto y presentía que, en las respuestas, hallaría una paz y estabilidad que le permitirían cerrar algunas heridas.

La habitación se había oscurecido por completo y Ernesto, por primera vez en mucho tiempo, pudo relajarse. La confesión que había realizado ante su compañero le había descargado un tanto del peso que había soportado en silencio durante tantos años. Sus recuerdos se fueron difuminando hasta que, finalmente, fue vencido por el sueño.

* * *

¡Mentiras!

Esa palabra volvía una y otra vez a la mente de Carles, quien se hallaba sentado en la silla de su habitación, mientras daba vueltas a la conversación tenida con Ernesto. La oscuridad de la noche dominaba la estancia, solo la iluminaba los rescoldos de las maderas quemadas que escasamente calentaban el apartamento.

¡Otra vez mentiras!

Su conciencia le acusaba, pero haber informado de la verdad a Ernesto hubiera hecho todo mucho más difícil. De hecho, él mismo dudaba de los acontecimientos pasados. No tenía sentido alarmar a su compañero si no estaba seguro de ello.

Recordaba con toda claridad a Guillermo, un muchacho decidido que claramente se había posicionado con los anarquistas. Incluso, alguna vez lo había visto paseando con Lena, la hija de Toni Vallés, sindicalista de la CNT. Hacían una buena pareja. El muchacho había hecho de correo entre los diferentes grupos sindicales, tanto la noche del golpe de estado como las anteriores. Carles se lo había encontrado alguna vez y siempre le había recomendado prudencia, ya que eran momentos muy delicados. La tensión se respigaba en el aire y cualquier chispa podía tener consecuencias mortales.

Su mente volvió hacia aquel 6 de mayo. No había querido especificar nada a Ernesto, dando a entender que apenas había hablado con el chico. Sin embargo, la realidad era bien distinta. Carles había llegado del frente en uno de sus escasos permisos, pero una vez comenzados los incidentes, fue movilizado por sus superiores en la comisaría. Habían construido unas barricadas encima de la catedral donde llegaron a poner ametralladoras, todo el mundo en la calle era registrado y los militantes del POUM o de la CNT eran

detenidos inmediatamente. Acababan de recibir noticias de que Antoni Sesé, secretario de la UGT en Cataluña, había muerto, tiroteado desde una barricada. El nerviosismo era generalizado.

Fue en aquel momento cuando un acalorado Guillermo llegó corriendo. Rápidamente lo detuvieron, pero cuando Carles vio quién era pudo hablar un momento con él. Aunque fue una conversación muy breve.

—Guillermo. ¡Vete a casa!

—No puedo. ¡Tengo que avisarle!

Carles no conseguía entenderle. El muchacho estaba muy nervioso. Percibió que su acaloramiento no se debía tan solo a la carrera. Notó que su corazón latía de manera acelerada y todo su cuerpo parecía permanecer en tensión.

—¡Tienes que irte! Aquí estás en peligro y te pueden disparar.

—Tengo que avisarle.

—¿A quién tienes que avisar? ¿Qué es eso tan importante que has de hacer?

—No puedo perder tiempo. ¡Él lo quiere matar! —Entre jadeos soltaba alguna réplica que no hacía sino alarmar aún más a Carles.

—¿A quién quiere matar?, ¿de quién estás hablando?

—Del padre de Lena. De la misma manera que mató a Josep Viñas.

—¿A Josep Viñas?

—Sí. El hombre que lo asesinó. La misma noche que me arrojó al pozo.

Y sin decir nada más salió corriendo. El policía no tuvo tiempo de pararlo. Lo vio desaparecer en dirección a la Via Laietana. Un compañero levantó el fusil y Carles lo frenó.

—¡Déjalo!, ¿no ves que es un muchacho?

Mientras su compañero bajaba el fúsil, comenzó a asimilar lo que le había dicho Guillermo. Hasta aquel momento él había pensado que la caída en el pozo había sido un accidente, según le había dicho el muchacho. Ahora sabía que había sido un intento de asesinato. En ese momento, el chico iba a buscar al asesino para evitar que matara a Toni Vallés. Todo aquello era un tanto confuso. Pensó que, tal vez, la imaginación del adolescente le hubiera jugado una mala pasada. Sin embargo, una luz de alerta permanecía encendida en su interior.

En aquel momento se oyeron tiros en los alrededores de la Plaza Cataluña. Todos permanecieron en alerta y Carles volvió a la barricada.

El policía se levantó de la silla donde había permanecido recordando aquellos momentos en que vio por última vez a Guillermo. Nunca más había sabido de él y, en ese instante, la noticia de la muerte de su madre extendía un triste velo sobre su recuerdo. Supo que el padre de Lena había aparecido muerto, acuchillado, en unos bajos que utilizaban los sindicalistas para sus reuniones. El muchacho no debió llegar a tiempo para salvarlo.

Carles recordó que Ernesto le había salvado de morir fusilado con la pretensión de que le ayudase a investigar el asesinato de Helena y la desaparición de su hijo. Teniendo en cuenta que había desaparecido hacía más de un año y que había un asesino tras su pista, sería raro encontrarlo con vida. Si no encontraba el rastro de su madre, difícilmente podría descubrir indicios del muchacho.

De repente, algo llamó la atención del policía. Se hallaba mirando la calle fijamente cuando advirtió una sombra que se movía. Se apartó de manera discreta de la ventana, de forma que no pudiera ser visto desde fuera, y siguió observando la

salida del callejón. Le pareció ver la brasa de un cigarrillo. Esto apenas era perceptible, pero las horas de guardia pasadas en el ejército le habían servido para algo más que ordenar recuerdos. Detalles como aquel le habían salvado la vida en alguna ocasión.

Permaneció inmóvil, alerta a cualquier variación del entorno. Las nubes dificultaban la visión de una manera más completa. Percibió una entidad que le espiaba. Más que una percepción física, notó una presencia que le acechaba y estaba pendiente de sus movimientos. Una sensación incómoda lo dominó. El aire parecía haberse enrarecido. Un tufo espeso, cargado de maldad, flotaba en el ambiente. Sentía que la mirada de su vigilante penetraba las paredes buscando su presa, de la misma manera que un depredador. Las nubes se apartaron dejando paso a la luz de una luna en cuarto creciente. Rastreó la zona con la mirada.

Ya no había nadie.

LENA

Octubre, 1934

—Parece que ya se despierta.

Oía aquella voz, una dulce voz que parecía surgir de las tinieblas. Poco a poco fue despertando y se encontró ante una visión maravillosa: una hermosa muchacha estaba a su lado. Para Guillermo podía tratarse de un hada o de un ángel ya que la luz que entraba por la ventana formaba un halo alrededor de su rostro. —¡Papá! ¡Se está despertando!

Guillermo pudo habituar la vista a la luz de la habitación. Su confusión era enorme.

—¿Estoy muerto? —preguntó.

Unas joviales risas resonaron en el cuarto. La muchacha le pasó una mano por la frente y comentó:

—No. No estás muerto, pero podrías haberlo estado. Parece que ya no tienes fiebre.

—¿Qué ha pasado?

—Al parecer caíste a un pozo. Allí debiste permanecer un par de días. Suerte que Lena te oyó gritar y pudo sacarte de allí —contestó el hombre que entró en la habitación, un individuo alto y fornido. Sus ojos claros resaltaban en un rostro moreno y surcado de arrugas. Una barba y bigote y un pelo liso, donde asomaban tímidamente algunas canas, daban

cuenta de su edad.

La magia del momento, la ilusión de estar en un paraíso se desvaneció rápidamente ante la entrada de aquel sujeto, seguramente el padre de aquella maravillosa criatura. Un agudo dolor de cabeza le impedía concentrarse para recordar qué había pasado.

—No recuerdo nada.

—Tranquilo muchacho —dijo el padre—, seguro que pronto recordarás. El golpe ha debido ser duro.

—¿Tampoco recuerdas tu nombre? —El hada volvía a hablar.

—Guillermo. Me llamo Guillermo. ¿Dónde estoy?

—Estás en nuestra casa, en el barrio de Guinardó. Hicimos venir al médico para hacerte una revisión. Al parecer tuviste suerte en la caída. Cualquier otro se habría matado.

Poco a poco los recuerdos volvieron a su mente: la pelea con el Tronco, la discusión con su madre, la tormenta y la sombra misteriosa que esperaba tras una casa. A partir de ahí apenas recordaba algo. Todo era confusión. En aquel momento se veía incapaz de evocar los sucesos que le habían llevado a caer en un pozo.

—Debemos avisar a tus padres. Deben estar muy preocupados.

La realidad se imponía. Aquella pequeña pausa en el paraíso tocaba a su fin. Se hallaba en una cama e intentó levantarse, pero un brusco mareo le obligó a permanecer acostado.

—¡No te muevas! Más vale que permanezcas recostado. Ya los avisaremos nosotros.

Tras ese breve despertar, otra vez la bruma y la inconsciencia. Guillermo se dejó llevar, pues se sentía dolorido y agotado.

—Ya vuelve en sí.

Otra vez las voces. Resultaba curioso que cada vez que despertaba el sonido era lo primero que percibía. Oyó suaves murmullos que anticipaban un seguro amparo.

—Guillermo, ¿te encuentras bien?

Esta voz la conocía, la tenía impresa en las células y en la memoria primigenia. Allí estaba su madre, como siempre, preocupada, como tantas otras veces, con toda la razón.

—Creo que sí.

Cuando abrió los ojos, pudo verla. Había llorado. Así lo marcaban aquellos ojos enrojecidos y las arrugas que cruzaban su cara. Se abrazaron.

—¡Hijo mío! ¡Creí que te había perdido!

—¡Mamá!

En ese momento era solo un niño. Volvía a ser un chiquillo temeroso que había pasado los límites establecidos y se había dado cuenta de los peligros que acechaban fuera. Los dos estaban llorando, pero al mismo tiempo, contentos de tenerse el uno al otro como había sido siempre.

—No sé qué puedo hacer para agradecerles lo que han hecho —se dirigió su madre hacia las dos personas que se encontraban en la habitación.

—No tiene de qué preocuparse —dijo el hombre— lo más importante ahora es la recuperación del muchacho. Creo que está muy débil para levantarse. Debería dejarlo descansar un par de días. Mañana vendrá el médico y le hará una revisión.

—Pero yo… —contestó una atribulada Helena—. Yo no puedo pagar…

—Por favor. No debería pensar eso. No se preocupe. Nosotros cuidaremos del muchacho y, cuando se recupere un poco, lo llevaremos a su casa.

Helena permaneció allí el resto de la tarde, acompañando

a su hijo. Aunque intentaba contenerlas, por su rostro surcaban unas lágrimas de agradecimiento por haberlo encontrado con vida y de padecimiento por la preocupación y angustia sufrida. Con su mano, acariciaba la frente de Guillermo.

—Mañana iré a la policía.

—¿A la policía? —se extrañó el muchacho.

—Di parte de tu desaparición y ahora les diré que ya te he encontrado. Creo que me disculparé con el policía que me atendió pues estaba tan disgustada que no sé qué barbaridades le dije.

El muchacho sonrió, era consciente del mal genio que tenía su madre cuando se enfadaba. Lo había podido comprobar en su propia persona. En cierta manera, él también había heredado ese carácter cuando los acontecimientos le eran adversos.

Cuando ella se fue, pudo quedarse con aquellas personas tan extraordinarias y tan diferentes de las que había conocido hasta entonces. Supo que el ángel se llamaba Lena, tenía apenas dos años más que él y era hija de Toni Vallés, un trabajador que pertenecía al sindicato de la madera. La miró y vio una luz en sus ojos y una sonrisa franca y alegre que aligeraba el peso de los problemas. A pesar de que había oscurecido, Guillermo continuaba viendo el aura que desprendía. Evidentemente no pertenecía a su mundo.

Lena lo estuvo cuidando de la misma manera que se cuida a un animalito, consciente de su fragilidad y de la limitada comprensión de la realidad que lo rodeaba. A sus ojos, el muchacho parecía un pez fuera del estanque, estaba un tanto embobado. Lo que ignoraba era que ella era la causa de tal arrobamiento. En un mundo donde la competición y la lucha por la supervivencia formaban parte de la rutina, encontrar un

lugar donde la paz y tranquilidad eran guardadas y protegidas por seres que parecían destilar luz propia, transportaba a Guillermo al universo de las fantasías del que le hablaba tanto su madre cuando era más pequeño.

—¿Cómo me encontraste?

—¿De verdad no lo recuerdas? —le preguntaba ella.

—Apenas recuerdo nada. Solo sé que salí de casa. Me había enfadado con mi madre. Luego recuerdo que deambulé por el barrio.

—¿Con la tormenta que había?

Guillermo afirmó con la cabeza. También recordaba una sombra que se escondía tras algún barracón, pero no quiso decir nada pues no sabía si ello pertenecía al mundo de la realidad o había formado también parte de su delirio. Otra imagen le venía a la cabeza: la de un hombre inmóvil como una estatua, con ojos de diferente color, uno azul y otro marrón, pero no sabía a qué atribuirla.

—Verás —continuaba Lena, ajena a los pensamientos del muchacho—. Yo pasé junto a aquel pozo cuando oí unos gritos. No se oía mucho, creo que te habías desgañitado.

—¿Cómo? —Había palabras que él no conocía.

—Te habías quedado ronco de tanto gritar. Apenas se te oía. La suerte es que pasé cerca. Pude encontrar una cuerda y atarla en un hierro que estaba clavado en la estructura. Tú te encaramaste por la cuerda y pudiste subir. La verdad es que estabas hecho una pena. Llamé a mi padre y te pudimos traer a casa. Fue una suerte que pasara por allí.

Guillermo no dijo nada y la miró asintiendo. Habría dicho que sí a todo lo que ella hubiera manifestado. La observó y no pudo dejar de pensar que, efectivamente, había sido una suerte para él. Después de todo, había podido conocerla. Lena tenía los cabellos negros que caía libremente formando unos rizos a

la altura del cuello. Sus ojos, de color caoba, reflejaban júbilo. Una sonrisa permanente alegraba su rostro. Su tez morena resaltaba gracias a una camisa de color azul claro. Difundía una imagen de pureza y pulcritud como el muchacho no recordara haber visto. Ella parecía ser causante de una sensación de felicidad, una dicha que se respiraba en el ambiente de aquel hogar.

Una vez a solas, el chico intentó recordar la sucesión de acontecimientos que le habían llevado a estar postrado en una cama esperando recuperarse de tan dura caída. No le fue posible visualizar más allá de la sombra escondida tras un barracón.

Percibía el peligro en aquel recuerdo, pero se veía incapaz de materializarlo en su memoria. A continuación, evocó los años pasados con su madre. Desde que tenía uso de razón, siempre habían vivido en una barraca en Somorrostro. Su madre había tenido que luchar y trabajar mucho para poder sobrevivir en aquel entorno. Algunos vecinos habían cuidado a Guillermo cuando ella tenía que ir a trabajar, normalmente a algún restaurante. Por ello, el muchacho se había criado libre e independiente. Desde muy pequeño, su mundo había sido la calle, con todos los riesgos que implicaba. Aunque no había ido a la escuela, sabía leer y escribir gracias a la insistencia de Helena quien, a pesar de disponer de escasos recursos, decía que el ignorante estaba condenado a vivir en la miseria. Muchas veces, cuando llegaba agotada del trabajo, se dedicaba a enseñarle los misterios de la lectura a la exigua luz de una vela. No resultaba extraño que, cuando él se hallaba enfrascado en el repaso de alguna maravillosa historia, su madre, extenuada, se quedara dormida en la silla. Entonces, la acompañaba a la cama para que pudiera descansar. Sin duda, cada día representaba una dura lucha para ella. En la

oscuridad, la mente del muchacho vagaba a aquellos lugares que se le presentaban en las historias relatadas. En cierta manera representaba una forma de escapar del barrio, el único mundo que conocía.

Pocos habían sido los días de alegrías. Siempre había alguna preocupación o tristeza que sobrellevar. Debía admitir que su madre era muy hermosa y no le habían faltado ni pretendientes ni sujetos que la amenazaran. Ella había podido mantenerse al margen de los primeros y rechazar a los segundos, permaneciendo en un estadio de independencia difícil de entender en aquel entorno. Finalmente, se había ganado el respeto y el aprecio de aquellos que la conocían.

Recordaba con agrado los escasos momentos que habían disfrutado en los días de descanso de su madre. A veces salían a pasear por las Ramblas y el Barrio Gótico. En aquellos momentos, lo cogía del brazo y se aferraba a él. Guillermo la observaba y veía que sus ojos brillaban. Notaba que toda ella se hallaba ausente pero feliz, sin duda recordando momentos pasados más dichosos que los actuales. En aquellos paseos parecían, más bien, una feliz pareja.

En otras ocasiones, un par de veces al año, realizaban un largo recorrido a pie que los llevaba hasta la zona alta de Barcelona, en la avenida Tibidabo. Allí llegaban a la proximidad de una gran casa amarilla con barandas verdes. La parte inferior se unía a un muro, decorado con cerámica, que rodeaba la finca. Un parque se apreciaba tras aquella tapia donde altas palmeras sobresalían y se alzaban como taciturnos vigilantes. Entonces, ella le decía que se escondiera tras la vegetación, se aproximaba a la puerta de la vivienda y tocaba un timbre que se hallaba en la parte exterior. Después corría a esconderse junto a Guillermo. Veían salir de la casa a un viejo huraño y geniudo que gritaba, maldiciendo a quien hubiera

tocado el timbre. El muchacho no entendía el objeto de aquella excursión, ya que su madre nunca se lo había querido explicar, pero entonces veía cómo gruesas lágrimas caían por su rostro. Cuando el señor volvía a entrar en la casa, realizaban el camino de vuelta. Ella permanecía triste y era incapaz de decir una sola palabra. Si alguien los hubiera visto en aquella situación, hubiese creído que venían de un funeral debido al porte decaído y taciturno de Helena.

El día había dado paso a la noche y, con ella, a la oscuridad. La comodidad de aquella habitación invitaba al descanso y los ojos del muchacho se cerraron mientras en su mente revoloteaba la imagen de un ángel.

LOS MUERTOS NO HABLAN

Enero, 1940

Aquello parecía una reunión de amigos. Después de una noche cargada de extraños sueños en la que se había despertado varias veces, fruto de la angustia de una imaginaria persecución, Carles se había levantado, aseado y, posteriormente, se había desplazado a la calle Fernando. Allí le esperaba Hamed, sonriente. Tras un cálido abrazo, le hizo pasar al local, el nuevo establecimiento que el ejército había dispuesto para aquella unidad tan curiosa.

—Veo que has sabido encontrar el lugar —le dijo un serio Ernesto.

—No fue difícil. Conozco bien esta zona, me crie aquí. Carles observó a su compañero. Parecía haber descansado bien. Su aspecto era mucho mejor que el del día anterior. Probablemente, el hecho de haber podido explicar su historia le había aligerado de una dura carga.

—Pareces preocupado —le dijo Ernesto viendo la imagen, un tanto abandonada, que ofrecía su compañero.

—Tuve malos sueños —replicó el republicano.

No quiso explicarle la extraña sensación que había tenido la noche anterior: la impresión de saberse vigilado, de que una malévola sombra había estado rondando por los alrededores

de su vivienda, buscándolo. Ante la sospecha, por la mañana, se había dirigido hacia el lugar donde creyó ver brillar en la oscuridad la luz de la brasa de un cigarro. Una colilla usada y aplastada confirmó su recelo. Era una colilla un tanto especial, de una marca francesa, Gitanes, muy característica y fácil de reconocer, entre otras cosas por su papel de maíz, de color amarillo. En el ejército había conocido un voluntario francés que los fumaba. En cierta ocasión lo había probado y recordaba que su sabor era bastante fuerte. Aquel descubrimiento pareció confirmar su presentimiento de haber sido vigilado.

—Pasa y verás qué bien está el almacén —dijo un solícito Hamed. A Carles le pareció que había engordado un poco, sin embargo, tras su sonrisa, una pincelada de tristeza se seguía dibujando en su mirada. Sin duda, una parte de su alma se había quedado en el Rift.

—Hamed ha estado arreglando el local. Ahora está un poco más presentable. —Ernesto salió en defensa del rifeño.

—Falta pintar. Verás que quedar bien —a pesar del tiempo transcurrido, todavía el lenguaje de Hamed tenía sus lagunas.

—No te preocupes. No voy a comprarlo.

—Aquí *tenés* puerta y verás.

La puerta daba a una sala que tenía la función de garaje, allí se encontraba el Fiat Hispania 514 en perfecto estado. Hamed lo cuidaba como si fuera la niña de sus ojos.

—¡No está mal! ¡Dos salas y un garaje, en pleno centro de la ciudad! —no lo dijo, pero pensó que el local debía de haber pertenecido a algún ciudadano que había perdido los derechos como tal en aquella nueva sociedad.

Poco más tarde se abría la puerta del local y un coche negro, con tres individuos a bordo, circulaba por las calles un

tanto desangeladas en aquel día de enero.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Carles.

—Al Hospital de Sant Pau. Vamos a ver el cuerpo del hombre que ha sido asesinado.

Tras un corto recorrido por unas vías bastante desiertas en la fría mañana, llegaron al majestuoso conjunto de edificios modernistas del Hospital de Sant Pau, proyectado y realizado, en parte, por Domènech i Montaner. El conjunto de construcciones le hizo recordar el hospital psiquiátrico Pere Mata, de Reus. No en vano su construcción se debía al mismo arquitecto. El rostro de Carles se ensombreció momentáneamente recordando aquellos trágicos sucesos que acabaron con la muerte de Martí Salvat, el hombre que había vengado el asesinato de su padre.

—Dejaron el vehículo aparcado bajo el control del rifeño. Accedieron al edificio de la administración, puerta de entrada del recinto. Carles había estado en alguna ocasión en el hospital, pero no por ello dejaba de maravillarse ante la hermosa construcción. Una elegante y sobria decoración mostraba una sala espléndida donde las columnas y los arcos eran dueños del espacio. Apenas tuvo tiempo de observar la simbología relativa al hospital cuando un individuo, de baja estatura, se les acercó.

—¿Ernesto Delgado? —les preguntó.

—En efecto —contestó su compañero—. ¿Y usted es…?

—Marco Venacio —respondió extendiendo la mano—. Me envía el comandante Bustos. ¡Vengan conmigo!

Aquello parecía más bien una orden. Mientras pasaban por una puerta hacia la zona ajardinada del interior del recinto, Carles, con gran seguridad, pudo observar al hombre que los precedía. Era de aspecto moreno, con un cabello negro engominado. El pelo estaba cuidadosamente repeinado

intentando tapar algunos puntos donde una discreta calvicie comenzaba u mostrarse. Sus ojos eran negros y mostraban gran inquietud, Impresión causada en parte por un ligero tic en el ojo izquierdo. Un grueso bigote negro tapaba la parte superior del labio. A Carles le dio la impresión de que intentaba ocultar alguna ligera deformación. Una gabardina gris, que le llegaba hasta las rodillas, le tapaba y protegía. Su atuendo lo completaban unos pantalones negros y unas botas un tanto embarradas. El republicano observó que caminaba con cierta incomodidad.

—Jarama —dijo señalándose la pierna.

—¿Cómo dice? —Preguntó Ernesto.

—Me hirieron en Jarama, en la rodilla. Tomamos el puente de San Martín de la Vega a los malditos republicanos. Impedimos que lo volaran, pero una bala perdida me alcanzó. Desde entonces me molesta al caminar.

—Lo siento —alcanzó a decir Ernesto.

—Otros lo sintieron más, que no volvieron —evidentemente, Marco era hombre de pocas lamentaciones.

Atravesaron la zona ajardinada, creada con la intención de proporcionar un entorno saludable para los enfermos. Llegaron hasta el edificio de operaciones, un pabellón dedicado a los santos Cosme y Damián, patrones de los médicos. Una vez dentro, bajaron hacia el subterráneo donde se hallaban las áreas de desinfección. Aquello parecía un laberinto y Marco ejercía de Ariadna guiando a los policías.

Llegaron ante una puerta que abrió sin avisar. Se hallaron en una sala fría y aséptica. En ella se encontraba una camilla que debía contener un cadáver, ya que se apreciaba un bulto bajo una sábana. La luz entraba a través de unos ventanales que se hallaban en la parte superior de la pared.

—¿No hay nadie aquí? —preguntó Carles, quien no pudo

evitar hacer un gesto ante el dulzón olor de la muerte disimulada con los fuertes productos químicos.

—Perdonen, me hallaba en la otra habitación.

Todos se giraron para ver al individuo que acababa de abrir una puerta interior. Traía una toalla con la que se estaba secando las manos. Estas eran enormes, como todo su cuerpo. Debía medir un metro noventa. Se veía un tanto obeso a pesar de que lo disimulaba una bata blanca que le cubría el torso. Carles dedujo que debía rondar la cincuentena. No había ni un solo pelo en su cráneo. Su cara era bastante redondeada. Unas gafas, que delataban una gran miopía, descansaban sobre una gruesa nariz. Por el contrario, sus labios apenas estaban perfilados y parecían un tanto desdibujados.

—Señores —dijo Marco señalando al recién llegado—, les presento al doctor Florencio López.

—Les estaba esperando —dijo el doctor con una voz un tanto aflautada que contrastaba con su aspecto físico—. Procederemos a destapar a su amigo.

—La verdad es que no contábamos con tal amistad —contestó Carles.

—Un amigo que deja de serlo es que no lo ha sido nunca —respondió sonriendo el doctor mientras descorría la sábana que cubría el cadáver.

Aquel cadáver no dejaba de ser un muestrario de torturas. El cráneo se hallaba aplastado, múltiples moratones se apreciaban en todo el cuerpo y una gran herida permanecía abierta en el costado. Carles apreció las lesiones en los dedos. Recordó lo que habían hablado en Capitanía, «como si hubiera estado arrancando piedras con las manos».

—Como pueden ver —comentaba el doctor Florencio—, este hombre ha sido torturado durante bastante tiempo. Además de los golpes presentaba desnutrición, estaba bastante

esquelético.

—¿Qué son estas marcas? —Ernesto señaló unas rozaduras en las muñecas.

—Quemaduras en la piel. Seguramente ha estado atado. Tiene parte de la piel desollada.

Carles observaba lo que quedaba de aquel individuo. Tenía aspecto de haber sido un sujeto corriente, que había tenido la mala suerte de haber transitado aquella época de caos y destrucción. Debía tener unos veinticinco o treinta años. A pesar de la evidente desnutrición que se manifestaba en unas costillas muy marcadas, tenía aspecto de haber sido una persona fuerte. «Un trabajador, probablemente del puerto», pensó al ver los múltiples tatuajes que tenía en la espalda y los brazos. En la superficie de su piel se apreciaban animales fantásticos, flechas, círculos, plumas, una copa de la cual salían unos rayos, un ancla y un dragón.

—Todo un poema representado en cuero —dijo con sutil ironía el doctor.

—¿Tiene algún significado? —preguntó Ernesto.

—¿Acaso tiene algún significado el arte? ¡Quién sabe qué quería representar! Hay personas que ocultan una gran inseguridad tras un fiero aspecto.

—Creo que ya hemos visto lo que queríamos —dijo Carles.

—Este hombre ya descansa en paz —dijo Marco.

—Si la muerte fuera un bien —soltó su sentencia el doctor —, los dioses no serían inmortales.

—Le felicito. Veo que aquí alcanza altas cotas de inspiración —le respondió Carles.

—Me encanta la poesía y encuentro que mis pacientes —señaló al cadáver— no muestran queja de mi arte.

—Tiene suerte de tener un público tan entregado.

—Doctor —cortó Ernesto aquel diálogo tan absurdo para él—, nos vamos. Si hubiera alguna cosa…

—No duden que les tendré al corriente.

Salieron al pasillo y, no fue hasta que alcanzaron el patio, que Carles no tuvo una sensación de pureza. Le parecía que aquel aire estaba enrarecido y contaminado y una agria sensación se había instalado en su organismo.

—¡Si los muertos hablaran…! —dijo Marco Venacio, ahora menos seguro que antes.

—Todos los muertos hablan —replicó Ernesto—. De una u otra forma, hablan.

Carles lo miró y observó que tenía la mirada perdida en el horizonte. Supuso que en ese momento no hacía otra cosa que recordar a Helena. Y, evidentemente, ella había hablado tras su muerte.

BAJOS FONDOS

Enero, 1940

—De manera que ahora buscas a Jorge Deleune —más que una pregunta, aquello era una aseveración.

—Así es, en efecto.

—Ahora resulta difícil encontrar a algunos individuos. Las raras huyen del barco cuando este se hunde.

Quien así hablaba era el Percha, un personaje curioso de los barrios bajos de la ciudad. Carles no conocía a nadie que supiera su nombre verdadero, probablemente, ni él mismo lo sabía. Desde que había entrado en la policía, a menudo había solicitado los servicios del confidente para buscar a personas que no querían ser encontradas. Obtenía un gran éxito en sus indagaciones. Gracias a ello era muy requerido por los agentes, sobre todo cuando las investigaciones se hallaban trabadas. Su gran conocimiento de gente y su capacidad de fundirse con el medio hacían de él una pieza indispensable para obtener informaciones de todo tipo con las que comerciaba y obtenía un beneficio. Nunca había sabido donde vivía.

De la misma manera que tenía una relativa facilidad para saber Aquello que la gente buscaba, también la tenía para desaparecer, lira escurridizo como una anguila. Presentaba un

aspecto avejentado. Su pelo castaño ya aparecía cubierto de canas. Las arrugas, muestra de una vida nada fácil, se habían adueñado de su rostro. Algunas más marcadas se hallaban junto a sus ojos grises. Su mirada era dura e impenetrable, no dejaba lugar a sentimientos o emociones que lo pudieran dejar en inferioridad ante los demás. Su aspecto, desaliñado, parecía ir a juego con la taberna Victoria, lugar donde se encontraban en aquel momento. La última vez que Carles había estado en aquel local había sido en octubre del año anterior, hablando con Pedro, el hijo de Reinaldo Amate, cuando se hallaba investigando los crímenes de los capitanes.

—¿Tú crees que está vivo?

—Estos fulanos acostumbran a sobrevivir. No tienen patria ni bandera y siempre encuentran la manera de flotar en la mierda, a menudo pisando encima de los demás.

—¿Lo has visto últimamente?

—Lo vi, pero de eso hace ya algunos meses, el verano pasado. Cuando me vio se giró y marchó. No le interesaba ser visto.

Aquello no le extrañó a Carles pues Jorge tenía conocimiento de las actividades del Percha y sabía que, por una cantidad adecuada, el chivato delataría hasta a su madre si la tuviera.

—¿Dónde lo viste?

—Lo vi en el Mercado Dominical de San Antonio. Me hallaba paseando por allí cuando noté que alguien me miraba. Levanté la vista y lo vi. Era él. Podría jurarlo. Cuando se dio cuenta de que yo lo había descubierto, intentó disimular y se largó deprisa. Había bastante gente, por lo que lo perdí de vista.

—Quiero que lo busques y me pongas en contacto con él.

—¿Debo darle algún recado?

—Eso es asunto mío. Dile que quiero preguntarle algo.

Tras quedar de acuerdo en la manera de ponerse en contacto, el Percha se fue, no sin antes cobrar una propina que le incentivara la búsqueda. Carles observó que caminaba un poco encorvado. No sabía si ello era debido a la edad o que se hallaba representando su papel. Le parecía inimaginable que aquel individuo paseara por el mercado Dominical de San Antonio, un mercado de libros de ocasión donde había una multitud de paradas y era visitado por un gran gentío.

Carles siguió tomando su vaso de vino mientras recordaba los acontecimientos del día. Después de visitar el Hospital de Sant Pau habían vuelto al local de la calle Fernando. Allí, sobre una mesa, habían puesto en orden las fotos del cadáver obtenidas por el ejército. Carles observó que los tatuajes también habían sido fotografiados.

—Aquí tenemos algunos indicios —comenzó Ernesto.

—Tenemos el resultado de un delito, pero nos falta todo lo demás. De hecho, no tenemos nada.

Fueron apuntando en unas hojas todos los detalles que sabían del asesinato para que no cayeran en el olvido. Sin embargo, al final, Carles pensó que tenían lo mismo que al principio. Se notaba espeso y le costaba concentrarse. La imagen de Helena le venía a la cabeza constantemente. De repente una idea le vino a la mente. Jorge Deleune había firmado el informe de la muerte de Helena. Por lo tanto, si podía encontrarlo, probablemente tendría alguna información relativa al caso y alguna pista sobre Guillermo.

—¡Parece que has tenido una idea! —Ernesto había percibido el cambio de expresión en su cara.

—He tenido la idea de irme a casa, ya es tarde —dijo Carles y cogió su abrigo y salió por la puerta, dejando un tanto parados a sus colegas.

No había querido decir nada para no crear ilusiones en su compañero, pero si alguna persona era capaz de encontrar a Jorge Deleune, este era el Percha, el viejo confidente de la policía. Y él labia dónde podía encontrarlo.

Se había dirigido a los locales habituales que recorría el Confidente, preguntando a viejos conocidos. Finalmente, un camarero del bar Victoria, de la calle Cid, le había hecho saber que a menudo pasaba parte de la noche en aquel local. Era un bar frecuentado por marineros, lugar idóneo para el trapicheo. En general, todo lo que podía aportar algún beneficio para él, le representaba un aliciente. Carles permaneció sentado en el bar, en un lugar discreto desde donde podía tener una visión completa. Finalmente, la fortuna le sonrió y, sobre las doce de la noche apareció aquel a quien buscaba. Tras unas copas, habían podido establecer unas bases de negociación.

Le había sorprendido un poco la opinión que tenía sobre Jorge Deleune. No lo conocía demasiado, aunque habían coincidido en diversas ocasiones. Recordó que Charles Deleune, su padre, era francés. Muchos afirmaban que había participado de manera muy activa en los hechos de la Comuna de París en 1871, concretamente realizando actividades de *pétroleur*, llamados así por llevar cubos de petróleo con los que incendiaban edificios públicos que simbolizaban al gobierno. Las malas lenguas afinaban la información y comentaban que había quemado archivos de la policía para poder tener un expediente inmaculado. Posteriormente consideró oportuno huir ante la represión que se avecinaba. Se decía que había conseguido dinero por métodos poco claros y se había presentado en Barcelona en busca de un clima más cálido y pacífico. Aquí había conocido a una barcelonesa, hija de un pequeño empresario, con la que se casó con más pompa de la que hubiera imaginado tiempo atrás en su época más

revolucionaria. De este matrimonio nacieron tres hijos. Jorge, el menor, decidió entrar en la policía. «Resulta curiosa la de vueltas que da la vida» —pensó Carles mientras ordenaba sus recuerdos.

A su mente le vinieron otras vivencias. La primera vez que vio a Jorge fue a bordo del buque Uruguay, en agosto del año 1936. Recibieron el soplo que había un intento serio de facilitar la evasión de los generales Goded y Burriel que se hallaban allí prisioneros tras el fallido golpe en Barcelona, en julio. Carles fue el encargado de transmitir la noticia a Monroy, el director del barco prisión. No llegó a verlo, pues se hallaba fuera en aquel momento, pero sí vio entonces al policía, quien departía con algunos militares sobre los beneficios de una sociedad igualitaria. Después de transmitir el mensaje, Jorge mismo le aseguró que allí no escaparía nadie. Si alguna vez hubo una tentativa de fuga, esta fracasó, ya que Goded y Burriel fueron ejecutados el 12 de agosto, tras un riguroso consejo de guerra.

Alguna otra vez acudió al barco, pero entonces fue en calidad de protector de los abogados defensores de los que allí retenían, que eran objeto de continuas amenazas y coacciones por parte de los milicianos de guardia e, incluso, del mismo tribunal. A pesar de que Carles no era una persona cándida y era consciente de que las guerras sacan a relucir algunos de los aspectos más oscuros de las personas, en cierta manera, su experiencia en el barco Uruguay le abrió los ojos ante los que solo vendían bondades en el bando republicano.

El barco estaba atestado de prisioneros en unas condiciones deplorables: la suciedad dominaba el ambiente, las ratas campaban a sus anchas, la comida era insuficiente y los presos estaban aislados del mundo exterior. El director, al que tuvo la desgracia de conocer, era un sujeto tan temido por

los presos como por sus mismos subordinados. Era una persona despótica y arrogante. «Uno más de aquellos sujetos que se ven favorecidos por las desgracias ajenas, Y de esos ya he conocido unos cuantos», pensó el republicano. Lo cierto era que no todos los prisioneros del Uruguay eran fascistas. También había republicanos caídos en desgracia. A menudo, las envidias y venganzas estaban en la base de la acusación.

Aquellas visitas asquearon tanto a Carles que, cuando se creó el ejército popular regular, en octubre del año 1936, no dudó en ir voluntario al frente, quedando adscrito a la Primera Brigada Mixta, dirigida por el coronel comunista Enrique Lister. Pensó que, si había que luchar contra el fascismo, prefería hacerlo de manera más limpia, sin tener que recurrir a métodos que lo avergonzaran. Sin apenas tiempo para ser consciente de su situación, se vio envuelto en la batalla de Madrid.

Una cucaracha interrumpió sus pensamientos. Con un andar parsimonioso, como si de una actriz se tratara, atravesó el ancho del local como si nadie se diera cuenta. Aquel pequeño insecto lo transportó de manera momentánea a la habitación de la torre de Pilatos, en Tarragona, donde meses atrás esperaba una sentencia de muerte que no llegó a ejecutarse. El policía pensó que ya era hora de marchar a un lugar donde el aire fuera más respirable. Pagó al camarero y salió al frío de aquella noche de enero.

UN MUNDO POR CREAR

Marzo, 1935

—Dirú entró en la casa de cambio con una pistola en mano. Pidió el dinero y se produjo un tiroteo. Cuando tuvo el efectivo, lo dio al sindicato para que financiara una escuela.

—Como Robin Hood.

—Mejor que Robin Hood, porque este es de verdad, de carne y hueso, y defiende a los trabajadores.

Guillermo observaba a Lena un tanto deslumbrado. Le asombraba en gran manera la defensa a ultranza que realizaba de los anarquistas. Él podía entender, porque así lo había vivido, que los pobres podían ser explotados por los ricos o burgueses, pero su madre, y la calle, le habían hecho comprender que todo tenía un límite. Una sutil pero profunda línea podía establecer la diferencia entre ser pobre y ser humillado. Para lo primero había que trabajar, pero para lo segundo, había que rebelarse.

En aquel momento se hallaban sentados en el patio de la casa de Lena, recibiendo los rayos de sol de una agradable mañana de primavera. Guillermo reflexionó sobre todo lo que había pasado desde que la conociera. Después de recuperarse de la caída al pozo, había tenido la sensación de que se hundía en un negro cenagal. La sorpresa llegó cuando, días más tarde

de aquel incidente, su madre le dijo que se trasladarían. Había decidido cambiar de barrio pues, para ella, aquel no reunía las condiciones de seguridad mínima. Aquella decisión lo dejó asombrado. Ignoraba que dispusieran de una situación económica que les permitiera poder desplazarse y salir de aquel agujero. El Somorrostro era, probablemente, el barrio barcelonés donde la supervivencia se hacía más cara.

Se trasladaron a la barriada de Can Tunis. No era una zona demasiado diferente, pero cualquier cosa sería mejor que permanecer en el Somorrostro. La visión de los resultados de la pelea con el Tronco, el incidente del pozo y, sobre todo, la desesperanza que parecía surgir de aquel lugar frío y fétido habían propiciado que Helena buscara otro alojamiento.

Ocuparon una de las casas baratas del Prat Vermell o Can Tunis, unos alojamientos levantados en 1929, al pie de la montaña de Montjuic, destinados a ser ocupados por aquellos que fueron desalojados de las barracas que se hallaban próximas al recinto de la Exposición Universal de 1929. Las condiciones de la vivienda eran mejores que la chabola en la que habían vivido hasta entonces. La casa de dos habitaciones era una tosca construcción de obra, pero semejaba un palacio a ojos de Guillermo. Su techo a dos aguas y acabado con tejas dotaban de cierta seguridad y protección a la vivienda. «Se acabó el pasar frío», pensó el adolescente. El traslado lo realizaron rápidamente. Era evidente la escasez de bártulos y utensilios de que disponían.

La vivienda próxima al mar era una constante que Helena parecía querer mantener. Ella le explicaba a su hijo que, cuando era más joven, acudía al puerto a ver llegar los barcos. Le gustaba ver la ofuscación y el aumento de actividad que se generaba cuando llegaba un carguero al muelle. El movimiento y la velocidad se multiplicaban, como si alguien

hubiera puesto en marcha un mecanismo automático. No resultaba extraño encontrar a Helena paseando por la playa, sumida en sus meditaciones, en los escasos momentos de tiempo libre de que disponía.

El caso fue que nunca le explicó cómo se había decidido a cambiar de domicilio. Guillermo creyó entrever que el padre de Lena había tenido algo que ver en ello. Al parecer, la presencia de Guillermo y de su madre no le había dejado indiferente y, una vez que supo de su penosa posición, se había ofrecido a mejorarla llegando, incluso, a ofrecer una vivienda en el Guinardó. Su madre, celosa de su independencia, no había aceptado. Sin embargo, era consciente de la fragilidad de su situación. Por ello se había dejado aconsejar para realizar un necesario cambio de domicilio y, gracias a las amistades de Toni Vallés, había podido encontrar trabajo de cocinera en un restaurante del puerto de Barcelona. Parecía que la suerte les sonreía.

En su día libre semanal solía salir a pasear con su hijo. A veces iban a visitar a Toni y su hija, unas visitas que eran recibidas con gran alegría en la vivienda del Guinardó. Guillermo no deseaba otra cosa que ver a Lena. A veces se quedaba embobado mirándola. Cuando ella era consciente del estado de arrobamiento del muchacho, sonreía. Para la muchacha, aquella situación respondía a una percepción idealizada propia de la infancia. Sin embargo, el carácter jovial y decidido del muchacho consiguió que poco a poco se volvieran buenos amigos.

Lena, dos años mayor que Guillermo, sabía leer con más agilidad y tenía un conocimiento de la actualidad social mucho más pormenorizada. Sus intereses en el mundo de la cultura eran muy variados: literatura, historia y sociedad eran sus campos de interés. Cuando Lena explicaba cualquier cosa,

el muchacho era más consciente de su propia ignorancia.

—La Coronela era una milicia formada por los ciudadanos de Barcelona. Estos pertenecían a los diferentes gremios de la ciudad y, bajo las órdenes de su coronel, eran los responsables de la defensa de la población —le explicaba Lena en uno de aquellos momentos de tranquilidad que disponían.

—Así, eran los mismos ciudadanos quienes formaban el ejército —dijo Guillermo guiñando un ojo debido a que la luz del sol le producía una ligera pero muy agradable molestia.

—Eran los ciudadanos quienes defendían su tierra y su capital. Para defenderla —le explicaba con aquella melódica voz—, todas las campanas de la ciudad tocaban a *somatent* y convocaban la Coronela en las diferentes plazas, donde se plantaban pendones de cada gremio. A su alrededor se agrupaban sus hombres al grito de *viafora*. Entonces se distribuían las armas y las municiones y se preparaba la defensa.

—Un pueblo que defiende su ciudad. Me gusta.

—Un pueblo que defiende su tierra, sus leyes y su cultura, es un pueblo invencible. Piensa que, en 1714, se la conocía por la Invicta Coronela, ya que no había sido vencida. De hecho, tras la dura resistencia ante las tropas borbónicas, fue disuelta el mismo 13 de septiembre de 1714, tal era el respeto que infundía.

—¡Qué pena que hoy en día no haya tropas de este tipo! —decía Guillermo mientras se imaginaba defendiendo las murallas de Barcelona ante el embate enemigo. Esos eran buenos tiempos.

—¡Tanto como buenos tiempos…! Era una época más cercana e idealista.

—Hoy en día ya no existe esa ilusión.

—Posiblemente no, pero para los más idealistas, siempre

quedaran los solidarios.

Entonces Guillermo veía como brillaban los ojos de Lena. Siempre le pasaba cuando hablaba de los solidarios, un grupo anarquista entre los que se encontraba Durruti y Ascaso. Se les atribuía múltiples atracos, como el del Banco de España en 1923. También se les acusaba del asesinato del cardenal zaragozano Juan Soldevila. Ante la presión de la dictadura de Primo de Rivera, habían marchado a Francia y a Sudamérica, donde se les acusaba de haber realizado más atracos. Sin embargo, ellos lo enmarcaban todo en la perenne lucha de la clase obrera contra el terrorismo burgués, como solían decir.

—¿Es cierto lo que se dice de Durruti? —preguntó el muchacho. Eran tantas las historias que se contaban que la leyenda tendía a confundirse con la realidad, asemejando la figura de Durruti a la de un aventurero moderno—. Dicen que es un terrorista.

El brillo de los ojos de Lena desapareció y su mirada se tornó dura.

—Eso solo lo pueden decir sus enemigos. ¿Qué es un terrorista sino un defensor de los derechos de las personas oprimidas? No olvides, Guillermo, que en tu contra siempre tendrás a los ricachones y a todos aquellos que se enriquecen a costa de la sangre del pueblo.

—Pero si se dedica a robar bancos…

—No hagas caso de todo lo que se dice de él. Tienes que saber que, cuando atraca un banco, el dinero lo reparte muchas veces a las familias de los presos. Por otra parte, también quieren que la cultura llegue al pueblo. ¡Piensa que los ricos nos quieren ignorantes! Los solidarios fundaron en París la Librería Internacional y también la Enciclopedia Anarquista.

Así, entre historia e historia, la vida y obra de Durruti

formaba un imaginario en la mente del muchacho que le animaba a sobrellevar las dificultades del día a día.

La vida de Guillermo parecía haber entrado en una dulce rutina hasta que llegó un momento en que, viendo las dificultades económicas por las que atravesaban, se plantó delante de Toni Vallés.

—¡Quiero trabajar! —le espetó con los brazos en jarras en una divertida estampa.

—¡Caramba Guillermo! Si eres muy joven todavía.

—Ya tengo trece años y puedo hacer muchas cosas. No me da miedo el trabajo.

—No te preocupes. Veré qué puedo hacer —le respondió Toni ante aquella actitud tan tozuda y decidida.

Al poco tiempo le pudo encontrar empleo de aprendiz en un almacén de madera en el barrio de Poble Sec. Su primer trabajo consistió en limpiar y poner orden en el almacén. Su entusiasmo y ganas de trabajar pronto le hicieron acreedor de nuevas tareas, entre ellas la de ayudar a cargar y descargar camiones. Sin embargo, no todo fueron alegrías en el trabajo. Pronto aprendió que, a veces, se necesita defender el propio territorio y, de eso, Guillermo había tenido algunas experiencias.

—Muchacho, coloca esas maderas en aquel rincón. ¡Espabila, que estás dormido!

Guillermo apilaba las maderas.

—¡Venga, que todavía queda otra pila!

Siempre era el mismo individuo quien le presionaba y le incordiaba debido a que el ritmo de las demandas que realizaba era superior al tiempo de que disponía el adolescente para desarrollarlas. Los otros trabajadores eran conscientes de ello, pero no hacían nada por evitarlo.

—No le hagas caso —le decían—. Está amargado.

Pero a pesar de no hacer caso, ello no parecía frenar la actitud del trabajador, un valenciano que rondaba la cuarentena. Poseía una incipiente calvicie, unas cejas eternamente enarcadas y una barba y bigote mal cuidados que le daban un aspecto desagradable.

—Venga muchacho. ¡No te ganas el pan que te damos!

—¡Soto! —Era el nombre que recibía—. Deja en paz al chico.

Pero realmente aquel hombre parecía amargado. Diríase que solo encontraba satisfacción en martirizar a Guillermo. Este debía contenerse, a sabiendas de que el poco dinero que ganaba era necesario para la economía familiar.

Para el resto de trabajadores, una quincena, rápidamente el muchacho pasó a formar parte del grupo siendo aceptado por todos. Entabló una especial amistad con Mario, un trabajador de enorme estatura y gran fortaleza que solía sentarse un tanto separado de los demás a la hora de comer. Le llamó la atención que apenas se comunicara con el resto. Únicamente dejaba escapar ante los otros trabajadores algunos monosílabos y gruñidos.

—¿Tú comes solo? —le preguntó Guillermo sentándose en una caja del almacén junto al gigante.

El hombre lo miró, pero no contestó. Guillermo, viendo que los demás trabajadores se habían sentado en corrillos, se sentó cerca de él y, aunque el muchacho no paraba de hablar, el gigante no abría la boca. Una vez acabado el descanso, la vuelta al trabajo se hacía inevitable.

Su rutina consistía en una dura jornada de faena. Cuando llegaba a casa apenas tenía ánimo para hacer nada. Tras una fría cena que muy a menudo debía de realizar en soledad, se acostaba intentando descansar. Sin embargo, a veces se le hacía difícil, pues a su mente venía la imagen de un rostro que

tenía cada ojo de diferente color. No sabía a qué atribuirlo, pero era consciente de que se trataba de un rostro inmóvil y sin vida. Aquella imagen le ponía los pelos de punta y entonces sentía que una gran inquietud le recorría el cuerpo.

LENGUAS MUERTAS

Enero, 1940

Una aparente tranquilidad invadía aquel espacio. Habían entrado y la casa permanecía en silencio. Nada alteraba la calma de su interior, tan solo el chirriar de una puerta que hacía tiempo que no se utilizaba. «Una casa vacía, otra familia rota», pensó Carles.

Llegaron a casa de Lena en Guinardó. Finalmente habían dado con la dirección removiendo en los registros de la policía. Un sindicalista era un sujeto que merecía estar en los archivos, aunque hubiera fallecido. Nunca se sabía hasta dónde podía llegar su zona de influencia. Carles y Ernesto habían podido comprobar que en las carpetas disponibles salía el nombre de Lena, dada por desaparecida tras la muerte de su padre.

—Todos los caminos acaban en muerte o en desaparición —comentó un frustrado Ernesto.

—No es de extrañar. La muerte de Toni Vallés tuvo lugar en mayo del año 1937. Tras la revuelta, los comunistas persiguieron a los anarquistas. Resulta lógico que Lena se escondiera o marchara —apostilló el republicano.

—Me parece increíble. La ciudad es completamente diferente. Tiene muy poco que ver con aquella en la que

estuve hace casi veinte años. A veces tengo la sensación de que han pasado siglos.

—Barcelona siempre fue orgullosa… orgullosa y rebelde. Lo fue con sus señores feudales y con todos aquellos que intentaban violentarla. De la misma manera que luchó contra las tropas borbónicas por su integridad, también lo hizo contra el golpe de Estado… Y no falló.

Ernesto, que discrepaba de aquellos razonamientos, había dejado de discutir con Carles por esos temas. Sabía que el republicano era apasionado y difícilmente daría su brazo a torcer. Había llegado a la conclusión de que, si no quería iniciar una discusión, lo mejor era ignorarlo.

Habían entrado en la vivienda. Un rayo de luz se colaba por una hendidura iluminando de manera tenue el interior. Carles abrió las ventanas. La claridad mostraba un espacio frío e inerte. Una fina capa de polvo cubría el sencillo mobiliario. Resultaba evidente que por allí no había pasado nadie en un largo tiempo. Ernesto parecía beber del aire que se respiraba. Sus ojos no querían perder ningún detalle. Sabía que allí había pasado tiempo Helena y su hijo.

Carles pudo hablar con una vecina que, temerosa, ocultaba tras ella tres pequeños niños. Ella le confirmó lo que ya imaginaba, que allí no vivía nadie. Los chiquillos se agarraban a las piernas de su madre, temiendo probablemente que aquel extraño sujeto la arrancara de su casa y la llevara quién sabe dónde. En sus ojos pudo apreciar el miedo y algo le hizo pensar que ese miedo no era infundado.

—Tras la muerte de su padre ella se fue.

—¿No sabe a dónde?

—No. No lo sé. Volvió alguna vez más pero no para quedarse. Creo que nunca más durmió en su casa desde aquel día.

—¿Volvió? —Aquello interesó al policía— ¿la vio usted?

—Bueno, creo que era ella, pero no llegué a hablar con Lena. Debió de venir a buscar algo.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Hace un año aproximadamente. Creo que fue en enero. Era de noche. Me sorprendió ver una luz en la casa. Sabía que no había nadie. Mi marido… —De repente se paró, como si se hubiera dado cuenta de que había hablado más de la cuenta.

—Por favor, siga —el republicano intentó calmarla pues había percibido unos leves temblores en sus mano—. Buscamos a esa muchacha para ayudarla. De hecho, estamos intentando encontrar a un amigo, un muchacho que se llama Guillermo.

—¿Guillermo? —Su rostro se iluminó momentáneamente, pero solo fue un fugaz momento—. Mi marido no quiso que saliera y fue a ver quién era. Cuando volvió me dijo que había visto a Lena.

—¿Está su marido en casa?

—¡No! —Casi fue un grito, más que una negación—. No está. Él… Partió.

Carles asintió con la cabeza. Sabía lo que aquello quería decir. Probablemente el hombre había huido a Francia para evitar posibles represalias o, tal vez, estuviera escondido hasta que llegaran tiempos mejores. Sacó una tarjeta con la dirección y el teléfono de la nueva oficina y se la ofreció.

—Tenga. Si recuerda algo que pueda sernos de ayuda, póngase en contacto con nosotros. Y no tema, solo intentamos ayudar al muchacho.

La mujer cogió la tarjeta y se encerró en su vivienda. Una vez dentro, se dejó caer en una silla que había en la cocina. Se sentía agotada y angustiada. Todavía temía aquel tipo de

visitas. Sus hijos la rodearon y la abrazaron. Ella comenzó a recordar mientras unas lágrimas le caían por el rostro. Recordó aquella fría noche de invierno, en que unos fuertes golpes en la puerta los despertaron. Representaban la desesperación de un alma atormentada. Cuando se levantaron vieron a una Lena visiblemente afectada, fuera de sí, que parecía querer arrancar el pomo de la puerta.

—Lena, ¿qué ha pasado?

—Guillermo —contestó ella muy alterada— ¡necesita ayuda!

* * *

—¿Y bien?, ¿qué le parece?

—No representa ninguna lengua de las que conozco.

—¿No puede ser griego o latín? —insistió Ernesto.

Se hallaban en un despacho de la Universidad. A pesar de que entraba luz del día en la habitación, esta no destacaba precisamente por su claridad. El techo elevado y unas cortinas que tapaban parte de la pared le daba un aspecto sombrío. Sobre el escritorio yacían, como en una composición desvaída, varios libros y múltiples papeles plagados de textos. Allí los había recibido aquel hombre que no paraba de mirar una lámina. En ella habían copiado el texto hallado en la pared, escrito con la propia sangre de la víctima. Su confusión era patente.

—No, no lo es —afirmó finalmente.

Después de visitar la casa de Lena se habían dirigido hacia la Universidad de Barcelona. Allí habían quedado con Andrés Soldevilla, profesor de Filología Clásica. Necesitaban

confirmar si el mensaje (pues así lo creían) que había dejado el muerto respondía a alguna lengua conocida. Se encontraron con un individuo de baja estatura, calvo y con unas orejas puntiagudas. Sobre su nariz ganchuda reposaban unas gafas redondas.

La sorpresa fue grande para Carles, ya que no esperaba ver un profesor vestido de falangista. «Aunque lo tenía que haber pensado». A medida que las tropas franquistas habían ido conquistando territorios, las universidades habían caído bajo su poder. A los dos días de la ocupación de la ciudad, el 26 de enero del año anterior, se había suprimido la autonomía universitaria. El nuevo gobierno pretendía crear un Nuevo Estado totalitario donde fuesen eliminadas la lengua y cultura catalanas y reemplazadas por una lengua y cultura de sustitución. Para ello se había producido un proceso de depuración donde muchos de los mejores profesores, científicos y humanistas habían tenido que huir, dejando vacantes unos puestos que serían ocupados por advenedizos y afectos al régimen.

—¿Y no podría responder a alguna lengua muerta? —Incidió Carles.

—Las lenguas muertas clásicas son el latín, el griego y el sánscrito. Puedo asegurar que no corresponde a ninguna de ellas.

—¿O alguna escritura jeroglífica? —volvió a preguntar Carles que todavía conservaba recuerdos del latín y del griego, por haberlos estudiado en el instituto.

—No lo parece, al menos las que conocemos. La más famosa es la escritura egipcia y esta tiene tres tipos de signos: fonogramas, ideogramas y determinantes. Los fonogramas representan un sonido o una serie de sonidos, pero no un significado. Los ideogramas no corresponden a un sonido sino

a una palabra. A veces, estos ideogramas son pictogramas con la misma imagen a la que quieren representar. Finalmente, los determinantes son signos sin valor fonético. Se coloca normalmente al final de una palabra para indicar el valor semántico. De todas maneras, los dibujos no coinciden con estos. Son más variados.

—¿Solo existe la escritura jeroglífica egipcia? —preguntó Ernesto.

—La verdad —continuó el pequeño individuo haciendo ahora alarde de sus conocimientos— es que también existe la escritura cuneiforme. Se la relaciona con la escritura jeroglífica porque no usan el principio fonético sino el ideográfico de representación de la escritura.

—¿Y quién utilizaba ese tipo de escritura? —continuó intrigado Ernesto.

—La utilizaban los sumerios y fue adoptada por otras culturas como la hitita o la acadia. Posteriormente llegó a inspirar el antiguo alfabeto persa. Pero no parece este tipo de escritura.

—¿Por qué cree que no?

—Porque estamos hablando de escrituras con una base pictográfica, no fonética. En cambio, si esto es un mensaje parece más bien responder a una escritura abyad.

—¿Abyad? —respondieron al unísono los policías.

—Abyad, en efecto. Es un sistema de escritura donde solo hay símbolos para los fonemas consonánticos. Esto pasa en alfabetos como el árabe, el hebreo o el siríaco. De hecho, el griego no deja de ser una evolución del fenicio donde, por primera vez, se le asigna un signo diferente a cada vocal y a cada consonante conformando el primer alfabeto completo.

—¿Y a usted le parece que este mensaje se parece a alguno de esos alfabetos? —preguntó Carles que ya veía como aquel

hombre se iba creciendo para mostrar sus conocimientos ante un público relativamente entregado.

—Creo que no. Parece corresponder a algún tipo de escritura más moderna, un código o algo así. De todas formas, las lenguas semíticas no son mi especialidad.

—¿Conoce a alguien especializado en estas lenguas? —preguntó Ernesto.

—¿Eh?, ¿ah? Sí, conozco a alguien —en el tono Carles advirtió que no era muy de su agrado conceder la autoridad del conocimiento a otra persona—. Mi colega, Juan Fonseca, que tiene el despacho al final del pasillo. Él es especialista en estas lenguas.

Tras despedirse del profesor se dirigieron al despacho indicado. Llamaron a la puerta y una voz gastada los animó a pasar. Vieron a un señor mayor con barba y bigote gris. Todavía conservaba buena parte del cabello. Su color gris le aportaba un aire de autoridad y elegancia. Afortunadamente para Carles, este no llevaba el uniforme azul de la falange. Un traje gris oscuro. «Parece un caballero perdido en una época oscura», pensó el republicano. Se presentaron.

—Profesor Fonseca —comenzó Ernesto—, quisiera hacerle una pregunta.

Entonces comenzó una escena que Carles había visto repetida en varias ocasiones. El profesor comenzó a sudar y a temblar casi imperceptiblemente. Su rostro se tornó pálido ceniciento, haciendo conjunto con el traje.

—¡Diga!, ¡diga!

—Mire esta imagen. —Ernesto le dio la lámina. El profesor la tomó, se sentó en una silla y encendió una luz para verla mejor.

Desde el lugar eh que se encontraba, Carles veía que al hombre le resultaba difícil mantener la tranquilidad. Supuso

que habría recibido anteriormente otras entrevistas por parte de sujetos no muy agradables. Todavía tenía suerte de haber mantenido su puesto de trabajo. El republicano observó cómo alguna gota de sudor le bajaba por la cara.

—¿Conoce ese tipo de escritura? —preguntó Ernesto tras informarle de la investigación que estaban llevando a término. Aquello pareció haber tranquilizado al hombre. Sin embargo, de la misma manera que había sucedido con su compañero, no pudieron avanzar más en este terreno.

—Parece que será difícil saber qué dice ese texto, si es que dice algo —comentó Ernesto mientras salían de la Universidad. Aunque no era muy tarde, ya comenzaba a oscurecer.

—¿Estás seguro? —le dijo Carles.

—¿Qué quieres decir?

—En un primer momento pensé que el profesor Fonseca había padecido y se había puesto nervioso porque somos policías del régimen —le miró intencionadamente—. Sabes que mucha gente prefiere no departir con nosotros.

—Eso me recuerdas de tanto en tanto —contestó Ernesto con un ligero matiz de irritación.

—Pero me he fijado en él todo el tiempo —continuó el republicano sin darse por aludido—, y creo que no estaba nervioso solo por nosotros. Estaba nervioso por otra cosa.

—¿Por otra cosa?

—Sí. Había visto la lámina que llevabas en la mano y creo que era por eso.

—No sé qué quieres decir.

—Creo que estaba nervioso porque ha reconocido el texto.

* * *

Carles caminaba por estrechos callejones camino de su casa. Con las manos en los bolsillos recordaba los acontecimientos de la tarde. Había podido convencer a Ernesto para no volver sobre sus pasos e interrogar, de manera más coercitiva, al profesor. Una vez en la oficina consideraron conveniente vigilar al sospechoso. Seguramente eso les proporcionaría una información más jugosa. Hamed lo podría vigilar, pero necesitarían de alguien que pudiera turnarse con él. Finalmente decidieron pedir la colaboración de Marco Venado. Les había parecido una persona eficiente y seria para llevar a término este trabajo.

Enfrascado en estos pensamientos, el policía abrió la puerta de su piso. Encendió una vela y, al girarse, se sorprendió. Ante él se hallaba un individuo que le estaba encañonando con una pistola.

CONFESIONES EN LA OSCURIDAD

Enero, 1940

—¡Qué demonios! —exclamó sorprendido Carles. Poco le faltó para que se le cayera el arma.

—Será mejor que tomes asiento —le dijo el intruso señalándole una silla con la pistola.

El republicano, viendo que no parecía querer dispararle, se sentó, colocando la vela en medio de la mesa. Observó al individuo fijamente. Creyó reconocerlo.

—¿Jorge? ¿Jorge Deleune?

—En efecto. Cuando alguien me busca, me gusta ser quien decida en qué condiciones va a ser el encuentro. He oído que pareces tener un interés especial en mi persona. Comprenderás que en estos tiempos resulta más saludable pasar desapercibido.

—Pero para saludar a los amigos no hace falta mostrar la artillería.

—Amigo es un concepto que requiere cierto tiempo de maduración y me parece que nuestra relación está muy verde.

—Posiblemente maduraría si apartases esa pistola.

Realmente Carles no había calculado los resultados de la búsqueda. Debía actuar con precaución, ya que no quería

sufrir un desgraciado accidente. Observó el aspecto de Jorge. Parecía haber envejecido desde la última vez que lo había visto. Unas entradas significativas en su cabello dejaban al descubierto buena parte de la frente. Sus penetrantes ojos no perdían de vista ningún detalle. Esa impresión era reforzada por unas pobladas cejas arqueadas. Observó que sus pómulos estaban más marcados. «Una vida difícil y seguramente a escondidas», pensó Carles. Todavía conservaba buena parte del porte que tenía en la época en que podía condenar a otros por crímenes que probablemente no habían cometido. Debía tener cincuenta, pero podía pasar por un maduro galán en una película de Hollywood. Sin embargo, un ligero tufo, como el de una fruta podrida, impregnaba el ambiente.

—Bien. No tengo mucho tiempo que perder —dijo apartando un poco la pistola, pero sin soltarla—. Tenía que asegurarme de que no fuera una trampa.

—¿Acaso te buscan?

—De momento tú. Ignoro si otros muestran ese interés.

—La verdad es que quería hablarte y preguntarte por un caso relacionado contigo.

—¿Todavía estás en la policía?, ¿no te has enterado de que ha habido una guerra?

—Lo sé. Estoy investigando el caso de una mujer asesinada en Can Tunis hace año y medio.

Jorge pareció meditar. Enarcó aún más, si cabe, las cejas y preguntó:

—¿Y qué tiene de interés una mujer asesinada entonces? ¡Son miles los muertos por esos criminales! ¿Por qué tendría que saber algo de ese asunto?

—Porque fuiste tú quien descubrió el cadáver.

La cara de Jorge cambió y la comprensión pareció abrirse camino hacia su cerebro.

—¡Ah! Tú hablas de una mujer pelirroja…

—En efecto, Helena Seguí.

—Ahora recuerdo —las imágenes se hacían presente en la mente de Jorge—. Fue en el verano del año 1938, creo que en julio. Recibimos una información de que una casa estaba ardiendo en Can Tunis. Al poco llegué y, efectivamente, la casa estaba en llamas. Eché la puerta abajo y pude entrar para ver si había alguien dentro. Recuerdo que encontré el cadáver de esa mujer sobre un gran charco de sangre, en el suelo de la cocina. Había recibido golpes en la cabeza, pero la muerte le había llegado porque había recibido una cuchillada en el abdomen.

—¿Qué se hizo del cuerpo?

—Creo que lo llevaron al Hospital Clínic. Recuerdo que el Hospital del Mar estaba cerrado por los bombardeos. Todo aquel barrio había recibido un gran castigo por la aviación fascista. Pero…, no entiendo tu interés en aquel asunto.

—Estoy buscando al hijo de esa mujer, un adolescente que desapareció por aquella época.

No sabría decir por qué, pero le pareció que el interés que tenía Jorge en el caso había aumentado. Un ligero brillo en los ojos lo delató. Pero fue solo un fugaz instante.

—No sé de ningún chico. No recuerdo haber visto a nadie más. En aquella vivienda solo había un cadáver.

—Solo un cadáver.

—En efecto.

—¿No sabrás dónde está enterrada?

No tengo ni idea. ¿Por qué te preocupa tanto ese chico? Probablemente se iría con algún familiar.

—No tenía familiares. Solo su madre.

Jorge pareció meditar un tanto y al poco le contestó:

—Está bien. Intentaré averiguar algo de ese asunto.

—¡Gracias! Te lo agradecería. ¿Cómo podemos estar en contacto?

—Seré yo quien esté en contacto contigo. Pero si tienes algo que comunicarme se lo puedes decir al Percha. Sabe encontrar al personal.

Carles permaneció sentado, una vez hubo marchado el intruso, meditando un rato sobre la conveniencia de contar con su colaboración. Había tenido que abrir una ventana para regenerar el aire de la habitación. El frío de la noche se adueñó del apartamento. Aquello no parecía importar mucho al republicano que reflexionaba sobre la oferta de ayuda recibida. Era consciente de que no le había pedido nada a cambio y eso resultaba muy extraño en una persona como Jorge. Comenzó a pensar cuál sería el interés particular que habría tras aquella proposición. No podía evitar pensar que su oferta de colaboración escondía otros intereses y ello le suponía una cierta inquietud.

* * *

Helena oyó unos suaves golpes en la entrada. Se hallaba en la cocina preparando la cena para Guillermo. Extrañada ante aquella manera de llamar, abrió un poco la puerta. No esperaba recibir un golpe, pero una fuerte patada golpeó la madera y esta impactó en su cabeza, lanzándola hacia atrás. Se golpeó contra la pared y arrastró consigo una pequeña estantería que tenía con pequeños objetos, recuerdos de los paseos con su hijo por Barcelona. Había caído al suelo y tenía la cabeza embotada. Un hilo de sangre bajaba por su rostro nublándole la vista. No acababa de saber qué era lo que

pasaba, pero intuía que estaba en grave peligro. Ante ella se erguía un sujeto que llevaba una oscura gabardina. De entre su ropa pudo entrever algo que brillaba: era la reluciente hoja de un cuchillo. Intentó levantarse, pero apenas tenía fuerza. Recibió un duro golpe en la cara. Intentó huir trastabillando hacia el interior de la cocina. Quiso abrir el cajón donde tenía los cubiertos… Y los cuchillos. Apenas comenzó a abrirlo cuando el sujeto lo cerró de golpe pillándole los dedos. Lanzó un alarido de dolor. No entendía por qué pasaba aquello ni qué quería el individuo, pero sus intenciones resultaban evidentes. Se giró para enfrentarse a él cuando sintió un fuerte golpe en el abdomen. Abrió los ojos con sorpresa e incomprensión mientras notaba como se le escapaba la vida por aquel desgarro. Cayó al suelo mientras a su alrededor brotaba la sangre formando un espeso manto púrpura. De repente, el vestido fue cambiando de color y adquirió un tinte verde. Ahora llevaba un abrigo de invierno. La cara se fue transformando y, como si de una máscara se tratara, apareció la cara de Dolors, pálida, inmóvil. Sé hallaba sola en el último momento, aquel en el que todos desean sentirse acompañados.

Carles se despertó bruscamente. Se había dormido y había soñado. Su sueño le había transportado hasta el fatídico momento en que muriera Helena. No sabía si sus últimos momentos debían haber sido como los había imaginado. Seguramente había estado influenciado por la conversación con Jorge. Lo cierto era que aquel sueño le había servido de guía para imaginar los últimos momentos de Dolors. Su mujer había encontrado la muerte estando sola. Este pensamiento le provocó angustia. Pensó que aquel sueño había sido muy nítido. El caso era que hasta entonces no se había preguntado cómo había muerto. Solo sabía que había fallecido en un bombardeo. Tendría que indagarlo.

De repente percibió algo extraño en el ambiente. La habitación estaba a oscuras. Se había apagado la luz del cirio. Una angustiosa inquietud lo devoraba. Allí había alguna cosa que lo desasosegaba: una extraña sensación. Recordó la que había tenido la noche en que sentía que lo vigilaban. Ahora volvía a tener aquella impresión. La ventana estaba entreabierta y la habitación helada. Se levantó con mucho cuidado intentando no hacer ruido. Notaba su presencia. Allí estaba otra vez aquel ser. Hasta él llegaba la perversidad que proyectaba desde su interior. Percibió el ligero olor de un cigarro. Era él sin ninguna duda. Maldijo no tener encima la pistola. Se hallaba en su habitación, guardada en un cajón.

Pudo oír un pequeño ruido en el rellano, casi imperceptible. La luz de la luna le permitía ver la estancia. Observó cómo se movía el pomo de la puerta, con suma delicadeza. La adrenalina le aceleró el organismo pues veía que no tenía ningún arma a mano. No podía esperar que entrara el sujeto. Intuía qué era lo que buscaba y seguro que no sería una alegre conversación a la luz de la luna. No podía dejar de mirar el movimiento del pomo esperando que, de un momento a otro se abriera la puerta dando paso a un frío asesino. Debía ir a buscar su pistola, pero la escasa luz le jugó una mala pasada: golpeó la silla ligeramente y esta hizo un pequeño ruido solo perceptible para aquellos que estuvieran muy atentos. De repente, la actividad de la entrada cesó y un silencio absoluto se hizo dueño de la noche. Notaba su presencia tras la pared. Esperó un buen rato. Con sumo cuidado, intentando no hacer ruido, se dirigió a la habitación. Cogió su pistola y comprobó que estaba cargada. Fue hasta la puerta. Cuando se armó del valor suficiente la abrió de un golpe apuntó al exterior.

Allí ya no había nadie.

Tan solo una colilla de la marca Gitanes, hecha de un papel de maíz de color amarillo, permanecía como indudable testimonio de que allí había estado alguien.

IDEAS ANARQUISTAS

Mayo, 1935

Los primeros rayos de sol entraban por uno de los ventanales que se hallaban junto al portalón de entrada. A Guillermo le gustaba ver cómo iba avanzando en su lento pero inexorable camino, apartando todos aquellos jirones de oscuridad con los que se encontraba. Era un momento, una simple pausa en la dura y continua jornada laboral. Sabía que le esperaba un agotador día. Su faena se centraba en la parte del almacén donde se hallaban tanto las materias primas, maderas de diferentes tipos, como los productos acabados. Estos consistían en muebles, básicamente, y otros productos para la construcción, especialmente maderas que utilizaban como vigas o encofrados.

Aquella mañana debía llevar toda una serie de tablas a la parte de la empresa donde se hallaba la maquinaria y donde se encontraban la mayor parte de trabajadores realizando su actividad con el rigor habitual. Al muchacho le encantaba el olor de la madera, la lluvia de serrín que se esparcía por el taller y esa continua e imparable actividad que solo se detendría a mediodía, cuando dispondrían de media hora para comer. Soto continuaba molestándole. Guillermo intentaba ignorarlo, pero aquello solo parecía encenderlo aún más. En

alguna ocasión habían tropezado y el adolescente había caído arrastrando consigo unos listones cortados a medida. No podía asegurarlo, pero sospechaba que no había sido un choque fortuito.

Al mediodía, como era habitual, se sentó junto a Mario. Aquello ya se había convertido en una costumbre. El gigante era poco hablador, pero poco a poco se había ido abriendo ante Guillermo. Supo que era de Mura, un pueblo del Bages cercano a Manresa. De hecho, su mutismo era una respuesta a la muerte de su padre, el único familiar que tenía. La paciencia y la insistencia del muchacho le habían ido abriendo las puertas de la confianza, llegándole a explicar cosas que ni el propio Mario hubiera imaginado.

—Cuando acabé de enterrar a mi padre —le comentaba en una de aquellas pausas—, volví a la masía. Me senté en el poyato, en la puerta de la casa y vi ponerse el sol. No lo pude aguantar.

—¿Por qué? —preguntaba con su innata curiosidad el joven.

—Toda la vida, desde que tengo uso de razón, he visto la puesta de sol con mi padre. La disfrutábamos él y yo. Creo que pensaba que siempre sería igual. Cuando vi aquella última puesta de sol me di cuenta de lo que me esperaba a partir de entonces. No me vi capaz de aguantarlo. Recogí mis bártulos y me vine a Barcelona. ¿Y tú? —Le dirigió la pregunta— ¿vives con tu padre?

—No. Yo no tengo padre. Pero tengo una madre que vale por los dos.

Los dos rieron. A veces volvía el melancólico Mario recordando, de manera idealizada, el paisaje que había abandonado.

—Es un sitio maravilloso. Mi casa se halla en un terreno

elevado, rodeado de montañas. Los amaneceres y las puestas de sol son espectaculares.

—¿Volverás alguna vez?

—Me gustaría, pero creo que todavía no es el momento.

Y entonces, volvían a la faena. La amistad con el gigante le había creado un paraguas de protección que le había evitado problemas con Soto. Cierto día le llegó a preguntar por el tema:

—Mario, ¿por qué crees que Soto se mete tanto conmigo?

—Hay personas que no necesitan muchas excusas para atacar a los demás, pero creo que tiene que ver con tu amistad con el sindicalista.

—¿Con el sindicalista?

—Sí, con Toni Vallés. Fue él quien te ayudó a entrar, ¿no?

—Sí, así fue. Pero no sé qué tiene que ver.

—Un día oí que comentaban algo. Al parecer, Soto y Toni ya se disputaban el puesto del sindicato cuando se hallaban en otra empresa. Por lo visto ganó Toni. Soto nunca pudo aceptarlo. Para colmo, posteriormente, redujeron personal y, ¿a qué no sabes quien fue a la calle?

—Nuestro amigo.

—Así es. Él lo achacó a oscuras maniobras de Toni.

—¡No creo que lo hiciera! —lo defendió rápidamente el muchacho.

—Mira Guillermo, si algo he aprendido en esta vida es que si te ha de pasar algo, te pasará. Las cosas suceden y luego está tu actuación ante lo que te pasa. Ello te puede convertir en una persona más feliz o una persona amargada. Yo no hubiera creído nunca que mi padre moriría. Era más fuerte que un roble. Nunca había estado enfermo. Sin embargo, un día que íbamos a trabajar en el campo, se giró para decirme algo y, de repente, cayó al suelo y ya no se levantó más.

—Aun así. No creo que Toni hiciera nada por perjudicarle.

—Soto no se da cuenta, pero se perjudica a sí mismo. Por lo que dicen, no dura mucho en ningún trabajo. Su malhumor y ganas de meterse en follones lo hacen muy desagradable.

* * *

Era domingo y, como en otras ocasiones, Helena y Guillermo se habían acercado a la casa del Guinardó. Aquel era un barrio bastante agradable. Su situación, en las afueras de Barcelona, lo hacía acogedor. Había bastantes torres y pequeñas casas con un pedazo de tierra que utilizaban de huerto. En él convivían personas de todas las tendencias políticas que habían conseguido un cierto bienestar. La oferta cultural y política en el barrio era variada en aquellos tiempos revueltos. Había un local, *l'Ateneu de la Lliga*, cercano al pensamiento de la *Lliga*. También se podía encontrar el Círculo Republicano o el Casal Federal, ocupado por personas de ideología federal. Más alejado del centro del barrio se hallaban grupos anarquistas. Tal era el caso de Toni y su hija. Ellos aspiraban a una vida cerca de la naturaleza y el entorno lo propiciaba.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó Guillermo a Lena, que se hallaba absorta en la lectura de una revista.

—He pasado por casa de Soledad y he cogido una de las publicaciones que editan: *La revista blanca*. También tenía el suplemento de «El luchador» —le dijo pasándole un folleto.

—¿De qué va?

—La revista es muy interesante. Tiene artículos de todo

tipo: históricos, sociológicos, filosóficos, de literatura, etcétera. Te sirve para ponerte al día sobre diferentes temas, sin que te enreden.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir. —Lena hablaba como quien habla con un niño más pequeño intentando hacerle comprender el sentido de las cosas— que no es una publicación burguesa donde se justifica la desigualdad social y los abusos de clases. Es una visión desde las clases populares.

—Ahora veo porqué eres tan revolucionaria… Leyendo esas cosas.

—Mira Guillermo. —Lena dejó de lado la lectura y lo miró fijamente—. En esta revista han colaborado personas importantes y de gran capacidad como Leopoldo Alas Clarín, Miguel de Unamuno o Femando Giner de los Ríos. Creo que solo eso ya es para tomárselo un poco en serio. Ahora escribe Federica Montseny, la hija de la Soledad. Y antes de que digas nada, te diré que es una gran escritora. Ya con dieciséis años había escrito su primera novela. Tiene un montón de obras publicadas.

—¿Y son buenas? —lo dijo con cierta ironía.

Lena lo miró un tanto desesperada.

—La verdad es que no sé si te gustarían. Sus ideas son muy modernas pero muy necesarias en esta sociedad tan atrasada. Sus libros hablan de la liberación de la mujer, del rechazo del matrimonio, del derecho de las muchachas a escoger compañero sentimental y a preparar a las mujeres trabajadoras del futuro.

—Creo que prefiero las novelas policiacas.

—No tienes arreglo —dijo ella dejándolo por imposible.

En aquel momento sus respectivos padres los llamaron para ir a comer. Mientras entraban en casa, todavía, un

extrañado Guillermo le preguntaba:

—¿De verdad rechazan el matrimonio?

* * *

Poco después, se hallaban realizando la sobremesa. Como era habitual, el tema de conversación acabó derivando en los anarquistas, especialmente la figura de Durruti, que se agrandaba a medida que pasaba el tiempo. Ya era una leyenda entre los propios trabajadores.

—Recuerdo la campaña para las elecciones parlamentarias de 1933 —explicaba Toni con una voz calmada propia de narradores avezados—. La CNT llenó la plaza de toros de Barcelona. Debía haber entre 75 000 y 100 000 obreros. Durruti les gritó: «Trabajadores. La última vez habéis votado por la República. ¿La hubierais votado si hubieseis sabido que esa República iba a encarcelar a 9000 obreros?». Era impresionante. Dominaba la multitud. En aquellas elecciones, los anarquistas españoles organizaron el mayor boicot electoral de toda la historia del movimiento obrero. La mayoría de los obreros no votaron. Sin embargo, la derecha y los partidos conservadores ganaron las elecciones.

—De nada sirvió entonces aquella abstención —comentó Helena.

La sorpresa para Guillermo fue que su madre era capaz de llevar una conversación sobre la situación social del momento. Mostraba unos conocimientos que le asombraban. Siempre había creído que aquellos temas no eran muy de su interés. La relación con Toni Vallés había hecho aflorar en ella una vena política que creía, en parte, debida a un interés por su persona,

interés que parecía corresponderse.

—Sirvió para tener conocimiento de la fuerza de los obreros. A veces pensamos que todo el poder lo tiene la burguesía y no somos capaces de imaginar que el poder reside en todos y cada uno de nosotros.

—¿Qué ha sido de Durruti?

—Durruti es un mal sueño para los burgueses y empresarios. Demasiado impulsivo tal vez. Tras las elecciones, declaró que la única respuesta al triunfo electoral de la reacción era la revolución armada. Esta se coordinó desde Zaragoza. Hubo luchas callejeras y barricadas. Me contaron que el expreso procedente de Barcelona llegó a la estación central envuelto en llamas.

Se proclamó el comunismo libertario en algunos pueblos de la provincia de Huesca. ¿Te lo puedes imaginar? Lo enviaron a la cárcel como principal responsable de la rebelión.

—¡Vaya situación!

—No creas. Para Durruti, la cárcel es su segunda casa. Cuenta con el apoyo de los obreros. Hace las cosas porque cree que tiene que hacerlas, pero no se vanagloria de ello. De hecho, en ocasiones, son los mismos vigilantes quienes le pasan las informaciones que necesita para organizarse.

A medida que pasaban las horas, el sol se iba escondiendo en el horizonte. Antes de que anocheciera, Guillermo y su madre cogían el tranvía para acercarse a su vivienda. Aquel viaje era vivido de manera muy diferente. La percepción del tiempo y del espacio parecía variar respecto al recorrido de aquella misma mañana. Las calles aparentaban ser más estrechas y oscuras conforme se aproximaban al barrio donde vivían. Una ligera niebla envolvía el barrio y el ruido del mar, que antaño tanto gustara a Helena, semejaba una triste letanía que le generaba un cierto desasosiego.

EN EL CLÍNIC

Febrero, 1940

A medida que avanzaba por la calle Clínica, se hacía más patente la presencia del Hospital Clínic, un conjunto arquitectónico de estilo clasicista. La obra había sido dirigida por Josep Domènech i Estapà. Carles observó el pórtico columnado coronado por un frontón con motivos alegóricos en relieve.

—Así que aquí es donde trajeron a Helena.

No había dicho nada a Ernesto todavía. Sabía que su compañero se veía afectado por cualquier información que hiciera referencia a su amada. Por ello, el republicano quería conocer la información de primera mano antes de darla a conocer. El sueño que había tenido la noche anterior había sido muy real. Tan intuitivo como esclarecedor de lo que podía haber pasado. A continuación, había visionado a Dolors en un charco de sangre y aquello lo acongojaba. No acababa de entender el enlace onírico que se había producido entre dos personas que ni siquiera se conocían. Sabía, por haber leído algo sobre el tema, que Freud consideraba los sueños como un camino para llegar al inconsciente, una capa de la mente donde los pensamientos podían circular sin tabúes ni censura. Reflexionó durante unos instantes y se preguntó si su mente

sabía algo sobre Dolors que él desconociera. Aquello le pareció una idea un tanto descabellada y la descartó rápidamente.

La imagen de un tipo que fumaba Gitanes y que lo seguía le había acompañado todo el trayecto que había realizado a pie, desde el Born hasta el Hospital Clínic. Había aprovechado que Ernesto se disponía a hablar con el comandante Bustos —con la intención de pedirle la colaboración de Marco Venacio— para indagar sobre los últimos momentos de Helena. La impresión de que lo estaban espiando ya había dejado de ser una mera sospecha. Y, por lo sucedido la noche anterior, creía que aquel individuo no se conformaría solamente con vigilar. Había decidido que, a partir de aquel momento, tendría que llevar encima algún arma.

Una vez dentro del hospital comenzó un peculiar periplo que, como la Odisea de Ulises, no parecía llevar a ninguna parte. Comenzó en admisiones, donde le enviaron a la secretaría. Allí le informaron que muchos de aquellos documentos habían desaparecido. Al parecer había un cierto desorden entre la administración que había regido el hospital y la nueva administración que, por lo visto, tenía otros intereses. Ya se hallaba un tanto desesperado —pues no en vano llevaba toda una mañana para no conseguir nada— cuando oyó una voz tras él.

—¡Carles! ¡Carles Gil!

Carles se giró para ver quién era la persona que le había reconocido. Vio un médico con bata blanca, de estatura media y pelo castaño. En sus ojos oscuros brillaba una luz de alegría.

—Perdone. ¿Nos conocemos?

El hombre pareció darse cuenta del lugar en que se encontraban. Se giró para ver si alguien los había oído y,

cogiéndolo del brazo, le dijo:

—Será mejor que me acompañe.

El policía, intrigado, acompañó a aquel sujeto por diferentes pasillos hasta llegar a una habitación, seguramente su despacho. El médico encendió la luz mostrando un espacio sobrio y discreto, con múltiples carpetas y documentos que descansaban sobre el mobiliario: una mesa y un par de sillas. Al notar que el policía no parecía recordar su identidad, el doctor se presentó:

—Soy August García.

—Lo lamento, pero sigo sin conocerlo.

—Yo, en cambio, a usted no puedo olvidarlo. Su nombre me quedó grabado.

—¿Y eso?

—Uno nunca olvida a quien le debe la vida. Por eso, si puedo hacer algo por usted lo haré.

—¿Yo le salvé la vida?

—Fue en setiembre de 1936. Hubo un incidente en la calle Mallorca. Un hombre herido vino a mi casa.

Una imagen, ligada a una vida anterior, se abrió paso en su mente. Una imagen que correspondía a un Carles más joven, pero sobre todo más inocente. Un hombre que todavía tenía a la verdad y a la justicia como referentes en su horizonte de vida. Con la quema de iglesias que se produjo tras el comienzo de la guerra, fruto de un estallido popular que consideraba a la institución religiosa cómplice del golpe, también aparecieron los delincuentes que se identificaban con los vencedores del momento.

Carles, en aquel momento, era un joven policía que realizaba patrullas junto a Segundo Marimón, otro compañero del cuerpo, más veterano. Llevaban días tras una banda organizada que se dedicaba a robar obras de arte que se

encontraban en iglesias y templos religiosos. Sabían de dos sospechosos, pero su intención era llegar hasta el cabecilla de la misma. Se había llegado a hablar de que alguien importante se hallaba tras aquellos robos y se hacía llamar *Argent*. Intentaron infiltrar a un compañero en la banda. Un policía, Ignacio Salas, se había hecho pasar por ladrón de obras de arte. Tuvieron conocimiento de que se produciría un intercambio en un viejo local ahora inutilizado. Cuando llegaron ya fue tarde. Al parecer había habido un tiroteo, Ignacio había podido escapar herido y los delincuentes habían salido tras él. El policía había podido llegar hasta la casa de August, un médico que conocía. Este intentó curarlo con los medios de que disponía en su piso. Lo que no podía imaginar era que tras Ignacio venían dos asesinos dispuestos a no perder su negocio. Cuando llamaron a la puerta, poco podía sospechar lo que le esperaba. Entraron dos hombres armados que comenzaron a golpearlo y amenazaron a su mujer y su hija que, espantadas, asistían a aquel horrible espectáculo.

—Así que tú eres su cómplice —le decían.

—No sé de qué me habla —se defendía el médico.

—Si no lo sabes, ¿por qué ha venido hasta aquí ese hombre?

—¡Dejen las armas! —Esta vez fue la voz de Segundo la que se impuso.

Habían llegado poco después del tiroteo y habían podido seguir el itinerario de los hombres gracias a la información de algunos transeúntes que habían podido presenciar la persecución. Habían entrado en el edificio con precaución y las voces, aunque no muy elevadas, los había alertado. Pudieron comprobar que la puerta solo estaba ajustada y se podía abrir. Eso les hizo llegar poco después de los delincuentes.

—Hombre, parece que aquí llega el séptimo de caballería —dijo uno de ellos con tono irónico—. Hemos seguido a un sospechoso fascista hasta este edificio y ese hombre es su cómplice.

—Yo no sé de qué me hablan —se defendía el doctor.

—He dicho que bajen las armas —insistió Segundo.

—¡Vaya! No querrá tener problemas señor policía —dijo con sorna el mismo delincuente, un hombre con barba y bigote negro y cejas muy pobladas. Su mirada, penetrante, daba a entender que no pensaban entregarse. A Carles le dio la impresión de que confiaban en contar con cierta impunidad. El hombre, captando su mirada, sonrió mientras lo evaluaba.

—Veo que ha venido con un niño.

—Ya me han oído.

La tensión se podía percibir en el ambiente. Todo sucedió rápida e inesperadamente. La hija de August, una niña de cuatro años aproximadamente, se separó del abrazo de su madre y fue corriendo hacia su padre, quien se hallaba sentado en el suelo con la cara morada de los golpes recibidos.

—¡Papá! —dijo abriendo los brazos.

Aquel momento fue aprovechado por el delincuente para disparar a Segundo. Este pudo realizar un disparo antes de caer abatido. Carles también disparó antes de que el otro hombre lo hiciera. Habían pasado más de tres años y toda una guerra desde aquellos hechos. Fijó su mirada en August y realizó un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Usted me salvó la vida. ¡Y la de mi familia!

—Fue el primer hombre que maté. Mi compañero murió y dejó una viuda y dos hijos. Como dijo aquel delincuente, luego tuve problemas pues se nos acusó de actuar con ligereza.

—Pero… No fue así.

—A veces, no importa cómo fueron las cosas sino cómo quieren que sean. Aquellos hombres estaban siendo protegidos.

—Pero aquellos ya no volverán a delinquir.

—Uno no, pero el otro solo fue herido. Ignoro que habrá sido de él. Bien, espero que al menos su familia se encuentre bien.

—En efecto. Gracias a usted. ¿Qué es lo que venía a buscar aquí?

En ese momento, Carles pareció salir de un cierto ensimismamiento. A veces los recuerdos lo traicionaban y eso le hacía perder, de manera momentánea, el objetivo perseguido. Pasó a referir a August todo lo que sabía de Helena y sus últimos momentos.

—Me dijeron que trajeron el cuerpo aquí.

—Será difícil saber qué fue lo que pasó. Desde que acabó la guerra ha habido muchos cambios. Muchos médicos se ahuyentaron por miedo a represalias. Otros fueron depurados. Ahora trabajan en clínicas más pequeñas o privadas. Conociendo las fechas y los hechos intentaré averiguar quien realizó la autopsia o qué se hizo con el cuerpo.

—¡Gracias! Aquí tiene una tarjeta. Llame a este teléfono cuando sepa algo.

—No se apure. Soy yo quien debe estar agradecido. Cuente que lo averiguaré.

Con un sentido abrazo se despidieron. Carles salió del hospital. August no le había dicho nada al respecto, pero ya se había dado cuenta del estado de alerta con el que le había atendido. El hecho de haber realizado la entrevista en un despacho, fuera de la vista de los demás, era un peaje que seguramente debía realizar. En estos tiempos, era fácil ser sospechoso de cualquier cosa y se corría el riesgo de perder no

solo el puesto de trabajo sino otra cosa peor.

Mientras caminaba hacia su casa no dejó de pensar en su compañero. Había muerto por algo en lo que creía: la justicia. Sin embargo, la vida no había sido nada justa con su familia. Su mujer perdió la casa en que vivía debido a que no podía pagarla. Al final tuvo que irse de Barcelona a vivir con unos familiares en Calella. Por lo que supo del delincuente que había quedado vivo, León Cortaza, no estuvo mucho tiempo en la cárcel. Se sorprendió de saber que había salido gracias a los contactos que tenía. Un antiguo compañero le había informado que, en aquel momento, realizaba los trabajos sucios para un importante hombre de negocios. También le había dicho que, antes de salir de la cárcel, aquel delincuente había asegurado que mataría a Carles Gil.

DESCUBRIENDO LAS HERIDAS

Febrero, 1940

—Nunca llegamos a conocer realmente a los demás —comentó Ernesto.

—Solo conocemos lo que dejan que descubramos. A veces, ni eso.

Se hallaban en Can Tunis. Habían decidido ir a visitar lo que quedaba de la vivienda de Helena. Ante ellos se hallaban las ruinas de una pequeña casa. Al parecer, nadie la había tocado desde el momento en que se había quemado, a finales de julio de 1938.

—Apenas unos días más tarde de que escribiera la carta. ¡Maldita sea!

Quien así hablaba era Ernesto que no podía dejar de culpabilizarse por no haber podido acudir a aquella llamada de socorro. Los dos policías habían tenido una larga y tendida conversación. Carles había decidido explicarle todos los pasos que había dado. No quería que se enterase por otra persona.

—¿Por qué no me has dicho nada? ¡Te podría haber acompañado!

—Entiéndelo Ernesto. En primer lugar, tenía que estar seguro de que podría hallar una pista. Tú sabes que, a veces, antes de llegar a tener un indicio hemos de recorrer diferentes

caminos. Por otro lado, a menudo no todo el mundo está dispuesto a hablar con un nacional —le dirigió una mirada intencionada.

—¡Ya estás otra vez! La guerra terminó, ¿me entiendes? ¡Ya se acabó! —le contestó un tanto enojado.

—No Ernesto. Tú has de entender que para mucha gente la guerra no acabó. Para ellos, esta situación de ahora solo es un período transitorio hasta que llegue la victoria, una victoria que ellos puedan reconocer como tal. Por eso, no siempre puedes ir preguntando según qué, y esperar que la gente te conteste y te quiera ayudar.

—¿Y a ti sí?, ¿a ti sí que te contestaran?

—No siempre, pero a menudo sí. Ellos me reconocen.

—¿Te reconocen?, ¿te conocen de algo?

—¡No! —le contestó con una pose un tanto triste—. Notan que estamos en el mismo bando.

—¿Y cómo lo notan?, ¿cómo pueden verlo?

—Ellos captan en mí el peso de la derrota… Y se identifican con ella.

Ante aquellas palabras Ernesto enmudeció. Era consciente de que Carles tenía bastante razón. En ocasiones se había encontrado con un muro difícil de superar. La colaboración a menudo era escasa. La causa podía estar en algún comentario que había oído de otros oficiales que hablaban de Cataluña como de una tierra conquistada. Y sentía que esa sensación era compartida por parte de la población.

Finalmente, ante la demanda de Carles de querer ver la vivienda de Helena, su compañero había aceptado. Sentía que allí podía estar el punto de partida de aquel misterio. Ya había estado en ella algunas veces, pero solo podía ver una casa destruida. No llegaba a imaginar el tipo de vida que había llevado. Al menos la Helena que él había conocido.

—¿Has preguntado a los vecinos? —inquirió Carles.

—Sí, a todos.

—¿Y nadie sabe nada?

—Lo único que he podido sacar en claro es que se trasladaron aquí en la primavera de 1935. Al parecer venían del Somorrostro.

—En efecto. Allí fue donde los conocí.

—Pero… No lo entiendo. Helena no era de ese tipo.

—Todos tendemos a idealizar a algunas personas y luego podemos llevarnos grandes sorpresas.

—No me refiero a eso. Cuando la conocí, en el verano de 1920, Helena era una persona elegante, en cierta manera refinada, aunque muy alegre y simpática —no podía dejar de hablar maravillas de ella—. No era una persona que pudieras imaginar viviendo aquí o en el Somorrostro.

Carles pensó que, cuando se está enamorado, se ven las cosas de manera diferente, pero no quiso decir nada más para no disgustar a su compañero. Intentó volver a la investigación.

—Del incendio, ¿nadie vio nada?

—No. Algún vecino comentó que cuando vio arder la casa, pudo ver a aquel policía sacando el cuerpo de Helena de ella. Al parecer ya estaba muerta.

—¿Y del muchacho?, ¿lo volvieron a ver?

—En principio no. Todas las versiones coinciden. Desde aquel día no se le volvió a ver por aquí.

—Desapareció.

—O tal vez no. Hay quien dice que le pareció verlo en alguna ocasión.

—Pero no lo asegura.

—No. Quien lo vio dijo que estaba muy oscuro. Le pareció que era él por el tamaño y corpulencia, pero no lo podía asegurar.

Carles retiró una madera que había ante la puerta y se adentró en lo que eran los restos de un hogar. Una vez en su interior comenzó a observar la vivienda. Le faltaba un pequeño fragmento de techo, las paredes estaban ennegrecidas y dentro no quedaban objetos que pudieran tener valor. Los restos de algunos platos destrozados y otros objetos se hallaban esparcidos por el suelo. La luz que entraba por los ventanucos semicerrados y por diferentes agujeros dotaba a la casa de un aura espectral y misteriosa. El republicano notó una opresión en el pecho y sintió que le faltaba el aire. La vista se le nubló.

En aquel momento oyó un golpe en la puerta. Se giró y fue a abrirla. Recibió un duro golpe en la cabeza que le hizo caer hacia atrás. Estaba estupefacto y apenas era capaz de comprender lo que estaba pasando. Solo podía entender que sentía un gran dolor y que la sangre manaba de manera copiosa por la brecha que se le había abierto en la frente. No podía ver con claridad: los estímulos parecían alterados y su percepción se había tornado confusa y nebulosa. Pudo ver la figura borrosa de un sujeto que había entrado en la vivienda y se comportaba de manera agresiva. Recibió una patada en el costado que le debió romper una costilla. El dolor era infernal. Intentó levantarse, pero otra patada lo lanzó al suelo. No sabía quién era su agresor. Tan solo podía ver una sombra que lo amenazaba.

Unos ruidos distorsionados llegaban a su cerebro. Siguió arrastrándose por el suelo. Se apoyó en el vano de una puerta y se levantó con gran dificultad. Sentía que las fuerzas le fallaban. Recibió otro golpe con un objeto duro, esta vez en el rostro. Trastabillando fue a la cocina. Intentó abrir el cajón, pero el individuo lo cerró de un manotazo. Unas agudas señales de dolor llegaron a su cerebro. Se giró y entonces

sintió un pinchazo en el abdomen. Miró hacia el agresor con los ojos bien abiertos, pero apenas pudo ver una confusa silueta. Sentía que le preguntaba algo. Solo llegaba hasta él el distorsionado sonido de una voz airada que no paraba de preguntar. Incapaz de entender nada sentía que se desvanecía. Tuvo la sensación de caer en una sima oscura y profunda.

* * *

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero una voz diferente a la anterior, una voz conocida e inteligible le iba sacando de aquella oscuridad.

—¿Te encuentras bien? —Era la voz de Ernesto.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Parece como si hubieras tenido un ataque. De repente te has mareado. Has caído al suelo y te has puesto a gritar como un loco. Entre Hamed y yo te hemos podido sacar fuera de la casa. Parecía que te estuvieran matando.

—Me estaban matando.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás seguro de que no te has dado un golpe?

—No. Ernesto. He podido vivir los últimos momentos de Helena.

—¿Has visto lo que pasó? —preguntó extrañado Ernesto.

—No lo he visto. Ha sido peor. ¡Lo he vivido!

Ahora fue su compañero quien quedó asombrado ante aquello. Carles le explicó todo lo que había sentido. Como había sido la agresión, paso a paso, hasta llegar al final. También le comentó el sueño que había tenido unas noches antes y, como de repente, lo había relacionado con su mujer.

—Eso cuesta de digerir —le dijo Ernesto.

—Lo sé.

—¿Y no has podido verle la cara?

—No se la he podido ver. También me llegaba una voz distorsionada, incapaz de reconocer si la oyera. Probablemente era debido a los golpes recibidos por Helena. Ella no entendía qué le pedían. Parecía que yo hubiera ocupado su cuerpo por unos momentos. No sé lo que decía el agresor, pero sí sé lo que sentía Helena.

—¡Dime!, ¿qué fue lo que sentía?

—Sentía un terror atroz, sentía que debía proteger a Guillermo.

Ernesto cerró los ojos y unas lágrimas rodaron por su mejilla mientras mantenía un puño apretado junto a su barbilla. Mantenía el brazo totalmente rígido y en tensión. Su afectación era evidente. Hamed ayudó a levantarse a Carles quien en aquel momento no acababa de entender plenamente todo lo que había pasado.

* * *

Ernesto todavía no había acabado de asimilar los sucesos que habían tenido lugar aquella misma mañana. Evidentemente, si no los hubiera presenciado, no hubiera dado crédito a lo sucedido. El hecho de que Carles hubiera podido revivir los últimos momentos de Helena ponía de manifiesto, todavía más si cabe, la inoperancia de Ernesto. Pensar que la mujer a la que había amado y a la que había buscado con desespero, había sido asesinada de esa cruel manera sin que nadie la hubiera podido ayudar, lo afligía. Se

sentía culpable por no haber podido responder al angustiado grito de socorro. Sabía que la única manera que tenía de redimirse consistía en encontrar al hijo de Helena.

Ernesto permanecía tumbado en la cama de su habitación, contemplando las formas de las manchas del techo, imaginando sombríos personajes, llenando el vacío de sus pensamientos con oscuros y pesimistas presagios.

«Alguien mató a Helena. La golpeó y le clavó un cuchillo». Por la impresión sonsacada a Carles, el asesino debía de haber sido un hombre, un hombre que seguramente buscaba al muchacho.

Pensó en lo que le dijera su compañero. Guillermo se relacionaba con los anarquistas y con el grupo de Durruti. Esa podría haber sido la causa de su perdición.

—¿No te gusta el chocolate? —le preguntó Helena.

—¡Me encanta! Lo que ocurre es que está muy caliente —le respondió Ernesto.

—Piensa que esta es la granja donde hacen el mejor chocolate de la ciudad.

Aquel domingo de septiembre, Helena lo había llevado a caminar por el Barrio Gótico. Tras un largo paseo donde las calles estrechas, la catedral o la Plaza del Rey habían tenido un marcado protagonismo, había llegado la hora de merendar y ella sabía dónde hacían un chocolate con churros fantástico. Así que, como era de esperar, Ernesto no podía hacer otra cosa que afirmar con la cabeza e intentar seguir sus pasos. Helena lo tenía cogido del brazo, pero vital como era ella, intentaba mostrarle el máximo de aquella ciudad que representaba su vida. Iba un tanto acelerada, pues consideraba que todo era digno de ser admirado. Ernesto, que deseaba formar parte de su mundo, intentaba absorber todo aquello que se le ofrecía, aunque, de entre todas las maravillas que le

mostraba, él hubiera escogido a Helena. Todo adquiría una luz diferente si era ella quien se lo mostraba. Aquel día iba vestida con un traje de tonalidades verde y blanco que le llegaba poco más abajo de la rodilla. Los hombres se giraban al verla pasar. Los zapatos y el tocado con bonete a juego con el bolso le daban un aire de elegancia no exenta de encanto juvenil. Su cabello pelirrojo otorgaba una nota de color que resaltaba el conjunto. Sus paseos siempre estaban llenos de historias sorprendentes.

—Aquí donde está el mercado de Santa Catarina había un convento dominico que fue derribado el siglo pasado. En él se hallaba enterrado un santo, Ramón de Penyafort. Los creyentes se llevaban parte de la tierra de su tumba porque creían que obraba milagros. Incluso se la tomaban diluida con agua. ¿Te lo puedes imaginar?

Ernesto afirmaba con la cabeza. Hubiera imaginado cualquier cosa que le contara Helena.

—Dicen que Satanás, cuando visitaba Barcelona, siempre venía aquí. También comentan que el Convento de Santa Catarina era un centro de reunión de brujos y brujas y que, a la medianoche, se celebraban misas negras en las era invocado el diablo…

Y entre historia y construcción arquitectónica habían hecho una pausa en una granja de la calle Petritxol donde se hallaban degustando el mejor chocolate con churros de Barcelona, si era cierto el cartel que rezaba en la puerta.

—¿En qué piensas? —preguntó Ernesto ante una Helena que se hallaba en silencio.

—En que tú te irás —le dijo clavando sus hermosas pupilas azules en el soldado—. Y después ya no te acordarás de mí. Volverás a tu vida ordinaria…

—¡De eso ni hablar! No pienso separarme de ti.

Su mirada se iluminaba en aquellos momentos, pero a continuación continuaba provocándole.

—Y te casarás con una robusta chica de Valladolid.

—Y tendremos cuatro o cinco niños —quiso seguirle el juego.

—¿De veras piensas casarte con una chica de tu pueblo? —dijo ella haciéndose la enfadada.

—Siempre que sea robusta —replicó él.

—¿Cómo eres capaz…?

—Mírame Helena —le dijo cogiéndole la mano—. Solo pienso en casarme contigo y ninguna robusta chica de Valladolid me hará desistir en el intento.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí. Y tendremos cuatro o cinco niños.

—Bueno. Tampoco hay que abusar.

Y los dos rieron, pensando que tenían la vida por delante. Poco imaginaba Ernesto que al poco tiempo la perdería de vista y se esfumaría como la niebla ante el sol, sin que él hubiera tenido oportunidad de ayudarla. Cuanto más lo pensaba, más misteriosa le resultaba la figura de Helena. A pesar de haberla buscado desesperadamente nadie parecía haberla conocido. A veces, tenía la sensación de que todo lo que habían pasado solo había sido un sueño.

Ahora Helena estaba muerta.

Y alguien tendría que pagar por ello.

ENFRENTAMIENTO

Marzo, 1936

—Parece que tienes algo en el pelo.

—¿Estás seguro? —le preguntó ella.

—Espera que te lo quito, aquí está —dijo recogiendo una pequeña brizna.

Ella entonces lo miró y Guillermo sintió que se hundía en la inmensidad de aquellos ojos de color caoba que desde el primer día lo habían hechizado. Encontró su mirada y en ella pudo leer que el sentimiento era compartido. Sus labios se rozaron. Se abrazaron, un tanto torpemente. Volvieron a besarse. Esta vez con más intensidad. Eran conscientes de la imperfección de sus actos, pero ello no impedía que una sensación, cercana al encantamiento, los dominara. Durante un tiempo indeterminado se besuquearon y enlazaron sus cuerpos, ignorando a los transeúntes y dejando a la improvisación dueña de aquel mágico momento. De repente, un pinchazo en el costado le recordó a Guillermo el dolor que sentía a causa de la refriega tenida con su compañero de trabajo.

—¿Te duele mucho? —le dijo ella preocupada.

—No. Solo un poco.

—Es tarde. Tengo que volver a casa —le dijo mirándolo

con unos ojos que intentaban indagar la veracidad de la afirmación.

—Ya te acompaño.

Cogidos de la mano, fueron caminando dejando tras de sí la majestuosa figura de la Sagrada Familia. Para el muchacho, aquella situación se asemejaba bastante a las historias con final feliz que había leído. Todavía sentía dolor por los golpes y magulladuras que había recibido tras su pelea con Soto. No sabía cuál había sido la causa de su enemistad. Probablemente Mario había estado acertado al decir que el origen se hallaba en una situación de competencia con Toni Vallés por un puesto sindical. Para Guillermo, Soto era como un volcán dispuesto a descargar su rabia contra otro más indefenso. Y pensó que lo había encontrado en él.

Ya llevaba un año trabajando en el almacén. Tras unas primeras semanas en las que había tenido que aguantar las pullas y violencia soterrada de su compañero, la situación parecía haberse calmado. A la pacificación había contribuido el grupo de trabajadores que no veían con buenos ojos aquellos excesos. Tomás, encargado del almacén, ya le había advertido a Soto que no estaba dispuesto a tolerar aquellas actitudes. El ensañamiento se había reducido de manera considerable pero no había desaparecido. A veces, Guillermo era consciente de que era observado en su trabajo. En aquellos momentos, si se giraba rápidamente, podía captar una mirada cargada de profundo odio. Pensó que su compañero focalizaba todas sus frustraciones en su persona.

Por otro lado, la actitud alegre y decidida del muchacho agradaba a sus compañeros. Su esfuerzo y capacidad de trabajo se hacía contagiosa. Poco a poco se fue haciendo acreedor de nuevas responsabilidades. A menudo era el encargado de recoger, poner orden y cerrar el almacén en una

demostración de confianza. A la hora de comer, los trabajadores hacían corrillos debatiendo sobre la situación política del momento. Mario era el único a quien aquello no parecía importarle demasiado. Guillermo mantenía la costumbre de comer con él. Aquel compañero le aportaba una cierta calma y tranquilidad en un entorno tan incierto.

Corrían tiempos muy movidos. En febrero se había vuelto a votar en medio de una gran tensión. En las cárceles españolas había más de 30 000 presos, la mayoría anarquistas. Los partidos de izquierda habían prometido liberarlos si ganaban las elecciones. La derecha amenazaba con la represión. El ambiente parecía cargado y cualquier chispa podía poner en peligro la convivencia. Si la CNT provocaba un boicot electoral, como había hecho en 1934, ponía en peligro la libertad de los detenidos. Por ello, la izquierda anunció que si la derecha ganaba las elecciones responderían con medidas revolucionarias. Por otra parte, la derecha consideraba que una victoria de la izquierda conduciría a la guerra. La alternativa se establecía entre la revolución o la guerra civil. Finalmente, y en gran medida gracias a que la CNT recomendó evitar el boicot electoral, la izquierda ganó los comicios.

Todo el mundo en el taller estaba pendiente de las elecciones. El día diecisiete salieron antes para poder celebrar el triunfo. A Guillermo le habían dejado el encargo de cerrar el almacén y acabar de recoger. En esa faena estaba cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¡Vaya! Parece que el nene se ha quedado solito.

Aquella voz lo sorprendió. Todos se habían marchado, o al menos eso creía.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Yo trabajo aquí, ¿o no te has enterado?

Al muchacho le dio la impresión de que Soto había

bebido. Probablemente había ido a celebrar el resultado y después se había acordado de que en el almacén había quedado solo Guillermo. La situación era propicia para darle una buena paliza.

—Será mejor que te vayas —aunque intentaba aparentar tranquilidad, no las tenía todas consigo.

—¿Y quién me va a echar? ¿Tú?

Poco a poco, el valenciano fue aproximándose. Guillermo lo oía hablar, pero el discurso, incoherente y distorsionado, no le interesaba. Desconfiaba de su compañero como podía hacerlo de una serpiente. Antes de que el adolescente pudiera reaccionar, Soto se había adueñado de un listón redondo de un metro de longitud y se dirigió hacia él con rapidez para golpearle. Apenas tuvo tiempo de girarse un poco para evitar recibir el golpe en el rostro. Su brazo recibió la fuerza del impacto. Su oponente comenzó a descargarle golpes de forma indiscriminada. El muchacho se protegía la cara con los brazos. Salió corriendo, siendo perseguido por aquel hombre enloquecido.

—¡Corre!, ¡corre! No hay nadie que te pueda ayudar.

Guillermo pudo llegar a la zona de taller. Se escondió tras unas maderas. Oía llegar a su enemigo quien se aproximaba con lentitud, dando palos en las máquinas, intentando asustarlo.

—¿Te pensabas que llegarías aquí, te reirías de mí y te quedarías tan tranquilo? Eso no va así muchacho.

Ahora comenzaba a entender el adolescente que aquel compañero no acababa de estar bien del todo. Su ofuscación parecía ir más allá del resultado de una combinación de rabia y de alcohol. La obsesión que había tomado por él era enfermiza, eso resultaba evidente. Sin embargo, la situación era desesperada. La locura del valenciano resultaba difícil de

apaciguar.

De repente se hizo la luz en el local. Ahora quedaba al descubierto fácilmente.

—¡Ya te veo muchachito! —le dijo con sorna.

Guillermo se levantó rápidamente pues el lunático se había abalanzado sobre él. Apenas pudo coger una plancha de madera que hizo servir de escudo. Soto no paraba de golpear. Uno de los golpes le dio en los dedos, provocándole un dolor muy agudo. La madera se le escapó de las manos, quedando indefenso. Pronto recibió otro golpe en el hombro y en la cabeza que lo dejó semiinconsciente. Una vez en el suelo, comenzó a recibir golpes. Soto lo estaba pateando con rabia. El dolor era insoportable. Pronto el adolescente perdió el conocimiento.

* * *

—¿Qué ha pasado? —Notaba dolor y pinchazos en muchas partes del cuerpo, aunque parecían estar un tanto atenuados.

—¡Hijo mío! —Era la voz de su madre— ¿estás bien?

No sabría decir si aquello era estar bien. Sentía todo el cuerpo dolorido. Notó que tenía la cabeza vendada y la mejilla inflamada. Comenzó a recordar a su compañero enloquecido persiguiéndolo por el taller y golpeándolo. No entendía cómo podía estar vivo.

—Fue aquel compañero, Soto.

—Lo sabemos —le dijo Helena—. Mario te salvó la vida. Él llegó a tiempo, antes de que aquel loco te matara.

—¿Mario?

—Sí. Al parecer tuvo una intuición y volvió al taller. Llegó a tiempo para evitar que aquel hombre te matara.

—¿Dónde está Soto?

—Ha desaparecido. Se largó después del enfrentamiento con Mario. No ha vuelto al trabajo.

Poco después, Mario le contaría que, cuando se habían ido todos, vio como Soto dirigía una mirada suspicaz hacia Guillermo. Ello le hizo sospechar, así que, cuando encontró a sus compañeros y vio que el valenciano no estaba con ellos, intuyó que había vuelto al almacén con fines nada pacíficos.

Poco tiempo después recibió la visita de Lena y, si había algo que pudiera hacerle recuperarse con más rapidez, era su amiga. Pronto desaparecieron la mayor parte de sus males y su situación dejó de parecerle dramática.

Lena lo acompañó en su convalecencia sustituyendo en sus cuidados a su madre. Al mismo tiempo le informaba de todo lo que estaba sucediendo. La impresión era que todo el mundo había despertado de repente presentando las credenciales para un posible conflicto. Para Guillermo, el mundo y la sociedad pasaban por el tamiz de la interpretación que hacía Lena. No dejaba de maravillarse por su discernimiento y compromiso.

Valoraba la cultura y conocimiento que observaba en la muchacha, en contraposición a su ignorancia general. Ello le había generado la necesidad de saber, de aprender. Tenía la sospecha de que para Lena no era tan importante el aspecto físico de los demás como la capacidad de discutir, de razonar y de comprometerse ante las necesidades del momento. Ella le había pedido que la acompañara y en aquellos momentos venían de escuchar a Durruti en el Gran Teatro de Barcelona. Todavía resonaban en la mente de un fascinado Guillermo las palabras del anarquista:

«No hemos venido aquí para conmemorar el día en que unos nuevos señores han subido al poder. Estamos aquí para decirles a esos señores de los partidos de izquierda que su victoria electoral nos la deben a nosotros. La CNT y los anarquistas se han echado a la calle el día de las elecciones. Así se ha impedido un golpe de Estado por parte de los representantes de los ministerios y las autoridades, que en ningún caso querían respetar la voluntad del pueblo».

—Ese hombre es increíble. Al movilizarse la CNT pudo ganar el pueblo, y con él la paz.

—¿Estás seguro Guillermo? Mucho me temo que el ejército no se quedará tan tranquilo. Hay demasiada tensión en el ambiente.

El muchacho, que sabía de la agudeza de su compañera, no pudo menos que intranquilizarse ante aquella sentencia. Tenía la sospecha que pudiera convertirse en toda una profecía.

CONSULTA NOCTURNA

Febrero, 1940

—Le entiendo.

—Entenderá que me estoy arriesgando con esto.

—August me comentó que usted le salvó la vida, a él y a su familia.

—En efecto.

—Y que es republicano —le dijo dirigiéndole una mirada escrutadora.

—Así es —respondió Carles acompañando la expresión con un movimiento de cabeza.

Había recibido la llamada el día anterior. Coincidió en un momento en que se hallaba solo en el local que hacía las veces de oficina. Hamed estaba realizando su servicio de guardia vigilando al profesor Juan Fonseca. Hasta el momento no habían notado nada sospechoso y el letrado actuaba con aparente normalidad. En algún momento Carles se preguntaba si no habría errado en el diagnóstico. Sin embargo, una vocecilla en su interior le espoleaba y animaba a seguir con la vigilancia. Aquel era un consejo que el republicano pensaba seguir.

Ernesto había salido hacia media mañana, seguramente a requerimiento de sus superiores en el ejército. Eso era algo

que al policía no le interesaba demasiado. Cuando observó que estaba solo en la habitación, se sentó en una silla y comenzó a darle vueltas a los extraños sucesos que le habían ocurrido. El hecho de vivir y sentir los últimos momentos de Helena le creaban un cierto desasosiego. Aquellos hechos habían coincidido en lo general con el sueño que había tenido con anterioridad, sueño que había unido la suerte de dos cadáveres: el de Helena y el de Dolors.

En aquellos momentos recordó las palabras que Josefa, la abuela de Lucía, le dirigiera hacía seis meses: «En la vida todos estamos unidos de una u otra forma. Son como lazos invisibles que nos retienen. A veces la ausencia de una persona nos lleva a conocer a otra que nos abre nuevas puertas, nuevos caminos. Cada decisión que tomamos implica dejar de tomar otras. A menudo nos sorprenden nuestras propias determinaciones, pero ignoramos que aquella persona que conocemos, probablemente la hemos conocido anteriormente, incluso en otra vida, y con ella compartimos un trozo del camino que nos queda por recorrer». Se preguntaba si las vidas de Helena y de Dolors estaban unidas de alguna manera, si Ernesto y él mismo estaban destinados a encontrarse, y a compartir aquellas aventuras en común. La lógica le decía que aquel determinismo resultaba difícil de creer, pero algo en su interior le apuntaba la posibilidad de que tal vez hubiera algo de verdad en aquellas afirmaciones.

Fue en ese momento cuando sonó el teléfono. Era August quien le dio un nombre y una dirección. También le dio una hora de contacto y un consejo para ser seguido si quería tener éxito en su empresa: debía ir solo.

Y allí estaba, en un piso del Eixample barcelonés sufriendo el escrutinio que le realizaba Joan Foix Camila, médico traumatólogo, hasta hacía unos meses, trabajador del Hospital

Clínic de Barcelona. Le había hecho pasar a su despacho, mientras su mujer leía un libro sentada en un sillón del comedor. Una vez asolas, le había invitado a sentarse en una silla. Carles lo observó con interés: su aspecto recordaba un poco al de Trotsky en edad madura. Tenía un cabello canoso un tanto revuelto. Un frondoso bigote, una perilla y unas lentes redondas le asemejaban al pasional revolucionario.

—Resulta cuanto menos curioso que pueda seguir ejerciendo su profesión en esta época.

—Supongo que me creen necesario.

—Algunos de los mejores médicos del momento se hallaban en el Hospital Clínic y muchos de ellos perdieron su puesto de trabajo o tuvieron que desaparecer huyendo de las represalias. En su puesto han puesto monigotes que no saben un pimiento de medicina, pero saben cantar muy bien el «cara al sol».

—A lo mejor para ellos representa un avance científico.

—Rece usted por no caer en sus manos. Pueden hacer una escabechina.

—Intentaré no coger un resfriado.

—El Clínic comenzó atendiendo pacientes de clases populares, personas que no podían permitirse el lujo de pagar un médico. Al principio, ni siquiera los médicos cobraban —el doctor parecía haberse lanzado en un improvisado y sentido discurso—. Poco a poco fue atrayendo facultativos prestigiosos. ¿Sabía que fue allí donde se introdujo el uso de electrocardiogramas para el diagnóstico de enfermedades cardíacas?, ¿sabía que fue el primer hospital de Europa donde se inyectó insulina a un paciente de diabetes?, ¿o que se mezcló por primera vez la sangre de los donantes, del mismo grupo sanguíneo, para hacer transfusiones en el frente?

—No. No sabía nada de eso.

—Se salvaron muchas vidas con esas innovaciones. Se llegó a crear una sala de operaciones móvil en un vehículo Renault. Y ahora, aquí estamos —dijo señalándose a sí mismo—. Los que no nos hemos ido, sobrevivimos trabajando para clínicas privadas. Se nos veta la posibilidad de continuar ejerciendo para la administración. Claro que, teniendo en cuenta la situación actual, al menos podemos contarlo.

—No queda de otra que ser pragmático en estos momentos.

—¿Y usted es pragmático señor…?

—Gil, Carles Gil. Me imagino que no tengo más remedio.

—Supongo que se trata de eso. No hay más remedio que hacer lo que nos piden. Y ahora usted me pide que le informe de una paciente que llegó al hospital en julio de 1938, si no lo entiendo mal.

Carles pasó a explicar las circunstancias de la muerte de Helena. El facultativo prestó atención acompañando las explicaciones con ligeros gestos de asentimiento.

—¡En efecto! Yo estaba de guardia aquel día. Recuerdo cuando trajeron el cuerpo.

—¿Recuerda algo en especial?

—No demasiado. Solo que era una chica hermosa, demasiado para morir aquel día. Por desgracia, de eso hemos tenido bastante en estos tres últimos años.

—¿Ya llegó muerta al hospital? —preguntó el republicano que quería saber los detalles concretos y no estaba dispuesto a perderse en elucubraciones.

—¡Sí! Ingresó cadáver con un corte mortal en el abdomen.

—¿Tenía alguna otra herida?

—Había sido golpeada. Tenía heridas fruto de golpes en la cara. También tenía alguna costilla rota. Seguramente la

debieron patear cuando cayó a tierra.

Carles no pudo evitar realizar un gesto de dolor. Recordó haber sentido los golpes y como había notado que algo se rompía en su interior.

—¡Las manos! —exclamó— ¿tenía alguna herida en las manos?

El médico lo miró extrañado. A continuación, contestó:

—Tenía algunos dedos aplastados, como si se la hubiera pillado con un cajón. De todas maneras, no creo que fuese un accidente. El golpe era demasiado fuerte. Por cierto… ¿Cómo sabía que se había golpeado la mano? ¿Leyó algún informe?

—Tuve una intuición.

—Resulta usted un personaje cuanto menos curioso. Pregunta por una persona que falleció hace ahora año y medio y parece conocer datos de manera intuitiva.

—¿Sabe dónde fue enterrado el cuerpo? —Carles seguía con el guión prefijado.

—Lo ignoro. Si no recuerdo mal, me dijeron que unos amigos se lo llevaron para enterrarlo, pero no sé nada más.

—¿Unos amigos?, ¿no sería su hijo?

—Ya le digo que hace tiempo y, además, no estuve presente en ese momento, pero un compañero me comentó de unos amigos. No me dijo nada de que tuviera un hijo.

—¿Hay posibilidad de hablar con ese compañero?

—Tanta como de visitar el infierno.

—¿Es un acertijo?

—No. Fue fusilado el mes de octubre. Estamos en una época en que los asuntos se resuelven de manera muy expeditiva.

—¿Quiere decir que había tenido alguna significación política durante la guerra?

—Quiero decir que alguien aprovechó para acusarle de

algún crimen que no había cometido, por otros motivos que no tienen nada que ver con la política.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque quien le acusó ahora está casado con su mujer. Era una manera fácil de deshacerse de un marido molesto.

—Entiendo —el republicano pensó que la guerra había dado cobertura a todo tipo de crímenes—. ¡Pobre hombre!

No sufra por él. No se lo merece. Créame que ahora seguramente su mujer vivirá más tranquila.

La tranquilidad con la que realizó aquella afirmación sorprendió un tanto al policía. El galeno se ajustó las lentes y lo miró fijamente. Carles se sentía visiblemente observado y, extrañado, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada. Quería examinarlo mejor.

—No lo entiendo.

—Quería saber qué aspecto tenía. Este último año he pensado bastante en usted.

Si la actitud del médico era extraña, aquello sonó más singular todavía.

—¿Cómo puede haber pensado en mí si no me conocía?

Una sonrisa apareció en el rostro de Joan.

—Yo esperaba verlo aparecer preguntando por otra persona, investigando otra situación que me parece que le afecta más. La verdad, me sorprendió que preguntara por un caso que no guarda relación con usted.

—Creo que me he perdido. ¿Hay algo que debiera saber?

—Usted es Carles Gil, policía, y su mujer se llama Dolors, ¿me equivoco?

Carles sintió una bofetada de aire caliente al oír el nombre de su mujer. Era lo último que hubiera esperado. Notaba que, de repente le faltaba el aire. Intentó mantener la calma y el

tono.

—¿Acaso también tiene usted intuición?

—No. Carezco de ella —dijo mientras se levantaba y se aproximaba al escritorio—. Yo me baso únicamente en los hechos. Tengo espíritu científico.

—¿Qué sabe usted de mi esposa? —El tono de voz había cambiado. Ahora había en él un indudable tono de urgencia aderezado con una capa de exigencia.

—Realmente no sé nada, pero creo que esto es para usted.

Y del cajón del escritorio sacó un sobre, un sobre que estaba abierto.

Dentro había una nota de Dolors.

UNA NOTA DESESPERADA

Febrero, 1940

Anna Ferré o Carles Gil:

No sé quien recibirá esta nota. La escribo con urgencia en un lugar escondido. Me han estado siguiendo y, por lo que me dicen, mi vida corre peligro. No tengo mucho tiempo, pero me veo en la obligación de escribir estas letras que enviaré con Samuel, un monje y persona de confianza.

Lena me vino a buscar. Me dijo que Guillermo corría un serio peligro. No podía hacer otra cosa que ir en su ayuda pues ella sola no podía. No pude negarme. La situación es desesperada. Era cuestión de vida o muerte.

Pero ahora me han dicho que me han venido siguiendo. Por eso envío esta nota para avisarte, Anna, de que vigiles pues al parecer se trata de un sujeto muy peligroso. Todo el mecanismo se ha puesto en marcha y ahora no hay posibilidad de retroceder. He de partir con ellos. A la vuelta hablaremos y decidiremos qué hacer.

He puesto el nombre de Carles en el encabezado

pues no sé a quién encontrará Samuel. Ya le he dado instrucciones de que si no te encuentra busque a Carles. Alguien tiene que avisaros del peligro que corréis.

Pronto estaremos juntos otra vez.

Dolors Queralt

Aquello era tan sorprendente como preocupante. Sin darse cuenta, a medida que Carles avanzaba por la lectura de la nota, las lágrimas regaban su rostro. No pudo ni quiso evitarlo. El doctor mantuvo un discreto silencio.

—¿Cómo pudo ser?, ¿cómo llegó esto a sus manos?

—Fue una noche de enero, ahora hace un año. Yo me hallaba de guardia cuando trajeron el cuerpo de un hombre totalmente inconsciente. Había recibido una paliza. La suerte fue que no muriera a causa de ella.

Carles no osaba interrumpirlo, intentando analizar las consecuencias que se derivaban de las palabras del médico. Este continuó:

—Pudimos estabilizarlo y salvarlo de la muerte, pero no pudimos hacerle volver a nuestro mundo.

—¿Qué quiere decir?

—Permanecía en coma, en un sueño profundo del que no despertó. Sus ropas fueron llevadas a lavar. Un trabajador, con el que tengo cierta confianza, me trajo este sobre. Me comentó que lo habían encontrado escondido en un bolsillo interior del abrigo. ¡Prácticamente imposible de encontrar!

—¿En qué zona se encontró el cuerpo?

—En la zona del Barrio Gótico. Parecía ir hacia el Born.

—¡Dios mío! Hacia mi casa.

—¿Usted vive en el Born?

Carles afirmó con la cabeza. Mantenía los labios apretados imaginando la situación.

—¿Y Anna Ferré es…?

—Mi madre, de la que no sé nada desde enero del año pasado.

—¿Encontró a su mujer?, pues…, imagino que ella es su mujer.

—Ella murió en enero del año pasado, fruto de un bombardeo. —¿Está seguro?

—¿Qué quiere decir?, ¿sabe usted alguna cosa?

—Como le he dicho anteriormente, yo baso mis conclusiones en los hechos que conocemos y, no negará usted, que aquí se presenta una situación cuanto menos digna de estudio.

La pasividad y frialdad con la que analizaba los hechos alteraba a Carles quien, sin poder evitarlo, alzó la voz.

—¿Y qué hechos quiere que analice?, ¿por qué mi mujer fue una noche de enero al puerto sin decir nada a nadie?, ¿por qué quiso ayudar a una muchacha a la que apenas conocía?, ¿por qué la perseguía alguien? —De repente se dejó caer en la silla y se llevó las manos a la cara—. ¡Dios mío!

—¿Se encuentra bien? —dijo con evidente preocupación el doctor.

—Es probable que mi mujer y mi madre hayan muerto a manos de un asesino. Por eso no sabía nada de ellas.

El golpe era demasiado fuerte para poder asimilarlo rápidamente. La misiva dejaba al descubierto muchas cosas: que había aspectos de la vida de Dolors que desconocía, que se había jugado la vida por salvar a Guillermo de algún misterioso peligro, que su madre también había estado en peligro y que, probablemente a causa del muchacho, ellas

habían perdido la vida. Ahora comprendió que la resolución del misterio de Guillermo comportaba el descubrimiento de la situación en las últimas horas de su esposa y de su madre. Otra vez, aquellos lazos invisibles que le anunciara Josefa volvían a unir el destino de las personas a las que amaba con el de aquellos que investigaba.

Poco a poco fue asimilando la situación. Ahora comenzó a entender por qué no había recibido noticias de su madre. Recordó el comentario de la señora Engracia: «Dejó su maleta. Estaba alerta, como si alguien la siguiera». Su madre ya debía estar prevenida. Lo curioso era que el aviso nunca le llegó. Por lo tanto, tuvo que avisarla alguien más o, probablemente, ella debió sospechar algo. Intentó averiguar algo más al respecto.

—Este hombre, Samuel, ¿todavía se halla en el hospital?

—Lo desconozco. Cuando fui dado de baja del personal médico, todavía se hallaba allí. No sé qué debe haber pasado con él.

—Necesito verlo. Es posible que haya despertado y recuerde qué pasó aquella noche. Por cierto, ¿recuerda usted la fecha con exactitud?

—En efecto: fue el veintidós de enero. Lo recuerdo porque los aviones bombardearon el puerto de manera salvaje. Fueron cuatro días de bombardeos intensos. Estaban preparando la entrada de los nacionales a la ciudad.

—¡Malditos cabrones! ¡Hatajo de cobardes! —exclamó Carles pensando que Dolors era una más en la larga lista de víctimas de aquellos verdugos alados.

—Perdone. Por un momento no había pensado que su mujer…

—No tiene que disculparse. Es que no puedo evitarlo. Son demasiadas cosas las que ignoraba.

—Nunca imaginé esa situación —le dijo con una voz más modulada—. Yo quería creer que ese desesperado grito de socorro hubiera tenido alguna respuesta y que usted hubiera llegado a tiempo de socorrerla. No sabe cómo lamento el triste desenlace.

—¿Cómo podré saber dónde se encuentra el tal Samuel?

—No se preocupe. Hablaré con August y él le dirá alguna cosa. Ya se pondrá en contacto con usted. No eran pocos los que conocían la situación de Samuel, el cura, no será difícil averiguar si sigue en el hospital.

Se despidieron de forma más efusiva y amigable. Parecía que el doctor intentaba subirle el estado anímico con un cálido apretón de manos, pero resultaba una empresa totalmente inútil en aquel momento. Carles fue deambulando por las calles, intentando condensar en su mente todas las consecuencias que se derivaban de aquellas informaciones. Sentía que necesitaba fumar un cigarro.

Hacía meses que no fumaba y ahora el cuerpo se lo pedía de manera desesperada.

Bajó por el paseo de Gracia que todavía permanecía débilmente iluminado. Poco a poco, la ciudad parecía volver a un estado de cierta normalidad, aunque para el policía, aquella normalidad se asemejaba un tanto al estado de coma en que se debía encontrar Samuel. No recordaba haber oído hablar a Dolors de ningún monje. Además, solo la condición de religioso en zona republicana, ya lo ponía en peligro…, y a ella también.

A su mente vinieron recuerdos de los primeros días de la guerra donde se ejerció una violencia indiscriminada contra todo lo que tuviera un aire eclesiástico. La violencia se ejercía tanto contra los religiosos como contra los edificios católicos cuyas llamas iluminaron algunos de los días más negros de la

República. Aunque Carles tenía una vena anarquista deploraba aquella violencia gratuita. Había que cambiar las cosas, pero probablemente aquella no era la mejor manera de hacerlo.

Sumido como estaba en sus pensamientos no fue consciente, hasta que pasó por delante de la catedral, de que se hallaba en el Barrio Gótico, el mismo donde fue atacado Samuel. Ahora ya utilizaba aquel nombre con la familiaridad que da la de saber que había intentado ayudar a Dolors en sus últimos momentos. El hecho de saber que su mujer era seguida por un asesino le hizo pensar en el individuo que le había estado espiando y que, incluso, había intentado abrir su apartamento.

—¡Cigarros!, ¡tengo cigarros!

Carles se giró hacia el individuo en cuestión ya que su deseo de fumar no había disminuido. Se encontraba a unos cincuenta metros de distancia, cerca de la Plaza de la Constitución donde se hallaba el Palacio de la Generalitat. Era un individuo bajito que llevaba una caja de madera sujeta con dos cintas que pasaban por detrás de su obeso cuello. De aquella manera, el peso de la caja no descansaba en sus brazos. Su aspecto mostraba cierta dejadez, que se apreciaba tanto en los andrajos que llevaba puestos como en su rostro. Una barba de tres días se mostraba tímida en su cara. Iba despeinado. Evidentemente, pensó Carles, no eran horas para ir de paseo.

—¿Qué tabaco tiene?

—Me queda un *cuarterón*, unas *cajetillas* o, si quiere, tengo *caldo de gallina*.

—Deme unos Ideales —era la marca a la cual llamaban *caldo de gallina* porque eran de más calidad y sentaba como la gallina en la sopa en época de racionamiento.

Mientras pagaba, una idea se abrió paso en su mente.

—¿No tendrá tabaco extranjero?

—Puedo conseguirlo. ¿Cuál preferiría?

—¿Puede conseguir Gitanes Maïs? —preguntó recordando la colilla que encontrara junto a su casa.

—¡Vaya! Parece que se ha puesto de moda. Vendí el que tenía esta mañana. Pero puedo conseguirle otro.

—Dicen que por lo que fuma se puede conocer a la persona.

—No siempre es así, no crea.

—¿Vende mucho Gitanes?

—De Gitanes se vende más en el puerto. Pero Gitanes Maïs es muy raro de vender aquí. Solo tengo un cliente que lo consume.

—Y ese cliente…, debe ser un pájaro nocturno como yo.

—La verdad es que lo veo más de noche que de día, pero no se parece a usted. Al principio me llamó la atención porque llevaba gafas oscuras.

—¿También de noche?

—Por eso me sorprendió. Hasta que me di cuenta de que era por la herida.

—En estos tiempos todos tenemos alguna herida. La guerra acabó hace poco.

—Pero este tenía un boquete en el lugar del ojo derecho. Un día que se quitó las gafas me sorprendí. No vea el genio que gastó.

—Ya veo que no nos parecemos —dijo encendiendo un pitillo.

—No. No alzó mucho la voz, pero tenía un brillo extraño en el otro ojo. Hay veces que es mejor permanecer callado. Nunca sabes con quien te las gastas. ¡Y que conste que le vendo porque es un buen cliente! —Entonces se detuvo. Pareció darse cuenta de que hablaba demasiado—. ¡Oiga!,

¿acaso es usted policía?

—No, nada de eso. Siempre me ha interesado la gente que fuma lo mismo que yo.

—Pues, con un poco de suerte en un par de días tendré el tabaco.

—¿Estará aquí?

—Bueno. Voy por el Gótico y por el Born también. Otras veces al puerto, pero sí, aquí estaré.

Carles expulsó el humo dibujando aros en el aire. Se marchó y tras él quedó la solitaria presencia de unos círculos de humo que se deshacían y desaparecían en la humedad de la noche.

EL PALACIO DE HIEDRA

Mayo, 1936

Fásaitrideante la evidente sorpresa de Lona, Guillermo la había invitado a realizar una caminata por terrenos poco habituales, pero no por ello desconocidos para ella. Al principio parecía un simple paseo, pero a medida que se alejaban del Guinardó y se adentraban en terrenos más rústicos y elevados, la sorpresa había ido apoderándose de la muchacha. Las calles, ordenadas y arregladas, dieron lugar a un paisaje más anárquico y silvestre manifestando un evidente abandono. La vegetación se adueñaba de aquellos restos de la civilización como si quisieran hacer una ofrenda al olvido de antiguas manifestaciones de soberbia humana.

Llegaron a un edificio señorial, semioculto por las zarzas y la hiedra. Una verja de hierro mostraba indicios de oxidación. Guillermo sacó una llave del bolsillo y abrió la cancela.

—¿Cómo te has hecho con la llave?

—Tengo un amigo que custodia la llave. Hay un vigilante que se encarga del cuidado del edificio. Por lo visto ha cogido una pulmonía y me ha encargado la supervisión de la casa. En cierta manera, ahora soy el propietario.

—Lo conozco. A veces va por el local de la FAI, Le he oído comentar que vigilaba que nadie destrozara la casa.

—Pues no sé si hace bien su trabajo porque la casa deja que desear —dijo Guillermo acompañando el comentario con el brazo, poniendo en evidencia el manifiesto deterioro de esta.

—¡Guillermo!, ¡eso no está nada bien!

—Ni nada mal. Ahora te la enseñaré. Pensé que te gustaría.

Pudieron ver el jardín donde multitud de plantas batallaban entre ellas para conseguir su dominio en el recinto. A pesar de los años transcurridos desde que dejara de estar habitada, todavía se podía apreciar el trabajo laborioso realizado por jardineros de prestigio. Se podían ver trazadas las guías y limites que separaban las zonas ajardinadas del camino. Las plantas originarias habían quedado superadas y dominadas por otras más salvajes, capaces de vivir en cualquier entorno. Unos elaborados regueros, a modo de pequeñas acequias rodeaban los grupos de matojos que habían degenerado en maleza. Los árboles, entre los cuales Guillermo pudo distinguir algunos pinos y acacias combinados con otros de aire más tropical, habían crecido de manera anárquica, creando un juego de luces y sombras que se extendía a lo largo del terreno. Al fondo, la vivienda se mostraba, en parte, engullida por la hiedra.

—Todo un palacio para mi princesa.

—El palacio de hiedra —contestó ella con una mirada un tanto perdida.

Entraron en la vivienda donde amplios salones y sombrías habitaciones daban muestra de una antigua época de esplendor ya superada.

—Vigila donde pisas.

—Es que aquí no hay mucha luz.

—Eso lo arreglo en un momento —dijo Guillermo

acercándose hasta un ventanal que abrió con un escandaloso chirrido.

—¡Vigila! ¡No armes ruido! —exclamó Lena, un tanto temerosa.

—¿Y quién nos va a oír aquí? Por aquí no pasa nadie.

—Pero nunca se sabe quién te puede estar escuchando.

—Evidentemente, aquí nadie. Podemos hablar y gritar si queremos.

De repente, Guillermo comenzó a gritar.

—¿Hay alguien aquí?

—¡Para! No grites.

Lena se abalanzó hacia él intentando taparle la boca. El muchacho le cogió la mano, se giró y le besó en la boca. Ella no opuso resistencia y se abrazaron. Continuaron besándose apasionadamente. Las manos de él recorrían con ansia su cuerpo. Ella notaba unas pequeñas descargas eléctricas que no hacían otra cosa que aumentar[1] su deseo. Los dos realizaron una improvisada y apretada danza en medio del salón. Lena acompañó los movimientos de Guillermo con un sensual baile. El muchacho intentó desabotonar el vestido.

—¡No! ¡Para! —susurró ella.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo estoy.

—Entonces ven —le dijo cogiéndola del brazo—. Voy a enseñarte algo.

Guillermo la acompañó hasta el salón. Una vez allí corrió una cortina y abrió unos portillos de madera. Poco después contemplaban el paisaje del atardecer a través de un ventanal. Se habían podido sentar en un sofá señorial, después de quitar la sábana que lo tapaba. Las sábanas tapaban los muebles para retardar el inevitable deterioro, pero generaban un ambiente decadente y lúgubre. En ese momento el muchacho notó que

Lena temblaba ligeramente.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Es esta casa. Tengo la sensación de que aquí hay alguien.

—No seas tonta. Te aseguro que aquí no hay nadie.

—No me refiero a eso. Existe la leyenda de que un espíritu habita la vivienda. Por eso, dudo que mucha gente se atreva a entrar aquí.

—Ahora sí que me dejas asombrado. No pensaba que creyeras en fantasmas.

—¿Conoces la historia de esta casa? Es un tanto tenebrosa.

—No. No la conozco. ¿Por qué no me la explicas? Me encantan las historias de terror —respondió Guillermo, sentándose a su lado en el sofá y pasando el brazo por detrás de sus hombros.

—Hace bastantes años vivía aquí una familia burguesa. Estaba formada por un matrimonio y sus dos hijos, un chico y una niña más pequeña. El padre era de familia acaudalada y había heredado muchas tierras. La venta de algunas propiedades le proporcionó bastante dinero que invirtió en esta casa, ampliando el terreno, creando unos jardines magníficos e instalando todo tipo de comodidades. ¡Hasta tiene un ascensor! No solo era un hombre rico, sino que debía demostrarlo.

—¡Cómo tiene que ser! —dijo el muchacho con evidente ironía.

—Ese afán de figurar —siguió Lena haciendo caso omiso del comentario—, le llevaba a organizar grandes fiestas a las cuales invitaba a la flor y nata de la burguesía catalana. No era raro que algunos políticos de la capital se dejasen caer por su casa durante su estancia en Barcelona.

—No sé por qué no me extraña. El dinero y el poder siempre van de la mano.

—El caso es que, en una de aquellas famosas fiestas sucedió una tragedia. El muchacho, un chico de unos quince años, al parecer tenía el encargo de vigilar a su hermana mientras sus padres atendían a los invitados. Por lo visto era bastante imprudente e irreflexivo. En aquella fiesta se encontró con otros amigos y se fueron a fumar al sótano de la casa. —Guillermo permanecía atento a aquella historia, casi hipnotizado—. En un momento determinado la madre comenzó a preguntar por su hija. No la encontraban. Comenzaron a buscarla y descubrieron que su hermano no había estado con ella.

—¿La encontraron?

—Muerta. Se hallaba boca abajo, ahogada en una balsa que se halla en el jardín trasero de la casa. La niña no debía tener más de ocho años. Al parecer se había caído, se había golpeado la frente y había perdido el conocimiento.

—Pobre niña. ¡Tan pequeña!

—Ahí no acabó todo. A partir de aquel momento, dicen que el aire de esta casa pareció enrarecerse. Los dueños dejaron de realizar fiestas y la gente dejó de venir. Todo quedó en un estado de abandono. Comentan que la madre no quería ver a nadie. Llegó un momento en que apenas comía. Acabó por enloquecer y perder el habla. Su aspecto cambió completamente, hasta que un día…

—¿Qué pasó? ¡Sigue!

—Apareció muerta en la balsa donde había fallecido la hija, ahogada. Dicen que se suicidó. El padre mandó construir dos estatuas, una a cada lado de la balsa para recordar a su mujer y su hija. Poco a poco parece que fue perdiendo la razón. La situación fue de mal en peor. Hasta los criados,

incapaces de soportar la situación, fueron dejando el servicio, uno tras otro.

—Una historia muy triste.

—Pero esto no acaba aquí. El muchacho, desesperado, no dejaba de culparse por la situación. Un día se fue. Me comentaron que al extranjero. Nadie más lo ha vuelto a ver.

—¿Y qué fue del padre?

—El padre cayó en una depresión y, finalmente, abandonó la casa. Una vez oí decir que a otra casa más pequeña de su propiedad. Ya hacía tiempo que había perdido el papel que había tenido entre la élite de Barcelona. Me dijeron que desde entonces vive en la más completa austeridad.

—Cumple su penitencia.

—Eso creo yo. Es una manera de purgar la culpa que debe creer que tiene.

—Pero eso no quiere decir que la casa esté encantada —musitó Guillermo.

—Hay quien dice que se le ha aparecido el fantasma de la niña. Algunas personas dan un rodeo por no pasar por delante de la casa. Otras comentan que han visto luces en el edificio cuando se supone que no debía haber nadie. Hay quien explica que, si estás en los alrededores, puedes oír ruidos, como el discurrir del viento.

—Pero eso no es extraño.

—Lo es si hace un día soleado y sin brisa. En cierta ocasión, un viajante, que al parecer entró en el jardín, comentó que oía como alguien, una niña, le susurraba cosas al oído. Tenía los ojos cerrados y los abrió sobresaltado, esperando encontrar a la dueña de aquellas palabras.

—¿Y…? —preguntó el muchacho evidentemente intrigado ante la pausa que había realizado su compañera.

—No había nadie. De repente le pareció oír un chapoteo y

unas risas, como las de una madre con su hija. Se aproximó al lugar del origen del ruido, una balsa a cuyos lados había dos estatuas: la de una mujer y una niña. Pero allí no había nadie. Sin embargo, le sorprendieron dos cosas.

—¡Venga!, ¡sigue! —Guillermo manifestaba su impaciencia ante las pausas realizadas por su compañera para mantener la atención.

—La primera era que el aire en aquella zona le parecía diferente. Dijo que había una extraña combinación. En un momento olía a flores: creyó distinguir un olor a lirio, jazmín y rosas. Sin embargo, al instante, aquel agradable olor se transformaba convirtiéndose en algo desagradable y pútrido, como el olor de un animal muerto. Aquello lo desconcertó y lo asustó. Notaba una amenaza en el ambiente, como si hubiera interrumpido un momento mágico.

—¿Y la segunda cosa que le asustó?

—La segunda fue que el agua de aquel estanque se movía de una manera especial, como si alguien la removiera con sus manos.

—¿Y cómo acabó la historia?

—El hombre salió corriendo, desesperado. Creo que no paró hasta llegar a la Ramblas. Desde entonces el vigilante asegura la puerta. Creo que él tampoco entra apenas.

En aquel momento se puso el sol y, desde su privilegiado mirador, pudieron asistir a tan bello espectáculo. Pero la historia de Lena había dejado asombrado e inquieto a Guillermo. Por un momento, tuvo la intuición de estar siendo observado. Ya no tenía la misma seguridad que manifestara aquella misma tarde. Antes de que se hiciera de noche, cerraron el ventanal y salieron de la propiedad abrazados, como si se estuvieran protegiendo de un enemigo invisible.

LA ÚLTIMA CITA

Febrero, 1940

—Tendrás que llevarte más comida —le dijo Dolors—. No te preocupes, ya es suficiente.

—Pero…, estás muy delgado.

—Mejor. Así será más difícil que acierten los fascistas.

Ella lo miró a la cara. Le pasó la mano un rostro que había cambiado en el tiempo que llevaban en campaña. Las arrugas en la frente estaban mucho más marcadas. La preocupación parecía su estado de ánimo habitual en las últimas semanas. En aquellos momentos, la inseguridad y el miedo eran sensaciones generalizadas entre la población de la ciudad. Sabían, por propia experiencia, que la muerte podía venir del aire en cualquier momento en forma de múltiples bombas lanzadas por algún frío e impasible piloto italiano o alemán. Los dirigentes franquistas veían en los bombardeos una manera de amedrentar a la población y de conseguir una victoria más rotunda.

A pesar de la necesidad, Carles no quería acaparar los alimentos pues era consciente de su escasez en la retaguardia. No deseaba privar a aquellos a los que amaba de un recurso necesario. Había estado observando a Dolors y era consciente del aspecto desmejorado que mostraba, así como de la pérdida

de peso que su cuerpo revelaba. La miró a los ojos y se perdió en ellos. Pensó que aquellos ojos eran su debilidad. Desde el primer momento siempre le habían subyugado. A veces, cuando pensaba en ella, era consciente de la suerte que había tenido. Su vida, sin duda, no tendría el mismo sentido si un día en Vic no hubiera quedado hechizado ante su presencia y se hubiera decidido a conversar con ella.

—Carles, yo…

Y él la besó. No hacía falta decir más. Los dos eran conscientes de que su vida estaba en continuo equilibrio bajo la fortuna incierta que ejercía la dama de la guadaña. Ni Carles ni Dolors podían asegurar que hubiera un próximo encuentro. Después del primer beso, otro, y otro más. Se besaron con pasión, no exenta de una cierta desesperación. Las manos del policía recorrían con avidez el cuerpo de su mujer. Le quitó el vestido que cayó al suelo decorando el enlosado. Ella le quitó la camisa con premura. Pronto estuvieron desnudos sobre la cama de la habitación del apartamento. Sus cuerpos buscaron el placer con gran fruición. Gozaron de la dicha de saber que ambos estaban unidos en aquel momento, pero con la aprensión de la incertidumbre que les reservaba el destino.

Tras el amor, la pausa. Permanecían desnudos, con piernas y brazos entrelazados. Ello les permitía relajarse, aunque no olvidarse del futuro inmediato.

—Mañana te irás —sentenció ella.

—No me queda otra —le apartó el pelo de la frente.

—Es posible que no nos veamos más.

—No pienses así. Te aseguro que volveré y estaremos juntos otra vez —le dijo mirándole a los ojos.

—Quisiera no pensar, pero…, ellos cada vez dominan más territorio.

—Gracias a la ayuda de los nazis y los fascistas italianos. Si no, ten por seguro que no habrían llegado hasta aquí.

—El caso es que han llegado y ahora…

—No te preocupes, los derrotaremos. Ahora parece que los franceses pueden cambiar de idea y ayudar a la República. Los nazis tienen los ojos puestos en los Sudetes, en Checoslovaquia. Si invaden el territorio pueden desencadenar una guerra.

—¿Y entonces…?

—Entonces, Francia e Inglaterra necesitaran aliados y replantearan la ayuda a la República.

—Carles, aunque así fuera, no se declarará la guerra en dos días. Me temo que lo que dices responde más al deseo que a la realidad.

—Ahora verás tú qué es lo que responde al deseo.

Carles comenzó a besarla. A pesar de la evidente preocupación, Dolors no pudo menos que sonreír. Sus manos comenzaron a recorrer sus cuerpos con ganas de responder a un placer que requería ser satisfecho y al que no querían renunciar.

* * *

Aquel había sido el último encuentro con su mujer. Lo recordaba como si hubiera sido el día antes. Todavía le parecía sentir su pecho bajo su mano o sus labios en su boca. ¡Tan presente la tenía en su mente! Nada en ella hacía pensar que tuviera un secreto que la relacionara con Guillermo o con un misterioso cura capaz de realizar encubiertas misiones.

Como no podía ser de otra manera, el sentido común de

Dolors se impuso a los anhelos de su marido. Ni Francia ni Inglaterra declararon la guerra a Alemania tras la ocupación de los Sudetes y, por tanto, España seguía empantanada en una guerra que iba devastándolo todo a su paso. Como temiera Dolors, aquella fue la última vez que se vieron. Nunca había imaginado el republicano que sus palabras se cumplirían como el resultado de una maldita profecía.

Mientras la luz de la tarde se filtraba en la habitación a través de una parca cortina, Carles recordaba aquellos momentos de septiembre de 1938 en que había gozado de un breve permiso que le había permitido disfrutar de su familia. De hecho, el policía, en aquel momento disfrutaba del grado de teniente y había sido requerido como testimonio de unos crímenes que habían tenido lugar. Un matrimonio había sido asesinado. Los cuerpos de la pareja habían aparecido con evidentes signos de tortura. Presentaban una herida punzante en el estómago hecha con algún estilete, concretamente con un cuchillo de trinchera como los que usaban los militares en la Primera Guerra Mundial. A partir de esa herida, el criminal había realizado un corte hasta llegar al corazón. Los habían abierto en canal. Más que un asesinato parecía un sacrificio que se realizara sobre un animal en un matadero. Aquellos asesinatos seguían la pauta de otros realizados en el verano de 1936 en los que tres jóvenes habían muerto con el mismo *modus operandi*. Carles pudo comprobar que, efectivamente, se debía tratar de la misma persona. En su investigación, de ello hacía un par de años, se había sospechado de un ciudadano francés de unos cuarenta años. El tesón y la constancia del policía habían hecho huir al sospechoso tras una ardua investigación.

Su mente presentaba una inquietud fruto de los descubrimientos realizados. Tan pronto se acordaba de Dolors

como volvía a los hechos acaecidos aquella misma mañana. Había tenido una larga conversación con Ernesto en la cual se habían puesto sobre la mesa los lazos invisibles que unían a Dolors con Guillermo. Tras la sorpresa inicial, su compañero fue consciente que la suerte de ambos estaba curiosa y trágicamente unida.

—¡Dios mío! —exclamó— ¡qué terrible casualidad!

—Alguien me dijo una vez que las casualidades no existen, son oportunidades para solucionar situaciones o realizar determinados cometidos.

—¿Quieres decir? —Le miró extrañado el nacional.

—Yo ya no sé lo que quiero decir. Solo sé que la muerte de mi mujer y la desaparición de mi madre pueden estar ligadas a la suerte de Guillermo.

—¿Y qué habías pensado hacer ahora?

—Mientras esperamos que nos confirmen el domicilio de Samuel y su estado, deberíamos encontrar pistas de Helena. No sabemos dónde fue enterrada, quienes eran sus amigos. De hecho, no hemos encontrado ninguna pista válida aparte de las que había en el informe. En cierta manera es como si no hubiera existido.

—A veces lo he pensado así. Resulta extraño. Es como si no tuviera pasado.

Efectivamente, habían hecho copias de la foto de Helena y apenas nadie la conocía. Ni en Can Tunis ni en Somorrostro. Únicamente aquellos que habían compartido vecindad habían podido reconocerla, pero su pasado se perdía en la bruma. Carles había dejado en manos de un confidente la tarea de buscar personas que la conocieran y pudieran aportar algo. El tiempo había pasado pero la red de información que había ayudado a crear el policía antes de la guerra todavía le era útil.

—Helena Seguí, todo un misterio —concluyó Carles.

—A medida que avanzamos en la investigación, tengo la sensación de que buscamos a otra persona.

—¿Pudiste ir al restaurante donde trabajaba?

—Estaba destrozado por las bombas. Me comentaron que hace tiempo que no ven a los trabajadores. Creen que los dueños debieron marcharse a Francia.

—Otra pista que se corta. Así va a ser difícil resolver algo.

* * *

Dos días más tarde, el sonido del teléfono alertó a los policías que se mantenían en un estado latente de alerta. Fue Ernesto quien cogió el teléfono para pasárselo a su compañero.

—¡Es August!

Con cierta premura Carles cogió el aparato. Al otro lado, August le fue poniendo al día en el asunto de Samuel, el cura. Al parecer, con posterioridad a la marcha del doctor Joan Foix, un hombre había venido a buscarlo. Por lo que decía, había seguido su rastro por todas partes. Se había quedado a su lado día y noche, se había ocupado de su alimentación y aseo. Gracias a ello había podido liberar un tanto a los médicos que lo cuidaban.

—Así, ¿todavía se encuentra en el hospital? —preguntó Carles.

—No. Ya no. Finalmente se lo llevó a su casa. Las camas y servicios de hospital son muy necesarias. Acabamos de salir de una guerra y se requieren muchos recursos para atender a la población herida, tanto civiles como militares.

—Pero ¿Cómo pueden dejar que una persona se haga

cargo de otra, totalmente inconsciente?

—Ya no estaba inconsciente. Y por si le sirve de algo, ese hombre era miembro de una asociación católica de una parroquia que se dedica a cuidar heridos de guerra.

Carles no pudo menos que dar un bote de alegría. ¡Por fin tendrían alguna información!

—¡Perfecto! Le podremos interrogar.

—Me temo que no va a ser tan fácil.

Una sombra de duda apareció en la mirada del republicano. Ernesto, que esperaba ansioso la nueva información, se inquietaba pensando que todo no iba a ser tan sencillo.

—¿Por qué?

—En primer lugar, parecía incapaz de decir nada, así como de recordar cualquier cosa. Estaba como ausente.

—¿Y después?

—¿Sabe usted arameo?

SAMUEL

Febrero, 1940

—¿Ha podido comunicarse con él?

—De forma muy escueta. Nos limitamos a las rutinas y los hábitos básicos de funcionamiento.

—Pero así ¿Qué sabe de él?

—Poca cosa —le dijo clavando en el policía una mirada triste y resignada—. Al principio lo acompañé en el hospital ya que estaba en coma. Cuando recuperó la consciencia comenzó a hablar en una jerga que fuimos incapaces de comprender. Un capellán, amigo mío, que me acompañó en una de las primeras visitas, dedujo que parecía hebreo. Finalmente pudimos saber que hablaba en arameo.

Tras la llamada de August, Carles y Ernesto habían recabado la información necesaria para localizar a Samuel, el cura. Con prontitud se dirigieron a una vivienda situada en Sarriá, concretamente en Vallvidrera, zona de veraneo de algunos barceloneses. Hamed fue siguiendo las indicaciones que le iba realizando Carles y, finalmente llegaron a una casa construida con piedra y ladrillo. Incrustaciones de cerámica decoraban parte de la fachada. Una reja forjada en hierro representando vegetación y otros elementos naturales se destacaba del portal de entrada. La casa mostraba un discreto

y apagado esplendor fruto de tiempos mejores. El republicano observó que los materiales estaban descuidados y que, el fulgor que podría haber mostrado en otra época no muy lejana, ya había dejado paso al olvido.

Llamaron a la puerta y un hombre que debía pasar de los sesenta, con una calvicie evidente y unos ojos tristes y grises les abrió. Tras las presentaciones, les hizo saber que se llamaba Antonio, pasaron al interior de la casa, a una sala que debía ejercer la función de cocina-comedor. Allí les había preparado un té sin que ellos lo pidieran y los acomodó en unas sillas que rodeaban una sencilla mesa redonda.

—Desde fuera la casa parece más señorial pero dentro…

—Posiblemente desde fuera todos parecemos una cosa y por dentro somos bien diferentes.

—En eso tiene usted razón —dijo Ernesto que deseaba entrar a preguntar de manera directa y a veces le desesperaba que Carles diera vueltas antes de comenzar un interrogatorio.

—Si quieren saber la causa les diré que, al principio de la guerra, esta casa fue saqueada. Todavía es una suerte que no haya mayores destrozos.

—Fue una barbaridad aquella época. La locura se apoderó de la gente —comentó Ernesto mirando a Carles.

—A veces, la locura se apodera de todos nosotros —les respondió mirándoles con un aspecto que demostraba que el infierno no era exclusivo de una clase social concreta.

—La guerra provoca que salgan a flote las emociones de forma más salvaje y primaria y que los antiguos agravios no solo se mantengan, sino que se vean potenciados —sentenció Carles y devolvió la mirada a Ernesto en un intento de tajante respuesta.

—Verá —dijo Ernesto intentando centrar el interrogatorio—, venimos a preguntar por Samuel.

Antonio hizo un gesto de afirmación con el rostro.

—¿Se halla aquí Samuel? —preguntó Carles.

—Samuel. Un alma en pena, un muchacho que ha sufrido muchas de las pesadumbres y amarguras que conlleva la propia existencia…

—Verá —cortó Ernesto que ya veía como aquel hombre que tenía todo el visado de ser un monje se disponía a relatar las siete plagas de Egipto— nos interesaría hablar con él.

—Ahora no es posible.

—¿Qué quiere decir?, ¿se encuentra mal?

—No. Ahora está realizando meditación y oración. Todavía tardará un rato.

Los dos policías se miraron. Ambos querían saber qué tipo de relación podía tener aquel hombre con Dolors y Guillermo. En aquel momento la necesidad de conocer era compartida.

—Bueno, esperaremos —dijo Ernesto con resignación. No le parecía correcto forzar los procesos espirituales y aquel hombre parecía de todo menos un delincuente.

—Y…, díganme. ¿Para qué quieren ver a Samuel?

—Es una historia larga de explicar —dijo Carles.

—Si es así, sacaré las pastas y de esa manera dispondremos de tiempo para que puedan explicar lo que consideren —les dijo con una sonrisa mientras se levantaba y abría un armario. Dentro había una caja con unas obleas—. Son galletas realizadas por una hermana de la congregación. La verdad es que están muy buenas.

Los hombres se acomodaron alrededor de aquella mesa redonda y, como pudieron, fueron exponiendo una historia que, a medida que avanzaba, dejaba en evidencia las implicaciones personales de los policías. Antonio escuchaba asombrado, acompañando las explicaciones con movimientos de cabeza afirmativos y olvidándose totalmente de las galletas

que había sacado.

—¡Realmente es una historia sorprendente!

—Lo es. Y la persona que puede aclarar algunas dudas es, su paciente y socorrido compañero —comentó Carles.

—Lo entiendo. Lo que pasa es que veo difícil que pueda ayudarles. Samuel se limita a recitar pasajes de la Biblia.

—En arameo —afirmó Ernesto.

—Efectivamente, en arameo.

—Pero ¿estamos hablando del mismo hombre que encontraron apaleado y trajeron al hospital con una nota de mi mujer escondida entre su ropa? —preguntó Carles que ya se empezaba a poner nervioso por el tiempo transcurrido y por la escasa información obtenida hasta entonces.

—Por favor, no se ponga nervioso —le intentó calmar Antonio que veía como se transformaba aquel momento de paz en una inquieta desavenencia—, le diré que salga. Esperen un momento.

Antonio desapareció tras una puerta y, al poco reapareció con un hombre de unos treinta y cinco años, alto y delgado. Tenía la cabeza rapada y el cráneo brillaba como una bola de billar. Sus ojos, pequeños y oscuros apenas mostraban vivacidad, más bien una cierta ausencia. Unos pantalones oscuros y un jersey gris, sobre el cual asomaba el pico de una camisa un poco deshilachada formaban toda su vestimenta. Parecía un hombre que quisiera pasar desapercibido. Su pose, el caminar y todo en él le daba una semblanza a Antonio. Carles pensó que la actitud ante la vida que emprendían personas con convicciones religiosas profundamente arraigadas los igualaba e identificaba con facilidad.

—Samuel —le dijo suavemente Antonio—, siéntate aquí. Estos hombres desean hablar contigo.

Una sonrisa inocente e instintiva apareció en el rostro de

aquel hombre.

—Nos gustaría hablar contigo —le dijo Carles.

Samuel lo miró y volvió a sonreír, con aquella sonrisa incongruente.

—¿Entiendes lo que te decimos? —le preguntó Carles con cierto desespero.

Samuel se giró para mirar a Carles y sonreír. Tenía las manos sobrepuestas sobre el regazo. Hasta el momento solo había girado la cara y realizado aquella mecánica mueca. Intentaron hacerle comprender el objeto de su visita, pero únicamente hallaron desconcierto en los ojos de aquel hombre. Siguieron preguntando, pero tan solo el silencio respondía.

—Mira este papel —dijo Carles sacando la carta de su esposa, la última carta que escribiera—. Este mensaje lo llevabas en la ropa el día que te atacaron. ¿Recuerdas qué sucedió?

Tras mirar la hoja, el hombre miró a Antonio, ofuscado.

—¿Te suena el nombre de Guillermo?, ¿o de Lena? —intervino Ernesto.

Algo pareció estallar en la cabeza del monje. Se llevó las manos a la cabeza y comenzó a moverla desesperadamente. A Carles le pareció ver unas lágrimas surcando sus mejillas. Comenzó a hablar en un idioma que desconocían. Parecía recitar algo de manera inconexa, cada vez más rápido y acelerado, elevando progresivamente la voz.

—Por favor —les dijo Antonio—. Deben marcharse. Está muy nervioso. A veces le dan esas crisis.

Sin dar tiempo a nada más, Antonio se levantó y abrazó a su compañero diciéndole suaves palabras para intentar calmarle.

—¡Váyanse!, por favor —reiteró.

—Volveremos en otro momento —contestó Carles.

—Avísenme con antelación e intentaré prepararlo, así como buscar a alguien que haga de intérprete. ¡Samuel! —interpeló a su compañero—. Ya está, ya pasó todo.

El monje seguía cabeceando de manera inconexa, repitiendo unas palabras como un manido mantra. Ernesto realizó un gesto afirmativo con la cabeza y salió junto a su compañero de aquel extraño entorno. Una vez fuera, comentaron lo sucedido.

—No sé si llegaremos a saber algo. Este hombre parece totalmente ausente.

—¿Realmente no nos entiende? —dudó Carles—, ¿o prefiere hacerse el majadero? Ya no sé qué pensar.

—Lo cierto es que tendremos que venir en otra ocasión.

Se montaron en el vehículo que conducía Hamed. A medida que bajaban por el Eixample y se acercaban al Barrio Gótico, Carles no dejaba de pensar en el extraño interrogatorio. Si aquel hombre disimulaba, realmente lo hacía muy bien. Pero recordó que algo en su actitud había cambiado en el momento en que mencionaron a Guillermo y Lena. ¿Fue una crisis lo que había tenido o había sido, sencillamente, el reconocimiento de una dura situación pasada? De la manera que estaba escrito el mensaje, Samuel parecía haber sido algo más que un mero conocido de Dolors y de Guillermo. El monje había llorado, pero no sabía si era debido a un momento de congoja o a que era consciente de la tesitura real de los muchachos.

Una vez en el local de la calle Fernando comentaron los escasos avances realizados hasta aquel momento. Realmente no disponían de información significativa. Los caminos que comenzaban acababan siendo abortados de una u otra forma. Finalmente, viendo que no avanzaban se dispusieron a

descansar. Ernesto cogió *La Vanguardia* ya que le gustaba estar informado de aquello que pasaba en la ciudad. Tras leer algunas noticias relativas al regreso del general Orgaz a Barcelona, a la entrega de entradas de cine gratuito para la tropa y a la condecoración italiana para un soldado que participó en la batalla del Ebro, pasó a leer una sección sobre abastecimientos. Era consciente de la dura situación de posguerra que vivían los habitantes de Barcelona. Escaseaban los productos básicos y se debía hacer uso de la cartilla de racionamiento. Carles decidió que debía ponerse en contacto con Leandro Castell, más conocido por Mercurio, el hombre a quien había confiado la búsqueda del rastro de Helena.

—Ve con cuidado —le dijo Ernesto viendo que se disponía a salir.

—Acostumbro a tener cuidado. Conozco bien estas calles.

—Como el señor que vendía tabaco en el Barrio Gótico.

La sangre subió al rostro de Carles, produciéndole un acaloramiento inesperado. No sabía por qué le decía eso su compañero.

—¿Qué quieres decir? —observó que Ernesto seguía concentrado en la lectura del diario.

—¿Sobre qué? —le dijo levantando la cabeza.

—Sobre el vendedor de tabaco.

—¡Ah! Según el diario, se lo han cargado. Alguien le acuchilló en el estómago y lo rajó hasta el corazón.

Aunque el diario no dijera nada, Carles sabía dos cosas: que el crimen se había realizado con un estilete, y que ahora tenía un asesino tras sus pasos.

EL ENLACE

Julio, 1936

—Necesitamos armas. Sin armas no hay defensa posible y el ejército no tardará en aplastar al pueblo.

Quien así hablaba era Durruti. Se hallaba sentado sobre unas cajas. Junto a él se encontraban García Oliver y Francisco Ascaso. Aquella tarde se hallaban en el local de las Ramblas del sindicato del Transporte. Un grupo de sindicalistas, obreros y enlaces se hallaban junto a él escuchando su disertación. Eran conscientes de que la radiografía que realizaban los anarquistas de los acontecimientos que estaban sucediendo en el verano de 1936 era mucho más acertada que la de los políticos, quienes veían la realidad tergiversada por los propios intereses.

Guillermo asistía con expectación a aquellas reuniones. Poco a poco se había ido introduciendo en el ambiente anarquista. Desde que había escuchado a Durruti en el gran teatro de Barcelona, su fascinación se había traducido en un entusiasmo próximo a la devoción. Le maravillaba aquel hombre con las ideas tan claras que parecía estar en posesión de la verdad. Admiraba su franqueza de pensamiento y su capacidad de decisión. La figura de Durruti poseía una gran carga épica y romántica. El hecho de que hubiera realizado

gran cantidad de actos ilegales y de ser perseguido por la justicia de varios países europeos y americanos no hacía sino conferirle un aura de justiciero que estaba por encima del bien y del mal.

La situación política y social estaba muy crispada. El Frente Popular había ganado las elecciones de febrero de 1936. Los partidos de derechas no habían aceptado la derrota política y ejercieron una campaña de protesta. Alegaron que había habido manipulación en el resultado debido a coacción, violencia y falsedad documental. Se produjo un enconamiento y radicalización de las posturas políticas. Pronto entraron en acción grupos paramilitares falangistas a los que se enfrentaron otros grupos paramilitares organizados por la izquierda. Los incidentes provocados por dichos grupos fueron continuos. A ello había que unir la agitación social y laboral en el campo y la ciudad.

Los anarquistas eran conscientes de que el ejército realizaba maniobras para ejecutar un golpe de estado. Los militares habían mostrado una gran incapacidad a la hora de aceptar una España republicana y democrática. La oligarquía dominante, temerosa de perder sus prebendas, presionaba al ejército que, dada su tradición de influir en la política española, se creía en la obligación de intervenir para cambiar el estado de las cosas. Habían tenido lugar varios intentos golpistas, el más conocido había sido el ejecutado el 10 de agosto de 1932 contra la Segunda República por el general Sanjurjo. Fracasado el intento, Sanjurjo fue condenado a muerte, pero finalmente fue exiliado a Estoril tras pasar una temporada en la prisión del Dueso.

—A principios de este mes —continuaba Durruti—, un grupo de 200 militares de la UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista) se ha desplazado a África con la

intención de asesinar o secuestrar a los jefes golpistas, pero… ¿sabéis quién ha desmontado esta operación?

La expectativa era evidente. Todos estaban callados siguiendo con sumo interés las exhortaciones de su líder.

—¡Casares Quiroga!, ¡el propio jefe de gobierno! ¡Los obreros nos hallamos totalmente indefensos si quien ha de mantener el orden deja campar a sus anchas a los golpistas! Por eso os digo que no podemos esperar nada de los políticos. Si vienen a por nosotros nos encontraran, pero… ¡nos han de encontrar armados para dar la respuesta que se merecen!

Un griterío ensordecedor acompañó aquellas palabras. Los anarquistas eran conscientes de que, si triunfaba un golpe de estado, el ejército no tendría piedad de ellos. La escalada de violencia había ido en aumento, especialmente ese mes de julio. El día doce había sido asesinado en Madrid el teniente de la Guardia de Asalto, José Castillo. Se creía que el asesino podría ser un falangista o un carlista, pues el dieciséis de abril de 1936, durante unos disturbios en Madrid, uno de sus hombres había matado a un primo de José Antonio Primo de Rivera y el propio Castillo había herido a un manifestante carlista. Algunos compañeros, junto al capitán de la Guardia Civil, Fernando Condés, decidieron vengarse. Después de no encontrar en su casa a Antonio Goicochea ni a Gil Robles, fueron a casa de José Calvo Sotelo a quien obligaron a acompañarlos. Fue llevado en una camioneta. En mitad del trayecto fue asesinado y abandonado en el depósito del cementerio del Este.

A pesar de la tensión generalizada, la vida encontraba un hueco para seguir adelante. Guillermo seguía trabajando en el almacén de madera. Aquella labor lo había fortalecido. Había crecido mucho en el último año y su cuerpo se había desarrollado bastante. Seguía encontrándose a menudo con

Lena. Desde el primer momento ella lo había encandilado y atraído. Para él había sido como un faro en la niebla que le había permitido recorrer un camino difícil que había sido solitario hasta entonces. En aquel momento él se veía incapaz de imaginar un mundo sin ella y a veces se despertaba soñando con su presencia. En un principio, el hecho de ser correspondido le había parecido algo imposible debido a que pertenecían a dos mundos bien diferentes. Ella parecía tratarlo con cierta displicencia, como se trata a un amigo al que se ha de proteger debido a su fragilidad e inocencia. A partir de la pelea en el almacén con Soto, algo había cambiado en Lena. La preocupación había sido evidente transformándose en un sentimiento que iba más allá del cariño manifestado hasta aquel día. Fue a partir de aquel momento que ella comenzó a considerar a su amigo con una mayor deferencia y estima. Pronto fue habitual verlos deambulando abrazados, por aquellas calles por las que había paseado Guillermo con su madre. Eran momentos de relajación y de regocijo, momentos en los que parecía que no había nada fuera de ellos dos, como si el mundo no existiera o se hallaran en otra dimensión.

El tiempo pasaba vertiginosamente y los acontecimientos se sucedían con rapidez. Guillermo no podía abstraerse de la atmósfera generada por la evolución del conflicto. Su relación con la familia de Lena le había hecho tomar partido por el movimiento anarquista. A partir del día 12 de julio los militantes confederales, grupos de la FAI y jóvenes libertarios tenían clara consciencia de que la conspiración se desarrollaba de manera abierta en los cuarteles con la complicidad de la iglesia y la burguesía. Sabían que ello acabaría en un enfrentamiento entre trabajadores y conspiradores. A pesar de que dicha preocupación también era compartida por el Gobierno, en la Generalitat se hallaban ante el dilema de

dejar franco el camino a la sublevación o apoyarse en la clase trabajadora, sabiendo que armar a los trabajadores podía implicar la revolución social. No armarlos implicaba el triunfo del fascismo y, con él, la muerte de las aspiraciones por las cuales había luchado el pueblo catalán: cultura, tradición y lengua.

Companys intentó hacer de la CNT, organización que controlaba el ochenta por ciento de la clase obrera catalana, su aliado.

Para ello había convocado con urgencia un comité de enlace en el cual Santillán, García Oliver y Ascaso representaban a la FAI y Durruti y Asens a la CNT.

—¿Sabéis qué fue lo que le pedimos a Companys? —preguntó Durruti en aquel improvisado mitin—. Le pedimos 10 000 fusiles. Le dijimos que, si el pueblo tenía que defenderse, necesitaba armas. ¿Sabéis que nos dijo? —La gente enmudecida escuchaba con interés—. Nos dijo que no tenía armas. ¿Cómo quieren que defendamos nuestros derechos y nuestra vida si no es con armas?

—Lo peor de todo —intervino Santillán, que también se encontraba en la sala—, es que no pedíamos 20 000 que es lo que necesitábamos. Hasta con 1000 hubiéramos hecho frente al ejército. Pero, no solo se nos negó, sino que incluso se nos intentaba desarmar. Hemos tenido que intervenir ante multitud de casos en los que se desarmaba a un compañero por tenencia ilícita de armas. ¡Hemos dedicado muchísima energía para que respetaran las armas que tenemos para luchar contra el fascismo!

En aquel momento, un rugido se levantó de la multitud. Un público entregado y enfurecido, deseoso de entrar en acción ante un enemigo que conocía de múltiples encuentros. La CNT y la FAI apenas necesitaban nada para poner en

movimiento una gran movilización dado que sus miembros vivían entregados a la revolución permanente. Sus grupos de defensa eran células de combate acostumbrados a la lucha contra la represión gubernamental. Desde el momento en que los grupos anarquistas habían adquirido informaciones de lo que tramaba el ejército, sus organizaciones habían pasado a la movilización sin esperar a la Generalitat. Los militantes armados habían pasado a vigilar los cuarteles del Ejército, los de la Guardia Civil o aquellos lugares de concentración facciosa. A veces eran interceptados por la Guardia de Asalto o la Policía Secreta en cuyo caso les podían incautar las armas. Los obreros se dejaban detener pacíficamente por quienes hasta hacía pocos días los maltrataban en las cárceles. Eran conscientes del momento excepcional en que vivían.

Guillermo había realizado labores de vigilancia en las proximidades del cuartel de Atarazanas. Recordó cómo una noche se había visto sorprendido por alguien conocido.

—¡Guillermo!, ¿qué haces aquí?

El muchacho se había girado y vio ante él a Carles, aquel joven policía que había contribuido en su búsqueda cuando cayera al pozo.

—¡Hola! —saludó sonriente ya que tenía buen recuerdo del agente. Después, dándose cuenta de la situación en que se encontraban intentó disimular—. La verdad es que estoy aquí…, dando un paseo… Hace una buena noche.

—¡Dios mío! —exclamó Carles— ¡estás vigilando el cuartel!

—Quién… ¿Yo? ¡No! Me limitaba a dar un paseo.

—No hace falta que me engañes. Esto es muy peligroso y puede haber violencia en cualquier momento. ¿Cómo crees que se quedará tu madre si te pasa algo? ¿Y Lena? —Guillermo enrojeció. No sabía que Carles los había visto

paseando juntos—. Solo eres un muchacho. Quiero que te vayas a casa.

—De acuerdo —dijo en voz baja el adolescente—, pero… ¡Ya soy un hombre!

—Realmente lo eres. Hazme caso y ve a casa. Tienes mucho por lo que vivir.

Guillermo se había ido y había desaparecido en la oscuridad siendo consciente de la atenta mirada de Carles.

—Estos son momentos difíciles —hablaba Durruti—. No podemos descansar. Es necesario estar alerta ante los acontecimientos que se avecinan. Cuando los fascistas se echen a la calle habrá que lanzarse al combate.

A pesar de la previsibilidad de los sucesos, no parecía haber forma de evitarlos. El choque era inminente y nada presagiaba que fuera a ser leve. Los acontecimientos conducían a una situación crítica que enaltecía al muchacho porque le parecía una de aquellas aventuras que le leyera su madre cuando era más pequeño. Sin embargo, una voz interior no dejaba de avisarle que las consecuencias podían ser funestas.

En aquel momento, un alboroto se dejó sentir. Los hombres allí reunidos se giraron. Unos obreros hacían su entrada en el sindicato dejando algunos mensajes en voz en grito que se confundían con el alboroto general.

—¿Qué pasa compañeros? —preguntó Durruti cuando disminuyó el ruido en la sala.

—¡El ejército! —dijo uno de ellos con la voz entrecortada, a causa de la carrera que debía haber realizado— ¡se ha levantado en Marruecos!

A PROPÓSITO DE HELENA

Febrero, 1940

Ernesto miraba el papel e intentaba descifrar su significado. No avanzaba de ninguna manera. Realmente estaban perdidos. Si el profesor Fonseca no realizaba algún movimiento extraordinario tendrían que ir a buscarlo e interrogarlo de manera más vehemente. Hasta el momento no había dado ninguna señal de salir de su rutina. Probablemente estaban equivocados en las suposiciones generadas a partir de una simple intuición de Carles.

Mientras que las novedades del caso oficial se hallaban en punto muerto, las referidas a la búsqueda de Guillermo habían realizado un giro inesperado, de tal manera que la suerte del muchacho parecía estar relacionada con la de la mujer y la madre de Carles. Podría ser probable que la muerte de Dolors fuera consecuencia de un intento de ayudar al muchacho. Lamentó que así fuera y agradeció que Carles no hubiera hecho comentario al respecto.

Observó el paisaje a través de la ventana. Estaba cayendo una copiosa lluvia. El frío invierno se mostraba en toda su crudeza recordando a los barceloneses que los beneficios de la paz no se manifestaban de forma inmediata.

Sus pensamientos volvieron a la época anterior a la guerra, be sorprendía saber la relación existente entre Guillermo y los anarquistas y, consecuentemente, la proximidad de Helena a esos círculos. Recordó que con ella nunca habían hablado de política. Al menos, no parecía interesarle. A una persona de orden como él, aquellos movimientos revolucionarios habidos en la Barcelona de 1936 le resultaban de difícil comprensión. Cada vez que pensaba en ello, a Ernesto le costaba asimilar todo lo sucedido en aquel período. «Una ciudad enloquecida, dirigida por lunáticos», pensó.

De todas formas, la guerra y la victoria sobre el territorio republicano no le habían hecho sentir mejor. Era consciente de que la paz se mantenía gracias a una fuerte opresión y ello le provocaba incomodidad. Una de sus motivaciones para ser policía había consistido en el deseo de ayudar a los demás. Siempre le había parecido que un agente era lo más semejante a un juez.

Su experiencia en Barcelona le hacía sentirse como un extraño en una ciudad conquistada. Las miradas de reojo y los silencios que realizaban los ciudadanos cuando eran conscientes de su presencia, le hacían ver que no todo eran alegrías ante la presencia del ejército nacional. A veces se preguntaba si no respondían a unas causas que escapaban a su conocimiento. ¿Qué hubiera hecho él si tuviera que defender su ciudad ante extraños? ¿No le habían dicho cuando iba a la escuela que era un motivo de orgullo el hecho de que los madrileños se hubieran sublevado ante el opresor francés en 1808 y gracias a ello habían podido mantener su cultura y forma de vida? ¿No estarían haciendo lo mismo con la población catalana? ¿Imponer una forma de vida y una cultura que no era la suya?

En aquel momento fue consciente de sus reflexiones y las

desechó rápidamente. Supuso que el contacto con Carles y la convicción con la que defendía sus ideas, le generaban incertidumbre. Cerró la cortina como si con ello pudiera proteger sus pensamientos ante un observador hostil. Tenía la sensación de que solo con el hecho de considerar posiblemente justificada la revolución en la retaguardia estaba realizando un acto de traición.

* * *

—Hábleme de ella —interpeló Carles.

—¿De Helena?

El republicano afirmó con la cabeza sin apartar los ojos del hombre.

Helena era una mujer estupenda. A pesar de los problemas que tenía siempre solía estar de buen humor. De alguna manera era el alma del local.

—¿Estuvo mucho tiempo?

—Unos tres años. Cuando comencé a trabajar en el Delfín de Oro ella ya estaba allí. Hada poco que había comenzado a trabajar según me dijeron. Yo estuve un par de años. Luego me enteré de que la habían matado. ¡Dios mío!, ¡qué horror! Realmente era un ángel. No se merecía lo que le pasó.

La lluvia caía de manera constante dejando las calles desiertas de transeúntes. Carles se hallaba en un bar del Raval, escuchando las explicaciones de Sergio, un joven que había trabajado un par de años con Helena. Había sido descubierto por Leandro, su confidente, no en vano le llamaban Mercurio porque era capaz de hacer la competencia al mismísimo mensajero de los dioses recorriendo el mundo conocido y los

rincones más ignotos de los bajos fondos barceloneses de la época.

—¿Cómo te enteraste?

—Me lo dijo un compañero que había trabajado con nosotros.

—¿Te dijo dónde la enterraron?

—No. Me comentó en una ocasión que habían hecho una colecta para enterrarla, pero no supe dónde.

—Antes has hablado de los problemas que tenía. ¿Cuáles eran esos problemas?

—Bueno… Cuando la veías parecía toda una señora. Llevaba consigo un aire de elegancia difícil de disimular. La acompañé hasta su casa alguna vez que se hizo muy tarde. ¡Era poco más que una chabola en Can Tunis!

—¿Y eso te sorprendió? —preguntó Carles enarcando la ceja.

—Pues la verdad, sí. No la imaginaba en aquel entorno. Hasta a mí me daría miedo ir allá a según qué horas.

Otra vez aquel argumento. Parecía que repitiera algunas de las reflexiones de Ernesto. Había una cierta desubicación de la persona con el entorno y eso parecía confundir a la gente. Comenzó a pensar que quizás Ernesto no estuviera tan equivocado en cuanto a sus suposiciones.

—Pero eso no es un problema en sí.

—No. No lo es. Creo que sufría mucho por su hijo.

—¿Guillermo?

—¡Eso es! Guillermo. Al parecer se relacionaba con los anarquistas. Alguna vez que Helena se sinceró conmigo me comentó que no estaba tranquila por su hijo.

—¿Le dijo por qué?

—Creo que siempre se metía en líos. A pesar de que no era mucho de hablar, una vez me dijo que había gente que lo

perseguía.

—¿Le dijo quién o por qué lo perseguían?

—No. No me lo dijo. Ella siempre estaba preocupada por él. Por eso me extrañó que se marchara el muchacho.

—¿Cuándo fue eso?

—En el 1937, cuando todo el mundo se volvió loco en Barcelona y comenzaron a pegarse tiros entre anarquistas y comunistas.

—¿Sabes si volvió?

—No. No lo sé. Por lo que me dijeron no fue ni al entierro de su madre. ¡Cría hijos para que te traten así!

—¿Has vuelto a ver a alguien más del Delfín de Oro?

—A veces he visto al dueño. Va a tomarse una copa de vez en cuando a un local donde hago algunas horas, en el Eixample.

—Me gustaría hablar con él a propósito de Helena. Dile que solo queremos ayudar al muchacho. Es una promesa que un amigo realizó a su madre… Y queremos cumplirla —dijo dándole una tarjeta y clavando sus ojos grises en los de aquel hombre.

Cuando se quedó a solas, el republicano fue consciente de que Helena al parecer no encajaba de ninguna manera en aquel ambiente en que se desenvolvía. A pesar de todo, parecía haberse ganado el afecto y el respeto de todos los que la rodeaban. Por otra parte, su muerte aparentaba estar relacionada con los tejemanejes de Guillermo, un muchacho díscolo, con facilidad para meterse en problemas. Sin embargo, un poso de inquietud lo desasosegaba. Nadie parecía haber visto al muchacho desde mayo del año 1937. No podía evitar recordar aquel adolescente que corriera delante de la catedral para evitar un asesinato, crimen que tuvo lugar igualmente.

UNA OBRA ACCIDENTADA

Febrero, 1940

—Pues que sea un vaso.

—¿Quieres un vaso de vino? Pago yo.

Ignacio Sanjuan se podía permitir convidar a un vino a Clemente Soler, concejal del ayuntamiento, concretamente de la Tenencia de Alcaldía Delegada de Abastos y, si lo creía conveniente, podía invitarlo a toda una barrica. No podía quejarse. Sus negocios iban viento en popa. Para ello era muy importante estar bien relacionado.

Ignacio era constructor. Antes de la guerra tenía un pequeño negocio de construcción, pero los republicanos le habían perjudicado de manera considerable. Habían utilizado los servicios de su empresa, pero apenas había visto beneficios. Cualquier persona del ramo sabía que si no había ganancias no tenía sentido el trabajo. Todo tenía un coste y los empresarios, como a él le gustaba considerarse, eran quienes arriesgaban el capital. Esta sencilla reflexión le había costado muchos disgustos y discusiones con su cuñado, gran defensor de la república. Ahora él se encontraba encerrado en La Modelo y el constructor se veía obligado a mantener a su hermana y sus dos hijos, todo por la inconsciencia de Jesús, el padre de sus sobrinos.

—Tu marido es idiota. ¿Quién le mandaba significarse?

—Ignacio. Los niños tienen hambre. Hay que darles de comer.

Y, como el que daba una limosna, Ignacio les ofrecía un poco de dinero y de comida. Al final, la familia era la familia y la misma sangre corría por sus venas. Dora, su mujer, intercedía en el asunto familiar.

—Mira que le avisé de que dejara de lado la política.

—Sí, pero recuerda quién te salvó cuando te fueron a buscar.

Eso era lo que no quería recordar: que le debía la vida a su cuñado. Gracias a Jesús todavía podía contarlo. Recordó aquella lluviosa tarde de septiembre de 1936. Unos hombres vinieron a buscarlo y fue llevado a comisaría donde fue interrogado respecto a unos materiales que habían desaparecido. Las malas lenguas habían dicho que él los revendía a un precio más elevado y se beneficiaba de un dinero que no repercutía en el beneficio general, generando una desigualdad entre él y sus trabajadores. Además, posteriormente tenían dificultades para realizar obras que eran del interés general.

Tras su detención apareció su cuñado, avisado por su mujer, quien hizo de improvisado abogado defensor. Sus buenas relaciones con algunos de los allí presentes fueron la causa de su puesta en libertad. ¿Quién sabe qué hubieran hecho aquellos locos, unos iluminados que decían creer en una sociedad justa e igualitaria? «Pamplinas», pensó. Aquellos hombres, de la misma manera que su cuñado, tenían la cabeza llena de pájaros. Desde que el hombre era hombre, siempre había habido unos que se habían impuesto sobre el resto. Si no querías ser de los oprimidos tenías que asegurarte de estar al lado del poderoso. Y eso era lo que entendía él. El resultado

era que su cuñado se hallaba en la cárcel y él estaba disfrutando de un vaso de vino con un influyente concejal.

Los tiempos eran difíciles. Se había impuesto una autarquía en todo el país con lo cual se había prescindido en lo posible dela importación de todo tipo de productos. Si a esto se añadía la dificultad de los transportes, por la voladura de puentes, el destrozo de vías férreas y material ferroviario, así como la escasez de vehículos de motor, resultaba fácil deducir las grandes dificultades para el abastecimiento de la ciudad.

No quería decir que no se hubiera hecho nada. Clemente le explicaba que se habían reconstruido los 57 gremios del ramo de la alimentación que habían existido en la ciudad para devolver la vida al comercio y para articular una respuesta frente a las necesidades que se presentaban. Poco a poco, los productos básicos habían ido llegando a los diferentes mercados de abastecimiento de la ciudad y de la provincia. También se había vuelto a convalidar los derechos de los comerciantes que tenían un establecimiento con anterioridad al 18 de julio y que lo habían perdido durante la revolución anarquista y comunista.

Un ejemplo de las dificultades de distribución era el mercado de la leche. De las 7000 vacas lecheras que existían en Barcelona antes del conflicto, quedaban solamente 800, tan agotadas que apenas daban rendimiento alguno, con lo cual se recurrió a la leche condensada o en polvo para atender a enfermos o ancianos. Finalmente, se habían traído vacas lecheras no depauperadas de otras zonas.

Ignacio, que ya había oído más de tres veces el ejemplo de las vacas y la leche, callaba y asentía. Le convenía estar en buenos tratos con aquellos que tocaban el poder y que podían generar nuevas obras y, por tanto, nuevos contratos en los que una parte de los beneficios irían a sus bolsillos. Pensó un

momento en los trabajadores que tenía al final de la calle: se hallaban desescombrando los restos de un edificio que había caído bajo la explosión de las bombas. En aquel momento había parado de llover y era un buen momento para realizar la limpieza del solar. Cada minuto que se perdía era dinero tirado, reflexionaba.

—¿Cómo lleváis las tareas de reconstrucción? —le preguntó a Clemente ya que era importante estar bien informado y conocer de primera mano los requisitos del Ayuntamiento para ver si su empresa podía encajar en aquellas necesidades.

—Como tú sabes, pues ya te he informado en otras ocasiones, está la Ponencia de Reconstrucción, que es una Comisión municipal bajo la presidencia de un Teniente de Alcalde. Esta se encarga de realizar obras distribuidas en tres grupos: en primer lugar, las obras de desescombro y reparación de calles, cegado de refugios, apuntalamiento de edificios, etcétera. Aunque no estoy en la comisión te pude conseguir algunas obras…

—Las cuales también te beneficiaron a ti —le dijo Ignacio llenándole el vaso que se había acabado.

—En segundo lugar, las obras de urbanización para realizar proyectos aprobados anteriormente debido sobre todo a la afectación de las zonas por los efectos de la guerra —su compañero asentía con suma atención— y, por último, las de reconstrucción del Patrimonio Municipal intentando que los edificios adquieran el aspecto que tenían antes de la guerra.

—¿Y todo está adjudicado ya?

—Todo no. Piensa que este tercer grupo incluye las canalizaciones e instalaciones de agua, gas y electricidad, así como los parques y jardines. Creo que aquí hay elementos muy interesantes si te quieres especializar. Podría conseguirte

algunas obras…

Tan concentrado estaba escuchando a su convidado que no oyó, en un primer momento, la algarabía que tenía lugar en la calle. El barrio del Poble Sec podía ser un tanto ruidoso de por sí. Era un barrio obrero y no era raro oír todo el conjunto de sonidos que configuraban un *modus vivendi* donde resultaba fácil mezclar los gritos de los tenderos con los proveedores o el ruido de obras y de maquinarias en funcionamiento. Se sorprendió cuando vio que Clemente miraba, con ojos asombrados, detrás de Ignacio.

Este se giró y pudo ver a algunos de sus trabajadores que parecían nerviosos e intentaban decir algo. El griterío dificultaba la recepción del mensaje.

—¡Silencio! —les increpó— ¿alguien os ha dicho que dejéis el trabajo?

Uno de sus trabajadores, el que ejercía las funciones de capataz, un hombre de estatura mediana y de piel morena y bastante arrugada, se adelantó con la gorra entre las manos. Parecía nervioso.

—Jorge. ¿Qué pasa?

—Verá señor —le contestó cabizbajo y sin alzar la voz—, no podemos seguir la obra.

Aquello enfureció a Ignacio. Estaba intentando ampliar y diversificar sus negocios y aquí se encontraba con unos trabajadores que no querían seguir trabajando. Pensó que la República había hecho mucho daño al normal funcionamiento de la empresa.

—¡Cómo os atrevéis! ¿Se puede saber qué os impide seguir trabajando? —se desahogó. Aquellos hombres tenían que saber quién mandaba allí.

—Un muerto señor —el capataz apenas alzaba la vista.

—¿Qué?, ¿qué quieres decir?

—Bajo los escombros hemos encontrado un cadáver.

Ignacio no dijo nada, pero en su interior maldijo su mala suerte. Seguramente ahora la obra se paralizaría y ello significaba perder dinero. La mala suerte había sido que se lo dijeran delante de Clemente. Ahora no podría deshacerse del cadáver de forma discreta como sin duda hubiera hecho. Se veía obligado a actuar dentro de la legalidad y ello significaba pérdida de beneficios.

ARMAS PARA LOS OBREROS

Julio, 1936

—Guillermo —Ven aquí.

Para Guillermo resultó toda una sorpresa que el propio Durruti lo reclamara una vez acabado el improvisado mitin. No era la primera vez. Ya había realizado funciones de enlace en otras ocasiones. Pero en aquel momento, la situación resultaba más grave y acuciante y ello implicaba una mayor responsabilidad.

—Quiero que vayas al sindicato de la Metalurgia, que hables con Pedro Arreu y que envíe unos hombres aquí antes de una hora. ¡Hay trabajo!

Al cabo de una hora había un buen grupo reunido en el sindicato de Transportes. La expectación era máxima. Comenzaban a llegar noticias del levantamiento de Franco en Marruecos. La gente estaba nerviosa. Por muy esperado que fuera el choque ello no disminuía su peligrosidad. Durruti les dijo:

—¡Escuchad! —comenzó— el momento que esperábamos finalmente ha llegado. El ejército se ha sublevado en Melilla. La Casa del Pueblo ha sido atacada y los sindicalistas asesinados. También han asesinado al alcalde. Esos cabrones no se andan con chiquitas.

Haciendo una pausa para mantener la atención señaló a un hombre que había junto a él.

—Os presento a Juan Yagüe. Él es marino y tiene algo que deciros.

—Dada la situación creada por el levantamiento fascista y ante la actitud de la Generalitat de no poder o no querer armar al pueblo —comenzó el aludido—, nosotros debemos buscar nuestra salvación por nuestros propios medios. Yo trabajo en un mercante que se halla en el puerto. Estos barcos tienen una dotación de fusiles. Habrá que ir allá y hacerse con las armas.

Pronto se pusieron de acuerdo. Supieron que en el puerto había dos mercantes que disponían de armamento. Eran el Magallanes y el Marqués de Comillas. Los hombres se dirigieron al puerto con vehículos para transportar las armas. Guillermo decidió acompañarlos. Pronto se hicieron dos grupos para dirigirse a cada uno de los barcos. Con la ayuda de algunos trabajadores de los cargueros, entraron sin ninguna dificultad y se hicieron dueños de unos 150 fusiles y una docena de pistolas. Los pertrechos se repartieron entre los hombres allí reunidos que pertenecían al sindicato de Transportes y de Metalurgia.

—Yo quiero un arma —pidió Guillermo.

—Olvídate —le dijo un compañero—, todavía no tienes edad para esto.

La frustración del muchacho se hizo manifiesta pues ya ardía en ganas de salir a defender el país ante la amenaza fascista.

Al día siguiente, 18 de julio, la noticia del levantamiento militar ya estaba en boca de todos. Los anarquistas habían seguido requisando armas por toda la ciudad, conseguidas de armerías, serenos y vigilantes de la población. En la serrería

decidieron cerrar y los trabajadores se marcharon. Guillermo llegó pronto al sindicato de Transporte donde se hallaban almacenadas las armas.

—¡Silencio! —dijo uno de los sindicalistas— ¡llega la policía!

En efecto, mientras los revolucionarios se repartían el botín, el jefe de la guardia del puerto había comunicado a Gobernación el asalto. El consejero de Gobernación había ordenado a Escofet, jefe de policía, que recuperara el armamento y este último había enviado una compañía de Guardias de Asalto al sindicato. Dos hombres intentaron negociar con la policía.

—¡Han de entregar las armas! —les comunicó el capitán Guarner. El sindicato está rodeado.

—No las vamos a entregar —dijo uno de los obreros— ¡tendréis que venir a por ellas!

—Tengo hombres apostados en las azoteas. No podéis salir. Será mejor que las entreguéis y olvidaremos el incidente.

—¿Es que no os habéis enterado de nada? El ejército se ha rebelado y necesitamos defendernos. ¡Para eso las necesitamos!

El capitán Guarner sabía que aquellos momentos eran excepcionales. Intentó reaccionar de manera diplomática pero allí no cedía nadie. Guillermo asistía atónito ante aquel cruce de increpaciones en el que ninguna de las dos partes parecía querer aflojar.

—¡Tenemos orden de recoger las armas! Y nos vamos a ir con ellas.

—¿Cómo es posible? —Se levantó de manera agresiva uno de los obreros que fue retenido por sus compañeros—. Pero ¿qué os habéis creído? ¿No veis que de ellas puede depender la salvación de Barcelona?

Al cabo de unos momentos llegaron al local Durruti y García Oliver. Habían sido avisados para evitar males mayores. Intentaron mediar, pero los obreros estaban muy airados. Llegado el momento, uno de ellos apuntó a Durruti con el fúsil.

—No pienso dejarlo, ni poner las cosas fáciles a los fascistas. Si tengo que caer, me llevaré primero por delante a unos cuantos.

—¡Tranquilidad! —Manifestó Durruti mirando a los ojos a aquel hombre—. Esta no es manera de arreglar las cosas. Encontraremos una solución.

El obrero bajó la escopeta y Durruti se llevó a un aparte al capitán para intentar encontrar una salida satisfactoria mientras García Oliver explicaba a los trabajadores que había que mantener la unidad y evitar carnicerías absurdas. Todos eran conscientes de la delicada situación en que se encontraba el país y pronto sería necesario todo tipo de ayuda contra el enemigo común. Tras un rato de discusión se llegó a un acuerdo: se entregaron una docena de fusiles a la Guardia de Asalto para que pudieran justificar el éxito en la misión delegada.

Cuando salieron los policías, los anarquistas siguieron discutiendo. Guillermo se fue. Pensó que su madre se preocuparía, sobre todo teniendo en cuenta el estado de agitación de la población en aquellos días. Observó cómo los policías montaban en sus vehículos y abandonaban la zona. Le llamó la atención que uno de ellos, tras departir con el capitán Guarner marchó en solitario por aquellas calles. Atraído por la curiosidad y, viendo que iban en la misma dirección, el adolescente decidió seguirlo. El policía fue recorriendo algunas calles del Raval hasta que llegó a un bar de la calle Unió. Desde la distancia pudo ver, a través de los cristales, que

parecía tener una cita con dos hombres.

Su curiosidad le había llevado allá pero su carácter inquieto le decía que ya estaba bien de permanecer acechando, que era hora de irse. En aquel momento, uno de los hombres que hablaba con el policía se puso de pie y Guillermo quedó sorprendido al reconocerlo tras los sucios cristales: se trataba de Soto, aquel valenciano repulsivo que le había agredido cuando se hallaba solo en el almacén de madera. Decidió seguirlo, le resultaba misteriosa la conexión que pudiera tener el valenciano con la policía.

Escondido tras una esquina, seguro de no ser visto, pudo ver como Soto miraba a uno y otro lado. Evidentemente, no quería ser vigilado. Tras asegurarse de no ser seguido enfiló por las estrechas calles del Raval con paso decidido. Su compañero, un joven tullido que caminaba con cierta descoordinación intentaba seguir sus pasos. Intrigado, el muchacho los acechaba a una distancia prudencial. Pasaron por la calle Hospital. Había bastante gente en la vía: todos deseaban estar al tanto de las noticias sobre el levantamiento. Ello facilitó la vigilancia, aunque el valenciano en ningún momento volvió la vista. Siguieron por aquellas calles, repletas de edificios viejos, antiguas viviendas de obreros, recuerdo de una época en que aquella zona representaba todo un sector fabril, donde fábricas y viviendas de los trabajadores ocupaban el suburbio. Pasaron por delante de la antigua casa-fábrica de Gònima, decorada en la fachada con esgrafiados. Finalmente, se pararon ante una casa vieja y degradada, similar a los edificios vecinos. Una vieja puerta de madera impedía el acceso a la vivienda de dos pisos. Soto golpeó la puerta con un viejo aldabón oxidado y enmohecido. Tras unos instantes se abrió la misma y los hombres desaparecieron en su interior.

Al cabo de un rato, viendo que no salía nadie, Guillermo

se fue a su casa. No dejaba de dar vueltas a la extraña asociación que había podido observar entre Soto y la policía. ¿Sería él quien había informado del lugar donde se encontraban los fusiles? No lo sabía, pero aquello no dejaba de preocuparle. Sabía de la maldad de aquel hombre y cualquier negocio que se trajera entre manos no auguraba nada bueno. Tendría que averiguar quien vivía allí una vez establecida aquella sospechosa conexión.

UN CADÁVER POÉTICO

Febrero, 1940

Los policías caminaban con paso decidido por los jardines del Hospital San Juan. Ya conocían el recorrido y no necesitaban guía que los acompañara. Fueron directos al pabellón de los patrones de los médicos. Tomaron el camino que habían recorrido apenas hacía un mes y pronto se hallaron en la sala fría y desangelada donde se había realizado la autopsia del cadáver, origen de la investigación. Dentro hallaron al doctor Florencio López, revisando otro cuerpo. Tan enfrascado estaba en su trabajo que se sorprendió de manera evidente.

—¡Buenos días! —saludó Ernesto.

—Buenos días —contestó tras el sobresalto inicial—. No los había oído entrar.

—Veo que está tratando con uno de sus admiradores —comentó Carles recordando las dotes poéticas del médico.

—Como decía Séneca, proporcionalmente al número de admiradores crece el de los envidiosos.

—Créame si le digo que no me genera ninguna envidia.

—Verá… —interrumpió Ernesto que ya se veía en medio de un duelo literario innecesario—. Hemos venido aquí por él.

Sobre una mesa se hallaba el cuerpo desnudo de un

hombre al cual le estaba realizando una primera exploración. El cuerpo se hallaba en avanzado estado de descomposición. A pesar de ello conservaba parte de la piel y el rostro apenas era reconocible. Su cuerpo había sido localizado bajo los escombros de un edificio del Poble Sec que se había hundido bajo las bombas. Como el edificio estaba abandonado, hasta aquel momento nadie había pensado que podía haber gente en su interior. Fue en el momento de iniciar las obras cuando los restos del cadáver habían salido a la luz.

—¿Siempre trabaja usted solo? —preguntó Carles echando una mirada a aquella sala.

La estancia estaba limpia y, a pesar de hallarse en un sótano, la luz que entraba por los altos ventanales ofrecía una gran claridad. En ella había varias camillas vacías, seguramente esperando su turno para ser ocupadas. Al fondo había varios armarios empotrados y unos estantes donde se hallaba el material quirúrgico que utilizaba. Una puerta daba a un lavabo interior.

—Nunca están solos los que están acompañados de nobles pensamientos —aprovechó Florencio para soltar la cita de *sir* Philip Sidney.

—Oiga, ¿usted siempre dice frases de gente muerta? Debe tener un armario lleno.

—¿Qué es un hombre muerto si antes no fue un vivo?

—Creo que esa no la conozco.

—Esa es mía, y muy apropiada en mi trabajo —contestó dándose por vencedor del singular torneo.

—¿Podríamos centrarnos en el cadáver?, ¿por qué cree que nos debe interesar?

Ernesto hacía referencia a la llamada que habían recibido del doctor Florencio aquella misma mañana. No había sido difícil identificarlo, rápidamente había hablado con su florido

lenguaje y rítmico. Una vez se presentó como Caronte, Carles pudo interpretar que se trataba del doctor ya que relacionó al famoso barquero encargado de llevar a los muertos al Hades con el específico trabajo del forense. «Ya le llevaremos la moneda», le dijo el republicano, haciendo mención a la moneda que ponían bajo la lengua del muerto para pagar dicho viaje.

—Habíamos quedado en que si encontraba algo interesante les llamaría.

—Así es, en efecto.

—¿Y ustedes creen que esto puede resultar de su interés? —les comentó girando el cuerpo y señalando un tatuaje que tenía a la altura del omóplato, que representaba una copa. De ella salían unos rayos.

—Es idéntica a la del primer cadáver —apostilló Carles.

—Y… Por lo que se puede ver, este hombre no tiene más tatuajes —continuó Ernesto.

—En efecto —ahora parecía haber dejado atrás su imagen histriónica, centrándose en el profesional que debía ser—. El mismo tatuaje, distinto cuerpo.

—Eso en sí —dijo Carles— no tiene por qué unir los dos muertos.

—Pero los aproxima —le replicó Florencio que no podía dejar pasar su turno de réplica.

—¿Cómo murió? —preguntó Ernesto.

—Se podría decir que de muerte natural.

—¿Natural? ¿Qué aparezca enterrado bajo un montón de escombros? —preguntó sobresaltado Carles.

—Por eso es natural que te mueras, sobre todo si te cae una tonelada de escombros.

—Debió dedicarse a la farándula. Habría arrasado.

—¡Bien! —cortó Ernesto intentando poner un poco de

orden—. Así, ¿podemos decir que murió aplastado?

—En efecto.

—¿Por el peso de los materiales?

—Aparentemente eso parece… pero yo no lo aseguraría.

—¿Qué quiere decir?

—Que podría haber sido golpeado y después enterrado bajo los escombros.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó intrigado Carles.

—Si hubiese sido accidental, el cuerpo estaría literalmente aplastado por la cantidad de escombros que había sobre él. El hecho de que se halle relativamente bien (y eso es un decir) hace más creíble la hipótesis de que fuera asesinado y posteriormente enterrado. Si se fijan, el golpe más fuerte lo tiene en el cráneo —les dijo señalando la zona afectada—. Le debieron golpear por la espalda.

—Realmente, si es así, podemos pensar que están relacionados los cadáveres.

—¿Se hallaba desnudo cuando lo trajeron? —preguntó Carles.

—No. Aquí están sus efectos personales —abrió un armario donde se hallaba un conjunto de traje, camisa y zapatos bastante deteriorados. Sobre un estante también se hallaba la ropa interior—. No llevaba ni cartera ni nada que lo identificara.

Carles se dedicó a revisar la ropa en busca de algún bolsillo secreto que pudiera tener un mensaje, como el encontrado en la ropa de Samuel, pero al poco desistió. No parecía haber ninguno. Giró la chaqueta del revés tanteando con la mano cualquier pliegue o concavidad sospechosa. Estaba a punto de desistir cuando una marca en la manga le llamó la atención. Cogió la chaqueta y la llevó cerca de la ventana para poder ver mejor cual era el origen de la marca. Entonces pudo ver que se

trataba de un nombre.

—Práxedes.

—¿Qué dices? —le preguntó Ernesto.

—Estoy leyendo lo que pone. Debe de ser el nombre del sastre pues está cosido a la manga.

—Así ya tenemos dos cosas en que pensar: una copa y el nombre de un sastre.

—Todo cadáver es como un libro. Solo hay que saber leerlo.

—Sobre todo, si tienes el código —replicó Carles.

—Donde algunos solo encuentran problemas y dificultades, otros ven la oportunidad de resolver un enigma.

—¿Cuánto tiempo debe hacer que murió? —preguntó Ernesto, más práctico— ¿se podría saber?

—Es difícil porgue no ha estado en las mejores condiciones para poder saberlo. Además, algunas de sus partes —les señaló las vísceras— han sido roídas por las ratas. Pero sí que puedo afirmar que lleva meses enterrado.

—Bien doctor —se despidió Carles—, creo que nos iremos para descubrir esos enigmas que usted propone. A fin de cuentas, la oportunidad es un vehículo que el destino pone en tus manos. Solo has de tener la voluntad de conducirlo.

—¡Caramba! No conocía esa cita. ¿De quién es?

—Puede guardarla en su armario, pero ponga mi nombre en ella.

—Recuerde que me debe una moneda… —comentó el doctor haciendo referencia al barquero de los muertos.

—No necesita cobrar quien está pagado de sí mismo, Carles Gil —apostilló el republicano.

—Ya lo sabe, si descubriera alguna cosa… —cortó Ernesto aquel absurdo debate.

—¡Vayan!, ¡vayan! —Les hizo un gesto de despedida con

la mano—. Ya se los haré saber.

Y salieron de aquel ambiente tan extraño, dominio de aquel doctor, un tanto desmesurado y macabro. El republicano pensó que hubiera podido formar parte perfectamente del reparto de una película de terror.

—La verdad es que me costaba respirar allá dentro —declaró Carles al salir.

—¿Es por eso que te pones a debatir de manera retórica? —le regañó Ernesto— ¿no te das cuenta de que esto es mucho más serio?

—No me gusta que me ganen, ni siquiera en un juego.

—Pues has encontrado un buen compañero de pasatiempos. Creo que al doctor tampoco le gusta perder.

* * *

Tras la entrevista tuvieron una entretenida conversación en la cual se pusieron sobre la mesa los nuevos descubrimientos. Este muerto les abría un nuevo camino de investigación. Decidieron que buscarían una sastrería o sastre que respondiera al nombre nada común de Práxedes. Por otro lado, también se podrían centrar en el tatuaje de la copa. Ello significaba que se tendrían que introducir en aquel mundo tan peculiar. Para ello disponían de una foto. Carles pensó que el Percha le podría ayudar.

Una vez se separaron, el republicano fue hacia su apartamento del Born. Ya anochecía y las calles se encontraban débilmente iluminadas. Extremaba la precaución y estaba alerta a cualquier ruido sospechoso ahora que sabía que lo seguían. La muerte del vendedor de tabaco no era una

casualidad. Seguramente debió hablar en exceso ante el comprador de Gitanes Maïs. Este, que no debía ser otro que el asesino que antaño había perseguido el policía, debió ver que aquel hombre se había convertido en un peligro si lo llegaba a identificar.

Y por ello debió matarlo.

Ahora sabía que su vida corría peligro y que debía permanecer alerta. Al llegar al patio que había ante la puerta del bloque se sorprendió al ver una luz en su piso. La adrenalina le puso en estado de alerta. Él sabía que allí no había nadie…

O no debería haber nadie.

Subió con precaución los escalones hasta llegar al segundo piso. Colocó la llave en la cerradura con la máxima cautela. Sacó su pistola y, poco a poco fue abriendo la puerta.

El apartamento estaba iluminado con una vela. Pudo ver a un individuo de espaldas, sentado en una silla, que observaba los jeroglíficos que había realizado Carles mientras intentaba descifrar el mensaje del muerto. El republicano amartilló la pistola.

—Dese la vuelta con mucho cuidado si quiere seguir vivo. Ponga las manos donde las vea.

—Vaya melodrama que montas. Con saludar había bastante.

El hombre se giró lentamente con una sonrisa en el rostro. Reconoció su peculiar voz con acento extranjero: era Rick, el escocés. Como siempre, hacía gala de su particular sentido del humor independientemente de la situación en que se encontrara.

EL MENSAJE DEL MUERTO

Febrero, 1940

—Rick! ¡vaya sorpresa! Yo te doy sorpresas, pero tú tienes una manera muy curiosa de recibir a los invitados.

—¿Cómo has podido entrar?

—Entrar en tu casa resulta muy sencillo. Solo falta que pongas un cartel que diga «entrada libre».

—Tendré que tenerlo en cuenta por si decido montar una fiesta. ¿Quieres tomar algo?

—Ya he cogido un vaso de vino —dijo señalando un vaso que había en la mesa—. Puedes servirte uno si quieres. Estás en tu casa.

—¿Qué has hecho durante este tiempo? —preguntó Carles mientras se servía un vaso de vino y se sentaba frente a su amigo. Con él había compartido múltiples vicisitudes a lo largo de la guerra. Lo observó. No había cambiado nada. Su aspecto juvenil se mantenía indemne: su rostro pecoso sobre la piel pálida y su cabello pelirrojo le mantenían en una eterna juventud. Pensó que para él no pasaba el tiempo.

—He estado en casa.

—¿En Loch Lomond?

—En efecto. He podido ver a la familia, pero el ambiente

no estaba muy animado. A pesar de que pasa el tiempo, el peso de los que quedaron atrás a menudo se hace muy presente y difícil de conllevar.

Aquella declaración le sorprendió. Era raro que Rick hablara de temas personales. Una capa de indiferencia y de superficialidad cargada de sutil ironía impedía mostrar el verdadero rostro del escocés. Raramente manifestaba sus emociones.

—Han sido malos tiempos.

—Malos tiempos para todo y en todos los sentidos. En España, Franco se ha puesto a fusilar a todo aquel que le molesta.

—O que huela a rojo.

—¡Exacto! De eso tú sabes más que la mayoría —le comentó haciendo referencia al fusilamiento del que fue víctima su amigo—. Por otra parte, Francia e Inglaterra siguen haciendo el idiota. No salieron en ayuda de Polonia a pesar de haber declarado la guerra a Hitler, ocasión que aprovechó Rusia para ocupar la mitad del país.

—Es en momentos de apuro cuando ves quienes son tus amigos.

—¡O quiénes te dejan colgado! De hecho, los polacos no se han rendido. Las tropas han ido a países vecinos. Dentro del país hay un importante foco de resistencia. Se hacen llamar el Estado secreto polaco.

—¿Por qué me explicas eso?

—Porque los franceses no han entendido todavía que lo que ha hecho Hitler con Polonia, no tardará en hacerlo con Francia. Será necesario aprender de Polonia.

—¿Para crear un Estado secreto?

—Si es necesario sí. La potencia militar alemana impresiona.

—Brindemos porque no sea necesario —chocaron los vasos de vino y echaron un trago.

—Ahora brindemos por los que quedaron atrás.

—Volvieron a brindar y, tras un brindis, otro hacía su aparición. Lo hicieron por todo aquello que habían perdido y por los momentos que habían pasado y que ya no volverían. Finalmente, acabaron la botella.

—Así que te aburrías y decidiste venir a ver a tu amigo catalán.

—En casa hace mucho frío y el tiempo es horrible ahora. Loch Lomond está triste y apagado. En momentos así, siempre es una buena idea visitar a los amigos.

—Y ahora dime… ¿Qué estabas mirando?

—Tus juegos.

—¿Mis juegos?

—Parece que has estado entretenido jugando a descifrar mensajes —le comentó señalando una gran cantidad de papeles que había sobre la mesa.

—Es un texto en un tipo de lenguaje que no conseguimos descifrar a pesar de que lo hemos intentado de todas maneras.

—¿Quién envía este texto?

—Un cadáver.

—Realmente, debería haberlo pensado. Resulta más fácil entenderse con un cadáver. A menudo los vivos utilizan lenguajes de difícil comprensión.

—Se me olvidaba tu sutil sentido del humor. Verás, estos dibujos fueron el último acto de un hombre antes de morir. Creemos que es un mensaje, ¿por qué debía escribir esto una persona cuando la persiguen si no es con la intención de dejar un texto?

—Una advertencia.

—Correcto, o una advertencia.

—No. Lo que te digo es que el texto es una advertencia.

Carles había bebido vino suficiente para tener la mente embotada pero no tanto como para no entender lo que acababa de oír.

—¿Me estás insinuando que puedes descifrarlo?

—¡Por supuesto que puedo descifrarlo! Mi tío Charles me enseñó algunos trucos para descifrar mensajes. De hecho, él a veces escondía mi comida en lugares que no te puedes ni imaginar y, *yo* debía encontrarla gracias a mensajes de este tipo. Te aseguro que un estómago vacío es la mayor motivación para la resolución de un enigma.

—¿Tu tío el fantasma?

—Sí. Ya te hablé de él, ¿recuerdas?

—¡Rick!, ¿quieres decirme que pone el mensaje de una vez? —Carles sentía que la irritación acompañada de un alto sentido de apremio lo urgía a poner fin a aquella historia.

—Verás Carles. Este texto solo se puede descifrar si tienes el código.

—Eso es bien evidente.

—Y, por lo que parece, es un simple cifrado por substitución. Eso quiere decir que a cada símbolo le corresponde una letra.

—Es una posibilidad. Dudo que un moribundo se dedique a hacer arte en la calle.

—Por lo tanto, lo único que has de hacer es asignar a cada símbolo una letra del abecedario y habrás descifrado el código.

—¿Me tomas el pelo? Hasta aquí podía llegar yo sin ayuda. ¡Tú me has dicho que sabías interpretarlo!

—Efectivamente. Y ahora tú descifrarás el mensaje.

—¿Por qué piensas que podré descifrarlo? —Carles se mostraba receloso.

—Porque este cifrado parece seguir las pautas del Real

Arco del cifrado masónico.

—¿Cifrado masónico?

—En efecto, tío Charles era masón, igual que tío Andrew y tío Mathew. Piensa que todos pertenecieron a la Real Orden de Escocia. De hecho, tío Charles ya estuvo en la Asamblea Provincial que tuvo lugar en 1730, en la taberna El Cardo y la Corona.

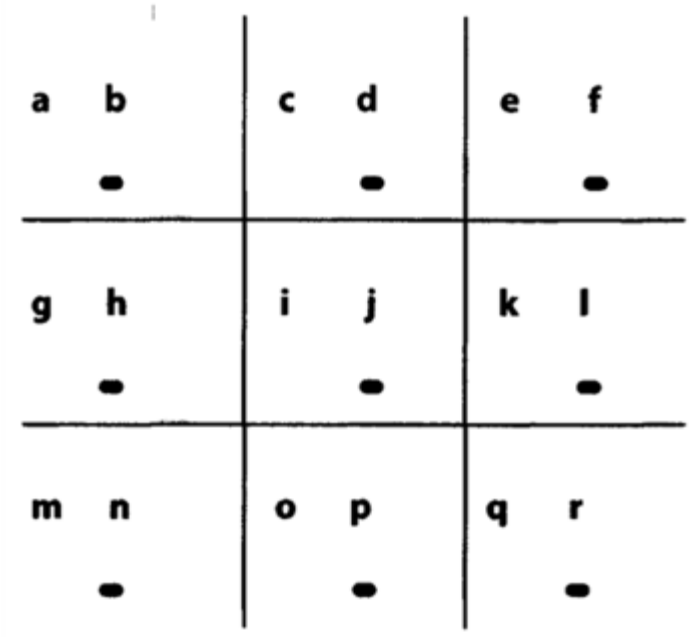
También pudo asistir a la farsa del aspirante jacobita Bonnie Prince Charles en 1747, en que reivindicó ser el Soberano Gran Maestro de la Real Orden. Todos sabían que aquello era consecuencia de su derrota de Culloden.

—Rick, por favor —suplicó Carles—. ¡El código!

—Bien, ¡déjame un lápiz! Pareces un poco nervioso.

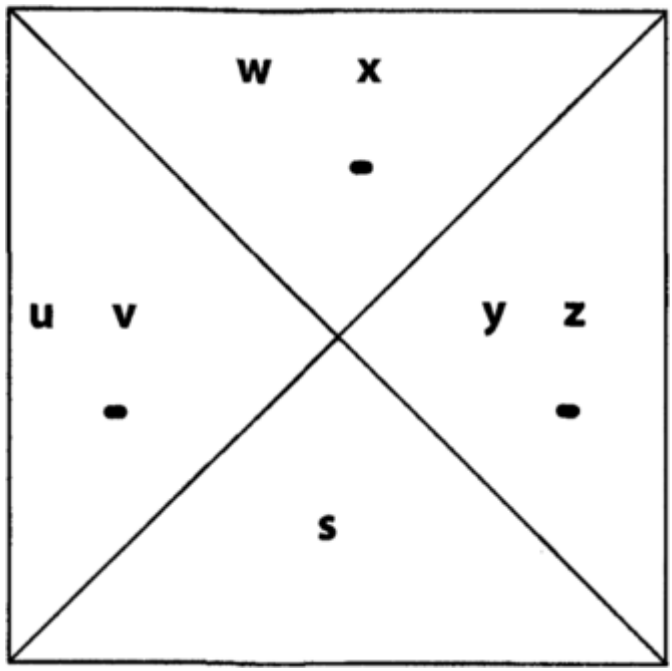
El republicano le dejó uno y pudo ver como el escocés trazaba unas líneas paralelas creando nueve casillas o celdas abiertas por la parte exterior. Dentro de ellas colocó las letras en parejas.

—¿Ves? En estas casillas colocamos las letras, Podemos llegar hasta la R.



—¿Y qué pasa con el resto del abecedario?

—Paciencia que todo se andará. Al lado se puede dibujar un cuadrado separado por dos líneas interiores que van desde un ángulo hasta su opuesto. Aquí ponemos el resto de las letras.

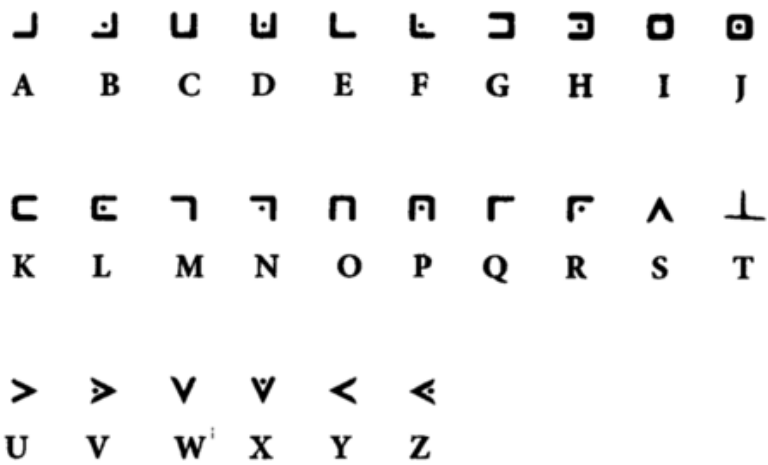


—Te falta la T.

—La T se conoce por el mismo símbolo invertido. Para representar cada letra se dibuja las líneas de la casilla donde se encuentran.

—Pero en cada casilla hay dos letras.

—¡Correcto! Para escribir la segunda letra de la casilla se ha de poner un punto dentro del dibujo. Por eso hay símbolos que tienen un punto y otros no. A continuación, te escribo el código.



—Bien. Ahora que tienes el código. Tú puedes traducir el mensaje.

Carles fue transcribiendo poco a poco y con detenimiento siguiendo las instrucciones que le había dictado su amigo. Como un barco surgiendo de entre la bruma, un mensaje fue apareciendo a medida que aplicaba el código en el mensaje que había dejado él moribundo. Cuando hubo acabado no pudo menos que estremecerse ante el contenido del mensaje:

Peligro
Gradalis
Traición

EL COMIENZO DE UNA REBELIÓN

Julio, 1936

—¿Qué crees que pasará? —preguntó Helena.

—Finalmente la has hecho —contestó Toni Vallés.

—Me temo que no será tan fácil como en ocasiones anteriores. Esta rebelión ya hace tiempo que la prepara el ejército. Lo que no tengo tan claro es que el gobierno esté preparado para sofocarla.

—Aquel día, sábado 18 de julio, se hallaban en casa de Toni Vallés en el Guinardó. Allí el aire parecía más despejado, alejado de la zona más bulliciosa de Barcelona. Su proximidad a los campos y zonas más boscosas hacían de aquel barrio una zona de calma y relajación.

—Es igual —comentó Guillermo—. Nosotros los pararemos. —No es tan fácil Guillermo. Los anarquistas ahora estamos bien organizados, pero apenas tenemos armas. Habrá que estar alerta por si se les ocurre sublevarse también a los militares de Barcelona.

—¿Entonces…? —comenzó Helena.

—Entonces veremos la guerra en Barcelona —sentenció Toni—. Habrá que estar preparado para todo.

—He traído más pan. Llevaros alguno —dijo Lena—. La

gente está comprando y acumulando comida.

—Gracias Lena, pero al trabajar en el restaurante, no tengo problema con la comida. Espero que esto acabe pronto.

Tras aquella afirmación, comieron con cierta celeridad. El día no estaba para muchas pausas. Los acontecimientos se producían con bastante rapidez.

—He de irme —dijo Toni—. Tenemos que ver qué hay que hacer.

—¡Te acompaño! —dijo Guillermo.

—¡Guillermo!, ¡ten cuidado!

—¡Lo tendré! —respondió mientras salían rápidamente.

Una vez quedaron a solas las dos mujeres, Helena comentó.

—¡Dios mío!, como pasa el tiempo. Es solo un niño.

—Bueno, algo crecidito ya —respondió sonriente Lena.

—No me perdonaría si le pasara algo, pero…, es como retener entre los dedos el agua del mar.

—Así es. Tiene un carácter tozudo y cabezón.

Helena sonrió ante aquel comentario.

—En cierta manera, ha salido a su padre. Una apariencia tímida ocultaba su testarudez. Pero era orgulloso y con un elevado sentido de la justicia. ¡Lena!

—¿Sí?

—Prométeme que…, si me pasa algo…

—No pienses en eso. No va a pasar nada. Ya verás cómo sofocan la rebelión.

—No lo sé, pero…, si me pasara algo… Prométeme que cuidarás de Guillermo. Él se cree un hombre, pero es solo un niño…, mi niño —dijo mientras una lágrima le caía por la mejilla.

—No te preocupes Helena, lo haré, aunque estoy segura de que no hará falta —le contestó mientras le ponía una mano

sobre la suya—. Te lo prometo.

* * *

Toni y Guillermo bajaron hacia la sede del Comité Regional de la CNT. A lo largo del recorrido pudieron ver el bullicio generado por las últimas noticias. La gente se preparaba para lo que pudiese pasar. Se comenzaban a apropiar de provisiones. Las experiencias de los ciudadanos les alertaban que las cosas no solían ser fáciles ni breves. Una vez llegaron a la sede, el ambiente era de excitación y de gran dinamismo. A medida que llegaban nuevas noticias se iban dando cuenta del alcance de la situación, cada vez más grave.

En casi todas las ciudades y pueblos, las fuerzas sublevadas salían a la calle y de apoderaban de los edificios oficiales, sobre todo del Ayuntamiento. Donde no había guarnición, los guardias civiles, los falangistas y gentes de ideología afín, armados de escopetas, hacían las veces de militares y proclamaban en términos oficiales el estado de guerra. Mucha gente pensaba que lo hacían por orden del gobierno de Madrid.

—Hay que conservar la calma. Todavía no ha llegado la hora —dijo Durruti.

—Habrá que rodear los cuarteles de San Andrés. Allí hay 25 000 fusiles, ametralladoras y algunos cañones. En cuanto se subleven caeremos sobre ellos y nos apoderaremos del arsenal —comentó García Oliver.

Los anarquistas comenzaron a organizar comités de defensa en cada barriada. Todos estaban al tanto de la información. Conocían la posición de los cuarteles, los

acantonamientos de las tropas y su número. Habían estudiado la red de alcantarillas y las vías de acceso subterráneas. También la instalación eléctrica para privar de energía cualquier sector cuando se requiriera.

—Necesitaremos vehículos para que los comandos puedan movilizarse —comentó Ascaso.

Sobre las once de la medianoche ya circulaban coches requisados con las siglas de la CNT-FAI. Aquella misma noche fueron asaltadas las armerías de Barcelona. Los anarquistas eran conscientes de que su fuerza era, probablemente, la más preparada para parar a las tropas.

A las dos de la madrugada Durruti y García Oliver se presentaron en la jefatura de policía a exigir, al comisario Escofet, el desarme de la mitad de la Guardia de Asalto y poner los fusiles a disposición de los trabajadores.

—Necesitamos esas armas para la lucha que se avecina —dijo Durruti.

—No se preocupen —respondió Escofet—. Mis hombres cumplirán con su deber.

Aquello se convirtió en un tira y afloja de difícil solución. Sobre las cuatro y treinta de la madrugada sonó el teléfono de Jefatura. Durruti pudo ver que la expresión en la cara de Escofet iba transformándose a medida que recibía noticias.

—¿Qué pasa?

—Las tropas de Pedralbes y Montesa han abandonado sus cuarteles.

—¿Dónde están las armas?, ¡apúrese!

En aquel momento se oyó un tumulto que provenía de la calle. Durruti se asomó al balcón de la Jefatura y pudo ver como llegaba una gran cantidad de obreros. Evidentemente, las noticias corrían como la pólvora. Se produjo una situación sorprendente: los Guardias de Asalto, conscientes del

momento excepcional que estaban pasando, comenzaron a repartir sus armas entre los obreros. Fue un momento de solidaridad. Todos eran conscientes de que el enemigo común sería implacable y cruel.

* * *

Aquella mañana del 19 de julio unos rayos de sol comenzaban a bañar las fachadas de los edificios de la ciudad. Los obreros estaban en la calle, agrupados, tensos, apostados en los cruces de las calles, en los portales, en las azoteas. Todos esperaban que alguien activara el mecanismo con el que daría comienzo la defensa de la ciudad. Guillermo había pasado la noche siguiendo los acontecimientos a pie de calle. Junto a él estaba Ascaso.

—¿Tienes miedo? —le preguntó el anarquista.

—No. No lo tengo —contestó el muchacho.

—Es bueno tener miedo. Te ayuda a estar alerta y protegerte. ¡Mira! —le dijo señalándole una moneda con la que estaba jugando—. Esta moneda me la dio un compañero hace ya bastantes años. Me ayuda a sentirme más seguro y a pasar los nervios antes de que comience la acción. ¡Quédatela!

—¿De veras?

—Sí, por supuesto. Es tuya. Así te ayudará a pasar los nervios, sobre todo en los momentos inciertos y peligrosos.

Encantado, Guillermo se guardó la moneda en el bolsillo. En aquel momento se escuchó la sirena de una fábrica, después otra sirena. Pronto la ciudad se llenó de sirenas que semejaban desesperados quejidos ante el enfrentamiento que se avecinaba. Los miembros del Comité subieron a los

vehículos. El adolescente subió en uno de ellos. Los camiones con la bandera roja y negra izada en un listón de madera se pusieron en marcha. Los ocupantes levantaron las armas. Un rugido se elevó desde la multitud. El griterío era ensordecedor, pues las sirenas seguían desgajando su amargo lamento en aquella mañana que no tardaría en teñirse de roja. Los anarquistas se dirigían al centro de la ciudad. No solo había anarquistas, también catalanistas, socialistas, comunistas y gente del POUM. Todos avanzaban hacia la Diagonal, hacia los límites de los barrios, levantando barricadas, vigilando las calles de acceso y los cruces.

A medida que las tropas se acercaban al centro de Barcelona comenzaron los tiros. Los grupos de obreros no dejaban pasar a los soldados. El primer escuadrón del Regimiento de Caballería de Montesa se vio sorprendido por el tiroteo al entrar en la Plaza de España. Los cañones abrieron fuego contra la barricada. Los cadáveres de diecinueve víctimas se esparcieron por toda la plaza. Todo aquello provocó la llegada de más obreros para oponerse a los militares.

El segundo escuadrón de Montesa llegó a la Plaza Universidad, sorprendiendo a los obreros al grito de «¡Viva la República!». Algunos trabajadores, desconcertados, fueron apresados sin resistencia. Muchos de ellos se replegaron y tomaron posiciones en las azoteas de los edificios frente a la Universidad.

La tropa entró en Plaza Cataluña. Pronto empezó el tiroteo contra los obreros. Imposibilitados de emplazar las ametralladoras, los soldados comenzaron a replegarse hacia los puntos que ofrecían mejor defensa como eran la Telefónica, el Hotel Colón, la Maison Dorée y el Círculo Militar. Fue entonces cuando comenzó el asedio de dichos edificios por

parte del pueblo. La Plaza de Catalunya fue barrida de manera sistemática por las ráfagas de ametralladoras. La sangre de los cadáveres pronto regó su superficie.

El tercer escuadrón de Montesa avanzaba por la avenida del Paralelo. A la altura del bar Chicago fueron recibidos a tiros por los trabajadores, desde la barricada que habían levantado los obreros del sindicato de la Madera de la CNT. Sorprendida, la tropa ocupó varios edificios e intentó montar las ametralladoras. El tiroteo fue inmenso. Finalmente, los soldados detuvieron varias mujeres y ancianos para tomarlos de escudo y contraatacar. De esta manera pudieron hacerse con la barricada y emplazar las ametralladoras. La tropa intentó seguir hacia el puerto, ya que su objetivo consistía en dejar el camino libre para cuando Goded llegara de Mallorca. El objetivo fracasó debido a que los obreros que habían ocupado la barricada se hallaban apostados en las bocacalles y en los terrados de las casas desde donde seguían el tiroteo.

Ascaso, junto a un grupo de trabajadores contraatacaron por la calle San Pablo. Guillermo que, a pesar de no tener armas, seguía de cerca los acontecimientos, acompañaba al anarquista. Desde un puesto estratégico pudieron observar que un capitán organizaba la defensa. Este alentaba a la tropa a seguir disparando con las ametralladoras. Ascaso disparó una descarga de pistola ametralladora acabando con la vida del militar. Un teniente quiso ocupar el puesto del capitán, pero fue rápidamente abatido. Las tropas restantes fueron rápidamente aniquiladas por los obreros.

La lucha era intensa en toda Barcelona. El Regimiento de Caballería de Santiago que había salido del cuartel de Lepanto tenía como objetivo el paseo de San Juan, el Arco de Triunfo y la Estación del Norte. Pronto fueron tiroteados por los trabajadores convirtiendo su objetivo en una misión

imposible. Finalmente, la tropa se desvió hacia la Diagonal llegando a situar las ametralladoras en el Paseo de Gracia. Desde allí disparaban contra todo aquello que se moviera, segando la vida de los civiles. Lejos de desanimarse, los obreros contraatacaban junto a los Guardias de Asalto con tácticas propias de la lucha callejera. Los guerrilleros improvisados iban acabando con los hombres del Regimiento. Tras dos horas de lucha encarnizada el coronel Lacasa retrocedió hacia el convento de los Carmelitas dejando retenes a medida que se replegaban. Los trabajadores, adivinando sus intenciones, fueron presentando batalla a aquellos puestos reduciéndolos uno a uno. Finalmente pudieron cercar el convento donde quedaba retenido el Regimiento.

Las baterías mandadas por el capitán Sancho Contreras habían esquivado la vigilancia que los trabajadores habían montado en el cuartel de los Docks por lo que pudieron llegar hasta la Plaza España sin apenas custodia. Grupos de Asalto y Seguridad abrieron fuego contra los sublevados. Los facciosos se tuvieron que replegar. Una sección ocupó posiciones en la avenida Icaria, de cara a la Plaza Monumental para defenderse de los obreros procedentes de ese punto. Otra emplazó una ametralladora en el paso a nivel para impedir que se les cerrara la retirada al cuartel. Las baterías abrían fuego sobre las barricadas, deshaciéndolas, pero los obreros las volvían a rehacer rápidamente. El tiroteo era incesante. Los disparos caían sobre los cargamentos de los mulos provocando explosiones de la carga. Los animales huían despavoridos provocando una imagen dramática y surrealista. Finalmente, los soldados recibieron la orden de retirada, pero dicha orden resultaba de difícil cumplimiento. A pesar de barrer el terreno con las ráfagas de ametralladora, pronto los oficiales fueron hechos prisioneros. Los soldados se unieron a los obreros en la

lucha por Barcelona. Algunos militares pudieron llegar al cuartel y encerrarse en los Docks. El pueblo, decidido, levantaba barricadas a pocos metros de la puerta principal.

El regimiento de Artillería Ligera número siete tenía la misión de apoderarse del centro de Barcelona y proclamar el Estado de Guerra. Ante la resistencia encontrada por las calles y las bajas sufridas, emplazaron la artillería entre las calles Claris - Lauria - Diputación - Gran Vía. Hicieron tronar el cañón que solo consiguió soliviantar a los obreros. Desde allí organizaron la defensa de la zona.

Ante la resistencia de los artilleros del Séptimo Ligero, los anarquistas decidieron poner en circulación tres camionetas y lanzarlas a toda velocidad sobre la tropa. La línea de ametralladoras apenas tuvo tiempo de advertir los vehículos que destrozaron la línea defensiva de los sublevados arrollándolos. Los obreros se hicieron con las ametralladoras y los sublevados pasaron a ser los perseguidos.

La compañía al mando del capitán Pulido, que tenía como misión socorrer a los artilleros de los Docks, sufrió contratiempos ante grupos armados. Desesperados, corrieron a refugiarse en el cuartel que pretendían defender, lo que consiguió desanimar a los oficiales facciosos.

Poco a poco se hacía evidente la derrota de los sublevados. El cañón tronó en la Plaza Cataluña, pero ahora se hallaba en poder del pueblo. La plaza se hallaba cubierta de cadáveres. Las ametralladoras seguían escupiendo plomo desde el hotel Colón. Cuando la Guardia Civil se apoderó de la planta baja, los pañuelos blancos hicieron su aparición por las ventanas. En la plaza solo quedaba el edificio de la Telefónica ocupado por los fascistas. Los anarquistas, a cuyo frente se hallaba Durruti, asaltaron el inmueble. La lucha fue feroz, piso por piso hasta que el edificio volvió a quedar en manos de los

trabajadores.

En las Ramblas habían emplazado un cañón de 75 que abría grandes brechas en los muros de Atarazanas. Poco a poco, aquel foco de insurrección fue atrayendo a más población. Los obreros se acercaban. Las mujeres traían municiones, alimentos y abastecimientos para los hombres de las barricadas.

Guillermo había podido conseguir una pistola del cadáver de un oficial. El muchacho se hallaba en un callejón próximo al Paralelo siguiendo el consejo de Ascaso, quien intentaba apartarlo de la primera línea de fuego. Allí se respiraba una cierta tranquilidad. El ruido de los disparos era amortiguado por el volumen de los edificios y la luz en aquel espacio aparecía difuminada dada la estrechez de la calle. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando ante él apareció un oficial que venía corriendo. La sorpresa fue mutua y se quedaron parados los dos. El hombre era joven, de agradable apariencia, con unos ojos claros y un fino bigote castaño. De repente, un disparo rompió el silencio y Guillermo pudo ver como una flor roja se abría en la frente del sorprendido soldado que cayó al suelo para no levantarse. Tras él apareció un obrero con una escopeta.

—¡Muchacho! Pásame su fusil.

Y Guillermo le pasó el arma. Cuando se fue el obrero, pudo registrar al soldado y entre sus ropas encontró una pistola Astra de 9 mm, similar a la que llevaba Ascaso. La cogió como si fuera un tesoro y comprobó que estuviera cargada. Se acercó al Atarazanas. Como todos los demás, asistía a la segura caída del cuartel. Solo era cuestión de tiempo.

Mientras tanto, cuatro hidroaviones sobrevolaban la ciudad. En su interior se hallaba el general Goded, cuya

misión consistía en ponerse al mando de la IV División Orgánica, hasta entonces bajo las órdenes del general Francisco Llano de la Encomienda. Lo que veía no le gustó nada: banderas catalanas ondeaban sobre los edificios oficiales, los disparos de fusiles y el tableteo de las ametralladoras se oían a lo largo de la ciudad. Pensó que las cosas no estaban yendo como habían sido planeadas. Él se encargaría de resolverlo.

SOBRE LOS MASONES

Marzo, 1940

Tras las novedades conseguidas gracias a la ayuda de Rick, Carles había podido plantear a Ernesto la solución del enigma. Este quedó sorprendido cuando el republicano le pudo enseñar el código y el enigmático mensaje.

—¿Cómo lo has podido descubrir? —le preguntó.

—Tengo mis colaboradores. Uno de ellos me hizo notar que el texto parecía corresponder a un cifrado masónico —esta había sido la débil excusa urdida con Rick. No quería descubrirlo a los ojos de Ernesto—. Le dije que lo indagara y ayer me lo confirmó, adjuntando el código.

Ernesto no acababa de creerse el asunto de los colaboradores, pero sabía que había unas parcelas de la vida de Carles que permanecían a la sombra de la mirada de los demás. Esto atañía a aspectos de su vida privada y de sus confidentes, Era consciente de que ese era un peaje que tenía que admitir si querían seguir trabajando juntos. Así se lo había hecho saber el republicano y él estaba dispuesto a aceptar el precio.

—Por lo tanto, el primer cadáver…

—Mandó una advertencia a sus compañeros. Se hallaban en peligro. Alguien los había traicionado.

—Pero ¿*Gradalis*, qué significa?

—Podríamos decir que es una escudilla o bandeja. En la Edad Media se consideraba un plato ancho y hondo donde se presentaban los alimentos de manera ceremoniosa. Normalmente era de plata o de algún material precioso.

—Eso no tiene sentido. Una advertencia por una bandeja.

—Sí que puede tenerlo. Sobre todo, si no se trata de un *gradalis* cualquiera sino del *Gradalis*, el único.

—¿El único? —Ernesto se perdía en la explicación.

—El *San Gréal*, el Santo Grial.

—¿Me estás diciendo que podría ser…?

—El Santo Grial. La copa que utilizó Jesús en la última cena.

—¿Masones y el Grial?, una extraña combinación.

—El Grial puede tener un significado simbólico —apuntó Carles.

—Pero si el Grial es una copa…

—Una copa es el tatuaje que tienen en común los dos cadáveres.

—Creo que este caso se complica más todavía.

Ernesto todavía mantenía un aire de enorme incredulidad. La información lo desbordaba y, saber que estaban tratando con masones y con un tema tan peculiar como el Santo Grial lo había sorprendido. Sin embargo, conociendo a Carles, no descartaba la posibilidad de que fuera cierto.

—Posiblemente sea hora de aclarar algunos asuntos.

—¿Qué quieres decir?

—Habrá que hacer una visita al profesor Fonseca y hacerle hablar.

—¿Crees que pueda tener alguna relación con el caso? —preguntó Ernesto.

—No creo, pero sí que puede tener relación con los

masones y es profesor de lenguas semíticas, además de historia medieval.

* * *

Fueron al piso del profesor, un apartamento situado en la calle Córcega, próxima a la calle Bailón. Los había llevado Hamed en el vehículo. En las proximidades, contactaron con Marco Venacio que se hallaba realizando las labores de vigilancia. Este les había afirmado que el profesor se hallaba en su domicilio, un tercer piso de un edificio que en su fachada de piedra ya daba muestras de una antigüedad no exenta de cierta distinción. Hamed abrió la puerta exterior con suma facilidad. Su experiencia en el asunto era innegable. Una vez dentro del edificio, solamente Carles y Ernesto subieron hasta el apartamento. La sorpresa del profesor se hizo evidente cuando abrió la puerta.

—Buenas tardes profesor.

—¡Oh! —exclamó fruto del asombro.

—¿Llegamos en mal momento? —preguntó Carles quitándose el sombrero.

—No. Por favor. ¡Entren! —les dijo abriendo totalmente la puerta—. Me disponía a preparar una de mis clases, pero a veces creo que soy el único capaz de distinguir entre una iglesia románica y una gótica.

Les hizo pasar a lo largo de un estrecho y oscuro pasillo con techos elevados, hasta una habitación que tenía una puerta entreabierta. El profesor la abrió totalmente y se hallaron en un despacho de unos 20 metros cuadrados. Lo primero que asombró a Carles fue la cantidad de libros que

había. A excepción de los espacios ocupados por la puerta y una gran ventana, el resto estaba lleno de estanterías repletas de volúmenes: había libros apilados, agrupados junto al escritorio, algunos nuevos, otros bastante antiguos. Lo cierto era que, a pesar de la gran cantidad de ejemplares, no se veían descuidados. Carles apreció que no parecía acumularse el polvo por lo que el docente debía consultarlos con regularidad. En medio había un gran escritorio sobre el que se amontonaban papeles y algunos manuales junto con material de escritura. La impresión que daba el profesor era la de un erudito de una época anterior.

—Siéntense, por favor —dijo el profesor señalando dos sillas que había ante el escritorio—. ¿Desean tomar algo?

—No, gracias —contestaron al unísono.

—Si me lo permiten, yo tomaré agua —comentó mientras vaciaba parte del contenido de una botella en un vaso que había en el escritorio.

El republicano observó un cierto temblor de la mano al abocar el líquido. «Las experiencias pasadas por los sospechosos de cualquier cosa que pudieran considerase enemigas del régimen se ponen de manifiesto en su estado anímico», pensó Carles. El republicano quería que el profesor colaborara de manera voluntaria por lo que inició la conversación.

—Quiero que sepa que no hemos venido a verle como sospechoso de nada. Se trata, como le dijimos, de investigar un asesinato y, creemos que usted nos puede ayudar.

—¿Es por eso que me han estado siguiendo?

—Si le he de ser sincero, pensábamos que usted sabía alguna cosa más de lo que nos explicaba. —Carles pensó que aquel hombre, acostumbrado a estar alerta, debía haber notado algo sospechoso y había descubierto que lo vigilaban.

De hecho, un rifeño y un cojo no pasaban tan desapercibidos.

—Soy un simple profesor universitario.

—¡Usted es masón! —le espetó Carles—. Por eso se puso nervioso cuando le enseñamos el mensaje. Conocía su significado. Pensó que nosotros estábamos buscando algún individuo contrario al orden actual.

El republicano observó la duda que se manifestaba en la actitud de aquel hombre. Imaginó que quería creer lo que le estaban diciendo, pero debía tener sus dudas y, sobre todo, sabía que manifestarse masón significaba la cárcel…, o la ejecución.

—Escúcheme —continuó Carles—. Me importa poco si es masón o musulmán. Nuestro objetivo no consiste en perseguir personas con ideas diferentes sino resolver unos crímenes en los que al parecer hay masones implicados. Tampoco le pediremos que delate a otros compañeros que tengan su misma ideología. Le necesitamos como colaborador y como asesor. No tendrá que padecer por este tema. Piense que no estamos en ninguna comisaría. Nuestra misión es secreta por lo que tan solo comunicaremos los resultados, no los medios por los cuales llegamos a ellos.

—Pero…, si me acusan de masón…

—Para empezar, nadie le va a acusar. Usted es masón y yo republicano. ¿Qué le vamos a hacer? Solo queremos que nos ayude a entender algunas cosas.

El hombre lo miró sorprendido.

—Si fuese verdad ya lo hubiesen fusilado.

—Lo hicieron —dijo sacando la Biblia agujereada que siempre llevaba encima—, pero no estaba escrito mi epitafio.

Finalmente, tras recibir argumentos y seguridades, el catedrático accedió a colaborar con los policías.

—¿Por dónde quiere que empiece? —preguntó el profesor

Fonseca con marcada resignación. Su aspecto evidenciaba que había llegado el momento que no hubiera querido de ninguna manera.

—¿Conoce este escrito? —le preguntó Ernesto enseñándole el papel con el mensaje codificado.

—Lo conozco porque me lo enseñaron el otro día.

—¿Y no lo había visto antes?

—No. No lo había visto.

—Pero ¿sabe lo que dice?

—Puedo saberlo si me da tiempo.

—Por favor, ¡hágalo! —le dijo Carles alargándole papel y un lápiz.

El profesor comenzó a escribir en el papel con gran concentración. Al cabo de unos minutos obtuvo el mismo mensaje que había traducido Rick.

«Peligro. Gradalis. Traición».

—¿Este mensaje le dice algo?

—No. No tengo ni idea de lo que significa.

—¿Conoce usted a estas dos personas? —Ahora fue Ernesto quien le enseñó la foto de los dos cadáveres.

—No. No los había visto en mi vida —contestó después de una breve observación.

—Tengo entendido que la masonería tiene su origen en la sabiduría ocultista expresada en la construcción del Templo del rey Salomón, descubierta en el siglo XII por los caballeros templarios —comentó Carles que había estado buscando información en la biblioteca, tanto del Santo Grial como de los masones—. Aquellos que emigraron a Escocia tras la disolución del temple por orden del rey de Francia originaron la masonería.

El profesor Fonseca sonrió.

—Se dicen muchas cosas del origen de la masonería y

pocas buenas, sobre todo aquí en España. ¿Qué quiere?, ¿una lección de historia?

—La verdad es que se lo agradecería. Creo que podría aclararnos varias cosas —dijo Carles y miró hacia su compañero. Ernesto solía ser más pragmático, directo y concreto cuando hacía sus preguntas.

—La masonería, en general, intenta hacer evolucionar a la especie para que retome la forma que fue.

—¿La forma que fue?

—Sí. A ver cómo lo puedo explicar… —Fonseca adoptó un papel neutro—. Los masones consideran que el ser humano se encuentra incompleto. No les convencen las explicaciones bíblicas. Ellos creen que el ser humano había nacido con unas posibilidades muy concretas y se mecanizó, o sea, derivó hacia una especie incompleta que es lo que somos ahora. Por ejemplo: es impensable que, con todo el conocimiento que posee, el hombre se dedique a matar a otros seres humanos. Mientras las religiones intentan lo mismo y llenan sus dudas con fe, los masones intentan hacer evolucionar a la especie humana en sus reuniones para poder entender mejor la figura del gran arquitecto del universo.

—¿El gran arquitecto? —preguntó Ernesto.

—Ustedes lo llaman Dios —le contestó y se paró un momento a tomar un poco de agua—. Cuando hablamos de masonería hemos de diferenciar entre la operativa y la especulativa. La operativa se cree que tiene su origen en los canteros que construían catedrales góticas. Estos eran gremios muy cerrados por los conocimientos que tenían, así como por los códigos de comunicación que empleaban sus miembros. La construcción de una catedral implicaba varias generaciones. Para descansar o comer, los canteros se reunían en una choza o logia, de aquí el término logia en el mundo de

los masones. Estos grupos se cohesionaban y seguramente también se planteaban otros temas de índole más abstracta o filosófica. Esta sería, a grandes rasgos, las características de la masonería operativa.

—¿Y la especulativa? —Carles estaba disfrutando de aquel conocimiento del cual apenas tenía idea dado el carácter secreto que presentaban las asociaciones de masones.

—La masonería especulativa tiene su origen en un grupo de científicos de la Royal Society, una institución dedicada a la investigación. Crearon la masonería como institución independiente de la religión.

—Por eso la religión católica se opone a los masones —apostilló Carles.

—Efectivamente. La religión católica no desea que otro le discuta el discurso, un discurso basado en la fe, pero a menudo sin una base lógica que lo sustente.

Ernesto se revolvía inquieto. Había pilares que él consideraba intocables y uno de ellos era la religión. Hasta el momento le había aportado una estabilidad y una perspectiva determinada para comprender el mundo y para soportar las desgracias pasadas. El profesor Fonseca se paró. Ignoraba si había ido muy lejos con su discurso.

—Por favor, profesor, continúe.

—Se cree que Newton fue el padre de la masonería especulativa. El caso es que en 1717 se creó la Gran Logia de Inglaterra. En 1723 se publicaron las primeras Constituciones de la masonería, conocidas como *Constituciones de Anderson*.

—Pero —para Ernesto, aquello chocaba con el mundo que conocía—, ¡la iglesia ha excomulgado a los masones!

—En efecto —sonrió el profesor—. Pero, a pesar de todo, voy a misa a menudo.

—¿Y eso no le produce contradicciones?

—¡En absoluto! Para mí la fe es la certeza absoluta de algo, para la Iglesia la fe consiste en que hemos de creer en su mensaje.

—¿Y no es lo mismo? —preguntó Ernesto.

—Si tú le das todo el poder a la Iglesia sí, pero justamente ahí se halla el peligro para la religión. Para los masones es el hombre quien decide sobre lo que ha de ocupar su fe. Eso supone un peligro en la masa de creyentes —el profesor parecía hallarse ahora en mitad de una clase—. ¿Qué pasaría si todo el mundo decidiera pensar por su cuenta y apostar sus creencias a otras certezas…, por ejemplo: la ciencia?

—La gente dejaría de ver a la iglesia como la única portadora de la razón —comentó Carles.

—¡Efectivamente! —sonrió Fonseca—. La iglesia perdería creyentes y, por tanto, poder. Por eso necesita demonizar a aquellos que piensan diferente, como es el caso de los masones. De hecho, la logia es una reunión soberana de hermanos maestros que se reúnen para trabajar. Han de ser siete como mínimo. Las divergencias entre logias pueden ser grandes, en cuanto a conocimientos. En cambio, la iglesia es un sistema pensado para millones de personas. Ello implica que la normativa ha de ser igual para todos, por lo que resulta mucho más estricta y encorsetada.

—Pero se habla de ritos secretos…

—Otra leyenda más referida a los masones y utilizada por sus enemigos. Los requisitos para ser masón son muy simples: ser mayor de edad, libre y de buenas costumbres. Además, ha de tener ciertos conocimientos intelectuales para entender la complejidad de este mundo.

—Pero Franco ha dejado claro… —comenzó Ernesto.

—¿Su odio a los masones, su obsesión?

—No. Él puso en evidencia la intriga masónica para

destruir el país.

El profesor rio. Evidentemente ahora se encontraba mejor.

—¿Y usted se lo creyó?

—Hombre yo… —Ahora Ernesto se hallaba descolocado.

—¿Qué es lo que más odia una persona sino aquello a lo que no le dejan acceder?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Carles.

—Franco intentó hacerse masón en dos ocasiones y en ambas fue rechazado —al oír esto, los oyentes quedaron asombrados—. De hecho, su padre y su hermano Ramón eran masones. A mediados de los años veinte, pidió su iniciación en una logia de Larache llamada Lukus. Los militares masones le dijeron que lo aceptaban y le hicieron gastarse una pequeña fortuna en túnicas bordadas y adornos absurdos y, al final, lo despidieron entre risas.

Franco tuvo que aguantar la broma, pero en 1932, ya general, volvió a intentarlo en Madrid. Allí lo rechazaron. Su hermano fue uno de los que votaron en contra. Por eso no puede ver a los masones. Su orgullo transformó en obsesión lo que había sido un gran deseo.

—Entonces, Franco…

—Franco odia a los masones a muerte. Visto que ha sido incapaz de superar su frustración por no haber entrado en la orden, ha intentado el exterminio de la misma. Ya ha dado pruebas de ello. Cuando comenzó la rebelión militar del dieciocho de julio, en Santa Cruz de Tenerife, provincia de la que Franco era comandante militar, la logia Tinerfe y todos los masones detenidos, fueron fusilados en las primeras horas. A partir de ahí se inició una represión feroz contra los masones que ha ido en aumento. De hecho, el veintiocho de julio de 1936, la Junta de Defensa Nacional emitió una Orden

represiva contra los masones y los enemigos de los golpistas. Poco después, en septiembre de 1936 Franco firmó la primera disposición directamente dirigida contra la Masonería. En abril de 1937 se creó la Oficina de Investigación y Propaganda Anticomunista para actuar, en particular, contra las sociedades Masónicas. En mayo del mismo año se creó la Delegación de Asuntos Especiales, con el objetivo de recoger la documentación relativa a las sectas secretas, en especial, las Masónicas. Posteriormente —el profesor ya llevaba el ritmo habitual de sus clases en la Universidad y veía a Carles y Ernesto como dos interesados alumnos—, en diciembre de 1938 se emitió un Decreto para que todos los símbolos masones o inscripciones que pudieran ser ofensivos para la iglesia católica fueran eliminados de los cementerios. En febrero del año pasado apareció la Ley de Responsabilidades Políticas donde todo aquello que olía a masón se consideraba una circunstancia agravante.

—Veo que es usted toda una enciclopedia —comentó Carles asombrado del conocimiento de su nuevo asesor.

—Pero así, ¿la pérdida de las colonias, la caída de la monarquía, la guerra civil…? —preguntó Ernesto haciendo referencia a algunas de las acusaciones que se ejercían sobre los masones.

—Todo falso. La Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo, publicada hace unos días en las que se acusa a los masones de un sinfín de delitos y de conspiraciones solo responden a la embestida furiosa de un pequeño hombre colérico y frustrado.

EL SANTO GRIAL

Marzo, 1940

El trabajo parecía haberse paralizado en el despacho en que se encontraban. Mientras Fonseca intentaba aprehender toda la información posible que chocaba estrepitosamente con aquellas advertencias que había recibido a lo largo de su vida, Carles absorbía aquel conocimiento e intentaba hacerlo encajar con los acontecimientos y descubrimientos conocidos hasta aquel momento.

—¿Qué le sugiere *Gradalis*? —le preguntó haciendo referencia al contenido del mensaje.

—No creo que descubra nada nuevo si les digo que supongo que es una referencia al Santo Grial.

—Eso habíamos pensado, pero usted que es académico de Historia Medieval, díganos: ¿Qué es exactamente el Santo Grial?

El profesor Fonseca sonrió. Evidentemente, el carácter y el trato que estaba recibiendo no parecían corresponder al de una acusación sino al de un asesoramiento a dos interesados colegas. Se había quitado la chaqueta a pesar de que la temperatura en aquella habitación era más bien fresca.

—Esa es una pregunta compleja y no resulta fácil de explicar.

—Por favor, continúe —le rogó Carles quien tenía con el profesor un trato similar al que había tenido con los docentes cuando iba a la universidad.

—La figura del Santo Grial evidencia una significativa complejidad. Tradicionalmente, tendemos a creer que el Santo Grial era la copa que Jesús usó en la última cena. De hecho, esta es la visión recogida en algunas obras literarias, sobre todo las que componen el Ciclo Artúrico.

—¿Y no es así? —preguntó Ernesto.

—Piensen que la primera referencia al grial surgió de una novela de Chrétien de Troyes: *El cuento del Grial*, redactada hacia finales del siglo XII. Robert de Boron, un poeta francés del siglo XII le dio una dimensión cristiana. Planteó que José de Arimatea usó la copa de la última cena para recoger las gotas de sangre que Jesús derramó en la cruz. Aquí nació el mito del Santo Grial.

—¿Podría tener otros significados? —preguntó Carles—. A fin de cuentas, la palabra utilizada en el mensaje no es *Santo Grial* sino *Gradalis*.

El profesor Fonseca volvió a sonreír. Parecía encontrarse en su salsa.

Veo que es usted una persona muy perspicaz. Podría asistir a mis clases —volvió a retomar el hilo de la explicación —. Etimológicamente, Grial deriva de la palabra latina *gradalis* o *gratalis* y esta a su vez de *cráter* que significa vaso o copa muy grande. Hubo un cronista cisterciense, llamado Helinandus, que vivió en el siglo XIII, que hizo referencia a la visión de un ermitaño del siglo VIII acerca del plato utilizado por Jesucristo en la Ultima Cena, sobre la cual escribiría un libro en latín llamado *Grádale*. Este concepto hacía referencia a un plato ancho y un poco profundo en el que solían servirse costosos manjares a los ricos en forma gradual. ¿Sabían

ustedes que, aunque la leyenda del Santo Grial se propagó desde el norte de Francia, el vocablo es anterior y procedía del sur de aquel país y de Cataluña? En catalán arcaico podría equivaler a la palabra *greala* y en occitano antiguo *grazala*. Su significado sería *gibrella*, o sea, un lavamanos.

—¿Pero podría tener otro sentido aparte del religioso? —preguntó Ernesto que ahora participaba con más ánimo en la conversación. Parecía haber eliminado algunos prejuicios.

—La historia del grial gira en torno a la mitología. Lo que sucede es que la iglesia se ha apoderado del discurso mitológico y le ha dado un barniz cristiano. Cuando Robert de Boron hablaba de la copa para recoger la sangre de Cristo, no hacía otra cosa que fusionar el Grial con el mito céltico del caldero. En la mitología céltica, el caldero era símbolo de abundancia a nivel material y espiritual. En cuanto a lo material distribuía comida y conocimiento infinito. Por lo que respecta a lo espiritual, era un símbolo de resurrección. Allí se arrojaba a los muertos para que resucitaran al día siguiente. En cierta manera, el caldero nutre a los guerreros célticos de la misma manera que la sangre del cáliz nutre la fe de los cristianos y los regenera a una nueva vida.

Fonseca realizó una breve pausa para poner más agua de la botella en el vaso. Bebió un poco y les ofreció:

—¿Quieren un poco de agua?

—No, gracias. Prosiga.

Fonseca, más animado en aquel momento, se levantó y cogió un volumen de su amplia biblioteca. El volumen parecía estar formado por pergaminos encuadernados que lo convertían en una obra antigua y exclusiva. Lo colocó con cuidado encima de la mesa y, abriéndolo, señaló una ilustración medieval que representaba un caballero.

—Posteriormente, teniendo en cuenta que el concepto del

Grial ya se iba asentando en la población, llegamos al siglo XIII en el que Wolfram Von Eschembach escribió el poema «Parzifal» donde realizó una nueva interpretación del Santo Grial. Ya no hablaba de una copa sino de una piedra purísima, el *lapis exillis*, una piedra con poderes milagrosos, capaz incluso de conceder la inmortalidad. Esa piedra caída del cielo ha sido relacionada con «la piedra del destino», la *lia fàil*, de una antigua leyenda irlandesa, una esmeralda caída de la frente de Lucifer y conducida a la tierra por los ángeles que proclamaron a Tirutel señor del Reino del Grial.

—Nunca hubiera pensado en el Grial como una piedra. —Carles asistía asombrado a aquella clase magistral tan particular.

—El hecho de considerar el Grial como una piedra está relacionado con el valor material o espiritual de la misma. La piedra caída del cielo también es atribuible a la piedra negra custodiada de la Ka'ba de la Meca. Alá la hizo descender del paraíso a la tierra. El arcángel Gabriel hizo su entrega a Abraham una vez este acabó de edificar el primer templo de Dios. También tenemos la piedra filosofal, que además de dar conocimiento y curar la naturaleza humana era capaz de transmutar los metales corrientes en oro.

—Ya veo que el concepto del Grial está bien representado en las diferentes culturas, especialmente la occidental —comentó Carles.

—Lo que no termino de ver claro —dijo un disciplinado Ernesto— es la relación entre el Grial y los masones.

El profesor Fonseca sonrió.

El oro es el único material capaz de permanecer inalterado en el tiempo. Por lo tanto, estamos hablando de la «esencia primigenia» que representa la condición inmortal y primordial perdida. Recuerden que el objetivo de los masones consiste en

recuperar esa esencia perdida. Ya les avisé que el tema es más complejo de lo que parece y tiene muchas aristas —les comentó pasando varias páginas de aquel libro—. ¿Puedo continuar?

Se volvió a levantar. Fue hasta la estantería y sacó un volumen de historia del arte, concretamente de catedrales góticas.

Miren qué belleza —les comentó—. Estas catedrales se apoyaban en la tierra para estirar sus dedos hacia el infinito, para elevar al ser humano. Quisieron llevar al hombre hasta la medida de Dios. Para los maestros canteros, la piedra cúbica, es una piedra pulida, preparada para construir estos edificios. Los masones la cogieron como alegoría de su filosofía: el símbolo del cubo representa el suelo del Templo. Cada bloque de construcción representa un ser humano: unos son rudos, otros más acabados o más suaves. El más esplendido de todos los templos sería aquel en que los humanos se reunieran con un amor fraternal. Aquí volvemos a tener el significado de superación a nivel espiritual, de pasar de ser una persona «ruda» a otra más mística. Así, la piedra cúbica de los masones no dejaría de ser una variante de la mística del grial.

El profesor Fonseca hizo una breve pausa y volvió a poner agua en el vaso.

—Estoy seco. Me temo que les aburrirá mi perorata.

—Ni mucho menos. Por favor, continúe —le animó Carles.

—Fue Von Eschembach quien convirtió el Grial en un símbolo eucarístico. Sus custodios no eran otros que los templarios —les dijo señalando unas ilustraciones de aquella obra, ilustraciones que parecían haber sido pintadas a mano a pesar de su resolución un tanto infantil y plana—. Los templarios se alimentaban únicamente de su energía. Pero

solo aquellos que tenían una total pureza moral eran capaces de llevarlo consigo. Hay leyendas que dicen que el Grial podría estar en Glatonsbury, en Inglaterra, junto a un río donde la sangre fluye roja. Dicen que allí llegó José de Arimatea para construir la primera iglesia en suelo británico, treinta años después de la muerte de Jesucristo. Aquella iglesia estaba destinada a albergar el Santo Grial. Glatonsbury también suele ser identificado con el mítico Avalon, lugar de reposo del Rey Arturo. Los monjes de la abadía de Glatonsbury afirmaron haber encontrado las tumbas de Arturo y Ginebra al sur de la abadía. Y aquí vuelve a salir la leyenda artúrica, siempre relacionada con el Grial.

—Si es cierto que el Grial se halla en Inglaterra, no entiendo qué relación puede tener con los cadáveres en Barcelona —comentó Ernesto.

—Pero el cadáver —pensaba en voz alta Carles— llevaba libras esterlinas.

—No creo que tenga relación porque dudo que esa leyenda sea cierta.

—¿Y eso…?

—En primer lugar, la inscripción encontrada en la abadía de Glatonsbury parece responder a otro estilo posterior, muy alejado del propio del siglo V o VI, época en que se supone que debió vivir el rey Arturo. Tampoco parecen haberse encontrado referencias contemporáneas al descubrimiento. Piense que, en la Edad Media, la grandeza de una iglesia se medía por la cantidad y calidad de sus posesiones religiosas. Por eso se hallan tantos huesos del mismo santo repartido en diferentes iglesias y catedrales. Si juntáramos los huesos de algún santo que hay repartidos por iglesias, abadías, catedrales y ermitas podríamos tener una replicación multitudinaria del santo en cuestión.

—Pero, me extrañaría que una iglesia dijera que posee los huesos de un santo si no fuera verdad. —Ernesto todavía intentaba mantener su fe a resguardo.

—Se sorprendería de los engaños y robos en torno a los restos de los santos. Piense que la situación económica de una iglesia y su importancia dependía de la cantidad de fieles que la visitaban. El producto que vende la iglesia es la fe. Pero la gente, a menudo, necesita ver cosas materiales y tangibles para mantener su fe. De aquí la importancia de las reliquias religiosas. Y, si no hay reliquias…, se falsifican, se roban, o se compran a individuos de dudosa moralidad. Las reliquias eran restos, supuestamente de santos, que tenían poderes milagrosos o curativos. La gente, atraída por ellas, visitaba la iglesia en cuestión, convirtiéndola en centro de atracción y aumentando su poder económico y espiritual. Un ejemplo emblemático lo tenemos en el Camino de Santiago donde en el año 813 se descubrieron «de manera milagrosa» las reliquias del Apóstol bajo la maleza del monte Libredón. Allí se levantó una capilla y, al poco tiempo una iglesia, que pronto quedó pequeña ante la asistencia de fieles. De hecho, se cree que el Santo Grial también ha estado en tierras españolas, concretamente en los Pirineos.

Aquella observación dejó asombrados a los policías.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó Ernesto.

—En algunos frescos de iglesias románicas del siglo XII, se puede observar una iconografía, única en el mundo, que podrían tener relación con la estancia del Santo Cáliz en aquellas tierras —el profesor se levantó y cogió otro volumen de arte románico—. Observen esta imagen —les dijo señalando una ilustración del libro en la que se podía apreciar la Virgen sosteniendo en su mano izquierda un cáliz del cual parecían salir rayos o llamas—. Esta imagen corresponde a la

Iglesia de San Clemente de Taüll en la provincia de Lérida. Muchos expertos consideran que la copa no es otra cosa que el Santo Grial. Estas reproducciones de la Virgen sosteniendo el Grial la encontramos además en las iglesias de Ginestarre y la de Sant Roma de Les Bons, en Andorra, además del monasterio de Burgal, también en la mencionada Lérida.

—¿Cómo se explica esa localización? —preguntó Carles quien lanzó una mirada hacia Ernesto. Él también había reconocido en aquellas imágenes, el tatuaje de los cadáveres.

Hay quien asegura que la copa que utilizó Jesucristo era una copa labrada entre los siglos II y I a. C. en un taller de Egipto, Siria o Palestina. Esta copa fue conservada por los primeros cristianos y fue llevada a Roma por San Pedro, el primer Papa. Allí la conservaron hasta Sixto II quien, para salvarla de la persecución del emperador Valeriano, se la entregó a su diácono: San Lorenzo. Este se la dio a un soldado español para que la llevara a Huesca, donde creía que su familia se haría cargo de ella. A raíz de la invasión musulmana la reliquia fue saltando de custodia en custodia: Yebra, Siresa, Balboa, San Adrián de Sasabe, San Juan de la Peña y Jaca, donde Ramiro I de Aragón mandó alzar un templo en su honor.

El profesor paró un momento en su disertación.

—Como ven, todo el mundo parece haber tenido que ver algo en la historia del Grial.

—Entonces, ¿el Grial está en Jaca? —preguntó Ernesto.

—No. De Jaca pasó a la Aljafería de Zaragoza, de allí a la Capilla Real de Barcelona y, finalmente, en 1437 fue entregado en custodia a la ciudad de Valencia, concretamente en la Catedral, donde está en la actualidad.

—¿Cree que es el Santo Grial verdadero?

—Parece ser que está demostrada su antigüedad, pero eso

en sí mismo no le da la categoría de reliquia, El valor es más simbólico que económico. Siempre puede haber algún fanático o desesperado que considere que vale la pena cometer un delito por eso.

—Creo que nos hemos desviado del tema —comentó Carles.

—No crea, no del todo. Hemos hablado del Santo Grial como una copa, pero también puede tener un significado más religioso —prosiguió con su estilo didáctico—. En el siglo XIII, el concepto de Grial cambió y se asoció a un libro que escribió el mismo Jesús y que podía ser leído solamente por quien estuviese en la gracia de Dios. Sería el Evangelio. La copa sería solo un símbolo para las enseñanzas reales de Jesús. De hecho, el cristianismo considera a Jesús la piedra sobre la que está constituida la iglesia de Dios. Esto tiene no solo un carácter material sino también espiritual. Es probable que los templarios hicieran copias de ese Evangelio único. También se habla de que los masones podrían tener una copia.

—¿Usted sabe si los masones tienen una copia? —preguntó un escéptico Ernesto— aunque imagino la respuesta.

—Todos son mitos y leyendas. Donde no llega el conocimiento, a menudo llega la imaginación.

—O la fe. —Ernesto seguía en su línea.

—Piense que la mitología y la religión no son otra cosa que dos maneras de ordenar aquellos temas que desconocemos. Crear un relato para contestar a las preguntas clásicas que todo hombre se realiza desde la antigüedad: ¿Quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos?

—Pero, volviendo al caso que nos ocupa, en dos cadáveres aparece tatuada una copa similar a la de las pinturas.

—Podría tener cualquiera de estos significados. Todavía

hay otro, pero no sé si explicárselo a ustedes.

—Eso sería entorpecer la labor de la policía —acusó Ernesto.

—No se trata de entorpecer sino de lo molesto que puede resultar a sus oídos.

—No sufra por mí —contestó el militar.

—Bien. Les diré el último concepto referido al Santo Grial. Este haría referencia a la palabra *Sangréal*.

—¿*Sangréal*? —Carles se mostraba cada vez más asombrado de la gran cultura que manifestaba el profesor.

—¡En efecto! Haría referencia a la *Sang Real*, la sangre real. Esta era la sangre de Judá, la línea de David que progresó a través de Jesús y sus descendientes. De aquí derivaría, posteriormente la palabra Santo Grial.

Ernesto había quedado asombrado. Cada vez le costaba más digerir las explicaciones.

—Pero… Jesús no tuvo descendencia. Murió en la cruz y nunca se casó.

—Calma Ernesto —le recomendó Carles—. Has de abrir más tus horizontes. Estamos asistiendo a lo que se llama clase magistral, y…, la verdad…, es fascinante.

—¿Fascinante? ¡Eso es una herejía!

—¡Correcto!, ¡una herejía! ¿Y que es una herejía sino una opinión contraria al dogma ortodoxo de los obispos cristianos? —Realmente, ahora el profesor se hallaba totalmente imbuido de un gran espíritu dialéctico, y parecía disfrutar con ello—. Cada vez que avanza la ciencia, cada nuevo descubrimiento, es una herejía que socava los dogmas de la iglesia, pero…, sin los avances en medicina usted estaría muerto —dijo señalando a Ernesto.

—¿Por favor, podría seguir con la explicación? —Carles intentaba no perder comba de lo que allí se trataba.

—En el ministerio de Jesús había muchas mujeres activas: María Magdalena, Martha, Helena, Salomé, entre otras. No solo fueron discípulas, sino que están registradas como sacerdotisas y administraban escuelas de culto en la tradición Nazarena. Según esta teoría, Jesús pertenecía a la casa de David, descendiente del rey Salomón. Se casó con María Magdalena, de la casa de Benjamín. Ello crearía una gran fuerza política que podría restaurar la línea sucesoria de los reyes, como en tiempos de Salomón. María estaba encinta en el momento de la crucifixión. Tuvieron una hija a la que llamaron Sarah. María Magdalena marchó a Francia junto a José de Arimatea. A partir de Sarah, se establecería el linaje de Jesús.

—¿Por qué la iglesia no lo ha manifestado, si es así? —Incidió Ernesto muy incómodo con el cariz que tomaba el discurso.

—Porque a la iglesia no le interesaba un Jesús que hubiera tenido relaciones sexuales ni tampoco el poder de una mujer. Le interesaba la imagen de un Jesús inmaculado, sacrificándose en la abstinencia como un servicio a Dios.

—¿Quiere decir que la iglesia ha manipulado algo así?

—Podría ser. Todos conocemos los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, pero… ¿qué hay de los Evangelios de Felipe, Thomas, María y María Magdalena?

—¿Hay más Evangelios? —Ernesto estaba descubriendo aspectos que debilitaban su fe religiosa, todo un mundo nuevo de difícil asimilación.

—En efecto. En el concilio de Cartago, en el 397, se seleccionaron los Evangelios que conformarían el Nuevo Testamento y que seguían la línea marcada por la Iglesia. Se eliminó todo rastro de actividad de la mujer en el ministerio de Jesús. La mujer tenía que adquirir un papel dependiente

del hombre. ¿Sabían que hasta ese momento no se había hablado de resurrección? Fue un añadido posterior.

—Pero, la Iglesia nos dice que Jesús resucitó.

—Así es…, la Iglesia, pero no los Evangelios. Los apóstoles sabían que Jesús sobrevivió a la Crucifixión. El Nuevo Testamento fue corrompido y la Iglesia se convirtió en una gran empresa internacional.

—¡Sorprendente! —exclamó un Carles reflexivo.

—Señores. Si no quieren otra cosa…, me temo que la lección ha acabado por hoy —sentenció el profesor.

TRIUNFO DE UNA REVOLUCIÓN

Julio, 1936

El general Goded desembarcó en el muelle de la Aeronáutica Naval donde marinos y una sección de Ingenieros le rindieron honores. Algún oficial presentaba la guerrera manchada de la sangre de los compañeros. Se dirigió rápidamente al edificio de la División en el coche blindado, que resultó tiroteado. Una vez allí tuvo una agria discusión con Llano de la Encomienda al que mandó arrestar y tomó el mando de las operaciones.

—¡Señor! —dijo su ayudante—. Esto es una ratonera.

—Póngame con el general Aranguren —no quería oír a su ayudante, ya que reconocía que la razón dominaba sus palabras y ello le hacía sentir incómodo.

Goded intentó que la Guardia Civil se pusiera bajo sus órdenes. Hasta el momento el colectivo había permanecido inactivo. Sabía que se estaba concentrando entre el Parque de la Ciudadela y la Estación de Francia. De la conversación saltaron chispas pues Aranguren no solo se negó, sino que le instó a rendirse y, con él, todas las fuerzas sublevadas.

—¡Póngame con el Regimiento de Alcántara! —Cada vez su malhumor era más manifiesto—. Realmente las cosas se han hecho mal aquí.

El teniente coronel Jacobo Roldán, mando accidental del Regimiento intentó dar respuesta a la demanda del general, ponerse al frente de dos compañías y dirigirse al cuartel Primero de Montaña, proteger las baterías de Fernández Unzúe y conseguir los objetivos que esa misma mañana no habían alcanzado. La dificultad se puso de manifiesto rápidamente ya que el cuartel de Artillería había quedado rodeado de obreros, ahora bien armados.

Poco a poco, las noticias que fue recibiendo el general le dieron cuenta de la situación en Barcelona: el ejército estaba perdiendo en todos los enfrentamientos. Cada vez era mayor el número de paisanos armados que oponían resistencia a la sublevación. Quería que los hidroaviones en que había venido bombardearan la base del Prat. Demasiado tarde se percató que los pilotos de los hidroaviones, viendo como estaba la situación, habían decidido regresar a Baleares.

Hacia las dos de la tarde una columna formada por guardias civiles del diecinueve Tercio, unos ochocientos hombres, junto a una compañía de fusileros de Intendencia, ascendían por Vía Laietana en dos largas hileras, con las armas preparadas. Llegaron a la Comisaría donde se hallaban Companys, Escofet, Guarner y Tarradellas.

—¡Viva la República!, ¡viva Cataluña! —vitoreó Companys desde el balcón.

El coronel Antonio Escobar, que comandaba la columna, dio media vuelta y se colocó cara a las autoridades, diciendo:

—¡A sus órdenes, señor Presidente!

El hecho de que la Guardia Civil se posicionara junto a la República influyó en la rápida derrota de los sublevados. Pronto apresarían a las tropas de Caballería que se hallaban en la Plaza Universidad, cogiéndolos por sorpresa. Los militares no esperaban tener semejantes adversarios.

La población atacó la División donde se hallaba Goded. Se concentraron importantes fuerzas y la resistencia se mostró insuficiente. Las ametralladoras de los sublevados apenas podían hacer nada contra la artillería. El general se negó a rendirse, pero finalmente, los trabajadores hundieron la puerta y pudieron capturarlo. La Generalitat envió al comandante Pérez Farrás para que se hiciera cargo de él y protegiera su vida ante los obreros. Fue llevado al palacio de la Generalitat donde le instaron a rendirse ante un micrófono para evitar desgracias mayores. Tras resistirse, finalmente aceptó.

—La suerte me ha sido adversa y he caído prisionero; si queréis evitar el derramamiento de sangre, quedáis desligados del compromiso que teníais conmigo —dijo un desanimado Goded en un discurso que quedó grabado.

Sin embargo, todavía no acabaron los incidentes: muchos guardias confraternizaron junto a los anarcosindicalistas, una vez quebrantada la disciplina de las fuerzas del orden. Por la radio se convocó a los soldados que no se hubieran sublevado, pero fueron pocos los que se presentaron. Los cuarteles que se rendían solo aceptaban hacerlo ante la Guardia Civil.

Grandes humaredas comenzaron a elevarse hacia el cielo: las iglesias, conventos y edificios religiosos comenzaron a arder. Los cadáveres se apilaban en los depósitos judiciales y en los cementerios. La sublevación no había respetado ni mujeres, ni ancianos, ni siquiera niños.

El día veinte amaneció con el cielo oscurecido por abundantes incendios a lo largo y ancho de la ciudad. Numerosos disparos retronaban entre las calles, aunque cada vez menos, de aquellos que habían intentado sublevarse. Los vehículos de las FAI circulaban a gran velocidad por las calles: sobre el techo llevaban colchones para amortiguar los disparos. Las sirenas de las ambulancias ponían la música a

una ciudad desabastecida pero que se defendía del ataque recibido. Los caballos y mulos muertos propagaban un hedor insoportable debido a la rápida descomposición provocada por las altas temperaturas.

Guillermo se hallaba junto al numeroso grupo de anarquistas que mantenían asediadas las atarazanas. Habían avanzado hasta la Rambla de Santa Mónica. Ya no estaban solos: unidades de la policía y elementos antifascistas de diversas organizaciones luchaban junto a ellos. Al frente de ellos se hallaba Ascaso dirigiendo el ataque. A medida que avanzaban, el peligro se hacía más patente pues los militares sublevados estaban bien parapetados.

Para Guillermo aquello se asemejaba a una más de las aventuras explicadas por Lena en torno a los Solidarios. Le parecía increíble ser partícipe de aquel momento histórico. Hasta el cielo, con las tonalidades rojizas y las columnas de humo parecían contribuir a dar un toque dramático al evento. Se metió la mano en el bolsillo y pudo tocar la moneda que le diera Ascaso. Observó cómo dirigía el ataque. Tras él, protegido por los árboles de las Ramblas se hallaban Durruti, Ortíz, Valencia, García Oliver y los militantes de los sindicatos anarquistas, entre los que estaba Toni Vallés, el padre de Lena. También pudo ver el camión con la ametralladora sobre la cabina. En él se hallaban: Ricardo Sanz, Aurelio Fernández y Donoso. Junto a ellos, cientos de obreros estaban movilizados e iban avanzando, parapetados tras los muebles, colchones y enormes bobinas de papel que procedían de la imprenta Solidaridad Obrera.

Los anarquistas avanzaban con prudencia por la calle Santa Madrona. La precaución era extrema pues apenas había protección y estaban al alcance del fuego enemigo. Desde el lugar en que estaba, Guillermo podía ver la situación. De

repente se oyó el tableteo de una ametralladora que hizo fuego sobre los obreros que avanzaban. En aquel momento vio caer a Durruti: una bala lo había tocado. Rápidamente fue retirado hasta un lugar seguro. Para la tranquilidad del adolescente, pudo ver como el anarquista protestaba y se removía; evidentemente la herida no bastaba para inmovilizarlo.

Mientras tanto, un pequeño grupo capitaneado por Ascaso realizaba una desesperada carrera ante las balas hasta protegerse detrás de unos puestos de libros, único refugio posible en aquel entorno. Una lluvia de balas cayó sobre aquellos hombres que se vieron inmovilizados en el lugar en que se encontraban. El dirigente anarquista observó la situación desde el puesto en que se encontraba. Junto al nido de ametralladora había un camión estacionado. Intentó llegar al mismo. Unas balas impactaron en la pared, tras él. Era señal de que había sido descubierto. Al ver aquello, Durruti mandó concentrar el fuego contra la torrecilla del cuartel desde donde salía el fuego enemigo.

Antes de llegar al camión, Ascaso se arrodilló, apuntó y disparó. Justo cuando se disponía a levantarse y seguir corriendo hacia el vehículo, una bala le dio en medio de la frente. El anarquista cayó y un charco de sangre se formó bajo su cuerpo.

EL ABRIGO VERDE

Marzo, 1940

La vio sonriente. Se hallaba en las escaleras de la catedral del Mar como habían quedado. Recordaba cómo le gustaba visitarla. Carles la solía acompañar por el placer de examinar la iglesia mientras ella atendía a los servicios religiosos. La Historia del Arte había sido para él una asignatura significativa, la consideraba la demostración de la capacidad de crear belleza por parte del hombre.

Dolors tenía puesto su abrigo de color verde esmeralda, un abrigo que le había comprado el republicano en los almacenes El Águila de la calle Pelayo. Había ido con un compañero a comprar unos juguetes para su hijo, pues se acercaba la Navidad, cuando vio aquel abrigo. La imaginó vestida con él y no pudo evitar preguntar el precio. El vendedor, viendo un posible comprador, le hizo una publicidad encomiable de la prenda.

—Piense que el color verde es el de la naturaleza, de la vida. Simboliza el crecimiento y la salud. Nos da seguridad y nos hace sentir en paz. Proporciona tranquilidad, armonía y equilibrio. También se asocia a la esperanza y a la buena suerte.

Finalmente, dudando si aquel hombre era más bien

embaucador que vendedor, y animado por su compañero, acabó comprando aquel abrigo que pronto demostró estar a la altura de las expectativas.

De repente, mientras se acercaba a la iglesia, un hombre apareció por la esquina. Caminaba con torpeza, un tanto jorobado y llevaba unas gafas de sol. Aquella imagen le puso en alerta y lo inquietó. Intentó avisar a Dolors pero ella no lo oía. Se limitaba a sonreír y saludarlo, ignorante del peligro. El hombre sacó un cuchillo que mantenía oculto y comenzó a subir los escalones de la entrada de la iglesia. Carles intentaba correr, pero no podía. Diríase que una fuerza desconocida lo retenía. Era incapaz de llegar hasta donde estaba ella.

Algo debió alertar a Dolors que se giró y pudo ver a aquel ser deforme que la amenazaba con un cuchillo. Gritó, pero no salió sonido de su boca. Forcejeó con el monstruo de tal manera que pudo arrancarle las gafas. Lejos de preocuparse, el hombre giró el rostro hacia Carles y este pudo ver que un agujero como un boquete le atravesaba completamente el rostro, de tal manera que se podía ver a través del mismo. El sujeto sonrió al republicano mientras cogía a Dolors de un brazo y, con una furia ciega, comenzaba a clavarle el cuchillo una y muchas veces.

Carles se despertó sobresaltado. Otra vez había soñado con la muerte de Dolors. En el sueño se mezclaban escenas vividas y compartidas con otras imaginadas. Ignoraba si el asesino que mencionara su mujer en la esquela tenía correspondencia con aquel que parecía seguirle y que, al parecer, tenía un solo ojo.

Incapaz de volver a dormir, se sentó en una silla y encendió un cigarrillo. Meditó sobre los acontecimientos pasados: tras la lección magistral recibida por el profesor habían decidido pasarle las dos fotos de los hombres

asesinados para que la hiciera circular en el ambiente masónico. Alguien podría conocerlos. A pesar de sus reticencias iniciales, el profesor aceptó el encargo.

—¿Te fías de él? —le preguntó al salir un Ernesto que veía que su mundo distaba mucho de aquel otro que habían presenciado.

—Lo suficiente.

—Es que…, tiene ideas tan diferentes…

—Deja estar sus ideas. Continuamente trabajamos con muchas personas al margen de la ley y, gracias a ellos, obtenemos resultados, que es de lo que se trata. Ahora la prioridad es establecer la identidad de los muertos y su posible relación con los masones.

Al atardecer recibieron una llamada de Robert Estrach, el antiguo dueño de El Delfín de Oro. Había hablado con Sergio, el antiguo camarero y este le había notificado que unos policías deseaban ponerse en contacto con él para hablar sobre Helena. Tras una breve conversación telefónica, quedaron en la puerta del cementerio de Poblenou.

Robert Estrach era un individuo bastante alto y robusto, con una barriga prominente. Tenía barba y un abundante cabello blanco que le tapaba las orejas. Sus ojos claros mostraban una mirada decidida y firme. Una multitud de arrugas surcaba su piel que recordaban las estrías de un campo arado. Llevaba la cabeza cubierta con un sombrero y un grueso abrigo lo protegía del frío de la tarde. Tras los saludos de rigor fueron caminando por un circuito que solo Robert conocía.

—Era una chica excelente. Supongo que eso ya lo saben.

—Así es —dijo Ernesto con una luz en la mirada, deseoso de escuchar en boca de otro aquello que él sabía.

—Me la recomendó Toni Vallés. Creo que estaba un poco

enamorado de ella. En aquel momento yo necesitaba un cocinero y Toni me comentó que ella había trabajado como tal. La verdad es que estuvimos muy contentos el tiempo que estuvo con nosotros.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó, mientras iban dejando tras de sí grandes tumbas adornadas con recargadas esculturas.

—Realmente no lo sabemos. Por lo que nos dijeron, parece ser que debía estar haciendo la cena. Alguien debió abrir la puerta de un golpe, ya que mostraba señales de haber sido forzada. El asesino entró, golpeó a Helena y la acuchilló hasta matarla. ¡Pobre! No merecía ese fin.

Llegaron hasta el mausoleo dedicado a las víctimas de la epidemia de fiebre amarilla de 1821 que causó más de 6000 muertos en Barcelona. A partir de allí giraron hacia la izquierda hasta llegar a un lugar donde había una lápida de piedra gris en el suelo. No tenía ningún ornamento. Tan solo su nombre y la fecha de la defunción. «Helena Seguí», «27 de julio de 1938». Sobre la tumba, un ramo de flores marchito rompía la sobria imagen ofrecida por la losa.

—Una tumba muy austera —comentó Carles.

—No creo que ella lo hubiera querido de otra manera. Era una persona muy sencilla en su conducta y modales, aunque tenía prestancia.

«Otra vez el tema de la diferenciación entre lo que era y lo que parecía», pensó Carles. Contempló un momento a Ernesto que no decía nada. Notó que tenía los ojos humedecidos. La emoción de encontrar a Helena después de haberla buscado tanto y, sobre todo, la conciencia de que no había error posible, de que ella había muerto, era una losa muy pesada para el militar.

—¿Me podéis dejar solo? —murmuró.

—¿Eh? Sí. ¡Claro! —respondió Carles.

—Volvamos por donde hemos venido —dijo cogiendo a Robert del brazo—. ¡Nos vemos en la puerta Ernesto!

—¿Qué le pasa a su compañero? —preguntó el antiguo dueño del restaurante.

—Él la quería.

—¡Ah! Vaya… Cuanto lo siento.

—Antes de girar por la calle del cementerio Carles dirigió la mirada hacia su compañero. Observó que parecía perdido y ausente. Pudo ver que se dejaba caer de rodillas y como pasaba una mano por la lápida con una suavidad que no hubiera imaginado en él. Intuyó que el dolor le debía devorar por dentro y se acordó de su propia situación cuando le informaron de la muerte de Dolors.

—Me dijeron que ustedes habían pagado el entierro.

—En efecto. Hicimos una colecta para que tuviera un entierro decente. Era una persona muy querida por todos los que la conocíamos.

—Pero su hijo no asistió al entierro.

—Su hijo hacía tiempo que no aparecía. Creo que tenía problemas. Su madre debía saber dónde se hallaba, pero no lo manifestaba. Es probable que no se enterara de su muerte.

—Bonito detalle el de las flores. Debió ser una persona que dejara huella.

—¿Las flores? No sé quién las debe poner. Yo no… —Pareció pensarlo más detenidamente dándose cuenta de lo mal que había quedado aquel comentario—. No porque no se lo merezca sino porque a mí los cementerios me deprimen, no puedo con ellos.

Aquello hizo reflexionar a Carles. Se hallaban en la plaza semicircular que había junto a la entrada monumental y se cruzaron con un vigilante que iba en dirección contraria.

—¡Eh! ¡Espere! —le gritó Carles.

—¿Qué desea? —respondió un tanto sorprendido el guarda.

—Quisiera que me informara sobre una tumba.

—Perdone. Aquí hay muchas tumbas. Resulta difícil informar y saber de todas ellas. ¿A cuál se refiere?

Tras varias indicaciones, ayudado por Robert, pudieron hacerle ver de qué tumba hablaban.

—¡Ah! La tumba de Helena.

—¿La conoce? —se sorprendió el policía.

—Por casualidad.

—¿No es mucha casualidad con la cantidad de tumbas que hay aquí?

El vigilante sonrió.

—La verdad es que la conozco gracias a la persona que la visita habitualmente.

—Así, ¿hay alguien que la visita regularmente? —preguntó Carles.

—Sí. Una señora. Lo sé porque nuestro primer encuentro nos deparó un buen susto a los dos.

—¿Y eso?

—Verá. La enterraron en julio. Yo ya la había visto pues está en el campo visual del recorrido que hago habitualmente, pero como es lógico, no había hecho ningún caso. Observé que sobre su tumba alguien había dejado un ramo de petunias. Me fijé porque son las flores que le gustan a mi mujer. Siempre quiere que le regale petunias. ¿Qué le vamos a hacer? Cada uno tiene sus caprichos.

—Sí, sí —atajó Carles—. A lo que íbamos.

—El caso es que al cabo de un tiempo volví a ver petunias sobre la losa y aquello ya me llamó la atención. Pasó el tiempo y creo que debía ser el año pasado, alrededor de febrero, hacía

un frío de mil demonios y salí a hacer la ronda habitual. Estaba oscureciendo, caía una lluvia fina y había una niebla que no te dejaba ver a más de tres metros. La verdad es que, si no estás acostumbrado al entorno, impresiona bastante. De repente, una figura salió de entre la niebla. Parecía una sombra encapuchada por lo que me llevé un susto tremendo. Bueno, nos llevamos.

—¿Nos?

—Sí. Era una señora que iba bastante tapada debido al tiempo tan desapacible que hacía. Ella también gritó, pero enseguida se repuso un poco. Intenté calmarla porque se vela bastante nerviosa. Me comentó que venía de dejar flores en la tumba de Helena. «¿De Helena?», le pregunté. Ella afirmó con la cabeza y me dijo que acababa de dejarle unas petunias. Yo le comenté que esas eran las flores preferidas de mi mujer. Y ella me dijo que también lo eran de Helena. Y se puso a llorar.

—¿Pudo saber cómo se llamaba?

—Se llama Sara. La invité a pasar a las dependencias y le hice una tila. Allí estuvimos hablando un rato hasta que paró de llover. Me comentó que Helena era amiga suya y que había muerto asesinada, que se sentía culpable por no haber hecho nada por ella. Pero, al parecer, era una persona testaruda y no se dejaba ayudar.

—¿Le dijo algo más?

—Sí. Me dijo que aquel no era su verdadero nombre. Me dio a entender que su padre era una persona importante.

La sorpresa fue evidente para el policía.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—No. No lo recuerdo. Creo que no lo dijo. Lo que sí me dijo fue que cada día 27 venía a visitar la tumba y le traía unas flores. De hecho, otras veces ha venido y alguna vez me ha

regalado una petunia para mi mujer.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es bastante delgada. No debe llegar a los cuarenta años. Tiene el pelo moreno y un poco rizado, los ojos son oscuros. Siempre va muy arreglada. Normalmente lleva algún vestido elegante y largo. En invierno suele llevar un abrigo cogido por la cintura, a veces gris, a veces blanco. La verdad es que es guapa y bastante distinguida.

Una vez que vieron que no podían aclarar nada más quedaron en volver a verse el día veintisiete para intentar hablar con la única persona que parecía haber tratado a la Helena que conociera Ernesto. Salieron del cementerio y se despidieron dejando establecidos canales de comunicación. Mientras esperaba que saliera su compañero, Carles no dejaba de pensar que el de Valladolid siempre había tenido razón. Por alguna extraña razón Helena había pasado de ser la hija de alguien importante a la cocinera de un restaurante del puerto de Barcelona. Había tenido que sacrificar muchas cosas. El policía no imaginaba cual había podido ser la causa de ese sacrificio. A medida que realizaban descubrimientos sobre ella la sorpresa aumentaba. Tenía que reconocer que toda su vida presentaba tintes de aire dramático y parecía estar envuelta por un aura de misterio.

EL VAGABUNDO

Marzo, 1940

Una lágrima, como la puerta de una celda, era la imagen que le quedaba a Ernesto en la retina después de ver la tumba de Helena. Había llorado. No lo había podido evitar. Era demasiado duro el recuerdo de su amada. La recordaba como una persona alegre, jovial y solidaria. No merecía haber acabado de aquella manera. La visión de su sepultura le había afectado todavía más de lo que hubiera creído. Era la constatación definitiva de una realidad que, en algún rincón de su mente, todavía creía incierta.

Se había quedado sorprendido al saber la información que le había pasado su compañero. Ahora comenzaba a tener sentido aquel puzle. La Helena que él conoció debía ser una muchacha acomodada, con todo el futuro por delante y las perspectivas de una vida regalada. Pero algo debió torcerse en su camino y se transformó en otra persona, una mujer que se había visto obligada a luchar por la supervivencia diaria, que había vivido en algunos de los peores barrios de Barcelona y que, al parecer, se había relacionado con sujetos de toda índole. ¡Qué difícil y dura le debía haber resultado esa vida! Y él no había estado allí para ayudarla.

Permanecía en la habitación estirado sobre el deshecho

camastro, pero incapaz de hacer otra cosa que no fuera pensar en ella. El insomnio comenzaba a ser una constante en su rutina. No paraba de dar vueltas a los hechos a medida que se iban conociendo. Sentía un nudo en el estómago y un gran vacío en el corazón.

Recordó aquella noche que volvieron de pasear junto al puerto. Por la tarde habían tomado algo en una taberna y luego se habían dedicado a caminar por el rompeolas. Se habían sentado en una roca y ella parecía fascinada mirando el mar.

—¿Qué miras? —le preguntó.

—Las olas, como van y vienen. Es un movimiento rítmico y fascinante. No me cansaría de mirar nunca. A pesar de que la oscilación es continua, nunca hay dos olas iguales. ¿Te has fijado en los dibujos que realiza la espuma del mar? Parecen dejarnos mensajes.

—¿Y qué te dicen los dibujos?

Ella lo miró a los ojos.

—Me dicen que el tiempo pasa pero que ellas seguirán aquí, incluso cuando nosotros ya no estemos.

Ernesto la rodeó con sus brazos y la besó en la mejilla. Ella se dejó envolver y le preguntó:

—¿Y a ti que te dicen los dibujos de las olas?

—Me dicen que quisieran estar en mi lugar, que soy un hombre afortunado.

Ella sonrió. Permanecieron allí un buen rato sin decir ni una palabra. Al cabo de un tiempo decidieron continuar el paseo y pasaron por delante de los barcos atracados en el puerto de Barcelona. Volvían caminando a su pequeño nido de amor cuando una suave llovizna comenzó a regar la ciudad. Corrieron a refugiarse bajo un portal de la calle Hospital, a menos de treinta metros de donde se hallaba ahora Ernesto.

Allí se abrazaron y comenzaron a besarse.

—¿Recuerdas cómo nos conocimos? —le dijo ella.

—Llovía y me refugié en un portal.

—¡No te refugiaste! ¡Saltaste encima de mí y nos caímos al suelo!

—Esa era mi intención. No esperaba que me descubrieras.

Ambos comenzaron a reír. De repente, un ruido les sorprendió. A continuación, oyeron el sonido de la voz de alguien que, evidentemente, había bebido.

—¿Quién anda ahí?

Se giraron y pudieron ver un vagabundo que estaba tumbado, tapado con una manta y cartones, en la parte más oscura del portal. Había levantado la cabeza mostrando una herida en la frente, producto seguramente de alguna caída. Unas botellas de cristal se hallaban junto a su cabecera. Una de ellas cayó resonando con gran escándalo en la quietud de la noche.

—¡He dicho que quien anda ahí! —dijo arrastrando las palabras.

Decidieron marcharse de allí y se dirigieron a su apartamento de la calle del Carmen. Tenían toda la ropa mojada y, entre besos y abrazos, rápidamente se deshicieron de ella. Comenzaron a abrazarse y a recorrer sus cuerpos ávidamente con las manos y con los labios. Ernesto comenzó a besar el cuerpo de Helena mientras ella permanecía de pie, con la espalda apoyada en la pared. Las manos de Ernesto recorrían su piel con la experiencia del que recorre un camino conocido, pero con la avidez del que sabe el placer que le deparará. Tras unos instantes en que ambos se habían dedicado a buscar una mutua satisfacción mediante una placentera exploración de sus cuerpos, ambos se fundieron en uno de forma cadenciosa y acompasada. Ella se apretó a él y le

sujetó las nalgas con fuerza participando de una manera tan agresiva que incluso sorprendió al militar. En la habitación solo se oían los jadeos de los enamorados acompañados de un ritmo cada vez más frenético, como si de un baile tribal se tratara.

Poco después yacían en la cama, cansados y rodeados de sus propios pensamientos. Ernesto era una persona reservada y de pocas palabras, pero aquel silencio en Helena resultaba extraño.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

—En aquel hombre del portal —hizo una breve pausa para ordenar sus ideas—. Aquel hombre se hallaba solo. No tenía a nadie: ni hogar, ni familia, ni amigos… Debe ser horrible vivir de esa manera.

—No puedes preocuparte por todos los que están sin hogar.

—Pero si eso me pasara a mí, no creo que lo pudiera soportar.

—¿Por qué te va a pasar a ti? —preguntó Ernesto.

—No lo sé. A veces tengo la sensación de que un día te irás y *yo* me quedaré como aquel vagabundo: sola y sin hogar.

—Por eso no te tienes que preocupar. Yo siempre estaré a tu lado.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Y así, con aquella promesa, ella se había dormido con una sonrisa entre los labios. Todavía le dolía a Ernesto la promesa realizada que había quedado sin cumplir. Helena había desaparecido de su vida y, aunque él la había buscado, el resultado había sido que la imagen que ella intuyera se había cumplido tal y como había presagiado. Ella había quedado sola, sin hogar y sin familia.

Y él no había estado allí para ayudarla.

Incapaz de conciliar el sueño, se levantó y se cambió su uniforme militar por una ropa más discreta. ¿Cuánto tiempo hacía que no vestía de paisano? Escasos eran los momentos en que vestía de civil, sobre todo desde que comenzara la guerra. Una necesidad lo dominaba. La exigencia de desaparecer, de poder olvidar todo aquello. Decidió que aquella contención que mantenía habitualmente acabaría siendo perjudicial para su salud. En cierta manera admiraba la facilidad con la que Carles podía expresar sus estados de ánimo. Cerró la puerta de la habitación, bajó las escaleras y resolvió enterrar sus penas en alcohol. Nunca lo había hecho, pero creía que ya nada importaba.

Una sombra aguardaba a que su presencia en la calle fuera solo una imagen pretérita. Una vez que los pasos de Ernesto dejaron de sentirse se acercó al portal de la calle con el material adecuado. Poco tardó en forzarla y en entrar dentro del edificio.

* * *

Carles volvía de pasear por las estrechas calles del Born. Había decidido venir caminando con Ernesto y explicarle todo lo que le había narrado el vigilante. Su compañero había tenido la tentación de volver e interrogarlo, pero el republicano le había hecho saber que volverían otro día con más tiempo. Ya era de noche y necesitaban meditar sobre los hechos conocidos. También, pensó, probablemente aquel no era el mejor momento para un interrogatorio. El estado anímico del nacional no pasaba por un buen momento.

Fueron caminando de manera paralela al mar. La distracción de Ernesto era evidente, no dejaba de mirar hacia su izquierda donde el rumor de las olas hacía evidente su presencia en la oscuridad. Se separaron en Vía Laietana dispuestos a darse una tregua hasta la mañana siguiente. Carles observó la gran afectación de su compañero y dudó de dejarlo solo, pero el de Valladolid había insistido en ello. Había sido un día muy difícil para él. La tumba de Helena había evidenciado el fin de la esperanza, la esperanza de encontrarla con vida aun a pesar de todos los indicios. El republicano entendía ese sentimiento ya que, en el fondo de su corazón, todavía quedaba alguna certidumbre de encontrar con vida a Dolors a sabiendas de que la Biblia que llevaba en su bolsillo había sido testigo del fin de su mujer. Sin embargo, Josefa le había hablado de un niño, de su hijo… Pensó que aquellas ideas respondían sin duda a una idealización soñada por una mente que se resistía a querer aceptar la realidad.

No se había dado cuenta, pero llevaba un buen rato deambulando por las calles de su barrio. Decidió que era hora de volver a su apartamento. Subió las escaleras y abrió la puerta. En aquel momento su intuición le avisó de alguna irregularidad. Un olor diferente al habitual emanaba de la habitación: sutil pero perceptible. «Alguien había estado allí», pensó. Intentó encender la luz, pero como era habitual, no funcionaba. En aquel momento un pequeño ruido lo alertó. Se giró, pero recibió un golpe con algún objeto contundente que lo aturdió momentáneamente. Su agresor intentó salir rápidamente por la puerta. Carles pudo estirar la pierna con lo que desequilibró al agresor cuando entró en contacto con la suya. El estrépito que siguió a continuación le hizo saber que el individuo había caído. El policía sacó la pistola y salió a la escalera. Oyó como el sujeto se levantaba y marchaba

corriendo. Algún vecino abrió la puerta de su casa por lo que el republicano desistió de disparar para evitar herir a un inocente. Entró en su apartamento y encendió una vela. Observó que su apartamento había sido registrado. Como disponía de pocos muebles, enseguida habían acabado, pero el resultado estaba a la vista: papeles desparramados por el suelo, algún cajón abierto y su contenido vaciado en el suelo de la habitación. Se asomó a la escalera y cogió algunas de las hojas que se le habían caído al intruso: eran las páginas con los códigos y con el mensaje de la primera víctima.

PATRULLAS ANTIFASCISTAS

Agosto, 1936

—Todavía me parece increíble —dijo un cabizbajo Guillermo. —Fue un golpe inesperado. Hubo muchos muertos. Por desgracia cuando los conocemos dejan de ser un fatídico número para convertirse en una desgracia.

—Es que salió solo a enfrentarse a las tropas del cuartel. Parecía un suicidio. Tenía el cuerpo totalmente agujereado. ¡Pobre! Él que siempre había despreciado a la muerte.

—Estaba por encima de las miserias humanas. Creo que tenía un sentido de la justicia más elevado. En cierta ocasión, tras la huelga de los mineros de Fígols, que proclamaron el comunismo libertario, los soldados sofocaron la rebelión con gran brutalidad —explicaba Lena como si de una lección se tratase—. Muchos prisioneros fueron trasladados a barcos en el puerto, habilitados en prisiones flotantes. Durruti y Ascaso fueron trasladados a bordo de un transatlántico rumbo a África Occidental. Los metieron en la bodega. Eran ciento sesenta y solo había una escotilla. La gente quería salir. Allí se ahogaban. Ascaso dijo: «Estoy harto» y subió la escalera. El guardia sacó la pistola y lo amenazó: «¡Atrás!», dijo apuntándole.

—¿Y qué pasó? —preguntó Guillermo con interés.

—Ya sabes cómo era —sonrió Lena—. Ascaso le dijo: «¡Venga, dispara, cobarde, porque si no me matas ahora, cuando te encuentre en la calle te mato como a un perro!». El sargento no supo qué hacer y lo dejó pasar. Tras él subieron los otros prisioneros.

—Fue valiente.

—La historia no acabó ahí. El capitán llamó al destructor que acompañaba el barco y los marineros abordaron el vapor con los fusiles preparados. Entonces, Durruti se adelantó y se abrió la camisa. Les gritó a los marineros: «Ahora os animáis porque nos veis desarmados, pero ya veréis lo que os pasa en España si nos matáis». Entonces los oficiales decidieron negociar y acordaron que no habría motín y que pasearían por cubierta cuando quisiesen.

—¿Quién te explicó esa historia?

—Fue mi padre. Un día se la había explicado el mismo Durruti. En cambio, Ascaso no le daba importancia al hecho en sí.

—Era increíble. A veces me pregunto —decía mientras jugaba con la moneda— si no le privé de la buena suerte cuando me la dio.

A Guillermo le costaba superar la muerte del anarquista. Lena le acariciaba la espalda. Se hallaban sentados en el sofá del palacio de hiedra. A veces hacían aquella excursión en pareja para gozar de unos instantes de tranquilidad y relajación. Allí se respiraba una atmósfera especial, un tanto atemporal. Parecía evadirse el mundo en aquella propiedad. Se diría que cuando traspasaban la puerta de la verja exterior, traspasaban una puerta mágica que los introducía en otra época. Aquella sensación de aprensión que tuviera cuando ella le había explicado la historia de los habitantes de la casa había

pasado a ser substituida por otra más cercana a la melancolía y decaimiento. Si un compañero como el anarquista había pasado a formar parte de aquellos seres espirituales, poco debía asustarse de unos fantasmas que presuntamente rondaban por los alrededores. De alguna manera, la experiencia pasada lo resituaba frente a aquellas presuntas espectrales apariciones.

—¿En qué piensas? —le preguntaba Lena viendo que su compañero se hallaba ausente dominado por remotos pensamientos.

—En lo rápido que pasa el tiempo. Hace ya un mes que murió.

Efectivamente, la rebelión se había sofocado. Los presos de la Modelo, la mayoría anarquistas, habían sido liberados y rápidamente habían pasado a engrosar los movimientos de resistencia contra la sublevación. Los cuarteles habían caído uno tras otro. Finalmente, solo quedó el de Atarazanas. En sus alrededores, Guillermo había estado sirviendo munición a los combatientes entre un diluvio de balas. La muerte de Ascaso había sido un duro golpe para todos, especialmente para Durruti. En el rostro del anarquista se podía apreciar que la muerte de su amigo había roto algo dentro de él. Su mirada permanecía triste y ausente. Una vez digerida la noticia había comenzado a ordenar el ataque al cuartel. Había saltado la barricada y gritando: «¡Viva la FAI!», había avanzado ante las descargas de ametralladora. Tras él, cientos de hombres lo habían seguido. Los de Atarazanas, al ver avanzar hacia ellos aquella avalancha, enarbolaron un trapo blanco con suma rapidez. Pero entonces ya era tarde: en un momento el cuartel fue tomado al asalto. El último reducto fascista caía en manos de la CNT y de la FAI.

Guillermo, tras aquella batalla, había permanecido horas

en la sala del sindicato, en la Rambla de Santa Mónica, donde se hacía el velatorio del cadáver de Ascaso. Envuelto en una bandera rojinegra, la presencia del anarquista fallecido imponía un respeto que era mantenido por todos aquellos que desfilaban ante él. La imagen de la muerte, aunque no era desconocida para él, le creaba un desasosiego difícil de gestionar. A pesar del carácter serio y a veces un tanto arisco del revolucionario, había hecho amistad con Guillermo. Probablemente había visto en el muchacho un reflejo de su juventud rebelde.

En esos momentos llegó a la sala un militante metalúrgico buscando a Durruti para informarle que el presidente de la Generalitat, Lluís Companys deseaba tener una entrevista con la Comisión de Enlace de la CNT y de la FAI. Más tarde, de boca de García Oliver, el adolescente sabría cómo había ido aquella reunión. Por parte anarquista se hallaban Durruti, Asens y García Oliver. Al otro lado, el presidente Companys quien, al verlos, les dijo:

—Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña, porque solo vosotros habéis vencido a los militares fascistas, y espero que no os sabrá mal que en estos momentos os recuerde que no os ha faltado ayuda de los pocos o muchos hombres leales de mi partido y de los guardias y mozos…

A partir de ahí, al presidente no le quedó otra que reconocer las injusticias que se habían realizado contra el anarquismo. Llegó a ofrecer su cargo si ellos lo consideraban necesario y su colaboración para la lucha que tenía lugar en España. Finalmente se acordó que continuara en la presidencia y se propuso la creación de un Comité de Milicias para encauzar la vida en Cataluña, organizar las fuerzas armadas y combatir a los rebeldes.

Una vez dueños de la situación, el Comité Regional de la

CNT, la FAI y los jóvenes libertarios se instalaron en una oficina de la Casa Cambó, en la Vía Laietana. Se habían convertido en los dueños de la situación en Barcelona, en aquellos días de locura de julio de 1936. La enajenación parecía estar en el origen de muchos de los hechos que sucedieron aquellos primeros días tras la victoria sobre los sublevados. Todas las iglesias de Barcelona fueron quemadas a excepción de la catedral, salvada por la Generalitat. Tras la victoria, comenzó una persecución sobre ciertos sectores de la sociedad: curas, monjas, aristócratas, ricos o empresarios. Muchos de ellos fueron asesinados. Tras estos asesinatos se hallaban anarquistas, pero también personas que aprovecharon las circunstancias para responder de manera violenta y con odio hacia los ricos o la iglesia. Algunas unidades de la Guardia de Asalto, de la Guardia Civil y de los Mozos de Escuadra se pasaron a la FAI, contribuyendo a que la situación fuera más confusa todavía. Finalmente, también se habían abierto las puertas de las prisiones por lo que ladrones y otros delincuentes pudieron dar rienda suelta a sus impulsos.

Barcelona se había convertido en una ciudad insegura. El proletariado de la ciudad estaba bien armado. Las barricadas y los centinelas aseguraban los puestos claves. El Comité de Milicias se ocupaba de todo: establecimiento del orden revolucionario en la retaguardia, organización de fuerzas para el frente, formación de oficiales, acción legislativa y judicial, etcétera.

Cuatro días después de ser sofocada la rebelión de los militares en Barcelona y, ante las noticias que llegaban del frente, se formó una columna para combatir en el frente de Aragón: la columna Durruti. Se reunieron tres mil voluntarios en el Paseo de Gracia y la Diagonal. Unos traían cañones de diverso calibre, otros llevaban armas automáticas o fusiles, los

telefonistas, material de telecomunicaciones. La dirección estaba a cargo de Durruti y de Pérez Farrás. La despedida fue impresionante pues todos eran conscientes de que aquellos hombres iban a luchar y, probablemente, a morir por unos ideales en los que creían.

Tras la partida de Durruti y, ante la imposibilidad de seguirlo como hubiera sido su deseo, Guillermo había seguido con la rutina habitual, combinando su trabajo en el almacén de madera con las visitas al sindicato, sin dejar de lado sus salidas con Lena que aportaba algo de serenidad a aquellos convulsos momentos.

Todo ello era recordado por el muchacho mientras notaba como la cabeza de Lena se apoyaba sobre su hombro. Sentía su suave respiración y no podía evitar que una grata sensación recorriera su cuerpo, como un hormigueo.

—Te has vuelto a marchar —le dijo ella.

—Es que tengo la impresión de que los buenos se van y quedan más bien los cobardes o los torpes.

—¿Tú te consideras de los cobardes? Si no recuerdo mal, estuviste en la lucha del cuartel de Atarazanas.

Guillermo sonrió recordándolo.

—Yo solo ayudé un poco. Pero no me refería a eso. Ascaso murió y Durruti marchó al frente. ¡Yo hubiera querido ir!

—Piensa que también es importante quedarse en la ciudad. Tan importante como luchar en el frente. Además: hay que vigilar mucho. Sujetos indeseables y peligrosos hay en todos lados. Acuérdate de Soto. ¡Quién sabe dónde andará aquel hombre!

—Yo vi a Soto. Le seguí.

—¿Cómo?, ¿le has visto? ¿Cuándo?

—El día de la sublevación. Habíamos cogido armas de

algunos barcos del puerto la noche anterior. Todos estábamos al tanto de la posibilidad de que hubiera un golpe de estado. Teníamos las armas en el sindicato y vino la policía a buscarlas. Tras un tira y afloja les dieron una docena de fusiles. De esa manera podrían justificar su intervención ante sus superiores. El caso es que seguí a uno de ellos, más que nada porque íbamos en la misma dirección.

—Ya veo. Esas casualidades que solo a ti te pasan.

—No. Te lo digo en serio. No actuaba de forma rara. Luego vi que se reunía con Soto y eso ya me extrañó.

—¿Él te vio?

—No. No me vio. Pude seguirlo. Fue hasta una casa de la calle de la Riera Alta, cerca de las Ramblas, en el Raval. Allí le abrió alguien, pero me fue imposible verlo.

—Dime que no volverás allá. No te conviene acercarte.

—La verdad es que ya he ido. He querido saber quién vive allá.

Me dijeron que allí vive un italiano desde hace meses, aunque no he podido verlo.

—¡Guillermo! Es mejor que no te acerques. ¡Ya sabes qué hizo Soto la última vez que os encontrasteis! ¡Es un loco descontrolado!

—No tienes que preocuparte. Yo sé cuidarme solo. Además, tengo a mi amiga —dijo cogiendo la pistola que había cogido del cadáver del oficial. Ahora la llevaba siempre consigo debido a la inseguridad que se respiraba en las calles.

—¡No juegues con eso! Realmente eres un chiquillo.

—Fíjate —continuó Guillermo sin hacer caso—, he estado practicando y soy capaz de darle a aquel vaso.

Guillermo apuntó a un vaso que había sobre un mueble haciendo caso omiso de las advertencias de Lena sobre la peligrosidad de las armas de fuego. Disparó, pero no acertó el

tiro. De repente se oyó un estrépito en la casa, como el de un gran objeto cayendo. Ambos se asustaron, pero el muchacho se levantó rápidamente cargando la pistola. Le hizo señas a Lena que se apartara y se dirigió al piso superior donde parecía tener su origen el ruido. Poco a poco y en silencio subió las escaleras. Arriba había un distribuidor alargado con habitaciones a ambos lados. Al fondo había una puerta abierta por la cual entraba la luz de la tarde. Temblando, pero sin dar un paso atrás, Guillermo avanzó apuntando con la pistola. Acabó de abrir la puerta. Esta daba a una terraza alargada. Al otro extremo de la misma, una escalera conducía a otro piso superior. Ante su sorpresa, pudo distinguir el cuerpo de un hombre que yacía inconsciente en el suelo. El muchacho se acercó con precaución sin dejar de apuntar con la pistola. En aquel momento observó que una mancha rojiza se Iba extendiendo poco a poco por el suelo.

REFLEXIONES

Marzo, 1940

—¿Cómo lo has encontrado? —preguntó Carles.

—La puerta estaba un poco abierta —respondió Hamed.

—¿Has visto si falta algo?

—No sé. Pienso que papeles.

Carles entró en los bajos de la calle Fernando y revisó todo el local. A pesar del desorden no habían robado nada de valor. Faltaban algunos documentos. En el garaje permanecía el vehículo. De hecho, el coche estaba intacto, pero también le habían abierto la puerta. Evidentemente, parecía que buscaban algo.

El republicano había dormido poco tras el incidente de la noche anterior. Se había procurado una linterna que tenía en un cajón y había podido observar que no había electricidad debido a que habían cortado los cables. Decidió que lo arreglaría a primera hora de la mañana, pero al día siguiente no tuvo tiempo. Unos imperiosos golpes lo despertaron. Miró el reloj: eran las ocho de la mañana. Apenas había descansado tres horas. Abrió la puerta y se encontró ante un impetuoso Hamed.

—¿Qué diablos…?

—Tú ven rápido.

—¿Por qué?, ¿qué ha pasado?

—Alguien ha entrado en oficina.

—¿De qué oficina hablas?

—Calle Fernando. Alguien ha entrado.

Carles se cambió rápidamente y acompañado de Hamed habían llegado al local. Allí habían encontrado a Marco haciendo guardia en su interior. Rápidamente asoció la intrusión padecida con la de aquella noche en su domicilio.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Hay que avisar a Ernesto.

—Ernesto no está en casa. No sabe dónde está.

—¿Has ido a su apartamento?

—Sí. Pero no contesta nadie —respondió aceleradamente Hamed.

—¡Vamos!, ¡rápido! Y tráete tus herramienta, puede que las necesitemos.

Fueron corriendo a la calle Hospital, ya que con el vehículo seguramente habrían tardado más tiempo. Una vez llegaron a la puerta del apartamento llamaron de manera reiterada. Un murmullo pareció responder a los golpes.

—¡Creo que hay alguien! —murmuró Carles señalando la cerradura y sacando la pistola.

Hamed sacó una ganzúa y, en un tiempo récord la puerta dejó de ofrecer resistencia. Carles entró rápidamente apuntando con la pistola hacia el interior de la habitación. Una vez dentro pudieron observar que la sala estaba totalmente desordenada. La ropa y otros utensilios personales de Ernesto se hallaban por toda la habitación. Evidentemente allí también habían entrado. Sobre una cama deshecha se hallaba Ernesto totalmente vestido e inconsciente. El republicano se le acercó, un poco temeroso de lo que podía encontrar.

—¡Está vivo!, pero huele que apesta.

Intentaron despertarlo zarandeándolo. Visto que los resultados eran nulos, Carles llenó un cazo de agua en el lavabo que había en el pasillo y se lo arrojó a la cara. Ernesto despertó de golpe ante la inesperada sorpresa.

—¿Qué…? ¡Oh! —Se giró rápidamente.

—Buenos días —saludó el republicano.

—¿Qué haces aquí?, ¿dónde estoy? —preguntó con evidente desorientación.

—Me parece que será mejor que te despabiles y luego hablamos.

A pesar de que la situación era preocupante, Carles no pudo por menos que lamentarse del estado en que se encontraba su compañero. «Tenía que haberlo acompañado ayer», pensó. «No imaginé que estuviera tan afectado». Hizo salir a Hamed y se sentó en la cama junto al militar.

—Creo que bebí demasiado.

—Eso parece.

Ernesto gimió ligeramente y se llevó una mano a la frente. El republicano respetó su silencio sin decir ni una sola palabra.

—Le prometí estar a su lado para ayudarla —su voz era un ronco murmullo.

—No pudiste hacer nada. No fue culpa tuya.

—Se lo prometí —dijo en voz baja dándole vueltas a un tema que parecía obsesionarlo.

—Ni tú ni yo pudimos hacer nada. No estábamos allí.

—Cuando más nos necesitaban —se solidarizó su compañero.

—En efecto, cuando más nos necesitaban —reiteró Carles como si de un estribillo se tratara.

En aquel momento, Ernesto pareció despertar y darse cuenta del estado de la habitación.

—¿Qué ha pasado?

—¿Tú no sabes nada?

—¿Qué tenía que saber?

—Seguramente, cuando te fuiste alguien debió entrar en la habitación y registrarla.

—No entiendo nada —cada vez estaba más asombrado.

—De la misma manera han registrado mi apartamento y el local de la calle Fernando. Creo que será mejor que te asees y esta tarde haremos una reunión para ver qué podemos hacer.

El nacional afirmó con la cabeza. Carles creyó que en aquel momento era mejor dejar que se despejara y que pusiera en orden sus ideas. Cerró con suavidad la puerta dejando tras de sí un panorama un tanto amargo. Sabía que aquellos momentos a menudo era preferible pasarlos en soledad.

* * *

—¿Sabemos qué se han llevado exactamente? —preguntó Ernesto.

Carles lo observó: volvía a ser el impecable y profesional oficial con el que había compartido tantos momentos. No presentaba rastros del declive emocional que había manifestado aquella misma mañana. Volvía a vestir de uniforme, mostrando con ello tanto el estatus como la firmeza supuesta a un mando militar. Allí se hallaban todos los que participaban en la investigación, de manera que Hamed y Marco ocupaban sendas sillas junto al republicano. Habían decidido hacer una valoración sobre lo acontecido y las líneas de actuación a seguir. Creyeron importante que, en aquel momento, la coordinación de todo el grupo les podría dar una

seguridad que, de manera aislada no tendrían.

—No parece que se hayan llevado gran cosa —apuntó Carles— en mi apartamento, concretamente, parecían estar interesados en los códigos con los que estuve trabajando.

—¿Consiguieron llevárselos?

—No. Creo que desbaraté su plan. Con las prisas dejaron los documentos atrás.

Pudieron confirmar que tan solo se habían llevado algunos documentos relacionados con la investigación que se hallaban en el local de la calle Fernando. Decidieron hacer guardia a partir de ese día, turnándose entre ellos.

—Esto es bien extraño —comentó Marco—. ¿A quién le puede interesar lo que estamos investigando?

—El problema —subrayó Carles— es que no sabemos lo que estamos buscando. Me explico: tenemos dos cadáveres que parecen estar relacionados por el hecho de que los dos tienen el mismo tatuaje.

—También los une el mensaje en la pared —completó Ernesto.

—¡En efecto!, el mensaje en la pared. *Gradalis*, el Santo Grial, una copa de la cual se desprenden rayos.

—¿Quiere decir que unos sujetos entraron de noche al local y a los apartamentos para buscar una copa? —preguntó Marco.

—Podría ser. El problema es que la copa podría ser algo simbólico y no sabemos realmente qué perseguían.

—Lo que está claro —intervino Ernesto—, es que podrían ser de uno a tres individuos. De cualquier manera, están bien organizados y saben dónde tienen que buscar. Nos deben de estar vigilando. ¿Quién puede saber sobre lo que estamos investigando?

Un pesado silencio se posó sobre la habitación.

* * *

—Parece que la faena se acumula.

—En efecto, eso parece —respondió Carles.

—¿Y qué es lo que deseas saber ahora?

—Quiero saber quiénes nos están vigilando. Quiero que aguces bien los oídos a ver si puedes saber qué están buscando, si hay algún movimiento sospechoso, fuera de lo habitual.

Se dirigía al Percha. Mantenía la mirada fría y calculadora que este le dirigía. Sus ojos no delataban sus pensamientos.

Pensó que era capaz de mantener una total desconexión entre sus reflexiones y las emociones que manifestaba, desconcertando a sus interlocutores.

—Bien. Intentaré enterarme.

—También quiero que lleves esta foto —le entregó la imagen del tatuaje de la copa hallado en los dos cadáveres—. Quiero saber quién los hizo.

El Percha afirmó con la cabeza y se guardó la foto en el interior de su raída chaqueta.

—¡Percha!

—¿Sí? —se aproximó mientras recogía la paga que le ofrecía el policía.

—Quiero que observes y descubras. Presta atención a lo que oigas o veas y también si el dinero corre o ha corrido con mayor fluidez.

—Así lo haré —le contestó afirmando con la cabeza.

Carles todavía permaneció un rato en el local tras la partida del hombre invisible. Probablemente, si ahora preguntara en el local, nadie recordaría su presencia. Tal era la habilidad del confidente de mimetizarse con el entorno. Tras la puesta en común de aquella tarde, advirtieron que apenas

tenían nada salvo la interpretación de un confuso mensaje escrito con sangre en la pared y dos cadáveres que podían estar relacionados. Todo ello demasiado poco consistente. Habían decidido que Marco se dedicara a investigar el sastre. No debía haber demasiados en Barcelona con un nombre tan peculiar como el de Práxedes. Más tarde, en casa, el policía no había dejado de darle vueltas al asunto. Pensó que aquel golpe lo habían llevado a cabo con gran profesionalidad y solo la casualidad había impedido que quien había ido a su casa se hubiese llevado aquello que buscaba. Supuso que habrían sido ladrones expertos. Si ese era el caso, nadie mejor que el Percha para detectarlo. Por otro lado, hacía días que quería entregarle una foto del tatuaje del supuesto Santo Grial. Los tatuadores tendían a considerarse artistas y solían enorgullecerse de sus obras. Así que no sería extraño que pudiera encontrar al responsable y a partir de él, descubrir la identidad de los cadáveres. En aquel momento sintió una cierta aprensión y angustia que le produjeron una gran incomodidad. Tenía necesidad de salir de allí.

Carles pagó y se marchó. No fue consciente de que, en una mesa que se hallaba en la penumbra, un sujeto no había dejado de observarlo con su único ojo sano. Unas gafas de sol le protegían la vista a pesar de hallarse en la semioscuridad. Ya se había acostumbrado a esa percepción desvirtuada de la realidad. Sus pensamientos le mostraron una situación ocurrida un año antes en la que perseguía y acababa con la vida de una joven en el almacén de la dársena del puerto de Barcelona. Ahora tenía ocasión de acabar el trabajo, pero pensaba tomarse el tiempo necesario y esperar su oportunidad. Quería que el policía fuera consciente de que su vida se acababa como había acabado la de sus seres queridos. Cogió un cigarrillo que tenía encendido y le dio una calada

tragándose el humo. Pensó que los Gitanes Maïs tenían un gusto fuerte, pero desde que se había acostumbrado a ellos en la cárcel, le producían un placer al que no pensaba renunciar.

BELIBASTE

Marzo, 1940

Carles había viajado hasta Tona para encontrarse con el sacerdote que le entregara la Biblia de Dolors en la prisión de Pilatos. Pensó que, en aquel momento, un rápido viaje le ayudaría a obtener información sobre las circunstancias de la muerte de su mujer. Tras hablarlo con Ernesto, este accedió ya que era consciente de que las muertes de Helena y de Dolors estaban relacionadas. Una vez en Tona descubrió que el párroco no vivía allí sino en Vic. Pudo ver los destrozos en la iglesia realizados por el fuego durante la guerra civil. Dejó un mensaje a un capellán que se encargó de trasladárselo a mosén Francesc y aprovechó para visitar a su cuñado en la granja de Muntanyola. La situación no había cambiado demasiado. Tanto Enric como Elvira vivían relativamente bien, igual que el resto de familias que vivían del campo. Ellos podían cultivar los productos para su propio consumo, sobrellevando así de la mejor manera que podían aquella época de penurias. Las insuficiencias en artículos de primera necesidad en las ciudades comportaban mayores dificultades. Tras los saludos y abrazos llegaron las noticias.

—Vamos a tener un niño. Elvira está embarazada —le anunció su cuñado tocando la panza de su mujer.

—¡Vaya! Me alegro —el rostro de Carles no manifestaba la alegría expresada en palabras. A su mente le vinieron las palabras de Josefa en las que le anunciaba que Dolors había tenido o iba a tener un niño.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema? —preguntó con evidente preocupación Enric viendo la expresión de Carles.

—No, verás. Estoy contento por vosotros, pero…, no puedo dejar de pensar en Dolors.

—Lo siento mucho. Verás…, yo también la echo de menos. A menudo me viene a la cabeza el recuerdo de una época en que éramos unos pillos incorregibles e íbamos a subirnos a algún árbol para coger una fruta. Lo de menos era la fruta. Lo que lo hacía atractivo era el hecho de transgredir y vivir una aventura. Era una persona excelente. ¿Has sabido algo de tu madre?

Y entonces Carles pasó a relatarles las sospechas de que un asesino hubiera acabado tanto con la vida de su mujer como de su madre. La sorpresa fue mayúscula. Aquello era lo último que hubiera esperado su cuñado.

—Prométeme que me informarás cuando sepas algo.

—No te preocupes. Te mantendré informado.

Y así, tras aquella vaga promesa, el republicano descansó en la habitación de invitados, aquella que ocupaba cuando iba a visitar a Dolors en su etapa de noviazgo. Aquella noche durmió y descansó abandonándose al sueño. Su reposo fue reparador. Hacía tiempo que vivía en una continua alerta. Probablemente, el entorno le había ayudado sintiéndose seguro y acogido.

* * *

—Es increíble lo que puede el odio. ¡Cuánto cuesta construir! Y qué fácil y rápido es destruirlo todo.

—En efecto, el odio es una fuerza que arrasa con todo.

—¿Y tú?, ¿mantienes el odio? —le preguntó el sacerdote fijando su mirada en la del policía.

Eso era algo que Carles se preguntaba a menudo. ¿Odiaba a quienes asesinaron a su mujer y probablemente a su madre? No dudaba que si tuviera delante al asesino acabaría con él, pero… ¿quién era el responsable en el caso de una guerra? El odio se disparaba en todas direcciones y se multiplicaba a medida que las crueles acciones de un bando eran conocidas por el bando contrario.

—No lo sé. Intento no pensar demasiado en ello, pero no paro de cavilar que ellas no tenían ninguna culpa.

—Mucha gente inocente ha muerto en este enfrentamiento atroz. Es el momento de reflexionar y perdonar por muy difícil que sea.

—No sé si seré capaz de perdonar. Eso lo dejo a los santos.

Se hallaban sentados en un banco, en el interior de la catedral de Vic. En ella se apreciaban los estropicios de la huella devastadora realizada por algunos republicanos cuando intentaron crear un orden nuevo sobre las cenizas de un mundo que se marchitaba.

—Una pena estos destrozos. La cúpula de la nave sufrió bastante, pero probablemente lo más triste sean las pinturas de Josep Maria Sert. Quedaron totalmente destruidas. ¡Muchas iglesias fueron atacadas en el torbellino de la guerra! Demasiados sacerdotes fueron martirizados.

Carles asentía con la cabeza.

—Muchos fuimos martirizados —le contestó.

—Pero tú pudiste salvarte. ¡No sabes cuánto me alegré al

saberlo! ¿Qué pasó? ¿Te soltaron? —le preguntó el capellán, un señor de más de setenta años, con marcadas arrugas en la frente y unos ojos vivaces e inquisidores que no esquivaban la mirada.

—Creo que el señor tenía otros planes para mí —dijo Carles sacando la Biblia que le había salvado la vida.

—¡Dios mío! Como tú dices, el Señor tiene otros planes para ti. Él te ha salvado —exclamó mirando la Biblia agujereada y atravesada por una bala—. En mi caso, yo pude escapar a Barcelona en el camión de unos conocidos. Allí estuve en casa de una familia amiga hasta que, poco después, pude escapar a Francia. Mis compañeros Andreu y Manel pudieron esconderse en la farmacia. De allí los llevaron a una casa de Vilageliu de donde escaparon más tarde.

—Hubo actos de locura por personas que se creyeron con el deber de acabar con todo lo religioso. No todos eran así.

—Lo sé —contestó el capellán—. Conocí a Jesús, vicario de Aguinaliu, un pueblo de Huesca, que escapó de los milicianos que lo querían matar. Para evitar que lo asesinaran, el mismo Durruti lo convirtió en su secretario. Él me contó que unos radicales incendiaron la catedral de Lérida. Cuando llegaron al cuartel de Durruti, este les dijo: «Los valientes que han actuado en Lérida, que den un paso al frente». Cuando lo hicieron fueron duramente castigados.

—Durruti era un hombre excepcional.

—Lo fue. A su manera creía en un tipo de justicia universal. Sin embargo, cuando veo el odio desatado contra la iglesia también me pregunto: ¿en qué hemos fallado nosotros para generar ese odio entre una parte de la población? Yo quise ser capellán para ayudar a la gente y, a pesar de mi edad, continúo queriendo ayudar. Me cuesta entender ese tipo de actos.

—La verdad es que a mí también.

—Pero háblame de ti. ¿Qué es lo que has venido a buscar?, porque no creo que un republicano como tú haya venido a escuchar el sermón de este viejo.

Carles no pudo menos que sonreír. Siempre tan alegre y perspicaz mosén Francesc, a pesar de los inconvenientes. Él los había casado y también había bautizado a Dolors. Era consciente de que su muerte había supuesto una gran pesadumbre para el capellán.

—Verá. Quisiera saber cómo llegó la Biblia a sus manos. No estoy tan seguro de que mi mujer haya muerto a causa del bombardeo.

—¿Y eso?

Ahora el clérigo estaba realmente interesado, por lo que Carles pasó a explicarle lo que sabía de los últimos pasos de Dolors, incluyendo la nota por la que había descubierto que estaba siendo seguida y que la vida de su madre también estaba en peligro.

—¡Dios mío! ¡Eso es terrible!

—La muerte violenta en sí ya es terrible. Si, además, ha sido provocada, todavía es peor.

—Verás. La Biblia me la trajo un policía, un hombre que había estado en el lugar donde había muerto Dolors. En ella ponía su nombre y el tuyo.

—Lo recuerdo. Lo escribí el día del entierro de Ricard, su padre: «Al cabo del tiempo no recordamos tanto las grandes hazañas sino las emociones que compartimos con aquellos a los que quisimos» —leyó sus propias palabras.

—Una gran verdad. Como añadiste la fecha y la iglesia donde se hizo el funeral, el policía me la entregó pensando que era mía. Enseguida la reconocí pues vosotros me habíais explicado la anécdota de las tapas.

En efecto, para dar una sorpresa a su suegro, Carles la había hecho restaurar y cambiar las tapas por otras labradas en plata. 1.a sorpresa de Ricard había sido enorme entonces.

—Probablemente esas tapas me salvaron la vida. ¿Recuerda cómo se llama ese policía?

—Se llama Alfredo Rincón López, un muchacho joven y muy amable. Recuerdo que estuvimos hablando bastante rato. Me explicó que Dolors había muerto en un bombardeo. Creo que me dijo que trabajaba en la comisaria de la Via Laietana.

—Me sorprende esa memoria tan increíble.

Mosén Francesc no pudo evitar sonreír.

—No es una cuestión de memoria. Lo recuerdo porque lo apunté en una tarjeta que había entre sus páginas. Esa tarjeta la utilizo de marcador cuando leo. Por eso recuerdo el nombre.

—¿Una tarjeta?

—Sí, pero no la tengo aquí. Me llamó mucho la atención pues correspondía a una librería con un curioso nombre. Si quieres, vamos a buscarla. La tengo en casa.

—¿Qué tenía de curioso la tarjeta? —preguntó ahora intrigado mientras se levantaban para dirigirse a la casa del clérigo.

—Lo curioso era el nombre de la librería.

¿El nombre?

—Belibaste.

—Bueno, cada uno le pone el nombre que quiere a su negocio.

—Veo que no lo has entendido. Tú conoces mi interés por la historia, por el arte y, sobre todo, por todo aquello relacionado con la historia de la Iglesia. Por eso me llamó la atención el nombre: Belibaste fue el último de los buenos hombres.

—¿Buenos hombres?

—Buenos hombres o buenos cristianos. Estoy hablando de los cátaros.

Carles era consciente del interés por la cultura que tenía el capellán, pues no en vano, en alguna ocasión, habían pasado un buen rato discutiendo sobre aspectos históricos relacionados con Tona y su comarca. El párroco prosiguió con su disertación.

—Supongo que conoces la historia de los cátaros.

—Bueno, algo he oído.

—Los cátaros eran seguidores de una corriente religiosa que se extendió por algunas regiones de Europa, especialmente en Lenguadoc. De hecho, la palabra cátaro tenía carácter despectivo ya que era una manera de llamarlos herejes. Sin embargo, ellos se tenían por buenos cristianos.

—Con una manera muy diferente de entender la religión a la de la Iglesia católica.

—En efecto. De ahí que la Iglesia los considerase herejes. Ellos creían que el Universo era una confrontación entre el Bien y el Mal —la conversación había derivado en una clase de historia—. Creían que Dios reinaba en el cielo y Satanás en la tierra. Para ellos, los hombres eran ángeles caídos con el destino de volver al cielo por medio de la reencarnación. Tampoco veneraban la cruz, para ellos era un instrumento de suplicio donde Dios fue humillado. No creían en los sacramentos y, el acto de reconciliación con el Espíritu Santo era la imposición de manos realizada por un perfecto: el *consolamentum*.

—Sé que también rechazaban el culto a las imágenes y reliquias de los santos y que rechazaban el Antiguo Testamento. En fin, un panorama difícil de mantener ante la Iglesia católica.

—En efecto, la iglesia pudo ver el éxito del catarismo ante el fracaso de las predicaciones de los monjes cistercienses. Por ello creó la orden de los frailes predicadores o dominicos y la de los franciscanos o mendicantes. Posteriormente promovió la Cruzada de los albigenses para acabar con la herejía.

—Hay que decir que la Cruzada también respondía a los intereses del rey de Francia.

—¡Je!, ¡je! —rio el capellán—. Siempre tú tan modesto diciendo que no sabes algo y eres una enciclopedia andante. Volviendo al tema, el rey Felipe de Francia permitió que sus nobles guerrearan contra los príncipes occitanos. Al mando de los cruzados se hallaba Simón de Monfort quien realizó algunas matanzas como la de Beziers o Marmande. Los cátaros ardieron en piras colectivas.

—Ya veo que todo servía para llegar a Dios.

—Soy consciente —le dijo el capellán mirándolo a los ojos— de que la Iglesia ha realizado o ha provocado verdaderas barbaridades difícilmente explicables.

—No se disculpe. Usted no las realizó.

—¿Por dónde iba? ¡Ah!, sí. Pedro II de Aragón intentó ayudar a sus súbditos, pero fue muerto por Simón de Monfort en la batalla de Muret, en 1213. Simón fue consagrado vizconde de Carcasona y conde de Toulouse, pero poco le duró la alegría pues murió en 1218 ante los muros de Toulouse. Su hijo intentó mantener el poder, pero fue de derrota en derrota hasta que cedió los derechos de Occitania al rey de Francia, en este caso, Luis VIII. Fue entonces cuando la Iglesia promovió la cruzada real y el rey realizó una terrible invasión del territorio logrando la sumisión de muchos señores feudales.

—Y aquí comenzó la tragedia de los cátaros.

—Así es. Ellos pasaron a la clandestinidad ya que carecían

de protección. Aquí comenzó a intervenir la Inquisición. Montsegur representó el último refugio para los cátaros. Tras su caída, muchos de ellos se exiliaron. Y es aquí cuando llegamos a Guillem de Belibaste.

En aquel momento caminaban por las estrechas y céntricas calles de Vic. Carles permanecía absorto por las explicaciones que realizaba mosén Francesc en aquel tono tan didáctico y agradable.

—Guillem de Belibaste —prosiguió el clérigo— era un pastor de un clan de hacendados de Corbières, perseguido por la Inquisición por haber matado un hombre en una pelea. Fue iniciado en el catarismo y recibió el *consolamentum*. Se le ordenó perfecto en Rabastens. Posteriormente fue detenido y encarcelado en el castillo de Carcasona de donde logró escapar y venir a Cataluña. Aquí vivió en algunas poblaciones como Lérida, Flix, Prades, etcétera, hasta que finalmente fijó su residencia en Morella.

—Sé que en la comarca del Matarraña convivían exiliados cátaros. De hecho, en tierras de templarios la persecución fue menor.

—En efecto, allí la iglesia católica tenía menos poder. De hecho, en Sant Mateu se formó una colonia de cátaros donde asistía Guillem de Belibaste. Transmitía las creencias de su doctrina e impartía el *consolamentun*.

—Todo parece muy bucólico.

—No lo era tanto. Guillem fue traicionado por uno de los miembros quien, con engaños consiguió llevar a Belibaste al condado de Foix donde fue capturado, juzgado y quemado en la hoguera.

—Un trágico fin.

—Y con él desapareció la última iglesia cátara en Occitania. Por eso me llamó la atención el nombre de esa

librería.

En aquel momento llegaron a un viejo portal de piedra que tenía una puerta de hierro con remaches. Una argolla, recuerdo de un tiempo pasado, se hallaba junto a la cerradura. Mosén Francesc sacó una gruesa llave y abrió el portón. Haciendo de improvisado guía acompañó a Carles hasta un pequeño despacho iluminado por la luz que entraba por una ventana que daba a un patio interior de piedra.

—Ya verás. Aquí la tengo.

Después de rebuscar en el escritorio, sacó una tarjeta blanca del interior de un libro de salmos que tenía sobre la mesa.

—¿Ves? —le dijo entregándosela—. Como puedes ver, no es cuestión de memoria sino de visualizar continuamente la misma imagen.

Carles miró el nombre pensando que pronto tendría una entrevista con aquel policía. Necesitaba aclarar dudas y saber cuáles fueron las causas reales de la muerte de Dolors. Necesitaba disipar la incertidumbre que tenía, sobre todo después de haber leído la nota de su mujer. Giró la tarjeta y no pudo menos que hacer un gesto de asombro. Junto al nombre de la librería Belibaste se hallaba un dibujo de una copa de la cual salían unos rayos, un dibujo idéntico al de los tatuajes de los cadáveres.

UN HOMBRE DE FE

Agosto, 1936

Al principio fue solo un suave murmullo, un ligero susurro, pero poco a poco, aquel cuerpo inmóvil fue cobrando vida. Lo habían tumbado en el sofá y le habían colocado un trapo húmedo que hacía de improvisada compresa. Posteriormente le habían podido vendar la frente con restos de sábanas que habían cortado. Afortunadamente la cosa era más aparatosa que grave. Ello no había impedido que tanto la ropa de aquel hombre como la sábana que cubría el sofá hubieran quedado manchadas de sangre.

—¡Ah! —exclamó el herido en un tono apenas audible.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Lena.

El extraño mostraba una figura bien curiosa. Pasaba de los treinta y carecía de cabello: ni un solo pelo poblaba su cráneo. Su rostro era un tanto alargado. Los ojos eran pequeños y mantenían una singular equidistancia con una nariz aguileña. Las orejas eran pequeñas y discretas. La ropa no parecía ser de su talla, le iba un poco grande. Llevaba una camisa de color claro, de un azul no demasiado definido y unos pantalones marrones con unos cómodos zapatos oscuros.

—¿Quién eres tú? —preguntó a Lena.

—Eso quisiéramos saber nosotros. ¿Quién eres tú? —dijo Guillermo apuntándole con la pistola.

—¡Por favor!, ¡no dispare!

—¿Qué hacías espiándonos? Y, ¿por qué estás aquí? Seguro que huyes de algo.

Aquel hombre parecía un tanto aterrorizado ante la visión del arma. Temblaba ligeramente. Lena, observando que no parecía entrañar ningún peligro hizo bajar la pistola a Guillermo.

—¿Huye usted de alguien? No tema. No debe preocuparse.

—¡Conteste! —le dijo Guillermo sin soltar la pistola.

El hombre los miraba con aires de desorientación.

—Yo… No sé. Vi que esta casa estaba vacía y pensé en quedarme. No tenía donde dormir.

—¿Es usted un religioso? —preguntó el muchacho.

Algo en la actitud o en las formas de aquel hombre le había hecho sospechar. Sabía que muchos habían fallecido a consecuencia de absurdas pero terribles manifestaciones de violencia que se habían producido tras la victoria contra los sublevados. Aquello no le había gustado en absoluto: no correspondía a las enseñanzas que Lena le había estado inculcando. Le parecía una muestra de horror gratuita y sin sentido.

—¡Por favor, no me entreguéis! Me iré y no sabréis de mí.

Guillermo miró atentamente el religioso, ya no tenía ninguna duda de que lo era. Intercambió una mirada con Lena y guardó la pistola.

—No tiene por qué marcharse de aquí. A fin de cuentas, aquí no vive nadie y no creo que su dueño se enfade si la utiliza. Pero… ¿Quién es usted?

—No se preocupe —lo animó Lena al verlo tan frágil y

atemorizado—. Nosotros no lo vamos a denunciar a nadie.

El hombre se sentó finalmente, se llevó la mano a la cabeza y poco después, mirando a los muchachos comenzó su historia:

—Mi nombre es Samuel. Había venido aquí a cumplir un encargo, un encargo de mi orden.

—¿A qué orden pertenece? Y… ¿de dónde viene? —preguntó Lena observando un extraño acento en su habla.

—He estado mucho tiempo fuera, de peregrinación. He venido de Jerusalén. Pertenezco a la orden de los jerónimos.

—¿Jerónimos? —exclamó Lena—. No sé si hay en Barcelona.

—Probablemente ahora no, pero cuando fue suprimida en España la orden, a causa de la desamortización, había 48 monasterios y unos 1000 monjes.

—Por lo tanto, la orden no existe —apuntó Guillermo que tenía un punto de desconfianza.

—Las monjas nunca desaparecieron y, hace apenas quince años se consiguió de la Santa Sede la restauración de la orden. Tenemos un monasterio en Segovia. Yo he venido a ver los terrenos y monasterios que pertenecieron a la comunidad.

—Pero, aquí no hay nada de eso —comentó Lena.

—Te equivocas. Aquí existió el monasterio de Sant Jeroni del Valle de Hebrón.

—¡Ah! El viejo monasterio de la carretera de l'Arrabassada.

—En efecto, el viejo monasterio, ahora en ruinas. Intento reconstruir un poco la historia para la hermandad. Pero, al parecer, me ha pillado la guerra. He decidido permanecer aquí mientras no sea segura la situación. Bueno… Si a vosotros no os importa.

—No. Por nosotros no tienes que preocuparte —comentó

Guillermo.

—Pero… ¿cómo lo harás para alimentarte? —preguntó una Lena mucho más práctica—. Puede que esto vaya para largo.

—No os preocupéis. Me las apañaré. Tampoco necesito mucho.

Lena y Guillermo se miraron entre ellos y la muchacha habló con la aceptación de los dos. Ya hacía tiempo que se conocían y los gestos y silencios también los unían en una cierta complicidad.

—Ya te traeremos algo de vez en cuando pero no podemos asegurarlo de manera diaria.

—¡No!, por favor. Os agradeceré que me traigáis algo, pero yo también me sé espabilar. No os preocupéis por mí.

Y así, aquel día dejaron a Samuel de vigilante del palacio de hiedra. Su aspecto bonachón y su carácter afable y pacífico habían convencido a los muchachos.

* * *

Eran días complicados para la peculiar pareja. Guillermo intentaba compaginar su trabajo en el almacén de madera con actividades en el sindicato. La CNT disponía de los Comités de Defensa, organización cuya función esencial había sido la de conseguir armas y la intendencia, entendida como la continuidad y la reorganización de los grupos de acción armada. Tras la victoria sobre los sublevados en julio, los Comités de Defensa habían sido sustituidos en agosto por las Patrullas de Control que actuaban a las órdenes del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña. Fueron estos

quienes dirigieron las operaciones militares en Cataluña y, desde allí, en el frente de Aragón. El adolescente participaba en los comités de barriada, concretamente en los de abastos, que alimentaban a toda la ciudad. Ello le facilitaba la posibilidad de hacer llegar comida a Samuel de tanto en tanto. Tras aquella primera visita habían accedido posteriormente a la vivienda y, poco a poco, la bondad que transpiraba aquel hombre había calado con suma facilidad en el carácter de los muchachos. En una visita posterior, el religioso les enseñó un pequeño huerto que estaba cavando en la parte posterior de la mansión, lejos del alcance de la mirada de cualquier transeúnte. En otra ocasión lo encontraron sentado en la balsa donde habían fallecido dos de los antiguos habitantes del lugar. Parecía estar meditando o rezando en silencio. Su concentración era tal que se llevó un susto enorme cuando llegó la pareja.

—¡Vaya susto me habéis dado!

—Has de tener cuidado. Aunque aquí no viene nadie, podría darse el caso de que alguien decidiera esconderse —dijo Guillermo.

—Tendré que estar alerta. La verdad es que me cuesta hacerlo. No estoy acostumbrado.

—Has de vigilar hasta que la situación se normalice —comentó Lena.

Para Lena la situación también estaba complicada. Se hacía cargo del funcionamiento y organización del hogar. Su padre asistía a múltiples reuniones y ayudaba en la organización de recursos y autogestión de diferentes fábricas y negocios. Se estaba produciendo un proceso de incautaciones de empresas por parte de los obreros debido al abandono de las mismas por sus propietarios. Las causas se hallaban en la inseguridad personal que padecían. Eran tiempos difíciles,

tiempos de incertidumbre en los que el valor de la vida era exiguo sobre todo si los encargados de valorarla eran propensos a acabar rápidamente con una situación que creían injusta. Mientras Toni Vallés debía hacer frente a cargos de mayor responsabilidad como el hecho de asistir a reuniones del Consejo General de la Industria de la madera, encuadrado dentro del Consejo de Economía de Cataluña, Lena realizaba tareas de alfabetización dirigidas especialmente a las mujeres, muchas de ellas apenas sabían leer o escribir; vivían en unas condiciones de analfabetismo que la República había intentado transformar.

Eran tiempos duros, pero también eran tiempos de cambio y de esperanza para las clases sociales humildes.

Tras acompañar a Lena a casa, Guillermo se dirigió hacia su vivienda en Can Tunis. Decidió ir caminando. Sabía que era un largo paseo, pero había decidido desviarse y dirigirse hacia la vivienda de la calle de la Riera Alta. Tras pasar la Plaza de Cataluña decidió deambular por las calles del Raval, aquel barrio que tanto le gustaba. En él se respiraba la esencia de la vida en su forma más simple y heterogénea. Para el muchacho, aquellas casas desgastadas y aquellos estrechos callejones mostraban una historia de vida, representaban las cicatrices de un mundo que estaba en continua lucha para poder sobrevivir.

Muchas de aquellas ventanas y puertas estaban abiertas. Sus habitantes intentaban rebajar la temperatura de aquella noche de agosto. Algunos vecinos permanecían sentados en una silla junto a la puerta de su vivienda, otros discutían acaloradamente sobre algún tema sin importancia. Las prostitutas ejercían su oficio con soltura ofreciéndose a los improvisados transeúntes. Diríase que la guerra no existía, que la vida había encontrado su camino. Guillermo sentía que

aquel mundo le pertenecía y que él formaba parte de aquella variada amalgama humana.

Llegó a los alrededores de la vivienda en cuestión. Aquella calle parecía ajena al cosmos que se desenvolvía tras ella. Observó la desvencijada vivienda de dos pisos. No se observaba ninguna luz en ella. Parecía abandonada. De repente un ruido seco y conciso, muy cerca de donde él estaba, rompió el silencio de la noche.

A Guillermo se le erizó el vello de la piel, sabía a qué se debía aquel sonido: correspondía al percutor de una pistola que estaba siendo amartillada. Una suave voz, pero con un tono amenazador, le dijo:

—Y ahora muchacho, si no quieres morir, me dirás qué estás haciendo aquí escondido.

FUEGO EN EL PUERTO

Marzo, 1940

—¡Dios mío! —exclamó Carles.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañado mosén Francesc.

—Esta imagen…

—¿La conoces?

—¡El Santo Grial!

—En efecto. Aunque es una leyenda, siempre se ha acostumbrado a relacionar a los cátaros con el Santo Grial.

—¿Qué tipo de relación tienen? —preguntó el policía.

El clérigo invitó a Carles a sentarse en una silla y él hizo lo mismo.

—Uno ya no está para muchos trotes y hoy ya he realizado mi caminata —aseguró—. Verás, a los cátaros se les ha considerado los guardianes del Santo Grial. De hecho, dice la leyenda, que cuando las tropas del rey tomaron Montsegur, la noche anterior, cuatro cátaros escaparon por la ladera más escarpada de la montaña y se llevaron el tesoro que custodiaban.

—¿En qué consistía ese tesoro?

—Nunca se ha sabido. Hay quien dice que era la «cabeza hablante» de los templarios, Baphomet, otros dicen que objetos rituales cátaros, escrituras sagradas o, incluso, podría

consistir en los cuatro cátaros en sí mismo. Lo cierto es que ese tesoro era codiciado tanto por el rey de Francia como por la iglesia misma.

—¿No se sabe dónde fue a parar el tesoro?

—No. Se dijo que a los Pirineos. Otros dijeron que lo trajeron a España aquellos que huyeron de la persecución y, en cambio, otros hablan de que fue llevado a tierras lejanas para protegerlo.

—Debía significar mucho ese tesoro.

—Tanto como para que 225 personas prefiriesen morir quemadas en la hoguera, en Montsegur, antes que abjurar de sus creencias —se paró un momento y, mirando a Carles, exclamó—. Ya me dirás a qué responde ese interés por una vieja leyenda.

El republicano pasó a explicar la situación del caso investigado. Ahora era el mosén quien mostraba su asombro.

—Sorprendente. Realmente sorprendente. Pero ¿quieres decir que no responde a una mera casualidad el hecho de que dos personas asesinadas tengan tatuada la imagen del Santo Grial? A fin de cuentas, es una imagen que se halla en algunas pinturas románicas.

—Nunca se sabe. Podría ser.

Pero a su mente llegaron como resultado de un lejano eco las palabras que meses antes le dijera Josefa: «las casualidades no existen».

* * *

La tarde pasaba de manera lenta y monótona. Ernesto dibujaba sobre unas hojas unos nombres y unos hechos

intentando relacionarlos sin éxito. El nacional veía como los avances habían sido mínimos hasta el momento. Todavía faltaban algunos días para el 27 de marzo, día en que podrían descubrir quién era la mujer misteriosa que ponía flores sobre la tumba de Helena. Era consciente de que su atención estaba dividida y ello dificultaba la investigación. Por otro lado, Carles también le había parecido ausente desde que había vuelto a Barcelona. Le había explicado cómo había ido la conversación con el párroco. La sorpresa había sido mayúscula: el dibujo que representaba el tatuaje de los asesinados aparecía en la tarjeta de una librería con nombre misterioso. De alguna manera se establecía una relación entre los cadáveres y Dolors, la mujer de su compañero, también asesinada. Si tenían en cuenta que ella murió cuando fue a buscar a Guillermo, las piezas del extraño puzle comenzaban a salir a la superficie. Sin embargo, eran muchos los puntos oscuros de aquella relación de la cual no sabían ni la identidad de los asesinados ni tampoco la causa. Todas las pistas indicaban que estaba relacionada de alguna manera con el Santo Grial.

El republicano había salido aquella tarde. Había podido quedar con Alfredo Rincón, el policía que estuvo en el lugar del crimen donde falleció Dolors y que llevara la Biblia al párroco de Tona. Ernesto volvió a comenzar desde el principio. Tenía la sensación de que la tarde se iba a hacer muy larga. En aquel momento entró Hamed en el despacho con dos tazas, una de café y la otra de té.

—¡Ya *istá* el café!

—Gracias Hamed. Corría el riesgo de quedarme dormido.

—Pero café no bueno. Siempre mejor taza de té.

—Lo sé. Siempre es mejor el té.

—Entonces, ¿porque no toma té?

—Porque en mi ciudad tomaban té algunos comunistas.

—Comunistas no gusta té. Todos, café.

—Pues debían ser comunistas anárquicos los de mi tierra. No debían ni hacer caso al partido.

En aquel momento se abrió de manera brusca la puerta de la calle. Una bocanada de aire fresco se dejó sentir en aquella habitación.

—¡Lo he encontrado!

Marco Venacio entró como una tromba en el local de la calle Fernando. Su cojera le daba un aspecto un tanto humorístico, debido a la velocidad con la que había entrado: parecía que flotara sobre el suelo.

—¿Qué es lo que has encontrado? —preguntó Ernesto sorprendido por la agilidad que mostraba su compañero.

—¡Práxedes! ¡He encontrado a Práxedes!

—¿Has hablado con él?

—No. Primero quería traer aquí la información para actuar en consecuencia.

—¡Muy bien!, ¿cómo has podido descubrirlo?

—Ha sido un trabajo de chinos. Llevo varios días preguntando por todas las sastrerías de la ciudad. Comencé por las del Poble Sec. Fue allá donde se encontró el cadáver, pero nadie parecía conocerlo. A partir de ahí fui ampliando la zona, calle por calle. Realmente me he pateado media Barcelona. En la calle Floridablanca, un sastre me indicó que le sonaba el nombre. A fin de cuentas, es muy peculiar. Me indicó una sastrería de Sants. Allí hablé con el dueño quien me aseguró que había tenido trabajando con él al tal Práxedes hasta hacía un par de años. Me dio su dirección.

—¡Perfecto! —dijo Ernesto cogiendo su abrigo y la chaqueta del cadáver envuelta en un papel— ¡vamos allá!

—Pero el té —se quejaba Hamed que se veía privado de

uno de sus placeres más confortables.

—Ya te dije que el té es de comunistas.

* * *

—Quiero que te atengas a la realidad. Por muy dura que sea.

—La realidad puede ser muy desagradable. Sin duda, al capellán no le quise especificar demasiado para no asustarlo.

—No te ahorres detalles. Como policía sabes que, a veces en ellos se halla la solución.

Carles observó cómo Alfredo se concentraba intentando recordar los acontecimientos, tal como se habían producido aquella noche de finales de enero. Tras su entrevista con el párroco le había faltado tiempo para explicarle a Ernesto la correlación de hechos conocidos. Rápidamente, comenzó a realizar la búsqueda del policía que había tenido la buena idea de llevar la Biblia a mosén Francesc. Tras una condensada charla, el policía había quedado sorprendido al saber que el republicano era el marido de la joven que pereciera en el almacén del puerto de Barcelona. Alfredo era consciente de lo delicado del momento, pero había advertido una cierta dureza en la mirada de aquel curioso policía que le había hecho pensar que era mejor atenerse a sus demandas.

—Eran los últimos días de enero. Recuerdo que la aviación alemana castigaba con dureza la ciudad, especialmente el puerto. Se decía que unos cargueros pintados de negro habían conseguido entrar en el puerto de Barcelona con tropas. Esta fue la causa de que el cuartel general de Franco quisiera bombardear el puerto. Naturalmente, cuando

hubo pasado el bombardeo, todo el mundo contribuía a apagar el fuego. Recuerdo unas grandes llamaradas acompañadas de mucho humo. El caos era general.

—¿A usted le avisaron?

—Yo ya estaba allí, intentando echar una mano. Recuerdo que un bombero que conocía me llamó. Al principio no entendía por qué. En realidad, eran ellos quienes tenían que ordenar las acciones que se realizaran. Luego lo entendí perfectamente.

—¿Qué fue lo que vio?

—Me llevaron a un almacén bastante grande. Había ardido en parte. Desde allí fuimos a una sala. Allí había el cadáver de un hombre: le habían cortado la garganta. En un pasillo se hallaba el cadáver de otro hombre.

—¿También asesinado? —Carles comenzaba a sentir que sus peores augurios se estaban cumpliendo.

En efecto. Había otro joven en el suelo. Le habían atravesado el corazón con un cuchillo. Finalmente, en otra sala encontré el cadáver de una mujer.

Carles no decía nada. Era consciente de que hablaban de Dolors. Intentaba mantener la calma, de la misma manera que si de un caso ajeno se tratara. A pesar de ello, sentía un sofoco que le subía desde lo más profundo.

—¿Cómo estaba ella? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Quiere que siga? —preguntó Alfredo con cierta inquietud.

—Sí, por favor.

—A ella le habían clavado el cuchillo en el abdomen y, desde allí, la habían rajado hasta llegar al corazón.

Lo que hasta entonces había sido una preocupante sospecha había pasado a convertirse en la cruda y desnuda realidad: Dolors había sido asesinada por un criminal al que

persiguiera antaño y que parecía haber vuelto para cobrar la pieza que debía faltar en su macabra colección.

NOTICIAS SORPRENDENTES

Marzo, 1940

A pesar de que el día amenazaba lluvia, fueron caminando. Apenas una ligera brisa se dejaba sentir, en aquella tarde de marzo. El refugio donde esperaban encontrar al tal Práxedes se hallaba cerca de allí. La calle Marlet, lugar donde residía el citado sastre, se hallaba cerca de la calle Fernando. Solo era cuestión de entrar en la judería. El cuadro que ofrecían era curioso y hasta hubiera sido digno de figurar en una obra costumbrista: en primer lugar, Ernesto, con su pulido uniforme y con el rostro ensimismado y la mirada fija. A este le seguía Marco Venacio, escondido tras una arrugada gabardina gris que había sido testigo de los acontecimientos de los últimos veinte años, y que pedía a gritos un esmerado lavado y planchado. Tras ellos, Hamed intentaba seguir el paso de los compañeros y maldecía haber comido hacía poco rato, cosa que le producía un ligero malestar.

Pasaron por la calle Avinyó para introducirse en el *cali* judío. Las calles estrechas y sucias conservaban aún el aire indefinido de aquellos que las habían habitado y mostrado su cruda realidad, como fue Pablo Picasso con su obra maestra de *Las señoritas de Avinyó*. Una vez en la calle Marlet pudieron avistar el resultado de los bombardeos: algunas casas

permanecían destruidas, otras mostraban sus heridas sin ningún pudor. Marco los condujo ante una vivienda que había sobrevivido a los bombardeos, aunque algunas grietas en la fachada daban fe de la dureza de la contienda.

—¿Es aquí? —preguntó Ernesto.

—En el primer piso.

Subieron por una oscura y sucia escalera hasta llegar al primer piso, en cuya puerta un discreto cartel anunciaba el oficio de aquel que buscaban. Llamaron y no tardó en abrir un individuo de aspecto un tanto extravagante. El sujeto en cuestión era alto y delgado. Llevaba pantalones oscuros y entallados. Una camisa blanca protegida por un chaleco azul marino con rayas blancas le cubría la parte superior del cuerpo. Su cara era delgada, y mostraba algunas arrugas, aunque no debía de tener treinta años. El pelo parecía grasiento y un rebelde mechón le caía sobre la frente. En su mano izquierda tenía un cigarrillo que se llevó a la boca con evidente ostentación cuando vio ante sí a aquellos tres individuos. Lejos de amilanarse ante tan inesperada visita les preguntó con evidente soltura:

—Buenas tardes caballeros —los miró con aires de suficiencia y les lanzó una bocanada de humo—, ¿qué desean?

Una vez hechas las presentaciones, el sastre los condujo con bastante garbo a través de la vivienda, un piso con un largo pasillo, al final del cual había una gran habitación que hacía la función de sastrería. Allí se hallaban un par de maniquíes y algunas telas. Les invitó a sentarse en unas sillas. La luz llegaba tamizada a partir de unos cristales traslúcidos que había en la ventana.

—Tuve que cambiar los cristales por otros más opacos —dijo señalándolos—. Aquí las ventanas están cerca unas de otras y la gente quiere saberlo todo.

—¿Es usted Práxedes? —preguntó Ernesto.

—Yo mismo. Y no piense que es un nombre comercial. Mis padres me parieron así y me pusieron ese nombre. ¿Sabe que significa emprendedor? Creo que lo acertaron —dijo dando una calada al cigarrillo—. El nombre es importante pues determina las características de quien lo lleva. ¿Sabían que esta calle tiene el nombre de un chiquillo martirizado por los judíos, llamado Marlet? Estos judíos…, siempre haciendo de las suyas.

—Supongo entonces que esto es suyo.

Ernesto sacó la chaqueta del cadáver intentando evitar que Práxedes siguiera su monólogo. El sastre parecía gozar de una improvisada representación acompañando sus palabras con gestos un tanto amanerados ante aquel improvisado público. Cogió la prenda con desenvoltura y la miró.

—Sí, es mía. El corte y… —Se paró en seco y soltó una exclamación—. Si es la chaqueta del malparido del Valeri.

—¿Sabe quién es su dueño?

—¡Y tanto! ¡Cómo lo pille lo arreglo yo a ese!

—¿Por qué?, ¿qué problema hay? —preguntó intrigado Ernesto.

—Porque no me acabó de pagar la chaqueta. Me pagó una parte y…, con la confianza, dejó de pagármela. Mucho pedir el cabrón que la necesitaba, pero luego, si te he visto no me acuerdo. ¡Desde entonces no fio ni a mis padres!

—Creo que ya no cobrará porque el hombre está muerto.

La cara del sastre cambió de color. Pasó de la ira a la decepción en un momento.

—Se lo merece por no pagar. No están los tiempos para esos feos —dijo con una pose un tanto amanerada.

—¿No será que no le pagó porque lo asesinaron?

—¡Ah! Si es así…, entonces lo perdonaré.

—Díganos todo lo que sepa de este hombre.

—No sé nada.

—Pero… ¿no acaba de decir que lo conocía?

—A él apenas. A quien conocía era a su novia, la Carmen. Por ella le hice el traje, aunque me pagó la mitad. Me dijo que a la próxima visita me pagaría la otra mitad.

—Pero, si estaba acabado…

—Le faltaban algunos arreglos, pero insistió en llevárselo. Después desapareció y su novia no solo no me pagó, sino que me contestó con desprecios. ¡Es una vulgar! Ya se lo digo yo.

—¿Podría decirnos dónde vive la tal Carmen?

* * *

Llegaron a la calle del Tigre, cercano a la ronda Sant Antoni. Hamed los había traído en coche. No se encontraba demasiado bien para caminar hasta allá. Siguiendo las indicaciones de Práxedes llegaron hasta un piso que había junto al local de La Paloma, sala de baile que durante la guerra civil había sido utilizada como galería de tiro. La muchacha que les recibió debía tener unos veinticinco años. Vivía con sus padres que, un tanto atemorizados ante aquella visita, presentaban un aspecto serio. Carmen era morena, con el pelo largo y liso. No era muy alta y su aspecto denotaba una perenne tristeza. Cuando le dijeron que venían de casa del sastre, lanzó una imprecación:

—¡Ese impresentable! No está bien de la cabeza. Seguro que les ha dicho alguna tontería.

—Verá. Estamos trabajando en un caso y necesitamos que nos ayude. ¿Conocía usted a Valeri?

De repente, la muchacha comenzó a llorar. Cogió un pañuelo y se limpió las lágrimas.

—Les pareceré una tonta, pero es que todavía no me he repuesto. Fue una noticia terrible.

—¿A qué noticia se refiere? —preguntó Ernesto intentando descubrir alguna información escondida.

—A la de su muerte. Todavía no lo he superado.

—Pero ¿usted sabía que había muerto?

—¡Por supuesto! Me lo notificó el ejército.

Ernesto se hallaba realmente confuso. Ignoraba quien había podido avisar a la novia del fallecido.

—¿Está segura? ¿Cuándo se lo han notificado?

—Hace tres años y medio —les contestó, un tanto sorprendida.

—¿Tres y medio? ¡Si hemos descubierto el cadáver hace poco!

—Perdone. No sé qué quieren ustedes, pero mi novio murió en Murcia hace tres años y medio.

—Entiendo que debemos estar hablando de personas diferentes. Debe haber un error —comentó Ernesto—. ¿Tiene alguna foto de su novio?

Carmen afirmó con la cabeza. Se levantó, fue hasta una cómoda y sacó una imagen del primer cajón. En ella aparecía un muchacho sonriente y lleno de vida. Ernesto pensó que aquel rostro ya no podría sonreír a nadie más.

—Lamento decirle que su novio no murió en Murcia hace tres años y medio sino en Barcelona hace mucho menos tiempo.

La sorpresa apareció en el rostro de la muchacha que, incrédula, negaba con la cabeza. Su madre, rápidamente, fue a abrazarla para contener el inevitable llanto.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó el padre—.

Recibimos una notificación de su fallecimiento.

—¿La tienen?

Carmen se deshizo del abrazo de su madre y se dirigió al mismo cajón. Extrajo un sobre y se lo pasó al militar. Ernesto sacó el documento y pudo comprobar que el soldado Valeri Roig había fallecido en Murcia, al parecer en un accidente de tránsito.

—Efectivamente. Es como usted dice. Le notificaron la defunción de su novio.

Visto el cariz que tomaba la entrevista, los padres de Carmen invitaron a sentarse a los policías, cosa que agradeció especialmente Hamed. Les invitaron a tomar algo, aunque ellos denegaron la oferta. Ante la demanda de la familia, deseosa de tener noticias del suceso, Ernesto les relató los hechos que conocían.

—En realidad, ya no era mi novio —explicó Carmen más tranquila—. Días antes de su muerte…, o de recibir la notificación, me envió una carta en la que me decía que rompíamos, que no podíamos seguir adelante con lo nuestro.

—¿Le dijo algún motivo?

—A veces —sonrió con evidente decepción—, una mujer ya ve que aquel con quien cree que compartirá toda una vida no tiene la misma percepción. Valeri no se conformaba con lo que tenía. Él era mecánico y, para él, eso era una limitación. Supongo que no quería vivir toda la vida pensando que podía haber hecho otra cosa. Por mi parte, yo confiaba en que todo seguiría igual.

—¿Las últimas notificaciones que ha tenido de él son esa carta y la información del ejército?

—En efecto. No he sabido nada más. Yo creía que estaba muerto. No entiendo nada.

—¿Cómo se explica que haya querido hacerse un traje

hace poco más de un año?

—¡Dios mío! ¡El sastre! —dijo llevándose la mano a la boca—. Ahora entiendo por qué me persiguió un día diciendo que Valeri le debía dinero de una chaqueta. Pensé que estaba loco. Le dije que había muerto y que me dejara en paz o llamaría a la policía. Ahora veo que tenía razón.

—¿No le hubiera sido más fácil ir a otro sastre?

—Verá, a Práxedes lo conocía de cuando trabajaba en la sastrería *El buen corte* de Sants. De allí lo despidieron, tengo entendido que fue debido a que cogía dinero. Luego supe que había montado su negocio en su piso, pero yo nunca había estado allí.

—Pero usted… ¿sabía dónde vivía?

—Sí. Sí que lo sabía. De hecho, hace años, una vez que fui con Valeri a probarme una falda en la tienda de Sants, nos dijo donde vivía, pero de eso hace cuatro años al menos. Supongo que, como habíamos cortado, debió imaginar que no me enteraría. La verdad es que me encontré con Práxedes por casualidad. Solo lo he visto una vez en estos cuatro años. Por otro lado, es un sastre muy discreto. Su negocio no es muy conocido.

—Eso podría explicar por qué fue a hacerse el traje en ese lugar —apuntó Marco.

—Una última pregunta. ¿Por qué el ejército le envió a usted la noticia del fallecimiento? ¿No tenía familia Valeri?

—No. Sus padres habían fallecido, pero le habían dejado un piso. Él había encontrado trabajo en un taller mecánico. Lo contrató un viejo amigo.

—¿Podría decirme el nombre y dirección?

TRAS LA PISTA DE UN ESPÍA

Agosto, 1936

—Más vale que contestes rápido si no quieres ver repartidos tus sesos por el suelo. ¿Qué eres?

—Mi nombre es Guillermo —pensó que no ganaba nada mintiendo.

—¡Gírate! ¡Quiero verte la cara!

Guillermo se giró y el hombre pareció un tanto sorprendido.

—Yo te conozco. Del sindicato. ¿Me quieres decir por qué vigilas esa casa? —Ahora el tono parecía un poco menos amenazador.

El adolescente explicó la sucesión de acontecimientos por la que había relacionado el habitante de la vivienda con Soto, el trabajador que le agrediera en el taller de madera.

—¿Y no le has visto la cara al hombre que vive ahí?

—No. La verdad es que nunca se la he visto, aunque he venido varias veces.

—Lo sé. Te vi la semana pasada cuando vigilabas.

El extraño pareció conformarse con la explicación de Guillermo. Seguramente, la juventud del muchacho unida al hecho de ser asiduo del sindicato había hablado en su favor. El hombre bajó la pistola, pero no la guardó. Su aspecto era

joven. Debía tener unos treinta años. Su pelo era un tanto largo y enroscado en torno a unos ejes asimétricos que le aportaban un aire rebelde. La mirada fija y profunda parecía atravesar al adolescente. Pero, por otro lado, en su aspecto global mostraba una cierta indolencia, tanto en su manera de vestir como en una incipiente barba de tres días.

—Me han dicho que es italiano.

—En efecto. Voy buscando a un italiano, un traidor. Vamos a ver si está en casa.

—¿Cómo lo sabremos? —preguntó Guillermo.

—Porque tú vas a entrar.

—¿Yo? —Se espantó un tanto el muchacho.

—Sí, ¡acompáñame! —Le cogió del brazo—. Y no hagas tonterías.

Giró por la esquina de la casa y le señaló una ventana que estaba en el segundo piso.

—Si te subes encima de mí puedes ayudarte con la cañería y entrar por esa ventana.

—¡Pero está cerrada!

—No cierra bien. La tengo controlada. He visto que la cierra de golpe. Solo has de darle un golpecito y podrás entrar en la casa.

—¿Y si hay alguien dentro?

—Siempre puedes salir corriendo o fingir que eres un ladrón.

Guillermo lo miró un tanto espantado. El extraño rio a carcajadas.

—Era una broma. Estoy seguro de que no hay nadie dentro. Una vez en el interior busca la manera de abrir la puerta. Veremos si el pájaro ha volado.

El hombre le ofreció una linterna. La curiosidad, que parecía innata en el muchacho, ayudó a que colaborara con

aquel hombre misterioso. Realmente él también quería saber quién era el individuo que mantenía negocios con Soto. En otras ocasiones le había parecido que aquella casa estaba abandonada. No obstante, un hormigueo de tensión e inquietud recorría su cuerpo. Siguió las indicaciones del sujeto y dio un golpe seco a la ventana que resonó en toda la calle, o eso le pareció. Esta se abrió y pudo colarse dentro de la vivienda. Una vez en su interior encendió la linterna y enfocó una desnuda habitación, tan solo ocupada por una mesa y dos sillas. No vio ni rastro de actividad reciente. Aquel debía ser el despacho del antiguo ocupante del lugar. Esperó un momento, con los nervios en tensión, antes de hacer ningún movimiento. Nada parecía haberse movido en la casa. Ello le dio mayor confianza para salir de la habitación y dirigir sus pasos hacia la entrada. Bajó las escaleras y siguió por un largo y oscuro pasillo. De repente resbaló y perdió el equilibrio. Tuvo el tiempo justo de agarrarse al vano de una puerta para no darse un golpe. Apoyó la mano en el suelo mientras la linterna caía y rebotaba produciendo un ruido escandaloso. Permaneció quieto y en silencio mientras su corazón latía desbocado. El caserón continuaba en silencio. Se dirigió al lugar donde había caído la linterna, todavía estaba encendida. Al cogerla observó con sorpresa que tenía la mano manchada de un líquido de color oscuro. Pensó que había sido aquella que había apoyado en el suelo. Señaló con la linterna el lugar donde había caído: una mancha oscura se desparramaba tras una puerta entreabierta que daba a una habitación. Aquella mancha le hizo recordar a Samuel, cuando se desmayó en la terraza. Con cierta dosis de nerviosismo, ante la previsión de lo que podía encontrar, abrió la puerta poco a poco. El chirrido de la misma al abrirse le hizo ser consciente de la sensación de vacío y soledad que dominaba aquella vivienda.

A medida que se ampliaba el campo de visión pudo ver el cadáver de un hombre en el suelo. Por la postura de su cuerpo, un tanto forzada, diríase que parecía haber intentado agarrar el pomo con una mano que presentaba unos dedos abiertos como garfios. Enfocó el rostro de aquel hombre y vio unos rasgos conocidos: aquel joven tullido que había visto acompañando a Soto. Su cuerpo había acabado en el interior de un desvencijado caserón, abandonado como un perro. Su garganta estaba atravesada por un profundo corte del cual había manado gran cantidad de sangre.

* * *

—Esta es mi documentación.

Guillermo observó como el cenetista revisaba los documentos que le presentaba el conductor del camión. Todo estaba en orden. El vigilante dio aviso a sus compañeros para que lo dejaran pasar. El muchacho observó cómo bajaba el vehículo por la Vía Laietana. Su mente viajó hacia los sucesos vividos en el viejo caserón de la Riera Alta. Una vez descubierto el cadáver había corrido a abrir la puerta para dejar entrar a Alex, que así se llamaba su nuevo compañero. Este se dedicó a registrar la casa intentando encontrar alguna prueba de la permanencia en ella del sospechoso. Apenas unos escasos y funcionales muebles se hallaban en la vivienda. Todo parecía haber sido limpiado de manera meticulosa. Tan solo la existencia del cadáver atestiguaba una pasada presencia humana.

—El pájaro ha volado.

—¿Quién se supone que es ese hombre?

—Un espía, un traidor.

—¿Ese hombre es peligroso?

—Muy peligroso. No sabemos ni qué cara tiene, pero sí que sabemos que ha asesinado a varias personas: sindicalistas y otros sujetos influyentes. También elimina a aquellos que colaboran con él para no dejar rastro, como ese pobre desgraciado.

—Ese pobre desgraciado era cómplice de otro que me dio una paliza.

—¡Ah!, ¿así era este el sujeto que seguiste? Escogió mal sus amistades.

—Pero… ¿qué puede querer un espía italiano?

—Depende.

—¿Depende?, ¿de qué?

—Mira muchacho. Si hay un lugar donde puedas encontrar espías en este momento, ese es Barcelona. Ten por seguro que hay italianos, rusos, ingleses, franceses y españoles entre otros. Luego está la cuestión de para quien y con qué objetivo espían.

—¿Tú también eres un espía? —preguntó Guillermo cada vez más asombrado.

—Bueno. Digamos que a mí me encargan enterarme de cosas y ocuparme de individuos un tanto indeseables.

Alex pareció congeniar con el muchacho de tal manera que, a pesar de su juventud, lo introdujo en el mundo de la acción antifascista. A veces ayudando a las patrullas antifascistas, otras colaborando en misiones de información. La curiosidad innata del muchacho facilitaba este último papel. Tenía buena memoria y gran capacidad de observación, además de una gran decisión y voluntad para realizar cualquier empresa encomendada.

Desde que la sublevación militar había sido derrotada, los

obreros habían tomado el control de la situación. No había un poder unificado y centralizado. Por todas partes surgían barricadas y patrullas de control. Alex hizo entender a Guillermo que formaba parte del Departamento de Investigación del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña (CCMA) y estaba bajo el mando de Aurelio Fernández. Al parecer sus misiones implicaban un cierto secretismo e independencia. El solo nombre de Aurelio Fernández implicaba un respeto no exento de temor. Cualquier enfrentamiento contra la persona que había creado las patrullas de control podía acarrear graves consecuencias. Se decía que sus adversarios desaparecían o fallecían en extrañas circunstancias. Cuando en una de las primeras reuniones del CCMA surgió la pregunta de quién había vencido al ejército, Aurelio respondió que «los de siempre: los piojosos». Con ello hacía referencia a los parados, los emigrantes, la población miserable de las casas baratas de Can Tunis, Somorrosotro, Santa Coloma, etcétera, así como los obreros industriales que malvivían en unas duras y pobres condiciones de vida.

Los sindicalistas y cenetistas hicieron una renuncia revolucionaria para asumir la lucha contra el fascismo como primera prioridad. El gobierno burgués de la Generalitat y el republicano dejaron de ser enemigos para convertirse en aliados. A pesar de ello, no todo era paz en aquella Barcelona del verano de 1936: el poder lo ostentaba una clase obrera en armas que imponía su violencia, su poder y su forma de entender el orden. En los comités revolucionarios se hallaban los órganos de poder de la clase obrera. Se produjo una sistemática expropiación de las propiedades de la burguesía, se puso en marcha la colectivización tanto en el campo como en las industrias, se organizaron las milicias populares, así como patrullas de control y milicias de retaguardia.

Guillermo pensaba en cómo había cambiado todo en tan solo unos días. La ciudad vivía unos tiempos en un estado de ánimo difícil de explicar. Tan pronto se producía un estallido de euforia por la victoria como se caía en un estado de pesimismo y desánimo al constatar que aquello era solo el inicio de un proceso más largo. La guerra se había establecido en todo el territorio y las medidas excepcionales pasaban a ser ordinarias en una situación que se antojaba excepcional. El adolescente mismo era un ejemplo de ello: compaginaba su trabajo con la participación en otras actividades como el comité de abastos o, accidentalmente, las patrullas de control. A pesar de su juventud, tenía una constitución fuerte y tonificada gracias a los esfuerzos que realizaba cargando las maderas del almacén. Había crecido y podía pasar fácilmente por un muchacho de dieciocho años.

De repente, su mirada recayó en una pareja que bajaba por la Via Laietana. Se trataba de Carles Gil y su mujer, Dolors. Ella le tenía cogido el brazo y paseaban tranquilamente. Aquella imagen le recordó un período anterior, una época en que él paseaba con su madre ajeno al mundo que les rodeaba. Observó cómo bajaban junto a la casa de Cambó, en aquel momento edificio de la CNT y seguían en dirección al barrio del Born. Diríase que el tiempo se había detenido y que allí no había tenido lugar un enfrentamiento atroz y una reñida batalla. La curiosidad, esa curiosidad que su madre decía que un día le pasaría factura, lo dominó y decidió seguirlos. A distancia observó cómo miraban escaparates en la calle Princesa para adentrarse posteriormente en la calle Monteada. Había conocido a Carles ya que se habían encontrado algunas veces. Había agradecido que no lo hubiera detenido cuando vigilaba el cuartel de Atarazanas. Entre ellos había implícito un pacto de no agresión que partía de un reconocimiento

mutuo y de respeto previo. Pensó que ello era debido en gran parte a Helena, su madre. Algo en aquella imagen de la pareja le había llamado la atención, posiblemente la gran belleza de la mujer, una joven ataviada con una falda azul marino y una blusa blanca que resaltaba más su negro y ensortijado pelo que caía como una cascada sobre los hombros, o sencillamente la contemplación de una imagen que le producía una envidia significativa. Él no había visto nunca a su madre en esa situación y lamentó que no hubiera podido disfrutar de una felicidad que creía que le correspondía. De hecho, nunca había sabido quien era su padre. Pensó que tendría que hacer preguntas incómodas pero necesarias. Finalmente observó el final del viaje de la feliz pareja: entraron en un patio interior. Se quedó meditando sobre la vida que había tenido junto a su madre, una vida dura y difícil si tenía en cuenta su situación en comparación con la de aquel policía. Una ventana del segundo piso se abrió y aquella hermosa mujer hizo su aparición. Sus miradas se cruzaron y el tiempo pareció detenerse en aquel instante. Guillermo, viéndose sorprendido, decidió irse de allí.

—¡Guillermo! ¡Ven aquí!

Era la voz de Alex que lo reclamaba una vez había vuelto al puesto de control.

—¿Dónde habías ido? —le preguntó.

—Yo… la verdad…

—Bueno. No importa —dijo acompañándolo con un gesto de la mano—. Ven conmigo. Te invito.

Fueron caminando por las calles del Gótico hasta llegar a la Plaza Real. Durante el trayecto comentaban cosas sin importancia como si se encontraran en una época plácida, una época en que la guerra no hubiera distorsionado todo tipo de relaciones y de actitudes que podían considerarse

razonablemente permisibles y aceptables en otros tiempos. Una vez allí, Alex invitó a Guillermo a una cerveza.

—Escúchame atentamente —le espetó—. Quiero que esta noche vayas con un grupo de hombres y observes y vigiles todo lo que hacen.

—¿Qué tienen que hacer?

—En principio, incautar una propiedad a un burgués, un hombre importante de la ciudad. Su vivienda se halla en la avenida Tibidabo, una zona muy apropiada para establecer el cuartel general de Max, uno de los hombres importantes de Aurelio Fernández.

—¿Y quién es ese burgués?

—Se trata de Josep Santaló Trias, dueño de algunas fábricas y miembro importante de la Patronal de empresarios.

LA MUJER MISTERIOSA

Marzo, 1940

Llegó el día Hebrado. Los policías se hallaban vigilantes en el cementerio. Había llegado el día veintisiete, aquel en que una misteriosa señora presentaba sus respetos a la tumba de Helena. Ernesto se hallaba paseando por los alrededores de la sepultura. Desde otro lugar, Marco controlaba la zona. Carles se hallaba junto al vigilante en su despacho. Hamed se había quedado en casa, víctima de un malestar de estómago que arrastraba del día anterior.

El vigilante estaba un tanto sorprendido del mutismo que presentaba Carles. Mientras el trabajador observaba la entrada al cementerio, el policía estaba sentado en una silla, perdido en sus pensamientos, viviendo uno de aquellos momentos melancólicos en los que se culpaba de la muerte de Dolors. A su mujer y, probablemente a su madre también, las había asesinado un hombre al que había perseguido años atrás. Recordó la satisfacción que había tenido cuando supo que habían podido arrinconar al delincuente, obligándolo a abandonar la ciudad. Aquello lo habían sabido gracias a los confidentes, tan necesarios entonces como ahora. Pero aquel criminal había vuelto y, al parecer, su objetivo había sido vengarse en la persona del policía que le hiciera abandonar su

territorio. ¡Y lo había conseguido! Nada le podía hacer más daño que el asesinato de Dolors y saber que la responsabilidad podía ser suya. Las palabras de Alfredo todavía resonaban en su mente.

—Después de ver los cadáveres de los dos hombres entré con mucho cuidado en la sala donde se hallaba la mujer. Presentaba quemaduras en todo el cuerpo debido al incendio. Apenas quedaba nada del abrigo verde que llevaba. Sin embargo, eran evidentes las causas de su muerte: la habían abierto en canal.

Esto último lo había dicho en un susurro por respeto a la persona que estaba escuchando. A Carles le llegaba la información a trompicones, como si alguien quisiera impedir que fuera del todo consciente de la gravedad de la tragedia. El abrigo verde, aquel que había comprado en los almacenes El Águila, era el mismo que llevaba puesto en aquel extraño sueño que había tenido hacía unos días. Pensó que resultaba curiosa la interacción que se producía entre los sueños y la realidad, como si unos fueran la prolongación de una vida que a menudo ofrecía una respuesta enmascarada.

—¿Y la Biblia?

—El libro se hallaba junto a ella. Milagrosamente no había sufrido por el fuego. La recogí. Cuando vi la dedicatoria pensé en llevársela al párroco de Tona… Yo soy de Collsuspina. Pasaron meses hasta que se la pude entregar. Él me dijo que no era suya pero que se la haría llegar a su dueño.

—Y así fue. Me la hizo llegar —le contestó, pensando que el destino era bien curioso ya que aquel libro había seguido un rumbo azaroso hasta llegar a las manos de Carles—. ¿Quiénes eran los otros hombres? ¿Han podido averiguarlo?

—Piense que pasó justo antes de la caída de Barcelona. No estaba la situación para muchas investigaciones. No creo

que investigaran el asesinato. Pero sucedió algo extraño.

—¿Algo extraño? ¿Qué fue lo que sucedió?

—Apartamos los cadáveres. Al moverlos pude observar que uno de ellos tenía unas escarificaciones en un brazo.

—¿Unas escarificaciones?

—Así se llaman. Son incisiones para crear un dibujo en la piel. Lo sé porque, ante mi extrañeza, lo pregunté. Representaban unas hojas de laurel.

—¿Hojas de laurel?

—Sí. En casa de mis padres tenemos uno. Conozco bien sus hojas. Aquello me llamó la atención. Miré en el otro cuerpo y también tenía el mismo dibujo: dos hojas de laurel cruzadas por el peciolo. Después miré en el cuerpo de la mujer, pero las quemaduras impedían saber si las tenía.

—Realmente es bien curioso. Cualquiera diría que pertenecen a una especie de secta.

—Sí. El caso es que ahí no acaba todo.

—¿Qué quieres decir?

—Habían sido trasladados al Hospital Clínic. Seguramente para ser sepultados en la fosa común, el Fossar de la Pedrera del Castillo de Montjuic. Sé que allí son enterrados en cajas de madera y cubiertos de cal viva. Yo tengo un amigo que trabajaba en el Clínic y se ocupaba de los muertos que nadie reclamaba, especialmente en aquellos días. En cierta ocasión le comenté el caso de los asesinatos del puerto. Él me dijo que lo recordaba por la extraña situación que se generó.

—¿Cuál fue esa extraña situación? —preguntó Carles intrigado.

—Al día siguiente, los cuerpos de los tres cadáveres habían desaparecido. Alguien los había robado.

* * *

—¡Es ella! —exclamó Silvestre, el vigilante del cementerio.

Una figura alta y delgada hizo su aparición por el camino principal. Su porte era elegante. Llevaba un abrigo de color gris claro que contrastaba con la falda larga, oscura y plisada que llevaba. El pelo oscuro y ondulado caía en cascada a los lados de su rostro, bajo un sombrero de ala estrecha que lucía inclinado. Unas gafas de sol oscuras ocultaban su mirada. Cualquiera que viera la imagen pensaría que estaba realizando un pase de modelos. Su caminar era tranquilo y pausado y en sus brazos llevaba un pequeño ramo de gardenias. Saludó hacia el despacho del vigilante y siguió en la dirección por todos esperada: la tumba de Helena.

Ernesto deambulaba por la zona sin poder evitar dar vueltas a los acontecimientos de los últimos días. Habían podido saber el nombre de una de las víctimas. También tenían una dirección y un lugar de trabajo. Parecía que se podrían aclarar algunos de los misterios presentados. Sin embargo, todo había sido aplazado hasta hablar con la mujer misteriosa. La investigación había quedado supeditada a un segundo término. El objetivo en aquel momento consistía en hablar con la única persona que conocía la identidad de Helena y aquello, para él, era mucho más importante.

Entonces la vio. Caminaba altiva y elegante, con gran parsimonia. Le pareció de aquellas personas que saben que tienen el mundo a su favor. Debía tener dinero pues la prestancia con la que paseaba no era adquirida, sino que era característica de aquellos seres etéreos que saben que hay unas normas para todo el mundo, pero que ellos están por encima

de las mismas, como si se deslizaran por un universo superior. Tras ella caminaban Carles y Silvestre. En algún momento había girado el rostro. Ignoraba si los había visto, aunque eso ahora carecía de importancia. Se paró ante la tumba de Helena y se quedó quieta, con las flores en la mano. Ernesto se aproximó y observó que musitaba una oración. Le pareció una imprudencia interrumpirla en aquel íntimo y respetuoso acto. Esperó a que pusiera las flores sobre la tumba para presentarse.

—¡Buenas tardes! —le dijo.

—¿Qué desean señores?, ¿o debo decir Ernesto? —dijo mirando al capitán mientras se quitaba las gafas de sol. Aquella mirada lo atravesó, una mirada fría como el hielo, pero reconocible en otra mucho más desenfadada, bastantes años antes, el día que conoció a Helena.

—¡Ana!, ¡tú!

—Han pasado muchos años, pero todavía soy capaz de reconocer a quien hizo daño a mi mejor amiga.

—Yo…, no sabía que eras tú. —Ernesto estaba totalmente afectado.

—¿Y qué hubieras hecho si lo hubieras sabido?, ¿traerte al ejército entero? —le dijo señalando a los hombres con las gafas.

—¡Ana! ¡No sabes lo que pasó! Eres injusta al decir eso.

La mujer sonrió con cierto desprecio.

—Realmente, no sé lo que pasó. No sé qué pasó para que mi amiga dejara de ser quien era para que se convirtiera en una desgraciada y acabara bajo una losa. ¿Qué fue lo que pasó Ernesto?, ¿qué le hiciste?

Ernesto se hallaba hundido y confundido. Su aspecto era el de un hombre derrotado, incapaz de defenderse. Viendo aquella situación, Carles intervino.

—Creo que usted no es justa con mi compañero. Creo que será mejor que se calme un poco y podamos hablar.

—La vida no es justa con nadie, ¿señor?

—Carles, Carles Gil. Tiene razón señora. La vida es muy injusta…, con todos —dijo señalando a Ernesto.

—¿Qué les parece si vienen a mi despacho y toman unas hierbas o un café? Allí podrán hablar más tranquilos —intervino Silvestre con evidente aire reconciliador.

Volvieron caminando hasta el local del vigilante. El paseo se hizo en absoluto silencio. Los pájaros se delataban con su cántico. Diríase que querían suplir aquel sigilo forzosamente impuesto. Carles observaba a Ernesto. Si ya se sentía culpable, solo necesitaba ahora que alguien se lo echara en cara para desmoronarse emocionalmente. La mujer, por el contrario, había mostrado una gran seguridad. Había acompañado sus palabras con una gran contundencia gestual. En el camino de vuelta parecía sumida en sus pensamientos.

—En realidad, mi nombre no es Ana —dijo después, mucho más tranquila, ante una taza de té—. Me llamo Sara Castells. Mi padre es un médico renombrado. Es un oculista que ha trabajado para la gente bien de la ciudad. En su momento también trató al padre de Helena. Fue así como nos conocimos. Helena era una persona maravillosa, alegre, simpática, una de esas personas que te abren la visión del mundo. Pronto nos hicimos buenas amigas. A veces yo iba a casa de Helena, a la avenida Tibidabo, pero era más habitual que fuera ella quien viniera a mi casa, en Pedralbes ya que su padre era comerciante y viajaba mucho. Entonces Helena venía a casa y lo ponía todo patas arriba: inventaba juegos, sabía crear historias, o salíamos y fingíamos ser otras personas.

—¿Es por eso por lo que te cambiaste el nombre cuando os conocí?

—Eso fue idea de Helena. Le encantaba hacerse pasar por otra persona, conocer gente, juguetear con ellos.

—¿Quieres decir que fue un juego? —preguntó un tanto decepcionado Ernesto.

—Lo vuestro no fue un juego. Se enamoró de ti. Se enamoró como una niña. Siempre me hablaba de ti, de lo que hacíais, del futuro en común que tendríais. Entonces la veía feliz. ¡Dios! Yo jamás he sido tan feliz como la veía a ella. Parecía que el mundo se iluminaba cuando venía. Siempre sonriente y alegre.

Aquello último lo dijo con un tono de tristeza y un tanto apagado.

—¿Qué fue lo que pasó?

—¿Y tú me lo preguntas? —La mirada se había vuelto dura y acusadora.

—Tú te fuiste y no volviste. Helena no volvió a sonreír. Estaba triste y desconocida. ¡Jamás la había visto así! Ya no volvió a venir. Dejamos de vernos. Pasó el tiempo. Pensé que no quería saber nada de mí, que tendría otros amigos. Yo me casé y tuve otras preocupaciones.

—¿La volviste a ver?

—Sí. La volví a ver. La tuve que mirar dos veces para asegurarme que era ella. Habían pasado unos cinco años. Recuerdo que salíamos del Liceo y Javier (mi marido) había ido a buscar el coche. Entonces vi una mujer que llevaba de la mano un niño pequeño. ¡Era ella! Helena. Parecía salida de una obra de Dickens. Llevaba ropa sucia y tanto ella como el niño parecían formar parte de la clase obrera. Ni siquiera le dije nada, de tan sorprendida que estaba.

—¿No hablaste con ella?

—No. No hablé. Pero sé que ella me vio. Me miró un momento. Vi como cogía con fuerza al niño y aceleró el paso.

—A lo mejor no te vio.

—Yo sé que me había visto, pues su mirada cambió en un momento. Y yo…, no fui capaz de decirle nada. Posiblemente tengas razón. No estoy en disposición de acusar a nadie —dijo con una forzada sonrisa.

—¿Volviste a saber algo de ella?

—La verdad es que me quedé muy pensativa y dolida. No había sido capaz de ayudar a mi amiga. Aquella noche no pude dormir. Solo veía SU mirada. Aquella mirada me perseguía y me acusaba. Investigué qué era lo que había pasado. Al parecer Helena había tenido una fuerte discusión con su padre y decidió marcharse de casa.

—¿Sabes cuál fue el motivo de la misma?

—Se había quedado embarazada. Helena tenía mucho carácter y cuando tomaba una decisión no solía dar marcha atrás.

Sara tenía la mirada perdida en sus recuerdos. En la sala tan solo estaban ella, Ernesto y Carles. El capitán había querido que la reunión fuera íntima dada la delicadeza del tema. La mujer pareció salir de aquel momento de pausa que nadie había osado interrumpir.

—Antes me has preguntado si la volví a ver. Años más tarde la volví a ver. Entonces estaba muy alterada, casi desquiciada. Su hijo había desaparecido. Lo había denunciado a la policía. Intenté hablar con ella. Conseguí que me dijera donde vivía. Cuando fui a visitarla se me encogió el alma. Vivía en una chabola, en el Somorrostro, un lugar al que no podías entrar si no ibas acompañada. Me contó que su hijo ya había aparecido, que estaba recuperándose en casa de unos amigos en el Guinardó. Quise darle dinero, pero se negó. Era muy orgullosa. Me di cuenta de que ya no éramos las mismas. Habíamos cambiado. Ya no éramos aquellas chiquillas

alocadas que iban haciendo travesuras. Observé en ella una transformación increíble: se había convertido en una luchadora, en una persona que anteponía a su hijo por encima de todo. Y no pude por menos de admirarla —unas lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro—. Aún con todos los inconvenientes del mundo, percibía que estaba haciendo aquello en lo que creía. Me pregunté si no era yo la que había tomado el camino equivocado. Helena me dijo que no podía irse de allí, que no quería dejar de ver el mar.

—¿Por qué tenía esa fijación con el mar?

—Su padre es comerciante y acostumbraba a realizar largos viajes. En esos momentos ella quedaba al cuidado de su abuelo Guillermo, una persona a la que quería muchísimo. Cuando murió su abuelo, aproximadamente, fue cuando comenzamos nuestra amistad. A Helena le gustaba ir al puerto y observar cómo llegaban los barcos y amarraban. Esperaba que en uno de ellos llegara su padre. Entonces me di cuenta de cuánto quería a su padre todavía. A pesar de que la había echado a la calle, ella todavía le quería.

—¿Qué pasó entonces?

—Le compré una casa en Can Tunis, para que tuviera el mar frente a ella. Le hubiera comprado algo mejor, pero sé que ella no me lo hubiera aceptado. A partir de ese momento su vida mejoró un tanto. Sé que seguía manteniendo amistad con Toni Vallés y su hija. Le dije donde vivía y donde podía encontrarme, pero nunca pidió mi ayuda. No la volví a ver hasta que…

Sara sacó un pañuelo y se sonó. Las lágrimas ahora caían como un torrente por su cara. El republicano observó que Ernesto también lloraba y mantenía los ojos cerrados. Cada palabra de Sara era una puñalada que le atravesaba el corazón. El silencio en aquella habitación se podía cortar con una

cuchilla.

—Me dijeron que había muerto —continuó—, que alguien la había asesinado.

—¿Cómo supo que la habían asesinado? —intervino Carles.

—Había pagado a una señora, vecina de Helena, para que me avisara si había algún problema, yo sabía que ella no me diría nada. Esta señora me avisó. Quise pagar el funeral, pero los compañeros de trabajo habían hecho una colecta y ya lo habían pagado. Por eso vengo cada 27 de mes. Para pedir a Helena que me perdone. Tenía que haberla sacado de allí, tenía que haberlo hecho…

—Usted le dijo al vigilante que Helena Seguí no era su verdadero nombre. —Carles había tomado el control del interrogatorio.

—En efecto. Su verdadero nombre era Helena Santaló Bonet, hija única de Josep Santaló Trías, dueño de la fábrica de habanos Santaló en Cuba, de plantaciones de azúcar en aquel país, de la fábrica Santaló en Puigreig, miembro del Círculo del Liceo, miembro de las juntas de enlace de las sociedades económicas de Cataluña, amigo personal tanto de Miguel Primo de Rivera como de Manuel Azaña. Ese es el verdadero nombre de Helena y el de su padre, un hombre que no dudó en echarla de casa y en desheredarla cuando se enfrentó a él.

UN GOLPE INESPERADO

Marzo, 1940

—Aquella es —dijo Carles señalando la vivienda.

El coche estaba parado ante la gran casa amarilla con barandas verdes de la avenida Tibidabo. Un muro con decoraciones de cerámica mostraba dibujos e imágenes de paisajes imaginarios. Las técnicas modernistas se habían aplicado con esmero en aquella vivienda. Bajo la fina lluvia que caía se podían apreciar unas palmeras que correspondían al gran jardín interior de la vivienda Los dos hombres habían viajado para ponerse en contacto con el padre de Helena con sensaciones muy diferentes.

Para Ernesto este era otro paso más en el calvario que estaba recorriendo desde que se impuso la misión de descubrir a los asesinos de Helena y cumplir su última voluntad: hallar el paradero de Guillermo. Lo que no había imaginado era que cada metro que avanzaba en la investigación le suponía la abertura de unas heridas que nunca habían estado cerradas. Ahora comenzaba a darse cuenta del martirio que había sufrido la mujer amada. La fatalidad había querido que sus destinos no hubiesen coincidido.

Para Carles era un avance en su intento de saber las causas

de la muerte de Dolors. Aunque comprendía la pena que debía sentir su compañero, no paraba de pensar que su mujer murió intentando ayudar a Guillermo en una especie de misión de rescate. De esta manera, el descubrimiento de nuevas pistas sobre Helena también suponía un progreso en su investigación. Desde que Alfredo le dijera que los cadáveres habían desaparecido, su angustia había ido en aumento. Ahora conocía más detalles de la muerte de Dolors y, sin embargo, cada vez se hallaba más perdido. La tarde anterior había entrado en la iglesia de Santa María del Mar y se había sentado en uno de sus bancos, a solas con sus meditaciones. ¡Cuánto le gustaba a Dolors aquella iglesia! Ella siempre tan entusiasmada con el arte le hubiera explicado el esfuerzo que representó para el pueblo su construcción y de qué manera los *bastaixos* cargaban las piedras desde Montjuic o desde la playa hasta la Plaza del Born. Si esperaba una respuesta, tan solo el silencio había contestado sus mudas plegarias. Al cabo de una hora se había marchado, dejando tras de sí un sinfín de preguntas en el aire.

Ambos habían recogido información sobre el padre de Helena. Podría decirse que era una de las personas intocables de la burguesía catalana. Josep Santaló Trías no había sido rico siempre. Era hijo de Guillermo Santaló, boticario de Mataró. A pesar de sus orígenes humildes, su padre pudo pagarle unos estudios en el colegio de Valldemia, donde se realizaba una educación a la altura de los mejores centros educativos extranjeros. Aunque no destacó especialmente en cuestión de aprendizajes adquiridos, sí que le favoreció granjearse de amistades bien posicionadas que en un futuro le abrirían múltiples puertas. Gracias a las nuevas compañías y a su espíritu inquieto y astuto, pronto obtuvo éxitos en el mundo del comercio peninsular. Sus éxitos enriquecieron a

sus amigos y a él le dio la posibilidad de poner el pie en un mundo que tan solo había imaginado anteriormente. Había quedado fascinado por el poder y la riqueza y decidió que aquel sería su lugar. Su mayor éxito, que representó un salto exponencial en la consecución de sus objetivos, fue casarse con Aurora Bonet Grifoll, heredera de una de las grandes fortunas de la Barcelona de fin de siglo, en aquel momento en marcada decadencia. Los Bonet tenían propiedades en Cuba, básicamente plantaciones y rutas comerciales marítimas. Aunque en sociedad no se hablaba de ello, las malas lenguas decían que la fortuna de los Bonet era negra porque asentaba sus cimientos en la esclavitud. Habían hecho de la compraventa de las personas un negocio. Supieron aprovechar en beneficio propio el vacío que se había generado a raíz de la suspensión de la esclavitud por otros países como Francia e Inglaterra. También habían aprovechado la mano de obra esclava para enriquecerse con la producción de azúcar en las plantaciones que tenían en la isla. La gran vista comercial de Josep, una vez dispuso del respaldo económico de los Bonet, le permitió girar la rueda del destino en la economía familiar. Pronto pudo aumentar la producción de las plantaciones, invertir en una fábrica de tabaco que, *a posteriori*, acabaría comprando y que le daría grandes beneficios. Supo transformar una vieja nave industrial en Puigreig, propiedad de la familia, en una fábrica próspera a cuyo alrededor crecía una colonia industrial. El hecho de permanecer lejos de las zonas urbanas repercutió en la tranquilidad de la producción fabril, de manera que ni los hechos de la Semana Trágica ni las huelgas de 1917 afectaron el rendimiento. Paralelamente, a medida que sus beneficios se incrementaban, Josep Santaló se convertía en uno de los empresarios de moda y su círculo de relaciones aumentaba, adquiriendo poder, un poder que le

permitía llamar a Calvo Sotelo, ministro de Hacienda de Primo de Rivera y departir con él algunas de las medidas que debía realizar el gobierno. Se decía que el mismo general que gobernaba el país, descansaba en la hacienda del Tibidabo a invitación del empresario, cuando realizaba una visita a la ciudad condal. Josep, como buen negociante que era, no solo se había mantenido, sino que había podido diversificar sus negocios hacia el metal y la construcción. Nuevas naves en Sant Joan Despí daban fe de la pujanza económica del empresario. Pero entonces llegó la República y con ella, un aumento considerable de la conflictividad social. Los obreros, mayoritariamente de la CNT, secundaban paros para pedir mejoras económicas y sociales. La colisión de intereses provocó tal punto de temor entre la burguesía que esta decidió tomar medidas de defensa, una de ellas fue la creación de la Juntas de Enlace de las Sociedades Económicas de Cataluña, integrada por los presidentes de las sociedades adheridas de todos los ramos de la producción. Naturalmente, Josep Santaló pasó a formar parte de las Juntas, con lo cual su peso político aumentó, siempre trabajando en beneficio de la patronal. Al estallar la guerra civil, su vivienda fue asaltada y ocupada por mandos anarquistas. Sara, que había aportado buena parte de la información, les había comentado que al parecer había estado a punto de morir a manos de los anarquistas pero que quiso la providencia o el azar que ese día no estuviera su nombre marcado en rojo en una mortal lista. El empresario había partido al extranjero y había vuelto hacía unos meses, cuando había visto la ciudad libre de lo que él consideraba una enfermedad que se tenía que extirpar: el anarquismo y el comunismo.

—Creo que será cuestión de entrar —dijo Ernesto.

Salieron del coche y se dirigieron hacia la casa. Carles

agradeció llevar el sombrero, ya que aquella lluvia era persistente y calaba más de lo que aparentaba. Llamaron al timbre y salió a abrirles un hombre de mediana edad, un gorila de anchos hombros y recia espalda. Su pelo, muy corto, le daba un aspecto marcial. Su rostro era cuadrado e inexpresivo como si el hecho de recibir a dos individuos tan curiosos en aquella desapacible mañana fuera una inevitable pequeña molestia consecuencia de su actividad laboral.

—Queremos ver al señor Josep Santaló —pregonó Ernesto.

El gorila los hizo pasar al recibidor, una habitación de veinte metros cuadrados, recubierta de cerámica desde el suelo hasta los alféizares de dos ventanas laterales. Tenían grandes cristaleras, y estaban adornadas con motivos vegetales, que proporcionaban iluminación natural a aquella sala. En un rincón se hallaba una fuente que regurgitaba el agua y la volvía a absorber estableciendo un circuito continuo cuyo suave murmullo proporcionaba al espacio una paz envidiable.

Allí esperaron hasta que volvió el hombre que les había abierto la puerta. Todavía no le habían oído realizar ningún sonido. Les indicó que dejaran las gabardinas y el sombrero de Carles en un perchero.

—¡Síganme! —les dijo.

—¡Qué alegría! —comentó Carles—. Pensaba que era mudo.

El hombre no supo entender la ironía del policía y los hizo pasar al interior. Como el republicano ya había apreciado desde fuera, aquella casa era toda una mansión. Aunque el edificio mostraba una elegancia significativa, pudo observar algunas muestras de desperfectos, seguramente ocasionados por aquellos que tuvieron ocupada la vivienda en tiempos de guerra. Otro aspecto que llamó la atención de Carles fue la

ausencia de objetos valiosos. Daba la impresión de que se estuviera en mitad de una mudanza. Lo que no tenía claro era si se llegaba o se marchaba, tal era el nivel de desatención que podía observar.

El individuo los hizo pasar a un gran salón que estaba pintado en un amarillo pardo. Una de las paredes se presentaba cubierta de estanterías. En ellas yacían libros un tanto desordenados y desubicados, como los restos de un naufragio en la playa. Pegada a la pared se hallaba una cómoda de madera de caoba, con formas onduladas. Sobre ella unos grandes ventanales daban paso a la luz mortecina de aquel lánguido día de marzo. Tras sus cristales se podía apreciar un enorme jardín donde la hierba crecía desbocada mientras los arbustos y los árboles se entremezclaban en una descompasada danza. En otra de las paredes había una chimenea, frente a la cual se hallaban unos confortables sillones. El criado los invitó a sentarse en ellos.

—¡Buenos días! —Aunque la voz correspondía a un hombre mayor, el tono era enérgico.

—¡Buenos días! —contestaron al unísono los dos policías, levantándose del sillón.

A Carles le pareció ver en aquel hombre una fusión de Helena y Guillermo. A pesar de que no tenía mucho cabello, la tonalidad rojiza le delataba. Sus ojos claros le recordaban a Helena mientras que la forma de la mandíbula y la boca se parecían bastante a la de un joven Guillermo. Debía rondar los setenta años y mostraba un aspecto cansado. Unas ojeras se marcaban bajo sus ojos, la mano le temblaba ligeramente y se apoyaba en un bastón de madera. A pesar de ser una de las personas más ricas de Barcelona vestía con aparente sencillez.

—Me ha dicho Enzo que ustedes son policías.

—En efecto, lo somos —contestó Carles observando que

su compañero estaba un tanto azorado. Supuso que era por los recuerdos que le invadían al hallarse en aquella vivienda.

—¿Y qué es lo que desean?

—Lamento darle una mala noticia. Estamos investigando el asesinato de su hija, Helena —contestó Ernesto reponiéndose y adoptando el papel de jefe de la misión.

Josep Santaló se acercó a Ernesto y le dirigió una dura y extraña mirada que Carles no supo interpretar.

—¿Su nombre es…?

—Ernesto, Ernesto Delgado.

Carles no estaba preparado para lo que sucedió a continuación. Con suma agilidad, el anciano golpeó con la mano el rostro de Ernesto en un sonoro guantazo. El capitán, sorprendido, se llevó la mano a la cara.

—¿Qué diablos? —exclamó.

—¡Salga de mi casa!

El gorila se interpuso entre el anciano y los policías.

—¿Qué significa esto? —dijo Carles—. Solo queremos ayudar.

—¡No quiero que este hombre esté en mi casa! —contestó Josep—. ¡Enzo! ¡Acompáñalo a la puerta!

Los policías cruzaron la mirada y, finalmente, Ernesto salió acompañado del gigante. Una vez en la calle, se acomodó en el vehículo. No esperaba la reacción del padre de Helena. Había podido más el asombro que la indignación y se preguntaba si no sería una muestra de que el anciano había perdido la razón. La guerra desquiciaba a cualquiera y la muerte de una hija, por mucho que hubiera sido repudiada, no creía que le fuera indiferente. Pero posiblemente fue aquella mirada que le dirigió lo que más le había afectado: estaba cargada de odio.

La fina llovizna provocaba pequeños riachuelos de agua

que descendían por el cristal. Recordó cómo disfrutaba Helena con días como aquel. Se apretaban abrazados bajo el paraguas para esquivar la pertinaz lluvia, evitando los charcos, como si de un juego de obstáculos se tratara. En cierta ocasión, ella había realizado un pequeño barquito de papel con la hoja de un diario y lo había colocado sobre el agua de un improvisado riachuelo. El barquito se giró y se hundió en el pequeño torrente.

—¡Vaya! Se hundió el barquito —dijo con tristeza.

—Y con él, se hundió tu esperanza de verlo navegar.

—La esperanza no se hundió. Mientras hay sueños e ilusiones, siempre hay esperanza.

Pero para Ernesto, la esperanza era un bien que había prescrito desde el momento en que supiera de la muerte de Helena. Un movimiento en la puerta de la mansión le volvió a la realidad.

Había permanecido un tanto ausente, perdido en viejos recuerdos. Vio salir a Carles del edificio. Su compañero se sentó en el asiento del conductor pues habían dado fiesta a Hamed para que hiciera reposo. El rifeño les había hecho prometer que no destrozarían el coche, cosa que habían perjurado los dos policías.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Carles viendo el aspecto pálido que presentaba su compañero.

—Sí. Estoy bien. Ese hombre no parece estar muy fino.

Observó que el republicano lo miraba de manera un tanto extraña, como si fuera la primera vez que lo veía.

—¿Qué pasa?, ¿por qué me miras así?

—Eres el padre de Guillermo.

EN DEFENSA DE LA SANGRE

Agosto, 1936

Guillermo observaba la moneda que le diera Ascaso. Tedi Vallés le había comentado que aquella era una moneda zapatista. La había recibido de un compañero en su exilio mexicano. En ella se podía leer: reforma, libertad, justicia y ley. En aquel momento pensó si el hecho de haberse desprendido de aquella moneda no había significado la pérdida de buena suerte para Ascaso. Consideró que eso ahora ya no importaba.

La oscuridad dominaba el callejón cuando faltaban pocos minutos para la medianoche. Se hallaba en la parte trasera de un camión, junto a otros dos hombres. El primero de ellos era bajo y robusto, con unos ojos girados a causa del estrabismo que parecían mirar a todos lados y a ninguna parte a la vez. Su barba inconsistente le otorgaba un estado de dejadez y en su expresión no percibía sentimientos. Todo ello lo situaba a medio camino del bufón y el depredador. El otro hombre era más delgado y el corte de pelo bastante pronunciado que llevaba, provocaba una visión global de sus orejas que parecían desplegarse en un arco de noventa grados. Su mirada era picara y desconfiada. Cuando sonreía mostraba algunos huecos en la dentadura. Sus manos finalizaban en unos dedos

alargados que sostenían con autoridad el fusil. Ambos miraban con cierta desconfianza a Guillermo. El muchacho había creído conveniente llevar su pistola escondida entre la ropa dada las características de la misión encomendada. A pesar de estar animado ante lo que consideraba una aventura, recordó la aguda discusión que había mantenido aquella misma tarde con su madre.

—¡No quiero que te vayas! No tienes ni idea de lo que vais a hacer. No quiero que te metas en líos.

—¡Mamá! Ya soy un hombre para tomar mis propias decisiones. Date cuenta de que estamos en guerra y todos hemos de ayudar de una u otra forma.

—¡Pues no quiero que vayas!

Pero el muchacho ya era difícil de contener. Su edad, sus experiencias y los acontecimientos del momento desbordaban cualquier prudente decisión.

—¿Por qué te preocupas tanto? No va a pasar nada.

Entonces, Helena se le había acercado y le había mirado a los ojos para retener su imagen. Lo abrazó y el muchacho se dejó hacer.

—Tú eres todo lo que tengo —le dijo—. Ya he perdido mucho, demasiado… No quiero perderte también a ti.

—No te preocupes. No me vas a perder.

Guillermo seguía concentrado en sus pensamientos mientras el camión circulaba por las desiertas calles de Barcelona salvando los puestos de control que se encontraban. A medida que se aproximaban al objetivo observó las calles que recorriera anteriormente, un par de veces al año. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que paraban ante la gran casa amarilla con barandas verdes que había sido el objetivo de aquellas excursiones. Nunca se había atrevido a preguntar a su madre quien era aquel hombre que salía gruñendo y

maldiciendo y que provocaba el llanto y la desazón en ella. No quería entristecerla con preguntas que hubieran puesto al descubierto alguna triste relación pasada.

A fin de cuentas, ellos habían podido contar con su mutua complicidad y habían enfrentado la vida de cara, a medida que se habían ido presentando los acontecimientos. Consideraba que el proceder de los ricos implicaba unas relaciones más complejas y se desarrollaba en una dimensión diferente.

Los tres hombres bajaron del vehículo. En él quedó Tobías, el conductor, un hombre seco y alto pero fuerte al mismo tiempo. Una eterna colilla se marchitaba entre sus labios. Su mirada era dura y seca. Al muchacho le pareció una persona apática y displicente, de la cual no puedes esperar gran cosa. Francesc, el hombre alto cuyas orejas parecían unas antenas enfocadas hacia el objetivo, tocó el timbre y les instó a colocarse en el otro lado de la puerta. Tarsicio, al que llamaban Tarso, el hombre de la eterna mirada perdida le empujó a un lado. Pronto se encendió una luz y un hombre de mediana edad abrió la puerta.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—¡Apártate! —le dijo Francesc apuntándole con el fusil —. Queremos ver a tu amo.

El criado, evidentemente asustado, entró al interior de la vivienda. Los hombres pasaron a un salón mirando con evidente desprecio los lujos y objetos que allí había. Tarso comenzó a mirar las hileras de libros que se presentaban ordenados en una estantería que ocupaba toda la pared. Francesc se sentó en un elegante sillón poniendo los pies sobre una mesita.

—Vaya vida que se pegan estos burgueses. Menudos señoritos —exclamó mientras con el brazo ceñía el fusil— ¿no te parece muchacho?

—Sí. Ya se ve —intentó seguir la conversación—. Es evidente que no son de la clase trabajadora.

El hombre lo miró un tanto sorprendido y rio.

—Clase trabajadora. ¿Has escuchado Tarso? Nos ha salido intelectual el chico.

Y rieron los dos hombres ante el azoramiento de Guillermo. En aquel momento hizo su aparición un hombre mayor. A pesar de su edad, próxima a los setenta, daba muestras de una gran fortaleza. Su presencia acalló los comentarios de los hombres. Tras él se hallaba el mayordomo que lo había avisado.

—¿Quién es usted? —le preguntó Francesc levantándose.

—¿Ustedes vienen a mi casa y me preguntan quién soy?, ¿quiénes son ustedes que vienen en la oscuridad y armados?

—Me parece que no está usted en condiciones de preguntar. Aquí somos nosotros la ley. ¿Hay alguien más en casa?

—¡No! No hay nadie más.

—¡Muchacho! —dijo Francesc haciendo un gesto con el fusil—. Date una vuelta y mira.

Guillermo atravesó el salón y se dirigió a las habitaciones con el corazón un tanto encogido. Había visto la debilidad del anciano y le había parecido vergonzosa y muy prepotente la actitud de los republicanos, impropia de unas personas que pretendían defender una teórica igualdad social. Tenía que reconocer que el anciano tenía su orgullo y una seguridad que los había sorprendido a todos Fue abriendo las estancias un tanto alerta ante cualquier posible sorpresa. Para evitarlas había cogido la pistola. Tras él seguía oyendo la discusión entre los hombres como una sintonía de fondo. Deambuló por un largo pasillo que acababa en un gran distribuidor circular. Alrededor del distribuidor había unas puertas que daba a unas

habitaciones. Abrió una de ellas y dedujo que era la del dueño de la casa. Encendió la luz y pudo ver que estaba pintada en un color gris claro. Una gran cama y una mesita con una lámpara ocupaban una parte de la misma. Junto a él había una cómoda con fotografías. Algo le llamó la atención. Miró una de las fotos con mucho interés: En ella vio una imagen de su madre junto al anciano, quince o veinte años más joven.

Había quedado en estado de *shock*. Miró atentamente la imagen. Efectivamente, era su madre. Sacó la foto del marco, la dobló y la guardó en un bolsillo interior que tenía. Salió de la habitación y fue a la que se hallaba a continuación. Parecía una habitación de mujer, pintada en un color verde muy suave. Sobre una cama barroca de estilo italiano se hallaba el retrato de una mujer. Una gran impresión cargada de asombro lo invadió, se trataba ni más ni menos de un retrato de su madre. Su sorpresa fue mayúscula. Aquella habitación parecía un museo dedicado a ella: cuadros, fotos, imágenes de su madre montando a caballo, sonriente con alguna amiga, con el dueño de la casa (que supuso era su padre). Todo aquello respiraba a Helena. Era ella sin ninguna duda. Abrió un cajón y vio un medallón con una cadena de plata. Pasó el dedo por la superficie de la medalla: su cara era lisa, pero notó que tenía una hendidura en el centro. Supuso que se podía abrir a ambos lados como si fueran los batientes de una ventana.

El ruido de un disparo y unos cristales rotos lo despertó de aquel ensimismamiento en que se hallaba. El medallón cayó al suelo y apenas tuvo tiempo de ver que se perdía bajo una cómoda. Volvió corriendo al salón y se encontró al anciano en el suelo. Lo debían de haber golpeado pues sangraba por la cabeza. El hombre intentaba levantarse. El mayordomo quiso ayudarle. En aquel momento Tarso le amenazó.

—¡Quieto! Déjalo ahí si no quieres morir tú también.

El hombre se paró en seco. Guillermo seguía acongojado ante la escena. Si antes le había parecido bochornosa la situación, ahora estaba angustiado por la suerte de aquel hombre que intentaba ponerse en pie. Pensó en las veces que habían venido hasta la casa y en su madre, si hubiera podido estar presente.

—Me parece que nos vamos a llevar a este señorito a dar un paseo. Es hora de que conozca la nueva justicia.

—¡Será mejor que lo dejéis en paz!

Finalmente, Guillermo había tomado partido. No podía permitir que aquellos hombres asesinaran al anciano, independientemente de si era o no su abuelo. Aquella situación era más cruel de lo que él estaba dispuesto a soportar. Los republicanos no acababan de comprender lo que estaba pasando. Se giraron hacia él y pudieron ver que estaban siendo encañonados por el muchacho.

—¿Qué?, ¿cómo? —exclamó Francesc.

—He dicho que lo dejéis en paz. ¡Marchaos!

—¿Te atreves a apuntarnos con un arma? Chico… ¡Tú no estás bien!

Un silencio glacial se apoderó de aquella habitación. Los asaltantes no acababan de creerse la situación. Tarso intentó apuntar con el fusil a Guillermo, pero un tiro retumbó en la estancia. El republicano cayó cuando la bala le atravesó la pierna.

—¡Aaaah! ¡Maldita sea! ¡Cabrón! —chillaba mientras se retorcía en el suelo.

—¿Cómo has podido? —dijo su compañero.

—De la misma manera que te dispararé a ti si no os vais inmediatamente. Ayuda a tu compañero y marchad.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —preguntó Francesc omnipotente—. ¡Te has jugado la vida y has perdido

muchacho!

—¡Fuera de aquí!

—¡Estás muerto!, ¡muerto! —decía Francesc mientras se llevaba a su compañero y salían por la puerta.

Guillermo observó por la mirilla como arrancaba el camión. Seguramente habían priorizado llevar al herido al hospital. Volvió corriendo al interior. El mayordomo intentaba poner una venda al anciano que se hallaba sentado en el sillón.

—¡Rápido! —les dijo—. Hay que salir corriendo si quieren seguir vivos. Aquí no están seguros. Esos volverán.

EL DOLOR DE UN PADRE

Marzo, 1940

Las cosas necesitan su tiempo para ser digeridas de manera correcta. Eso fue lo que hizo Carlos: dar tiempo a Ernesto para poder comprender el alcance de aquella información. Observó que se había quedado pálido. Su cerebro debía estar realizando las conexiones necesarias para procesar la noticia.

—¿Mi hijo?

—En efecto. Tu hijo.

—¿Cómo…? ¿Quién? —Evidentemente, Ernesto se veía superado por los descubrimientos. Estos le impedían realizar un apropiado razonamiento.

—Me lo ha dicho el anciano. Por eso te pegó. Te acusa de ser el causante de su infelicidad y de la de su hija.

—¿Yo? —Todavía la sorpresa era evidente en el rostro de Ernesto—. Eso es imposible.

—¿El tener un hijo o el hecho de ser el causante de su infelicidad?

—¿Guillermo mi hijo? No sabía nada…, ella no me lo dijo. —Pero te dijo que lo buscaras. ¿Y quién mejor que su padre para buscar a un hijo?

—¿Quieres decir?

—Estoy seguro de ello. ¿No quieres saber que me ha

dicho tu suegro?

—Sí por favor —pecó de rapidez Ernesto hasta que se dio cuenta de la broma de su compañero—. No vuelvas a decir que es mi suegro.

—Bien —sonrió Carles viendo que había arrancado una ligera sonrisa en su compañero.

* * *

—¿Por qué ha hecho eso? —recriminó Carles a Josep Santaló—. Mi compañero es un buen policía e intenta averiguar quién mató a su hija.

—No acabe con mi paciencia. ¿Quiere saber quién mató a mi hija?, ¿de verdad lo quiere saber?

—Por supuesto —respondió sorprendido el policía.

—Él la mató —dijo bajando la voz—. Por eso le golpeé. Él me la arrebató y ella murió por su culpa.

Las lágrimas brotaban de los ojos de aquel hombre que parecía insensible. Carles comenzó a pensar que probablemente hubiera perdido la razón.

—Me temo que no le comprendo.

—Helena era mi hija, una chiquilla encantadora. Siempre sonreía y estaba alegre. Esta casa parecía tener una luz especial cuando estaba ella. Cuando yo regresaba de mis viajes, me alegraba considerablemente pues sabía que ella me esperaba, sabía que podía disfrutar de su compañía. Pero un día…

—¿Qué pasó? —La voz del anciano se marchitaba.

—Un día vino a casa y me confesó que estaba embarazada de un hombre que yo ni siquiera conocía. Además…, un soldado. Me lo dijo con una cierta aprensión, pero al mismo

tiempo esperanzada en que yo la comprendería. Total, siempre le había consentido todos sus caprichos.

—Pero usted no la apoyó.

—Discutimos —ahora el anciano parecía haber envejecido mucho más. Su tono de voz era frágil e inconsistente—. Le dije que no podía tener el niño y que no le dejaría ver a ese soldado. Ella me contestó que lo amaba, que lo amaba más que a nada en el mundo.

El silencio se adueñó de la habitación.

—Eso le dolió —argumentó Carles.

—¿Tiene usted hijos? —Aunque era una pregunta retórica al policía le vino a la mente las palabras que Josefa le dijera en Reus, sobre su hijo—. No se imagina lo que uno pasa cuando ves que te han robado aquello que más quieres. Ella estaba decidida… Totalmente decidida a irse. La quise retener, pero me dijo que se iría con él. También me dijo que tendría el hijo. Entonces le dije que se marchara, que no quería verla más…, que había dejado de ser mi hija.

—A veces decimos cosas que no sentimos, movidos por el dolor.

—Le dije tantas cosas —ahora las lágrimas bajaban por su rostro como un río—. ¡Cuántas veces me he arrepentido de ello!

—¿Por qué no fue a buscarla?

—El orgullo, el maldito orgullo. Pensé que ella no quería verme, que sería feliz con ese soldado. La había echado de casa, la había maldecido y desheredado pero cada día me acordaba de ella. Pensaba ¿dónde estará mi niña?, ¿tendrá frío en las noches de invierno?, ¿habrá tenido la criatura? A veces, alguien llamaba a mi puerta y yo salía creyendo que era ella, que volvía a casa… Pero allí no había nadie. La calle estaba desierta. Seguramente algún gamberro disfrutaba de una cruel

broma.

Carles escuchaba en silencio. Aquello parecía una confesión.

—Por eso golpeé a su compañero. Ella me mencionó su nombre y, desde entonces, aquel nombre maldito quedó grabado en mi memoria.

—Pero él no la mató.

—¡Pero no supo defenderla! Ahora ella está muerta y él…

—El intenta encontrar al asesino. Créame que está sufriendo mucho.

—Merece sufrir porque ha hecho sufrir mucho —evidentemente, el odio consumía a aquel hombre.

—Me dijeron que volvió usted del extranjero hace poco —dijo el policía intentando cambiar de tema.

—Ya hace unos meses. Pero no me veo con valor para arreglar la casa. No puedo verla como estaba antes, antes de que aquellos vándalos la ocuparan.

—Algo me dijeron. Tuvo suerte de que no le hicieran daño y lo dejaran irse.

El hombre lo observó con una extraña mirada.

—¡De suerte nada! Si no llega a ser por aquel muchacho pelirrojo que se enfrentó a sus propios compañeros, yo no estaría vivo.

—¿Un muchacho pelirrojo? —Aquello sorprendió a Carles.

—Sí, un anarquista que debía tener cargos de conciencia pues no dudó en enfrentarse a sus compañeros y ayudarme a escapar. Gracias a él conservo la vida.

—Explíqueme qué sucedió exactamente.

El anciano recordó los acontecimientos de agosto de 1936 en el que dos hombres armados y un muchacho irrumpieron en su vivienda. Carles escuchaba atentamente.

—Finalmente nos fuimos con el coche. Aquel chico nos indicó una ruta por la que podíamos sortear los controles. Salimos de Barcelona y pudimos llegar a Mataró donde tengo una casa. Desde allí fuimos en barco hasta Francia. ¡Toda una aventura!

—¿Y sabe cómo se llamaba ese muchacho?

—Me acuerdo porque se llamaba como mi padre, Guillermo.

—Pues creo que puede dar las gracias al hombre al que ha golpeado, fue el hijo que tuvo con Helena quien le salvó la vida… Su propio nieto.

* * *

—¿Volvemos? —preguntó Ernesto una vez que Carles le hubo explicado la conversación tenida con Josep Santaló.

Carles fue conduciendo lentamente, bajando por la avenida Tibidabo. Pasaron ante el número 32, la famosa torre del terror, cuartel general de Aurelio Fernández y tribunal revolucionario. Entre sus lujosas paredes fueron asesinadas y torturadas múltiples personas. Siguieron bajando por la avenida. Pasaron delante de una torre, obra del arquitecto Enric Sagnier, construida en 1926 por encargo de Salvador Andreu.

—Esa era la embajada rusa —señaló Ernesto.

—Lo sé.

—Dicen que Orlov, eliminó muchos adversarios políticos.

—Lo sé —ahora Carles parecía taciturno—. Me lo dijo él mismo.

—¿Lo llegaste a conocer?

—Lo conocí.

—¿En alguna recepción? —Aunque Ernesto estaba extrañado por el mutismo que presentaba Carles, la curiosidad lo empujaba a preguntar.

—Es una larga historia.

AMISTADES PELIGROSAS

Marzo, 1940

Demasiadas cosas, demasiados recuerdos. Charles se hallaba sentado en el reservado de un bar de la calle Conde del Asalto, en la zona baja de las ramblas. Frente a él, un Ernesto que intentaba asimilar las novedades recibidas. El republicano había bajado en silencio desde la avenida Tibidabo, ordenando sus pensamientos. No pensaba que la vista de aquellos edificios le afectara de la manera que lo había hecho. Ahora tenían otros dueños, pero entonces respondían a otros amos y otros intereses. Ernesto no se había atrevido a preguntar nada más al ver el mutismo de su compañero. Era consciente de que a menudo tenía aquellos momentos en que prefería no hablar con nadie. Lo respetaba porque sabía que su camarada era un hombre herido. Él sabía lo que implicaba ese concepto.

—Todo comenzó en septiembre de 1936…

Barcelona era una ciudad que nunca dormía. Muchos servicios nocturnos del policía confirmaban la tesis. Recordó aquella noche de septiembre de 1936 en que volvía de entrevistar un testigo de un incidente con resultado de muerte. El hombre, un panadero, había presenciado una pelea en su local. Un sujeto había intentado robar a un cliente que

estaba esperando ser atendido. Este, dándose cuenta de la situación, se encaró con el delincuente.

El resultado fue que, tras un fuerte forcejeo, el cliente cayó de espaldas dándose un golpe en la cabeza con el mostrador, golpe que le costó la vida. Aunque el hombre ya había declarado en la comisaría, Carles se había acercado para confirmar algunas informaciones sobre la posible identidad del delincuente.

En aquel momento bajaba por la calle Mandri, una calle donde los edificios y algunas casas espectaculares se repartían el espacio con otros terrenos despoblados. Pasó junto a la finca de Ca n'Altimira con sus cuidados jardines. Se decía que el doctor Altimira, quien hizo construir la vivienda en el siglo anterior, había puesto sardinas en los estanques del jardín y hacía traer de manera diaria agua de mar para mantenerlas vivas. De la misma manera, inundaba la parte baja del jardín para que los convidados pudieran navegar en barquitos. Toda una desproporción para una persona que acabó en la miseria, entregando sus propiedades a la orden de las Misioneras de la Inmaculada Concepción, que lo cuidaron hasta su muerte.

No había nadie en la calle aquella noche. Carles acostumbraba a ir armado para defenderse de posibles atacantes. Una incierta calma se abatía sobre la ciudad. Los ciudadanos preferían permanecer en sus viviendas, ya que las noches presentaban una inquietante inseguridad. Resultaba de vital importancia llevar la documentación encima no fuera caso que una patrulla de control se cruzara en el camino de un desafortunado paseante. La detención podía ser inmediata y las consecuencias arriesgadas.

De repente, un ruido de voces le hizo permanecer alerta. Distinguió la de tres o cuatro individuos. Parecía una tensa conversación. Por el ruido, se hallaban tras la esquina que

estaba a punto de pasar el policía. Detuvo el paso y sacó la pistola. No quería ser pillado por sorpresa. Se asomó con cuidado y vio que tres hombres zarandeaban a otro que intentaba defenderse. Aunque no elevaban mucho la voz, el hecho de que la calle estuviera en silencio había hecho que el policía pudiera oírlos. Los agresores hablaban un idioma que no acababa de distinguir pero que el agredido sí que parecía entender. Prestó atención: un nombre se repetía. El de un tal Solenko. La situación parecía apremiante para el agredido. Viendo la sensación de apuro que dominaba al hombre solitario decidió intervenir.

—¡Buenas noches, señores! ¿Tienen algún problema?

Los hombres se giraron ante el desconocido que les apuntaba con una pistola.

—No hay problema —dijo uno de ellos con un español defectuoso—. Esto no asunto tuyo.

—La verdad es que me molesta mucho el ruido nocturno. No me deja dormir —dijo Carles amartillando el arma—. Creo que es hora de que se vayan a descansar.

Los hombres, viendo que aquel individuo parecía decidido a utilizar su pistola decidieron marchar a regañadientes. Finalmente, solo quedaron el policía y aquel sujeto con pinta de oficinista, con unas entradas en el pelo que mostraban despejada la frente, unos ojos pequeños pero muy vivaces y un grueso bigote que prácticamente le tapaba el labio superior.

—Muchas gracias por su ayuda —le dijo en un trabado castellano.

—Veo que es usted extranjero.

—Sí. Yo soy estadounidense. Mi nombre es Blackstone.

—Mi nombre es Carles Gil. Soy policía —creyó necesario especificarlo para dar tranquilidad al extranjero—. Por un momento hubiera pensado que sus amigos eran rusos o algo

parecido.

—Esos hombres lo eran, aunque no son amigos míos.

—¿Qué querían? —le preguntó mientras caminaban hacia la ronda del general Mitre.

—No sé bien qué querían. Creo que querían robar.

Algo hizo dudar a Carles, pero no quiso insistir. La escena le había parecido cuanto menos extraña. Su experiencia le decía que aquello no parecía un robo. Su acompañante no estaba excesivamente nervioso. Lo acompañó un rato hasta llegar a una parada de taxis.

—Bien, señor Carles. Gracias por todo.

—No ha sido nada. No debe preocuparse ya.

Y vio desaparecer a aquel individuo en el vehículo pensando que no lo vería más. Días más tarde, pudo leer en el periódico que había aparecido el cuerpo asesinado de un tal Nikolai Solenko, un antiguo líder menchevique de la URSS que había buscado refugio en España huyendo de la ira de Stalin. Supuso que aquel era el nombre que se había repetido varias veces en aquella extraña conversación en la oscuridad de un rincón de Barcelona.

—No acabo de ver la relación —dijo Ernesto ante la historia que le explicaba su compañero.

—Yo tampoco sabía en aquel momento quien era aquella persona a la que, probablemente, salvé la vida. De hecho, no volví a saber nada de él hasta un año más tarde.

Carles siguió con el relato. Su mente voló hacia otros momentos de un pasado cercano. Las imágenes desfilaban ante él como si de una película se tratara. El republicano formaba parte de la 1 Iª División, al mando del comandante Lister. Recordó cómo, en agosto de 1937, había participado en la ofensiva de Zaragoza, concretamente en la batalla de Belchite junto a la 35º Internacional mandada por el general

Walter y la 46º del Campesino. Tras una feroz resistencia, Belchite cayó el 6 de septiembre. Posteriormente la campaña se estabilizó y Carles pudo disfrutar de un permiso. A los pocos días de su regreso a Barcelona fue detenido por hombres al mando de un oficial del SIM. Fue llevado a la torre del terror, antiguo cuartel general de Aurelio Fernández, en aquel momento en desuso, pero por lo visto, no para todo el mundo. Fue llevado de noche en un vehículo. Atravesaron el espacioso jardín y se adentraron en la vivienda de aire aristocrático. Apenas tuvo tiempo de ver el lujo que derrochaban aquellas habitaciones, pues fue bajado a trompicones por una escalera de servicio a un subterráneo. Aquella habitación tenía unas ventanas que daban al jardín. Al fondo se hallaba un altar destrozado. Aquella era la capilla de la familia propietaria de la mansión. Estaba atado y le habían vendado los ojos. Allí había permanecido varias horas bajo la vigilancia de aquellos hombres. Debían esperar a alguien que, finalmente, hizo su aparición en la sala. No dijo ni una palabra, pero notó su presencia. Oyó como paseaba por aquella habitación: el ruido de sus zapatos era inconfundible. «Seguramente debían ser de calidad superior al de los otros sujetos», pensó. Dos hombres lo cogieron de los hombros y lo hicieron arrodillarse. El ruido de los zapatos se detuvo ante él. De repente sintió un duro golpe en la mejilla. Aquel hombre le había dado un fuerte guantazo que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo. Oyó una risa sardónica. Un ruido de pasos llegó a sus oídos. Alguien hizo acto de presencia, alguien que se dirigió al jefe y le susurró un mensaje. Al parecer se requería de su presencia en algún otro lugar. Una maldición fue todo lo que pudo oír de aquel individuo. Aquella voz le era conocida, pero no sabía identificarla. Todo lo que supo fue que le había llamado Max. Se quedó con aquel

nombre archivado en su memoria.

Horas más tarde, todavía con la venda puesta, fue llevado en un vehículo hasta otro sitio desconocido. Allí lo ataron a unos ganchos en la pared y le quitaron la venda. Aquello parecía una sala de torturas, probablemente una checa en desuso. Pasó varios días en aquel lugar, días que no fueron fáciles para Carles. Recibió alguna paliza de sus carceleros: uno delgado con unas orejas peculiares y otro bajo y regordete, con un marcado estrabismo y con una ligera cojera en la pierna. Como pudo comprobar, la compasión y empatía no formaban parte de su forma de ser. Cuando el policía pensó que allí finalizaría sus días, de manera sorprendente fue liberado.

—¿Así?, ¿sin más?

—Efectivamente. Luego descubrí la razón. Fui llevado a la embajada rusa y allí me encontré con Blackstone, aquel hombre a quien había ayudado hacía un año.

—¿Un americano en la embajada rusa?

—No. Era un agente ruso, un enlace entre la NKVD y el Ministerio del Interior de la República: Aleksandr Orlov. Resulta que ese era el hombre que se ocultaba tras el nombre americano. Fue muy amable. Al parecer se había enterado de que me habían cogido prisionero y mandó que me liberaran.

—Pero…, nunca supiste de que te acusaban.

—Nunca me lo dijeron. Me parece que ni siquiera Orlov lo sabía.

—¿Y él te dijo que había eliminado a sus adversarios políticos? —le preguntó recordando el comentario que le había dicho Carles anteriormente.

—Bueno. Fue un tanto sutil. Me dio a entender que era mejor no oponerse a él. En aquella época se comentaba que Andreu Nin, el que era líder del Partido Obrero de

Unificación Marxista había sido secuestrado y asesinado por orden suya.

—¿Y después de decirte eso te dejó ir alegremente?

—No, exactamente. Creo que le divertía la situación. También creo que sabía que no lo diría a nadie. El caso es que no lo sé. Lo cierto es que me ofreció formar parte del SIM, el servicio de información militar, muy influenciado por los comunistas en aquel tiempo.

—¿Aceptaste?

—Le dije que tenía que volver a la guerra. La cuestión es que sonrió y me dejó ir. Aunque, posteriormente, el SIM reclamó mi servicio en alguna ocasión. Entonces no pude negarme a ayudarlos.

—Una historia bien curiosa.

—Sí, pero hay dos cosas que me intrigan: la primera es, ¿por qué me secuestraron e intentaron matarme?, ¿quién estaba detrás de todo aquello?, ¿quién era aquel misterioso Max?

—¿Y la segunda?

—¿Cómo llegó a sus oídos que yo estaba prisionero?, ¿cómo pudo recordar, un año después, que yo era aquel hombre que le había ayudado un año antes?

—Quizás tenía buena memoria.

—¿Tú crees? Tengo mis dudas.

—¿En qué sentido?

—Creo que alguien dio mi nombre, alguien que no quería que muriera en aquella cárcel. Me gustaría saber quién fue, a quién le debo mi vida.

PREGUNTAS INCÓMODAS

Agosto, 1936

Helena no podía contener el llanto. Sabía que llegaría aquel día, pero siempre había creído que sería más tarde. De alguna manera consideraba que era un tema que se dejaría latente como algo supuesto pero molesto por ambas partes. Y ahora Guillermo se lo había lanzado a la cara. Las preguntas, que había callado a lo largo de los años, las había materializado con una acritud inquisitorial. A Helena le habían dolido, no por inesperadas sino porque fue consciente de que todavía sangraba la herida. Guillermo había venido muy alterado. Al parecer, las cosas no habían salido como esperaban, y alguna sorpresa inesperada se había cruzado en su actividad nocturna. Ella había pasado la noche sin dormir, sabiendo que su hijo jugaba con fuego y que difícilmente podía frenarlo. Finalmente, el chico había aparecido acompañado por Lena una vez el sol había hecho su aparición. Helena apoyaba la necesidad de una revolución social para mejorar las condiciones de vida de la población en general y, al mismo tiempo, era conocedora de las dificultades que suponía superar aquel estado de la situación. Pero no podía evitar que una gran congoja y preocupación la dominara cuando se paraba a pensar que las personas que estaban

llevando a cabo aquella revuelta eran todas las que la rodeaban. Se sintió como una gota en un mar bravío, incapaz de decidir su destino, siendo arrastrada por la corriente.

—¿Quién es mi padre?

Había abrazado con gozo a su hijo al ver su aparición y saberlo vivo, pero Guillermo se había desprendido de aquella caricia y le había arrojado aquellas palabras con una cierta exasperación. Eran cuatro palabras, pero en ellas había todo un mundo y una intencionalidad desconocida hasta el momento en él.

—Tu padre es un buen hombre.

—¿Un buen hombre? Si es así ¿por qué no estáis juntos?

—Guillermo. No lo entiendo. ¿Por qué me preguntas eso?

—Te lo pregunto porque no me has dicho nunca quién era él. Un cobarde sin duda.

—¡No permitiré que hables así de tu padre! ¡Él no es un cobarde!

Lena intentaba calmar al muchacho, pero este ya iba lanzado.

—Quiero saber quién era él. ¡Quiero saber quién soy yo!

En eso que sacó de un bolsillo de su cazadora una foto doblada y se la arrojó a su madre. Ella la desdobló y la miró con atención. No pudo evitar que las lágrimas recorrieran su rostro cuando vio su imagen junto a la de su padre. Se llevó la mano a la boca temiendo lo peor.

—¡Guillermo!, ¿le habéis…? —Fue incapaz de acabar la frase.

—¡No! —le contestó dirigiéndole una dura mirada—. Pero lo hubieran hecho si no llego a estar yo.

—¡Dios mío! —Y se abrazó a su hijo. El muchacho notó que su madre temblaba. Ahora no se separó—. ¡Gracias, hijo mío!

El silencio se impuso en aquel momento, un silencio que ninguno de los presentes se atrevió a romper. Al poco, su madre cogió un pañuelo y se sentó mientras se enjuagaba las lágrimas.

—¿Cómo fue? —quiso saber ella.

Guillermo le explicó lo sucedido. Cómo el descubrimiento de la foto había ejercido de detonante de una angustiosa situación.

Finalmente, su madre pudo respirar tranquila cuando el adolescente le explicó que el anciano había podido irse con el criado.

—Ese hombre es mi padre.

Ahora fue el turno de Helena. Le explicó todo. La vida en la mansión de la avenida Tibidabo donde parecía que cualquier futuro imaginable se podía convertir en realidad con solo desearlo. También le explicó lo unida que estaba con su abuelo Guillermo, a quien debía su hijo el nombre; la aparición de Ernesto, un hombre más bien torpe y tímido, características en las que radicaba su atractivo principalmente y, finalmente, la caída en desgracia y el alejamiento definitivo de una forma de vida ostentosa, pero al mismo tiempo superficial para poder dedicarse en cuerpo y alma a su hijo, su mayor fuente de problemas, pero al mismo tiempo, su mejor obra y causa de felicidad.

—Te quiero mucho hijo. Quiero que sepas que no me arrepiento de haber tomado la decisión que tomé. Tú me das muchas preocupaciones, pero también las mayores alegrías.

—Yo también te quiero.

Se abrazaron ante una emocionada Lena. Finalmente, acabaron abrazados los tres.

—Quiero que sepas que Ernesto es todo un caballero —le dijo luego su madre— y una persona de una moral muy recta.

En cierta manera tú te pareces a él, pero tienes la tozudez de tu abuelo.

—Pero… ¿él te abandonó? —Ahora la pregunta estaba realizada con mayor moderación.

—¡No!, él no me abandonó —las lágrimas hicieron su aparición. La confesión se le hacía muy dura—. Yo me fui de casa y él se había marchado a Madrid. No volvió o…, no lo sé. Lo cierto es que no nos vimos más.

—¿No te quería porque te quedaste embarazada? —La insistencia era una de las características del muchacho.

—Él no sabía que estaba embarazada.

Se hizo un silencio incómodo. Guillermo no sabía cómo romperlo. Era evidente que su madre todavía sufría con el tema.

—Cuando acabe esto —dijo refiriéndose a la situación de guerra—, ¿iremos a ver al abuelo?

—Sí. Lo iremos a ver. ¡Ya es hora de que acabemos esta estúpida disputa!

Con aquella declaración de intenciones llegó la reconciliación. Una vez sola, Helena daba vueltas a las preguntas de su hijo, preguntas que ella misma se había hecho infinidad de veces. Era cierto que no se había visto con Ernesto desde que marchara de casa de su padre, pero lo que más le había sorprendido en aquel momento fue no haber tenido noticias suyas. Le había enviado cartas a su casa de Valladolid, cartas que no tuvieron ninguna respuesta. Suponiendo que la dirección fuera correcta, pensó que Ernesto había cedido finalmente a los deseos de su familia. Ahora viviría con su mujer tranquilamente en una vivienda con dos o tres críos. Interpretó que ella en aquel momento sería un estorbo para su felicidad y, con todo el dolor del mundo, se hizo a un lado y dejó de escribirle. En ningún

momento le había dicho que tenían un hijo en común. No quería presionarlo. Comprendió que le tocaba recorrer un camino en solitario, con la única compañía de su hijo. Decidió dejar a un lado las lamentaciones y prepararse para afrontar esa nueva etapa de su vida. Había sacado fuerzas de donde no las tenía y, finalmente, había conseguido ver crecer a su hijo y verlo convertido en una persona con ideales, valor y buen corazón, todo un orgullo para una madre como ella.

Sin embargo, a pesar de los años transcurridos, una congoja en su corazón le recordaba que no había podido olvidar a Ernesto.

* * *

La guerra proseguía y el estado de excepción estaba generalizado en todo el país. A pesar de ello la vida continuaba en la retaguardia y se debía seguir una cierta normalidad. Las industrias, fábricas y comercios seguían funcionando. Para Guillermo, el trabajo en el almacén de madera representaba una manera de proseguir su vida cotidiana. Había dejado de asistir al sindicato de forma temporal por temor a encontrarse con aquellos hombres. No era vana una amenaza de muerte en aquellos tiempos. De vez en cuando iba, junto con Lena, a visitar a Samuel al palacio de hiedra. De forma casi imperceptible notaban pequeños cambios que conseguían dotar aquella mansión de un aura de distensión semejante a la de un templo. Diríase que la personalidad de Samuel había conseguido impregnar la casa.

Aquel día de finales de agosto, una vez acabada la jornada laboral, Guillermo salió acompañado de Mario. Mantenían la

amistad y disfrutaban de la mutua compañía a pesar de la disparidad de los caracteres. Su compañero manifestaba ciertas dudas ante la conveniencia de permanecer en la ciudad.

—No sé —comentó ante la insistencia del muchacho que lo notaba afectado—. Va por días. No acabo de sentirme bien en la ciudad.

—Ya veo que no te has acostumbrado a estar aquí.

—Algún día cogeré los bártulos y me iré al pueblo. Allí se respira más tranquilidad.

—En ese caso avísame. Puede que vaya contigo —le dijo con una sonrisa.

Se despidieron en la avenida del Paralelo. Mario vivía en el Raval y Guillermo se dirigía a Can Tunis. La jornada era dura y necesitaba descansar. Los pensamientos se cruzaban en su mente. Imaginó donde estaría su abuelo en aquel momento. Ahora que lo había conocido no podía evitar pensar en él.

Había descubierto un mundo que había sido incapaz de imaginar. Para él la vida consistía en una lucha diaria y constante, una prueba de supervivencia que tenía que superar cada día. Ni en sus mejores sueños hubiese sido capaz de concebir un mundo como el que había percibido en la casa de la avenida Tibidabo.

—Veo que todavía conservas el tipo.

Guillermo se quedó helado. Aquella voz correspondía a Alex, el espía. Después del resultado de la misión había intentado esquivarlo, pero supuso que el agente lo había vigilado anteriormente, con lo cual le resultaba fácil realizar el seguimiento. Temiendo una posible agresión el muchacho se giró para calibrar el estado de ánimo de aquel hombre.

—¿Vas para casa? —le preguntó—. Te acompaño un rato.

Y se puso a caminar junto a él.

—No dices una palabra. ¿Te has quedado mudo?

—Yo… No.

—Tengo curiosidad. ¿Me podrías explicar cómo puede ser que te envíe a una misión y un hombre acabe en el hospital con una herida de bala y los otros solo piensen en matarte? Parece que tienes el don de hacer enfadar a la gente.

Guillermo observó que no parecía enfadado, más bien intrigado. Por ello le contó la historia tal como él la había vivido. Alex pareció comprender el alcance de la situación.

—¡Muchacho! ¡Vaya historia!, algún día se representará en un teatro del Paralelo. Parece un melodrama.

—Y ahora ¿qué piensas hacer?

—¿Yo? Nada. No debes preocuparte de mí, pero sí has de tener cuidado de Max. Es un tipo muy peligroso y lo has enfadado.

—¿Han incautado la casa?

—Sí. Aquella es la guarida de Max. Has de procurar no acercarte a ella.

—Así lo haré.

Lo que no sabía Alex era que no había nada mejor para incitar la curiosidad del muchacho que mostrarle donde estaba el peligro.

UN PUÑADO DE CARTAS

Marzo, 1940

Un hijo. Tenía un hijo. Ernesto se hacía la reflexión a sí mismo para alcanzar y comprender en su plenitud el significado del concepto. Ahora era consciente de las causas que habían dificultado el encuentro entre Helena y él. Cuanto más lo pensaba, más la compadecía. «Cómo tenía que haber sufrido». Sus peores augurios se habían cumplido. Helena siempre le había parecido una joven de clase alta, nada que ver con las informaciones que había recibido a lo largo de la investigación. Lo que no imaginaba era que fuera hija de uno de los hombres más ricos e influyentes de Barcelona. El hecho de que hubiera abandonado su casa a causa del embarazo lo asumía como responsabilidad propia. No dejaba de pensar que él tenía que haber estado allí para ayudarla.

Recordó aquellos días de abril del año 1937, cuando tuvo que volver del frente a causa del bombardeo de su vivienda y del fallecimiento de su madre. Tras el entierro, junto con su hermano, recogieron las pocas cosas de valor que en ella se hallaban. Le sorprendió encontrar un puñado de cartas en el fondo de un cajón del armario de su madre. Eran cartas de Helena. Su sorpresa fue mayúscula. Correspondía a una época en que él intentaba hacer comprender a sus padres el amor

que sentía por ella, dieciséis años antes. Se sentó en un escalón, entre los escombros y allí las leyó, una tras otra. Ella le decía que había cambiado de dirección, que le esperaba, que quería saber de su vida. En todas reflejaba una imagen de optimismo. Recordó que en ninguna de ellas le hablaba de un niño, de su hijo (cuánto le costaba todavía imaginarlo). Conociendo a Helena, sabía que no lo colocaría en una situación comprometida. A pesar del dolor que sentía por la muerte de su madre lanzó una imprecación porque sentía que su vida le había sido robada.

Y ahora ella estaba muerta. La losa que la cubría se había convertido en un implacable guardián y un inevitable recordatorio de su ausencia. En cambio, él sentía una gran aprensión, un vacío enorme. Hasta aquel momento siempre había creído en la posibilidad de que un sorprendente descubrimiento le anunciara que todo había sido un error, que ella no estaba muerta y que lo estaba esperando. Tenía la sensación de ser un hombre sin alma, una cáscara vacía que podía ser arrojada al arroyo por una bocanada de aire. Imaginaba cómo hubiera sido su vida al lado de Helena. Ella hubiera dado color al blanco y negro que parecía haber dominado los últimos años en su vida. Ella murió defendiendo a su hijo, al hijo de ambos. A partir de aquel momento, la búsqueda de Guillermo se convertiría en el objetivo principal de su existencia. A pesar de defender una ideología muy alejada de la suya no pudo menos que admirar la firmeza con que se había opuesto a los anarquistas y había defendido a su abuelo.

Ernesto se giró en la cama. Los cristales de la ventana dejaban pasar una sutil luz producida por la escasa iluminación de la calle. Antes de dormirse pensó que tenía una faena pendiente, el trabajo más importante de su vida. Se

prometió no descansar hasta encontrar al hijo de su amada, a su hijo.

* * *

El coche circulaba lentamente por las vías de Barcelona. Su destino, la calle Bruc, lugar donde residía Valeri. El vehículo conducido ahora por Hamed, ya recuperado de sus molestias, aparcó ante el portal en cuestión, próximo a la calle Diagonal. Subieron al tercer piso. Carmen los acompañaba para indicarles el camino. Abrir la puerta no representó una gran dificultad dadas las habilidades en ese terreno del rifeño. La vivienda presentaba un abandono y desamparo evidente. No había luz por lo que usaron las linternas hasta que pudieron abrir las ventanas y persianas. Una decoración bastante austera, con unos sencillos muebles fue lo que se mostró ante sus ojos.

—¡Aquí no hay nadie! —Evidenció Marco.

—Ni parece que haya vivido nadie en bastante tiempo —corroboró Carles.

—De hecho —continuó Ernesto—, según la autopsia hace meses que falleció. Podría ser un año.

En la habitación, la cama estaba deshecha, como si el dueño de la vivienda hubiera partido aquella misma mañana. Una fina capa de polvo asentada sobre los muebles desmentía el hecho en sí. Se dispersaron por el apartamento, buscando alguna pista que los pudiera ayudar. Carles entró en una habitación que había servido de estudio. Algunos libros, no demasiado nuevos, llenaban un par de estanterías. Los fue abriendo uno por uno —no habían más de treinta— para ver

si entre sus hojas había algún regalo inesperado. Prosiguió con los cajones del escritorio. Miró que no hubiera una losa del suelo suelta. Revisó unas carpetas que se hallaban junto a la mesa. En ellas había dibujos. Evidentemente a Valeri le gustaba dibujar. Imágenes realistas y otras más abstractas llenaban las carpetas. Allí se manifestaban horas de trabajo solitario. De repente, una imagen le llamó la atención: era una reproducción del tatuaje que representaba el Santo Grial.

—¡Venid! —les dijo.

Al momento se hallaban todos en aquella habitación: les enseñó el dibujo. No era el único. Había varias muestras en diferentes tamaños. En uno de ellos, junto a la imagen se incluía el nombre de *Fazio tatuaggi*. También había una dirección.

—Debieron dibujar y encargar el tatuaje.

—A un tatuador italiano.

—Aquí pone una dirección —señaló el de Valladolid—, pero no se aprecia bien.

—Creo que pone calle Serra.

—Pero no pone número —observó Ernesto—. A saber, si todavía hay allí un tatuador.

—Creo que habrá que averiguarlo —afirmó Carles mirando a Marco.

—No. Si ya sabía que me tocaría a mí el marrón —exclamó con una seriedad no exenta de humor.

—Si fuiste capaz de encontrar a Práxedes. Más fácil será encontrar a un tatuador italiano, de nombre Fazio.

—¡Jesús! Vaya nombres que se pone la gente hoy en día —refunfuñó Marco.

* * *

Carles avanzó por el pasillo del viejo almacén. La oscuridad no era total. Algunas luces del puerto se reflejaban a través de las estructuras de la obra. Había decidido ir finalmente al lugar donde había fallecido Dolors. Las indicaciones de Alfredo Rincón, el policía que encontró el cadáver, habían sido determinantes para localizar el emplazamiento. El edificio estaba en obras, como tantos otros del puerto. Toda la zona había sufrido muchísimo con los bombardeos de la aviación fascista. Barcelona había sido bombardeada aproximadamente en doscientas ocasiones durante la guerra, tanto por parte de cruceros como de la aviación italiana y alemana. Habían muerto unas 2500 personas, la mayoría civiles. Solo el hecho de pensar que Dolors había sido una de ellas le provocó una gran indignación. Además, en aquel momento él era consciente de que alguien la había seguido, alguien que quería acabar con su vida.

Y lo había conseguido.

Lo que no había acabado de entender era porqué había acabado en aquel almacén. No sabía si había sido secuestrada o había venido ella por propia voluntad sabiendo que le seguían. Otro aspecto intrigante de la situación consistía en el descubrimiento de los cadáveres de dos hombres con la marca de dos hojas de laurel cruzadas, en el brazo. Aquellos sujetos también habían fallecido, probablemente asesinados por el mismo criminal. ¿Quién sabe si se habían ofrecido a acompañar a Dolors y finalmente no habían podido protegerla? Consideraba que la situación era muy compleja y no entendía qué relación tenía todo ello con Guillermo y Lena, de los cuales no se sabía nada.

Caminaba por las salas como si estuviera siendo guiado por una mano invisible. La intuición le marcaba un recorrido

determinado. La atmosfera de la habitación donde se encontraba comenzó a variar. Una sensación extraña le dominó los sentidos. La misma sensación que cuando se supo vigilado en su apartamento. Sabía que el asesino estaba cerca, así lo presentía. Comenzó a percibir humo a su alrededor como si se hubiera iniciado fuego en alguna parte. Un ruido metálico se oyó tras él, a una cierta distancia. El pánico lo dominó. Su corazón comenzó a latir desbocadamente. El humo se espesaba cada vez más dificultando la visión. Metió la mano dentro de su chaqueta y tocó la Biblia que siempre llevaba consigo desde que le salvara la vida. El breve contacto lo tranquilizó. Se fue desplazando por la sala en silencio, intentando no dar pistas al hombre que suponía se encontraba allí.

Continuó por un largo pasillo, pero un ruido metálico volvió a alertarlo. Entró en un despacho y cayó al suelo. De repente, la oscuridad se iluminó. Una claridad espectral se abría paso. Con ella llegó el ruido sordo de unas explosiones. Notó un gran peso en el pecho y sintió que le faltaba el aire. Una lluvia de cristales llenó la sala y le cayeron por todo el cuerpo produciendo múltiples heridas y laceraciones. Se giró intentando protegerse el rostro. Fue entonces cuando vio el cadáver de un hombre en el suelo, sin vida. Pudo observar que le habían seccionado la garganta. Todo ante él se volvió borroso y sintió que su cuerpo se abandonaba a una densa oscuridad: se desvaneció.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando despertó de aquella pesadilla. Sentía un fuerte dolor de cabeza y se hallaba estirado en el suelo. Presintió que había vivido los últimos minutos de Dolors, en los que ella huía de un asesino implacable. Lamentó que no hubiera podido escapar de aquel terrible destino. Había tenido una percepción similar a la

sentida en Can Tunis, en la vivienda de Helena. Como si fuera el eco de un crimen que todavía pudiera manifestarse.

De repente en la oscuridad percibió un sonido, un sonido metálico.

El ruido era similar al que oyera su mujer en aquella huida desesperada. Esta vez se hallaba despierto, aunque se sentía agotado tras aquella extraña experiencia. Se llevó la mano a la chaqueta para coger la pistola.

Pero esta había desaparecido.

Seguramente se le había caído cuando se vino abajo. Miró con desespero a su alrededor. Sabía que no podía enfrentarse a un individuo tan peligroso sin armas. Un brillo debajo de un escritorio le indicó donde estaba la pistola. Aguzó el oído. No podía moverse pues sentía, muy levemente, el rozar de unos pies con el suelo. Se acurrucó junto a la puerta intentando no ser visto.

La puerta tenía la parte superior de cristal traslúcido con lo cual solo se podía percibir la sombra de alguien que pasara por allí. Una angustia acompañada de una sensación de pánico comenzó a dominarlo. Intentó controlarse. Tenía la extraña sensación de que el asesino era capaz de sentir las emociones, por lo que intentó calmarse.

En aquel momento, una sombra se proyectó sobre la habitación. Intuía que era el asesino de Dolors. Su cuerpo se paralizó. Procuró mantenerse sereno, con un estado de ánimo que no delatara sus emociones. La sombra permanecía ante la puerta. Ignoraba si el individuo sabía que él estaba dentro. Si ese era el caso no parecía atreverse a entrar. Al cabo de un momento, que se le antojó una eternidad, la sombra desapareció.

Todavía estuvo un rato en total quietud hasta que su intuición le dijo que aquel hombre se había ido. Cogió la

pistola con cuidado y, con mucha precaución, abandonó el edificio.

Ahora sabía algo más del asesinato de Dolors. Había tenido a su asesino a menos de dos metros. No había podido enfrentarse a él en las condiciones en que estaba, pues ya sabía de antemano cual habría sido el resultado. En esta ocasión no había habido lucha, pero Carles sabía que era solo cuestión de tiempo que un enfrentamiento entre ambos tuviera lugar. Un combate del cual solo uno de ellos podía salir con vida.

EN EL TALLER

Abril, 1940

Habían llegado a la casa de Josep, orientados por Carmen que ejercía de improvisada guía en los últimos desplazamientos.

—Aquí es —les dijo señalando un edificio de la calle Floridablanca—. Concretamente segundo piso, tercera puerta. Si no les importa, yo me voy.

—De acuerdo —le contestó Ernesto—. Muchas gracias por su ayuda. Si la necesitamos se lo haremos saber.

Tras una afirmación de la muchacha que correspondía a una silenciosa despedida, desapareció de su vista alejándose con un caminar grácil y decidido. Al parecer había dado fin a su sentido duelo desde el momento en que supo que Valeri la había engañado por alguna extraña razón. Mientras la veía alejarse, Carles pensó que era bien chocante engañar a otro respecto a la muerte. No le parecía lógica una probable confusión de la identidad del cadáver en un accidente, especialmente si la supuesta víctima realizaba una vida al margen. Podría tratarse de una deserción, aprovechando el desconcierto provocado por la situación generada al comienzo de la guerra. Eso era algo que tendrían que investigar.

La noche anterior, Carles había podido llegar a casa en un

estado de nervios y de excitación tal que le habían impedido conciliar el sueño con normalidad. Había extremado las precauciones y había llevado la mano en el bolsillo todo el rato, acariciando la pistola hasta llegar a su casa. No podía dejar de estar alerta, menos ahora que había tenido contacto con aquel sujeto de peligrosidad demostrada. Apenas había dormido. Había tenido un sueño muy ligero. Se había despertado varias veces ante leves ruidos provenientes del entorno.

Por la mañana se había dirigido a los bajos de la calle Fernando, se había reunido con Ernesto y le había explicado los acontecimientos de la noche anterior. Este se alarmó al conocer el relato de su compañero. Ahora que habían descubierto que los asesinatos de Helena y de Dolors parecían tener el nexo común de Guillermo, se encontraban en la necesidad de compartir todos aquellos aspectos que consideraban relacionados y ello también implicaba al asesino del estilete.

—No me habías dicho nada —le había acusado Ernesto al saberlo.

—Los acontecimientos pasan muy rápidos y tú parecías obsesionado con encontrar a la amiga de Helena.

—Ya —había reflexionado su compañero—, probablemente tengas razón. Quería descubrir quién era realmente Helena y qué fue lo que la llevó a la muerte.

—En cierta manera lo sabemos, pero lo que hemos de descubrir ahora es quien la asesinó y donde se halla Guillermo…, suponiendo que esté vivo —había dicho Carles con un hilo de voz mirando de reojo a su compañero.

—¿Qué quieres decir? ¡Tenemos que encontrarlo! ¡Y vivo!

Carles había mirado a Ernesto y no pudo evitar un sentimiento de tristeza. Le vino a la mente, acertadamente,

que su compañero ahora había cogido la bandera del rescate de su hijo como forma de pagar sus deudas con los muertos…, y consigo mismo.

—Escucha Ernesto —había intentado hacerle ver la dificultad del encargo—, la última vez que vi a Guillermo fue en mayo de 1937. Corría hacia un peligro. Intentaba salvar la vida de un hombre: Toni Vallés, el padre de Lena. Posteriormente supe que Toni había muerto asesinado. Hay que tener en cuenta la posibilidad de una desgracia.

—Pero la carta fue escrita un año más tarde. En ella Helena me habla de la desaparición del muchacho. ¡En julio del 38! Tuvo que salir vivo de aquel incidente.

—En eso tienes razón.

—Tú no crees que esté vivo —su voz se convirtió en un susurro.

—Lo encontraremos, Ernesto. ¡Te lo prometo!

Ernesto lo había mirado al rostro y había visto una firme convicción, unida al deseo de apoyarlo, propio de un amigo de verdad. Aun sabiendo la dificultad del encargo, no dudaba que Carles intentaría hacer todo lo posible por ayudarlo, encontrando al muchacho o un rastro que los guiara.

—¡Gracias!

Carles lo agradeció. Teniendo en cuenta lo serio que era su compañero, sabía cuánto le costaba manifestar las emociones. Pero todo aquello había quedado en un segundo plano. En aquel momento, sus acciones iban encaminadas a resolver el misterio del hombre tatuado. Todavía no habían podido descubrir su origen.

—¿Qué desean? —les dijo el hombre que abrió la puerta ante su llamada.

Su aspecto dejaba un tanto que desear. Su rostro era el de una persona que no había visto el agua en varios días. Las

greñas que tenía por cabello y una barba descuidada le daban más bien el aspecto de un presidiario. Llevaba una camisa sucia y arrugada que sobresalía de un viejo pantalón.

—Somos policías —se identificó Ernesto—, ¿este es el apartamento de Josep Vintaló?

—Sí, este es —evidentemente aquel sujeto parecía no estar muy fino—. Siéntense.

Les había señalado unas sillas y el hombre se retiró a otra habitación. Ambos se miraron extrañados pues aquella actitud no era muy habitual. En aquel momento alguien llamó a la puerta.

—¡Abran!, ¡abran! —Oyeron que decía desde la otra habitación.

Carles abrió y apareció un señor de unos cincuenta años, de mediana estatura. Su aspecto era mucho más digno que el del joven. Presentaba un rostro redondeado con unos ojos hundidos y marcados por grandes ojeras. Unas espesas cejas contrastaban con el escaso pelo que le quedaba. Grandes clapas como grandes desiertos ante la moderada sabana africana se apreciaban en su cráneo. Su aspecto mostraba una marcada resignación. Una gabardina cubría su cuerpo. Transportaba una bolsa de tela con alimentos. Los policías se presentaron. El hombre, sorprendido ante aquella inesperada visita se presentó:

—Soy Francisco Serés. Y el muchacho es mi hijo Jorge.

—¿Se encuentra bien el chico? —preguntó Ernesto.

—Por desgracia, no del todo. Era un muchacho dispuesto y decidido, pero…, la guerra lo destruye todo.

No se atrevieron a preguntarle en qué bando había luchado. Carles pensó que ya era demasiado castigo el hecho de volver afectado de aquella manera. Le vino a la mente durante un momento la imagen del padre de Lucía, otra

persona diferente, otra guerra anterior, pero las consecuencias quedaban para toda la vida.

—Ahora venía del racionamiento, de comprar algo. Hoy he podido coger garbanzos y patatas, un poco de bacalao y jabón. Como falta su madre me he de hacer cargo de todo y, cuando salgo, temo que haga algún desastre.

—Le entiendo —le dijo Ernesto que no acababa de entender la realidad de aquel hombre.

—Pero… ¿qué desean? —preguntó una vez que les hubo invitado a sentarse.

—Verá —comenzó Carles—, queremos preguntarle por Josep Vintaló, el dueño del apartamento.

—Me temo que no puedo ayudarles en eso. Josep murió durante la guerra. Era mi sobrino. Como no vivían sus padres heredamos el piso. Yo soy hermano de su padre.

—¿Murió en la guerra?, ¿dónde luchó? —Ahora los policías estaban bien intrigados.

—En realidad, no murió luchando sino de un accidente.

—¿Un accidente? —Aquello ya comenzaba a tener parecidos sospechosos—. ¿Dónde?

—En Murcia, cerca de Cartagena. Al parecer iba en un camión que se despeñó.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Carles.

—Hacia finales de octubre del año 1936, un desgraciado accidente.

—¡Tres años y medio! —exclamó Carles.

* * *

Carles se hallaba esperando. Había quedado con el Percha

en el bar Victoria de la calle Cid. Aquel era su lugar habitual de encuentro. Mientras lo esperaba no dejaba de darle vueltas al descubrimiento de aquella misma mañana. Dos personas, dos amigos habían muerto en un mismo accidente, en Cartagena, en octubre de 1936. Uno de ellos permaneció con vida al menos dos años y tres meses después —si tenían en cuenta las fechas en que Práxedes le había hecho la chaqueta—. Desconocían si Josep también sobrevivió al accidente pues de él no se sabía nada. Al menos, los familiares no parecían tener constancia. Su rostro no correspondía al cadáver tatuado según Francisco, el padre de Jorge. Teniendo en cuenta que Josep había dado trabajo a Valeri en el taller, solicitaron ir al lugar. Su sorpresa fue grande cuando le preguntaron a Francisco por el local.

—Está lejos de aquí —les había dicho—. En la calle de la Costa, cerca del Parque Güell.

—¿Nos podrá indicar dónde está?

—La verdad es que solo fui una vez con mi sobrino, hace bastantes años.

—¿Y eso…? —Carles estaba intrigado ante aquella curiosa situación.

—Al saber de la muerte de mi sobrino, supimos que había hecho testamento. En él nos legaba su apartamento, cosa que es de agradecer pues nosotros vivíamos en un piso de alquiler, pero también indicaba que el taller no pasara a nuestras manos hasta pasados cinco años.

Aquella curiosa clausula los había sorprendido. Finalmente, lo único que consiguieron fue la dirección del abogado que ejercía de albacea del testamento. Por la tarde habían podido visitarlo, en sus oficinas, en un piso mal iluminado de una estrecha calle del barrio de Gracia.

—Efectivamente —les confirmó aquel hombre bajito con

un chaleco gris brillante y camisa blanca con rayas grises—, el señor Josep Vintaló vino a hacer el testamento en septiembre del año 1936.

Se afianzó unas gafas que le resbalaban por la nariz para poder discernir aquellos elementos significativos del testamento. Fue hojeando los diferentes legajos.

—Les han informado bien. El apartamento fue cedido a Francisco Serés y el taller pasará a su propiedad en septiembre del año que viene, cinco años.

—¿Es muy normal esa disposición?

—La verdad es que cada uno hace con su propiedad lo que le apetece. Probablemente, el finado no debía tener mucha confianza en que sus familiares conservasen el patrimonio. De esta manera, no correrían a vender el taller que es lo que suelen hacer los familiares cuando heredan un negocio. Ya dejó dispuesta una cantidad en reserva para los cargos que se debieren del mantenimiento de la propiedad.

Su sorpresa no había acabado ahí. El abogado les había confesado que jamás había pisado el local. Habían salido del despacho del letrado con las llaves del taller y con una dirección. El local se hallaba en la calle Costa, cerca del Parque del Turó. Se dirigieron al mismo en el Fiat Hispania conducido por Hamed.

Pudieron entrar por una puerta lateral que había junto a una gran puerta de madera con dos batientes. Dentro habían encontrado un recibidor que conducía a un despacho y un taller desocupado. Los restos de algunos vehículos desgajados y las marcas de los neumáticos en el suelo daban muestra de su ocupación anterior. Al fondo había unas mesas con utensilios y unos armarios llenos de herramientas y materiales. Junto a una pared había un conjunto de cajas acumuladas. Muchas de ellas contenían piezas de coches y carruajes.

Repasaron todo el local. También revisaron el despacho. En un armario tenían cajas y carpetas llenas de facturas, reparaciones y otros documentos. También había revistas y periódicos viejos.

—Me parece que no encontraremos nada —dijo Ernesto —. Aquí no parece haber venido nadie en mucho tiempo.

—Posiblemente sea así, pero ¿no te parece extraño todo esto?, ¿el hecho de dejar cinco años sin cobrar una herencia? —preguntó Carles— ¿qué objetivo tendría eso?

—Ya oíste al abogado, una manera de conservar el patrimonio.

—Extraña manera.

Fueron sacando cajas y revisándolas. No parecía haber nada impropio de un taller mecánico. La sorpresa se la llevó Ernesto cuando al retirar una caja, se encontró con otra similar atravesada.

—¡Caramba! Una caja oculta.

La sacaron y centraron todo su interés en su contenido. Aparentemente, este era similar a las otras. En el interior hallaron un papel de diario doblado entre los documentos. Lo abrieron y descubrieron con sorpresa que había un escrito en el código masónico.

—¡Vaya sorpresa! —anunció Ernesto.

—¿Qué pone? —preguntó Carles.

Sacaron un bolígrafo y una libreta y comenzaron a anotar y a traducir los símbolos hallados.

«Necesitamos encontrarnos. Han vuelto. Buscan Gradalis. Lugar convenido. A».

Esto explicaría la extraña cláusula del testamento. Necesitaban el local para poder mantenerse en contacto.

—¿Qué hacemos? —dijo Ernesto.

—Creo que es un lugar donde pudieran reunirse o pasar

información. Este parece un mensaje dirigido a otro hombre del grupo.

—Pero a lo mejor están muertos todos.

—No lo sabemos. Yo creo que es mejor que dejemos todo como estaba. Ya volveremos a ver si ha habido algún cambio.

* * *

—Pareces muy concentrado en tus pensamientos.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por la voz del Percha que acababa de llegar. Llevaba unas ropas descoloridas y envejecidas. Su cabello largo y descuidado, acompañado de las arrugas que aparecían en su rostro le hacía asemejarse a un pedigüeño. Carles pidió un vaso de vino para su nuevo compañero. De un trago se bebió la mitad.

—Veo que tienes mucha sed.

—Es duro pasar el día cuando solo tienes agua para beber.

—¿Has averiguado algo?

Una sonrisa se dibujó en la cara del confidente.

Cuando escarbas siempre acabas encontrando la mierda.

—¿Y qué has encontrado?

—He oído cosas. La gente normalmente habla, pero ahora tienen miedo, miedo de decir algún inconveniente que pueda llegar a oídos maliciosos.

—¿Y qué dice la gente?

—Que hay un grupo de sujetos, una banda que está buscando algo que les han robado y que tiene mucho valor.

—¿Y se puede saber qué es ese algo?

—No lo saben, pero el personal está muy nervioso. Hacen preguntas y buscan. También han ofrecido dinero por la

información.

—¿Y no sabemos qué es lo que buscan?

—Hay quien dice que vale una fortuna, que es oro, otros hablan de unas cajas.

—¿Unas cajas?

—No se aclaran. Porque tampoco las preguntas son muy claras. Más bien son insinuaciones ante la amenaza de un arma.

—¿Y quién busca ese tesoro o esas cajas?

—¿Has oído hablar de Max?

Ahora fue Carles quien se irguió como un resorte al oír aquel nombre.

—Has conseguido interesarme.

El Percha sonrió.

—Espero que eso repercuta en el dinero. Bien, se habla de un tal Max. Durante la república tuvo una banda de delincuentes.

Pero estuvo protegido por gente importante. Al parecer ha sabido pagar los favores.

—¿Y quién protege a nuestro amigo Max?

—Se habla de Francisco Solana Marqués.

Carles no pudo dejar de exhalar un silbido. Había oído hablar de Francisco Solana, empresario de éxito en los años veinte. Había hecho fortuna en la construcción. Se decía que la exposición Universal del veintinueve había supuesto su entrada en el mundo de los grandes empresarios. Había participado en la remodelación de parte de la zona de la Plaza España y ello le había aportado un gran capital, capital que había invertido en la construcción de diversos edificios siguiendo los nuevos estilos arquitectónicos de principios del siglo XX, donde se combinaban los nuevos materiales con ideas innovadoras de gran pureza formal como el

racionalismo. Se decía que vivía en el Barrio Gótico, en una gran casa, cerca de la catedral.

—Un personaje interesante. La sorpresa es que ha sabido mantenerse tanto durante la República como durante la guerra.

—Y ahora también —complementó el Percha.

—Ahora es más fácil. El fascismo respeta a quienes tienen dinero. Solo han de jurar fidelidad a un dictador y ya tienen asegurada la supervivencia.

—De hecho, siempre ha sido próximo a Franco —recalcó el confidente—, pero durante la guerra tuvo gente que lo protegió.

—¿Max?

—En efecto, quien mejor que un delincuente para protegerlo a uno de los delincuentes.

—Así el favor es mutuo. Curiosa asociación.

—Y bien —el Percha extendió la mano para cobrar la deuda.

—Toma —dijo Carles pagándole aquella información—, pero antes de que te vayas quiero que investigues a un individuo.

—¿Su nombre?

—No sé su nombre. Solo sé que es francés, que tiene un solo ojo, que ronda bastante por la noche, que fuma Gitanes Maïs, y que es muy peligroso. Recuerda lo que te digo: muy peligroso. Ya ha matado a varios hombres. Has de ir con mucho cuidado.

—Lo haré —le dijo mirando con aquellos fríos ojos de reptil—, siempre lo hago.

MUERTE DE UN ANARQUISTA

Noviembre, 1936

Pasaban los meses y el conflicto continuaba. El País estaba dividido en dos. Tras la muerte de los generales Sanjurjo y Mola en sendos accidentes de avión, el mando de la zona sublevada había recaído en el general Franco. Rápidamente, recibieron ayuda militar de la Alemania nazi y de la Italia fascista. Unidades militares completas de estos países se habían unido a las tropas nacionales, entre las que destacaba el Ejército de África, las fuerzas militares más preparadas del país.

Por otra parte, el bando republicano apenas había podido contar con unidades militares completas y organizadas. En un primer momento, fueron las columnas improvisadas, formadas por unidades sueltas y por milicias de organizaciones obreras, quienes opusieron resistencia a los sublevados. Tras la formación del gobierno de Largo Caballero, en septiembre del año 1936, se procedió a la formación de un verdadero ejército, con la militarización de las milicias y su integración en las Brigadas Mixtas. La falta de mandos profesionales y la anarquía de las tropas dificultaron su eficacia. Además, la política de no intervención encabezada por Francia y Gran Bretaña complicó la adquisición de material bélico a la

República, que se vio obligada a depender de la ayuda soviética, ayuda que, más adelante, tuvo que pagar a un elevado precio.

Las tropas nacionales habían ocupado Andalucía y se habían dirigido a Extremadura dejando tras de sí un reguero de cadáveres, la mayoría civiles. Posteriormente se encaminaron hacia Toledo para liberar el Alcázar tras un asedio de dos meses. En noviembre se dirigieron a Madrid, dando comienzo a una larga y dura batalla. El gobierno republicano había marchado a Valencia encomendando la defensa de la ciudad al general Miaja. Los madrileños, sorprendidos ante esta situación, fueron capaces de organizar su defensa. La columna Durruti había sido llamada para contener la ofensiva de las tropas golpistas en la capital. Días más tarde el líder anarquista moriría en circunstancias no del todo claras.

* * *

El día era nublado y gris. El tiempo parecía haberse asociado con la multitud que, desconcertada, despedía a su héroe en Barcelona. Una especie de histeria colectiva parecía haberse adueñado de la ciudad. Los ciudadanos asistían incrédulos a una escena que deseaban no se hubiera producido nunca: la muerte de Durruti. Medio millón de personas habían salido a dar su despedida al que fuera el defensor de Barcelona ante el golpe de estado fascista. Todos lloraban, todos sentían como suya la perdida. Las banderas anarquistas dominaban el paisaje. Los puños se levantaban al paso del cortejo fúnebre. Mientras unos se arrodillaban, otros

proclamaban la venganza que había de llegar. Todos los sindicatos y organizaciones políticas participaban de la procesión llevando flores y pancartas. Habían venido representantes y delegados de organizaciones antifascistas de toda España al entierro. La guardia de honor, que llevaba el ataúd, la conformaban anarquistas con indumentaria de combate. Nunca antes en Barcelona se había reunido semejante multitud. Todos eran conscientes de la trascendencia y solemnidad del momento.

Guillermo esperaba junto a su madre, Lena y Toni Vallés el paso del féretro a la altura de las Ramblas mientras la orquesta municipal de Barcelona entonaba la marcha fúnebre de Chopin. Una lágrima recorría su rostro. No podía evitar ser presa de la emoción que embargaba el ambiente. Recordó cuando había recibido la noticia. Volvía de trabajar en el almacén cuando la nueva ya comenzaba a oírse y a expandirse como el fuego se propaga a causa del viento. Cuando llegó a su casa se encontró a su madre y a Lena. Sus rostros lo decían todo. El rumor que había estado escuchando se convirtió de repente en una certeza.

—¿Así que es verdad? —Manifestó.

Su madre asintió con la cabeza mientras unas lágrimas bañaban su rostro. No necesitaba decir más. Estuvieron a la espera de noticias. Se habló, en principio de un tiro procedente del frente, luego de un accidente, pero siempre quedaba espacio para la sospecha de asesinato. Días más tarde, cuando se encontró con Alex, este le dijo:

—Dicen que fue un accidente. Se disparó accidentalmente al bajar del coche con su propia arma, un naranjero.

—¿Un naranjero?

—Es un subfusil Schmeisser. Le faltaba el mecanismo de seguridad y podía dispararse por un simple golpe de la culata

contra el suelo.

—Sin embargo, dicen que fueron los comunistas quienes lo mataron.

—No puedes hacer caso de todo lo que dicen. Hay quien desea que comunistas y anarquistas nos enfrentemos. Esto llevaría a debilitar el bando republicano y concedería ventaja a los fascistas.

Sin embargo, aquella duda permanecía en la mente de Guillermo. Había asistido a algunos enfrentamientos entre comunistas y anarquistas por nimiedades que partían de conceptos distintos de entender la lucha de clases y la revolución mezcladas con los principios y valores morales de cada individuo. Ello no había evitado que hubiera habido muertos por semejantes disputas.

* * *

—¿Me hiciste caso? —le preguntó Alex cambiando de tema—. ¿No has vuelto a acercarte a casa de Max?

—No, no lo he hecho —mintió Guillermo.

—Es mejor que no lo hagas. Ellos no quedaron muy contentos contigo. No sé si se acordarán, pero es mejor que no te cruces en su camino.

En realidad, Guillermo había ido varias veces hasta el lugar para vigilar a aquellos individuos. Su carácter curioso y entrometido le inducía a saber más de aquellos hombres, unas personas que hubieran asesinado a su abuelo si no hubiera llegado a estar presente. Sabía desde donde vigilar la casa pues no en vano había acompañado a su madre en diferentes ocasiones hasta el lugar pasando siempre desapercibidos.

Había observado las idas y venidas de los anarquistas. Habitualmente era Tobías quien conducía algún vehículo, preferentemente un camión. Otras veces conducía Francesc. Había visto que Tarso cojeaba, fruto seguramente del disparo en la pierna. Solía renegar con facilidad, al menos las veces que lo había observado.

Habitualmente traían objetos en el vehículo, normalmente por la noche. Guillermo los había espiado a la salida de su trabajo y, en un par de ocasiones, los vio llegar con piezas que parecían tener bastante valor: cuadros, jarrones dorados, muebles antiguos, etcétera. Ello le hizo pensar que realizaban sus particulares *razzias* sobre los hogares indefensos de los burgueses. Se sorprendió de pensar así, pero consideraba quela actuación de aquellos individuos no se correspondía con la manera de actuar de los anarquistas. Recordó a Durruti y su oposición a las formas de vida burguesa pero su lucha era diferente, nunca hubiera atacado a una familia para expoliarla. Sabía, por compañeros suyos, que era capaz de quitarse las botas para darlas a otra persona que las necesitara.

Un día lo vio, no tuvo ninguna duda. El hombre que bajó del vehículo con una chaqueta de cuero y un sombrero bajo el cual se observaba un rostro curtido, con barba y bigote muy poblados, era sin duda el jefe de aquel reducido grupo. No necesitaba decir gran cosa para ver que los demás le tenían un gran respeto que parecía traducirse en un cierto temor. Su mirada dura y fría no admitía discusión. Pensó que parecía de aquellas personas capaces de eliminar a todo aquel que se interpusiera en su camino.

Aquel día Guillermo había buscado otro punto de vigilancia más elevado ya que el camión había entrado en el interior del recinto de la vivienda. Pudo observar cómo los hombres bajaron de su interior un par de cajas bastante

pesadas. Debían transportar algún objeto valioso pues hicieron la operación con sumo cuidado. El jefe controlaba que todo se realizara con el esmero necesario. Una vez en el suelo, la carga fue izada por dos hombres que la transportaron al interior de la casa. El jefe permanecía vigilante junto al camión. Pronto, las dos cajas desaparecieron de la vista.

Para el muchacho aquel acto corroboraba su impresión de que los presuntos anarquistas se dedicaban a robar desde una posición de poder. Sin embargo, aquel día parecía haber sido testigo de algo más extraño. En otras ocasiones había podido observar la tranquilidad o confianza que mostraban los delincuentes. No dudaban en realizar sus actos a plena luz del día, incluso podría afirmar que con una cierta dosis de exhibición. Eran sobradamente conscientes de que sus vilezas quedarían impunes. Aquel día, en cambio, parecían prestarse a la acción con una cierta dosis de disimulo, como si quisieran ocultar el resultado de sus actos. Intuyó que ello era debido al contenido de aquellas misteriosas cajas.

El jefe hizo un alto en su recorrido hacia el interior de la casa y se giró, como si hubiera sentido algo o a alguien. Su mirada apuntó hacia el lugar donde estaba Guillermo. Este quedó petrificado. Dejó de respirar por un momento, como si el hecho de hacerlo pudiera evitar detectar su presencia. El sujeto se giró y acabó de entrar en la mansión.

LA CRIPTA

Abril, 1940

El coche circulaba lentamente por la avenida. El conductor no tenía prisa, de la misma manera que tampoco parecía tener interés en establecer una conversación. Carles observaba a Enzo desde el asiento de atrás. Se preguntaba en qué momento habría coincidido con Josep Santaló. El empresario había conseguido huir y salvar la vida gracias a Guillermo, pero el dolor que sentía desde que se había ido su hija parecía haberlo enterrado en vida.

El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. Pensó que no iba preparado para tal pronóstico. Aquella mañana se había despertado a consecuencia de unos golpes en la puerta. Tras ella se hallaba aporreándola el inflexible Enzo que parecía incapaz de coordinar dos frases seguidas. Al policía, que todavía estaba adormilado como consecuencia de la falta de sueño de la noche anterior, le había costado entender el mensaje: por lo visto el señor Josep Santaló «deseaba» verlo y le estaba esperando. El hecho de que un potentado como el dichoso magnate deseara verlo significaba que tenía que dejar todo lo que estaba haciendo en aquel momento y salir corriendo con destino a la casa de la avenida del Tibidabo. No sabía cuál sería la causa de semejante invitación, aunque

intuyó que estaría relacionada con Helena.

Mientras el vehículo circulaba por unas calles poco concurridas, Carles no dejaba de dar vueltas a los últimos descubrimientos. Si tenía en cuenta las informaciones del Percha, el nombre de Max volvía a aparecer en su vida. No sabía su identidad, pero era consciente de que era enemigo suyo. Por algo lo había mandado secuestrar hacía más de dos años. La fortuna quiso que el cónsul ruso colaborara en su liberación. Ello lo había mantenido al margen de posibles represalias. Sin embargo, no podía asegurar lo mismo en estos momentos. El descubrimiento lo había sorprendido, pero pensaba profundizar en los hechos. Para ello había dejado una señal solo perceptible para aquel que la supiera leer. Había sujetado un pañuelo blanco en el alféizar de la ventana. Rick sabría entender, porque así lo habían acordado, que era un evidente vestigio de que tenían que hablar.

Por otro lado, la sorpresa de encontrar una nota escrita en cifrado masónico, relacionaba a Josep Vintaló, de manera directa con el cadáver tatuado, el cual también estaba relacionado con Valeri, el cadáver encontrado en Poble Sec. No era impensable que el dueño del taller luciera un tatuaje mostrando el Santo Grial. Tampoco era improbable que estuviera muerto. Desconocían la antigüedad del mensaje encontrado, pero en él parecía percibirse una cierta urgencia. También se apreciaba esa urgencia en el primer mensaje, el que hiciera un hombre en la pared con su propia sangre a unas manzanas de allí. El taller podría ser el lugar al cual se dirigiera la víctima. Nunca lo sabrían con certeza.

—Bonito coche —dijo intentando iniciar una conversación que sabía limitada con aquel extraño conductor.

—Es un Mercedes Benz 540 K —el tema parecía haberlo activado—, uno de siete plazas, limusina en original, pero el

chasis e interior está modificado para responder a las necesidades de los invitados del señor.

—Parece resistente.

—Lo es. Tanto los paneles como los cristales son a prueba de balas.

—Creo que me pediré uno.

El guardaespaldas sonrió.

—Estos solo se hacen por encargo. Hitler tiene uno de estos. Solo tiene que preparar el dinero y lo comenzaran a fabricar. Eso sí, ¡a su capricho!

—Veo que le he alegrado el día. Me doy por satisfecho.

El vehículo subía por la avenida Tibidabo. El republicano había observado que cuando debía girar el volante, se debía ayudar con la mano izquierda, como si no tuviera fuerza en la mano derecha.

—¿Le pasa algo en la mano?

—Una herida —fue la breve y concisa respuesta.

La rigidez y hosquedad del italiano le impidió seguir preguntando. No sabía si Enzo era solo un conductor y sirviente, pero la pistola que le había observado brevemente bajo la chaqueta le hizo pensar que sus funciones se extendían a otros campos como el de la seguridad personal. «Un hombre muy polivalente», pensó Carles.

Una vez en la residencia del empresario pudo observar que algo había cambiado en aquella vivienda. Algunos de los evidentes destrozos que había podido observar el primer día habían sido reparados. Un par de criadas se dedicaban a limpiar y adecentar la sala. Observó, a través de los cristales, que unos jardineros hacían faenas en el exterior intentando dar orden y sentido a un jardín que se había desbocado. Josep Santaló hizo su aparición, pero aquel día parecía otro. Probablemente era a causa del elegante traje oscuro que

llevaba o de su pelo más arreglado o, quizás, de la reducción de las ojeras.

—Le veo mejorado —comentó el policía.

—Me alegro de que haya aceptado la invitación —le dijo con amabilidad.

—¿Cabía otra posibilidad? Su gorila no me ha dejado opción.

El anciano sonrió.

—¿Sabe? Me cae usted bien. Hay poca gente que me diga lo que piensa realmente.

—Eso es evidente, si usted los trata a tortazos o los echa de casa.

La sonrisa le desapareció del rostro.

—He dicho que me cae bien no que esté dispuesto a soportar todas sus gracias.

—Bien. Le agradezco el paseo. Ha sido muy estimulante subir hasta aquí en ese magnífico coche, pero tengo faena que hacer —dijo Carles dándose la vuelta para irse.

—¡Espere! ¡No he dicho que se marche!

El gigante se interpuso entre Carles y la puerta. No le quedó más remedio que volverse hacia el empresario.

—De acuerdo. Usted dirá —dijo levantando las manos.

—Acompáñeme al jardín. Quiero enseñarle algo.

El tono de voz era el de quien está acostumbrado a conseguirlo todo. Los dos hombres salieron por una puerta que daba al jardín. Allí pudo observar que media docena de hombres se esmeraban en cambiarle el rostro a aquel triste paisaje. Caminaron por un paseo marcado por losas intercaladas entre la hierba.

—Veo que ha decidido renovar el aspecto de su mansión.

—¡Así es! En efecto. He decidido darle el brillo que merece.

—¿Y hasta ahora no se había decidido?, ¿qué le ha hecho cambiar?

—¡Usted! —Aquella afirmación sorprendió al policía—. Usted me ha hecho cambiar.

—¿Yo?, ¿a un hombre como usted?, ¿el gran empresario?, ¿amigo de ministros y generales? Creo que usted tiene muchas expectativas puestas en mi humilde persona.

—En efecto. Las tengo. Si de algo me precio es de conocer a la gente y creo que usted puede ayudarme.

—Ahora me sorprende usted. Creo que me valora en exceso.

—Usted sabe que yo soy un empresario. No hago inversiones arriesgadas. Como puede imaginar he investigado sobre usted y he tenido una grata sorpresa cuando me han informado de sus éxitos como investigador. ¡Quiero que trabaje para mí!

—Ya trabajo para el ejército. ¡Y me pagan bien! —mintió el policía.

—Yo le pagaré más.

—Usted cree que puede comprarlo todo.

El anciano lo miró a los ojos con una fría mirada.

—Todo el mundo tiene su precio. Dígame cual es el suyo.

—Como le he dicho, en este momento, el ejército me tiene ocupado. La gente va muriendo por ahí y hay quien tiene interés en saber qué pasa. ¡Curiosidades del populacho!

—El ejército es una herramienta para usar en caso necesario. Yo ayudé a financiar a Franco cuando fue necesario, cuando el gobierno se desmadró y perdió el control de la población.

—Es lo que tiene la gente. A menudo quieren comer y vivir dignamente y eso debe ser difícil de entender para usted.

El hombre le miró con cierta curiosidad.

—Realmente usted me intriga. Tiene un vocabulario que me es desconocido.

—La honestidad es una viajera solitaria. Aleja las amistades y condena al ostracismo a quien la tiene como guía.

—¿De veras es usted un hombre honesto?, ¿o solo pretende encarecer el precio?

—Perdone, pero soy yo quien no está acostumbrado al mercadeo y trapicheo, sobre todo cuando se trata de seres humanos, ¿me quiere decir dónde vamos?

—Ya llegamos —le dijo señalando una estatua de un ángel apenado que reposaba sobre una lápida—, es la entrada del panteón familiar.

—Una hermosa reproducción de William Wetmore —dijo Carles señalando la figura de mármol—, el escultor la realizó en honor a su esposa fallecida. La original se encuentra en Roma.

—Veo que también entiende de arte.

—Pocas estatuas reflejan mejor el dolor por la pérdida de un ser querido como esta, pero en realidad todo esto lo digo para subir el precio.

—Es usted incorregible —sonrió el anciano que veía como Carles iba escapando de todos los anzuelos que había colocado.

Bajaron unos escalones y entraron en una cripta que ejercía de panteón familiar. La obra estaba realizada en un neoclasicismo propio del siglo anterior, pero se compaginaba de manera estudiada con el paisaje de alrededor de manera que, a través de unos tragaluces, entraba a su interior la luz diurna. Dado que el día estaba nublado, la atmósfera de la cripta era un tanto fantasmagórica. El espacio, de unos sesenta metros cuadrados, era de forma circular. En las paredes se observaban varias lápidas donde se indicaba el nombre de los

familiares fallecidos del empresario.

—Ya hemos llegado. Quería que viera esto.

—Un paisaje desolador.

—En efecto. Pero todos llegaremos aquí. Un día u otro —bajó el tono de voz—, llegaremos.

—Créame que no tengo prisa.

—Pero falta ella —el anciano se mostraba perdido en su disertación—. Falta mi hija. ¡Quiero recuperarla!

—¿Cree que es lo que ella querría?

El hombre lo miró como si despertara de un sueño.

—He mandado limpiar y arreglar la vivienda, recomponer el jardín, para que todo esté como antes, como cuando ella vivía. ¡Quiero traerla aquí!, ¡quiero que ella esté en su casa!

Carles lo miró y no pudo evitar entender lo que decía el anciano. Cada uno tenía la necesidad de aferrarse a sus difuntos, de darles lo que no pudieron dar en vida. De la misma manera que Ernesto se sentía obligado por Helena o que él mismo necesitaba descubrir al asesino de Dolors. Todos llevaban a sus muertos por bandera y la aflicción en su corazón. Pensó que no había un muerto más digno que otro. Todos necesitaban su espacio. La paz del fallecido significaba el descanso del doliente.

—Lo entiendo —le dijo devolviendo la mirada.

—Mire. Como puede observar, no estoy en mi mejor forma ahora mismo. Estoy enfermo. Padezco una enfermedad que se llama hemocromatosis.

—No había oído hablar de ella.

—Es una enfermedad hereditaria que implica una alteración en la cantidad de hierro en los tejidos. Tengo afectados el hígado y el páncreas. Ello me produce mucha fatiga. No tengo muchas esperanzas puestas en ningún tipo de recuperación. De hecho, tampoco la busco. Siento como mi

cuerpo degenera a medida que pasa el tiempo.

—¿Y qué desea de mí?

—Ahora vamos a dar un paseo en el coche.

* * *

—Quiero que me ayude a encontrar a Guillermo.

—¿A su nieto?

—Sí. No me queda mucho tiempo de vida. Quiero ver a mi nieto antes de morir.

—No se preocupe. Creo que en ese encargo estamos todos.

—Le pagaré lo que me pida.

—Ya me lo dijo antes.

El coche había aparcado cerca del cementerio de Poblenou. Desde el vehículo vieron salir a Ernesto a unos cincuenta metros de distancia. Iba un tanto encogido y sumido en sus pensamientos.

—¿Qué diablos? —exclamó el empresario.

—No es usted el único que echa de menos a su hija.

Descendieron del coche. Josep Santaló llevaba un ramo de flores. Caminaron entre las tumbas cruzándose con discretos paseantes que habían venido a visitar los sepulcros de amigos y familiares. Llegaron hasta la lisa y discreta losa gris, la tumba con el nombre de Helena, pero con el apellido diferente, como en un último intento de rebeldía. Sobre la losa lucía solitaria una rosa roja. Carles dedujo que era una ofrenda de su compañero. Se giró y vio que el magnate se hallaba pálido, muy pálido.

—¡Ayúdeme por favor! —le dijo en un hilo de voz.

—Carles lo sujetó y le ayudó a sentarse en la hierba, al lado de la tumba. El anciano, ahora llorando sin reparo colocó las flores sobre la lápida.

—¡Perdóname!, ¡perdóname Helena! —musitaba mientras pasaba la mano por la fría piedra gris.

Y, mientras aquellos dos hombres permanecían como centinelas ante la sepultura, una figura, escondida entre las tumbas, observaba la escena con una mirada aguda e inquisitiva.

LA PROFECÍA DEL LAUREL

Abril, 1940

—Veo que su interés es más específico.

—Como buenos alumnos.

—Así me gusta —dijo sonriendo el profesor Fonseca—. Los buenos alumnos no abandonan la investigación. Profundizan, indagan y hacen todo lo posible por resolver aquellos problemas que se encuentran en su camino.

Carles y Ernesto asistían a aquel monólogo. El republicano había querido preguntar al profesor por el simbolismo del laurel, imagen que se hallaba marcada en los cadáveres del puerto de Barcelona. La intriga no le había abandonado desde que supo que Dolors había compartido sus últimos momentos con aquellos dos hombres y que su cuerpo, al igual que los otros, también había desaparecido del depósito de cadáveres del hospital. Aquellos últimos días había estado ocupado realizando la investigación que le había encargado el ejército. En aquel momento habían llegado a un punto muerto. Decidió que era hora de continuar investigando sobre las últimas horas de vida de su mujer. Y, para ello, nada mejor que acudir a un erudito como era el profesor de universidad. Le había llamado con anterioridad exponiéndole la situación y este le había comentado que buscaría a alguien que lo ayudara.

Carles quería haber asistido en solitario, pero Ernesto había insistido en acompañarlo. No se había podido negar. Sintió que sus vidas de alguna manera estaban entrelazadas como lazos invisibles, tal como dijera Josefa meses antes.

—Les presento a mi alumno Heller Schröder. Se encuentra realizando una estancia en nuestro país y las aprovecha con investigaciones específicas sobre el medievo francés. Cuando usted me llamó y concertó el tema de la entrevista, creí que él podría ayudar en su investigación.

—¿No resulta curioso que realice unas investigaciones sobre Francia en España? —preguntó Carles mientras observaba a aquel joven, de veinte años aproximadamente, con una piel blanca y unos ojos azules. Su pelo, de un rubio muy claro, lo delataba. Difícilmente podría pasar por español aquel muchacho.

—Digamos que la situación en Europa, especialmente en Alemania, se ha enrarecido últimamente.

A Carles le pareció que el joven se alarmaba ante aquella afirmación. No cabía saber mucho para imaginar que aquel muchacho debía ser uno de tantos judíos que abandonaban el país ante el radicalismo de las posiciones de los nazis.

—¿Y bien? —preguntó Ernesto—. ¿Cómo nos puede ayudar?

—Verán —contestó el joven con un acento muy marcado —. Creo que ustedes preguntaron por los cátaros y el Santo Grial.

—Así es. Parece haber una cierta relación.

—Saben que el símbolo de la resistencia de los cátaros ante los cruzados se hallaba en el castillo de Montsegur. Se decía que allí, la sacerdotisa Esclarmonde, guardaba el tesoro y los textos cátaros. Ese podría ser el tesoro que otros llamaron el Santo Grial.

El tono del estudiante era bien didáctico y pronto enganchó a los policías que oían aquella historia como el que escucha un cuento de hadas.

—Probablemente, lo único que habían hecho los cátaros para recibir tanto odio era pensar de manera distinta al sistema establecido, sobre todo por la Iglesia Católica. Ellos creían en la reencarnación, negaban la eficacia de los sacramentos católicos y excluían de su liturgia el bautismo, la eucaristía y el matrimonio.

—Así la Iglesia perdía el control sobre la población —apuntó Carles.

—¡En efecto! Ese era el gran peligro para la Iglesia Católica: perder el control sobre la gente. Otros factores fueron que los sacerdotes cátaros reclutaran hombres y mujeres indistintamente. La misma Esclarmonde era madrina de toda una generación de perfectas. ¿Conocen Montsegur?

—No. Ni siquiera lo había oído nombrar —se sinceró Ernesto.

—Montsegur era una fortaleza que se hallaba a 1200 metros de altura. Era el refugio y el principal centro administrativo de los cátaros. En mayo de 1243,6000 hombres tomaron posiciones en la base del pico. Piensen que la guarnición apenas superaba los 150 efectivos. A pesar de todo, el asedio duró diez meses.

Ahora la atmósfera de la habitación parecía haber cambiado. Una nube había tapado el sol y se había oscurecido ligeramente la sala, acentuando el dramatismo de la explicación. Se hallaban en el despacho en que los había recibido anteriormente el profesor. Los libros abarrotaban la sala. Carles y Ernesto permanecían sentados ante Heller que ejercía de improvisado conferenciante.

—Finalmente, el 2 de marzo de 1244, el jefe de la

guarnición Pierre Roger de Mirepoix negoció con Hughes des Arcís, el senescal de Carcassonne y el arzobispo de Narbona la rendición de Montsegur…, pero pidieron un plazo de dos semanas.

—Curiosa petición —comentó Carles.

—En efecto. ¿Para qué necesitas dos semanas si te vas a rendir?

—Podría ser para esconder el Santo Grial.

—El Santo Grial, entendido como una copa, la copa de Jesús no tenía sentido para los cátaros. Ellos no creían en la iglesia católica, tampoco se interesaban por las reliquias. Dicen que cuatro cátaros bajaron con cuerdas para poner a salvo el tesoro. Pero… ¿Cuál era ese tesoro? Todavía hoy no lo sabemos.

La decepción se pintó en el rostro de los policías.

—¡Vaya! Por un momento pensé que nos iba a resolver el misterio.

Heller sonrió.

—Se habla de un tesoro, de dinero y riquezas. El caso es que aquel tesoro desapareció entre las cuevas del alto Ariège. Cuando se entregó la fortaleza, aquellos que se habían negado a abjurar de sus creencias, bajaron entonando cánticos hasta la llanura que había al pie de la montaña, para ser quemados en la hoguera.

—Doscientos veinticinco —comentó Carles.

—En efecto —contestó Heller—, doscientos veinticinco.

Ernesto miró sorprendido a Carles.

—¿Cómo lo sabes?

—Hice los deberes —le contestó.

—Cuando cayó Montsegur, la Iglesia creía que la herejía había muerto pero muchos cátaros se exiliaron a Italia o a las tierras de la corona de Aragón. Algunos regresaron al condado

de Foix e intentaron formar un nuevo grupo. Este fue el caso de los hermanos Autier. Fueron detectados y entregados al Santo Oficio. Acabaron en la hoguera.

—¿Y Belibaste? —preguntó Carles.

—Belibaste era un pastor, de una familia de Corbières. Huyó al monte tras matar a otro hombre en una pelea. Se encontró con los perfectos de Autier y se convirtió al catarismo. Fue capturado y estuvo en prisión en Carcassonne. Pudo fugarse y atravesar las montañas para establecerse en Cataluña y, posteriormente en Morella. Fue atraído a Francia por uno de sus discípulos que lo entregaría al Santo Oficio. Finalmente fue condenado a la hoguera.

—¿—Y ahí acaba todo? —preguntó Ernesto.

—Belibaste era el último cátaro. Dicen que sus últimas palabras fueron: «Después de 700 años el laurel reverdecerá».

—¿El laurel? —Ahora era Carles quien preguntó. Recordó el dibujo del laurel en el cadáver de los hombres que murieron junto a Dolors.

—Sí, el laurel. Para los cátaros el laurel era el símbolo sagrado del puro amor. De todas maneras, hay dudas de que dijera esta frase. Hay quien la atribuye a Guilhabert de Castres, uno de los perfectos ejecutados en 1244 en Montsegur.

—¿Qué sentido tendría esa sentencia? —preguntó Ernesto.

—El sentido de un renacer de la mentalidad cátara. Hay quien lo asocia con la aparición del Santo Grial. Si tenemos en cuenta la fecha de la caída de Montsegur. Se cumpliría la profecía en 1944, dentro de cuatro años aproximadamente.

—Pero eso es un tanto absurdo —comentó Ernesto—. No deja de ser una leyenda.

—No crea —continuó Heller—. En Alemania ya han

estado investigando y estudiando sobre ese hecho. Hitler quiere dotar a su gobierno de un sentido místico y el descubrimiento del Santo Grial cumpliría ese objetivo.

—¿Y qué han hecho en ese sentido?

—No sé si han oído hablar de Otto Rahn —ante la negativa de sus alumnos prosiguió—. Ese señor era un estudioso de las leyendas literarias de la Edad Media, entre ellas, la del Grial. Visitó y estudió el castillo de Montsegur, así como las grutas próximas a la montaña. Investigó sobre el tema y llegó a la conclusión de que los cátaros fueron los últimos protectores del Grial, que custodiaban en la fortaleza. Sus obras al respecto llamaron la atención de Himmler que también buscaba el grial. Los nazis están muy interesados en el tema.

—¿Y ese tal Otto es el que busca el grial por casualidad?

—Otto Rahn murió ahora hace un año, el 13 de marzo de 1939, cerca del aniversario de la caída de Montsegur, en Austria. Fue encontrado muerto congelado, tumbado boca abajo, orientado hacia las montañas. A su lado se encontraron dos botes, uno vacío y el otro medio lleno. Se cree que pudieron contener algún tipo de veneno.

—Creo que nos hemos quedado más intrigados todavía ahora que antes —comentó Ernesto.

—El suicidio, si es que lo era, intentaba imitar la *endura* cátara, una manera de asegurarse el tránsito a la nueva vida y la reunificación con el Dios del bien. Lo cierto es que ahora hay movimientos que coinciden en la busca del grial —continuó el alemán—, los nazis lo buscan por Francia. Podría ser que vinieran a España.

—¿A España?

—Sí —continuó Heller—. Otto Rahn, en su segunda novela, *La Corte de Lucifer*, sitúa el Grial en la montaña de

Montserrat y, dada la amistad de Hitler con Franco, no sería extraño ver nazis por aquí.

—¿Sabe usted, o sus amigos de otros que puedan buscar el grial? —preguntó Ernesto.

—Ya le dije que el grial tiene más de mítico y leyenda que de realidad —recordó el profesor Fonseca—, pero creo que Heller puede aportar algo más.

—Yo conocí a Otto. Alguna vez vino a mi casa. De hecho, mi padre era colega suyo y lo acompañó en una expedición en 1929 para explorar las ruinas de Montsegur y las grutas próximas a la montaña. Mi padre me comentó algunas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Carles.

—Me dijo que en la época en que estuvieron allá llegó a sus oídos que algún objeto valioso había desaparecido de aquella zona, de las grutas del Sabarthez, un objeto que había permanecido escondido y protegido mucho tiempo, centenares de años.

Algunos lo llaman *La Verdad*, pero no sabían qué podía ser. La gente no se confiaba a extraños. Se llegó a decir que podría estar en Cataluña, traído por traficantes de tesoros y antigüedades.

—¿Cómo lo podía saber?

—Le repito que nada es del todo cierto o seguro, solo eran rumores no confirmados Él había preguntado por el tema y le habían dicho lo que les he contado. Me dijo que había gente que estaban buscando el grial, decían que para ponerlo a salvo. Esta gente se mueve en la sombra. Es difícil de descubrir.

—¿Se sabe quiénes son?

—Lo único que me comentó era que los llamaban los guardianes de *La Verdad*. Es una organización que existe desde que los cátaros quedaron cómo sus protectores. Su misión era custodiarlo para devolverlo a sus verdaderos

dueños. En el momento en que desapareció el grial, su misión cambió. Ahora su objetivo es localizarlo y ponerlo a salvo. Se les conoce porque tienen una señal.

—¿Qué señal? —Ahora los dos policías se salían prácticamente de su asiento. Aquello les era intrigante y desconocido.

—Tienen una escarificación en el brazo como resultado de una promesa: una doble hoja de laurel cruzada por el peciolo.

* * *

Los dos policías habían quedado en silencio, asombrados ante aquella revelación. Ahora comenzaba a dibujarse otro panorama en la mente de Carles. Si ya era asombroso que Dolors estuviera relacionada con la desaparición de Guillermo, más lo era todavía que hubiera formado parte de la búsqueda del Santo Grial. Allí había una serie de lagunas que el republicano no acertaba a discernir. Agradecieron al profesor y a Heller aquella clase magistral pero antes de salir Carles pensó en los cadáveres de los hombres que llevaban tatuado el Santo Grial.

También recordó los mensajes en clave masónica que habían dejado tras ellos.

—Una pregunta profesor.

—Las que quiera.

—¿Sabe si en Cartagena, en el ejército, hay muchos masones?

—Bastantes. Piense que la primera logia que se creó en la provincia de Murcia, denominada los Hijos de Hiram, fue la de Cartagena. La mayoría de los masones eran militares o

empleados de la Marina. Piensen que cuando el oro de la República fue llevado a Cartagena…

—¡Un momento! —Los ojos de Carles se iluminaron—. ¿En qué momento sucedió?

—En septiembre de 1936. Hace tres años y medio. El tesoro se trasladó desde Madrid hasta Cartagena, a los polvorines de la Algameca, en la base naval.

Los dos policías se miraron. Ambos habían captado la importancia de la información.

—¡El oro de la República! —exclamaron al unísono ante un asombrado profesor Fonseca.

TIEMPOS DE CONFLICTO

Mayo, 1937

Que la guerra marcaba el ritmo en el devenir de los acontecimientos resultaba evidente. Pero los enfrentamientos no se hallaban tan solo en la vanguardia: en la retaguardia las tensiones se habían generalizado entre anarquistas y comunistas. Mientras que los comunistas priorizaban ganar la guerra para, posteriormente, aplicar su programa revolucionario, los anarquistas consideraban que los dos objetivos se debían llevar a término de manera simultánea. A pesar de que dentro del gobierno de la Generalitat había miembros de las dos corrientes ideológicas, una cierta desconfianza minaba las relaciones entre ellos y aquella unidad tan propugnada se resquebrajaba. Solo era cuestión de tiempo que la violencia hiciera su aparición ante el recelo y la suspicacia mutuas.

Las circunstancias vividas por Guillermo hasta el momento le habían hecho recapacitar intentando pasar desapercibido en aquellos tiempos tan convulsos. La rutina laboral la compaginaba con los momentos que pasaba con Lena y con su madre. Devoraba las noticias que llegaban del frente. Estas eran comentadas en el trabajo y sus compañeros rápidamente le ponían al día de cualquier suceso. En aquellos

instantes no se hablaba de otra cosa que de la fuerza destructiva de la aviación fascista, concretamente de los bombardeos de Jaén, Durango y, sobre todo, Guernica.

—¡Mirad! —comentó uno de ellos—. ¡Ayer bombardearon Guernica!

Pronto, los detalles de la noticia se acabaron sabiendo. Era un lunes de mercado y la ciudad tenía una población de unas 5000 personas, sin contar los refugiados que huían del avance de las tropas franquistas. Había sido bombardeada por la legión Cóndor junto con algunos cazas italianos. Guernica tenía un valor simbólico, pero representaba sobre todo una prueba de la guerra totalitaria que el ejército alemán preparaba para Europa. En primer lugar, habían lanzado unas bombas para alarmar a la población, la gente se había escondido en sótanos y bajo cubierto. A continuación, habían lanzado explosivos y bombas incendiarias para acabar ametrallando a aquellos que pretendían huir para salvar sus vidas.

—¡Malditos fascistas! —comentó otro de los trabajadores —. No tienen compasión de nadie.

En otras ocasiones, Guillermo y Lena se habían acercado al palacio de hiedra. La casa enclavada en una zona alejada de otras viviendas se hacía invisible a ojos de la gente. Allí se encontraban con Samuel que parecía alegrarse sinceramente cada vez que los veía. El muchacho observó que el religioso había cogido confianza. La soledad de aquella mansión le aseguraba una tranquilidad difícil de conseguir en otros lugares.

Su madre continuaba trabajando en el Delfín de oro, el restaurante del puerto de Barcelona. A veces hablaba con ella de aquellos tiempos en que vivía en la mansión de la avenida del Tibidabo.

—¿Sabes? —le dijo un día—. Tu abuelo siempre estaba de

viaje. Yo me quedaba muchas veces con mi abuelo Guillermo. Recuerdo que esperaba con mucha ilusión la vuelta de mi padre.

A menudo le esperaba en el puerto. Siempre me traía alguna cosa de sus viajes. Recuerdo con mucha ilusión una vez que me trajo un bonito medallón. Estaba sujeto a una cadena de plata y se podía abrir como si fuera un tríptico. En él puse la foto de mi padre y de mi abuelo junto a la mía.

—¿Qué fue del medallón?

—Debió quedar en mi habitación. Cuando volvamos te lo enseñaré.

Guillermo no quiso preguntar más, pero recordó el medallón que había tenido en sus manos la noche que estuvo en casa de su ascendiente. Creyó recordar que había caído bajo un mueble. Una idea comenzó a rondar por su mente y pensó en dar una sorpresa a su madre que siempre se había tenido que sacrificar por él.

Pocos días más tarde se encontró frente a la casa de la avenida Tibidabo. No podía negar que aquel edificio ejercía una inquieta y morbosa atracción sobre su persona. Había decidido ir casi de manera improvisada, como si fuera un autómata al que le han dado una orden y no le queda otra opción que realizarla. Había anochecido, pero la casa se veía vacía. Sabía que a aquellas horas los hombres que la habitaban no solían estar. Si le quedaba alguna duda solo tenía que ver que el camión no se hallaba en las proximidades. En aquel momento recordó la conversación tenida con su madre y la cara de ilusión que había puesto cuando hablaba del medallón regalado. Pensó que probablemente estaría en el mismo lugar donde se le cayó y que, en un momento, podría entrar, cogerlo y salir sin que nadie se diera cuenta.

Una vez decidido fue recorriendo el recinto exterior y, en

una esquina, pudo superar la tapia sin gran dificultad. De allí pasó al enorme jardín de la vivienda. Atravesó el mismo hasta situarse a pocos metros de la casa. El corazón le latía con rapidez. Su estado anímico era de gran excitación. Era probable que la puerta no estuviera cerrada dado el temor que provocaban aquellos hombres. Se acercó a la puerta de entrada y, en efecto, no estaba cerrada con llave. Entró en la vivienda intentando recordar la organización de las estancias. La claridad de la luna entraba por los cristales por lo que no necesitó encender ninguna luz. Pasó por el salón donde tuviera lugar el enfrentamiento con los secuaces de Max. Se paró un momento esperando escuchar algún ruido extraño, pero se respiraba una gran quietud en el edificio. Pasó al distribuidor y, de allí, a la habitación de su madre. Antes de abrir la puerta se quedó inmóvil. No quería llevarse ninguna sorpresa y encontrarse a alguien durmiendo en ella. Cuando fue consciente de que no había nadie, entró en la habitación. Allí la oscuridad era total. Pudo dar con un interruptor y encendió la luz. Observó que el aspecto de la misma había cambiado. Algunos objetos y retratos de su madre habían desaparecido. Por otra parte, allí se hallaban muebles y objetos fruto de los robos que seguramente habían realizado aquellos hombres. No tenía tiempo que perder y se agachó junto al mueble bajo el que había caído el medallón. Sonrió pues lo vio al fondo, junto a la pared. Pudo cogerlo haciendo un esfuerzo, pero en aquel momento oyó un ruido conocido: el del camión de los anarquistas. Rápidamente apagó la luz y se metió en el interior de un armario. Pronto oyó el ruido de los hombres descargando piezas *requisadas*.

El temor le sobrecogió cuando oyó las voces de aquellos individuos. Aquel día no llevaba la pistola con lo cual no disponía de ventaja alguna. Al poco pudo oír algunas palabras

y frases descontextualizadas. Algunas voces eran conocidas, como la de Francesc o Tarso, pero otras resultaban totalmente desconocidas. Sin embargo, en estas últimas residían las mayores amenazas.

—Hay que acabar con esto de una vez.

—¿Quién lo manda?

—El señor Solana. No lo insinúa. ¡Lo exige!

—Dile que no se preocupe. Acabaremos con el sindicalista.

Esas fueron algunas de las frases que pudo oír el muchacho desde el lugar donde estaba. Prácticamente contenía la respiración, ya que era consciente del peligro que corría. Viendo que la discusión continuaba salió del armario y abrió la ventana que daba al jardín. Saltó al exterior intentando hacer el menor ruido. Inmediatamente oyó el percutor de una pistola.

—¡Quieto ahí muchacho! ¡No te muevas!

En aquel momento Guillermo lamentó la impulsividad que le había llevado a volver a la casa de la avenida Tibidabo. Aquella era la voz de Tobías y, era consciente de que su suerte había acabado.

—¡Caramba!, ¿a quién tenemos aquí? El jefe se alegrará de verte.

A empellones y bajo la amenaza del arma, el muchacho entró en la vivienda. Allí pudo ver a Francesc y Tarso. Junto a ellos se hallaban dos hombres: uno de ellos era el jefe de la banda, aquel al que llamaban Max, el otro era un hombre de mediana edad, de constitución robusta. Su mirada era fría como el hielo.

—¿Qué demonios, Tobías? —preguntó Max.

—¡Mirad quién estaba espiando!

—¡Es el cabrón que me disparó! —Se levantó Tarso

mostrando su enfado.

De repente Max lo miró y comenzó a reír a carcajadas. Todos los miraron un tanto asombrados.

—¿Este mocoso te disparó?, ¿y por este huisteis? Merecéis que os hubiera metido una bala en el cerebro a ver si así lo hacíais funcionar. ¡Sois unos inútiles!

—¿Nos estaba espiando? —El otro hombre se acercó y lo escrutó con la mirada—. ¿Qué es lo que has escuchado muchacho?

—No importa lo que haya escuchado —dijo Tarso sacando una pistola y apuntando a la cabeza de Guillermo—. Pronto será pasto para los gusanos.

—Deja eso Tarso —atajó Max—. No quiero sangre aquí.

A todo eso, el cuarto hombre no dejaba de mirar a Guillermo dando una vuelta a su alrededor. Aquella cara le recordaba a alguien, pero no sabía a quién.

—Yo te conozco a ti —le dijo—. Tú eres el muchacho del pozo, en el Somorrostro. Veo que eres difícil de pelar.

En aquel momento, la luz se abrió camino en la oscuridad. Los recuerdos vinieron a su mente como si se hubiera abierto de golpe una puerta que permanecía cerrada. Le vino la imagen de un rostro, a pesar de que estaba bastante cambiado. Correspondía a alguien que había conocido en el pasado. En ese instante tenía el pelo más corto y se había afeitado el bigote, cosa que le daba un aire más rejuvenecido. Aquel hombre lo había arrojado al pozo hacía algunos años. Si entonces no había tenido compasión para intentar acabar con su vida, menos la tendría ahora.

A VUELTAS CON EL TESORO

Abril, 1940

—¡Por qué no! —Manifestó Carles.

—¡Por qué no! Unos tienen el tatuaje del Santo Grial y otros el laurel. Todos buscan lo mismo.

—Pero no lo veo claro —comentó el republicano—. Ya has oído a Heller. Para los cátaros, el grial no consiste en una copa, es más bien el renacer de una idea.

—Pero, sin embargo, ellos bien que guardaron un tesoro.

—Tesoro que no sabemos en qué consistía.

Se hallaban en el local de la calle Fernando, después de haber pasado la mañana debatiendo con Heller y el profesor Fonseca. Marco se hallaba recorriendo las calles, intentando descubrir al posible tatuador de las copas que se habían hallado en los cadáveres. Como testigo del debate estaba Hamed que pelaba dos manzanas con una navaja. De tanto en tanto levantaba la cabeza y observaba a aquellos hombres.

—A ver si nos enteramos. —Carles llevaba una hoja para realizar anotaciones con una pluma—. Alguien robó un tesoro en Francia.

—No sabemos cuándo —continuaba Ernesto.

—¡Exacto! No sabemos cuándo. Es posible que lo hayan traído a Cataluña y bastante gente lo está buscando.

—Pero todos los que lo buscan están siendo asesinados —apuntilló Ernesto.

Hamed comenzó a cortar una manzana en trozos que se fue llevando a la boca de manera parsimoniosa. Pensó que aquella discusión era mejor que ver una obra de teatro.

—Por otra parte —continuó el republicano—, tenemos tres hombres que llevan un tatuaje que los relaciona. Parece ser que estos hombres estuvieron en Cartagena hace tres años y medio.

—¡Cuándo allí se encontraba el oro de la República!

—Estos hombres han sido asesinados. Ignoramos si hay más que estén escondidos.

—O muertos.

—¡Exacto! O muertos. En segundo lugar, tenemos unos hombres que llevan una marca en el brazo, una marca de una doble hoja de laurel.

—Unos hombres que también están muertos.

—Muertos. —Carles no pudo menos que pensar en Dolors. Era incapaz de entender qué papel tenía ella en aquella historia—. Sabemos que estos buscan el Santo Grial, o el tesoro de los cátaros.

Hamed continuaba comiendo la manzana poco a poco.

—No te olvides de los que intentaron robarnos la información.

—En efecto. Pero esos deben creer que sabemos algo sobre la localización del tesoro. Parece que todo el mundo lo está buscando. Hay que tener en cuenta que una banda de delincuentes anda tras un tesoro, al parecer.

—¿Sería el de los cátaros?

—Es probable pero no olvidemos el grupo de Cartagena. De allí partió el oro de la República.

—Hacia Rusia.

—¿De qué manera se había transportado el oro de la República?

—Supongo que en cajas.

—¡Correcto! Y la banda de Max están buscando un tesoro, unas cajas…

—¡Esto es un lío! ¿Me estás diciendo que el tesoro de los templarios podría estar en Cartagena?

—No. Nada de eso. Tenemos que hablar con Carmen y con Francisco Serés para saber el día exacto del accidente en que supuestamente murieron Valeri y Josep Vintaló. También deberíamos investigar si aquellos días desapareció alguna caja del oro de la República. Pero no acabo de entender la asociación.

—Asociación fácil —dijo Hamed.

Los dos hombres se lo miraron. El rifeño había acabado de comerse la manzana y se estaba limpiando las manos con un paño.

—¿Qué has dicho? —preguntaron al unísono.

—Asociación fácil —repitió.

—¿Por qué fácil? —le preguntó Carles—. ¿Dónde ves la facilidad?

—Hombres con tatuaje de copa, un grupo, hombres con laurel, otro grupo.

—Esto no es un juego, Hamed —le dijo Ernesto.

—¡Claro! Es evidente —exclamó Carles.

—¿Qué encuentras evidente? —le preguntó su compañero.

—Son dos grupos diferentes, dos objetivos diferentes. Podría ser. Unos buscan el tesoro de los cátaros y otros un tesoro más terrenal.

—¿Y los hombres de Max?

—Tercer grupo —dijo Hamed—. Esos querer tesoro.

—¿Cuál de los dos? —preguntó Ernesto.

—El de Cartagena —contestó Carles.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque quien asesinó a los hombres del laurel tenía un *modus operandi* diferente. Era un asesino solitario que ya había perseguido y asesinado de esa manera antes de la guerra. Su manera de actuar corresponde a un patrón peculiar. Él asesinó a los hombres del laurel, pero ignoro si fue por el tesoro o por alguna otra causa. Eso descartaría a los guardianes. Creo que ellos juegan otra liga. Los hombres de Max deben perseguir a los del tatuaje del cáliz.

—Pero el primer hombre asesinado tenía muestras de torturas.

—Porque debían de querer que les condujera al tesoro. Es probable que él no supiera donde está.

—Sin embargo, todavía quedan muchos interrogantes, demasiados frentes abiertos. No sabemos si los hombres de Max son los que buscaban a Guillermo, ni qué relación tenía el muchacho con todo esto. Tampoco tenemos claro todavía el papel del monje, Samuel.

—Ni el de Dolors tampoco, pero esto podría poner un poco de orden en la trama.

Hamed comenzó a limpiar con un trapo la mesa. Carles quiso preguntarle.

—¡Hamed! Gracias por tu ayuda. ¿Cómo se te ha ocurrido la idea?

—Fácil. Yo escuchaba Carles y Ernesto. Yo pensar que cada dibujo representa un equipo, cada equipo busca un objetivo. No siempre el mismo.

—¿Y eso se te ha ocurrido ahora?

—No. Ya hace bastante rato.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? —preguntó Carles

extrañado.

—Porque yo estoy comiendo manzana. La manzana es mala para digestión. Yo comer poco a poco. Es bueno para mí, si no…, después dolor de estómago.

Los dos policías se miraron asombrados ante la parsimonia de su compañero. Al parecer Hamed anteponía su salud y cuidado personal antes que la resolución de un caso con múltiples asesinatos.

* * *

Carles volvía a casa después de haber cenado en un bar de las Ramblas junto a Ernesto. Se había hecho muy tarde intentando relacionar los sucesos con los asesinatos. Comenzaban a aparecer las motivaciones de entre la bruma de los acontecimientos. El momento no había deparado grandes alegrías pues los dos sabían que las personas que habían amado habían sido asesinadas en unas circunstancias trágicas. Finalmente, los policías se habían separado y cada uno se había dirigido en dirección contraria, probablemente, pensó Carles, u condolerse en la intimidad por la pérdida. La noche parecía tranquila pero no por ello debía confiarse. Su mano reposaba sobre la pistola que tenía en un bolsillo de la chaqueta. Pasó junto a la basílica de Santa María del Mar que se mostraba firme y segura de sí misma. La fue rodeando y deambuló junto al *Fossar de les Moreres*, lugar donde había el histórico cementerio de la iglesia y que fue utilizado como fosa común, siendo enterrados en él muchos de los defensores de la ciudad, en 1714.

—Sabía que darías este rodeo —dijo una voz.

Aunque aquella voz le era conocida, la sorpresa fue grande porque no había visto a nadie. Se giró y vio una figura salir de entre las sombras de la catedral.

—¡Rick! ¡Vaya sorpresa!

—Pensé que querías verme.

—¡Así es! ¿Dónde podemos hablar?

—¿Dónde mejor que junto a los muros de la catedral? A esta hora se respira la tranquilidad de un encuentro ocasional. Estamos lejos de los ruidos producidos por ciudadanos inquietos y ocupados.

Carles le puso al día de los avances en la investigación y le comentó las informaciones obtenidas gracias al Percha.

—Siempre supe que a ti solo te iban las grandes historias. ¿Para qué investigar un crimen si por el mismo precio puedes tener seis u ocho?

—Pues será eso. Quiero que averigües quien es ese tal Max. Estuvo relacionado con los anarquistas y conocía al mismísimo Orlov. Antes de la guerra era un delincuente. Creo que me conoce y quiero saber su identidad real. También me gustaría saber por qué lo protege Francisco Solana Marqués. Quiero saber qué relación hay entre ellos.

—Creo que lo podré averiguar. Todavía tengo contactos con algunos anarquistas. Los que no se han ido viven escondidos, pero sé dónde puedo encontrarlos. Cuando sepa algo te haré llegar un mensaje.

—¿Por qué no me lo has hecho llegar hoy? Es la primera vez que me asaltas en la calle.

—Bueno. No quería molestar a tu visita.

—¿Mi visita?

—Sí, ese que parece un actor de cine. Pensaba que era amigo tuyo. Estaba en la policía.

—¿Jorge Deleune?

—Ese mismo. Tendrías que ir con cuidado con él. Creo que no tiene muchos amigos.

Tras una discreta despedida, Carles siguió hasta su vivienda manteniendo el contacto con la pistola. Subió las escaleras y llamó a la puerta.

—Puedes pasar —oyó una voz desde el interior de la vivienda.

Abrió con cuidado y ante él se encontró al antiguo policía. Se hallaba sentado sobre una silla inclinada y apoyada en la pared. Lo encañonó.

—Carles, Carles —le dijo levantando las manos—, es de mala educación apuntar con un arma a los invitados.

—¿Qué haces aquí?

—Te dije que me avisaras de cualquier novedad y no me has tenido al corriente de nada.

LA CASA MISTERIOSA

Abril, 1940

Carles bajó la pistola viendo que Jorge no parecía tener un arma.

—No me gusta que entren en mi casa.

—Ya te dije que me avisaras cuando tuvieras alguna cosa. Has estado preguntando. Sé que has tenido al Percha preguntando por un tal Max. ¿Ya no te interesa el muchacho?

—¿Has sabido algo de él?

—No. No he sabido nada. Hay quien dice que está muerto, otros que ha desaparecido.

—En efecto. Desaparecido está. Por eso lo buscamos.

—¿Solo lo buscas a él o buscas algo más?

Aquella pregunta hizo dudar a Carles quien, inquisitivo, preguntó:

—¿Y tú Jorge?, ¿qué buscas tú?

—Ja, ja, ja, ¿desconfiado?

—De ti sí. Tú nunca has hecho nada gratis. Siempre has esperado obtener algo a cambio. ¿Qué te parece si me explicas tus motivaciones para ayudarme?, ¿es por el tesoro quizás?

Jorge rio y su boca entreabierta le recordó a Carles una sima oscura sin fondo. Pudo observar que le faltaban algunos dientes.

—Siempre fuiste muy observador. Supuse que tú lo encontrarías antes.

—¿Antes que quién?, ¿antes que Max? —Carles continuaba lanzando ideas al vacío en espera de alguna pista.

—Es mejor que dejes a Max al margen de todo esto o no vivirás para contarlo.

—¿Es una amenaza? Pensaba que venías a negociar.

—Mira. Dos cajas es mucha riqueza para un hombre solo. Siempre nos las podemos repartir, de manera que nos toque a caja por cabeza.

—¿Y a cambio?, ¿qué gano yo a cambio si te doy una caja?

—¡Todo!, Carles…, todo —dijo acercando su cuerpo a la mesa. Su entonación había cambiado mostrando una mayor frialdad. Ya no hablaba desde la equidistancia, ahora su intención era amenazadora—. Hay gente muy peligrosa buscando ese tesoro. ¿Para qué quieres el oro si te conviertes en un fiambre? Para disfrutar de la riqueza es necesario estar vivo.

Jorge se levantó y se dispuso a marchar.

—Estaremos en contacto Carles.

—¡Un momento!, ¿qué hay del muchacho?

—Yo no perdería el tiempo buscándolo —sonrió y se llevó un dedo a la garganta simulando un corte—. Los fantasmas son difíciles de encontrar.

El antiguo policía se fue dejando a Carles sumido en una profunda tristeza. Guillermo, aquel chiquillo pelirrojo, rebelde e inconformista, aliado de los anarquistas, que buscaba conseguir un mundo mejor, habría muerto, seguramente asesinado. Meditó sobre el hecho y pensó que no diría nada a Ernesto. Su compañero acabaría hundido si le informaba de la situación del muchacho. Tampoco podía dar una total fiabilidad a aquella información pues sabía que Jorge

negociaba con la mentira y el engaño. Lo que había aclarado de aquella improvisada sesión de negociación (pues no había sido otra cosa) era que el tesoro que buscaban consistía en dos cajas y que había gente peligrosa tras él, seguramente la banda de Max. Ese nombre comenzaba a convertirse en una pesadilla recurrente. Se alegró de haber informado a Rick al respecto. Tenía que poner un rostro a aquel delincuente.

* * *

—¿Dos cajas? —preguntó Ernesto.

—En efecto, nuestro tesoro consta de dos cajas —le contestó Carles.

—Creo que alguien nos debería informar si dos de las cajas del oro de la República desaparecieron en octubre de 1936.

—Creo que eso se lo podrás decir al comandante Bustos. Él sabrá buscar alguna persona que tenga información sobre los hechos.

Carles había decidido informar a Ernesto del encuentro con Jorge Deleune, pero no le había dicho nada sobre Guillermo. Pensó que debía investigar más antes de poder decir nada sobre el muchacho. En el momento en que habían sospechado que el tesoro podía estar relacionado con la reserva de oro del banco nacional de España, le habían encargado a Fonseca que indagara entre sus contactos con masones que pudieran hallarse en el momento de los hechos en la base de Cartagena. El profesor les había dicho que intentaría conseguir alguna información fiable.

—¡Lo tengo!, ¡lo tengo! —Marco Venado entró cojeando

ligeramente.

—¿A quién? —preguntó Carles sorprendido.

—¿Tanto tiempo hace que no me veis que ya no os acordáis del encargo que me disteis? —preguntó Marco ¿a quién iba a ser?, a Fazio, el tatuador.

—¿Dónde está? —Ahora era Ernesto quien se interesaba.

—No vive en el lugar donde hacía los tatuajes. Ha cambiado de domicilio, pero puedo llevaros hasta él. Desde aquí podemos ir andando.

Dejaron a Hamed al cargo del local y los tres hombres trotaron por las estrechas calles cercanas al puerto. Entraron por la calle Conde del Asalto y, a media altura, Marco les señaló un pequeño y mugriento portal. Subieron por unas sucias escaleras y se sorprendieron ante el individuo que les abrió la puerta y que respondía al nombre de Fazio: era bajito, no llegaba al metro sesenta. Tenía una enorme mata de pelo rizado y un grueso bigote. Una camiseta de manga larga y unos pantalones que parecían de pijama le daban un aspecto cómico e indolente. Llevaba unas zapatillas grises que parecían un tanto despegadas por la suela.

—*Buon giorno*, ¿qué quieren? —dijo aquel sujeto con una entonación un tanto apagada. Sus ojos y su aspecto en general mostraban que se hallaba más en el mundo de los sueños y que su presencia era más testimonial que consciente.

—¿Señor Fazio, tatuaggi?

—*Non faccio più tatuaggi* —exclamó.

—Perdone. Somos policías y queremos hablar con usted —le dijo Ernesto enseñando la documentación.

—*Passare, passare*. El piso está un *po* desastre. Amigos han estado en casa.

—Me parece que está usted ebrio.

—*No, non ora. Ho solo* he bebido un poco, *quasi niente*

anoche.

Los policías se sentaron en unas sillas del comedor. El caos reinaba en aquel piso. Había ropa por el suelo. En la mesa, una botella vacía desmentía las palabras del tatuador. La suciedad estaba presente allá donde mirasen. Ernesto intentó concentrarse en lo que habían ido a hacer allí.

—Sabemos que en el año 1936 usted hizo unos tatuajes.

—Yo no faccio tatuaggi. Hace mucho, *molto tempo. Sono sempre un buon* ciudadano.

—Nadie dice que sea un mal ciudadano.

—*Non sono repubblicano, sono un franchista*. ¡Viva Franco! —dijo alzando la voz y levantando la mano derecha haciendo el saludo fascista en una escena más propia de una obra de humor, teniendo en cuenta la facha que presentaba el italiano.

—Escuche —quiso explicarse Carles—. Nosotros estamos investigando un caso y necesitamos que nos ayude.

—Fazio Collini siempre ayuda la policía. Fazio *buon* ciudadano —dijo acompañando sus palabras con gestos enérgicos.

—De acuerdo Fazio —continuó Ernesto—, voy a enseñarle un dibujo y me dirá quién se lo encargó.

—De acuerdo.

Ernesto abrió la carpeta y sacó el dibujo que representaba el Santo Grial. El rostro del italiano se transformó, su cara adquirió una palidez extrema.

—Yo no conozco *quel disegno*. No sé *chi l'ha fatto*.

—Sabemos que lo hiciste tú —dijo Carles aproximándose de manera intimidadora—, solo queremos que nos digas quien te lo encargó.

—¡No sé nada! —Ahora la voz había adquirido una tonalidad alarmante. Realmente parecía asustado.

—Tendremos que llevarte al calabozo para que recuerdes

—amenazó Ernesto.

—¡No! —gritó el italiano—. Yo *sono* un *buon* ciudadano. ¡Viva Franco!

—¿Quiere dejar de gritar? —le increpó Carles—. Díganos quien le encargó el tatuaje.

—¡No lo sé! —dijo desesperado.

—Bueno —comentó el de Valladolid—. Va a venir con nosotros.

—¡No!, ¡es verdad!, ¡no sé quién lo encargó! Me lo presentaron los hermanos Boix, pero *non conozco il suo nome* —ante la desesperación mezclaba de manera indiscriminada el castellano con el italiano.

—¿Los hermanos Boix? Creo que será mejor que comience por el principio.

El tatuador pareció derrumbarse y se dejó caer en una silla, como si su cuerpo no tuviera vida propia. Comenzó a desgranar una historia en un tono apagado, casi como si evitara ser oído por otros.

—Yo soy Fazio Collini y vivo en Barcelona desde hace ya cinco años. *Sono venuto* huyendo de Mussolini porque a él no le gustan mucho los artistas, al menos algunos artistas. Busqué un local en la calle Serra. También tenía un piso y vivía bien de mi trabajo. Conocía a bastante gente y podía ganarme bien la vida. Un día vino Aaron Boix, lo conocía porque a veces traía cosas.

—¿Cosas?

—Sí, cosas, tabaco y otros productos.

—Estraperlo —dijo Ernesto.

—Aaron *era un buon cliente*. Yo le hago muchos tatuajes: animales, un *ancora*, un dragón…

—¡Dios mío! —exclamó Carles—. Nuestro primer cadáver.

—¿Es cadáver? Ya decía yo que *molto tempo fa* que no lo veo. Pobre hombre. Era *buono* persona. Siempre pagaba al momento. Tenía dinero.

—Prosiga por favor —le animó Ernesto que ahora constataba que el viaje estaba siendo provechoso.

—Un día, Aaron me preguntó si era capaz de hacer *il tatuaggio* de una copa. Yo le dije que Fazio es capaz de hacer cualquier cosa. No hay *disegno* que resista mi arte. Aquel día estaba un poco misterioso porque me dijo que tendría que hacer *sei disegni*.

—¿Seis? —preguntó Ernesto mientras dirigía una mirada significativa a Carles.

—Eso he dicho: *sei disegni*. Naturalmente yo acepté. No es fácil encontrar trabajo de esta manera. Pero había un problema.

—¿Un problema?

—Así es. Aaron me dijo que me llevaría a una casa con los ojos vendados. Allí haría seis tatuajes iguales. Una *tazza* con rayos de luz. El encargo era extraño pero el dinero fácil. Un día vino a buscarme junto con su hermano y otro hombre. Salimos de Barcelona en dirección a Monteada, pero a la altura de Sant Andrés me vendaron los ojos.

—¿Así no vio nada?

—Noté que el coche daba muchas vueltas y, en uno de esos movimientos del vehículo pude quitar un poco la venda. Vi tierra y campos de viñas.

—¿No conoció el lugar?

—Sí que conocí el sitio. Yo había salido con una *ragazza* que me llevó a aquel lugar. Por eso conocía un poco.

—¿Dónde se encontraba más o menos? —preguntó Carles.

—En la Trinidad, *in periferia* de Barcelona.

—¿Qué más puede contar?

—Me llevaron a una *grande* casa. Allí me quitaron la venda. Estaba en una sala bastante grande iluminada por muchas velas. Daba un poco de miedo. Sobre la mesa había una lámpara con seis velas. Había seis hombres. Parecían muy serios. Yo conocía a los hermanos Boix. Los otros no los conocía.

—¿Qué le dijeron?

—Me dijeron que eran amigos, grandes amigos y que querían hacer un dibujo de una *tazza* para cada uno.

—¿Y usted les creyó?

—¡Ma no!, è *ovvio*. Un hombre no te lleva con los ojos vendados si quiere hacer una sorpresa.

—¿Qué impresión le dio?

—Como un secreto. Tenían un secreto entre ellos que no querían compartir. Finalmente me devolvieron a mi casa después de pagar.

—¿Sabe dónde viven los hermanos Boix?

—Yo sé dónde estaba el taller. En el puerto. Tenían barcas, pero fue *bombardati* por la aviación. *Ora* no queda taller. Fue todo destrozado.

—¿Sabría llevarnos hasta la casa donde hizo los tatuajes? —preguntó Carles.

—*Pensare* que yo iba con los ojos tapados. *Molto difficile per me*.

—Me lo imaginaba —comentó Ernesto.

—*Difficile ma non impossibile*.

—¡Caramba con Fazio!, ¿eso significa que sí? —preguntó Carles.

—Yo he dicho que conocí a una *ragazza* de aquel sitio. Más adelante yo he ido con ella y he paseado por la zona. Quería saber dónde estaba aquella casa. Recordaba que estaba

vallada.

—¿Había visto la valla?

—Pude ver una gran puerta de hierro. Sobre el pilar que aguantaba la puerta había una estatua de Aquiles guardándola.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo sé qué? ¿Qué había una estatua o que era de Aquiles?

—Las dos cosas.

—Porque levanté la venda sin que me vieran y puede verla. Sé que era Aquiles porque me han pedido algunas veces que haga el *tatuaggi*. Pero hace mucho tiempo que no voy por allí. La historia con la *ragazza è finita* y dejé de ir por allí.

En aquel momento Carles se acordó de los cadáveres del muelle.

—Una pregunta más: ¿ha realizado el tatuaje o dibujo sobre la piel de dos hojas de laurel cruzadas?

—¿Dos hojas de laurel?

—En efecto.

—No. No recuerdo haber hecho ese tatuaje.

—No era un tatuaje. Es una escarificación.

—¿*Scarificazione*?

—Sí. Incisiones en la piel.

—Sé lo que es. No, nunca he hecho *scarificazione*.

—Bien —dijo Ernesto—. Cámbiese que nos vamos.

—¿Nos vamos?, ¿dónde?

—A su casa misteriosa.

* * *

—Está *molto cambiato* —dijo Fazio.

Los policías no pudieron dejar de darle la razón. La casa, una antigua masía aislada de la población rodeada por una valla y una verja metálica, estaba ennegrecida. El fuego parecía haber hecho presa en ella. Las paredes estaban calcinadas y buena parte de la vivienda parecía haber sido consumida por las llamas. A pesar de ello, la verja parecía cerrada. El aislamiento del edificio habría propiciado que el drama hubiese permanecido oculto a ojos extraños. La figura silenciosa de Aquiles reposaba sobre uno de los pilares que sostenía la reja. Hamed sacó las herramientas del coche y en unos instantes pudieron romper la cadena que sujetaba las hojas de la verja. Poco después la barrera cedió tras la presión conjunta de todos los hombres.

—Un poco oxidada —comentó Hamed.

Pudieron entrar al enorme patio que rodeaba la masía. Todo parecía abandonado. Los restos de un huerto eran invadidos por todo tipo de hierbas salvajes. Cerca del mismo se hallaba una balsa medio llena de agua.

—El tiempo arrasa con todo —dijo Ernesto.

—El tiempo y la guerra —replicó Carles.

Se acercaron al edificio: una antigua masía, recuerdo de un pasado más fructífero y orgulloso. La negritud de sus paredes, así como el deterioro producido por la dejadez y el incendio la presentaban como una construcción tenebrosa y macabra. No tuvieron problemas al entrar: la puerta cedió con facilidad. El interior estaba oscuro y tuvieron que abrir unas ventanas de madera. El republicano pensó que el hecho de tener puerta y ventanas cerradas había ayudado a contener el incendio. El espectáculo que se les mostró fue bastante desolador. Todo el esplendor que pudiera contener aquella casa había desaparecido engullido por las llamas. Llegaron a una sala grande con una chimenea en un extremo.

—Esta era la sala donde trabajé —comentó Fazio—. Aquí mismo. Tenía grandes cortinas, una mesa grande redonda y diez o doce sillas. También había cuadros. ¡Allí!

Fazio había señalado los restos de un cuadro que todavía se mantenía en la pared. Carles se aproximó y observó la imagen. Todavía se podía apreciar parte de una reproducción de una joven con el pelo rojizo sobre la que había una paloma con las alas extendidas. Ernesto se le aproximó.

—¿Conoces el cuadro?

—Es difícil pues solo se aprecia la mitad superior. Parece una obra del período romanticista. El estilo me es muy familiar, incluso el personaje me suena conocido, pero soy incapaz de situarlo en este momento.

Siguieron investigando por el interior del edificio. Tenían que ir con cuidado ya que algunas partes amenazaban con derrumbarse. De repente, un grito de Hamed les alertó.

—¡Aquí!

Fueron hasta el lugar indicado y pudieron ver que una mesa de hierro hacía de parapeto ante una puerta de hierro.

—¿Qué significa esto? —preguntó Ernesto.

—Parece una barrera para mantener cerrada la puerta. Debía de hacer presión junto con otros muebles que han ardido —dijo Carles señalando restos de madera carbonizadas por el fuego.

Entre los dos hombres apartaron la mesa y abrieron la puerta. Una estrecha y lóbrega escalera de piedra conducía hacia la oscuridad de los sótanos de la vivienda.

—Necesitamos una linterna —dijo Carles.

—Hamed tiene. Desde Reus no falta nunca —comentó el rifeño con una sonrisa.

Bajaron por la escalera sujetándose por una débil baranda de hierro. A medida que bajaban oyeron corredizas en las

tinieblas producidas seguramente por pequeños roedores. Unos ojos brillaron en la oscuridad, en un hueco de la pared.

—¡Dios mío! —exclamó Ernesto a quien estuvo a punto de caérsele la linterna.

—¡Es una rata enorme! —dijo Carles—. Habrá que ir con cuidado.

Llegaron a los bajos del sótano. Alumbraron con la linterna y pudieron ver que parte del suelo estaba anegada con un palmo de agua sucia. Al fondo vieron una pequeña puerta.

—¡Por allí! —señaló Ernesto.

Siguieron como en una procesión. Aquel edificio no parecía querer enseñar sus secretos. Atravesaron el umbral y lo que vieron les dejó helados. Ernesto se asustó, se le cayó la linterna y Carles se apresuró a recogerla antes de que se destrozara. Con la linterna en la mano alumbró aquel lóbrego espacio. La sala era de piedra y se mostraba mohosa. Parte de ella estaba inundada por un agua sucia sobre la que correteaban algunas ratas. Aquella habitación parecía haber sido utilizada de calabozo en alguna ocasión. Sujetos a la pared había unas cadenas. Pero, lo que les había asustado en un primer momento eran los restos de un cadáver que se hallaba colgando del muro. Sus brazos estaban amarrados a sendas argollas. Su cuerpo se mostraba parcialmente devorado por las ratas. De hecho, su cara era irreconocible: apenas tenía pelo y, tanto las orejas como la piel estaban roídas; los cuencos vacíos de los ojos parecían mirar con indiferencia a aquellos que habían osado perturbar su eterno descanso. Carles apuntó con la linterna junto al cadáver y algo le llamó la atención. Sobre las piedras de la pared parecía haber escrito un nombre. Lo enfocó y, en grandes letras se podía leer: «GUILLERMO».

LA OSCURIDAD

Mayo, 1937

Una gota. Y tras esta, otra. Era un sonido rítmico que se repetía, aunque con una cierta discordancia. El goteo resonaba en la opacidad y lobreguez de aquellas catacumbas dando idea de su amplitud. La oscuridad de aquel sótano era prácticamente absoluta. Apenas un rayo de sol rebotado se filtraba a través de alguna grieta del piso superior. Los brazos le dolían. Ya llevaba horas en aquella posición. Le habían atado las manos con una cuerda a unas argollas que había en la pared. Había intentado deshacerse de ella, pero todos sus esfuerzos habían sido inútiles. Había sido Tobías quien lo había asegurado y, a fe que lo había conseguido. Miró a su lado y no pudo evitar hacer una mueca de horror. Los restos del cadáver de otro hombre, Vicente lo habían llamado, se hallaba en la misma posición. Estaba sujeto a otras argollas que había en la pared. Su cuerpo estaba roído por las ratas que las había, y en gran número, en aquellos bajos de la vivienda. Algún roedor se le había acercado la noche anterior, pero él se había deshecho del animal moviendo su cuerpo de manera convulsiva.

El tiempo pasaba lentamente y no sabía cuánto llevaba allá. La cara le dolía a causa de los puñetazos que había

recibido. También le dolía el costado. Pensó que debía tener fracturada alguna costilla. Tras ser descubierto en la casa de su abuelo, aquellos delincuentes habían acabado por golpearle. Litus, aquel hombre que lo golpeara una desapacible y lluviosa noche en el Somorrostro había determinado que debía ser un espía y, como tal, tenía que ser eliminado. Francesc y Tarso le comenzaron a pegar. La rabia acumulada por la actuación de Guillermo el día que incautaron la vivienda y la humillación padecida por Max habían nublado su entendimiento. Solo pararon ante las amenazas de su jefe.

—¡Parad de inmediato si no queréis que os mate aquí mismo! —les dijo apuntándoles con la pistola.

El silencio se hizo en aquella sala y los hombres, viendo la decisión pintada en su mirada no dudaron en parar de golpearle.

—¿Qué se supone que hemos de hacer?, ¿dejarlo ir? Ya has oído a Litus: es un miserable espía.

—Se me ha ocurrido una idea mejor. Creo que vamos a hacer un viaje. Vicente debe estar muy solo y necesitará compañía.

Aquella afirmación fue seguida por un coro de carcajadas. Le ataron las manos a la espalda y lo acompañaron al camión. Litus, el hombre de la mirada de hielo se despidió de él.

—Muchacho. ¿No has oído decir que la curiosidad mató al gato? Debiste mantenerte alejado de estos barrios.

Lo arrojaron con rudeza al suelo del vehículo y este se puso en marcha en dirección desconocida. Guillermo se lamentó de su mala suerte. De hecho, la prudencia le aconsejaba estar lejos de aquella casa, pero tenía que reconocer que algo en ella le atraía. Posiblemente fuera el hecho de que había sido el lugar donde su madre se había criado. Ahora ya nada de aquello tenía importancia. Sabía que no le esperaba

nada bueno. Si no lo habían matado ya era porque le debían reservar algo todavía peor. Al cabo de un rato debieron coger caminos de tierra pues los vaivenes del camión así lo atestiguaban. Finalmente pararon ante una verja. Tobías se bajó a abrirla. El vehículo entró dentro del recinto de la casa, una vieja y antigua masía.

Lo bajaron del camión. Iba toda la banda, excepto Litus que debía actuar de manera independiente. Entraron dentro de la vivienda y la impresión que le causó al muchacho fue de sorpresa pues aquello parecía más bien el interior de un castillo: armas antiguas decoraban las paredes de piedra descubierta, una armadura medieval se encontraba en una esquina del salón, grandes cortinajes decoraban una pared y cuadros con temática mística o medieval adornaban los muros. En medio de la sala había una gran mesa redonda con rústicas y labradas sillas. Realmente aquello parecía ser una sala de Camelot, morada del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda.

Sin más tiempo que el de dar un rápido vistazo a la sala, fue empujado hasta una puerta que conducía a la lóbrega mazmorra en que se hallaba en aquel momento. Desde el primer instante fue consciente del destino que le aguardaba: así lo atestiguaban los restos de un cadáver que colgaba atado a unas argollas fijadas en el muro.

—Te presentamos a Vicente, el dueño de la casa —dijo Max señalándolo.

—Siempre podrás disfrutar de su compañía y así no tendrás tiempo de aburrirte —le dijo Tarso entre sonrisas.

Y allí había quedado Guillermo, amarrado, con el cuerpo dolorido pensando que aquel no era un buen lugar para morir. Apenas tocaba el suelo y no podía apoyarse para poder relajar los músculos. Era consciente de la dificultad del intento. Tras

intentar de manera desesperada deshacerse de la cuerda, finalmente desistió y quedó adormilado.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando despertó. Debía ser de día pues una pequeña luz anunciaba el reflejo del sol. En algún momento había sentido las ratas sobre su cuerpo, olisqueando al nuevo y sufrido morador de aquella oscura sala. El muchacho, asqueado, realizó movimientos bruscos con los que consiguió espantar temporalmente a los roedores. Sabía que solo era cuestión de tiempo que volvieran a intentarlo y, seguramente el ataque se reanudaría con mayor convicción a medida que las fuerzas le fueran abandonando.

Haciendo un esfuerzo apoyó los dos pies en la pared e hizo fuerza para intentar extraer una argolla de su fijación en el muro. Intentó concentrar toda la fuerza en un punto y coordinar la presión de los pies sobre el muro con el impulso del cuerpo hacia adelante. Soltó un grito al realizar el esfuerzo.

Le pareció notar que la pared cedía un poco, insuficiente para soltarse, pero podría ser un primer paso si seguía insistiendo. De repente oyó que la puerta del sótano se abría. Pensó que alguien lo había oído.

—¡Aquí!, ¡estoy aquí abajo!

Oyó los pasos de alguien que bajaba. Pensó que, por segunda vez, volvía a tener suerte. Su decepción fue grande cuando vio aparecer a Soto.

—¡Tú! —dijo Guillermo.

—¡Vaya! —le respondió sonriente—. Me dijeron que estabas aquí y quise ver como seguías.

—¡Maldito cabrón!

—¡Te voy a…!

El valenciano sacó una navaja y se la puso en el cuello. De repente, dándose cuenta de la situación, comenzó a reír y se

guardó rápidamente el arma.

—¡Ja, ja, ja! Eso era lo que tú querías. Que acabara contigo de una manera rápida. Eso es demasiado simple. Te espera una tortura y desearás morir una y cien veces.

—¡Estás loco!

—Tengo faena que hacer. Todavía debo llevarme algunas cosas de aquí. Estamos de traslado.

—¡Suéltame! —Sabía que era algo inútil de pedir, pero debía intentar captar algún rastro de piedad en aquel hombre.

—No, Guillermo. Creo que has escogido una buena manera de morir. Yo no lo hubiera hecho mejor. Por cierto, te daré una noticia.

—No me interesan tus noticias.

—Quizás esta sí que te interese. Es sobre tu amigo Toni Vallés.

Aquello alarmó al muchacho. Pensó en Lena y en Toni que siempre le había ayudado.

—¿Qué vas a hacer?

—Creo que pronto se reunirá contigo en el otro mundo.

—¡Desgraciado!

—¡Oh!, pareces triste —le dijo con sorna—, pero no te preocupes. No dejaremos que su hija se entristezca. Ya la haremos disfrutar con verdaderos hombres como nosotros.

—¡Maldito! ¡Suéltame cobarde! —Lanzó un último grito desesperado.

Y Soto se fue, dejando a Guillermo aún más hundido. Al cabo de un rato se tranquilizó. Pensó que nada conseguiría si se dejaba llevar por la ira. Intentó relacionar los hechos que conocía. Había podido recordar los acontecimientos que habían permanecido ocultos en su mente durante varios años. Litus había asesinado a un hombre en Somorrostro y le había obligado a arrastrar el cadáver, un cadáver que tenía los ojos

de diferente color, uno azul y otro marrón, como había podido atestiguar cuando fue arrojado al pozo por el italiano. Posteriormente había sabido que Litus y Soto eran amigos o conocidos y que habían tenido algún tipo de conexión con la policía. Por otro lado, mantenían relación con la banda de Max y, al parecer, también tenían intereses comunes. Por lo visto, en aquel momento, Toni Vallés había pasado a ser un estorbo para aquellos individuos. Un tal señor Solana había decidido que tenía que ser eliminado.

Pensó que debía evitar que hicieran daño a Toni o a Lena. El muchacho reflexionó sobre los pasos a seguir. Concentró el esfuerzo en su mano izquierda que era la que parecía que había cedido un poco anteriormente. Efectivamente, unas esquirlas saltaron del muro, del lugar en que ejercía la presión. Las cuerdas le apretaban con fuerza la muñeca de tal manera que le produjeron pequeños cortes de los cuales comenzó a salir sangre. Volvió a apoyar los dos pies en la pared y echó el cuerpo hacia adelante con toda la fuerza que pudo. Notó que la argamasa que había entre las piedras se resquebrajaba. Los siguientes minutos los dedicó a forzar la situación. Finalmente, con un chasquido, la argolla se desprendió de la pared junto a algunos fragmentos de roca y grava.

Se mantuvo unos instantes en silencio para escuchar algún posible ruido. El sótano estaba bien insonorizado y aislado del resto de la vivienda. Con la mano izquierda libre y, haciendo equilibrios, intentó deshacer la cuerda que le sujetaba el brazo derecho. Pronto pudo ver que la situación no era tan sencilla. Realmente, Tobías la había asegurado bien. Intentó hacer la misma jugada que le había permitido liberar su mano izquierda. Tiró con fuerza de la argolla, asiéndola con las dos manos y dándose impulso con los pies. Al cabo de un rato desistió. Aquel atadero estaba bien fijado.

Estaba agotado, pero sabía que no podía parar. No podía hacer caso ni del dolor de cabeza ni de la costilla rota. Pensó que si tuviera un cuchillo podría cortar la cuerda. Tal vez con una piedra con filo fuera suficiente. Intentó estirar su cuerpo hacia el pequeño hueco que había dejado al desprenderse la argolla. Con gran esfuerzo logró hacer llegar su mano hasta la oquedad. Se sujetó con la mano y notó que había varias piedras.

Pudo coger una que le pareció afilada. Aquella tenía que servir. Dedicó un buen rato a cortar la cuerda. Con mucha paciencia fue consciente de que la soga se iba deshaciendo fibra a fibra creándole nuevas esperanzas.

Finalmente pudo soltarse. Había podido liberarse. Se frotó las muñecas pues las tenía muy doloridas. Solo fue cuestión de tiempo cortar la cuerda que todavía llevaba atada en la otra mano. Tanteando en la oscuridad pudo llegar a la escalera que conducía a la parte superior de la vivienda. Fue entonces cuando pudo comprobar que la puerta estaba trabada. «¡Todo aquel trabajo para llegar al mismo sitio!», pensó. A pesar de que la puerta encajaba bastante con el muro observó una fina línea de luz por debajo de ella. Era una luz irregular como la que produce el fuego en la lumbre. Observó atentamente y vio que unas pequeñas volutas de humo atravesaban la puerta por debajo. Guillermo se aterrorizó: habían prendido fuego a la casa.

Comenzó a golpear la puerta con desespero, pero desistió al cabo de un rato. Tan solo el silencio había respondido a su llamada. Viendo que no podía salir, decidió bajar al sótano. Observó a su compañero y pensó que, si algún día descubrían su cadáver, le gustaría que supieran quien había fallecido allí. Comenzó a escribir en la pared su nombre. Parecía que, finalmente, su fin tendría lugar en aquel sótano húmedo y

oscuro.

EL MEDALLÓN

Abril, 1940

Ernesto caminaba bajo el sol. A pesar de que el día era caluroso y ya llevaba un rato caminando no desaceleró en ningún momento. Sabía que lo que buscaba estaba cerca de allí y debía encontrarlo. El camino se fue estrechando y, finalmente, se convirtió en estrecho sendero, como una hendidura en el paisaje. A ambos lados, la vegetación libre y salvaje crecía de forma descontrolada. Siguió caminando un rato por la tupida espesura de tal manera que apenas percibía los rayos del sol. Continuó apartando matojos y arbustos hasta que el camino se ensanchó. Estaba cansado y el sendero subía en pendiente. Tuvo que parar un momento para tomar aliento. Pronto se recuperó y reanudó la marcha. La vegetación que había a su derecha fue desapareciendo debido a que la ruta continuaba por el borde de un precipicio desde el cual se podían ver las montañas y, al fondo, el río. Sabía que estaba cerca por lo que, sacando fuerzas de flaqueza, aceleró el paso. La pista seguía dando una curva, adentrándose otra vez en la maleza. Tras unos momentos, rodeado de vegetación, la claridad se abrió ante él en forma de un amplio espacio. Vislumbró una vieja masía que se hallaba integrada en el entorno, rodeada de pinos y grandes encinas. Sin embargo, su

atención se dirigió hacia el otro lado, hacia el borde del precipicio donde un enorme y anciano roble dejaba caer perezosamente sus ramas, como si estuviera fatigado. Junto al roble había una cruz de madera que anunciaba el reposo eterno de un alma desgraciada. Su pulso se aceleró pues todo el viaje lo había realizado buscando aquella cruz, deseando que sus sospechas fueran infundadas. Se aproximó a ella haciendo caso omiso de la belleza agreste del lugar. Se arrodilló temiendo lo peor y pudo ver un nombre familiar grabado en la cruz.

GUILLERMO SANTALÓ
(1921 - 1939).

Ernesto se despertó bruscamente. Estaba totalmente sudado, como si hubiera realizado la caminata que había soñado. Pero aquel sueño había sido tan real que todavía su corazón latía desbocadamente. Había visto la tumba de su hijo. Algo en su interior le decía que en algún lugar había una cruz con el nombre de Guillermo. Sin embargo, quería aferrarse a la posibilidad de que estuviera vivo, aunque las pruebas estuvieran en su contra. Miró hacia la mesita que tenía al lado de la cama. La luz de la luna que entraba por los cristales parecía iluminar el medallón plateado que había sobre ella. Ya lo había mirado un centenar de veces desde que lo encontraron: era un tríptico que se podía abrir por una hendidura que tenía en mitad de la superficie. En el centro, una foto de Helena lo miraba con aquel aire un tanto ausente. A ambos lados, flanqueando la figura de su amada, dos hombres. Una era la imagen de su padre, la otra imaginó que correspondía a la de su querido abuelo Guillermo. No pudo evitar que las lágrimas resbalaran por su mejilla. Tanto tiempo

sin saber nada de ella y ahora, desde el más allá, le iba dejando pistas para encomendarle la misión de encontrar a su hijo. Pensó que no le podía fallar. De alguna manera sentía que ella lo estaba acompañando en ese arduo viaje que estaba realizando.

Ya hacía dos días que habían descubierto el cadáver en la vieja masía de la Trinidad, en un lugar bastante aislado. Tras el descubrimiento de los restos habían investigado en toda la casa, pero no habían encontrado ningún otro cuerpo. Pudieron observar que los restos correspondían a un hombre de más edad, de unos cincuenta años aproximadamente. No quedaban rastros para determinar si tenía el tatuaje del Grial. Sin embargo, las sospechas apuntaban al dueño de la vivienda. Cuando iluminaron el sótano, un destello a la luz de la linterna le hizo descubrir el medallón. Por si había alguna duda, tanto las letras escritas en la pared como el camafeo eran pruebas fehacientes del paso de su hijo por aquella sucia mazmorra.

Una vez en el local de la calle Fernando se habían reunido los cuatro hombres para aclarar ideas.

—Sabemos que el grupo estaba formado por seis hombres que un día determinaron hacerse un tatuaje con el tema del Grial. De hecho, la palabra que utilizan es *Gradalis* —resumió Carles—. Todo ello realizado en secreto.

—Ya sabemos que *Gradalis* puede ser un tesoro —continuó Ernesto—. El tesoro podría ser el oro de la República, pero eso está por confirmar.

—En cambio, de esos seis hombres tenemos localizados a cinco —dijo Carles señalando un papel que tenían enganchado en la pared con nombres y fotos—. Aaron Boix que falleció en enero de este año. Debía de ser prisionero de la banda de Max. Luego está Valeri que debió morir hace un

año, aunque su defunción oficial fue hace tres años y medio. Por otro lado, tenemos a Josep Vintaló, el dueño del taller, desaparecido hace tres años y medio, supuestamente fallecido en un accidente en Cartagena junto a Valeri. A continuación, tenemos a Vicente Santos, el dueño de la vieja masía de la Trinidad, un hombre extraño, alejado de cualquier vecino, sin apenas relaciones sociales. Si os fijasteis, su vivienda parecía más bien un castillo —los demás asintieron con la cabeza—. Yo creo que debía de ser un tanto maniático.

—Un loco —atajó Marco—, para vivir en aquella casa.

—Por lo que hemos podido observar de la casa debía ser bien peculiar. Parecía decorada con detalles propios de la Edad Media.

—¿Pudiste averiguar algo sobre el cuadro que había en la pared? —preguntó Ernesto.

—Era una representación de una obra prerrafaelita.

—¿Pre… qué?

—Los prerrafaelitas fueron una asociación de pintores, poetas y críticos ingleses que rechazaban el arte académico que predominaba en Inglaterra en la mitad del siglo XIX —explicó Carles que había estudiado la lección—. Realizaban una pintura detallista y luminosa como la que realizaban los pintores anteriores al renacentista Rafael. La obra era una reproducción de un cuadro de Dante Gabriel Rossetti, concretamente, *El Santo Grial*.

—Ese hombre debía tener una obsesión con el tema —apuntó Ernesto.

—¿Por qué se harían todos unos tatuajes? —preguntó Marco.

—Podría ser una manera de adquirir un compromiso, de tener un objetivo común. Por ejemplo, conseguir un tesoro.

—Un tesoro contenido en dos cajas.

—Un tesoro que busca la banda de Max. Seguramente son estos quienes están eliminando a los seis hombres.

—Pero —dijo Ernesto—, si estos hombres robaron el tesoro, ¿cómo lo supo el tal Max?

—Todavía hay algo que se nos escapa. Debe haber un punto que relacione las dos bandas —comentó Carles—, la del Grial y la de Max.

* * *

—Antes de la guerra, España disponía de 707 toneladas en lingotes y monedas en Madrid. Era uno de los bancos emisores más ricos del mundo, tras la Reserva Federal de Estados Unidos, el Banco de Francia y el Banco de Inglaterra.

Carles y Ernesto asistían a aquella lección magistral impartida por el capitán Gordillo, al parecer un entendido en el tesoro de la República. Se acompañaba de una carpeta con informaciones y datos relativos al tema. Era importante que la información fuese lo más veraz posible. Se hallaban en un despacho de Capitanía. Junto a ellos, el comandante Bustos también asistía a aquella clase particular. El interés, ante la posibilidad de que los crímenes estuvieran relacionados con el tesoro del Banco de España, había facilitado y aligerado los procedimientos.

—Las reservas metálicas del Banco de España se hallaban en la cámara acorazada que tenía el Banco en el edificio central de Cibeles.

—¿Todo el tesoro eran lingotes de oro? —preguntó Carles.

—No. De hecho, el oro era una pequeña parte de la

reserva. La mayor parte del tesoro lo formaban piezas amonedadas de muchas clases: monedas españolas antiguas y modernas y varias piezas extranjeras como pueden ser soberanos ingleses, libras esterlinas, francos, napoleones y luises franceses, etcétera.

Carles y Ernesto intercambiaron una rápida mirada.

—En el primer cadáver se encontraron libras esterlinas. Sería interesante saber si pertenecieron al tesoro —comentó Ernesto.

—Es una posibilidad —comentó el capitán—. Ante el avance de nuestro glorioso ejército sobre Madrid, el gobierno republicano ordenó que se sacara de la capital. En realidad, hubo dos traslados: el primero, en el mes de septiembre, a los polvorines de la Algameca en Cartagena, y un mes después al centro de Moscú.

En los dos casos las órdenes fueron dadas por Negrín —no pudo evitar torcer el gesto al decir aquel nombre.

—¿Todo el oro se vendió a Rusia? —preguntó Carles.

—¡No! Primero se vendió en París y luego en Moscú. De hecho, el Banco de Francia absorbió un tercio de las Reservas del Banco de España entre julio de 1936 y marzo de 1937. El resto lo adquirió el Banco Central de la Unión Soviética, el Gosbank. A cambio, la República recibió divisas con las que pagó importaciones de suministros civiles y militares.

—¿Por qué enviaron el oro a Moscú? —Ahora era Ernesto quien estaba intrigado.

—Rusia fue la opción que le quedaba a la República porque fue la única nación dispuesta a enviar recursos materiales y humanos para ayudarlos. Temían que si depositaban el oro en Francia o Gran Bretaña podrían padecer un embargo financiero similar al impuesto al tráfico de armas por el Acuerdo de No Intervención.

Evidentemente aquel hombre realizaba un discurso razonable y no marcado por los prejuicios típicos del Régimen, cosa que agradó a Carles. También era consciente de que la posibilidad de rescatar una pequeña parte del tesoro de la República supondría un golpe publicitario importante para el gobierno.

—El 14 de septiembre de 1936 —prosiguió el capitán—, comenzaron a embalar en cajas, los lingotes y los sacos de monedas. Luego se cargaron en camiones custodiados hasta la estación de Atocha. Allí eran apiladas en el interior de los vagones de carga, protegido por soldados. El convoy circuló por su ruta habitual hasta Cartagena donde se desprecintaron los vagones y se cargaron las cajas en camiones hasta la boca de los túneles de La Algameca. Cada movimiento del tesoro era supervisado por empleados del Banco.

—Por lo tanto —apuntó Carles—, en ese trayecto sería difícil que desaparecieran cajas.

—Parece ser que no desaparecieron. Algunos empleados del Banco así nos lo han confirmado. Piense que cuando terminó el traslado se instalaron unas puertas blindadas a la entrada del túnel, con una cerradura especial de la que se hicieron tres copias: una la tenía el director de la Base Naval y dos los empleados del banco.

—¿Cuántas cajas se transportaron a La Algameca? —preguntó el comandante Bustos.

—Se transportaron 10 000 cajas que contenían aproximadamente 560 toneladas de oro.

Carles dejó escapar un silbido.

—¿Cuándo se llevó el oro a Rusia? —preguntó Ernesto.

—Preparar las cajas con destino a Moscú, efectuar el transporte desde los túneles de La Algameca hasta los muelles de la Base Naval, cargarlas en los cuatro buques rusos que

esperaban y redactar los documentos de embarque ocuparon tres días: del 22 al 24 de octubre de 1936.

—¿Cuántas cajas se llevaron? —Ernesto estaba intrigado ante el volumen de la operación.

—Salieron 7800 cajas repletas de oro. Todo ello supervisado por Méndez Aspe, encargado de la Dirección general del Tesoro y Alexander Orlov por parte de la delegación rusa.

Carles se sorprendió de oír aquel nombre pues ignoraba el papel de Orlov en el traslado del oro a Moscú. En aquel momento recordó la fecha del supuesto accidente en Cartagena.

—¿Zarpó algún barco el 29 de octubre para Rusia? —Ahora era Carles quien preguntaba.

—No. Todos zarparon el día 25 —removió sus papeles—. ¡Esperen! El día 29 salió un barco de Cartagena, el Tramontana, con 748 cajas de los polvorines. Las habían de entregar a las Minoridades consulares en Marsella y poner el tesoro en manos del Banco de Francia.

Carles pensó que el tesoro parecía estar muy vigilado. Si habían simulado un accidente, y al parecer eso estaba previsto, el robo tendría que haber tenido lugar el mismo día a causa de la complejidad de la acción. Por lo tanto, el Tramontana podría encerrar el secreto que andaban buscando.

CORRESPONDENCIA SECRETA

Abril, 1940

Todavía con la información sobre el oro de la República dando vueltas en su cabeza, Carles había decidido dar un paseo. Después de pasar la mañana en Capitanía habían vuelto a revisar todos los aspectos del caso sin que por ello se abriera una nueva puerta. Tan solo, después de analizar todos los puntos oscuros decidieron dejarlo para el día siguiente. Carles y Ernesto habían cogido una confianza mutua difícil de predecir meses antes. Fueron a tomar un vaso de vino a un bar de la Plaza Real que se encontraba cerca de allí.

—Hace un par de noches soñé con Guillermo —le dijo Ernesto.

—A veces pasa. Soñamos con personas que no están con nosotros.

—Soñé con su tumba —le cortó un tanto bruscamente.

—¡Oh! —Carles no sabía que decir.

—¿Tú crees que los sueños son visiones de un posible futuro? —No lo sé. He tenido experiencias muy extrañas con ellos. No sé qué creer. Para Sigmund Freud, las emociones enterradas en el subconsciente suben a la superficie consciente durante los sueños. Recordar fragmentos de los sueños nos pueden ayudar a destapar las emociones y recuerdos

enterrados.

—Pero yo no tengo ningún recuerdo de Guillermo.

—Sin embargo, los tienes de Helena. Estos días estamos siguiendo los pasos de tu hijo y el hecho de saber que había estado en esa mazmorra es lo que seguramente te ha llevado a soñar con él.

Ernesto lo miró sin estar del todo convencido de lo que le explicaba Carles por mucho que lo respaldara Sigmund Freud.

—¡Era tan real!

—Hemos de tener en cuenta que en el mensaje de mi mujer hace referencia a Guillermo, en enero del año 1939. Por lo tanto, sabemos que en ese momento estaba vivo.

—Pero en la tumba había una fecha, 1939.

—Escúchame Ernesto. No te desanimes. Todavía no lo hemos encontrado. Hasta ese momento tenemos que pensar que está vivo. ¡Tenemos que creerlo!

Su compañero afirmaba con la cabeza, aunque no se le veía demasiado convencido. Carles no quiso seguir, él mismo había tenido sueños premonitorios. Ese era un terreno muy resbaladizo que no convenía remover dado el estado anímico de su amigo. Se despidieron y el republicano decidió dar un paseo. No había querido decir nada a Ernesto, pero quería pasar por el taller de Josep para ver si algo había cambiado respecto a la última vez que estuvieron en él.

Fue caminando, siguiendo la ruta de las Ramblas. Las tardes comenzaban a alargarse y eso se notaba en el ambiente. Los ciudadanos querían disfrutar del sol y de una temperatura cálida que poco a poco iba venciendo al frío y la humedad. Le gustaba caminar, ello le permitía pensar y reflexionar sobre los hechos sucedidos. El recuerdo de Dolors invadió su mente. Por muchas vueltas que le diera no conseguía imaginar de qué manera se había visto involucrada en aquella historia.

Tras una buena caminata se encontró ante el taller de la calle Costa, el de Josep Vintaló. Abrió con las llaves que había cogido y pudo comprobar que nada parecía haber cambiado desde el día en que habían entrado por primera vez. Tras comprobar el estado del local se dirigió al despacho. Apartó las carpetas y cogió la caja que había tras ellas. Revisó el contenido y vio el documento escrito con el código masónico. Pero algo había cambiado: el documento se hallaba fuera del papel de diario. Carles recordaba perfectamente haberlo guardado entre las hojas, tal como lo había encontrado. Volvió a observar el documento con atención. Estaba más arrugado que la última vez. Efectivamente, parecía haber sido tratado con poca delicadeza.

Se sentó en la silla mientras una idea tomaba forma en su mente. Alguien había manipulado la hoja, pero no la había cambiado. Ello podía implicar que uno de los miembros del grupo del Grial hubiera dejado aquel desesperado mensaje y estuviese esperando una respuesta que no le llegaba. Era probable que no tuviera constancia de la muerte de alguno de los componentes de la banda. También podría ser alguien de la banda de Max que, sin saber interpretar el documento, no le había dado valor. Tanto en un caso como en otro resultaba de vital importancia dar una respuesta adecuada. Cogió una hoja y un lápiz y redactó un mensaje en clave masónica: «Sé que necesitas ayuda. Te persiguen. Yo te puedo ayudar. Ponte en contacto conmigo. Carles Gil».

Guardó el mensaje en su escondite, dejó todo tal como estaba y salió con discreción pues ya estaba anocheciendo. Paseó junto al parque del Turó del Putget, sabía que desde allá se podía tener una gran vista panorámica de Barcelona. Pronto se vio rodeado de exuberante vegetación: pinos blancos, pinos piñoneros, encinas, mimosas, acacias y otras

especies más exóticas conformaban un rico y variado tapiz. Observó la ciudad: parecía una imagen de cuento pues poco a poco se iban descubriendo luces en muchos de sus edificios, incluso se podían vislumbrar las luminarias del puerto. La imagen de Dolors le acompañó. Le costaba imaginarla en los almacenes del muelle huyendo de un asesino, acompañada de dos hombres cuyo objetivo parecía ser proteger o recuperar el Santo Grial. Aquello parecía una locura. Ella estaba muerta y ni siquiera sabía del lugar donde descansaran sus restos. Se había convertido en una de los miles de víctimas de aquella inútil guerra.

Llevaba un rato caminando sin rumbo de manera inconsciente. Se había adentrado en la maleza siguiendo un pequeño sendero. Algunos claros del bosque daban fe del uso como combustible que habían dado los ciudadanos a aquella pineda durante la guerra. La paz llenaba aquel espacio que invitaba a relajarse. Los ruidos producidos por los insectos nocturnos pronto lo envolvieron formando una atmósfera atemporal. Tenía una sensación extraña, de una cierta complacencia. Pensó que se había alejado bastante del mirador. Había paseado sin rumbo y en aquel momento ya era noche cerrada. Intentó volver sobre sus pasos, pero el sendero parecía diferente ahora. En aquel momento, la espesura parecía envolverlo y aislarlo de la civilización. En realidad, se hallaba perdido en medio de un bosque, pero ello no le producía ninguna sensación de inquietud, más bien de cierto asombro. En un momento dado, un tupido muro formado por arbustos le cerró el camino. Se giró y pudo ver un pequeño sendero iluminado por la luna. El astro nocturno parecía querer indicarle el camino a seguir. Ante la imposibilidad de tomar otro camino siguió aquella senda. Poco a poco fue ensanchándose permitiéndole ver un paisaje dominado por

pinos y cedros. Parecía más agreste que el que había visto hasta aquel momento, pero al mismo tiempo, más acogedor.

Una lejana y pálida luz guiaba como un faro a los despistados caminantes como él. Se acercó a la luz y pudo observar que pertenecía a una cabaña. Parecía más bien un chamizo de cazadores, muy poco apropiado por estar tan cerca de la ciudad. Poco apoco distinguió un ruido que se iba imponiendo al resto. Parecía una extraña letanía producida por el canto melódico de una voz femenina. Aquella situación se le antojaba bien extraña. Se acercó. El sonido se mantenía cadencioso y rítmico, no decaía. Observó que la luz correspondía al reflejo del fuego que permanecía encendido dentro de la cabaña.

La situación lo intrigaba, pero una sensación de tranquilidad y seguridad lo envolvía en todo momento, como si aquel lugar fuera el refugio de todos aquellos que se perdían. Se asomó a la ventana y pudo ver que la cabaña era de madera y constaba de una sola habitación. En un rincón había un jergón en el suelo cubierto con mantas, Una pequeña mesita se hallaba en su centro. No había sillas, tan solo una mecedora cerca de la puerta. Un primitivo hogar se hallaba en un extremo. Junto a él, colgados de una cuerda se hallaban diversos utensilios de cocina. Sobre el fuego se encontraba un cazo colocado entre unas piedras enrojecidas. El dulce aroma de unas hierbas se extendía por toda la cabaña y se percibía en el exterior. Una gruesa y amplia alfombra se hallaba ante el fuego y, sobre un escabel, había una anciana con muchas arrugas y una gran mata de cabello blanco despeinado que recitaba de manera incansable el incesante mantra.

Aquella escena parecía corresponder a una época histórica anterior. La situación era tan extraña que Carles dudó sobre lo que debía hacer. Ignoraba si aquella señora le podría dar algún

tipo de información sobre el camino de vuelta a la ciudad. En aquel momento, como respuesta a sus dudas, la puerta se abrió. La mujer sin abrir los ojos en ningún momento dejó de entonar aquella melodía extraña, y un escalofrío recorrió el cuerpo del policía cuando oyó que decía.

—Pasa, Carles. Te estaba esperando.

LOS HECHOS DE MAYO

Mayo, 1937

Guillermo volvió a subir la escalera y chequeó de nuevo la puerta de hierro. Notó el calor que desprendía como consecuencia del incendio que devoraba la vivienda. Una pequeña rendija por la que se colaba una estrecha franja de luz le permitía tener una mínima visibilidad. El aire comenzaba a enrarecerse ya que el humo se colaba por la parte inferior de la puerta. Desanimado, se sentó en el escalón más elevado.

Muchas imágenes vinieron a su mente, semejantes a una proyección en retrospectiva de su vida, como si se tratara de una película de aquellas de las que había oído hablar, pero jamás había podido presenciar. Le vino a la mente la imagen de Ascaso y, con él, el recuerdo de la moneda que le había regalado. Recordó que le había comentado que aquella pieza siempre le había traído suerte. Sacó la moneda del bolsillo y la miró. Como no podía ser de otra manera, aquella era una moneda revolucionaria. Recordó que el anarquista le había comentado que era una pieza de cincuenta centavos acuñada en el estado de Guerrero, en las bases de Zapata. Un incorregible acto romántico le había hecho guardarla y conservarla aduciendo la suerte que generaba. Guillermo no creía esencialmente en aquella argumentación, pero lo cierto

fue que Ascaso le dio la moneda y poco después moriría ante el cuartel de Atarazanas.

El humo comenzaba a generarle dificultades respiratorias. Siguió golpeando con fuerza la puerta a la vez que gritaba con toda la energía que era capaz. Pensó que aquel era un acto inútil pues el aislamiento de la vivienda era evidente. Pudo oír un ruido procedente seguramente de alguna parte de la vivienda que se había hundido bajo el fuego. Pensó que su tiempo se acababa y apretó con fuerza la moneda en un acto desesperado de búsqueda de una fortuna que le había sido negada.

Volvió a oír ruido. Esta vez más cerca. Pronto no quedaría nada de la vivienda en pie. Le pareció que aquel ruido era diferente, como el correr de un mueble. Gritó. Nada perdía con no hacerlo. Los ruidos siguieron. Alguien parecía estar desplazando algún trasto.

—¡Aquí! —gritó.

—¡Aguanta, que ya estoy!

Era la voz de Alex.

La puerta se entreabrió un poco y el muchacho pudo salir con ayuda desde el exterior. Alex le sujetó el brazo y estiró con fuerza de él. El calor era infernal y la casa parecía un horno. Alex presentaba algunas quemaduras en las manos y el pelo. Tenía la ropa bastante destrozada. Su aspecto correspondía al de un hombre desesperado.

—¡Vamos!, ¡rápido o no lo contaremos! —exclamó su salvador.

Guillermo lo siguió, pero una cortina de fuego se interponía entre ellos y la salida. Volvieron para atrás y entraron en una habitación. Cerraron la puerta tras ellos en un intento de proteger su espalda. Allí el fuego no había llegado. En la pared que daba al exterior había una estrecha ventana de

forma gótica, con arco apuntado y con una hermosa vidriera que representaba formas geométricas en múltiples tonalidades. Alex cogió una silla y la lanzó contra los cristales que estallaron en una explosión de color.

—¡Por aquí! —le dijo.

Salieron por la ventana dejando atrás el edificio en llamas. Recorrieron el terreno que separaba la vivienda de la verja y saltaron la valla. Siguieron caminando por un sendero rodeado de vegetación. Guillermo seguía los pasos de Alex que lo condujo hasta un vehículo escondido tras unos árboles: un Citroën C4 de color azul.

—¿De dónde has sacado el cacharro? —preguntó Guillermo sorprendido ante la capacidad de Alex de conseguir recursos.

—Si no quieres que te mientan, mejor no preguntes —contestó Alex—. ¡Sube!

Guillermo se sentó en el asiento del vehículo y notó de repente una gran debilidad fruto del cansancio y la tensión acumulados. Las manos le dolían y se las frotó con energía. De repente comenzó a reír, era una risa descontrolada, un tanto histérica. Miró hacia Alex que también reía. En aquel momento fue consciente de que había salvado la vida.

—¡Gracias!

—De nada. Ya sabes que no tengo otra cosa que hacer que salvarte la vida en mis ratos libres.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó el muchacho.

—Verás. Estaba vigilando a la banda de Max porque he observado una relación entre Soto y la banda. Sé que estos días han estado en contacto. Para mi sorpresa veo que el espía, el hombre que vengo siguiendo…

—Litus.

—Sí, ese es uno de sus múltiples nombres. Litus venía con la banda. Todas mis sospechas se habían cumplido. Ya sabíamos de la relación entre Soto y Litus y ahora confirmaba finalmente algún tipo de vínculo entre Li tus y la banda de Max. Pero… ¡Mira por donde que un muchacho entrometido había entrado en la casa de los sospechosos y había sido descubierto! No me quedó otra que seguiros y aquí llevo dos días espiando a tus nuevos amigos. Solo cuando vi que quemaban la casa fui consciente de que la abandonaban. Por eso entré.

Guillermo adoptó una pose seria.

—Lamento que por mi culpa haya escapado el espía.

—Es igual. Ya lo cogeré en otra ocasión.

—¿Por qué lo persigues?, ¿por qué tienes tanto interés en ese hombre? —La curiosidad de Guillermo era innata—. Y no me digas que porque es un delincuente.

Alex lo miró a los ojos. Guillermo pudo ver que una nube le oscurecía la mirada. El espía pareció perderse en sus pensamientos. A continuación, comenzó a explicar una triste historia, una historia que le afectaría todavía años más tarde.

—Yo era un estudiante en la universidad de Cambridge cuando fui contactado por los servicios secretos británicos. En la universidad había mucha oposición al fascismo, oposición que hizo que algunos estudiantes entraran en el partido comunista. Ello inquietaba al gobierno inglés, más temeroso del comunismo que del fascismo. Tuve el encargo de vigilar a algunos compañeros y dar información de sus movimientos. Algo en mis informes les debió llamar la atención y me dieron otro trabajo. Yo tengo facilidad para los idiomas y domino el ruso y el italiano también. Me enviaron a Italia para investigar a algunos hombres. Eran espías que trabajaban para Mussolini. Realicé el seguimiento de aquellos individuos,

actividades, movimientos, etcétera. Paralelamente…, conocí a una chica, Paula se llamaba… —Alex sonrió—. Era una muchacha estupenda: guapa, alegre y muy decidida. Me enamoré de ella como no lo había hecho de ninguna otra chica.

Hubo un momento de silencio que Guillermo no quiso interrumpir. Alex prosiguió su explicación en un tono un poco más bajo.

—Oficialmente, Inglaterra seguía relacionándose con Mussolini. De hecho, el *Duce* había trabajado para el MI5, el servicio secreto inglés en 1917. Su objetivo en aquel momento había sido realizar propaganda probélica para que su país no abandonara la guerra. Gracias a sus contactos del MI5, hace un par de años, buscó su apoyo para anexionarse Abisinia… ¡Pero eso es otra historia! El caso es que descubrí que, tras los hombres que me habían encargado investigar, algunos de dios preparados para entrar en Inglaterra, había alguien en las nombras. Lo llamaban de diferente manera: Giulio, Roberto, etcétera, pero era conocido como Litus. Este parecía ser el Jefe de aquella sección. Su misión era eliminar a aquellos que le oponían a Mussolini. Aunque muchos de ellos se habían marchado a otros lugares, ellos investigaban a los opositores y los eliminaban si los descubrían. Mientras yo avanzaba en mis investigaciones no sabía que, al mismo tiempo, estaba siendo seguido. ¡Idiota de mí! Me creía invisible y ellos seguían mis pasos —dijo con un deje de amargura.

—¿Y qué pasó? —preguntó Guillermo.

—El caso es que, un día que volví a casa, encontré a Paula muerta. La habían asesinado. Junto a ella había una nota amenazadora que me invitaba a desaparecer. Aquello pretendía ser un aviso para mí, pero era mucho más que eso. Sin Paula, todo me parecía carente de sentido. Juré que no

descansaría hasta encontrarlo y cargármelo.

—¿Cómo sabes que fue él? Pudo haber sido otra persona.

—En la nota tuvo el cinismo de firmar como Lorenzo, otro de sus nombres. Quería que supiera que había sido él. Tuve que partir de Italia sin encontrarlo y ahora que estoy en España he vuelto a verlo. Sé que está aquí desde hace algunos años y ha estado siguiendo a sindicalistas y otros individuos que manifestaron su oposición al *Duce*. Lo seguí hasta la casa donde te encontré y ahora ha aparecido otra vez.

—Pero me dijiste que trabajabas para Aurelio Fernández.

—Guillermo. Te he salvado la vida porque no quería tener otra muerte bajo mi conciencia. Espero que seas consciente de que todo lo que te estoy diciendo es secreto.

—En efecto. No te preocupes que no diré nada.

—En Barcelona he estado relacionado con Aurelio Fernández a partir de mi amistad con Aleksandre Orlov. Establecí contacto con él en Inglaterra. Era un espía ruso que se hacía pasar como director de una fábrica de refrigeradores americana. Algunas de sus actividades y relaciones llamaron la atención del MI 5. Me hicieron seguirle y establecí amistad con él. En alguna ocasión necesitó que le hiciera algún favor y lo hice con el consentimiento de mis jefes. Hace unos meses fue destinado a Barcelona, de manera que cuando llegué aquí, me puse en contacto con Orlov y me pidió que trabajara para él. Sus intereses y los míos coincidían en cierta manera así que decidí aprovecharlo. De esa manera los republicanos creen que trabajo para los rusos y los rusos piensan que para los republicanos.

—Pero tú en realidad trabajas…

—Yo trabajo con el objetivo de matar a ese canalla. Él me quitó lo que más quería, yo le quitaré la vida —dijo con un tono solemne.

—Alex. Cuenta conmigo. Te ayudaré a encontrarlo.

Alex miró a Guillermo y sonrió.

—Gracias, pero este tipo es muy peligroso.

De repente, el rostro de Guillermo se transformó adquiriendo una expresión de alarma.

—¡Tengo que ir a casa de Lena!, ¡tengo que avisarla! ¡Ellos pretenden asesinarlos! —exclamó Guillermo repentinamente recordando las palabras de Soto.

—Bien. ¡Vamos allá! —dijo poniendo el motor en marcha y saliendo disparado hacia el centro.

—Pronto el humo alertará a alguien y vendrán a ver qué ha pasado —dijo el muchacho.

—No te preocupes. No vendrá nadie.

—¿Y eso?

—Porque ahora mismo, Barcelona es un infierno.

* * *

En el camino hacia su destino Alex fue informando a Guillermo de la situación generada en los últimos días. La desconfianza entre anarquistas y comunistas se arrastraba desde hacía tiempo. Los anarquistas habían controlado el poder desde que consiguieron hacer fracasar la rebelión en Barcelona. La guerra civil española había cogido desprevenido a Stalin quien pronto comprendió la importancia de la revolución. Pensó que podía ser un incentivo para otros movimientos sociales mundiales y, por tanto, un peligro para el comunismo. Pero para ello había que apartar del poder a la CNT y, si era posible, aplastarla. A finales de abril del año 1937, lo que habían sido roces entre dos maneras de entender

la guerra y la revolución comenzaron a convertirse en enfrentamientos. El 25 de abril fue asesinado Roldán Cortada, un militante destacado del PSUC, miembro del Comité Regional de la UGT. La FAI fue acusada del asesinato. Dos días después fueron asesinados tres militantes anarquistas de Puigcerdà. Los enfrentamientos adquirían un cariz cada vez más violento.

En Barcelona se vivía una psicosis de guerra civil entre los diferentes grupos que controlaban el poder. Los comunistas y los partidos no proletarios exigían el desarme de las organizaciones proletarias. Además, los anarquistas no podían aceptar el desarme ya que consideraban que perderían las victorias revolucionarias que habían obtenido hasta aquel momento. Los comunistas provocaban a los anarquistas y estos últimos intentaban no caer en esta provocación. El ambiente en aquellos días era muy tenso y una chispa podía crear un gran incendio.

Y la chispa saltó: Artemi Aiguader, consejero de Interior del Gobierno de la Generalitat, junto con un contingente de fuerzas comandadas por Rodríguez Sales decidieron incautarse de la Telefónica. La Telefónica era un punto emblemático para los anarcosindicalistas ya que la CNT se había apoderado de ella en julio de 1936 y había mantenido un dominio sobre el edificio. Este intento de incautación fue tomado como un ataque directo a la organización anarquista. Por Barcelona corrió la voz de que eran atacados los edificios obreros y aparecieron anarquistas armados en las calles. Se interrumpió el trabajo y se generalizó la lucha.

El pánico se adueñó de la ciudad: la multitud huyó por la Rambla, los tenderos cerraron rápidamente las tiendas, la gente se refugió en el metro. La impresión era que la fuerza pública iba contra la CNT y la clase trabajadora en general. Por

la noche, los máximos dirigentes sindicales y políticos intentaron parar aquella violencia, pero al día siguiente las barricadas comenzaron a hacer su aparición en las calles. Fracasadas las negociaciones, las fuerzas en lucha quedaron definidas: por un lado, la fuerza pública (guardias de asalto, *mossos d'esquadra*, etc) y los partidos políticos que formaban parte del gobierno; enfrente tenían a los anarquistas (CNT, FAI), los marxistas-leninistas del POUM y buena parte de las Patrullas de Control.

El día cuatro de mayo los encuentros violentos se habían generalizado por toda la ciudad. Se luchaba con una violencia extrema. Los anarquistas sabían por experiencia que, si no se apoderaban rápidamente del poder aquel mismo día, ya tenían perdida la batalla. Los dirigentes políticos y sindicales no controlaban a sus militantes y las demandas de alto el fuego quedaban en palabras vacías. Había tantos recelos acumulados que resultaba imposible frenar las masas que querían aprovechar aquella ocasión para liquidar a sus adversarios.

Tanto en la tarde y noche del día cuatro como la mañana del cinco no se detuvo la lucha. Los tiroteos no cesaban, tampoco los ataques con bombas de mano. Grupos de diferentes organizaciones se dedicaban a registrar a los escasos viandantes y rompían los carnets del sindicato. A las doce del mediodía se había nombrado un nuevo gobierno de la Generalitat, pero una hora más tarde moría Antoni Sesé, miembro del nuevo gobierno, atacado cuando iba en un coche oficial en la calle Caspe.

Guillermo escuchaba las explicaciones de Alex con sumo interés. A medida que el vehículo atravesaba la ciudad, el ruido de los disparos acompañaba su viaje como si de una dramática sinfonía se tratara.

LA ANCIANA

Abril, 1940

Carles entró en tanto intimidado en la cabaña. El ambiente dentro de ella era cálido, gracias al fuego. La anciana seguía con los ojos cerrados entonando aquella curiosa melodía que le había llamado la atención anteriormente. El policía no sabía cómo actuar ante aquella situación tan extraña. Permanecía de pie en medio del habitáculo, sin atreverse a interrumpirla.

—¡Siéntate! —le dijo con suavidad, pero con una cierta autoridad.

El republicano se sentó en la alfombra, donde le indicaba la señora. En aquel momento ella abrió los ojos y observó que eran azules, de un color añil. La miró y pareció hundirse dentro de ellos. Su mirada era profunda y parecía capaz de descifrar hasta los pensamientos.

—Señora… Yo quería… —Intentó explicarle, pero enmudeció cuando ella habló.

—Tú me has llamado. Y yo he acudido a tu llamada.

Aquella explicación no parecía tener lógica. Carles se preguntó si estaría ante una persona enferma o trastornada pues aquella no era manera de comenzar una charla con un desconocido. De todas formas, el hecho de que conociera su

nombre le había desconcertado. —¿Cómo sabía mi nombre?

—De donde vengo todos nos conocemos. Me habían hablado de ti y ahora, tú me has llamado —ella insistía en el tema.

—Pero…, yo no la he llamado. Yo venía caminando y ahora me había perdido.

—Hace tiempo que estás perdido. Desde tu vuelta a la vida.

—¿Cómo dice?

Ahora el asombro había hecho mella en su rostro. Pensó que ella no podía saber que él había estado muerto.

—Tuviste tu opción de continuar el viaje hasta el final, pero decidiste volver. Tu alma no estaba preparada para abandonar este mundo.

—Fue mucho más sencillo que eso —le parecía increíble estar hablando con una anciana desconocida sobre aquel tema —. Este libro paró la bala.

Había sacado la Biblia que siempre llevaba encima y le mostró la bala. La anciana lo miraba y sonreía. Cogió unas hierbas y las echó en el cazo que hervía sobre el fuego.

—Al final —prosiguió—, fue una cuestión de suerte.

—El azar disminuye a medida que aumenta el conocimiento —le dijo en un susurro.

Un recuerdo de Josefa llegó a su mente en aquel momento. En cierta manera la situación era similar. Se encontraba en un lugar perdido en un bosque en las afueras de Barcelona, pero diríase que estaba en medio de un paraje solitario e inhóspito. Resultaba fácil de creer que se hallaban fuera de la civilización, incluso del mundo. La luz producida por el fuego y el aroma que desprendía aquella misteriosa infusión dotaban al espacio de un aura atemporal y místico.

—Otra mujer me dijo algo parecido, que las casualidades

no existen.

—Josefa.

Aquel nombre se le clavó como una espina en el cerebro.

—¿Cómo lo sabe?

Ella sonrió y lo miró como se mira a un niño que no comprende la sencillez de las cosas.

—Ya te dije que, de donde yo vengo, todas nos conocemos.

—Me dijo que yo la había llamado.

—En efecto. Por eso estoy aquí.

—Pero yo solo pretendía encontrar el camino de vuelta —el policía intentaba poner un poco de cordura en aquella situación tan sorprendente para él.

—Mira Carles —le miró con aquellos ojos de azul intenso—, la bala dio en el libro, pero tú pusiste la intención.

—¿Quiere decir que yo pude desviar su trayectoria?

—Podemos hacer más cosas con la mente de lo que nosotros mismos creemos. ¿Qué somos si no?, ¿unos simples seres que caminan, hablan, comen y duermen? Somos más, mucho más.

—Pero…, yo recuerdo que estaba desesperado por la muerte de Dolors, que no me importaba morir.

—Sin embargo, se te dio la posibilidad de volver y de resolver tus asuntos. Es una opción que rara vez se da. Tu ser era consciente de la opción que se te daba y decidiste volver.

—¿Volver?, ¿fui yo quien lo decidió?

La anciana afirmó con la cabeza.

—En efecto. Fuiste tú.

Carles lo negaba. Su raciocinio le impedía creer en lo que estaba oyendo.

—No puede ser. No creo que uno pueda decidir vivir, si se supone que está muerto.

—No es tan difícil —ella sonreía manteniendo una expresión de conmiseración—. La vida y la muerte llevan el mismo camino. A menudo se cruzan. Lo único que se produce es un cambio de estado, pero en el fondo es lo mismo.

—¿Cómo puede ser lo mismo?, ¿qué diferencia habría entonces entre la vida y la muerte?

—El conocimiento. La diferencia está en el conocimiento y la comprensión. Con la muerte nos encontramos con nuestro ser.

A Carles aquella conversación le sorprendía, pero al mismo tiempo no quería dejar de preguntar.

—Si solo hubiera una diferencia en el conocimiento, ¿no nos encontraríamos con los muertos?, ¿no los veríamos en algún momento?

—Es curioso que me preguntes eso. Tú que ves a los muertos, hablas y caminas con ellos. Tú que viajas entre los dos mundos.

Aquella conversación se le antojaba cada vez más extraña.

—¿Qué quiere decir?

—A menudo los ves, pero no sabes distinguirlos. Por eso ellos te acompañan y, a veces, te guían en tu camino. Ellos te ayudaran en tu objetivo.

—¿Mi objetivo? Si ni siquiera yo sé cuál es mi objetivo.

—Nuestra vida está ligada a la de otras personas. Nuestras actuaciones y situación actual son el resultado de los pactos que establecen nuestras almas antes de venir al mundo. Tú, como todos, eres cautivo de tus pactos.

—¡Esto es una locura!

—¿Estás seguro?, ¿qué has hecho desde que volviste a la vida?

Carles reflexionó y entornó los ojos negando con la

cabeza.

—La verdad es que no lo sé. Estoy investigando sobre unos asesinatos. En cierta manera estoy atrapado en un bucle.

—¿Por qué?

—Porque siento que lo que quiero hacer no lo puedo realizar. Y, sin embargo, no puedo dejar de hacer lo que hago.

—¿Qué es lo que te gustaría hacer?

—Investigar donde está mi madre, saber qué le pasó a Dolors, quien la asesinó, donde está su cuerpo. Una congoja me domina. No podré descansar hasta que dé con ellas.

—Y ahí está la base de tu pacto. No podrás descansar hasta que las encuentres. No puedes dejarlas solas. A eso te comprometiste y por eso estas luchando. Sabes que cada investigación que estás realizando te acerca un poco más a tu objetivo. Por eso no puedes dejar de hacer lo que haces. Cuando buscas a Guillermo, estás buscando a Dolors. Todos están en el mismo puzle. Todo está relacionado.

En aquel momento ya no se sorprendió que aquella extraña supiera el nombre del muchacho que buscaban.

—Josefa —recordó—, me habló de que estamos ligados por unos lazos invisibles.

—En efecto. Por eso hemos de aprender a perdonar y a amar, porque todos somos uno.

—También me dijo que tenía un hijo —dijo con cierta pesadumbre.

Ella afirmó con la cabeza.

—¡Así es! Tu hijo. Él te está esperando.

—¿Cómo puede ser? Si Dolors está muerta. ¡No entiendo nada!

Ella lo miró con una gran dulzura. Le puso la mano en la mejilla. Carles sintió que una ola de calor le recorría la cara y le llegaba al cerebro. La sensación fue muy acusada, pero al

mismo tiempo sumamente agradable. Sintió un cansancio extremo y todo el entorno se desvaneció ante sus ojos. La oscuridad le llegó en forma de un sueño reparador y un suave susurro dominó su mente haciéndose cada vez más perceptible a su conciencia.

—¡Ten fe! —Fue el mensaje que recibió antes de perder el conocimiento.

* * *

El sol lo despertó. No sabía qué hora era ni cuánto tiempo había permanecido inconsciente, pero sin duda había pasado bastante tiempo. Imaginó que diez o doce horas por la posición del astro. Se había despertado en medio del bosque. No había ni rastro de la cabaña donde había tenido lugar el encuentro. Sentía que todo lo vivido había sido un sueño. A pesar de haber dormido a la intemperie, en ningún momento había pasado frío. Todavía le parecía sentir el calor que había desprendido la mano de la anciana. Aquella sensación le había recorrido todo el cuerpo y lo había mantenido protegido de las inclemencias del tiempo. Se levantó y se limpió con unos golpes de la mano, la chaqueta y los pantalones. Llegó hasta el sendero y entonces, con suma facilidad, supo encontrar el camino de vuelta.

Una vez en la ciudad, cogió un taxi para que lo llevara al local de la calle Fernando. Durante el trayecto no paraba de dar vueltas a lo sucedido. Había sido un fenómeno bien extraño. Había hablado con una desconocida que le había colocado ante sus retos y objetivos. Pensó si la anciana, de la cual desconocía el nombre, no sería uno de aquellos fantasmas

que le acompañaban. Le había dado unas informaciones tan concretas que difícilmente podía pasarlas por alto. Tal vez sencillamente había sido un sueño. Pero algo en su interior le decía que el contacto había existido, que ella probablemente era capaz de visualizar situaciones un tanto peculiares, como antes hiciera Josefa.

Y que su hijo le estaba esperando.

Cuando llegó al local, el ambiente de actividad que se respiraba le sorprendió. Hamed estaba preparando el vehículo y parecía que se disponían a salir de manera inmediata. Ernesto lo miró un tanto sorprendido por su aspecto.

—¿Qué pasa? —preguntó Carles.

—¿Dónde estabas? Esta mañana te hemos buscado. Salimos ahora.

—¿A dónde?

—A la casa de la Trinidad. A la vivienda de Vicente Santos. Han encontrado el cadáver de un niño enterrado en la propiedad.

ENTRE CADÁVERES

Abril 1940

—A principio pensé que era topo. Apos. Se veían unos montecitos de tierra en la superficie. Aquí no sería extraño que hubiera. A los topos les gustan las tierras algo húmedas. Yo tengo un huerto y, a menudo veo sus rastros. A ellos les satisfacen las lombrices y los insectos, ¿sabían que siempre tienen hambre y son capaces de acumular cientos de lombrices? Les muerde en el sistema nervioso y las dejan inmóviles pero vivas. Así tienen carne fresca en caso de apuro.

—¿Podría ir al grano? —preguntó Carles poco interesado en las características peculiares de la vida y obra de los topos.

—¡Ah! Sí, perdonen. Es que se me va la cabeza cuando discurro. —Pues procure retenerla y decirnos cómo encontró el cuerpo. Se hallaban en la propiedad de Vicente Santos interrogando a Anselm Baiges, el hombre que había encontrado el cadáver del niño. Una vez que habían investigado y revisado la vivienda, consideraron que merecía tener vigilancia dado que el caso todavía no estaba cerrado y las investigaciones hasta aquel momento eran incompletas. La policía había creído necesario delegar la función en un vecino de confianza. Este había sido quien había dado la voz de alarma al encontrar restos de un pequeño cadáver.

—Verán. Yo había visto los montoncitos y, como les he dicho, pensé en primer lugar que habían sido topos. Me extrañó porque parecía que la tierra en aquella zona había sido removida respecto de la de alrededor. Luego pensé en ratas o, incluso podría haber sido un perro, uno que no fuera demasiado grande. El caso es que estaba pensando eso cuando de repente vi algo extraño, parecían unos huesos.

—¿Unos huesos?

—Sí. Me acerqué y me sorprendí bastante porque parecían los huesos de una mano, una mano pequeña.

—¿Y qué hizo entonces?

—Como no tenía claro cómo había ido a parar aquello allí me fijé en aquellas pequeñas montañas de tierra. En alguna se había escarbado bastante. Yo iba con mi azada porque venía de trabajar el huerto, y me puse a remover la tierra. Fue entonces cuando lo vi.

—¿Qué vio exactamente?

—Vi el cuerpo del chiquillo. Primero vi algo de ropa, bastante estropeada. Parecía una camisa de color azul. Pensé que era un trapo, pero luego, cuando removí un poco más, me di cuenta de que era el cuerpo de un muchacho. ¡Pobre! ¡A saber sus padres donde estarán!

Tras atender al testigo, se dirigieron al lugar donde se hallaban otros dos policías. Allí pudieron ver la zanja realizada por Anselm. Había dejado al descubierto el cadáver de un niño, de seis o siete años aproximadamente. No lo habían visto anteriormente porque su interés había estado centrado en el interior de la vivienda. La visión de aquel cadáver le recordó a Carles el comentario de la anciana respecto a su hijo.

—¿Qué crees que pasó? —le comentó Carles.

—Imposible de saber. Además, ignoro si tiene relación

con el caso o es una casualidad.

—Creo que habrá que descartar la casualidad. ¿Cuánto tiempo puede llevar aquí?

—Por la tierra removida y el estado del cadáver —contestó uno de los policías—, unos cuantos meses, puede que años incluso.

—Ese aspecto nos lo aclarará mejor nuestro amigo el poeta, Florencio López —comentó Carles.

—¡Dios mío! —exclamó Ernesto—. ¿No pensarás en escribir una poesía cuando lo visitemos?

* * *

El piso dejaba mucho que desear, no porque estuviera desocupado desde hacía tiempo, probablemente el hecho de que sus dueños fueran dos hombres poco cuidadosos con el orden y la limpieza había contribuido a reflejar aquel estado de desorden. Finalmente habían podido descubrir la vivienda de los hermanos Boix: la planta baja de un edificio de la calle Córcega, próxima a la zona costera. Ya habían visitado los restos del almacén del puerto donde dejaban sus aparejos y herramientas de trabajo. Lo que más les había sorprendido había sido el hecho de no encontrar restos de su barco, sobre todo si tenían en cuenta que su oficio consistía en sacar el máximo rendimiento de los productos de contrabando.

Por lo que habían podido saber, indagando y preguntando a amistades y vecinos de trabajo, los hermanos Boix habían mamado el mar desde pequeños y habían heredado una barca de pesca a la muerte de su padre. La barca, un falucho de 12 metros de eslora, 3,75 de manga y 1,53 de puntal, con un

motor de 4 cilindros y vela latina auxiliar no satisfacía la afición principal de los hijos que consistía en ganar mucho dinero. Dado que la pesca no producía al ritmo que ellos necesitaban, pronto le encontraron otra utilidad a la barcaza: no tardaron en incorporarse al remunerado y peligroso negocio del alijo.

Tras registrar la vivienda, sin encontrar rastros recientes de su permanencia en ella, lo único que consideraron de interés fue una serie de mapas costeros, lógico si se tenía en cuenta su interés pecuniario. Algunos puntos estaban señalados de manera específica. A pesar de que la mayoría de los mapas correspondían a lugares de la costa catalana, uno de ellos les llamó la atención pues en él, estaba reflejada la costa murciana y señalado, con especial énfasis, el cabo Cope.

* * *

—Normalmente hacían viajes cercanos, no más abajo del Delta. Si tiraban para arriba sé que podían llegar hasta Francia. Todo dependía del montante económico.

—¿Tenían algún lugar en especial dónde ir?

—Podían ir a cualquier parte. A menudo recibían encargos. Sé que solían ir a la costa Brava: Begur, l'Estartit, en general, cerca de la frontera francesa.

Salomón hizo una pausa y fumó de su pipa. El humo y el olor característico se extendieron por toda la estancia. Se hallaban en un pequeño almacén del puerto, de su propiedad. Había tomado medidas de seguridad para que nadie pudiera ver que tenía aquellos invitados. «Es malo que sepan», dijo. Salomón debía tener más de sesenta años pues su cara era

todo un mapa de arrugas debido a la dureza de las inclemencias del tiempo. Mercurio, el confidente de Carles se los había presentado. Llevaba días buscando el paradero del hermano de Aaron Boix, uno de los seis hombres que se habían marcado la imagen del Santo Grial. No lo había encontrado, pero en cambio, se había tropezado con Salomón, un marinero veterano, observador de las idas y venidas de los dos hermanos.

—¿No sabe si pudieron ir a Cartagena? —preguntó Carles.

—No lo sé. Ignoro si han ido a Cartagena. Pero…, ya se sabe, si hay negocio, se lía uno la manta a la cabeza y tira *palante*.

—¿Cómo sabe los lugares a donde iban?

—Muy fácil —sonrió—. Se los enseñé yo.

—¿Usted hace contrabando? —preguntó Ernesto un tanto sorprendido.

—¡Uh! —sonrió de manera picara—. Uno ha hecho muchas cosas de joven. Muchas buenas, otras no tanto, pero…, así es la vida y así hay que llevarla.

—¿Cuándo vio por última vez a Manuel?

—Ya hace varios meses. Yo creo que cuando acabó la guerra más o menos. Fue a hacer un trabajo y…, ya no volvió —se quedó un tanto pensativo.

—¿Podría haber huido? —preguntó Carles.

—No. Está muerto.

—¿Muerto? ¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo Blai, *el Seisdedos*. Bueno, le llaman así porque en una mano tiene seis dedos. Cosas del nacimiento.

—¿Y cómo sabe ese tal Blai que Manuel está muerto?

—Verá, un día me dediqué a arreglar las redes. Fui temprano, pues es una faena muy entretenida. Recuerdo que

yo tenía una sensación rara, como si me estuvieran vigilando. Entonces lo vi. Debía de haber dormido en una barca. Lo saludé, pero parecía un poco trastornado. No paraba de mirar a uno y otro lado. Le pregunté si se encontraba bien. Me dijo que necesitaba dinero. También tenía que buscar un lugar para esconderse, ya que al parecer lo seguían.

—¿Le explicó quién lo seguía?

—Yo le pregunté, pero me dijo que había acompañado a Manuel Boix a un viaje a Begur, a una cala aislada para hacer intercambios comerciales… Ya me entienden ustedes.

—Lo entendemos —afirmaron al unísono los dos policías.

—Fondearon en el lugar habitual. Al parecer era una trampa. Unos sujetos los estaban esperando. Parecía que buscaban a Manuel. «Lo mataron», me dijo. Estaba muy alterado.

—¿Qué hizo luego?

—Al parecer él pudo escapar. Saltó por la borda y, en la oscuridad, se alejó a nado hacia la costa. Por lo que me contó, los delincuentes hundieron el barco con Manuel dentro. Normal que estuviera tan asustado.

—¿Lo volvió a ver?

—Le dije que yo tenía un amigo que lo podría esconder una temporada. Este tenía una casa en Bigues y sé que él podía acogerlo pues, además de la casa, tenía un almacén bastante grande. Aquello está bastante aislado.

—¿Puede ser que todavía esté allí? —preguntó Carles.

—Es posible. Le comenté que era mejor que no apareciera por ningún lado. Cuando te encuentras en esas situaciones es mejor que el mundo se olvide de tu existencia.

—¿Podría acompañarnos hasta allá?

El hombre intentó negarse, pero ante la dura mirada de los policías pudo entender que aquello, más que una

insinuación, era una exigencia.

—Bien. Creo que cogeré mi abrigo —dijo con una marcada resignación.

UN ASESINATO ANUNCIADO

Mayo, 1937

Logramos llegar a casa de Lena en el Guinardó. El ruido de los disparos se mezclaba con la música de fondo de una obra teatral. Aquella zona parecía tranquila, aunque eran conscientes de que no podían dejarse llevar por las apariencias. Guillermo bajó del vehículo rápidamente y entró en casa de Toni Vallés. A pesar de llamar a gritos a sus propietarios, solo obtuvo el silencio como respuesta. Recorrió la vivienda con pasos acelerados. No percibió señales de violencia.

—¿No hay nadie? —preguntó Alex desde la puerta.

—No. No están. ¿Puedes llevarme a mi casa?

—Lo intentaré. Iremos dando un rodeo. Has de tener en cuenta que las calles del centro son las más peligrosas.

Alex condujo con precaución evitando las calles céntricas. Llegó un momento en que el vehículo fue detenido por unos hombres fuertemente armados. Llevaban indicativos de la CNT. Les pidieron la documentación y Alex le enseñó unos papeles. Guillermo los miraba con preocupación. No podía dejar de pensar que, dada la enemistad entre comunistas y anarquistas, podían tener serios problemas. Poco después, el que parecía jefe del grupo, un hombre con abundante barba y una camisa negra, les dijo:

—¡Tened cuidado! Hay mucho jaleo. La cosa anda revuelta. Un poco más abajo, los guardias de asalto se han cargado un camión blindado. Pasad, pero sería mejor que dierais media vuelta.

Se despidieron del anarquista y, una vez pasado el obstáculo, Guillermo le preguntó:

—¿Cómo es que tenías el carnet de la CNT?

—Si no quieres tener problemas has de contemplar todas las posibilidades. Creo que el hombre tenía razón. No podemos seguir adelante sin poner en riesgo la vida.

—Yo he de ir a casa de mi madre. Tengo que saber cómo se encuentran. También si Lena y su padre están bien.

—Haremos una cosa —le dijo Alex—. Te dejaré aquí y vas caminando. Evita las zonas de conflicto y las barricadas. Será mejor. Esta noche nos vemos en tu casa. Hemos de hablar.

—¡Pero si no sabes donde vivo! —Alex sonrió.

—Recuerda Guillermo que si no quieres tener problemas has de contemplar todas las posibilidades.

El recorrido hasta su hogar se convirtió en toda una carrera de obstáculos en la que se jugaba la vida. Sus vivencias cotidianas relacionadas con la guerra, tanto como su conocimiento de aquellas calles y callejones hicieron que fuera posible llegar a su casa sano y salvo. La alegría de su madre al verlo fue indescriptible. Lo abrazó con la desesperación propia del que sabe que ha recuperado algo muy valioso que daba por perdido. Grandes surcos producidos por lágrimas, así como oscuras ojeras enturbiaban su aspecto que, a pesar de todo, mostraba una belleza un tanto indómita e inalcanzable.

—¡Dios mío! ¡Te daba por perdido! ¡Estás vivo!

Guillermo era incapaz de pronunciar palabra y sollozaba como un niño entre los brazos de su madre. Permanecieron

un largo instante abrazados hasta que una voz conocida resonó en la sala.

—¡Guillermo!, ¿eres tú?

Lena apareció e interrumpió aquel íntimo encuentro. El muchacho sonrió y se abrazaron. A Helena no le quedó otro remedio que contemplar a su hijo en los brazos de otra mujer. Pensó que ya era todo un hombre, que aquel muchacho rebelde al que le gustaba escuchar historias de aventuras se había convertido ya en una persona adulta. Solo era cuestión de tiempo que sus caminos divergieran.

—¿Qué te ha pasado? —le dijo su madre—. ¿Has comido? ¡Estás hecho un desastre!, ¡fíjate cómo vas! ¡Llevas la ropa destrozada!

Todos rieron, fue una risa de desahogo porque eran conscientes de la gravedad de la situación. El muchacho comenzó a comer con desespero cuando su madre le puso un plato de arroz hervido y un par de huevos cocidos acompañado de pan.

—Ni ayer ni hoy hemos ido a trabajar —le dijo su madre—. Parece que todo el mundo se ha vuelto loco. Los comunistas han ido provocando hasta que el conflicto ha estallado. Yo pensé que te habían matado. ¡Hace días que no sabemos de ti! No podía ir a la policía con toda la que hay liada.

Entonces Guillermo comenzó a contar todo lo sucedido. Las caras de horror de su madre y de Lena reflejaban la gravedad de los acontecimientos narrados. A pesar de explicar el encuentro con Soto no dijo nada de las amenazas del valenciano. De repente el muchacho fue consciente de que Toni no estaba presente.

—Lena, ¿—no está tu padre?

—Mi padre ha ido a una reunión. Había quedado en verse

con un compañero.

—No es buen día para reuniones. Hay mucho peligro ahí afuera.

—Lo sé, pero… ¡Ya sabes cómo es! Le dijimos que no saliera, pero, al parecer, una persona a la que no veía desde hacía tiempo quería verlo. Además, le traía información sobre un compañero que desapareció.

—¿Un compañero que desapareció?, ¿qué historia es esa? —Guillermo estaba intrigado.

—Se trata de Josep Viñas. ¿Recuerdas el día que te encontramos?

—No lo podría olvidar.

—Pues íbamos buscando a Josep, que había desaparecido. Le había hecho llegar a mi padre el encargo de que quería hablar con él, que tenía información importante. Lo último que supimos es que había quedado con alguien en el Somorrostro. Por eso, al no aparecer, decidimos buscarlo en aquel barrio. Fue una suerte, pues te encontramos a ti. Creímos que había decidido irse. Nos extrañó su desaparición, pero a veces pasa que alguien decide dejar y abandonar lo que está haciendo para buscar nuevos retos.

Guillermo puso todos los sentidos en alerta. Una multitud de imágenes se presentaron en su mente: la caída a un pozo, un hombre con los ojos de diferente color, los comentarios de los delincuentes en casa de Josep Santaló…

—¿Ese tal Josep Viñas tiene los ojos de diferente color, uno azul y otro marrón?

—Sí —dijo Lena ahora preocupada viendo la cara que ponía su compañero—, ¿qué te pasa?

—¡Un momento! —dijo ante la evidente preocupación de las dos mujeres—. ¿Con quién ha quedado exactamente?

—Con Giulio, un antiguo compañero del sindicato.

Ahora hacía años que no lo veía.

—¿Un compañero italiano? ¿Cómo es ese hombre?

—Guillermo, me estás asustando —dijo Lena—. ¿Qué pasa?

El joven se levantó de la silla y se acercó a Lena.

—Lena. ¡Dime cómo era ese hombre!

Lena fue haciendo la descripción de aquellos rasgos que recordaba y el muchacho pudo ver que correspondía a Litus, aquel que lo arrojara al pozo.

—¿Dónde han quedado? —preguntó ahora con urgencia.

—En el local del sindicato, en unos bajos que tienen en la calle Trafalgar.

Una vez situado el local, Guillermo fue a su habitación y, del interior de una caja que tenía dentro del armario, sacó la pistola que le había quitado al oficial en la revuelta popular contra los sediciosos. Se la guardó entre la ropa.

—¡Guillermo! —dijo su madre—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a buscar a Toni y a traerlo aquí.

—Pero…, puedes esperar.

El muchacho se giró antes de salir por la puerta y les dijo:

—¡No puede esperar! Ese hombre le quiere preparar una t rampa a Toni.

—Pero…, si le va a traer información de Josep.

—Josep Viñas está muerto. Ese hombre lo mató y me obligó a ayudarle a arrojarlo al pozo. Después me golpeó y me tiró a mí también. ¡He de ir con Toni ahora!

Salió disparado por la puerta sabiendo que el tiempo jugaba en su contra. De él dependía la vida del padre de Lena. Corrió desesperado por las callejuelas próximas poniendo el oído alerta a cualquier ruido. Sabía que se jugaba mucho, la vida incluso, si alguien lo tomaba por un adversario. Tuvo que esconderse en un portal en un momento determinado. Desde

el interior pudo ver un grupo de individuos armados que entraban en un edificio, probablemente en busca de una víctima. Atravesó la Rambla y continuó por estrechos callejones. Sabía que había barricadas en torno al Palacio de la Generalitat. No era cuestión de discutir con los militantes. Pasó delante de la Basílica de Santa María del Pi. Iba un tanto cansado, pero sabía que no podía parar. Se lo debía a Toni y a su hija.

—¡Guillermo!

Se paró en seco. Alguien había gritado su nombre al pasar por delante de la catedral. Se giró y pudo ver que se trataba de Carles Gil, el policía que lo había buscado cuando estuvo en el interior del pozo. Pronto estuvo rodeado de policías. Carles lo cogió del brazo y lo apartó de sus compañeros.

—Guillermo, debes irte a casa. Las calles son peligrosas hoy.

—No puedo —respondió visiblemente fatigado—. ¡Tengo que avisarle!

—Te lo repito. Hoy no es día para salir. Estás en peligro y te pueden disparar.

—Tengo que avisarle —repitió.

—¿A quién tienes que avisar?, ¿qué es eso tan importante que has de hacer?

—No puedo perder tiempo. ¡Él lo quiere matar!

—¿A quién quiere matar?, ¿de quién estás hablando? —Al policía le resultaba difícil entender al muchacho.

—Del padre de Lena. Lo quiere matar. El mismo hombre que mató a Josep Viñas.

—¿A Josep Viñas?

—Sí. Él lo mató y a mí me arrojó al pozo.

Viendo que no podía perder más tiempo, Guillermo siguió corriendo dejando atrás a un intrigado Carles. Oyó

disparos en las proximidades, pero para su fortuna, nadie parecía estar interesado en probar la puntería sobre un desesperado muchacho. Al cabo de un rato llegó a la dirección indicada. Entró en un callejón que daba acceso a los bajos, propiedad del sindicato, un almacén que servía básicamente para guardar material. Sacó la pistola y se aproximó a la entrada. Pudo ver que la puerta estaba abierta. Ignoraba si había alguien dentro ya que no se oía ningún ruido. Con sumo cuidado se aproximó. Asomó la cabeza y vio una sala de unos treinta metros cuadrados Unas cajas apiladas se hallaban junto a una pared. Una mesa y dos sillas conformaban todo el mobiliario de la habitación. Algunos carteles, que llamaban a la acción contra el fascismo, decoraban los tabiques.

Se dirigió hacia otra sala que había tras una puerta corredera de madera. Estaba tenso pues no sabía qué era lo que le esperaba tras ese obstáculo. Respiró hondo y preparó el arma. Abrió con rapidez la puerta y apuntó hacia el interior. Gracias a la luz que entraba por una pequeña ventana rectangular pudo observar la estancia. Allí había gran cantidad de material de propaganda, una buena parte guardados en cajas; también muchas sillas plegadas y apiladas contra la pared, dispuestas para un caso de necesidad. Varias estanterías metálicas tapaban la pared del fondo, todas ellas atiborradas de material diverso.

Sin embargo, Guillermo era incapaz de ver todo aquello. Toda su atención se centraba en el cuerpo que yacía sin vida en mitad de la sala. Toni Vallés, el padre de Lena, no podría ver nunca más a su hija. Tenía varias heridas en el pecho y un cuchillo clavado en el abdomen. Un gran charco de sangre regaba el suelo del almacén.

INCENDIO EN LA NOCHE

Abril, 1940

El coche iba saltando por la estrecha carretera debido a las malas condiciones en que se encontraba. Hamed renegaba y soltaba alguna maldición en su lengua materna.

—Hamed —le reconvino Carles—, recuerda que tu religión te prohíbe blasfemar.

—Hamed no dice mal. Esta tierra de infieles. El coche no va bien en esta carretera. Horrible carretera.

Y siguió maldiciendo en rifeño. Ernesto iba en la parte trasera junto a Salomón que cada vez estaba más pálido.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—¡Pare el coche por favor!

Aquello fue una súplica desesperada. Pararon en una curva del camino, momento que aprovechó para salir del vehículo disparado y vomitar junto a la orilla del camino. Un coche los adelantó aprovechando la coyuntura. Carles y Ernesto bajaron del Fiat Hispania. Marco había quedado en Barcelona a cargo del local: querían evitar nuevas sorpresas. El republicano aprovechó para encender un cigarrillo.

—Algún día —sentenció Ernesto— descubrirán que fumar es malo para la salud.

—Ya lo dicen —respondió Carles.

—¿Y sigues fumando?

—Nuestro trabajo es más peligroso y aquí estamos —contestó lanzando una bocanada de humo.

—Eres incorregible —respondió con una sonrisa su compañero.

Una vez que se recuperó el pescador, volvieron a subir al vehículo y continuaron la ruta que seguía junto al río Tenes. A pesar de que estaba oscureciendo, Carles pudo observar que bajaba bastante agua. Al poco rato giraron por un camino y comenzaron a subir siguiendo las indicaciones de Salomón. Si hasta allí Hamed había mostrado su disgusto, a partir de este momento su enérgica verborrea manifestaba una agria desesperación. La pista seguía entre una espesa arboleda que dificultaba la visibilidad. Llegados a un claro, el guía advirtió.

—¡Allí!, ¡pueden parar el coche junto a esos árboles!

—¿Queda mucho todavía? —preguntó Ernesto.

—Unos minutos, pero creo que destrozarán el coche si siguen. Podemos llegar andando.

Tras oír aquello, Hamed frenó bruscamente obligando a bajar a todos los pasajeros. Carles y Ernesto comprobaron que llevaban las armas a punto.

—¿Es necesario eso? —preguntó Salomón un tanto inquieto.

—Nunca sabes qué pájaros pueden andar sueltos por el bosque —contestó Carles comprobando la munición.

—¡Usted dirá! —le dijo Ernesto acompañando sus palabras con un gesto de la mano.

—Hamed lleva linterna —dijo el rifeño con una sonrisa, encendiéndola ante la insuficiente luz de última hora de la tarde.

Siguieron la pista que les conducía junto al torrente de Canals. Podían escuchar el rumor del agua que descendía por

la montaña. Pronto, solo el silencio, interrumpido por los jadeos de aquellos hombres poco acostumbrados a aquellas caminatas, fue el dueño de la noche.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó Ernesto.

—No. Ya falta poco. Hemos de ir hacia aquella claridad —le dijo Salomón señalando un halo de luz que se apreciaba por encima de los árboles.

—¡Qué claridad más rara! —exclamó Carles—. Eso parece…

—¡Un fuego! —dijo Hamed.

En aquel momento unos disparos interrumpieron la quietud del bosque. De repente, todo el sosiego que había presidido la caminata se vio interrumpido por una sonora manifestación de vida. El bosque despertó en una actividad significativa. Los ruidos producidos por animales silvestres buscando un refugio más seguro dominaron el entorno. Los policías corrieron hacia el lugar donde habían sonado los disparos.

Pronto llegaron a un lugar desde donde podían divisar un claro del bosque iluminado por el resplandor del incendio de un almacén que se encontraba junto a una casa de madera. El fuego iluminaba a dos individuos que permanecían cerca del almacén. Ambos tenían armas y parecían esperar que alguien saliera del local.

—¡Blai!, ¡no tengas miedo!, ¡venimos a darte una sorpresa!

En silencio, indicaron a Salomón que se estirara en el suelo para evitar ser herido. Hamed sacó un machete y desapareció en la oscuridad del bosque. Ernesto le indicó a Carles que se separara para controlar a los dos hombres.

El republicano se alejó un tanto cuando, de repente, se oyó un tiro que arrancó un trozo de corteza del árbol junto al que estaba, apenas a unos centímetros de su cabeza. Carles se

arrojó al suelo mientras los disparos comenzaron a volar en todas direcciones. Pudo ver que un hombre caía al suelo, seguramente herido por Ernesto. El otro pistolero no esperó a ayudarle, sino que salió huyendo rápidamente y, aunque Carles le disparó presintió que no le había alcanzado. Pronto el delincuente alcanzó la seguridad de la oscuridad. El policía lo siguió, pero tropezó y cayó dándose un golpe en la cabeza. Se levantó adolorido, pero con la suficiente consciencia para ver salir de la maleza un coche que bajaba disparado por la pista. «Demasiado lejos para malgastar balas», pensó.

Volvió al claro a tiempo de ver a Ernesto y Hamed acercarse a la vivienda con prudencia. Al parecer, el herido había podido entrar en la casa. Su compañero le indicó a Carles por señas que intentara dar la vuelta por detrás del edificio para evitar su fuga. El republicano rodeó el almacén, que ahora se estaba consumiendo totalmente, y se situó a una distancia prudencial de la puerta trasera por si el gánster tenía intención de salir por ella.

Unos disparos desde el interior, probablemente dirigidos contra sus compañeros, le hicieron pensar que había decidido atrincherarse dentro de la vivienda. Decidió entrar en ella. Se acercó recorriendo la distancia que le separaba de la entrada con suma celeridad. Probablemente el pistolero ignorara que había una puerta trasera. La abrió con mucho cuidado. Esperó un momento y, como viera que el tiroteo proseguía, entró en una sala oscura pero iluminada por los reflejos del incendio. Se agachó. No quería ser un blanco fácil en contraste con las dos ventanas. Salió a un pasillo, pero tropezó y cayó haciendo bastante ruido. Maldijo en silencio su inoportuna topada. Pudo ver que la causa había sido el cadáver de un hombre que yacía en el suelo.

En aquel momento cesaron los disparos desde el interior

de la casa. Evidentemente el pistolero debía de haber sentido el escándalo. Carles se escondió rápidamente debajo de la escalera que conducía al piso superior ya que los tiros habían salido de allá. Preparó la pistola y aguardó en total silencio. Pronto oyó el crujir de las maderas en el piso de arriba, el individuo se había acercado con la intención de descubrir la causa de aquel ruido. Se le apreciaba una zancada irregular, un paso similar al que había notado muchas veces en Marco Venacio. Seguramente aquella persona presentaba algún tipo de cojera. Esperaban, como esperan los contendientes en un duelo personal, sabedores de que el primero que fallara sería el que ocupara su tumba.

De repente, el individuo comenzó a disparar a través de los escalones. Había supuesto, de manera correcta, que Carles se hallaba bajo ellos. Las balas levantaban astillas junto al policía. En aquel momento, la puerta principal se abrió con lo que otro frente se presentaba al pistolero. Este disparó en dirección a la entrada, momento que Carles aprovechó para salir rodando de su escondite y disparar hasta tres veces al delincuente. Pudo ver como una de las balas le atravesaba el hombro y otra le abría un enorme agujero en la frente. Sin decir una palabra, el hombre cayó rodando por las escaleras.

Poco después, tan solo quedó certificar su muerte. Carles lo observó, pues aquella cara le era conocida. Recordó que fue uno de los hombres que lo habían detenido en la calle y lo habían llevado a la casa del terror para, posteriormente, trasladarlo a la checa. Aquel había sido uno de sus carceleros. Pensó que los fantasmas del pasado se presentaban a la cara sin dar ninguna pista ni aviso.

—Este era uno de los hombres de Max —comentó Carles—, uno de mis carceleros.

—Nos vamos acercando —dijo Ernesto—. Hay que sacar

los cadáveres. El fuego puede propagarse a la vivienda.

Sacaron los cadáveres de los dos hombres al claro del bosque. En las proximidades el calor del incendio se hacía insoportable, por lo que se alejaron.

—Pobre Pau. Era un buen hombre. —Salomón no pudo menos que emocionarse mientras observaba el cuerpo sin vida de su amigo—. Si podía, nunca dejaba de hacer un favor.

—Su bondad le partió el corazón —contestó Carles sin poder evitar dirigir su mirada a los dos agujeros de bala que habían atravesado su órgano vital.

Los cuatro hombres permanecieron de pie contemplando como el fuego acababa de destrozar el almacén que había junto a la vivienda. La virulencia del incendio había disminuido un tanto.

—Parece que la casa va a salvarse finalmente —dijo Ernesto.

—Me parece que no volveremos a ver a Blai —comentó el republicano.

—Nunca se sabe —apostilló Salomón—. Tenía más vidas que un gato. Decía que ya había agotado seis.

—Tendremos que acercarnos al pueblo más cercano y avisar a la policía.

Ya se dirigían hacia su vehículo cuando de repente oyeron ruido proveniente de unos matorrales cercanos. El sonido correspondía al esfuerzo que realizaba una persona arrastrándose. En silencio y mediante gestos, rodearon los arbustos con las armas preparadas. De entre medias asomó la cabeza de un individuo un tanto sorprendido al verse rodeado por aquellos sujetos.

—¡Blai! —exclamó Salomón sorprendido—. Pensábamos que te habíamos perdido.

UN VIAJE NOCTURNO

Abril, 1940

Los cimientos de la obra eran la madera de figuera. El Edificio había tenido una vida anterior, una vida muy diferente. Así se lo había explicado a Blai. Aquella casa pertenecía a la familia desde hacía cientos de años, pero no siempre había sido de madera. Antaño había sido una orgullosa construcción de piedra. Gerard Tarrés, ilustre antepasado de la familia, había luchado con el ejército español en la batalla de Bicoca, en 1522, en la Guerra de los Cuatro Años, bajo el mando de Próspero Colonna. Cuando las tropas suizas y francesas ya confiaban en masacrar a los españoles, ahí estaba su antepasado, quien, junto con otros arcabuceros, eliminaron 3000 hombres entre los que se encontraban veintidós capitanes. Los suizos se vieron obligados a retirarse y Gerard Tarrés volvió a su tierra con honores y dinero. Luego mandó a construir una hermosa casa de piedra en el terreno que pertenecía a la familia. La casa había pasado al primogénito de los descendientes de generación en generación.

Fue más tarde, durante la Guerra de Sucesión que la casa había quedado destruida por las tropas borbónicas en las luchas de los felipistas contra las compañías de *miquelets*, en el Combate del Congost. Había quedado abandonada durante

muchos años, pero a mediados del siglo pasado, el bisabuelo de Pau la había reconstruido en madera. Para evitar disgustos como los sufridos, había construido una galería subterránea bajo la casa y el almacén. Así se lo había explicado Pau a Blai. Aquella tarde, el invitado venía de recoger leña y, gracias a que había estado atento, oyó llegar el vehículo. No tuvo tiempo de avisar a Pau, pero sí de esconderse y deslizarse por la estrecha galería, hecho que le había salvado la vida.

—¿No habías visto nunca a esos hombres? —le preguntó Ernesto.

—No. Pero, alguna vez había visto algún hombre extraño en el bosque.

—¿Os vigilaban?

—¡No lo sé!, podría ser.

Blai se veía muy afectado. Carles pensó que parecía bastante joven. No debía tener más de veinte años. Los granos ocupaban parte de la cara. Supuso que por eso se debía dejar barba y bigote, para esconder aquel mapa en relieve que se mostraba en forma de sarpullido. El pelo, un poco largo, le tapaba las orejas. No era muy alto, lo cual contribuía a dar esa imagen juvenil. Carles y Ernesto fueron a deliberar un poco aparte del resto.

—¿Qué te parece? —preguntó Ernesto.

—Hay que buscarle un lugar seguro. Ahora no podemos ir a la policía. De hecho, es probable que aparezcan pronto si ven el reflejo del incendio —contestó Carles.

—Sí, pero ¿dónde se puede esconder?

—Yo sé de un sitio —dijo el republicano.

Poco después, el Fiat Hispania dejaba atrás La Garriga y enfilaba la carretera hacia el norte con cinco taciturnos pasajeros. Cada uno de ellos sumido en sus propios pensamientos. Carles no dejaba de dar vueltas a los hechos

acaecidos. Pensó que el vehículo de los asesinos era aquel que los había adelantado en la carretera cuando se habían parado. Era evidente que sabían a donde iban.

Lo que no estaba tan claro era si lo habían descubierto ellos o alguien se había ido de la lengua.

Al cabo de un par de horas, la granja de su cuñado en Muntanyola apareció ante sus ojos. Pronto se encendieron las luces de la vivienda. Después del susto inicial, llegaron las presentaciones.

—Voy a hacer café —dijo Enric.

—Te ayudo —le dijo Carles.

—¿Es costumbre tuya ir a visitar a la familia a estas horas? —le espetó su cuñado una vez estuvieron en la cocina.

—Hemos tenido un incidente. Te he de pedir un favor. El muchacho que viene con nosotros…

—¿El que tiene seis dedos en la mano izquierda?

—El mismo. Necesitamos esconderlo algún tiempo. Su vida corre peligro.

—¿Y la vuestra Carles?, ¿no corre peligro también?

—Eso forma parte del trabajo —intentó sonreír el republicano.

—La verdad es que nos vendrá bien alguna ayuda. Ahora Elvira necesita descansar.

—No es conveniente que salga de la granja ni se deje ver. Esa gente tiene contactos.

A continuación, Carles y Ernesto decidieron interrogar al testigo en una habitación que había junto a la cocina. El joven confirmó la historia que había explicado Salomón.

—Cuando llegamos al lugar indicado, una barca se nos aproximó. Estábamos a unos cien metros de la costa. Los hombres subieron a bordo y nos apuntaron con unas pistolas. Parecía que quien les interesaba era Manuel. Comenzaron a

preguntarle y a golpearle.

—¿Qué querían saber? —preguntó Carles.

—Querían saber dónde estaba el oro. Él les decía que no lo sabía. Le golpearon sin piedad: puñetazos, patadas… Fue entonces cuando supe que no nos dejarían vivos.

—Pero tú pudiste escapar —dijo Ernesto.

—Aunque estaba de rodillas en el suelo, de espaldas a los asesinos, en un momento en que pude girarme un poco vi como uno de ellos le cortaba el cuello a Manuel. Por eso sé que está muerto. Aprovechando que estaban todos distraídos y parecían haberse olvidado de mí, salté rápidamente por la borda. Me dispararon, pero si alguna cosa sé hacer, es nadar bajo el agua. Además, era de noche. Así que pude llegar a la orilla. Me alejé, pero todavía pude ver como el barco se iba hundiendo en el mar. ¡Fue horrible! Pobre Manuel.

Blai quedó en silencio, agachó la cabeza y cruzó las manos. Carles pudo observar el extraño efecto que producía su dedo añadido. De repente, a su mente vino una idea.

—¿Sabes por casualidad quién había hecho el encargo?

—Lo curioso era que Manuel estaba contento porque quien lo había realizado era Francisco Solana. Me dijo que era un hombre muy importante y que podríamos empezar a hacer grandes negocios.

Los dos policías se miraron. Eran conscientes de que aquel nombre comenzaba a surgir de la oscuridad para impregnar la investigación. De todas maneras, Carles continuó preguntando:

—¿Acaso no trabajaba con su hermano?, ¿ahora te tenía a ti de socio?

—Me dijo que su hermano no quería seguir con el negocio. Al parecer tenía miedo por algo que habían hecho. Vivía escondido.

—¿Y Manuel no tenía miedo?

—Manuel decía que no servía de nada estar escondido. Si te querían encontrar, te encontraban. Pero no sé a qué se refería.

—Ahora ya lo sabes —le dijo Ernesto—. A ti también te encontraron.

Cuando Blai salió de la habitación los dos policías seguían dándole vueltas al asunto.

—Parece que tienen recursos —comentó Ernesto.

—¿Te fijaste en el coche que nos adelantó cuando paramos? —preguntó Carles.

—Apenas me fijé.

—Era el de los asesinos. Yo lo volví a ver cuando huyeron.

—¿Qué estás pensando?

—Esos hombres…, van un paso por delante nuestro. Saben lo que vamos a hacer antes de que lo hagamos.

—¿Quieres decir que nos espían?

—Algo más que eso. Jorge Deleune sabía qué estábamos buscando y qué pasos estábamos dando. Es probable que los delincuentes tuvieran localizado a Blai pero han ido a por él cuando han sabido qué lo buscábamos. ¿No te parece demasiada casualidad? ¡Alguien les informa de nuestros avances!

—¿Quieres decir que tenemos un topo?

Carles lo miró a la cara y sus ojos se encontraron.

—¿Qué sabemos realmente de Marco Venacio?

* * *

Tras dejar a Blai en la granja de su cuñado, salieron de

Muntanyola, todavía en la oscuridad de la noche. Hablaron con Salomón sobre los peligros que le acechaban a partir de aquel momento. Le recomendaron tomarse unas buenas vacaciones si quería mantener el estado actual de salud. Tras pensarlo rápidamente decidió ir a visitar a su hermana que vivía en el Pirineo, a fin de cuentas, ya había cumplido los sesenta y nunca había cogido un período de descanso. Coincidieron en que aquella opción era muy acertada. Lo dejaron en la estación de La Garriga desde donde tomaría un tren hasta Ribas de Freser.

Una vez quedaron solos en el vehículo discutieron la posibilidad de que Marco fuera un traidor. Ante la duda decidieron que Hamed lo siguiera a partir de entonces. Llegaron a Barcelona antes del amanecer.

—Mañana deberías ir al Hospital Sant Pau a ver qué se puede saber del cadáver del niño.

—¿No vendrás conmigo? —preguntó Carles—. ¿Tanto te preocupa el nivel poético de nuestro amigo?

Ernesto sonrió.

—Efectivamente, es bastante preocupante, pero quiero ir a primera hora a Capitanía a informar al comandante Bustos de los acontecimientos. Alguien tendrá que informar de que hay unos cadáveres en la montaña, por si no lo saben.

Al llegar a la calle Fernando se despidieron y cada uno tomó una dirección. Carles se dirigió hacia el Born. Se acordó entonces de Samuel, un monje que iba a su casa con un mensaje para alertarle de un asesino que quería matar a Dolors. Pensó que hacía tiempo que no sabía nada del Percha. Ignoraba si había tenido éxito en sus pesquisas sobre la identidad de aquel individuo. Parecía de lo más escurridizo. De repente, una sombra se separó de la pared antes de entrar en el callejón de su casa. El susto fue grande, aunque pronto

vio que era infundado.

—¡Rick!, ¡vaya susto me has dado!

—No quería asustarte. Cada vez que estoy en tu casa te espantas.

—Ven y pasa rápido. Antes de que la gente te vea.

—La gente está durmiendo en su casa menos tú.

Una vez entraron en el apartamento de Carles, se sentaron en unas sillas.

—Perdona, pero no tengo nada para invitarte.

—Lo sé. Estas perdiendo facultades.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque antes entré y ya vi que no te queda ni una mísera botella de vino, *whisky* sería mucho pedir ya.

—¡Eres terrible! No sé por qué te aguanto todavía.

—A lo mejor porque te traigo buena información, como siempre.

—Será por eso. Venga, tira rápido.

—Carles, siempre tan impaciente —dijo con una sonrisa el escocés—. Me preguntaste por un tal Max y su relación con Francisco Solana.

—En efecto, ¿sabes quién es? —preguntó ansioso.

—Calma que todo llegará. Mis fuentes no acostumbran a fallar. Como tú dijiste, Max era un delincuente ya antes de la República. Tenía una banda y se dedicaba a robar, especialmente obras de arte que después revendían a coleccionistas. Al parecer vendieron algo a Francisco Solana, algo que debió gustarle especialmente.

—¿Sabes qué fue?

—No. Eso no lo sabían, pero no dudan de que se movió mucho dinero. Max fue capturado y llevado a prisión. Desapareció un tiempo del mapa. Pero entonces llegó la guerra y, con ella, muchos presos fueron excarcelados, la

mayoría anarquistas, pero también había delincuentes habituales. Max salió a la calle, pero era más listo que la media. Fue a encontrarse con Francisco Solana y, en recuerdo de los viejos tiempos, le propuso un trato.

—Esto se pone interesante.

—Le dijo que él lo podía proteger en aquellos tiempos tan difíciles para los empresarios. En aquella época ya había formado otra banda, la mayoría antiguos convictos. Evidentemente, llegaron a un acuerdo por mutuo interés, de manera que Max pronto formó parte de las patrullas antifascistas. Supo nadar entre las aguas turbulentas de aquellos días y llegó a ser de la confianza de Aurelio Fernández, el jefe de las patrullas de control. Su grupo era conocido por los robos y las extorsiones que realizaban. A aquellos que se les resistían o, sencillamente, les caían mal, los asesinaban. Llevó bastante gente a fusilar junto a los muros del cementerio de Monteada. Para esconder sus crímenes, llevaban los cadáveres a la fábrica de cemento. Allí trituraban sus cuerpos y después los incineraban en el horno.

—¡Dios mío! —No pudo menos que exclamar Carles.

—Pero no pienses que se trataban de sacerdotes o empresarios. Las víctimas podían ser falangistas, cristianos, catalanistas, en fin, cualquier cosa que se te ocurra. A menudo eran venganzas personales y él, que era un delincuente, había tenido muchos enemigos.

—Y ahora van buscando un tesoro.

—Mi contacto me dijo que ahora están muy nerviosos. Les desaparecieron algunas de las cosas que habían robado. Era el precio que tenía que pagar el empresario por su seguridad. Al parecer son dos cajas. Las andan buscando como locos. No deja de tener gracia: el ladrón robado. Dicen que hay más gente buscando ese tesoro.

—¿Más gente? —Ahora Carles estaba intrigado.

—Sí. Su antiguo jefe. Un hombre al que llamaban *Agent*.

Aquello fue como un impacto para el republicano. Él había estado buscando a alguien con ese nombre hacía unos cuantos años.

—Querrás decir *Argent*, que significa plata en catalán.

—No. No *es Argent*. Me temo Carles que no estabas muy bien del oído cuando lo perseguías. El apodo era *Agent*.

—Eso es policía en catalán.

—Y en francés.

Una luz, una chispa, una rápida asociación se estableció en la mente de Carles.

—¿Me estás diciendo que es francés?

—En efecto —le dijo con una sonrisa.

—¿Quieres decir que era policía y francés?

—En efecto —repitió.

A Carles le parecía que su amigo estaba realizando un movimiento de cabeza algo estúpido con aquella expresión de suficiencia tan ridícula en la cara.

—¿Era Jorge Deleune el jefe de la banda?

—¡Bingo! Vas haciendo progresos.

—¡Qué desgraciado! Murieron unos cuantos por culpa suya. Ahora solo falta saber el nombre verdadero de Max.

—Tú sabes su nombre.

—¿Yo?, ¿qué quieres decir?

—Sabes su nombre porque tú lo detuviste, cosa de la que al parecer todavía se acuerda. Su nombre es León Cortaza.

UN HUMILDE RETIRO

Mayo - septiembre, 1937

A menudo su Valle se veía invadida por los recuerdos. La imagen de Toni Valles muerto, sobre un charco de su propia sangre, como si de una alfombra roja se tratara, se le aparecía incluso en profundos sueños. Su muerte había significado un profundo dolor para él y el descubrimiento de la existencia de un mundo cruel para Lena. «No somos conscientes de lo que tenemos hasta que lo perdemos», pensó Guillermo. Junto a él sentía la respiración profunda de su amada. Muchas cosas habían cambiado desde aquel fatídico 5 de mayo, el día que la vida dio un vuelco para toda la familia.

Lena dormía en la seguridad del brazo de Guillermo. Sentía su piel desnuda junto a su cuerpo. Sonrió. Pensó que, desde que la había conocido, había sido consciente de que era el ángel de su vida. No podía amar a otra chica pues todo su mundo era ella. Por ella había entrado en el mundo del anarquismo, había aprendido a valorar los avances sociales realizados por las clases populares, había comprendido la doble lucha que realizaban diariamente las mujeres para poder aspirar a ocupar el mismo lugar que los hombres y, finalmente, por ella había aprendido a amar.

Pero incluso, en momentos en que permanecía relajado,

ajeno a cualquier preocupación, se le aparecía el recuerdo de la imagen del padre de Lena. Una imagen a veces desdibujada y reducida a un icono pero que contenía un mensaje muy claro: los hombres que asesinaron a Toni también querían coger a Lena y no para desearle un buen día.

Después de descubrir el cadáver volvió a su casa. Su aspecto lo decía todo. No fueron necesarias las palabras para que su amada comprendiera. Ella lo abrazó y lloró. Fue un duro golpe para todos, también para Helena que parecía haber encontrado en Toni una amistad sincera y generosa como suelen ser las amistades de verdad. Así los encontró Alex cuando llegó a la vivienda. Él se hizo cargo de la situación y se ocupó de realizar los preparativos necesarios. Junto con otros hombres del sindicato fueron a recoger el cadáver, no sin antes avisar a la policía. No quiso que Guillermo hiciera acto de presencia.

—Recuerda que para ellos tú estás muerto y te conviene que lo crean así.

—¡Pero Lena también corre peligro!

—No te preocupes. La protegeremos. Si alguno de ellos se acerca, ten por seguro que recibirá una buena dosis de medicina de plomo.

El entierro tuvo lugar en el cementerio de Horta. Fue muy discreto y asistieron amigos muy próximos. Lena pudo despedirse de su padre en un día soleado. Ante la forzada ausencia de Guillermo, Helena la acompañaba y la protegía. Un grupo de hombres del sindicato, repartidos de forma estratégica por el cementerio y armados, vigilaban que no se produjera ningún desagradable incidente. Todos eran conscientes de que la paz social había sido duramente alterada aquellos últimos días.

Para acabar con los disturbios, habían llegado a Barcelona

los barcos de guerra de la República Lepanto y Sánchez Barcaiztegui. Los comandantes de los dos destructores, con una comisión de marineros, se habían presentado en el Palacio de la Generalitat para saludar al presidente Companys y ponerse a sus órdenes. El gobierno central se había incautado del Orden Público en Cataluña y había nombrado como delegado del Estado al teniente coronel Alberto Arrando. La intensidad de la lucha había disminuido el día seis. Tan solo la presencia de *pacos*, los tiradores solitarios, rompían la paz que poco a poco iba estableciéndose en la capital catalana.

Una vez realizado el sepelio, tuvieron una improvisada reunión en casa de Helena, en Can Tunis, para calibrar la situación. Determinaron que tocaba permanecer escondidos si querían seguir vivos. Ya habían sido testigos del daño que podían realizar aquellos delincuentes y, aunque el dominio anarquista tocaba a su fin, aquel grupo parecía muy bien protegido. Guillermo evocó el palacio de hiedra, un lugar ideal para permanecer escondidos. Ya hacía un año que Samuel vivía en él y el anonimato formaba parte de su existencia. El hecho de que estuviera aislado y tuviera una fama un tanto tenebrosa facilitaba el cometido. No era cuestión de dejarse ver por las respectivas viviendas.

Hicieron un rápido traslado al aislado caserón. Establecieron un sistema práctico para poder alimentarse. Alex se encargaría de administrarles buena parte de la comida que necesitaban. Aprovechaba para ello el estatus que poseía gracias a sus relaciones con Orlov. De vez en cuando subía cargado de comida en un vehículo. Aquellos productos, junto con los obtenidos del huerto que mantenía Samuel, representaban suficiente sustento para las tres personas que se encontraban escondidas en aquel misterioso lugar.

—¡Qué sensación más extraña se respira en este lugar! —

dijo Alex la primera vez que la visitó.

—Son los fantasmas que la habitan que le dan la atmósfera adecuada.

—La verdad es que en estos momentos sí que parece una casa encantada, medio oculta por la niebla.

Alex hacía referencia a la bruma que se extendía por los alrededores. Estaba anocheciendo y aquel fenómeno atmosférico contribuía a aislar la vivienda y dotarla de un aire fantasmagórico.

—Bueno —resumió Alex—, es mejor tratar con fantasmas que según con qué individuos. ¿Cómo está Lena?

—A Lena le cuesta aceptar la muerte de su padre. Todo su mundo se ha hundido con esta tragedia.

Alex miró a Guillermo. Apenas tenía diecisiete años, pero ya mostraba la madurez de una persona de más edad. Asumía con cierta facilidad los golpes del destino. Era consciente de que en su caso la procesión iba por dentro y difícilmente mostraría síntomas de las emociones que él asociaba a muestras de debilidad.

—Cuídala Guillermo. Ella se lo merece. Haz que sea feliz.

Sorprendido ante aquella espontánea manifestación, el joven asintió con la cabeza.

—Lo haré. No te preocupes.

La adaptación a aquella nueva situación se fue haciendo de manera paulatina. Lena permanecía un tanto ausente. Pasaba horas dentro de su habitación, otras veces paseaba por los amplios y desolados jardines. A menudo el muchacho la sorprendía sentada en el borde del estanque. En aquellos momentos la percibía triste y abstraída, parecía estar pendiente de una imagen que buscara en el reflejo del agua, una imagen que no aparecía.

Samuel aceptaba con sencillez y humildad las nuevas

compañías. Su talante generoso le animaba a compartir todo lo que tenía con los jóvenes. Rápidamente se puso de acuerdo con Guillermo para organizar las faenas diarias. El monje tenía su habitación en el segundo piso mientras que los muchachos se prepararon las suyas en un ala del primer piso. A pesar de ocupar dormitorios separados, los jóvenes compartían una misma terraza con vistas a la sierra de Collserola.

Los escasos momentos que compartía Lena con los otros habitantes de la mansión se limitaban a las comidas. Lina vez finalizado el acto comunitario, la muchacha vagaba hacia su habitación. Para Guillermo aquello representaba una tortura porque no sabía cómo consolarla. A veces, de manera torpe, pasaba el brazo por su espalda con la intención de que ella se sintiera acompañada en su dolor. Por la noche la oía dar pasos por su habitación y no era rara la ocasión en que la encontraba en la terraza, en aquellas noches de verano, mirando hacia el paisaje nocturno y hacia las estrellas. Probablemente buscando la constelación en la cual podía hallarse su padre.

Poco a poco pareció que la aceptación de la muerte de su padre fue haciendo mella en Lena y la fue liberando de aciagos pensamientos.

—Tu padre era un gran hombre —le dijo Guillermo una noche en que se hallaban los dos en la terraza.

—Era el mejor padre. Siempre había estado a mi lado —dijo con pesadumbre—. Se privó de muchas cosas para que yo tuviera una buena educación.

—Sé que estaba orgulloso de ti.

—Pero, ahora… Guillermo —le dijo mirándole a los ojos —, ¿qué será de mí?, ¿qué será de nosotros?

Guillermo la estrechó entre sus brazos. Pudo notar que había adelgazado y la apretó fuertemente junto a sí. Sobre su

mejilla notaba la humedad producida por las lágrimas de Lena.

—Ahora estás conmigo. Nuestro destino es permanecer unidos. Me salvaste y ahora yo te protegeré. Si no me hubieras encontrado te hubiera tenido que inventar. No dejaré que te pase nada malo.

Aunque era una promesa etérea dadas las circunstancias, ella se sentía reconfortada. Lena recordó durante un instante aquellos momentos en que lo sacara del pozo. Se dio cuenta de que él se había convertido en un hombre. Había crecido, ahora era más alto que ella y su constitución se había desarrollado.

—No quiero que nos separemos.

—No nos vamos a separar —le dijo él dándole un beso.

Más tarde se fueron a sus habitaciones y Guillermo volvió a sentir los pasos en la de Lena. Para su sorpresa, ella hizo su aparición por la puerta de la terraza que permanecía abierta en aquella noche calurosa de agosto.

—Guillermo —susurró—, ¿estás dormido?

—No —dijo él también en el mismo tono.

Entonces, para su sorpresa, Lena se quitó el camisón. La luz de la luna le hizo ver que ella estaba completamente desnuda. Se acostó junto a él y comenzaron a besarse. Guillermo comenzó a acariciar su cuerpo. Ella le comenzó a besar los labios, continuó por el pecho y fue bajando recorriendo con su boca el cuerpo del muchacho. Pronto ambos estuvieron desnudos. Sus cuerpos se entrelazaron buscando satisfacer un deseo largamente esperado. Ante la rápida excitación del muchacho ella le dijo:

—Espera.

Y se sentó a horcajadas sobre él. Le acarició el cuerpo poco a poco, como si le hiciera un masaje. Con suavidad

comenzó a realizar una serie de movimientos rítmicos y acompasados. El muchacho, muy excitado, le sujetó las nalgas y las apretó contra su cuerpo. Ambos buscaban el gozo con fruición. El placer los envolvía y se sentían plenamente compenetrados.

Los movimientos de Lena eran cada vez más rápidos. Los susurros se tornaron gemidos y derivaron en una exaltada agitación. Finalmente, Guillermo se vació dentro de ella y Lena se dejó caer sobre él. La respiración de los muchachos se fue normalizando de manera rítmica y compenetrada. El tiempo parecía haberse detenido en aquel momento. Ambos se miraron y sonrieron. Él la abrazó con fuerza.

—¡Eres preciosa! —le dijo mirándola a los ojos.

—Y tú muy impulsivo. Deberías pensar las cosas antes de hacerlas.

—¿Tú las piensas?

—Sí —le dijo Lena—. Me acordé de mi padre. Creo que estaba enamorado de tu madre. En una ocasión me dijo que le gustaba mucho.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa!

—Sin embargo, nunca se lo dijo. Ahora no podrá estar con ella. A veces pensamos que, si un día no hacemos una cosa, ya la haremos al día siguiente y…, podría ser que no hubiera otro día. Y yo no quería que nos pasara lo mismo. Quería estar contigo. No sabemos si mañana estaremos vivos o…

—¡Ni lo pienses! Estaremos siempre juntos.

Lena se relajó. Toda la tensión acumulada pareció desvanecerse. Cerró los ojos y se durmió rápidamente. Guillermo jugaba suavemente con los caracoles de su negro cabello ensortijado. Su amada desprendía una gran sensación de paz. Recordó que, desde el primer momento en que la vio,

le había parecido descubrir un ángel. Pensó en la gran fortuna que había tenido de encontrarse con ella. Intentó retener aquella imagen en su memoria. Pronto quedó dormido.

Los días pasaban y Lena, poco a poco, iba encontrando su estado de ánimo habitual. La complicidad entre los dos jóvenes había aumentado, cosa que no había pasado desapercibida para Samuel. En alguna ocasión, Helena los había ido a visitar, vigilando de no ser seguida. En aquellos momentos les ponía al día de los sucesos que les afectaban. Pronto se dio cuenta de que algo había cambiado en la relación entre los muchachos. Pensó que su hijo era solo un muchacho, pero en aquellos tiempos, los hombres no tenían edad. La causa estaba en la guerra que obligaba a los más pequeños a crecer de manera desesperada para afrontar unas condiciones de vida muy duras.

En otras ocasiones eran ellos quienes bajaban a Can Tunis. Para ello intentaban vestir de manera diferente a la habitual. No querían ser reconocidos. Guillermo llevaba una gorra que le tapaba el pelo. Resultaba demasiado llamativo y fácil de identificar. Siempre intentaban desplazarse por calles secundarias para evitar problemas. En una ocasión, caminaban por la calle de la Princesa cuando, de forma discreta pero firme, Guillermo empujó a Lena a un callejón.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¡Mira! ¡Aquel coche! —le señaló un vehículo estacionado—. ¡Son ellos!

Ella observó el vehículo y, en efecto, en su interior había varios hombres. Pudo ver un hombre delgado al volante, con una calvicie incipiente y con una colilla entre los dientes. Parecía estar atento a algo o a alguien. Pronto una pareja hizo su aparición al final de la calle.

—¡Es él! —dijo Guillermo.

—¿Quién es?

—El policía que me buscó cuando caí al pozo. ¡Carles Gil! Parece que lo esperan a él.

El muchacho estaba atento a la escena. Desde el lugar en que se encontraban podía tener una visión de la situación bastante buena. Vio que la pareja caminaba por la acera llegando a la altura del coche. Ella iba cogida del brazo de su marido. De repente, salieron tres hombres del vehículo y, en escasos instantes, obligaron al policía a entrar en el coche a punta de pistola. La mujer quiso acercarse y sujetarlo.

—¡Por favor! —suplicó.

Pero recibió un empujón por parte de uno de los delincuentes y cayó al suelo. Desde allí, entre lágrimas, solo pudo ver como se alejaba el vehículo que llevaba a su marido detenido.

UNA CITA IMPROVISADA

Abril, 1940

Todavía resonaban en la cabeza de Carles las palabras de Rick. Max era León Corraza, el asesino del segundo Marimón, su compañero de aquel entonces. Este dato era clave para entender el secuestro al que había sido sometido en septiembre de 1937 y la enorme suerte que había tenido al ser puesto en libertad. Su destino lo había decidido aquel delincuente y alguien había apostado por él, alguien le había salvado la vida, pero ignoraba la identidad y el motivo. Lo que resultaba muy evidente era que Francisco Solana merecía una visita. Las dos cajas de oro habían representado el pago por su tranquilidad en la época más oscura de la República, pero alguien las había robado y ahora había personas que estaban siendo asesinadas por ello.

Carles recorrió los jardines del Hospital Sant Pau con la familiaridad que tiene aquel que ha recorrido el camino en ocasiones anteriores. Pronto llegó a los dominios del monumental Florencio. Lo encontró trabajando en el cuerpo del niño. Todavía le pareció más desvalido el pequeño cadáver ante la masa imponente del forense. El saludo fue más lacónico de lo habitual. Intuyó que la faena que estaba realizando no era de su agrado.

—Siempre resulta triste una muerte, pero esta… —comenzó Carles que tampoco estaba de humor.

—Una desgracia como esta ennegrece los corazones.

—Esto no es una desgracia, es un crimen, ¿qué sabe de su muerte?

—Murió de un golpe en la cabeza. Ignoro si fue accidental o intencionado. Aparte de eso no parece haber más golpes.

—¿Sufrió?

—Posiblemente no sufrió, pero murió, y eso me parece suficiente —sentenció el doctor.

—¿Puede saber cuánto tiempo hace que murió?

—Hay elementos que dificultan la datación. El cadáver ha sido mordido por roedores. En algunas partes le falta la carne o algunos órganos. También hay que tener en cuenta las características del suelo, pero yo diría que no menos de dos años.

—Bien, ¿hay alguna cosa más que deba saber?

—Sí, hay algo más —realmente la expresión de Florencio era grave. Ello puso en alerta a Carles.

—¿Y es…?

—Al niño le habían cortado el dedo meñique de la mano derecha.

—¿Cómo?

—Probablemente no lo habían torturado o golpeado, pero por algún motivo le habían cortado un dedo. Eso no lo acabo de entender.

—Yo sí. Es el método que usan algunos secuestradores cuando quieren pedir un rescate. Es la manera de demostrar que tienen al prisionero consigo.

* * *

Después de aquella mañana tan agitada en que había salido de la sala de autopsias con un cuerpo descompuesto, el republicano se vio obligado a ir al lavabo y evacuar el desayuno. No sabía si ello era debido al ritmo vertiginoso que iban tomando los acontecimientos o a la visión del cadáver de un niño castigado por las miserias humanas y descuartizado por un hombre en un intento desesperado de encontrar explicación a tamaña aberración. Una vez en el local, epicentro de la investigación, pusieron sobre la mesa las novedades. El republicano y Ernesto habían pactado un discurso de manera que Marco recibiera una información tergiversada. Hablaron de tres cadáveres, afirmando que Blai ya descansaba en la morada de Hades. A final de la tarde Marco se marchó siendo seguido por el incombustible Hamed. Una vez quedaron a solas, Ernesto informó a Carles de la reunión con el comandante Bustos.

—El comandante ya ha enviado militares a la casa de Pau Tarrés. Ha dado orden de «limpiar» la zona.

—Esperemos que no haya pasado nadie por allá.

—Si es así, hablarán con la policía para tapar el caso.

En aquel momento se oyeron unos golpes en la puerta. La sorpresa de los policías fue grande cuando en el marco apareció Sara Castells con un porte que haría las delicias de cualquier viandante. Iba vestida de manera elegante con un vestido de color burdeos, una elegante chaqueta negra y un sencillo gorro a juego con el vestido. Unas cómodas zapatillas y un bolso completaban su atuendo. Aquella imagen representaba una bocanada de aire fresco ante el ambiente que respiraban los policías aquellos días.

—¡Buenas tardes caballeros!

—Buenas tardes Sara —saludó Carles pues Ernesto intentaba recuperarse todavía de la impresión y permanecía

con la boca abierta en un estado cómico de admiración.

—Buenas tardes Ernesto —se dirigió hacia el nacional.

—¡Buenas tardes! —contestó el aludido, reaccionando a destiempo.

—Quería hablar contigo, si es posible.

—¡Por supuesto!

Carles observaba divertido la escena. Se percató de que Ernesto no era consciente del alcance de la situación por lo que decidió echar una mano.

—Ahora mismo nos disponíamos a salir. Bien, Ernesto, ya cerraré yo. Nos vemos mañana.

—¿Eh? ¡Ah! Sí, claro —dijo su atribulado compañero.

Ernesto y Sara salieron a pasear y se dirigieron hacia la Plaza de la Constitución, donde estaba la Generalitat. Comenzaba a oscurecer y un viento fresco recorría las calles. Sara se abrochó la chaqueta y se cogió a su brazo.

—Comienza a refrescar.

—Eso parece.

—Quería disculparme por mi comportamiento. Yo había creído que habías sido tú quien había abandonado a Helena.

—La busqué. No sabes cuánto. Recorrí infinidad de veces las calles por las que habíamos paseado. No encontré nada de ella, ni un rastro. Fui incapaz de imaginar…

Ella le consoló apretando ligeramente el brazo.

—No. Nadie fue capaz de imaginar. De su hijo… ¿sabéis algo?

Ernesto la miró con una mirada de profunda tristeza.

—De mi hijo…, no sabemos nada todavía.

—¡Perdona! —La sorpresa era evidente—. No sabía…

—Yo tampoco lo sabía. No imaginaba que tenía un hijo. Lo he sabido ahora y me duele más la herida. Solo el pensar lo que ha tenido que pasar sola, criando a Guillermo, sin apenas

ayuda ni medios para subsistir… Le fallé, no estuve allí cuando me necesitó.

—Le fallamos todos, Ernesto. No supimos ayudarla.

Siguieron caminando en silencio, cada uno presa de recuerdos sobre aquella mujer que tanto los había marcado. Fueron a cenar a un restaurante que había frente a la catedral. Allí la conversación giró por otros derroteros.

—¿Tienes hijos? —se atrevió a preguntar Ernesto.

—No. No tengo hijos —sonrió Sara—. Javier nunca quiso tenerlos.

—Es agradable tener a alguien que te espera cuando vuelves a casa —dijo Ernesto imaginando en ella probablemente una realidad que podría haber sido la suya.

—Yo no tengo a nadie, Ernesto —le miró a la cara—. Javier murió en los primeros días de la guerra. Tenía una fábrica de piezas fundidas en aluminio en las afueras de Cornellá. Una mañana, de los primeros días de la guerra, fue a trabajar y… ya no volvió. No volví a verlo. Me dijeron que lo habían cogido los anarquistas, que estaba en una checa. Mi padre se movió todo lo que pudo. Buscó ayuda en antiguas amistades, pero entonces nadie parecía querer saber nada de nosotros. Los que teníamos dinero éramos como los apestados. Comenzamos a recibir amenazas de muerte. Tuvimos que desaparecer. Nos fuimos del país. Yo también tuve que abandonar a mi marido.

Sara comenzó a llorar. El hecho de recordar aquella situación le producía un desasosiego inmenso.

—¡Lo siento! —dijo él cogiéndole la mano.

—¡No!, Ernesto. Yo no hice como Helena. No tuve el valor de quedarme y afrontar las consecuencias. Mi padre murió en Londres y…, Javier.

—No hace falta que sigas.

—Debo hacerlo. No basta con sentirlo. ¡Debo decirlo! —Él asintió y esperó que cogiera el valor necesario para hablar.

—Uno de los trabajadores me explicó qué le había pasado. Lo torturaron durante tres días. Tuvo que soportar palizas y humillaciones. Finalmente lo llevaron a la carretera de l'Arrabassada y en una de sus curvas pararon el vehículo. Le hicieron bajar del coche y lo mataron. Recibió seis tiros, seis, un hombre que no había hecho daño a nadie.

Sara comenzó a llorar. No pudo dejar de hacerlo.

—Yo…, no sé qué decir. Esta maldita guerra ha acabado con todo.

—Gracias por escucharme. Necesitaba decirlo. Fui una cobarde y no supe estar a la altura.

—No te tortures. No fuiste cobarde. Tomaste tus decisiones. Tú al menos salvaste la vida.

—¡Pero qué vida!, Ernesto. ¡Qué vida me queda! A veces pienso si no hubiera sido mejor acabar en aquel momento.

Ernesto le cogió las manos por encima de la mesa, la miró a los ojos y comprendió que, tras su aspecto de suficiencia, ella era una superviviente. Una superviviente como Carles, Hamed o él mismo. Comprendió que la guerra lo había destrozado todo y ahora se trataba de recomponer los restos con el alma herida y el corazón sangrante. Aunque las ideologías fueran diferentes, las heridas eran las mismas.

—Creo que será mejor que te acompañe a casa —le dijo.

—No soy una chiquilla —sonrió ella con cierto sonrojo.

Pero él comprendió que en aquel momento tan solo era una muchacha un tanto liberada del peso de la culpa.

* * *

Ya llevaban más de una hora y habían consumido más de tres cervezas cada uno. No podía saber de qué hablaban pues se hallaba escondido en un portal, lejos de miradas indiscretas. Desde allí podía divisar el bar donde estaba Marco. Tenía la sensación de que hablaban como dos viejos conocidos y, probablemente así era, pero algo le decía a Hamed que aquel desconocido no era de fiar. Se despidieron y marcharon en direcciones opuestas. El hombre se giró para asegurarse de que Marco había desaparecido de su campo visual y cambió de itinerario dando media vuelta y deslizándose por entre callejones.

Había oscurecido y la ropa que llevaba el rifeño, una chaqueta negra y unos pantalones oscuros, le permitía pasar desapercibido. Había decidido cambiar su imagen para evitar ser reconocido. Decidió seguir a aquel hombre. Su intuición le enviaba significativas señales de alerta. Desde luego la actitud era la de alguien que se disponía a realizar un cometido secreto. Lo siguió por la calle de Canuda intentando pasar inadvertido entre los escasos transeúntes. Al poco rato se introdujo en un viejo portal, no sin antes echar un vistazo a su alrededor. Afortunadamente para Hamed, su previsión le había evitado ser descubierto. Había encontrado resguardo en otro cochambroso portal, refugio seguramente de indigentes y otros extraños visitantes pues desprendía un fuerte olor a orines.

Decidió esperar. Estaba acostumbrado. La paciencia era una cualidad que dominaba. Al cabo de un rato, el desconocido salió de aquel portal. Era un viejo edificio con varios pisos. Ignoraba a cuál de ellos había ido y quién había sido la persona con la que había contactado. Las dudas se le aclararon cuando, desde su escondite, pudo ver salir al balcón de un piso a Jorge Deleune, que observaba alejarse del

desconocido. Lo había conocido porque disponían de una imagen suya clavada en la pared del despacho de trabajo que habían habilitado en el local de la calle Fernando.

En aquel momento comprendió que los hombres del vehículo que los había adelantado en Bigas habían sido informados por aquel sujeto y que Marco, probablemente de manera involuntaria, había informado de sus pasos.

EL ORO DEL TRAMONTANA

Abril, 1940

—Lamento haberle hecho venir de esta manera, pero la seguridad es imprescindible para la supervivencia.

—Me han traído con los ojos vendados —protestó Carles—. ¡He puesto en riesgo mi vida!

—Usted puede permitírselo. Yo, en cambio, no.

Se hallaban en el sótano de un edificio. Carles estaba sentado ante un hombre al que no podía ver la cara. Un potente foco lo iluminaba a él. Su anfitrión permanecía en la oscuridad, tras el foco. Tan solo acertaba a ver su silueta.

—Debe comprender que, si quiere que lo ayudemos, hemos de tomar las máximas precauciones.

—Lo comprendo. Sin embargo, no era necesario traerme de esta manera.

Tras la salida de Ernesto con Sara, Carles se había quedado revisando los papeles con las anotaciones que habían ido realizando, así como visualizando todas las fotografías de los cadáveres. Ya tenían prácticamente completada la banda del Grial. Tan solo una imagen permanecía en blanco, un solo individuo quedaba con vida, o eso creía, de los seis que habían decidido robar las cajas de oro situadas en la Algameca.

El silencio con el que realizaba la operación fue

interrumpido por el ruido del teléfono. Sorprendido, pues apenas había sonado en todo el tiempo que llevaban allá, lo descolgó.

—¿Carles Gil? —Era la voz del profesor Fonseca.

—Sí. Soy yo.

—Quiero que me escuche atentamente —el tono parecía algo nervioso—. En unos instantes unos amigos le esperaran en la calle de la Leona haciendo esquina con la calle Avinyó. Ellos le llevarán a un sitio seguro para informarle sobre el oro de la República.

—¿Y por qué no vienen ellos aquí dónde estoy? Me encuentro solo en este momento.

—Hágame caso si quiere tener información relevante sobre la cuestión. Ellos le informaran. Es ahora o nunca. Confíe en mí.

Y con aquel voto de confianza, Carles se acercó al lugar indicado. Allí no había nadie. Tan solo un anciano se acercaba caminando tranquilamente apoyándose en un bastón. Su sorpresa fue que, cuando llegó a su altura sacó una pistola del bolsillo y le apuntó.

—¡Gírese y apoye las manos en la pared!

Carles se giró maldiciendo el exceso de confianza que había delegado en el profesor Fonseca. El anciano le registró, con gran habilidad y le quitó el arma que llevaba encima. Hizo una señal con la pistola y, en un momento, un coche hizo su aparición y paró junto a ellos.

—¡Suba al coche!

—Oiga. ¿No íbamos a hablar?

—Suba al coche y no rechiste, que no tenemos toda la noche.

Una vez en el coche, le vendaron los ojos y circularon durante media hora aproximadamente. El policía supuso que

daban vueltas para despistarlo. Finalmente entraron en un garaje y, de allí, bajaron a lo que parecía el sótano de una casa. Todo estaba preparado de manera similar a los interrogatorios que algunas veces había realizado en la comisaría. La única diferencia era que ahora el republicano era el interrogado. Tras él, había un hombre que lo apuntaba con un revolver. Fue entonces cuando comenzó a protestar.

—Bien. Le hemos traído aquí porque el profesor Fonseca nos dijo que usted es republicano y quería saber lo que pasó en Cartagena. Nos jugamos mucho al traerlo, pero nos dijo que podíamos confiar en usted.

—Efectivamente. Quisiera saber de un accidente ocurrido el 29 de octubre.

—De hecho, fue el 28. El 29 fue el día que encontraron los restos del accidente.

—Muy bien. Pues el 28. Explíqueme lo que sepa del accidente y del robo del oro de la República.

—Usted sabe que, ante el peligro de que los nacionales conquistaran Madrid en el otoño de 1936, el gobierno de la República decidió trasladarlo a Cartagena, zona controlada por los republicanos, concretamente a la Algameca.

—En efecto.

—De hecho, fue una buena estrategia pues Franco desistió de conquistar Madrid en el momento en que el oro no estaba en la capital. Pero los nacionales tenían la ayuda de los alemanes e italianos, en cambio, a la República se le negaba la posibilidad de armarse ante el tratado de No Intervención, el cual burlaban los fascistas sin que nadie se escandalizara por ello. Francia e Inglaterra tienen mucha responsabilidad en la caída de la República.

—Escuche. Aunque comparto su opinión, no he venido aquí a escuchar un discurso sobre los desastres de la guerra. La

guerra acabó y perdimos. Me dijo que me daría información sobre el robo del oro.

—Tiene razón —dijo bajando el tono—. La República intentó por todos los medios comprar armas en el extranjero, pero no contaba con la ayuda de ningún país europeo en principio. Fue por ello que necesitaba disponer de dinero para comprarlo. Cajas llenas del oro de la República se enviaron a París, a cambio recibía dinero del Banco de Francia para comprar armas y municiones. La desgracia para nosotros fue que muchos aventureros vendían armas inservibles y se hicieron malos negocios con el dinero.

—¿Cómo se hacía el traslado de las cajas de oro?

—Mientras el oro estaba en Madrid, se llevaban al aeropuerto de Barajas, desde donde se trasladaba al aeródromo de Le Bourget en París. Cuando se trasladó a la Algameca, el destino del oro cambió: fue Toulouse o Marsella. Posteriormente, una buena parte se trasladó a Moscú. Los rusos fueron los únicos que decidieron ayudar a la República, además de México.

—Una ayuda que se cobraron.

—En efecto —el tono era más lacónico—, se la cobraron…, y bien. El 25 de octubre salieron cuatro barcos de la Base Naval de Cartagena cargados con 510 toneladas de oro.

—A mí me interesa lo que pasó a partir del momento en que marcharon los barcos rusos —comentó Carles—, el Tramontana.

—Sí, el Tramontana —contestó como un eco aquella voz ligada a una sombra—. El maldito oro del Tramontana. A la base de Cartagena vinieron dos hombres enviados por José María Rancaño, dirigente del Comité de Trabajadores del Banco, uno se llamaba Manuel Soria y el otro José Redondo,

si mal no recuerdo. Se presentaron a Méndez Aspe, director General del Tesoro que se encontraba en la Base. Este les encomendó la tarea de sacar 750 cajas de los polvorines en el Tramontana que se hallaba en uno de los muelles del puerto. Debían custodiarlas hasta su entrega a las autoridades consulares de Marsella.

—¿750? Pensé que eran 748 —preguntó Carles que había leído los informes sobre el Tramontana que les había enviado el comandante Bustos.

—Veo que ha hecho los deberes —dijo con cierto humor el hombre que permanecía en la oscuridad— efectivamente, eran 750 cajas, pero solo llegaron 748.

—¿No se había hecho bien la contabilidad? —preguntó Carles.

—Se había hecho perfectamente. Luego se descubrieron algunas irregularidades en los documentos. Alguien había cambiado los números. Cuando se descubrió el pastel se comenzó a registrar todo de arriba abajo. No dejaron nada sin revisar. Descubrieron que uno de los camiones utilizados había salido de la Base. Interrogando a los soldados se supo que el permiso lo había dado el teniente Bonet, Alex Bonet. Rápidamente fueron a por él. Fue interrogado, pero no dijo nada, no explicó por qué había dado permiso a aquel camión para salir. El silencio fue su respuesta. Lo encerraron en el calabozo.

—La avaricia le pudo.

—¡Él no robó el oro! —Casi gritó aquel hombre, de tal manera que Carles se sorprendió—. Yo era amigo de Bonet. Era una excelente persona incapaz de hacer daño a nadie. Aún hoy a menudo me pregunto qué hizo que aquel hombre cometiera el delito. Pienso que debía estar presionado de alguna manera. Siempre había sido alegre y amistoso.

Recuerdo que llevaba una temporada que apenas se relacionaba con nadie, que estaba triste y taciturno.

—¿Qué pasó con el teniente?

—Se suicidó. A los pocos días de estar encerrado se ahorcó en su celda. Siempre he pensado que él hubiera sido incapaz de cometer un delito. ¡Era demasiado noble! Algo de lo que ya no hay.

—¿Se supo algo del camión y sus ocupantes?

—Sí. Los encontraron al día siguiente. El camión había caído por un barranco en cabo Cope.

—¿Cabo Cope? —Carles recordó el mapa encontrado en casa de los hermanos Boix.

—Sí, en cabo Cope, a unos 60 kilómetros de Cartagena. El camión había caído y había ardido. Sus ocupantes habían muerto carbonizados. Recuerdo, porque así lo oí decir, que el vigilante que tenía asignado el camión tenía un tiro en el pecho. Ignoro si ofreció resistencia y lo mataron. Probablemente forcejearon y esa debió ser la causa de que cayeran al barranco. O, tal vez, esperaban a alguien y este los liquidó. El caso es que el oro desapareció y el Tramontana partió con 748 cajas.

—¿Supieron el nombre de los supuestos ladrones?

—Me parece que uno se llamaba Valeri, otro Arnau y el otro Josep. No recuerdo los apellidos.

—Muchas gracias, señor…

—Lo siento. No le diré mi nombre. En los tiempos que corren resulta peligroso.

—Lo entiendo. En caso de tener alguna duda, ¿cómo podría localizarles?

—No podrá. Pronto estaremos fuera del país. El aire aquí se ha hecho irrespirable.

OPERACIÓN RESCATE

Septiembre, 1937

—¿Se encuentra bien? —preguntó Guillermo mientras la ayudaban a levantarse.

—¡Él! —dijo Dolors entre sollozos—. Se lo han llevado.

—Venga. La acompañaremos a casa.

Ella se encontraba muy alterada. Le costaba reaccionar ante la situación que había pasado. Pero aquellos muchachos que la ayudaban le calmaban un tanto aquel estado de nervios. Sorprendentemente sabían dónde vivía pues el chico mostraba bastante seguridad en aquellas callejuelas. Finalmente llegaron al apartamento del segundo piso. Anna se hallaba trabajando en la tienda de la señora Engracia.

—¡Dios mío! —comenzó a reaccionar cuando llegaron a casa—. No sé qué hacer. ¡Tengo que llamar a la policía!

—No conseguirá nada llamando a la policía —contestó Guillermo.

Ella lo miró un tanto sorprendida por aquella afirmación. A continuación, observó a aquel joven con atención. Le recordó a aquel chico que sorprendiera mirando hacia su ventana.

—¡Yo a ti te conozco! —le dijo mientras le señalaba con el dedo índice.

—Y yo a su marido. Es el policía Carles Gil.

Ella asintió con la cabeza asombrada.

—¿Por qué dices que no servirá para nada avisar a la policía?

—Porque se lo han llevado hombres de las antiguas patrullas de control, que estaban a las órdenes de Aurelio Fernández.

Ante aquella revelación, Dolors se llevó la mano a la boca. Era consciente de lo que significaban aquellas palabras. Aunque no existían las patrullas de control, algunos de sus pistoleros actuaban con total impunidad como verdaderos delincuentes. Se dejó caer sobre una silla y comenzó a llorar. Guillermo se conmovió le dijo:

—Escuche. Yo la ayudaré.

Ella dejó de sollozar y levantó la vista hacia el muchacho.

—¿Qué quieres decir?, ¿cómo puedes ayudar?

—Tengo mis contactos. Miraré qué puedo hacer.

Los ojos de la mujer brillaron con una luz de esperanza.

—¿De verdad?, ¿podrías hacerlo?

—Sí, creo que podré —dijo Guillermo.

—No sabría cómo agradecértelo… ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Guillermo, pero es muy importante que prometa una cosa.

—Lo que sea.

—No decir a nadie que nos ha visto. Absolutamente a nadie. Es muy importante que no le cuente a nadie, ni a su esposo, si conseguimos sacarlo de allí, que ha hablado con nosotros.

—A nadie.

—Absolutamente. De otra manera no podría hacer nada.

Sellaron el acuerdo con una silenciosa afirmación de cabeza. Una vez se fueron los muchachos, Dolors permaneció

en casa, a solas con su pena. A partir de aquel momento, solo quedó esperar a tener noticias de ellos, o de Carles.

* * *

—La vida tiene sorpresas —dijo Blackstone.

Realmente las tenía. Carles había pasado varios días en la checa, totalmente incomunicado y siendo torturado por unos individuos que no habían mostrado la más mínima piedad. Tampoco habían tenido interés en establecer conversación alguna ni interrogatorio al uso.

—Siéntese, por favor.

Carles se sentó. Todavía no acababa de entender cómo podía ser que lo dejaran en libertad. La situación se le antojaba, cuanto menos extraña.

—¿Se acuerda de mí? —volvió a preguntar aquel hombre con traje y corbata, de mirada inteligente y con bigote recortado.

—¿Blackstone? —Enarcó las cejas Carles.

En efecto, aunque mi verdadero nombre es Orlov, Alexandr Orlov. Intento ayudar a la República. Los intereses de mi país y el suyo coinciden.

—¿Y en esos intereses está golpearme y torturarme?

—Créame que lo siento. Ha sido un malentendido. Los hombres que lo hicieron serán advertidos, no tenga duda.

Tras esa primera toma de contacto, como si el hecho de ser capturado y torturado no pasara de ser un ligero incidente, pasaron a hablar de otros temas, entre ellos la actualidad política.

—Es necesario vigilar la retaguardia. A veces se pierden

las guerras no por luchar contra el enemigo sino por no hacerlo contra los amigos.

—¿Qué quiere decir?

—Muchas veces es precisamente en la retaguardia donde están los verdaderos enemigos.

—¿De la guerra o de su país?

Orlov no pudo reprimir la risa.

—Todo es lo mismo. El enemigo de la República es mi enemigo y también lo es de mi país.

—¿Y no teme que entre tanta justicia se realicen injusticias?

—Eso son efectos inesperados y no deseados de las guerras, pero es un mal menor si comparamos con los beneficios generales.

—¿Nikolai Solenko fue un mal menor?

—¡Solenko fue un traidor! —Su expresión se había endurecido en aquel momento y había alzado el tono de voz de manera considerable—. Los traidores solo tienen un destino.

—Ser traidor depende del lado en que se mire.

—Usted podría ser un buen agente si quisiera trabajar con nosotros.

—No, gracias. Tengo una guerra que ganar.

Un vehículo conducido por un gorila al servicio de la embajada rusa le llevó hasta su casa. El republicano no podía acabar de creer que saliera con vida de aquella situación. Evidentemente su suerte había sido enorme. Muchos habían dado con sus huesos en las checas, pero pocos habían salido de ellas con mejor aspecto que Carles. Podía dar las gracias al hecho fortuito que había tenido lugar el año anterior. Había salvado la vida a Orlov y, en aquel momento, el ruso le devolvía el pago de la deuda.

Cuando llegó a su casa, la alegría de las mujeres se desbordó. Su madre lloraba desconsolada y lo abrazaba.

—¡Hijo mío! Temía perderte como a tu padre.

—Ya ves que no ha sido así —intentó quitarle importancia.

Posteriormente, cuando se quitó la camisa, Dolors pudo ver los cardenales, resultado de los golpes recibidos.

—¡Dios mío!

—No te preocupes —le dijo Carles—, son un poco aparatosos.

Ella mojó un paño y le lavó las heridas. Luego estuvo realizando las curas necesarias con sumo cuidado. Pudo vendarle algunas heridas y se acostaron en la cama. A pesar de las lesiones, Carlesse durmió con prontitud. Dolors a veces lo oía quejarse cuando efectuaba algún ligero movimiento. No sabía si era por el dolor o por los recuerdos que le asaltaban durante el sueño. Intentaba calmarlo murmurando palabras a su oído. No dejaba de pensar que Carles seguía con vida gracias a Guillermo, el muchacho pelirrojo.

EL ÚLTIMO VIAJE DE HELENA

Mayo, 1940

Carles permanecía junto a la fosa observando todo el proceso de exhumación que se estaba llevando a cabo. Junto a él se hallaba Josep Santaló y su gorila Enzo. Ernesto también había venido, aunque se mantenía a una cierta distancia. Finalmente sacaron el ataúd que contenía los restos de Helena. Un funcionario municipal tomaba nota junto al vigilante del cementerio. El republicano pensó que los ataúdes siempre parecían más pequeños que el cuerpo de la persona que lo ocupaba.

El féretro fue llevado a un coche funerario que tomó la ruta de salida del cementerio. Tras su estela seguía el coche del empresario. En su interior, Carles iba acomodado junto al anciano que había insistido en que los acompañara. Echó un vistazo por el cristal t rasero y pudo ver a Ernesto que permanecía de pie ante el socavón que había quedado. La impresión que le dio al republicano era la de una mascota abandonada que ve, de manera inexorable, como se aleja el vehículo de su dueño.

—¿Desea tomar algo? —dijo el empresario mientras abría un pequeño armario que había tras el asiento del conductor.

—No, gracias.

—Pensaba que ustedes los detectives eran más dados a la bebida.

—Lo somos, pero de vez en cuando conviene estar algo sobrios para investigar.

—¿Y cómo va su investigación del muchacho?

—Hay quien dice que está muerto.

—¿Usted lo cree?

—También dicen lo mismo de mí… Y aquí estoy.

—Quiero que no pare hasta encontrarlo.

—Lo haré. Me lo he prometido.

—Le pagaré. Le pagaré bien.

Carles pensó que resultaba inútil explicar a aquel hombre que había cosas que no se hacían por dinero sino por una simple cuestión de justicia. Veía difícil explicar a quién está acostumbrado a valorar todo de forma material que existía un mundo que tenía en la cooperación y la solidaridad su bandera, un mundo como el que habían querido crear los anarquistas. Ellos habían querido encender una llama, pero tras el fuego tan solo quedaban las cenizas y los deseos aniquilados de una vida mejor.

—Dígame una cosa —dijo Carles.

—Lo que quiera.

—Usted que tiene tan buenas relaciones, ¿conoce a Francisco Solana Marqués?

—¿Ese advenedizo? —exclamó olvidando que él lo había sido también en un momento anterior—. Lo conozco, aunque no me relaciono con él. ¿Por qué lo pregunta?

—Hay pistas que lo relacionan con una banda, concretamente la que ocupó su vivienda durante la guerra.

—¿Quiere decir que podría estar relacionado con la desaparición de Guillermo?

—No lo sé. Él no necesitó huir como usted para salvar la

vida. Aquellos hombres lo protegieron.

—¡Desgraciado! ¡Hablaré con él!

—No quiero que haga nada de eso. Ni tan solo se le acerque. No quiero que sospeche que lo vigilamos.

Tras aquellas palabras acordaron que el republicano lo tendría informado de los avances que realizara y sellaron un pacto. Poco después, el vehículo hizo su entrada en la mansión del empresario y unos trabajadores vestidos del luto más riguroso transportaron el féretro hasta la cripta familiar. Allí lo introdujeron en el nicho que le estaba reservado.

—Siento que ella ha vuelto a casa.

Carles se abstuvo de decirle que, si no la hubiera echado, probablemente la tendría con él, pero viva. Comprendió que el dolor del anciano era considerable y permaneció en silencio. Al cabo de un rato intentó despedirse.

—Debo irme.

—Me lo promete, ¿verdad?, ¿promete que buscará a Guillermo?

—Se lo prometo. Lo encontraré.

Era una promesa incierta, pero la mirada desesperada del anciano le obligó a reafirmarse en ella. El hombre le había cogido las manos entre las suyas. Pensó que aquel individuo se había convertido en una pálida imagen del aventurero ambicioso, duro y codicioso que había sido. «Las desgracias nos hacen tocar el suelo con los pies», pensó.

—¡Espere!, Enzo lo acompañará a su casa.

—No se preocupe.

—No es una preocupación.

Ante su sorpresa, sacó un sobre de su chaqueta y se lo entregó.

—Pero… ¿qué es esto?

—Ya sé que el ejército le paga bien —dijo con ironía—,

pero quiero que disponga de dinero para los gastos que crea conveniente.

—¡Le dije que no me pagara!

—No le estoy pagando, pero si tiene que comprar un cañón de artillería para acabar con el asesino de Helena no quiero que pierda tiempo buscando el dinero.

El republicano vio que no tenía otra opción.

—De acuerdo. Compraré el cañón.

Y volvió en el lujoso coche del empresario, viendo desfilar ante él las lujosas viviendas de la zona alta de la ciudad. Intentó mantener una conversación con el conductor, pero este respondía con evasivas. Finalmente desistió de seguir hablando. Ignoraba si era una persona introvertida o, sencillamente no le interesaba explicar nada de su vida particular. No estaba seguro, pero mientras hablaba con Josep Santaló dentro del vehículo, le había parecido detectar un cierto interés en la conversación por parte del italiano, especialmente cuando habían hablado de Francisco Solana. ¡Aquella visita ya no debía postergarse!

* * *

—Es una cuestión de inmortalidad. Todos queremos pasar a la historia y que se nos recuerde por lo que conseguimos.

Quien así hablaba era Francisco Solana, un empresario de largo recorrido en la Barcelona de aquel momento. Los había recibido en su palacio próximo a la Catedral de Barcelona. Gustaba rodearse de elementos decorativos que recordaran la majestuosidad de quien habitaba aquella vivienda. Se hallaban

en una sala con paredes revestidas en piedra. En un lateral, unos grandes ventanales con arcadas góticas dejaban ver un cuidado jardín interior. A los policías les había sorprendido su vestimenta, un tanto estrambótica, que recordaba un hombre de otra época. Llevaba un frac de color gris bajo el que se avistaba un chaleco gris oscuro y una camisa de color blanco. Unos pantalones, un poco más oscuros que el frac, se introducían en el interior de sus botas. Finalmente, un elegante pañuelo anudado al frente, le protegía el cuello. El republicano pensó que la necesidad de parecer importante era tan grande que necesitaba disfrazarse para aparentar serlo.

—¿Es por eso que vive en este palacio? —preguntó Carles.

—Vivo aquí —era evidente que disfrutaba con la ostentación de sus posesiones— porque a veces no basta con tener dinero, hay que sentir el peso de la historia. Aquí vivió un marqués, un hombre que luchó contra las tropas españolas en el sitio de 1651.

—De poco le sirvió, perdieron la guerra —replicó Carles—. ¿No teme que se le contagie la derrota?

El hombre sonrió con condescendencia. Su aspecto recordaba el de un hurón, con una mirada mordaz y un tanto corrosiva y un bigote mal arreglado bajo una gruesa nariz. Carles pensó que, por mucho que quisiera parecer un marqués siempre se asemejaría más al hijo del alfarero que era. Su padre era conocido por su destreza en el trabajo de obras de alfarería. Había tenido un taller, unas calles más abajo, y su popularidad estaba en consonancia con la calidad de sus obras. No era raro que acomodados burgueses visitaran el taller de Xavier Solana y se hicieran con alguna de sus obras que exhibían en reuniones y fiestas como si de un trofeo se tratara. Harto de ver a su padre inclinarse ante aquellos hombres, Francisco Solana había decidido que un día sería él quien

tendría el placer de ver a los demás inclinarse ante su figura y, podía decirse que lo había conseguido. La Barcelona de los años veinte era una ciudad en expansión y el empresario supo aprovechar la ocasión que se presentaba en forma de construcciones arquitectónicas. La compra de favores le aseguró el apoyo que necesitaba para que el ayuntamiento le confiara las obras que debían realizarse.

—Es usted muy divertido —le dijo—. Aquí hay una atmósfera que cubre siglos de historia.

—Ya veo —dijo Carles mirando un cuadro que había en la pared y que le recordaba a otro visto en la casa de la Trinidad —. Por lo que veo le gusta Rossetti.

—¿Lo conoce? —dijo halagado—. Me sorprende que un policía tenga conocimientos de historia y de arte. Eso hace de usted una figura extraña. Este cuadro representa a su difunta esposa, Elizabeth Siddal, a partir de los bocetos que hiciera en vida. Es una réplica del original que hizo el mismo pintor.

—Consigue usted lo que quiere siempre.

—Casi siempre. Lo intento, créame que lo intento. Todo tiene un precio y solo es cuestión de pagarlo.

«Otra vez la autosuficiencia de los ricos», pensó Carles. Todos pensaban que cualquier cosa estaba en venta y que solo era cuestión de poner el dinero sobre la mesa.

—Supongo que disfruta de una buena colección, usted a quien tanto le gusta el arte.

—¡En efecto! Pero me veo obligado a protegerla. Hemos sufrido un par de intentos de robo. He reforzado las medidas de seguridad.

—¿Últimamente le han querido robar?

—No. Ahora hace más de un año. En enero del año pasado alguien entró en el palacio. Gracias a que un criado nos alertó, el hombre salió corriendo. En otra ocasión

encontramos una ventana abierta. Cuando revisamos la vivienda, no encontramos a nadie.

—Igual no había entrado nadie —comentó Ernesto.

—¡Vengan! ¡Les enseñaré la colección!

Evidentemente, aquel era un tema que hacía disfrutar al empresario ya que pronto comenzó a departir al respecto. Les hizo bajar por unas escaleras que les condujo a un sótano bien ventilado. Aquello parecía el interior de un museo: cuadros de diferentes estilos artísticos ocupaban las paredes. En el centro, unos expositores iluminados y cerrados en vidrio mostraban objetos artísticos que iban desde un incunable hasta algunas pequeñas piezas religiosas como un antiguo rosario de oro y piedras preciosas.

—Si usted aprecia el arte, disfrutará de la colección. Todos son originales. Algunas salvadas de las iglesias antes de que aquellos bárbaros les prendieran fuego.

—¿Estas son todas las obras que posee? —preguntó Carles —. Tengo que decirle que causan admiración.

—Tengo más obras. Estas son las que muestro a la gente que viene a visitarme, pero luego está mi colección privada.

Sacó una llave que llevaba encima y abrió otra puerta.

—Aquí están las obras más exclusivas. Solo se puede entrar con esta llave que siempre llevo encima.

—¿Es necesaria tanta seguridad? —preguntó Carles—. Aquí no debe llegar nadie.

—Se equivoca. Cuando observamos que alguien había entrado, pudimos ver que esta puerta había sido forzada. Gracias a la cerradura el ladrón no pudo entrar.

Una vez abierta la puerta, quedaron maravillados pues dio paso a una sala alargada que acababa en un espacio con forma de capilla de iglesia. Sobre la pared se hallaban algunos frescos extraídos, seguramente, de alguna iglesia románica. Algunos

cuadros de pintores famosos decoraban las paredes. Carles pudo ver un Rembrandt y un Tintoretto. Las escenas de los cuadros respondían a temática religiosa o del Antiguo Testamento. Un altar se hallaba delante de la capilla, contenía una vitrina en cuyo interior se hallaba un libro formado por pergaminos. Unas cómodas sillas estaban colocadas ante el altar.

—Su capilla particular —preguntó Carles.

—Una capilla única.

—¡Las obras son increíbles!

—¿Las conoce? Todas son un tesoro —contestó con una sonrisa de satisfacción.

El objetivo de Carles era adularlo pues ignoraba cual de aquellas obras había puesto en contacto al coleccionista con los ladrones. Aunque suponía que la mayor parte de las creaciones correspondían a saqueos realizados por la banda de Max, ignoraba cual había sido la que había hecho correr el dinero como le dijera Rick.

—¿Y qué fue lo que compró a Max? Tengo entendido que hizo un buen negocio.

La actitud y la expresión del ricachón cambiaron en un instante. Si hasta aquel momento había mantenido una postura despreocupada y relajada, ahora parecía que algo se le hubiera atragantado repentinamente.

—No conozco a ningún Max —dijo con un tono seco y cortante.

—Resulta extraño —comentó Carles—, pues me dijeron que él se encargó de protegerle durante la guerra.

El hombre se giró de manera enérgica y dirigiéndose a los dos policías les dijo:

—Yo me encargo de protegerme. Si necesito hombres, los compro. Como le he dicho antes, todo el mundo tiene su

precio. Y ahora, si me permiten… Tengo mucho trabajo.

—Bien señor Solana —dijo Ernesto con mayor suavidad —. No queremos molestarle.

—Yo siempre intento ayudar a la policía. A fin de cuentas, es gracias a ustedes que vivimos más seguros —intentó suavizar el tono de voz.

Salieron del palacio acompañados por un criado. A Carles le desagradaba aquella ostentación innecesaria de riqueza. Pensó que todos los ricos veían magnificada su posición si tenían a alguien a quien pudieran pisar y humillar. Era una característica que iba descubriendo en ellos. La soberbia aumentaba a medida que las alforjas se llenaban. Pasearon por aquellas calles y se sentaron a tomar un café en la Plaza del Pi, junto a la iglesia.

—¿Qué te ha parecido? —inquirió Ernesto.

—Insoportable, como todos los ricos. Se cree que lo puede comprar todo.

—Mintió cuando mencionaste a Max.

—Creo que fue muy evidente. De todas maneras, las informaciones que lo asocian a Max son bastante fiables. De hecho, parece que se conocieron cuando hicieron alguna transacción que le fue beneficiosa. Debió de ser en la época en que yo perseguía a los traficantes de obras de arte.

—¿Podría ser un cuadro?

—No lo sé. ¿Te fijaste en el cuadro de Rossetti?

—Era el mismo autor que el cuadro de la casa de la Trinidad.

—En efecto y, en cierta manera, la pasión por épocas antiguas también. Igual que Vicente, el dueño de la casa. Sería interesante saber si hay alguna relación entre ellos. Por otro lado, alguien entró en su casa, pero lo que buscaba se hallaba tras la puerta. Si hubiera sido un ladrón normal se hubiera

conformado con cualquier cosa que había en la primera sala. Iodo aquello vale una fortuna.

—Este caso resulta bien extraño, pero a medida que vamos avanzando y poniendo un poco de luz, los muertos afloran por todos lados.

—Parece que todos andan tras un tesoro que alguien robó a la banda de Max, un tesoro que pertenecía al ejército y que fue robado en Cartagena.

—Pero no entiendo la relación con Guillermo —exclamó Ernesto.

—Sin embargo, estuvo relacionado con la banda. Él salvó a su abuelo de la muerte.

Tras aquella afirmación Ernesto quedó en silencio. Aquello extrañó a Carles, quien preguntó.

—¿Qué ocurre?

—No puedo dejar de pensar en ella —dijo en un tono más bajo—. No pude salvarla.

—No podías. Ni siquiera sabías donde vivía.

—Ni siquiera eso —su mirada parecía perderse en el infinito.

—No te atormentes Ernesto —le dijo Carles—. Conozco ese dolor y, créeme, tú no tienes la culpa. No hay día que yo piense que mi mujer y mi madre podrían estar vivas si yo no hubiera sido policía y no hubiera perseguido a aquel maldito asesino del estilete.

—Pero tú no sabes si tu madre está viva.

—No, pero sé de lo que es capaz ese criminal. Asesinaba a las personas y se jactaba de ello.

—¿Se jactaba?

—En efecto. Tras el asesinato, colocaba los cadáveres de manera que representaban una escena.

Ernesto escuchaba intrigado.

—¿Con qué objetivo lo hacía? —preguntó.

—Creo que se divertía. Era una manera de dejar un mensaje. En él dejaba pistas para la policía.

—No lo entiendo.

—Cuando un asesino realiza sus crímenes y no es capturado, llega un momento en que se cree impune. Cada vez coge más confianza y se envalentona más. Te explicaré un caso que ocurrió en el verano de 1936. Nos avisaron que un joven había aparecido muerto acuchillado con un estilete. Se lo habían clavado en el abdomen y lo habían rajado hasta el corazón. Aquel fue el primer caso que tuvimos de este asesino. Apareció muerto en una casa abandonada del Raval. Al mismo tiempo, se había denunciado la desaparición de dos personas, amigas de la víctima. La última vez que se los vio con vida iban los tres juntos. El cadáver estaba colocado de manera teatral. Parecía señalar una imagen en la pared. Aquello nos intrigó: observamos que era un mapa de Barcelona. Tenía una cruz marcada en una vivienda. Fuimos a la casa en cuestión, estaba bastante derruida, en el Poble Sec. En su sótano encontramos el cuerpo inerte del otro muchacho. Había muerto de la misma manera, pero su cadáver había sido transportado hasta allá. El asesino había querido que lo descubriéramos.

—¿Encontrasteis al otro muchacho?

—Lo encontramos. Como en el caso anterior nos dejó unas pistas. En este caso eran unas plantas, una foto del dios Neptuno y un artículo de crímenes, obra de José Laribal.

—¿Qué relación tenían? —preguntó Ernesto ahora intrigado.

—Al principio no nos aclarábamos, pero uno de los compañeros recordó que José Laribal era periodista. A su muerte, su familia vendió unos terrenos en la montaña de

Montjuic, donde se hicieron unos jardines, junto a la Font del Gat. Cerca del parque había una plaza dedicada a Neptuno. Allí hallamos los restos del tercer muchacho. Aquel hombre había estado jugando con nosotros.

—Un hombre cruel.

—Muy cruel, y muy inteligente. Ese es el hombre que, al parecer, anda tras de mis pasos. Llegará el momento en que nos enfrentaremos y podré mirar a la cara a ese cabrón.

Ernesto se sentía identificado con aquellas sensaciones. A él le consumía el mismo fuego. Supo que no tendrían descanso hasta acabar con aquellos que habían asesinado a sus seres queridos.

HERIDAS OCULTAS

Mayo, 1940

—Para mí, cada 2 de noviembre es el día de difuntos, el día que mi marido se mató.

—¿Por qué cree que lo hizo?

—Ya se los dije. Y no una, sino varias veces. Pero nunca me creyeron, nunca quisieron creerme.

Quien así hablaba era Sònia Pallejá, viuda de Alex Bonet, el teniente que había dado permiso de salida al camión que supuestamente había transportado las dos cajas del tesoro robado. Vestía de luto riguroso, un luto que no ocultaba su belleza. Tenía los ojos enrojecidos de haber llorado. Su comportamiento daba a entender cuanto sentía todavía la ausencia de su marido.

Aquella misma mañana habían recibido la información sobre la dirección de la viuda del teniente: una casa en las afueras de Cerdanyola. Hasta allí los había llevado Hamed. Cuando llamaron, una mujer joven de unos treinta y cinco años, con ojos claros y pelo castaño, abrió la puerta. Grandes surcos cruzaban su rostro con evidentes señales de haber llorado. Su mirada, desesperanzada, había dado muestras de sorpresa ante su llegada. Tras las primeras preguntas, el llanto acompañó todas sus respuestas.

—¿Qué fue lo que no quisieron creer?

Sònia se levantó de la silla y cogió una foto que había sobre un mueble. En ella se apreciaban una pareja con un niño. Se las enseñó.

—Este es Alex. Hace cinco años que nos hicimos esta foto. ¡Entonces era todo tan distinto!

—Por lo que veo tienen un hijo —comentó Ernesto.

Entonces, ante su asombro, ella comenzó a llorar de manera desconsolada. Sollozaba y gimoteaba ahogando unos gritos que querían salir de su pecho.

—¿Se encuentra bien? —le dijo Carles con evidente preocupación—. ¿Desea tomar algo?

Ella negó con la cabeza y comenzó a explicar una historia.

—Hace cinco años nos hicimos esa foto. Yo no quería, pero Alex dijo que era bonito tener algún recuerdo. ¡Qué poco imaginaba yo que tan solo me quedaría el recuerdo!

—Cuéntenos lo que pasó por favor —le dijo Ernesto.

—Alex fue destinado a Cartagena. Al principio todo iba bien. Hizo amistad con varios compañeros y se encontraba en un lugar bastante seguro a pesar de los tiempos que corrían. Pero después…, llevaron el oro de la República. Todo ello me lo explicaba por carta. Él era una persona responsable y muy recta. ¡Jamás hubiera cometido un delito!

—Lo sabemos. Por favor, continúe.

—Yo llevaba a mi hijo de seis años al colegio que hay en el pueblo. Después, él volvía solo a casa o con sus amigos. No tiene pérdida. Tan solo tiene que seguir la carretera. Un día llamaron a casa. Ante ella había un hombre que no conocía. Me dijo que teníamos que hablar. Yo me negué. Entonces me mostró una caja.

—El llanto se apoderó de ella. Los policías, intrigados ante aquella historia permanecieron en silencio. Más tarde,

cuando la mujer se hubo calmado, Carles le preguntó.

—¿Qué fue lo que vio?

—Dentro de la caja había un dedo, el de mi hijo Daniel. Lo tenían aquellos hombres. ¡Le habían secuestrado! Me dijeron que tenía que escribir una carta a mi marido si quería volver a ver a mi hijo con vida. Ellos se la harían llegar.

—¿Recuerda lo que decía la carta?

Ella afirmó con la cabeza.

—Ellos me lo explicaron. Querían que mi marido hiciera lo que le ordenaran unos hombres que se hallaban en la base. Si no hacía lo que le decían, matarían al chiquillo. Sé lo duro que fue aquello para él, pero no podía hacer otra cosa.

—¿Y su hijo? —preguntó Carles con delicadeza pues ya temía la respuesta.

—Mi hijo no…, no apareció. No lo volví a ver más. No sé dónde está, tampoco sé si aquellos hombres le hicieron algo malo.

La mujer volvió a llorar. Evidentemente el dolor era mucho y todavía no había sido capaz de superarlo. Carles y Ernesto se miraron con intención pues ahora daban nombre al cadáver aparecido en la vivienda de la Trinidad.

—Y su marido se suicidó —comentó Ernesto.

—Él no pudo aguantar. Había hecho lo que nunca hubiera pensado: traicionar al ejército. Además, se enteró de que el camión había tenido un accidente y todos los hombres habían muerto. Debió pensar que nunca volveríamos a ver a nuestro hijo. Aquello fue demasiado para él.

—¿Dejó alguna nota?

—No. No dejó ninguna nota —ahora la viuda parecía tener más fuerza para explicar los hechos—, ¿para qué? Los dos sabíamos qué había pasado. Alex era un hombre de honor y, desde que hizo lo que aquellos hombres le dijeron, solo le

quedaba una salida…, pero mi hijo no apareció. No volví a ver a los secuestradores.

—Me temo que tenemos que darle una mala muy noticia —comenzó Carles—. Tendrá que acompañarnos para identificar el cadáver de un niño.

* * *

Carles encendió un cigarrillo y dejó pasar el tiempo intentando mantener la mente en blanco. El día había sido muy duro. El hecho de ver a una madre descubrir el cadáver de su hijo era algo que no deseaba a nadie. Incluso Florencio permaneció callado ante el espectáculo. El republicano creyó ver alguna lágrima cayendo por su rostro. El médico se justificó diciendo que tenía las gafas empañadas, pero su aspecto era el mismo que el de los policías. El viaje desde Cerdanyola se había realizado en total silencio. Para Sònia había llegado aquel momento tan esperado, pero al mismo tiempo, tan temido. El grito desesperado que lanzó cuando se hizo el descubrimiento del cadáver no fue sino la confirmación de una cruel realidad y, al mismo tiempo, la identificación del cuerpo sin ningún asomo de duda. Todos los hombres se mantuvieron a una cierta distancia intentando respetar el dolor ajeno. Finalmente, la viuda se había desvanecido. Para que se recuperara la estiraron sobre una camilla.

El cigarrillo se acabó y lanzó la colilla al suelo pisándola con el tacón del zapato. Se hallaba en la Plaza Lesseps y ya comenzaba a oscurecer. Había venido dando un paseo improvisado, pero Carles sabía que su consciencia le había

dirigido hacia aquel lugar: en las proximidades del taller mecánico. El dueño del taller, junto a sus cómplices, habían planeado el robo, un robo que había significado la muerte de un chiquillo y de su padre. Quería volver para ver si había habido algún cambio en cuanto al mensaje.

Llegó ante la puerta del taller. Nada parecía haber cambiado. Entró en el despacho y vio que el mensaje estaba igual que la última vez. Se desanimó. Parecía que por ahí tampoco habría suerte. Salió a la oscuridad de la calle y bajó en dirección a la Plaza Lesseps. Se detuvo un momento. Sus sentidos permanecían en alerta. Una aguda sensación de alarma lo dominó. Se giró ligeramente y pudo ver que se hallaba solo en aquella calle. Continuó caminando y fue entonces cuando percibió el ligero caminar de alguien que pretendía hacerlo de manera discreta. Se volvió a parar y los pasos se detuvieron tras él. Ahora estaba seguro: ¡alguien le estaba siguiendo! Se preguntó si era el último de los hombres del Grial, probablemente aquel que se llamaba Arnau. Mantuvo el paso sintiendo aquellos ligeros sonidos tras él.

Vio salir un hombre de un portal que había unos metros más abajo. Entró en él aprovechando la oscuridad. Confió en que el perseguidor siguiera el rastro de aquel hombre. De esa manera solo tenía que esperar a que pasara ante él. Preparó la pistola cuando oyó acercarse aquellos sigilosos pasos. Vio pasar u un joven de estatura media, con el cabello despeinado y un aire de cierta dejadez en su vestimenta. En una de sus manos llevaba una navaja.

Rápidamente Carles se puso tras él y le apuntó con la pistola.

—Será mejor que dejes la navaja y me expliques por qué me estás siguiendo.

UN COMPORTAMIENTO SOSPECHOSO

Marzo, 1938

La luz de la luna en cuarto creciente iluminaba la oscuridad que reinaba en la gran ciudad. La discreción de la luminaria urbana contrastaba con la que había tenido en otra época, bastante reciente. Entonces había sido una de las más grandes y atractivas urbes del continente. Guillermo recordaba la reciente Exposición Universal de 1929 en la que habían participado una veintena de países, incluyendo a los japoneses y norteamericanos. Su madre lo había llevado a visitar algunos los lugares como el Estadio Olímpico o el Teatro Griego. Recordó con sorpresa la avenida María Cristina, decorada con surtidores de agua y con ciento dieciséis obeliscos de vidrio iluminados por luz eléctrica. ¡Qué diferencia con la Barcelona actual! La guerra lo destrozaba todo y eso se notaba en el aire. Parecía que la ciudad se fuera apagando, como si quisiera esconderse ante el peligro que se aproximaba.

Ese fugaz pensamiento se disolvió en otros más actuales y, por tanto, de menor recorrido cronológico. El muchacho pudo percibir a cierta distancia la figura de Samuel. Notaba una firme determinación en su caminar, como si siguiera un rumbo concreto. De tanto en tanto se giraba, por lo que

Guillermo se veía obligado a esconderse de su mirada.

La convivencia en el palacio de hiedra los había convertido en compañeros de destino. El lugar era ideal para pasar desapercibido. Diríase que los hechos que sucedían en Barcelona tenían lugar en otra ciudad, tal era el aislamiento de la vivienda. A menudo, desde el balcón, habían podido observar los bombardeos de la aviación fascista sobre la ciudad.

Las fuerzas afines a Franco no habían tenido piedad a la hora de asesinar poblaciones inocentes mediante bombardeos indiscriminados. Recordó el pasado 30 de enero en el que el ruido de los trimotores Savoia-Marchetti, de la aviación legionaria, los había despertado por la mañana cuando dejaban caer su mortífera carga. Se habían asomado al balcón y habían podido ver como pasaban los aviones a 6000 metros de altura. Más tarde fueron conscientes del crimen realizado. Habían destruido objetivos aleatorios sobre el puerto, Barceloneta y Ciutat Vella. No satisfechos con arrojar las bombas, se habían dedicado a ametrallar a las familias que, desesperadas, intentaban llegar a los refugios antiaéreos. Sin embargo, lo peor estaba por saber: en la Plaza de Sant Felip Neri habían muerto cuarenta y dos personas, veinte de ellas niños que se habían refugiado en un subterráneo después que hubieran destruido la guardería infantil.

Esto le vino a la cabeza mientras seguía al monje por la que fuera la plaza en cuestión. Todavía se podían percibir restos de aquella masacre en forma de destrucción de viviendas que no habían podido ser reconstruidas. Sus retorcidos y visibles esqueletos representaban la prueba viviente de que aquello no había sido una fantasía.

Todo había comenzado una tarde, mientras se encontraba en el jardín. Había observado cómo Samuel abandonaba la

vivienda de manera un tanto sospechosa. El monje no había visto a Guillermo, pero algo en su actitud hizo sospechar al muchacho. A partir de entonces se dedicó a ejercer una discreta vigilancia sobre él, de manera que pronto advirtió que aquellas ausencias eran reiteradas.

Ante aquellas desapariciones no había mediado explicación ninguna. Realmente nadie se la había pedido, pero no dejaba de resultar ciertamente sospechoso. En alguna ocasión había decidido seguirle aunque había sido incapaz de llegar hasta el final. Aquel día, dado que el monje había querido realizar una caminata nocturna, el muchacho se había propuesto perseguirlo hasta el final. Quería saber qué se traía entre manos y a que se debían aquellas misteriosas y fugaces excursiones.

Lo siguió por los callejones próximos a la Rambla. Pasaron la Plaza del Pi y continuaron zigzagueando por calles cercanas. En un momento determinado Guillermo se dio cuenta que lo había perdido de vista. Se extrañó. Volvió sobre sus pasos, pero allí no había nadie. Comenzó a mirar en los portales con sumo cuidado. Ignoraba si Samuel lo había visto con lo cual se daría por acabada su persecución y probablemente su amistad.

Tras unos instantes de búsqueda, pronto advirtió que se hallaba solo en mitad de la calle. En aquel momento oyó una explosión cerca de allí. El silencio de la noche amplificó el efecto acústico. Sus sentidos le alertaron que corría peligro. Otra explosión. Cerca, muy cerca. Decidió entrar en un portal. Se trataba de un ataque aéreo. La luz producida por el estallido de las bombas iluminó la oscuridad. De repente otra bomba. Sintió como su cuerpo se elevaba y salía disparado mientras la casa donde se hallaba se hacía añicos fruto del impacto. Apenas tuvo tiempo de sentir nada, pues el golpe lo

había dejado aturdido. Le dio la impresión de que el tiempo se había detenido. No había perdido del todo el conocimiento, pero se sentía traspuesto como si se hallara en otra dimensión. Estaba semienterrado por los cascotes y restos de la construcción. Con los ojos entrecerrados veía destellos producidos por las explosiones. Notó como alguien movía la tierra alrededor suyo y le apartaba los escombros que lo aprisionaban. Le ayudó a ponerse en pie.

—Es peligroso seguir a la gente.

—¡Samuel!

—¿Te encuentras bien?

—Creo que no me he roto nada.

—Apóyate en mí. Te ayudaré.

Y fueron caminando por la callejuela mientras las bombas iluminaban la oscuridad del cielo de Barcelona provocando grandes destrozos y segando la vida de cientos de personas inocentes. Los bombardeos no dejaban de ser una muestra de la sensación de terror que quería generar el mando fascista. Creía que aquella era una manera de minar la moral del enemigo y una forma más rápida de acabar la contienda.

Pronto giraron por un callejón y entraron en un portal. Samuel sacó una llave, abrió una puerta y bajaron unas escaleras. Para sorpresa de Guillermo se encendió una luz. Se hallaban dentro de un local lleno de libros, una librería muy particular.

—¿Por qué lo has traído? —preguntó un hombre con bigote, perilla, unas cejas espesas y ojos penetrantes que estaba acompañado por una joven morena que llevaba una diadema en el pelo.

—No podía dejarlo tirado en la calle.

—¡Sabes lo peligroso que es!

—Lo siento, pero si lo hubiera dejado probablemente

hubiera muerto.

—¡Ese no es nuestro problema!

Samuel insistió.

—Es el muchacho del que te hablé, Simón. Me ha mantenido escondido todo el tiempo. Me ha protegido.

Aquello no pareció convencer al desconocido. Guillermo asistía asombrado a aquella extraña discusión.

—Sabes que nuestra misión está por encima de todo.

—Pero no puede pasar por encima de las personas.

—¡Muchas personas han muerto por ello, han dado su vida para poder llegar hasta donde hemos llegado!

—Pero él no dirá nada. Sabrá mantener el secreto.

Simón mantenía una expresión ceñuda, no acababa de entender la confianza que mostraba Samuel hacia aquel muchacho.

—Confío en que no dirás nada a nadie —ahora se dirigía a Guillermo.

—No. No diré nada.

Pero todavía no sabía qué era lo que no debía decir.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó Simón a Samuel.

Se fueron a una habitación que había al fondo, tras una estantería llena de libros. Guillermo quedó a solas con la muchacha. Observó que se trataba de una chica de poco más de veinte años. Tenía un pelo ondulado, una frente amplia y ojos marrones. Su nariz respingona le daba un aire alegre y confiado. Aunque hubiera querido oír de qué hablaban los dos hombres, las explosiones en el exterior impedían esa posibilidad.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Me llamo Teresa.

—¿Y tú trabajas aquí?

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir?

—Vengo a menudo y ayudo en lo que haga falta.

—Parece un lugar escondido. No he visto indicaciones en la puerta.

—No la tiene…

—¿Así no entra nadie aquí?

Guillermo miraba los libros que allí se hallaban con aire concentrado, aunque intentaba escuchar algo de la conversación que tenía lugar en la otra habitación. Hasta él llegaron algunas palabras.

—No lo hemos podido localizar. Los chicos están buscándolo —oyó que decía Simón.

—¿Qué sabéis de ese hombre?

—Todos son rumores. No hay ninguna certeza.

El muchacho siguió mirando aquellos libros. Luego vio un nombre en una tarjeta.

—¿Belibaste?, ¿ese es el nombre de este local?

—Preguntas demasiado —dijo Simón entrando en la sala.

—Creo que nos tenemos que ir —dijo Samuel.

—Esperad un poco que esos animales dejen de tirar bombas.

Todavía permanecieron allí un rato con las luces apagadas. Aquel lugar intrigaba a Guillermo. Las paredes estaban sin revestir por lo que percibía la construcción con ladrillos tras los estantes de libros. Ello le daba un aire provisional y vetusto, que estaba en consonancia con la decoración de la librería bastante escasa y austera. Parecía un lugar improvisado, que podía desaparecer sin dejar rastro. El muchacho pensó que aquello debía ser una especie de tapadera para esconder algún tipo de negocio más misterioso, probablemente ilegal.

Más tarde, mientras caminaban hacia su vivienda de conveniencia, el palacio de hiedra, entablaron conversación.

—Samuel. No nos dijiste la verdad —le espetó.

—No del todo —reconoció—. No podía decirla.

—¿No eres un jerónimo?

—No. No lo soy —le respondió negando con la cabeza.

—¿Sois una especie de banda?

—Si te refieres como a esa que te persigue, no —sonrió Samuel—. No somos de esa especie.

—¿Entonces qué es lo que buscáis?

—Guillermo. En este tema, cuanto menos sepas, será mejor para ti.

Guillermo calló. Evidentemente, si alguien quería que investigara sobre alguna cosa, solo tenía que prohibírselo. Aquello solo consiguió aumentar la curiosidad del muchacho.

Más tarde, en su habitación, mientras abrazaba a Lena que permanecía dormida en su regazo, no dejaba de pensar en la conversación que había oído. Aquellos hombres tenían algún objetivo concreto. Estaban buscando algo. Si tenía en cuenta las circunstancias en que apareció Samuel pensó que debía de ser algo tan importante como para que aquel monje permaneciera escondido más de un año y medio. No conseguía imaginar qué debía ser aquello tan valioso por lo que habían muerto muchas personas.

CONFESIONES

Mayo, 1940

—Nunca hubiera pensado que esto acabaría así.

—Cuando uno realiza un delito tiene que pensar en todas las posibilidades. Y salir mal es una de ellas cuando Intervienen tantos elementos.

—Pero Vicente nos aseguró que todo se realizaría de manera limpia.

—¿Por qué no empiezas por el principio?

Arnau Massip, que así se llamaba el joven, pareció caer en una especie de introspección. Se mantuvo en silencio un momento y Carles pudo observar su aspecto físico. A pesar de la juventud, era un hombre consumido. Presentaba una gran delgadez en general. En el rostro resaltaban los pómulos muy marcados y los ojos hundidos. Su mirada perdida daba cuenta del estado en que se encontraba. Estaba a un paso de la desesperación y casi había agradecido que su detención hubiera puesto punto y final a la agonía que padecía.

—Yo era amigo de Valeri. Nos habíamos criado en la misma calle. A menudo creían que éramos hermanos porque siempre íbamos juntos. Recuerdo que una vez, unos chicos del barrio me amenazaron y me avisaron de que no pasara por cierto lugar, que me las vería con ellos. Cuando se lo dije a

Valeri, este se enfureció y me dijo: «Ahora mismo vamos a pasar por allí. Que se enteren esos imbéciles de que no les tenemos miedo». Aquel mismo día pasamos por la calle prohibida, ante todos aquellos muchachos fanfarrones… —Arnau sonrió—. Nadie tuvo valor para enfrentársele. Él conseguía acallar a los demás tan solo con su mirada. Siempre lo admiré. Lo hubiera seguido hasta el fin del mundo.

—¿Él te propuso el negocio?

—Él me lo comentó. Valeri trabajaba en este taller —dijo señalando el local al que habían vuelto para tener aquella conversación—. El taller pertenecía a otro individuo, Josep Vintaló. Al parecer fue este quien le habló del golpe. Nosotros habíamos pasado bastantes apuros económicos y, la verdad, parecía una buena ocasión para salir de la miseria. Había un socio, un sujeto que se encargaba de organizado todo. Tenía contactos y medios. Todo ello facilitaba la posibilidad de tener éxito en el negocio en cuestión.

—¿Y el socio era…?

—Vicente Santos.

—El dueño de la casa de la Trinidad.

—Sí. Él nos comentó que el asunto estaba bien organizado, que tenía sus amistades. Se trataba de robar un par de cajas del oro de la República. Nos aseguró que todo saldría bien.

—Pero ¿vosotros estabais en Cartagena?

—No. Pero él se aseguró de que nos destinaran. Ya le he dicho que tenía sus contactos. Supongo que también en el ejército.

—¿Cómo fue el golpe?

—Todo estaba preparado para el 28 de octubre. El barco Tramontana debía salir con una carga de oro.

—750 cajas.

—En efecto, 750 cajas. Debíamos llevarlas de la Algameca hasta el muelle, listas para embarcarlas.

—¿Cómo conseguisteis esconder dos cajas? —preguntó Carles.

—El vehículo estaba preparado. Tenía un compartimento que había arreglado Josep en el cual cabían dos cajas, pero había un problema: cada vehículo iba custodiado por un soldado. Pudimos distraer al vigilante lo suficiente para esconderlas. Era un compartimento bajo el suelo del camión. Después solo tuvimos que poner el resto de las cajas ordenadas en el mismo. Cuando llegamos al muelle descargamos las que estaban a la vista. Las dos que habíamos ocultado resultaban imposibles de ver.

—Luego utilizasteis el salvoconducto que os extendió Alex Bonet.

—Así es —su mirada parecía perdida y recordar aquello parecía causarle dolor—. Utilizamos el salvoconducto. El vigilante se dio cuenta de que estábamos haciendo algo irregular así que lo amenazamos con un arma.

Pero más tarde lo asesinasteis.

—Yo…, ignoraba que Valeri le iba a disparar pero dijo que no podíamos dejar testigos.

—Pero tú sabes, o debiste sospechar, que no podía quedar con vida.

El hombre pareció agachar la cabeza. Luego la levantó y, mirando a los ojos a Carles, contestó.

—Supongo que yo me quise engañar. Quise creer que sería un robo limpio.

—Fue de todo menos limpio.

—Supongo que sí.

—¿Qué pasó luego? Quiero decir…, cuando salisteis del cuartel.

—Fuimos por la carretera en dirección a Águilas pero a la altura del Cabo Cope, Josep se desvió. Fuimos por caminos donde nos esperaban los hermanos Boix. Ellos habían fondeado su barca en aquellas costas que conocían bien. Fue pesado llevar las cajas hasta el barco.

—¿Y los cadáveres de los hombres?

—Los hermanos Boix los habían traído en la barca. Eran fiambres comprados a delincuentes. En estos tiempos no resulta difícil encontrar «voluntarios» —sonrió casi imperceptiblemente—. Prendimos fuego al camión y lo arrojamos por un acantilado.

—Os asegurasteis que quemaran bien los cuerpos.

—En efecto. Para poder escapar debían quedar irreconocibles. He de decir que ya venían así desde Barcelona. Por otro lado, para que supieran que éramos nosotros, el vigilante debía estar reconocible.

—¿Volvisteis todos con los hermanos Boix?

—Sí. Volvimos todos en el barco. Luego, una vez en el puerto de Barcelona, transportamos las cajas a la casa de la Trinidad.

—¿En qué momento secuestrasteis al niño?

Posiblemente, fue entonces cuando la mirada de Arnau cambió mostrando una gran sorpresa.

—¿Niño?, ¿qué niño?

—¿Cómo pensabais que os iban a dejar salir?

—No lo sé. Yo pensé que Vicente se relacionaba con mucha gente. Y su manía con el Santo Grial y los masones… Yo pensé que se lo facilitaban porque eran masones.

—Vayamos por partes. —Carles, a pesar de ver hundido a aquel hombre, no dejaba de apuntarle con la pistola en el interior del almacén—. ¿Por qué os tatuasteis el Grial y como usabais el código masónico?

—Todo está relacionado. Cuando nos pusimos de acuerdo para realizar el robo decidimos celebrarlo y, como muestra de compromiso, Aaron propuso que nos hiciéramos un tatuaje, como los que él tenía. Aceptamos y, a los pocos días, trajo a un italiano que nos hizo a todos el mismo tatuaje. Se basaba en una imagen que había realizado Valeri. El código masónico nos lo enseñó Vicente. Era una manera de comunicarnos entre nosotros. Así nos asegurábamos que nadie entendería los mensajes excepto los que formábamos parte de la banda.

—No llegaste a ver el mensaje de Aaron.

—No, ¿qué mensaje?

—El que escribió en la pared antes de morir.

—Ignoraba que hubiera escrito un mensaje pero sospechaba que había muerto al no tener noticias suyas.

—¿Qué pasó después?

—Después nos separamos y quedamos en vernos para repartirnos el botín. Decidimos dejar pasar unos días. Pero cuando fuimos…

Arnau había enmudecido. Los recuerdos se le acumulaban y pesaban en la conciencia. Carles dejó pasar el tiempo. Esperaba que continuara, de la misma manera que el penitente se confiesa ante un capellán.

—La casa estaba cerrada. Era a finales de diciembre. No habíamos tenido ninguna información de Vicente y comenzábamos a sospechar que nos la había jugado. No parecía haber nadie en la casa. Saltamos la valla y entramos. Observamos que faltaban objetos, como si los hubieran robado. Pero no había rastro ni de Vicente ni del tesoro. Finalmente bajamos al sótano…, y allí estaba.

—¿Qué fue lo que vistes?

—Vicente…, estaba en el sótano…, muerto. Se hallaba atado y colgado de la pared. Era horrible. Las ratas habían

mordido su rostro. Decidimos salir y escondernos, pero mantener el contacto.

—¿Qué crees que pasó?

—Alguien nos traicionó. Alguien que sabía que habíamos robado el tesoro. Acabó con Vicente y robó las cajas de oro.

—Entonces os poníais en contacto por medio del mensaje que dejabais en el taller.

—Así es. El taller era el lugar donde podíamos contactar. Teníamos una llave y algunas veces nos reuníamos aquí. Todo pareció volver a la normalidad hasta que…

—¿Hasta qué?

—Hasta que de repente dejamos de tener noticias de Valeri. Nos había comentado que se iba a reunir con alguien que parecía interesado en cerrar un negocio.

—Y lo eliminaron a él.

—¡No lo sabía! Aunque me lo imaginaba porque nunca apareció. A pesar de que todos estábamos alerta, tampoco sabíamos si Valeri se había marchado. Los hermanos Boix creyeron que él podría ser el traidor y haberse llevado el oro. Yo nunca lo creí. Valeri nunca lo hubiera hecho.

—No. Él no lo hizo.

—Meses más tarde fue Aaron quien vino. Dijo que su hermano había desaparecido con el barco. Le había llegado el rumor de que lo habían matado. Sospechábamos que alguien nos estaba persiguiendo y eliminando de manera sistemática. Pero no lo acabábamos de entender porque ya tenían el oro. Probablemente querían eliminar pistas.

—¿Las desapariciones siguieron? —preguntó Carles ante los silencios de Arnau.

—Sí, más tarde dejamos de saber de Josep. Ya apenas nos atrevíamos a ponernos en contacto por el sistema cifrado. Al cabo de un tiempo descubrí un mensaje de Aaron. En él me

decía que creía saber dónde estaba Josep. Se hallaba en una antigua checa que había en una casa apartada, detrás de la pedrera del Coll.

—¿Tú sabrías llegar?

—Alguna vez fui y pude ver unos sujetos que entraban y salían. No tenían buena pinta. No me atreví a acercarme demasiado pues había dejado de recibir noticias de Aarón. Como no sabía si alguien quedaba con vida intentaba ponerme en contacto por medio de los mensajes cifrados.

—Fue entonces cuando viste mi mensaje.

—En efecto. Me quedé sorprendido…, no sabía si era verdad o se trataba de alguno de esos hombres.

—Y por eso decidiste seguirme.

—Así es. Pero ya estoy harto de esconderme. Lo que tenía que haber sido un golpe fácil se ha convertido en un infierno.

Carles recordó todo lo que había oído hasta el momento. Pensó que los datos iban tomando forma y confirmando descubrimientos anteriores.

—¿Nunca supisteis con quien se relacionaba Vicente?

—No. No lo supimos. Él nos dijo que se trataba de un importante hombre de negocios. También nos dijo que él se encargaría de los detalles.

«Efectivamente —pensó Carles—, se encargó de todos los detalles, como el de ir eliminando a todos aquellos que habían robado el oro».

—Por cierto, ¿sabes de dónde sacó Valeri el modelo para dibujar el Grial?

—Lo sacó de un dibujo de una librería en la que había trabajado. Creo que se llamaba Belibaste, si no recuerdo mal.

EN LA CHECA

Mayo, 1940

—¿Crees que habrá alguien? —Pues no lo sé contestó Carles—. Parece abandonada.

Los dos policías observaban la casa aislada. El lugar respiraba tranquilidad pero una quietud engañosa, como la que queda en un cementerio, cuando todo vestigio humano ha desaparecido. El hecho de acometer el registro en la oscuridad no contribuía a mejorar la situación precisamente.

El republicano había maniatado a Arnau y se había puesto en contacto con Ernesto. Este había llegado con Hamed. Prosiguieron el interrogatorio que no varió mucho de lo que ya había descubierto Carles. Se fueron a discutir lejos del prisionero.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —preguntó Ernesto.

—Creo que lo mejor es que nadie sepa por el momento que está en nuestras manos.

—¿Y qué ganamos con eso?

—En primer lugar tiempo. Pero pienso que deberíamos hacer una visita a la famosa checa.

—¿Crees que habrá alguien allá?

—Si no vamos no lo sabremos.

Y allí estaban, acechando en la oscuridad y en el silencio

de la noche. Habían dejado el coche lejos de la zona para no despertar sospechas. Arnau los acompañaba sin oponer resistencia. Fue él quien los llevó hasta la vivienda, una torre que parecía deshabitada, una vez pasada la pedrera del Coll.

—He venido varias veces últimamente —les dijo—. Creo que no hay nadie.

Dejaron a Arnau con Hamed y los dos policías se aproximaron a la vivienda. A Carles le dio la impresión de que aquella casa estaba estigmatizada, como otras que los republicanos habían utilizado como checa. El daño que se había realizado en su interior parecía traspasar sus paredes en forma de opresiva atmósfera.

Un muro rodeaba la propiedad. Los matorrales prácticamente cubrían el muro contribuyendo a aumentar el aislamiento. Una verja que parecía oxidada impedía el paso al patio. Los policías sacaron sus armas y rodearon la propiedad. En la parte trasera había un árbol desde cuyas ramas parecía fácil introducirse en el recinto. Pronto se hallaron en el amplio terreno de la vivienda. La puerta estaba cerrada y se resistía. El republicano maldijo la poca habilidad que tenía para forzar cerraduras. Echó de menos la destreza de Hamed en esas lides.

—Parece que no hay nadie —susurró Ernesto.

—Aun así, no nos podemos fiar.

Ante la resistencia ofrecida por la puerta, fueron rodeando la vivienda. Observaron una ventana que tenía un postigo de madera un poco abierto. Carles apartó a Ernesto y rompió el cristal con el codo. Aunque el ruido no fue escandaloso, retumbó en el silencio de la noche. Los dos hombres esperaron con las armas preparadas. No hubo ninguna respuesta.

Abrieron la ventana y entraron en el interior de la

propiedad. Carles alumbró con la linterna la estancia: una vieja sala con escasos muebles, apenas una mesa y dos sillas, además de una estantería. Poco a poco y con sumo cuidado fueron abriendo las habitaciones. Ignoraban a quién había pertenecido la morada, pero los restos de lo que fuera el hogar de una familia se confundían con elementos más propios de una cárcel. Algunos detalles, como el de cuerdas o cadenas en la pared, unidos a manchas de sangre seca, atestiguaban la utilización que se le había dado a la vivienda. En el piso superior había tres habitaciones, todas ellas en un estado de abandono que dejaba entrever su desuso.

—¡Aquí hay una puerta! —señaló Ernesto.

—¡Vaya por Dios! —dijo Carles cuando vio la escalera que descendía—. ¡Otro sótano!

—Comenzaron a bajar las escaleras con precaución hasta que llegaron al subterráneo. Allí se mostraba en toda su crudeza la utilidad que se le había dado a aquel espacio. La superficie estaba constituida por una austera sala rectangular. La cama consistía en una tabla de madera inclinada para dificultar el reposo del prisionero. Dos columnas rompían la uniformidad del espacio. En ella se hallaban unas cuerdas donde debían haber estado atados los prisioneros. Uno de sus tabiques tenía fijados unas cadenas y ganchos. Otra pared era de tierra y mostraba un agujero que dejaba al descubierto unos conductos. Unas manchas negras quedaban como resultado de la sangre reseca de las víctimas que habían pasado por allí.

—¡Vaya lugar más tenebroso! —dijo Ernesto.

Viendo que Carles no le contestaba se giró. Observó su aspecto y vio que parecía traspuesto.

—¡Carles!, ¿qué te pasa?

—Yo he estado aquí prisionero.

* * *

Habían decidido salir del sótano, la sensación era desagradable y angustiosa. La atmósfera que se respiraba en aquella sala era opresiva, cosa que se trasladaba al resto de la vivienda. Se hallaban en la habitación por la que habían entrado.

—No hemos encontrado rastro de Josep.

—Sin embargo —respondió Carles—, si excavamos en los alrededores de la casa posiblemente encontremos su cuerpo.

—¿Tú crees?

—Con toda seguridad. Si no está aquí estará enterrado en la cantera. No creo que lo hayan llevado más lejos.

Ernesto afirmó con la cabeza.

—¿Viste ese agujero en la pared?

—Sí, lo vi.

—Apuesto que es la misma tierra que encontramos en las manos de Aaron Boix. Debió intentar hacer un agujero para escapar. Le debió sorprender el vigilante y finalmente conseguiría salir por la puerta.

—Este lugar da miedo… Así que esta era la guarida de Max —comentó Ernesto.

—Así es —apenas era un murmullo de voz lo que salía por boca de Carles, tal era la impresión que todavía sentía—. A mí me llevaron a la torre del Terror y, posteriormente, me trajeron a esta vivienda. Me tuvieron sujeto con aquellas cadenas que había fijadas al muro. Recuerdo que pasé unos días interminables. La tortura no se debía tanto al maltrato sino a la sucesión de días y noches sin ver la luz del sol. Me despertaban a cualquier hora, apenas me daban de comer y las palizas eran frecuentes. Uno de ellos, el más rencoroso, era

bajito y presentaba una marcada cojera. Carecía de empatía y no mostraba sentimientos.

—Ya nos preocuparemos de él.

—No hace falta… Ya está muerto.

—¿Muerto?

—Sí. Fue el que abatimos en la casa de Bigas. Ignoro cuantos hombres le quedarán a Max. Teniendo en cuenta lo que decía Josep Santaló, había cuatro hombres. Tres fueron los que le atacaron y su líder, León Cortaza, alias Max.

—Entonces solo quedan tres. De la historia de Arnau…

—¿Sí?

—¿Quién debió asesinar al niño?

—Cualquiera de la banda de Max.

—¿Quieres decir?

—Si creemos a Arnau, él no sabía nada. Créeme que se sorprendió cuando le pregunté al respecto. Por otra parte, parece ser que Vicente tenía algunos amigos tan bien relacionados que Incluso contribuyó a conseguir que los tres hombres fueran destinados a Cartagena.

—¿Estás pensando en alguien en particular?

—Estoy pensando en alguien protegido por Max y su banda, para quien el tesoro tan solo representaba la manera de pagar su seguridad. De hecho, sería el nexo de unión entre la banda del Grial y la banda de Max.

—Estás hablando de Francisco Solana.

—Así es. Pero deberíamos acabar esta historia de una vez. Debemos ser nosotros quienes demos el próximo paso.

—¿Qué sugieres?

—Tenemos que prepararles una trampa. Tenemos que hacer desaparecer a Max y su banda.

—Querrás decir capturar —corrigió Ernesto.

Carles lo miró de manera significativa.

—¿Tú crees que se dejará?

CENTRO DE ACOGIDA

Mayo, 1938

—¡Fue horrible! —dijo la mujer, una señora de unos treinta y cinco años, acompañada de su hija, quien no se separaba de ella.

Dolors la escuchaba y no podía menos que mirar a la niña. Ella se apretaba bajo el regazo de su madre. No soltaba su mano y sus oscuros ojos la miraban con cierta aprensión. En su mirada se hallaba reflejada toda la tristeza de la guerra.

—¿Quiere contármelo?

—Me llamo Manuela y María es mi hija. Nosotras venimos de Málaga —explicaba mientras le caían las lágrimas—. Cuando se acercaron los franquistas tuvimos que salir de allí. Ya llevaban días cayendo bombas a todas horas. ¡Aquello era terrible! Decidimos salir de la ciudad. Queríamos ir a Almería por la carretera de la costa. Había mucha gente. La mayoría eran civiles que querían salir de aquella ratonera.

Manuela comenzó a sollozar. Los recuerdos eran duros, muy duros. Dolors la dejaba hablar. Sabía que era terapéutico. Su experiencia le decía que los refugiados necesitaban contar su historia. Muchas revestían tal crudeza que se hacían difíciles de digerir.

A medida que se desarrollaba la guerra, el frente se

aproximaba al norte y, con él, miles y miles de refugiados que iban huyendo del terror provocado por la violencia fascista. Cataluña se convirtió en tierra de acogida para las personas que llegaban, pero, al mismo tiempo, surgían dificultades a nivel de asistencia social. Se tuvieron que tomar medidas de urgencia para coordinar las actuaciones de las diferentes organizaciones que se dedicaban a ayudar a los refugiados. En Barcelona se formó el Comité Central de Ayuda a los Refugiados de Cataluña. Muchas casas particulares acogían a personas huidas de otras partes de España. Llegaban personas de Madrid, Andalucía o Extremadura. La caída de Málaga, en febrero de 1937, había provocado una oleada de refugiados: ancianos, mujeres, niños y familias. Se habían desplazado por todo el litoral de la península huyendo de la carnicería realizada por las tropas franquistas en la ciudad andaluza.

—Salimos todos de la ciudad. Su padre y su hermano también —dijo señalando a la niña que no debía tener más de cinco años—. Yo llevaba a la pequeña, pero ella se quedó dormida por el camino. Mi marido y mi hijo se adelantaron. Habíamos quedado con otros familiares en Almuñécar.

—¿Y qué pasó?

—Solo recuerdo las bombas. Caían bombas por todos lados.

—¿Los aviones?

—No solo los aviones. También los barcos desde el mar. A medida que avanzaba tenía que girar los cadáveres que encontraba en el camino para ver si alguno de ellos era mi marido y mi pequeño.

—¿Pudo encontrarlos?

—No. No los he vuelto a ver. Ni siquiera sé si están vivos o… —comenzó a llorar.

Dolors acarició el rizado pelo de la niña, que se removió

inquieta y suspicaz. Aquella pequeña había visto demasiada muerte y demasiada crueldad para su edad. Aquel sufrimiento padecido por las personas inocentes ante la brutalidad de la guerra era lo que le había llevado a ayudar. Pensaba que todos debían de estar implicados en aquella contienda. La derrota significaba una pérdida colectiva. Había comenzado a colaborar en la ayuda a los refugiados y cada vez su implicación había ido en aumento. Sus funciones habían sido variadas: desde buscar alojamiento a los refugiados, ayudar a escolarizar a los niños o ejercer de enfermera voluntaria. Era tanta la necesidad en aquel momento, que los sindicatos habían realizado cursos para capacitar lo mejor posible a la población, básicamente femenina, para poder ayudar en cometidos de enfermería. Muchos venían con heridas de todo tipo, desde metralla a contusiones o enfermedades como la tuberculosis, el paludismo o la sarna. Gracias a su implicación en el desempeño de sus nuevas funciones, los conocimientos de Dolors en cuanto a la salud y sus cuidados habían mejorado de manera significativa.

Sin embargo, eran las heridas psicológicas las más difíciles de curar. Las personas que huían de la guerra arrastraban una mochila difícil de gestionar. Haber presenciado la muerte de familiares o amigos, o padecer torturas o violaciones generaba unas secuelas que no se curaban solo con escucharlos. A pesar de ello, sabía que cuando los refugiados expresaban sus penas, avanzaban un paso en su mejora.

Dolors sabía que uno de los problemas más graves y preocupantes era la situación de los niños, muchos de ellos huérfanos que llegaban a la ciudad. La falta de alimentos, la inclemencia de los inviernos en algunas zonas geográficas a las que eran destinados o la capacidad financiera de algunos municipios dificultaban una atención adecuada. Pensó en

María, que en aquel momento se hallaba en la Estación sanitaria que se había habilitado en el Estadio de Montjuic y que había adoptado el nombre de Arnau de Vilanova. Allí prestaba ayudaba a las personas que llegaban, pero sus dramáticas historias le acongojaban y le creaban un manifiesto desasosiego. No podía dejar de pensar que el frente cada vez se encontraba más cerca. ¿Qué haría si hasta allí llegaba el ejército nacional? No quería pensar en ello, pero de vez en cuando la pregunta se presentaba en su mente.

Volvió caminando a su vivienda, el apartamento que compartía con Anna, la madre de Carles. A lo largo del recorrido podía ver los desastres provocados por los bombardeos, meses atrás. Barcelona se había convertido en una ciudad insegura, una ciudad herida, pero no por ello dejaba de ser solidaria y abierta.

A su mente le vinieron los recuerdos de septiembre del año anterior, cuando Carles fue secuestrado por aquella banda de anarquistas. Fue gracias a Guillermo que pudo regresar a casa. Ignoraba cómo lo había hecho, pero sabía que, si su marido seguía con vida había sido gracias a las gestiones que hiciera aquella pareja. Como les prometiera en su momento, no había dicho nada. Al parecer la vida de los chicos dependía de ello. En algunas ocasiones le venía a la mente su imagen, ¿qué sería de ellos? ¿Dónde estarían ahora? Dolors era consciente de que tenía una deuda pendiente.

* * *

Los hombres se despidieron. Habían estado hablando una hora aproximadamente. Uno de ellos, aquel que tenía un

aspecto más desgarbado se fue caminando calle abajo. El otro, con una presencia más imponente y con una apariencia más presentable se paró un momento y se giró, probablemente con la intención de vigilar si era seguido. John los había estado espiando desde un bar cercano. Hacía ver que leía el periódico, pero en ningún momento había perdido de vista a aquellos dos hombres.

Llevaba días tras la pista de Soto, consciente de que le conduciría hasta Litus, el espía italiano más buscado del momento, responsable de la muerte de varios sindicalistas y de sabotajes contra objetivos republicanos. El asesinato de un agente bajo las órdenes de los servicios de inteligencia ingleses había sido la gota que había colmado el vaso. Alex había recibido la notificación de que debían acabar con aquel molesto enemigo y, junto con John, llevaban varias jornadas realizando un sutil seguimiento del valenciano, más fácil de localizar.

John salió del bar e hizo una seña a su compañero, quien se encontraba en la azotea de un edificio cercano. Alex había tenido la intuición de que Litus estaría por la zona del Raval y de que Soto los llevaría hasta él. Su instinto había acertado. Observó que el espía parecía ir con paso acelerado por aquellos callejones. Temió perderlo de vista, por lo que fue un tanto más deprisa. Se giró hacia atrás pensando que Alex no sería capaz de seguirle. Pero, en aquel momento, resultaba mucho más importante descubrir donde se escondía el italiano.

El inglés se paró e intentó disimular al ver que Litus se había quedado inmóvil. Tras el susto inicial comprobó que tan solo se había parado a comprar el periódico. John miró hacia todos lados. Ni rastro de Alex. Pensó que debía de ir con precaución. Siguió tras los pasos del espía. No era cuestión de

perderlo de vista en aquel momento. A pesar de que eran las seis de la tarde, el calor comenzaba a hacer mella en él. Decidió no quitarse la chaqueta. Habían bajado por la calle Robador. Tuvo tiempo de ver como giraba por la calle San Pablo. Había bastante gente paseando por lo que intentó acercarse más. De repente comenzó a mirar a izquierda y derecha.

Lo había perdido de vista.

Caminó rápidamente, pero no lo vio, por lo que supuso que había entrado en algún portal. Volvió sobre sus pasos con suma atención. Se percató de que había un portal entreabierto que parecía dar a un patio interior. Miró a su alrededor. Evidentemente, Alex no había podido llegar hasta allí. Se metió la mano en el bolsillo y acarició la pistola. Empujó con cuidado el portón y no pudo evitar un suave chirrido. Entró en aquel patio interior y vio al hombre que había seguido. Estaba de espaldas a él. Sacó la pistola y le dijo:

—¡Será mejor que se gire!

El hombre se giró, pero algo en su mirada le hizo dudar. No parecía temerle. Es más, incluso, parecía esperarlo. Todo su cuerpo mostraba una seguridad que John, en aquel momento, no sentía.

—¿Estás seguro? —le preguntó mientras una leve sonrisa hacía su aparición en la comisura de sus labios—. Creo que será mejor que tires el arma.

Entonces John oyó el ruido de un percutor tras él y sintió el frío de una pistola que se apoyaba en su sien. Comprendió, demasiado tarde, que había caído en una trampa. Soto había hecho el camino a la inversa y le había estado esperando en la sombra, escondido tras la puerta. Si en algún momento había tenido alguna posibilidad de acabar con Litus, estas habían caducado en aquel momento.

ANTIGUOS ENEMIGOS

Mayo, 1940

El sol entraba por la ventana. Carles permanecía en la cama y se resistía a levantarse. Aquella noche le habían acabado tarde pero no era tanto el cansancio lo que mantenía al policía en aquel estado. No hubiera imaginado que el descubrimiento de la checa donde había estado prisionero le afectara tanto. Los recuerdos de aquellos días habían ocupado su mente. Recordó cómo había sido capturado en mitad de la calle y los sucesos que habían tenido lugar a partir de aquel momento. Había estado en manos de Max, el hombre que había jurado matarlo, y sin embargo había podido contarlo. Lo habían llevado a aquella casa, de eso no tenía ahora ninguna duda, y había pasado allí algunos días, la mayor parte de ellos atado a la columna. Todavía podía sentir, como si fuera ahora, el dolor en las muñecas y en los brazos, un dolor que se hacía insoportable a medida que pasaban las horas. Su torturador —aquel hombre bajo y rechoncho, con una mirada desquiciada y estrábica y con una evidente cojera, probablemente resultado del tiro que le debió disparar Guillermo— había fallecido en Bigues. De hecho, había sido Carles quien acabara con su vida. Sin pretenderlo había realizado un acto de justicia…, o de venganza.

Lo sorprendente había sido que, al cabo de varios días, fue puesto en libertad sin apenas resistencia por parte de sus secuestradores. El temor a la represalia por alguien superior debió haber sido mayor que los deseos de venganza sobre Carles.

Pero lo que le había mantenido en duda y en alerta aquella noche había sido el hecho de recordar el retorno al hogar. En la oscuridad había estado analizando las reacciones de su madre y de Dolors al volver a casa. Recordó que su madre no dejaba de hacer preguntas de manera ininterrumpida, en cambio, Dolors apenas había dicho nada. Resulta curioso, pensó, cómo al cabo del tiempo uno es capaz de percibir detalles que en su momento pasaron inadvertidos. Su madre estaba inquieta y había sufrido porque no sabía dónde se encontraba ni qué posibilidades tenía de salir con vida. En cambio, en el silencio de Dolors, se hallaba escrito un mensaje diferente. Como si supiera donde había estado.

Probablemente, en aquel momento, Dolors sabía algo más de lo que él imaginara entonces. Si esto era así, ¿qué otras cosas sabía Dolors?, ¿en qué otras historias andaba metida sin que él lo supiera? A fin de cuentas, él se hallaba en el frente luchando y era ajeno a muchas de las cosas que sucedían en la retaguardia.

Se levantó. Aquel sería un día duro y requería de una buena preparación. Habían llevado a Arnau al local de la calle Fernando, en el maletero del coche por si habían sido vigilados. Había que tener en cuenta que la banda de Max conocía su ubicación. En el local, el prisionero había quedado bajo la vigilancia de Hamed. Pronto llegaría Marco y debían avisarle de manera adecuada.

* * *

—Veo que ya estáis todos.

La sorpresa de Marco fue evidente al encontrar a todos sus compañeros despiertos y en alegre conversación.

—¡Siéntate con nosotros Marco!

Marco se sentó, extrañado ante el tono jovial de Ernesto.

—¿Ha sucedido algo nuevo?

—Va a suceder —apuntó Carles.

—¿Y eso?

—¿Conoces a este individuo?

Carles arrojó sobre la mesa unas fotos que había realizado Hamed en las que se veía a Marco sentado con un hombre en un bar. Aunque las imágenes no estaban demasiado claras, no dejaban lugar para la duda.

—Pero si es… ¡Este soy yo con Dídac! ¡Me habéis estado siguiendo!

—Así es —ratificó Carles.

—¿Con que objetivo? —preguntó indignado Marco—. ¿Acaso no puedo ir con quien me parezca?

—Puedes ir con quien quieras —comenzó Ernesto—, pero no contar cosas de la investigación.

—¿Qué quieres decir? —Aquello pareció sorprenderle. El tono era bastante más bajo, como si comenzara a comprender.

—Mira esta otra foto —la arrojó Carles sobre la mesa.

Marco la miró y pareció comprender. En ella se veía a Dídac, el amigo con el que se encontraba desde hacía un tiempo para hablar y tomar una cerveza, hablando con Jorge Deleune. En esta ocasión Hamed había podido fotografiarlos con bastante nitidez.

—¡Oh!, ¡Dios mío! —exclamó Marco visiblemente

arrepentido.

—Ahora nos explicarás qué tipo de relación mantienes con ese individuo —comentó Carles—, ¿o acaso tú eres confidente de Jorge Deleune?

—¡No! —exclamó con energía—. No he hablado nunca con ese individuo.

—Será mejor que hables desde el principio —comentó Ernesto.

Y Marco habló. Hacía semanas que, de manera casual, o eso creyó él, se había encontrado con Dídac García, un compañero de aquella época en que realizaban trabajos de vigilantes de una fábrica. Su amigo, muy dicharachero, quiso invitarlo a tomar un trago. Habían estado hablando de muchos temas, no recordaba todos, pero creía que también había comentado algo del trabajo. En aquel momento era consciente de que había sido manipulado por aquel hombre.

—¡Date cuenta que nos has puesto a todos en peligro! —le dijo Ernesto.

—¡Lo siento! —dijo verdaderamente avergonzado—. No lo volveré a ver más.

—¡No!, ¡todo lo contrario! —le rebatió Carles—. Justamente queremos que lo vuelvas a ver.

La cara de Marco era todo un poema.

—¿Qué queréis decir?

—Queremos que lleves un mensaje a tu amigo —dijo Ernesto.

—Pero recuerda, como en las ocasiones anteriores, lo has de dejar caer casi sin darte cuenta —completó Carles.

Los policías seguían dando forma al plan. Al cabo de un rato habían establecido el día, la hora y el lugar donde tendría lugar el encuentro con el único superviviente de la banda del Grial. Para que su plan tuviese éxito era necesario que la

reunión llegara a oídos de la banda de Max. Este no se resistiría ante la posibilidad de capturar al único hombre que, presumiblemente, sabía dónde estaba el tesoro. En aquel momento llamaron a la puerta.

—Deben de ser los refuerzos —comentó Ernesto.

La sorpresa de Carles fue enorme cuando vio aparecer ante él a Gonzalo, el policía con el que ya había discutido alguna vez en Reus y que era responsable indirecto de la muerte del padre de Lucía. Con él venían tres hombres más.

—¿Qué hace este hombre aquí? —preguntó el republicano.

—Carles, ¡cálmate! —le dijo Ernesto con energía—. No es momento de discusiones.

—Vaya, el rojillo —dijo Gonzalo de manera despectiva—. Creí que ya habías escapado por la frontera.

—¡Desgraciado! —gritó enfadado Carles—. ¡Te podías haber perdido!, nos hubieras hecho un favor.

—¡Carles por favor! —Intentaba controlar la situación Ernesto.

—¿No ves que con este hombre estamos más inseguros? Más valía llamar directamente a los delincuentes.

—Querrás decir a tus amigos —le corrigió Gonzalo.

—¿Queréis parar de una vez? —cortó Ernesto—. Esta es una misión arriesgada y no podemos ponerla en peligro.

Los hombres frenaron en su incontinencia verbal, cosa que hizo que la calma volviera al local. Pronto se hallaron todos enfrascados en los preparativos para la celada.

* * *

La atmósfera de aquella habitación era espesa, sobre todo por el humo de los cigarrillos que creaban una nube sobre las cabezas. A ello había que añadir que el espacio estaba cerrado y apenas llegaba la luz del atardecer. Una lámpara iluminaba tenuemente la habitación donde se encontraban los tres hombres. El jefe, un hombre cuya barba y bigotes negros mostraban una fina capa gris, exhibía una marcada satisfacción.

—Tenemos luz verde. Mataremos dos pájaros de un tiro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tobías clavando la mirada en Max.

—Quiero decir que mañana iremos a por el último sujeto de la banda que robó el oro.

—¿Ya sabes dónde se encuentra? —preguntó Francesc, el tercer hombre de la exigua banda de Max.

—Sí, ya lo sé.

—¿Y por qué no vamos ahora? —volvió a preguntar.

Max lo miró con cara de pocos amigos.

—En primer lugar, soy yo quien determino cuando hemos de actuar.

Los otros hombres callaron ante la mirada y la reacción, un tanto airada, de su jefe. Pero este parecía meditar. Diríase que su mente viajaba por otros parajes y no estaba allí presente. En aquellos momentos más valía permanecer en un discreto segundo plano.

—En segundo lugar, será el momento de ajustar cuentas con Carles Gil, de una vez por todas.

Y ante aquella fría mirada, los hombres comprendieron que la amenaza no era vana.

DISPAROS EN LA OSCURIDAD

Mayo, 1940

Todo el mecanismo se había puesto en funcionamiento como si de un reloj se tratara. Arnau se hallaba en la vivienda en la que se había escondido los últimos años: una barraca en el barrio de Torre Baró, en la zona de la montaña, aislado de los vecinos. Tan solo, otra casa se hallaba a unos cincuenta metros.

Los habitantes de la vivienda vecina ya habían sido desalojados y esta había sido ocupada por Gonzalo y Fernando, otro policía enviado por el comandante Bustos. Los otros dos agentes que completaban el comando se hallaban en el exterior, vigilando la parte trasera de la vivienda.

—Parece que tardan en venir —dijo Arnau.

—Quedamos en que lo harían a primera hora de la noche —le dijo Marco en voz baja mientras permanecía escondido en la habitación contigua—. Tú sigue tu rutina. Que no sospechen la celada.

A la mente de Marco vinieron imágenes del día anterior en el que fue de manera «casual» a tomar unas copas. Se había encontrado con Dídac, su antiguo compañero, ahora confidente de Jorge Deleune. Comenzaron a recordar viejos tiempos y antiguas anécdotas, pero a medida que avanzaban

las copas, Marco fue dejando caer pistas que indicaban, sin dudas, el contacto que al día siguiente supuestamente realizarían con el último componente de la banda del Grial. Cuando se separaron, le faltó tiempo a su compañero para informar al expolicía. De ello dio fe Hamed que lo había seguido como en ocasiones anteriores.

Se hallaban en una vivienda fabricada a base de remanentes de obra. Había sido construida por los propios obreros que la habían habitado los últimos años. Arnau había compartido la vivienda con ellos. Posteriormente, unos habían marchado a Francia y otros habían perecido en la guerra. La edificación constaba de una planta baja con su propio pozo de agua y una planta superior a la que se accedía por una estrecha escalera de obra. Tenía un pequeño y abandonado patio en la entrada rodeado por un pequeño muro con una utilidad de delimitación del terreno más que de protección. Una sencilla y oxidada verja de hierro daba paso a la propiedad. A ella se accedía por un estrecho camino que pasaba junto a la casa vecina, ahora ocupada por los policías. En la parte superior, Hamed vigilaba la señal que harían los agentes si veían pasar a alguien sospechoso.

Sobre las once de la noche, dos hombres hicieron su aparición por el camino que venía de la carretera. Se trataba de Carles y Ernesto que, supuestamente, habían quedado en entrevistarse con Arnau. Habían decidido hacer las cosas con la mayor veracidad posible. Los dos hombres no hicieron demasiado ruido, aunque sí el suficiente para descubrirse si había alguien vigilando.

—¡Ya llegan! —dijo Tobías.

—Esperaremos un poco a que entren en contacto y entonces vamos nosotros —replicó Max.

Los hombres siguieron escondidos tras la maleza,

aguardando su momento. Observaron desde la distancia cómo los policías llamaban a la puerta y pasaban a su interior. Desde su situación pudieron ver algunos movimientos dentro de la casa, iluminada por una vela. Con cautela, procedieron a aproximarse. Pronto pasaron ante la casa vecina. Llevaban un par de horas allí y no habían visto movimiento alguno por lo que la suponían abandonada.

Dentro de la vivienda, dos hombres vigilaban, dos policías que llevaban allí todo el día esperando. Uno de ellos, Gonzalo, recordaba con rencor la discusión tenida con Carles. No podía evitar la aversión que sentía por el republicano. Meses atrás habían tenido sus encontronazos en Reus, donde su adversario había gozado de unos éxitos injustificados a ojos del policía. De hecho, la fortuna había sido aliada de Carles y en ella había basado sus logros.

—¡Por allí! —musitó Fernando—. ¡Son ellos!

—Efectivamente. A estas horas solo pueden ser ellos.

—Voy a subir y encender una luz para avisarles y dar la señal.

—¡Quieto! Tú no vas a hacer nada —dijo Gonzalo.

Sorprendido, Fernando se giró y pudo ver que su compañero le apuntaba con una pistola.

* * *

—Todo parece muy tranquilo —comentó Carles.

—No podemos fiarnos. Esos tipos han demostrado que son muy peligrosos.

Tanto Carles como Ernesto permanecían sentados alrededor de una mesa, junto a Arnau. Si alguien mirara desde

fuera vería tres hombres negociando o tratando algún tema de interés común. Sin embargo, los dos policías estaban alerta a cualquier movimiento que viniera del exterior.

El republicano rozaba con la mano la pistola que tenía convenientemente cargada. Sabía que aquella noche, probablemente, se acabaría aquella particular historia de enfrentamiento que tenía con León Cortaza. De todas maneras, había comprado en el mercado negro una pistola *parabellum*, conocida habitualmente como *luger*, con parte del dinero que le diera Josep Santaló. Ni siquiera Ernesto sabía de su existencia. En aquel momento, Carles se sentía más seguro gracias a la artillería que llevaba encima.

Arnau tragaba saliva. Hasta aquel momento había vivido en una imaginaria normalidad, pero comenzaba a ser consciente del alcance de la situación. Le habían prometido la libertad y una nueva vida si se prestaba a colaborar. De hecho, el fin de la banda de Max significaba el comienzo de una nueva etapa para él, una etapa en la que no tendría que esconderse de nadie ni mirar por encima del hombro con una angustia permanente. Todo le había parecido bien. Y si el sacrificio para conseguirla consistía en servir de anzuelo, había convenido en que el precio no solo era aceptable sino exiguo para conseguir el objetivo soñado. Sin embargo, en aquel momento pensaba si no se había comprometido en exceso en una empresa tan peligrosa.

De repente se oyó un ruido, un pequeño golpe amortiguado contra el cristal de una ventana. A pesar de que el ruido no había sido fuerte, el hecho de hablar en voz baja había permitido oírlo.

—¿Habéis oído? —preguntó Ernesto.

—Ha venido de la habitación delantera —comentó Carles extrañado pues suponía que aquella parte estaba vigilada desde

fuera por los policías.

Los tres hombres se levantaron con rapidez y acudieron a la habitación en cuestión. Como habían acordado anteriormente, ni Marco ni Hamed abandonaron sus escondites. Cuando llegaron a la habitación observaron que el cristal de la ventana estaba roto y esta permanecía abierta.

—¡Han intentado entrar! —exclamó Ernesto.

—Pero no lo han hecho —contestó Carles mirando alrededor.

Con prudencia miraron al exterior, pero a pesar de que había una luna en cuarto creciente, la oscuridad de la noche les impedía ver con nitidez. Cerraron todos los postigos de madera de la ventana para evitar intrusos. Carles y Ernesto tenían las armas en la mano cuando volvieron a la sala donde se hallaban.

—¡Buenas noches!

Aquel saludo sonó como una amenaza en la quietud de la noche. Ante ellos se encontraban León Cortaza y sus esbirros encañonándoles con sus armas. Los policías no acertaron a decir nada.

—Nos volvemos a ver, Carles Gil.

—En efecto. Te veo mucho más viejo.

—Ja, ja, ja —rio de manera exagerada el delincuente—. Parece que no has perdido el sentido del humor.

—El humor es lo último que se pierde —contestó el republicano mientras se preguntaba dónde estaban los policías.

—Será mejor que tiréis las armas, puede que salgáis heridos.

—Creo que será mejor que vosotros las tiréis. Así podréis seguir vivos —cortó Ernesto.

—Tu compañero tiene sentido del humor —atajó León

más serio—, pero tú careces de él. No sé por qué deberíamos hacerte caso.

—Básicamente —siguió Ernesto— porque tienes dos pistolas apuntando a tu cabeza aparte de las nuestras y unos policías en el exterior de la vivienda, esperando que salgas.

Aquello pareció desconcertar a los pistoleros quienes no parecieron sentirse tan seguros. Se produjo un silencio embarazoso. En aquellos instantes cualquier movimiento podía llevar aparejada una gran dosis de violencia.

De repente, León saltó hacia un lado, empujó la mesa y empezó a disparar. La luz de la vela se apagó.

Y comenzó el tiroteo.

UNA NOTICIA INESPERADA

Junio, 1938

La extensión del jardín que rodeaba la vivienda y el apartado que quedaba de las otras casas facilitaba el aislamiento de la propiedad. Guillermo pensó que podía permanecer sentado entre los árboles del extenso patio posterior que formaban un pequeño bosque. Los pájaros habían decidido entonar sus cánticos aquella mañana de primavera. Ya hacía un año que vivían allá, un año de la muerte de Toni Vallés.

Aquellos días Lena parecía más ausente de lo habitual. No podía evitar recordar a su padre. Desde su muerte, su vida había cambiado de manera significativa. Alguna vez había vuelto a su casa del Guinardó donde tan buenos momentos había pasado, pero se había visto obligada a abandonarla ahogada por la pena. Sabía que le costaría mucho volver a ella. Los recuerdos pesaban como una losa.

Su vida al lado de Guillermo había dado un considerable vuelco. El muchacho había estado colado por ella desde el primer momento, mientras que Lena siempre lo había considerado un niño. Probablemente, afectada por la manera en que lo conoció, al principio había sentido una cierta compasión. Seguramente le había salvado la vida al sacarlo de

aquel pozo. Poco a poco, había sido consciente del cambio tanto físico como madurativo que había realizado. Su carácter y su decisión habían acabado por conquistarla y ahora no podía imaginar otra vida que no fuera a su lado.

Pero ahora hacía varios días que no acababa de encontrarse bien. No sabía a qué atribuirlo. Se mareaba con frecuencia y debía apoyarse para no caer. Sentía cierta angustia y no se veía capaz de hacer las actividades que realizaba de manera habitual. Sabía que en la ciudad habían aumentado la propagación de enfermedades: la viruela, la difteria y el tifus podían considerarse algunas de las nefastas consecuencias de la guerra. A pesar de que no salía de la vivienda, ignoraba si ella había pillado alguna afección.

Guillermo no estaba en casa. Pensó que era mejor así. No quería alarmarlo. Se fue caminando y se dirigió hacia el Hospital General de Cataluña. El dispensario estaba bastante lleno de gente. Sabía que, ante la afluencia masiva de los heridos de los bombardeos de marzo de ese año, se habían habilitado las galerías subterráneas que unían los pabellones para colocar la gran cantidad de víctimas.

Recordó su sorpresa cuando Guillermo había venido todo magullado ante una escapada nocturna. Samuel lo acompañaba. Ella había insistido en que fueran al hospital, pero él le había dicho que para ir al médico debía de estar mal y en aquel momento se encontraba como una flor. Una flor marchita, le dijo ella sin poder evitar reír. No le dijo nada de lo que había sufrido al ser consciente del bombardeo de la ciudad sabiendo que Guillermo correteaba por aquellas calles con un más que evidente peligro para su vida.

—¡Lena!

Aquella voz le era conocida pero no sabía ubicarla en aquel instante. Se giró y pudo ver a Dolors, la mujer de Carles

Gil, vestida de enfermera.

—Hola —fue cuanto dijo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Bueno, un poco mareada.

—Miraré si te pueden dejar pasar —le dijo cogiéndole la mano—. Nunca tuve oportunidad de daros las gracias por lo que hicisteis.

—Son momentos de dificultades. Tenemos que ayudarnos todos.

Fue acabar de decir aquello cuando el mareo volvió otra vez. Lena perdió el conocimiento. No cayó al suelo gracias a que Dolors pudo aguantarla. La hicieron pasar rápidamente al dispensario.

Lo primero que vio al recuperar la consciencia fue la luz, que aportaba una gran claridad al espacio. Se hallaba estirada sobre una camilla. A su lado estaba Dolors.

—Parece que vuelves a estar con nosotros —le dijo con una sonrisa.

—¡Oh! —Intentó levantarse, pero la enfermera le insistió en que continuara acostada.

—Espera un poco. No te puedes levantar tan rápido.

—¿Llevo mucho tiempo…?

—No, apenas unos minutos.

—¿Es grave?

—Tan grave como la vida.

—¿Qué quieres decir?

—Estás embarazada.

* * *

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Guillermo ante el rostro preocupado de Alex.

—Un compañero, John, lo han asesinado.

—¿Asesinado?

—Sí, ayer apareció su cadáver. Hacía días que había desaparecido.

Se hallaban en el palacio de hiedra. No eran raras las visitas de Alex, pero aquel día había llegado con la tristeza pintada en su cara. Era fácil de imaginar algún contratiempo.

—¿Y cómo fue?

—Llevábamos días siguiendo a Soto —al oír aquel nombre se le erizó la piel al muchacho—. Sabemos que Soto tiene relación con Litus.

—Y con los hombres de Max. Apareció en la vivienda de la Trinidad, donde me encerraron.

—En efecto. Los hombres de Max que, a la vez, están relacionados con Francisco Solana, un gran empresario. John consiguió ganarse la confianza de Soto. Ya sabes que la bebida afloja la lengua.

—¿Y pudo descubrir algo?

—Mi intención era que descubriera el paradero de Litus. Pero Soto le explicó algo sobre unas cajas de oro que estaban en poder de Max. Al parecer era el pago por la protección que ejercen sobre el empresario.

—¿Unas cajas de oro? —Automáticamente Guillermo recordó aquellas pesadas cajas que habían introducido los delincuentes en casa de su abuelo—. ¿De dónde habían salido esas cajas?

—Parece una historia fantástica. Por lo que me dijo, era oro de la República, de la Algameca, en Cartagena. Al parecer todo había sido idea del empresario. Este había contactado con un conocido suyo: Vicente Santos.

—No lo conozco.

—Lo conociste. Era el cadáver con el que compartiste tu estancia en la casa que ardió.

—¡Caramba! Si esa es la manera de tratar a sus amigos…

—El caso es que Vicente, junto con un grupo de hombres robaron el tesoro y lo trajeron a la casa de la Trinidad. Pero luego, Francisco Solana decidió que era hora de darle otro destino al oro y decidió recuperarlo.

—Ya veo.

—La verdad es que toda esa historia me la fue explicando John a medida que iba sonsacando a Soto. Pero esta vez, sabíamos que Soto se reuniría con un amigo suyo: el italiano. Los vigilamos cuando se encontraron y seguimos a Litus, pero…

—¿Pero?

—Yo perdí a John de vista y nunca supe que pasó. Ayer encontramos su cadáver en una casa abandonada. Le habían cortado el cuello.

—Igual que el cadáver que encontramos la primera vez que nos vimos.

—¡Efectivamente! Es su manera de acabar con los problemas. Ahora no encontramos a Litus.

—A lo mejor no está aquí ya.

—Estoy seguro de que está escondido, esperando para poder atacar. Sabe que le seguimos y no saldrá de su escondite.

Guillermo se quedó un momento meditando.

—Cuando las avispas están en el avispero, salen todas si das un golpe.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Alex.

—Probablemente hay una manera de hacerle salir de su guarida.

* * *

Mario salió de su trabajo en el almacén de madera. Ya lo tenía decidido. Volvería a su pueblo. Se había visto obligado a cambiar de residencia cuando la ciudad había sido bombardeada. La casa donde se alojaba había quedado destrozada por las bombas. Había sido una suerte que él lo pudiera contar, pero la familia que le tenía alquilada una habitación había fallecido. Aquello le había dejado una dura secuela invisible a los ojos de los demás. La dueña de la casa era una mujer cuyo marido estaba en el frente, una madre de dos hijas de ocho y diez años. Desde que había llegado de Mura había convivido con ellos. Montse, la madre, era vecina del pueblo y había acogido a Mario los últimos años. Por eso, su muerte le resultaba todavía más dolorosa si cabe.

Comenzó a recorrer el camino hacia su nueva vivienda, una habitación alquilada en una pensión de la calle de la Unión, junto a las Ramblas. A pesar de que en el atardecer había gente paseando, notó que alguien le seguía. Una serie de pasos rítmicos parecían seguir su itinerario. Decidió dar una sorpresa a aquel individuo, de manera que al girar una esquina esperó tras un portal. Aguardó apretando los puños, dispuesto a lanzar un puñetazo a su perseguidor. Pero, de repente, aquellos pasos se detuvieron. Era evidente que quien le perseguía había advertido su desaparición. Los segundos pasaron lentamente y el sudor comenzó a bajarle por la frente. De repente, se produjeron unos pequeños golpes rítmicos sobre la puerta de madera.

Estaba claro que habían descubierto donde se escondía. Se disponía a salir cargando contra todo lo que encontrara cuando una voz conocida se dejó oír.

—Nunca fuiste muy bueno escondiéndote.
Era la voz de Guillermo.

DUELO A MUERTE

Mayo, 1940

Carles corría por el pasillo, apartando las disparos que se cruzaban ante él. Podía oír, a una cierta distancia, los movimientos y jadeos de León. Había podido salir corriendo de la vivienda, pero el republicano no estaba dispuesto a dejarlo escapar. Si Max salía con vida, el peligro siempre acecharía tras él.

Cuando el delincuente había tirado la mesa, el tiroteo había comenzado de manera indiscriminada. Carles se había arrojado al suelo y había podido oír como una bala le rozaba la oreja. Él, al mismo tiempo, había disparado y había podido ver como Tobías esparcía sus sesos por la habitación, antes de que se apagara la luz. Para el delincuente, se había acabado de manera definitiva la afición al cigarrillo que tanto lo absorbía.

Una vez en el suelo, el policía pudo notar como alguien caía tras él, un cuerpo inanimado. Ignoraba si era Ernesto o Arnau, en aquel momento no tenía tiempo de hacer averiguaciones. Era consciente de que, o se actuaba rápido o se corría el riesgo de una muerte súbita, no había término medio.

En el umbral de la puerta pudo observar que alguien se había puesto de pie y salía corriendo. Por la silueta dedujo que

era el mismo León Cortaza quien huía sin despedirse, y eso no estaba dispuesto a permitirlo. Disparó desde el suelo un par de veces, pero sus balas se perdieron en la oscuridad.

En aquel momento retronó un disparo. Se lanzó rápidamente al suelo. No podía olvidar que aquel hombre estaba armado y era muy peligroso. Permaneció atento. Su enemigo parecía haberse parado. Volvió a avanzar por el sendero y otro disparo pasó a unos centímetros de su cabeza. Pensó que últimamente su silueta debía parecerse a la de una figura de feria de tantos disparos que atraía. La suerte estribaba en que todos los tiros habían errado hasta el momento.

Volvía a oír ruido, el de alguien que apartaba las ramas y jadeaba. La torpeza de sus movimientos le hizo pensar que debía de estar herido pues su movimiento se evidenciaba torpe. A lo lejos se oía el ladrido de algunos perros. Agradeció que en aquellos tiempos de miseria y hambre todavía quedaran personas con suficiente amor por los animales como para no comérselos. Sabía que habían empezado a escasear el número de animales callejeros y ello no era debido especialmente a que dichos seres hubieran decidido emigrar a otros lares.

Siguió tras los pasos del delincuente. Pronto se despejó el paisaje un tanto agreste y pudo observar ante él la silueta de la torre que coronaba la cima de la montaña. A sus pies una miríada de luces mostraba una imagen fascinante de la ciudad. Por lo que sabía Carles, la torre inacabada fue construida por el barón de Pinos en el siglo anterior. Su aspecto semejaba una torre medieval. Se decía que había sido edificada para acoger a su hijo tuberculoso. Dado que el chico había muerto, las obras habían quedado sin acabar.

En aquel momento, la silueta de su rival se perfiló a lo

lejos en el paisaje. Disparó un par de veces y lo vio trastabillar. No sabía si le había dado, pero pudo ver a León entrar dentro de la torre. Tendría que ir con cuidado si no quería ser él la víctima.

—¡Creo que será mejor que te entregues! —gritó Carles.

—¡Cómo te acerques te voy a hacer más agujeros que un colador!

Y, como el republicano no quería hacer honor a los deseos del delincuente, se protegió entre la maleza. Poco a poco fue acercándose al esqueleto de aquel edificio. Un disparo volvió a romper el silencio de la noche, pero esta vez su destino se hallaba lejos del lugar donde se encontraba el policía. Carles fue acercándose con suma precaución.

—¿Por qué no vienes? —gritó Max con una voz jadeante.

El republicano llegó a las ruinas del edificio.

—¿Acaso tienes miedo? —Su voz perdía fuerza.

Carles se dirigía con cuidado hacia el origen de la voz. Sentía que el tiempo jugaba a su favor.

—¿Sabes? No me quedan balas.

Como no se podía fiar de sus palabras, el policía permanecía callado.

—¡Voy a tirar la pistola!

Y acto seguido, el arma salió volando del edificio y fue a parar a unos metros del policía. Este se aproximó con la pistola preparada. Dio un rodeo y pudo ver a León sentado en el suelo. Sangraba por una herida en el estómago. Realmente parecía no tener más armas. Con su mano intentaba tapar la herida.

—Veo que estás herido —dijo Carles saliendo de la oscuridad sin perder de vista las manos de su enemigo.

—¡Vaya! Has tardado. Pensé que no ibas a llegar.

—¿De verdad te has quedado sin balas?

—No. En realidad me quedaba una, pero decidí tirar la pistola.

—¿Y eso? ¿Te arrepentiste de tus delitos?

—No. Sencillamente, no quería morir solo. ¿Tienes un cigarro?

Viendo que no había peligro, Carles guardó su arma y sacó dos cigarros. Encendió uno con una cerilla y, con un pitillo encendió el otro. Se lo dio a León quien comenzó a fumar.

—¿Crees que me moriré? —preguntó.

—Sí.

—Podrías haber dicho una mentira piadosa —comenzó a reír y le entró un repentino ataque de tos.

Carles se sentó junto a él, con la espalda apoyada en la pared de la edificación. Cualquiera que los viera pensaría que eran dos amigos departiendo sobre los misterios de la vida si no fuera por la cantidad de sangre que cubría el abdomen del pistolero y por el estado en el que se encontraba.

—La vida es una mierda —dijo León.

—Sí. Una mierda —le respondió Carles expulsando el humo del cigarro—. Quisiera hacerte una pregunta.

—Dispara —le contestó mientras exhalaba el humo.

—¿Por qué no me mataste cuando me tuviste prisionero?, ¿qué fue lo que te decidió a soltarme?

El pistolero le miró con aquella mirada penetrante.

—Fue Orlov. Él me ordenó soltarte. Me dijo que te lo debía, que tú le habías salvado la vida. Me amenazó con matarme si te pasaba algo a ti o a tu familia. Por eso te dejamos ir.

—Sí, pero ¿cómo supo que me tenías prisionero?

—Fue el chico aquel, Alex. Él le avisó.

—No conozco a ningún Alex.

—Pero seguramente debías conocer a Guillermo, su amigo.

—¿Guillermo? —Aquello era nuevo e inesperado.

—Sí, aquel muchacho pelirrojo.

—¿Y sabes dónde se halla?

—Creo que murió.

—¿Lo viste morir?

—No lo vi. Me lo dijo Jorge, el francés. —Le costaba hablar.

—¿Jorge Deleune?

—Sí, el mismo. Él nos dijo que no perdiéramos…, el tiempo buscando al…, muchacho, que ya estaba muerto.

—¿Y por qué buscabais al muchacho?

—Porque él…, él robó las cajas del oro.

—¿Guillermo las robó?

León rio. La colilla le colgaba de la boca y un hilillo de saliva le resbalaba por la barbilla.

—¡Menudo diablo el muchacho! Tenía más cojones que todos mis hombres juntos. Él robó…, robó las cajas junto con Alex…, pero murió en la serrería.

—¿En la serrería?

El delincuente hizo una mueca de dolor.

—¡Maldita sea!, ¡esto duele! —Su mano apretaba la herida mientras cerraba los ojos.

—¿De qué serrería hablas?

—De la que ardió, la del Poble Sec. Donde murió Soto…, el compinche…, de Litus.

Aquellos eran muchas informaciones nuevas para Carles. De repente una idea vino a su mente. Debía aprovechar pues León estaba realmente moribundo.

—León…

—¿Todavía estás aquí? —dijo abriendo los ojos un poco y

girando la cabeza—. Eres bien pesado…, no me dejas ni morir.

—Una última pregunta y podrás dedicarte a diñarla.

—Venga…, dispara.

—¿Qué le vendiste a Francisco Solana Marqués?, ¿qué le vendiste para que te protegiera?

El delincuente sonrió, Su voz apenas era ya un hilo. Carles se tuvo que aproximar para oírlo.

—Le vendí…

—¿Sí?

—Le vendí lo que más quería…, el Santo Grial.

—¿Qué era?, ¿qué es el Santo Grial?

Ante el silencio de su adversario, Carles lo observó. León ya no podía decir nada. El antiguo delincuente y ladrón, gánster y confidente, a veces anarquista, comunista de ocasión —pero sin ninguna ideología definida que no fuera el beneficio propio— había dejado este mundo.

Max había fallecido.

EL REPOSO DEL GUERRERO

Mayo, 1940

«El muchacho robó otro». Aquellas palabras resonaban en la mente de Carles. Otra vez el caso daba una vuelta de tuerca y el nombre de Guillermo volvía a saltar con toda la fuerza posible reclamando una atención que no le podía ser negada. Era consciente de que le debía la vida al pelirrojo. No acababa de entenderlo, pero, al parecer, había sido él quien había hecho llegar a Orlov el mensaje de que Carles se hallaba encerrado en una checa controlada por la banda de Max. Con mayor razón si cabe procedía a encontrar el paradero del hijo de Ernesto.

O su tumba.

Jorge Deleune parecía ser la persona que más sabía del destino de Guillermo. Al menos era quien afirmaba que el chico había muerto. Y eso exigía una explicación. Hasta el momento, sus entrevistas con el policía se habían producido en clara desventaja ya que había sido sorprendido por el francés. Ahora que sabía dónde se encontraba, había llegado hasta su guarida para tener una interesante charla. Había forzado la puerta de la habitación del que fuera jefe de una banda de traficantes de obras de arte, pero tras ella solo encontró el vacío. El pájaro ya había volado del nido.

La permanencia de objetos que le pertenecían le dio la impresión de una marcha apresurada. Llamó a las puertas vecinas y lo máximo que llegó a saber fue que apenas dos días antes había sido la última vez que se le había visto.

Recordó los hechos sucedidos un par de noches atrás. Los efectos del tiroteo habían sido trágicos. Arnau había recibido un tiro en la mandíbula y, dada la trayectoria ascendente de la bala, había salido por el cráneo con las graves consecuencias que ello había tenido para el joven. Había muerto antes de que su cuerpo tocara el suelo. Por parte de los delincuentes, la banda de Max había dejado de existir como tal. A la muerte de León, había que añadir la de sus dos compinches. Carles había acabado con la vida de Tobías y otro disparo, probablemente de Marco, había encontrado el corazón de Francesc Palau, provocándole una parada cardíaca inevitable.

Ernesto había sido herido de un disparo en el brazo, pero como hombre de acción que era, no había querido quedarse más tiempo del imprescindible en el hospital. Allí había tenido una visita inesperada: la de Sara Castells. Ella lo había acompañado en aquellos momentos. Carles había decidido desaparecer, era evidente que Ernesto no necesitaba más compañía.

Un hecho le había llamado la atención. Si todo estaba preparado para cazar a los delincuentes, ¿cómo fue posible que hubieran entrado en la vivienda que ocupaban sin que los policías dieran la voz de alarma? El día anterior había vuelto a la barraca de Torre Baró y había observado todo su entorno. Teniendo en cuenta las condiciones del lugar y suponiendo que los criminales ignoraban que aquello era una trampa, solo podían haber llegado por el estrecho sendero, o sea, por delante de la vivienda que ocuparan Gonzalo y Fernando. Dada la dificultad de razonamiento con el primero había

decidido abordar al segundo.

Lo hizo seguir por Hamed y aprovechó que estaba tomando una cerveza en un bar de la Plaza Real para hacerse el encontradizo e invitarlo a una copa, cosa que fue del agrado del policía. Comentaron aspectos concretos de su trabajo para acabar hablando de los hechos sucedidos en Torre Baró.

—Tres delincuentes menos —dijo Carles echando un trago.

—Sí. Tres delincuentes menos.

—Eran tipos peligrosos.

—Bueno, dejaron de serlo.

—En eso tienes razón. Vamos por otra ronda.

Carles seguía invitando a beber.

—Eres un gran tipo, Fernando.

—Y tú también.

—Venga. De un trago.

Y bebieron otra copa. Carles volvió a invitar y siguieron conversando con gran alegría, hasta que, en un momento de descuido y abandono, Fernando comentó.

—No sé por qué Gonzalo te tiene esa manía.

—Gonzalo no soporta que descubriéramos a un asesino en Reus. Él hubiera querido llevarse los méritos.

—¡Vaya cretino!

—¿Él te dijo que no avisaras de la llegada de la banda de Max?

Fernando se quedó a medio beber un trago. Su rostro empalideció bruscamente.

—Yo…, no.

—En esto de detener a delincuentes hemos de ir juntos. Ya viste que la no intervención costó la vida de Arnau y pudo significar la muerte del resto. ¿Qué fue lo que pasó?, ¿por qué no avisasteis?

—Me tengo que ir —contestó Fernando saliendo del local.

Al republicano no le quedaba ninguna duda de que Gonzalo había obligado a su compañero a no dar la señal de alarma.

* * *

Se reunieron en los bajos de la calle Fernando. Ernesto llevaba el brazo en cabestrillo y, a pesar de lo reciente de su herida, ya había departido con el comandante Bustos.

—¿Y bien? —preguntó Carles—. ¿Qué ha dicho el comandante?

—Nos ha felicitado por acabar con la banda de Max. Parece que el caso se ha aclarado.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos acabado con la banda del Grial y con la de sus asesinos. El ejército está removiendo el terreno de la checa de la pedrera del Coll para buscar el posible cadáver de Josep Vintaló. El crimen parece resuelto.

—Excepto por una cosa.

Ernesto miró fijamente a Carles y afirmó con la cabeza.

—¡Exacto! No sabemos dónde está el tesoro de la República.

—La clave estaría en saber quién lo ha robado —dijo Carles.

—Eso nos ayudaría mucho —le respondió Ernesto.

Hamed y Marco asistían como en un partido de tenis mirando sucesivamente a cada uno de los policías. Carles tomó la palabra.

—Podría ser que el hecho de saber quién ha sido no nos facilite la labor.

—¿Sabes tú algo al respecto? —preguntó Ernesto cada vez más familiarizado con los giros en los comentarios que realizaba su compañero.

—León me dijo algo sobre el tema en cuestión.

—¿Quieres hablar de una vez? —preguntó con ansiedad.

Carles pasó a narrar los últimos momentos de León Cortaza. Explicó con detalles la conversación que tuvieron. Los otros escucharon atentamente para permanecer después en un momentáneo silencio.

—¿Guillermo? —La mirada de asombro de Ernesto lo decía todo.

—Sí, Guillermo… otra vez.

—Tenemos que descubrir dónde está y qué ha sido de él. Hay que hablar con Jorge Deleune.

—Jorge Deleune ha desaparecido. Hace dos días que no aparece por su apartamento.

—Veo que ya lo has comprobado.

—Tú estabas herido —no quiso echarle en cara que la herida llevaba aparejada la nueva relación con Sara Castells.

—Después está el tema de la serrería. Se tendría que comprobar.

Todos miraron a Marco.

—¡Ya veo!, ¡ya veo a quien le va a tocar encontrar la serrería!

—Lo haces muy bien. Hasta ahora no has fallado en las búsquedas que has realizado.

—Todavía hay algo más —comentó Carles.

—¿Por qué será que no me sorprende?

El republicano pasó a explicar sus pesquisas relacionadas con los acontecimientos de hacía dos noches.

—Carles. No puedes acusar a un policía por el mero hecho de que no te caiga bien.

—No se trata de eso. No recibimos la señal acordada. ¿Hamed?

—Tiene razón. No hubo señal.

—Y nos encontramos con los hombres de Max dentro de la vivienda.

—Bien. Hablaré con ese hombre, Fernando. Si ha sido de esa manera te aseguro que lo pagarán.

QUIEN ROBA A UN LADRÓN

Julio, 1938

La casa amarilla destacaba. Parecía erguirse orgullosa en medio de la mediocridad. Las barandas verdes se veían un tanto desgastadas. El parque que se vislumbraba tras sus muros contribuía a generar un entorno melancólico. La morada ya arrastraba su propia historia, no siempre alegre y dichosa.

Guillermo no pudo evitar pensar en qué habría sido de su vida si se hubiera criado en aquella vivienda, como había hecho su madre. Probablemente todo sería diferente, pero no estaba seguro de que fuese mejor.

El hecho de acordarse de Helena le hizo pensar en otra escena que había tenido lugar hacía apenas unos días. Guillermo estaba sentado sobre un balancín en la terraza que unía las habitaciones, en el palacio de hiedra. Lena se hallaba sobre sus muslos. Ambos miraban el cielo tapizado de estrellas, toda una vista privilegiada. De repente Lena había exclamado:

—Dicen que las estrellas son aquellos seres que nos han dejado. —¿Y tú lo crees?

—Siempre resulta bonito pensar que nuestros seres

queridos no nos han abandonado.

—En cierta manera nos acompañan.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que nosotros somos un reflejo de lo que fueron nuestros padres.

—En eso tienes razón. Tú te pareces al tuyo.

—¿Cómo puedes decir eso si ni siquiera lo conoces?

—Porque tu madre me dijo que eras cabezón como tu padre.

—Ahora verás…

Y Lena había salido corriendo mientras reía. Había entrado en la habitación, pero Guillermo la había atrapado y ambos habían caído sobre la cama. Pronto se habían empezado a besar deshaciéndose de su ropa con avidez. Él le había acariciado los pechos desnudos y su mano había comenzado a bajar hasta su vientre.

—¡Ten cuidado! —le había susurrado ella.

—¿Te encuentras mal?

—¡Vamos a tener un niño!

La cara que había puesto Guillermo fue de tal asombro que Lena no pudo menos que reír. El muchacho estaba realmente sorprendido y no porque no supiera nada sobre el asunto de tener niños. Nunca se había imaginado en tal coyuntura, básicamente porque sus expectativas de futuro no habían ido más allá de unos días o semanas. Él siempre había pensado que solo los ricos podían permitirse el lujo de imaginar un futuro.

—¡Un niño! —La miró con la sorpresa y la ilusión pintadas en su cara, de aquella manera que solo las almas inocentes son capaces de realizar.

—Bueno. No sé si será niño o niña. Pero la cuestión es: ¿qué vamos a hacer ahora?

Una nube había cruzado en aquel momento por la mirada de Guillermo. Lena lo había advertido y preguntó:

—¿Qué pasa?

Fue entonces cuando él le explicó lo que habían pensado hacer. Iban a robar el oro de la República para hacer salir a Litus, el espía que había asesinado al padre de Lena. Ella cambió su expresión de manera repentina.

—Guillermo. ¡No lo hagáis!

—¿Qué quieres decir? Es un espía y un asesino.

—¿Resolverás algo con eso?, ¿estaremos mejor así?

—Si no le paramos los pies no dejará de hacer mal.

—No se trata de eso. Vamos a ser padres. Hay que pensar en el mundo que le vamos a ofrecer a nuestro hijo.

Pero para Guillermo, un mundo nuevo pasaba por el final de aquel en el que la muerte y la injusticia formaban parte del paisaje natural. Finalmente consiguió que Lena diera su conformidad, aún a regañadientes, para la realización de aquel trabajo que le supondría el último compromiso que tendría con Alex. A fin de cuentas, el muchacho le debía la vida y eso no lo podía ignorar.

* * *

—No hay nadie —dijo Guillermo.

—Eso parece —le contestó Alex.

Se hallaban vigilando la casa de la avenida Tibidabo, la guarida de Max. Alex les había informado de que estaban trasladando objetos robados a unas naves que tenían en Hospitalet de Llobregat. Parecía evidente que la casa se les había quedado pequeña para acumular el fruto de los robos

que habían realizado. Necesitaban ampliar el negocio y preparar el terreno en caso de huida.

La idea de Guillermo había asombrado a Alex. El hecho de robar el tesoro de la República suponía un golpe sobre la mesa que provocaría la salida al terreno de juego de los diferentes participantes. Entre ellos, Litus.

Justo en el momento en que fueron conscientes de que los delincuentes habían iniciado el traslado del material robado se plantearon intervenir de forma inmediata. Habían conseguido un camión gracias a Mauri, el vecino de Lena en el Guinardó. Además, contaban con la ayuda de Mario, que había quedado muy sorprendido de volver a ver a Guillermo.

En su reencuentro, Mario había trasladado al muchacho sus dudas sobre la permanencia en Barcelona. Sentía que ya no tenía nada que lo atara a la ciudad y su decisión de volver a Mura se había visto reforzada tras los últimos bombardeos. Guillermo había podido convencer a su amigo para que le ayudase en la empresa que iban a realizar. A pesar de su reticencia a meterse en embrollos, cuando supo que intentaban descubrir a un espía, responsable de la muerte entre otros del padre de Lena, no dudó ni un instante en apuntarse a la acción.

—¡Vamos allá! —dijo Alex.

El inglés pronto puso en práctica su habilidad para entrar en lugares inconvenientes y forzó la cerradura. Habían vencido la resistencia de la puerta exterior. Hicieron una señal a los compañeros del camión que se hallaba apartado para no llamar la atención. La puerta de entrada a la casa tampoco supuso ninguna dificultad. Alex y Guillermo entraron en la vivienda. Cada uno llevaba una pistola, no era momento de dejarse sorprender y en aquellos instantes eran conscientes de las consecuencias de sus actos.

Comenzaron a registrar la casa, que se encontraba en un estado de deterioro alarmante. La dejadez se hacía patente en cada una de las habitaciones. Cuando llegaron a la de Helena, algo en el interior de Guillermo se revolvió. Pensó que las cosas no tenían que haber llegado al extremo al que lo habían hecho. Intentó evadir aquellos pensamientos de su mente y concentrarse. ¿Dónde debía estar el tesoro?, ¿todavía estaría en su poder o ya lo habrían trasladado?

La residencia era bastante grande. Prueba de ello eran unas habitaciones que se abrían ante un patio interior protegido por una gran claraboya. Esa zona de la vivienda era desconocida para Guillermo. Registraron las salas y en una de ellas, entre otros objetos frutos de los robos perpetrados, se hallaban dos cajas de madera. Eran dos cajas de tamaño mediano, como las utilizadas habitualmente para el traslado de municiones. No tenían señal alguna, ni indicación del peso que contenía. Convencidos como estaban que no había nadie en la propiedad, procedieron a coger una entre los dos. La llevaron con cuidado. Pronto tuvieron las dos cajas en el vestíbulo de la vivienda.

Hicieron una señal al camión que se aproximó y entró marcha atrás en el terreno de la casa. Mario se bajó del camión y entre los tres comenzaron a subir las cajas al vehículo. Tan enfrascados estaban en su actividad que no habían percibido la llegada de un individuo, con aspecto descuidado. Tenía bigote y barba sin afeitar. Ello junto a unas espesas cejas le daba un aspecto malcarado. Pero, lo que imponía más era la pistola que llevaba en su mano.

—¡Alto ahí!

Su sorpresa fue grande cuando pudo ver quien estaba trasportando las cajas.

—¡Tú! —exclamó al ver a Guillermo—. ¡Tendrías que

estar muerto!

No pudo decir más pues perdió el conocimiento al recibir un golpe dado con una barra de acero. Mauri se había acercado por detrás y lo había dejado fuera de juego. Arrastraron el cuerpo al interior de la propiedad.

—¿Está muerto? —preguntó Alex.

—No. Todavía vive —contestó Mauri.

—¡Tenemos que matarlo! Es la única manera de estar tranquilos —volvió a decir el inglés.

—¡No! Dejadlo —dijo Guillermo recordando las palabras de Lena—. No vale la pena.

—¿Estás seguro? Te ha visto.

—Pero no sabe dónde vivo.

—Sin embargo, ahora te buscarán. Creo que será mejor que busquéis otro lugar más seguro.

Y marcharon de allí rápidamente. El muchacho maldijo su infortunio, pero le resultaba muy difícil acabar con la vida del valenciano. Si querían crear un mundo nuevo probablemente tendrían que cambiar la manera de actuar. Había llegado el momento de cambiar de aires. Habían despertado a un monstruo y no sabían cuál sería el alcance de su reacción.

* * *

—¿Qué ha pasado?

—Alguien me golpeó.

—¿No viste quien fue?

—No vi quien me golpeó. Pero pude ver quien se llevó el oro.

—¿Quién fue?

La voz del hombre parecía calmada, pero en el tono había una marcada amenaza. Soto lo había visto rebanar el cuello de algún enemigo mientras le sonreía de manera educada.

—Fue aquel muchacho: ¡Guillermo!

Soto supo que, a partir de aquel momento, la vida de Guillermo había dejado de tener valor alguno.

UNA CRUZ SIN NOMBRE

Mayo, 1940

El camino se hacía agreste por momentos. Ernesto sabía que había recorrido aquel estrecho sendero en anteriores ocasiones. La presencia de una vegetación frondosa y silvestre provocaba un cierto aislamiento. Solo aquellos que lo conocían podían pasar a través de él. Pero él ya lo sabía, había transitado por allí en otros momentos. Su paso era firme y decidido. El sendero seguía subiendo. Hubo un momento en que la vegetación desapareció a su derecha, pero ya conocía el precipicio que la sustituía. Al fondo, el río se expresaba con su ronco rugir. Apartó las ramas que le interrumpían el paso. Pudo ver que la senda continuaba. Finalmente, llegó ante una amplia explanada rodeada de grandes y antiguos árboles, básicamente pinos y encinas.

El sotobosque le daba un aspecto un tanto salvaje. Dejó de lado la vieja masía y se dirigió hacia la cruz de madera que se hallaba bajo el viejo roble que había junto al precipicio. Aquel símbolo le traía amargos recuerdos de épocas anteriores. Había visto a toda su familia sepultada y sobre ellos, como único testimonio, el símbolo de una cruz. Intentó mirar el nombre y lo único que pudo ver fue la fecha de defunción: 1939.

Se despertó bruscamente. Ernesto sudaba copiosamente y no era debido al calor de aquel mes de mayo. Aquel sueño comenzaba a ser recurrente. En ocasiones había visto el nombre de Guillermo escrito en la cruz, hoy tan solo había visto una fecha, la de defunción. Lo intuía, de la misma manera que intuía que aquella cruz estaba relacionada con su hijo. Ignoraba si Helena no le estaba enviando un mensaje a través del sueño, ya que el paisaje era el mismo cada vez. Presentaba algunas variaciones, pero las mismas que podrían establecerse ante el cambio de estación.

Se frotó el brazo con cuidado, le dolía, seguramente la causa estaba en algún mal gesto que había realizado. Sara había insistido en que ella le podía acondicionar una habitación de su vivienda en Sarria, pero Ernesto se había negado. Pensaba que, hasta que no supiera con seguridad el destino o paradero de Guillermo no tendría derecho a descansar. Se sorprendió pensando que Helena se habría reído de su rigidez, pero se trataba de su hijo y, por tanto, su responsabilidad. También representaba una manera de reconciliarse consigo mismo. Ahora que había conocido el viacrucis que había padecido Helena no podía obviar el caso. Una serie de penosas circunstancias habían evitado que Ernesto y Helena se reencontraran. Lo mínimo que podía hacer era conocer el destino del muchacho y darse a conocer, aunque ello le representara otra bofetada como la que se había llevado del abuelo de Guillermo.

Se lo debía a su hijo y a Helena.

* * *

—Ardió todo el taller. Solo quedaron las cenizas.

—¿A causa del bombardeo? —preguntó Ernesto.

—Efectivamente. Las bombas acabaron con todo. El negocio del que vivían una serie de familias se fue al infierno… Y perdone por la expresión.

Los dos policías hablaban con Tomás, encargado de la serrería. Como no podía ser de otra manera, el incombustible Marco Venacio había conseguido encontrar aquel almacén de maderas que ardiera en llamas en Poble Sec. Aquella tarde, tras varios días de búsqueda, Marco había aparecido en el local de la calle Fernando.

—¡Lo he conseguido! —dijo entrando triunfal.

—¿Te ha tocado la lotería? —preguntó Carles.

—¿El qué has conseguido? —preguntó Ernesto un poco distraído, pensando en el sueño que había tenido aquella noche.

—¡Maldita sea! —estalló Marco—. ¿Es que no os acordáis más de mí cuando salgo por la puerta?

—No sé —continuó Carles—. ¿Te conocemos de algo?

Marco se puso rojo como un tomate. Fue tal su aspecto que todos rieron. Al final, viendo que todo formaba parte de una improvisada broma, acabó uniéndose a las risas.

—Para que veáis lo efectivo que soy, he encontrado el almacén de maderas.

—No lo dudábamos ni por un momento —le dijo Carles.

—He hablado con el encargado.

—Muy bien —le dijo Ernesto con la atención dispersa—. ¿Te ha dicho algo de interés?

—En efecto. De mucho interés.

—¿Y qué es eso tan interesante? —preguntó Carles.

—He descubierto quien trabajó allí una temporada.

Marco percibió que sus compañeros aguzaban los oídos.

Ahora sí que parecían dispuestos a escucharle.

—¿Y…? —preguntó Ernesto.

—¿No tenéis agua? Tengo mucha sed —les dijo devolviéndoles la jugada.

—¿Quieres explicarte? —le preguntó el de Valladolid mientras le pasaba una botella.

—Allí trabajó Guillermo.

No le dieron tiempo a beber agua. Salieron disparados hacia el lugar donde vivía el encargado del almacén. Fueron a su casa en la Plaza de la Duda. El hombre, sorprendido, no dudó en recibirles en su piso, un pequeño apartamento cuyas ventanas daban a la calle de la Cendra. Hamed, como era habitual, esperaba en el interior del vehículo. Marco los había acompañado y había presentado a sus compañeros.

—¿Puede decirnos qué fue lo que pasó? —preguntó Carles.

—La verdad es que no puedo decir gran cosa. Como sabrán, se trataba de los últimos días de la guerra. Los aviones alemanes e italianos bombardearon Barcelona, sobre todo la zona del puerto. Una de las bombas cayó en la nave donde teníamos las maderas y el almacén ardió. Quedó totalmente destrozado.

Tomás les ofreció sentarse en unas sillas mientras contestaba las preguntas con suma tranquilidad, cosa que contrastaba con el nerviosismo de los policías. Les invitó a tomar algo, pero estos negaron con la cabeza. «Evidentemente iban al grano», pensó.

—¿Hubo víctimas? —preguntó Ernesto con suma inquietud.

—Eso es lo extraño. Hubo dos muertos cuando no debería haber habido ninguno, pues el bombardeo se produjo a unas horas en que el almacén llevaba rato cerrado.

—¿Se supo la identidad de esas víctimas? —preguntó Carles pues percibía la tensión de su compañero.

—Solamente de uno de ellos. Todavía se podía reconocer. Se trataba de Soto, un antiguo trabajador, muy conflictivo, por cierto.

—¿Podría ser que hubiera entrado a robar?

—Podría ser. Eso dijeron en un primer momento. Nunca se sabe con esos individuos. De todas formas, hay aspectos que hacen dudar de esa versión.

—¿Qué aspectos son esos? —Ernesto volvía a retomar el interrogatorio.

—El otro cadáver.

—¿Qué le pasa al otro cadáver?

—Hubo rumores…

—¿Qué tipo de rumores? —Ahora Carles estaba intrigado.

—Hubo rumores de que pertenecía a un antiguo trabajador nuestro, un muchacho. Si fuera cierto difícilmente habría ido a acompañar a Soto.

—¿Por qué?

—Porque se trataba de Guillermo Seguí, un muchacho conocido de Toni Vallés. Él nunca hubiera acompañado a Soto.

Aquella información puso en alerta a Ernesto. Aunque esperaba preguntar por Guillermo, aquel testimonio lo sorprendió. Pensó en la tumba soñada. La fecha de defunción correspondía a 1939. Dándose cuenta de la zozobra de su compañero, Carles prosiguió la indagación.

—¿Por qué no lo hubiera acompañado?

—Porque Soto siempre se metía con él. No lo dejaba en paz. Hubo un día en que le dio una paliza y estuvo a punto de matarlo. Suerte de un compañero suyo que llegó a tiempo de

evitar una tragedia.

—¿Podremos hablar con ese hombre?

—Se llama Mario, pero no…, no pueden hablar.

—¿Y eso?

—Mario apenas se relacionaba con sus compañeros. Realmente, con el único con el que lo hacía era con Guillermo. En alguna ocasión le habían oído decir que quería irse a su pueblo y un buen día, simplemente desapareció.

—¿Fue en esas fechas? ¿Cuándo se incendió el almacén?

—No. Ya había marchado anteriormente, en julio.

Una luz de alarma se encendió en la mente de Ernesto. En julio había sido asesinada Helena. Ignoraba si existía alguna relación entre la desaparición de Mario y la muerte de Helena.

—¿Sabe dónde vive el tal Mario? —preguntó Ernesto.

—No lo sabemos. De la misma manera que un buen día apareció pidiendo trabajo y se lo dimos, otro día desapareció. La verdad, siempre fue un buen trabajador y buena persona. Recuerdo que no era de Barcelona. Creo que de un pueblo cerca de Manresa.

—¿Por qué pensó que el otro cadáver correspondía a Guillermo? —preguntó Carles.

—No lo sabemos. Hubo comentarios aquellos días. Sobre todo de algún trabajador que apuntaba a que el cadáver podría corresponder al muchacho.

—¿Pudo saber quién lo decía, o en qué se basaba el rumor?

—Lo pregunté porque a mí me intrigó que se hablara del muchacho, sobre todo cuando hacía más de un año que había desaparecido. O al menos, que no sabíamos nada de él. El rumor provenía de un policía.

—¿Un policía?

—Sí. Al parecer un tal Jorge Deleune. Lo recuerdo porque

yo tenía amigos que estuvieron a bordo del Uruguay. Él era uno de los vigilantes. Me comentaron que no tenía compasión. Era consciente del poder que tenía y le gustaba martirizar a los que allí estaban.

Otra vez salía a resurgir el nombre del policía. Realmente se estaba convirtiendo en la persona que podía informarles del paradero de Guillermo. Al parecer era quien disponía de una información más certera.

—¿Ha dicho antes que hacía más de un año que había desaparecido? —Carles no quería perder ninguna pista sobre la vida tan escurridiza que parecía haber tenido el muchacho.

—¡En efecto! Desapareció tras la muerte de Toni Vallés, pero aquello no era del todo extraño.

—¿Qué quiere decir? —preguntó extrañado Ernesto.

Tomás respiró profundamente como si el hecho de explicar aquello representara una obviedad.

—Tras los hechos de mayo del año 1937, los comunistas ocuparon los puestos de poder en Cataluña. Expulsaron a los anarquistas y a los trotskistas de las instituciones. Los comunistas hicieron responsables de los hechos al POUM, el partido obrero marxista. ¡Imagínense! Acusados de mantener contactos con Franco. ¡Una acusación absurda!

—Pero que sirvió para detener a sus dirigentes y asesinarlos, como el caso de Andreu Nin —completó Carles —. Todo siguiendo órdenes de Stalin.

—En efecto, y aunque se había acordado que no habría represalias tras los incidentes de aquellos días, muchos anarquistas optaron por desaparecer. Por eso no resultó extraño que desapareciera el muchacho, sobre todo tras el asesinato de su amigo el sindicalista.

UN CADÁVER CON PISTAS

Junio, 1940

El sol hacía rato que había decidido esconderse. Todo pasó a la oscuridad. Ernesto no había cenado esa noche. Y eso se le antojaba bien extraño. Cuantas más vueltas le daba al asunto menos lo entendía. Guillermo parecía estar en el centro de todo y había demostrado una actividad incansable. Cuando no era él en persona, los rumores le acompañaban. Ya comenzaba a parecerle el nombre de un ente misterioso implicado en hechos audaces y sorprendentes. El hecho de que Jorge Deleune fuese quien manejase la información referida a su hijo implicaba que sabía cuál había sido su destino.

El policía se hallaba estirado en la cama. El brazo le molestaba un poco. Todavía tenía secuelas del tiroteo, aunque ya no debía llevarlo en cabestrillo. Cada vez que interrogaban a alguien, nuevas puertas se abrían y nuevas dudas respecto al destino del muchacho, a quien todos parecían dar por muerto. Y, sin embargo, tras cada anuncio de defunción, resurgía de manera inesperada sorprendiendo a propios y extraños. Ignoraba si aquellos hechos estaban relacionados con la desaparición de las dos cajas del oro de la República, que supuestamente había robado Guillermo.

* * *

Unos golpes lo interrumpieron de su ensoñación. Abrió la puerta. Se trataba de Hamed y parecía nervioso. Pensó que aquella era una hora bastante intempestiva para una visita.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Policía venir a oficina. Ha habido un crimen. Dicen que nosotros tenemos que ir.

Ernesto, muy extrañado, acompañó al rifeño. Se desplazaron a pie por Ciutat Vella hasta llegar a la calle de las Carretas. Se trataba de una vía estrecha bastante inmunda y sucia. Llegaron a una vivienda en cuya entrada se hallaban varios policías. Algún vecino curioso rondaba por la calle. Ernesto se presentó a los agentes que abrieron un pasillo para que entrara. Tras un cochambroso portal subieron por unas estrechas escaleras muy mal iluminadas. Llegaron hasta el segundo piso, donde un policía les dejó pasar. Hamed se quedó en la entrada.

—¿Ernesto Delgado?

El hombre que preguntaba por él era de mediana edad. Debía tener unos cuarenta años y su aspecto indicaba que había pasado noches mejores. El cabello despeinado y unas marcadas ojeras reafirmaban esa información.

—Soy yo —le contestó dándole la mano.

—¡Acompáñeme! —le dijo—. Soy el capitán Gallardo. Quiero que vea una cosa.

—¿Adónde vamos?

—Solo tiene que seguir el reguero —le contestó señalando al suelo.

Ernesto bajó la vista y vio un reguero de sangre que marcaba un determinado camino. Aquello era el principio de

una horrible escena por más esperada que fuese. Llegaron a una habitación y un cuadro macabro se manifestó ante sus ojos, una visión que el policía no olvidaría jamás.

Sobre una sucia cama ennegrecida de la sangre de la víctima, se hallaba el cadáver de un hombre desnudo. Tenía los brazos y los pies atados a la cama. Le habían rajado desde el estómago hasta el cuello con un proceder más propio de un degollador de matadero. El asesino había abierto, como si se tratara de una lámina, la herida, seguramente con las manos, dejando ver el interior del cuerpo. Le había sacado los intestinos que resbalaban de la cama, intencionadamente colocados, formando un camino sangriento en el suelo. En la pared sobre la cama había un nombre escrito con sangre: era el de Carles Gil. Sobre esas letras había un trozo de tela verde clavado con un cuchillo.

Ernesto, conteniendo las náuseas (ahora entendió por qué no había querido entrar Hamed) se acercó y observó el aspecto del fiambre. Correspondía a un señor mayor: las arrugas, las entradas en el pelo y las canas así lo atestiguaban. Tenía unos ojos grises. Todavía se apreciaba el terror dibujado en ellos. Estaba amordazado, por lo que si había querido gritar no había tenido la posibilidad de hacerlo.

—Esto es una carnicería.

—¡En efecto! —le respondió Gallardo.

—¿Se sabe quién es?

—Es un confidente de la policía. Lo conocían por Percha.

Aquel nombre le recordó que Carles lo había mencionado alguna vez. Parecía una advertencia para su compañero.

—No alcanzo a comprender el sentido. ¿Ese cuchillo? —preguntó.

—Es un estilete.

Todas las señales de alarma saltaron en su interior. Se

trataba del asesino del estilete, aquel que había sido responsable de la muerte de la mujer de Carles Gil. En aquel momento recordó que la mujer de Carles llevaba un abrigo verde en el momento de su muerte.

—¡Dios mío! ¿Han avisado a Carles Gil?

—Fue él quien nos dijo que le avisáramos a usted.

—¿Y él dónde está?

—Nos dijo que tenía una entrevista urgente.

Ernesto se alarmó. Carles le había dicho que el asesino del estilete siempre dejaba un mensaje en la escena del crimen. Eso quería decir que su compañero había sabido interpretar el aviso. Puso la máxima atención en aquella horrible escena. Sabía que probablemente el republicano se hallaba en gran peligro en aquel momento y, conociendo la historia de aquel criminal, su vida podía depender de la interpretación del tétrico mensaje.

* * *

Carles escuchaba atentamente. Sabía que el asesino se encontraba cerca de él. No en vano había sido llamado para concluir de manera definitiva aquel enfrentamiento. Iba convenientemente armado con sus pistolas. También se había provisto de una navaja. No quería dar ninguna posibilidad a aquel individuo.

Aquel edificio estaba en construcción por lo que no se hallaba cerrado. Las vallas de protección habían resultado fáciles de superar. Desde el momento en que vio el cadáver supo leer el mensaje. Este era muy claro. El trozo del abrigo verde de Dolors clavado sobre su nombre era una clara

indicación. Aquella pista había disipado las dudas que hubiera tenido. Su mujer había estado en contacto con el asesino… Y no había sobrevivido. El delincuente le estaba retando, le esperaba en el mismo lugar donde había fallecido Dolors un año antes y no pensaba defraudarlo.

Le parecía haber oído un ruido. Se mantuvo alerta en la quietud de la noche. Había una mínima visibilidad gracias a las luces del puerto. Tras permanecer un rato en total silencio decidió seguir por un pasillo. El hecho de que el edificio estuviera inacabado lo hacía permeable a luces y sonidos del exterior.

De repente oyó un golpe.

Ahora estaba seguro de ello. Correspondía al resonar del metal contra el metal. El asesino había comenzado su peculiar juego. No tenía claro por donde había sonado aquel ruido. Se agachó para no ofrecer mucha visibilidad y sacó la pistola. Entró con mucho cuidado en una sala. No había nadie allí. Las ventanas estaban sin colocar por lo que la luz mortecina del exterior se reflejaba en el interior de aquella habitación.

Volvió a oír otro golpe.

Ahora ya no había marcha atrás. Carles estaba inquieto. Sabía que aquel hombre había asesinado a su mujer, pero debía mantener la calma. Era consciente de que el asesino esperaba ponerlo nervioso para que diera un paso en falso.

Notó una opresión en el pecho. Una fuerte sensación, casi salvaje, le producía un gran desasosiego. Era el mismo presentimiento que en ocasiones anteriores, cuando se sentía vigilado. La maldad de aquel hombre traspasaba el ambiente y se hacía notar. Casi adoptaba una forma física. Pensó que aquella sensación restaba fuerzas a sus enemigos.

La habitación estaba desierta por lo que pasó a otro pasillo y de allí a una nave. Siempre le había parecido enorme aquel

edificio, pero ahora, además, estaban construyendo más pisos sobre el almacén original. El espacio era sombrío y muy poco acogedor. Los materiales de construcción se hallaban apilados en la sala: grupos de sacos de cemento, de yeso, ladrillos o bloques de cemento formaban pequeños montículos de un imaginario y fantástico paisaje.

Una piedra cayó cerca de él. Carles se giró y disparó instintivamente. Pronto se dio cuenta de que aquel hombre estaba jugando con él. Recordó su experiencia en los refugios antiaéreos de Reus el año anterior, cuando él realizaba la misma maniobra de despiste. Decidió no caer en la trampa ni dar más pistas a su enemigo.

De repente, a lo lejos oyó el chirriar de las ruedas de un coche y el consecuente frenado. A continuación, el cierre de la portezuela del vehículo le hizo saber que no estaban solos. Lo que no sabía era sobre qué bando recaía la posible ayuda. Se mantuvo en silencio para poder tener una mejor defensa.

Otra piedra cayó cerca de él. El asesino hacía evidente que sabía dónde estaba. Le tentaba para salir de su escondite: un escondrijo entre un enorme montículo formado por ladrillos y la pared. Observó a su alrededor y le dio la impresión de que el lugar desde donde lanzaba las piedras debía de ser el piso superior. A él se accedía por una escalera metálica vertical sujeta en la pared. Si decidía subir, quedaría desprotegido mientras lo hiciera.

Un ruido un tanto lejano, como el caminar de alguien intentando realizarlo en silencio, le hizo dudar. Si se quedaba dónde estaba podía ser acorralado. Le sería difícil mantener la defensa. Decidió desplazarse. Caminó en silencio entre los montículos, algunos tapados por enormes telas, cosa que dotaba al entorno de un aire fantasmagórico.

Decidió subir por la escalera. Si estaba allí su enemigo, no

tendría otra que pelear. Pensó que solo uno de los dos podía acabar con vida aquella noche. Si no lo encontraba, tendría una posición privilegiada. Comenzó a subir por la escalera metálica, sin soltar el arma. De repente sintió un fuerte golpe que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Había sido golpeado por una piedra que le nubló la vista de forma momentánea. Se percató de que estaba sangrando y se limpió la frente con la manga. Se agarró con fuerza a la escalera y disparó dos veces intentando apartar al asesino del borde del piso.

Subió rápidamente mientras oía pasos acelerados por uno de los pasillos. Disparó a ciegas en otras dos ocasiones cuando asomó medio cuerpo en el piso de arriba. Su sorpresa fue grande pues el espacio era enorme. El piso estaba a medio construir como todo el edificio. Había tabiques, pero no estaban cerradas las habitaciones. Aquello parecía un laberinto. Se apoyó en una pared y revisó el arma. Le quedaba una sola bala y dudaba que hubiera tocado al asesino del estilete. Cambió de pistola y preparó la *parabellum*. Sus posibilidades habían aumentado potencialmente.

Otra vez el ruido metálico. Tenía que reconocer que aquel hombre disfrutaba de forma sádica. Era consciente de que lo estaba atrayendo a su territorio. A medida que avanzaba, la opresión aumentaba y el aire parecía más tóxico. Al mismo tiempo la visibilidad disminuía. Avanzó con el arma apuntando hacia delante y fue recorriendo los diferentes espacios generados por la construcción de los tabiques. Cada vez que entraba en una habitación era consciente de que podía ser el último paso que diera.

Volvió a sentir el golpear del metal. Esta vez parecía venir de más lejos. Había dejado tras de sí las habitaciones y tenía ante él un espacio abierto. Otra escalera metálica conducía a

un piso superior. Este parecía más pequeño, sobre todo visto desde abajo. Debía ocupar una cuarta parte de la enorme sala: unos 100 metros cuadrados. Observó que algo se movía, como la vela de un barco. Daba una sensación extraña y al mismo tiempo un tanto macabra. Tras él pudo oír pasos acelerados. Debía darse prisa. Se acercó a la escalera. Volvía a tener el mismo problema. Disparó hacia arriba para evitar que el criminal le asestara un golpe cuando más desprotegido estaba. Esta escalera era más pequeña. Aquel piso parecía más bien un altillo. Volvió a disparar antes de llegar arriba.

Cuando se situó sobre el piso, la sorpresa fue enorme: grandes piezas de tela se hallaban colocadas como sábanas tendidas, dificultando la localización del asesino. Esta era la causa del movimiento que había percibido desde abajo. El asesino jugaba sus bazas y quería luchar en la distancia corta. Carles sacó la navaja y la cogió con fuerza con la mano izquierda. Apartó una tela con rapidez, pero detrás no había nada. Se acercó a otra tela. De repente notó un pinchazo en la espalda. Se giró y disparó, pero no pudo ver a nadie. Aquel hombre jugaba con él. El dolor le recorrió el cuerpo. Le había herido a la altura del omóplato. Como no veía nada se tiró al suelo y por debajo de las sábanas pudo ver unos pies a unos metros de distancia. Disparó varias veces y le pareció que había acertado.

En la medida que pudo, se levantó y comenzó a apartar las lonas. Con la rapidez que da la desesperación se movió en zigzag para evitar una sorpresa desagradable. Intuyó, más que notar, un movimiento tras él. Se apartó rápidamente. A tiempo de ver el estilete a unos centímetros de su pecho. Cogió con fuerza el brazo del asesino y le intentó quitar el arma. Su pistola y su navaja habían caído al suelo. No podía verlo porque se hallaba tras una de las telas, así que lo empujó

con fuerza contra la pared. Notó la fuerza de su contrincante. Le dio la impresión de estar forcejeando con un brazo de hierro. Cuando pudo apartar la tela con el cuerpo pudo verlo momentáneamente en la semioscuridad: se trataba de un hombre un poco más bajo que él, pero más robusto. Su pelo ralo y peinado mostraba grandes entradas. Su cara era redondeada y su piel muy atezada y curtida. Algunas arrugas, que semejaban grietas, cruzaban su rostro. Llevaba unas gafas oscuras, a pesar de la escasa luz.

Mientras bregaban por la posesión del estilete, Carles decidió golpearle con la cabeza. A su enemigo se le cayeron las gafas y pudo ver que un boquete ocupaba el lugar del ojo derecho. Aquel agujero en medio del rostro parecía atravesarle como si tuviera vida propia. El republicano se sorprendió, cosa que aprovechó el criminal para soltarse y desaparecer tras las telas. Se agachó a coger la pistola y la navaja con sumo cuidado. Oyó ruido de pasos acelerados.

—¡Carles!

Era Ernesto. Se giró y pudo ver a su compañero. Tras él se hallaban Hamed y Marco, que venía un poco más lentamente. Se alegró de verlos ya que estaba muy cansado y comenzaba a sentir con fuerza el dolor de la cuchillada recibida. De repente observó que los rostros de sus compañeros mostraban terror. Apenas tuvo tiempo de girarse cuando sintió una cuchillada en el vientre. Se volvió y tuvo tiempo de ver aquella cara deforme convertida en una repulsiva máscara. Carles perdió el pie y cayó al vacío mientras los disparos rompían aquel silencioso espacio.

EL ENTIERRO

Julio, 1938

La oración fue breve. No era necesario decir mucho. La vida había sido injusta, con ella y no le había dado la posibilidad de reconciliación que sin duda se merecía. Desde la distancia, Guillermo podía observar como el ataúd que contenía los restos de su madre bajaba para ser envuelto por la tierra. Las lágrimas surcaban su rostro sin ningún reparo. Cada palada de tierra que echaban encima de su tumba era un cuchillo que se clavaba en su corazón.

El muchacho se hallaba a bastante distancia, pero no perdía ni un solo detalle del entierro. Tenía que esconderse pues se sabía perseguido por la banda de Max. Había robado el oro y lo había pagado con creces. Se acordó de las palabras de Lena cuando le aconsejaba prudencia y no entrometerse en algo que ya parecía un mero ajuste de cuentas. Él había permanecido ajeno a aquellos consejos. Los había menospreciado y allí tenía el resultado: su madre había sido asesinada por aquellos delincuentes.

Una vez que habían realizado el robo, se habían dirigido al palacio de hiedra. Cogieron su equipaje, ya de por sí bastante exiguo, y salieron de la ciudad. Decidieron acompañar a Mario a la masía familiar. La vivienda era grande y pudieron

ocupar una amplia habitación. Guillermo estaba preocupado ya que su madre no sabía nada ni del robo ni de su desaparición. Alex había aconsejado al muchacho desaparecer durante un tiempo porque había sido visto y eso implicaba un claro peligro para su vida.

Para Lena, aquello representaba otro paso más en una especie de huida permanente. Se había marchado de su vivienda y ahora de aquella casa en la que habían sido tan felices. Pero pensó que ya llegarían tiempos mejores, que ahora tenían que velar por el bien de su hijo. Recordó a los refugiados. Todos ellos creían que su estancia en la ciudad era algo temporal y la temporalidad a veces se alargaba en exceso.

Alex se había encargado de avisar a Helena, para evitar que ella hiciera algo inapropiado y comenzara a realizar preguntas inoportunas. Así habían quedado. Por eso, Guillermo se extrañó cuando al cabo de unos días volvió su amigo inglés.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el muchacho.

—Tu madre —tenía el rostro pálido y su voz era un susurro.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó mientras lo zarandeaba.

—La han asesinado.

Estas tres palabras habían acabado con el mundo de Guillermo. No comprendía su alcance. Su madre, la persona que lo había apoyado siempre y que nunca había dudado de él, había muerto. Alguien la había asesinado, pero él se sentía como el juez que había dictado la sentencia. En su interior, sabía que aquello había sido consecuencia del robo. Soto lo había visto y los delincuentes no habían tardado en ejecutar la sentencia.

—¡Dios mío! —Lena, que había salido y oído las últimas palabras lo abrazó.

—Lo siento —dijo Alex en un hilo de voz.

—¡La han matado! ¡Mi madre! —Las lágrimas bajaban por su rostro de forma descontrolada.

Guillermo sollozaba mientras unos espasmos le recorrían el cuerpo. Lena intentaba consolarlo. De repente su cuerpo se puso rígido mientras un fuego interno lo consumía. La rabia lo dominó en aquel momento.

—¡Los mataré! ¡Juro que los mataré!

—¡Cálmate Guillermo! —le dijo Alex—. Te están buscando y ahora es conveniente que permanezcas aquí.

Al principio el muchacho se negó, pero, finalmente, se dejó convencer por los consejos de sus amigos y pudo relajarse un poco. Una vez dentro de la vivienda, Alex pudo establecer una relación de hechos.

—Fui a ver a tu madre. Me dijo que había puesto una denuncia en la policía e incluso había escrito una carta a tu padre. Le dije que no quitara la denuncia. Era mejor si Max y su banda creían que te habías largado o que te había pasado algo. A los pocos días me avisaron: alguien había asesinado a tu madre y habían quemado la vivienda.

—¿Cómo murió? —quiso saber Guillermo.

—Creo que eso…

—¡Quiero saber cómo murió! —Su voz no admitía réplica.

—La golpearon y luego le clavaron un cuchillo en el abdomen. Tu madre murió desangrada.

El muchacho apoyó los codos sobre las rodillas y con las manos se tapó la cara. Se maldijo por haber hecho caso de Alex y por haber pensado que él era inmune a cualquier cosa. Ahora era consciente de las consecuencias de sus actos. Si habían querido hacerle daño, lo habían conseguido. Ella había representado su apoyo de forma incondicional. No había un solo recuerdo de su infancia donde no estuviera ella. Él había

soñado con restituirla a su situación anterior. Ahora, ya no sería posible.

—¿Cuándo es el entierro?

—¡Guillermo!, ¡no puedes ir! Los hombres de Max estarán allí.

—¡No dejaré que entierren a mi madre sin estar presente!

Y allí estaba Guillermo, escondido a gran distancia y vestido de manera diferente a la habitual. Observaba el entierro y todo el movimiento alrededor. Pudo distinguir a Francesc, uno de los hombres de Max. Observó que dirigía una mirada hacia el grupo que acompañaba al capellán.

Tras la ceremonia, cuando la gente ya abandonaba el recinto, uno de los hombres que había estado presente en el funeral se apartó del grupo y fue hasta el final del paseo. Las tumbas lo habían acompañado simulando una marcial formación. «¡Cuántas vidas ocultaban aquellas piedras!», pensó el muchacho. Su vista se dirigió hacia aquel peculiar sujeto, repeinado y bien trajeado. Observó que se sentaba en un banco. Al momento, Francesc Palau salió de detrás de unos arbustos y se sentó junto a él. Parecían dos personas abstraídas en sus pensamientos, pero Guillermo, a pesar de la distancia, pudo notar que estaban hablando. A partir de aquel momento su atención se centró en descubrir quién era aquel sujeto capaz de asistir al funeral de su madre y a continuación, relacionarse con uno de sus asesinos.

LA NIÑA DE LA BALSA

Julio, 1940

—Parece que ya te volvemos a encontrar —le dijo Carles se quedó quieto al oír aquella voz. La había reconocido desde el primer momento.

—¡Rick!, ¿qué haces aquí?

—He venido a verte. Me habían comentado que habías tenido un pequeño incidente.

—¿Pequeño? —contestó—. Ni siquiera sé si estoy vivo o muerto.

Rick rio de aquella manera que solía hacerlo, como tantas veces le había visto hacer a lo largo de los meses que habían estado en contacto. La escena le resultaba sorprendente al policía pues su amigo se hallaba apoyado sobre el tronco de un árbol, protegiéndose de la fina llovizna que caía amenazando con empaparlo si no se resguardaba. Carles se refugió bajo el abeto. Ya notaba el frío y la humedad de aquel clima tan desapacible.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—¿Ves aquella torre? —le dijo señalando un edificio que se percibía desde el precipicio donde se encontraban—. Aquella era la casa originaria de mi familia.

—¿Estamos en Loch Lomond?

—No exactamente. Nos hallamos cerca de Corran, una pequeña población situada en la costa.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Carles asombrado.

—A veces me gusta venir aquí y recordar.

—¿Qué quieres recordar?

—El origen de todo. A veces, las cosas se tuercen sin una causa clara, pero acaban siendo como tienen que ser. Aquí se halla el origen de una traición.

Carles asentía y escuchaba mientras la llovizna, persistente, le iba calando la ropa.

—Mi tío-abuelo, lord Arnold Shine trabajaba para la Compañía Británica de las Indias Orientales.

—¿Cómo podía hacer eso? —dijo Carles con ironía—. Trabajar para los ingleses.

—Bueno. De vez en cuando hay que comer —sonrió Rick—. El caso es que él realizaba un trabajo, junto a otras personas, administrando y controlando parte de la economía de la Compañía. Se movía mucho dinero. Se llegaban a realizar dádivas a regentes y príncipes indios por valor de 90 000 libras al año.

—Sobornos, quieres decir.

—Bueno. Hay maneras de decirlo. En 1848, la Compañía pasó por graves dificultades económicas y para evitar la quiebra tuvieron que anexionarse más territorios en el sur de Asia. Mi tío-abuelo tuvo que auditar y negociar algunos de los tratados que se realizaron. Ello le implicó estar fuera de casa unos años.

—¿Y eso qué tiene que ver…?

—Espera que te explique —le cortó Rick—. Como sabía que estaría fuera bastante tiempo dejó a su primo, un metodista recto y equilibrado, Gavin Whiteoak, como encargado de la finca de Corran y los terrenos anexos, así

como de las operaciones financieras que tuviera que realizar en su ausencia. Además…

—¿Además?

—Además de encargarle que vigilara a su mujer pues la consideraba un tanto liviana en sus deseos e inconsistente en sus creencias.

—Vamos, que no se fiaba de ella.

—¡Exacto! Pero el caso es que las cosas no salieron como él esperaba. En 1857, tras la rebelión de los cipayos, mi tío abuelo volvió a casa para encontrarse que Gavin le había sustraído sus bienes y que su mujer se había convertido en su amante. Intentó asesinar a su primo, pero fue desalentado por otros familiares, especialmente su suegro. Posteriormente quiso pedir el divorcio, pero le desaconsejaron que lo realizase pues solo se podía realizar por un motivo: el adulterio.

—¿Y no era ese en realidad el motivo?

—Sí, pero el objetivo era evitar el escándalo. El caso es que su mujer pidió la separación de cuerpos alegando abandono, dado que había estado tantos años en la India. Así que, de manera discreta, se acordó una separación y su primo se quedó con la vivienda familiar y sus terrenos. Mi tío-abuelo se trasladó a unos terrenos cerca de Luss y allí mandó construir la residencia familiar donde vivimos ahora.

—Una historia muy alentadora.

—Mi padre me explicaba que lo que más le dolió a lord Arnold fue la frase que algunos repetían a sus espaldas como una coletilla.

—¿Qué frase era esa?

—«Suerte que tenía las espaldas cubiertas. De otra manera no sé qué hubiera pasado».

Carles observó el paisaje que se apreciaba desde el precipicio. La casa familiar se erguía un tanto alicaída y

abandonada, presagiando que se habían acabado sus días altivos y arrogantes. De repente, aquella imagen desapareció de su vista, como si hubiera sido arrastrada por un torbellino. El policía se dio cuenta de que se hallaba en otro entorno muy diferente: se hallaba en un amplio espacio ocupado por árboles y plantas organizados de manera interesante y atractiva. Allí se notaba la mano y el trabajo de uno o varios jardineros. Sobre aquel terreno, se marcaban algunos caminos. Decidió seguir uno de ellos.

—¿Cómo te llamas?

Aquella pregunta lo sorprendió, correspondía a una voz infantil. Se giró y vio una hermosa niña rubia, de ojos claros. Los mechones le caían sobre la cara. Se los apartó rápidamente con una mano.

—Carles. Carles Gil —le contestó.

—Sabía que vendrías. ¿Quieres jugar conmigo?

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Ana y mi hermano no ha querido jugar conmigo. Se ha marchado.

—¿Dónde estamos Ana? —preguntó Carles.

—Estamos en mi casa. Mamá está preparando la fiesta y papá nunca tiene tiempo —le cogió la mano—. Ven conmigo. Te voy a enseñar mi rincón secreto.

Sin poder negarse, Carles fue con la niña caminando por aquel jardín tan peculiar y llegaron hasta un espacio donde había una balsa.

—¿Ves? —le dijo—. ¿Verdad que es bonita?

—Es preciosa, pero no puedes estar sola aquí.

—¿Sabes? —le dijo cambiando el tono, como si se tratara de una persona mayor—. Cuando veas a mi hermano, dile que no esté triste, que no sufra por nosotras. Dile que mamá no está enfadada.

—¿Mamá?, ¿tu madre?

—Sí. Mi madre. ¿Se lo dirás? Es que no queremos verlo sufrir.

—Tu hermano. —Carles no acababa de entender aquella extraña escena pues lo desconocía todo de ella—. ¿Quién es tu hermano?

—¿Se lo dirás?, ¿de verdad?

En aquel momento se oyó una voz que la llamaba, una voz femenina que seguramente debía de corresponder a la madre. La niña se fue corriendo y Carles se quedó solo.

De repente todo desapareció.

* * *

Ernesto se hallaba sentado tomando un vaso de vino, en un bar de la Plaza Real. Se hallaba solo y desconcertado. Había quedado con Marco en aquel local y su compañero tardaba. No paraba de dar vueltas a los sucesos acontecidos hasta el momento, pero sentía que todavía faltaban piezas en aquel extraño *puzzle*. Había demasiados cabos sueltos. Sin embargo, desde que Carles había sido herido, gravemente, no habían avanzado nada.

En un primer momento habían temido por su vida al ver como aquel sujeto lo apuñalaba a traición. Le había clavado una cuchillada en el estómago. Vieron como caía al vacío. Dispararon a aquella sombra, pero cuando subió al piso superior, pudo comprobar que no había ni rastro de su presencia: había escapado por una estrecha ventana que daba a una cornisa desde la que había pasado a una terraza inferior. Parecía evidente que el criminal tenía preparada su vía de

escape. Se sorprendió de ver aquellas telas colocadas de una manera tan peculiar. Aquel hombre había preparado el escenario de manera cuidadosa para atraer a su víctima.

Temiendo lo peor, Ernesto se había aproximado a su compañero. Tenía una herida en el estómago y otra en la espalda. Presentaba múltiples contusiones a causa de la caída, pero todavía respiraba. Pudieron llevarlo al Hospital Sant Pau donde, casualmente, estaba de guardia Florencio López, quien tuvo que ponerse las gafas para darse cuenta de que aquel era su contrincante en los duelos de citas y versos.

—¡Dios mío! —había exclamado—. ¡Es su compañero!

—Sí. ¡Lo es!

—¿De qué sirve ganar el mundo entero si se pierde la vida?

—¡Por favor! —le cortó Ernesto—. No tenemos tiempo. ¡Sálvele la vida!

—Lo menos frecuente en este mundo es vivir. La mayoría de la gente existe, eso es todo.

—¿Quiere hacer el favor de intervenir? —dijo el policía alzando considerablemente la voz.

Florencio enmudeció y se dedicó a curar a Carles. Al principio de manera silenciosa. Cuando pasó un rato se atrevió a decir en voz baja:

—Encuentro que es usted muy poco poético.

Ernesto se mantuvo allí, al lado de su compañero. Pasó la primera noche junto a su cama rezando para que pudiera salir con vida de aquel lance. La suerte le fue propicia. Después de unos días debatiéndose entre la vida y la muerte, Carles pareció responder de manera positiva al tratamiento y poco a poco se fue estabilizando. De todas maneras, aunque su cuerpo parecía responder a los cuidados, su mente se hallaba lejos, dormida, permaneciendo en un estado de coma. Poco a

poco fue despertando y aumentando de manera paulatina el tiempo que estaba consciente. Manifestaba un estado de confusión y desconcierto. Le recomendaron permanecer ingresado hasta que la mejora fuera total y satisfactoria. Con suerte, no tardaría mucho en recuperar sus facultades.

Ya llevaba más de un mes ingresado. Florencio le había informado de que pronto le darían el alta. Ernesto a menudo iba a visitarlo, pero algún pensamiento empañaba su mirada cuando se encontraban. Aunque ninguno de los dos lo mencionara, la sombra de Guillermo se hacía visible en la sala.

Se hallaba sumido en aquellos pensamientos cuando vio pasar tras los cristales del local a Fernando. Recordó el comentario que había realizado Carles al respecto, sobre su actuación en Torre Baró. Sabía de la aversión de Gonzalo hacia su compañero. Lo había podido comprobar en Reus el año anterior. Decidió seguir al policía y preguntarle de manera directa. Pagó y salió tras sus pasos.

Comenzó a acecharlo con precaución. El hombre parecía abrigar sospechas de que podría ser seguido. El hecho era que, de manera continua, giraba la vista hacia atrás. Atravesaron la Rambla y siguieron por la calle Conde del Asalto. A partir de allí, callejas y callejones se iban cruzando en su camino hasta que entró en un local. Ernesto se escondió fuera y esperó pacientemente. No sabía si había quedado con alguien o, simplemente, había ido a tomar una copa. Al cabo de un rato ya no tuvo duda: del local salió una persona más bien de estatura baja y un tanto regordete. Se trataba de Gonzalo.

Entró en el local y vio a Fernando sentado en una mesa, solo. Se sentó frente a él y lo miró. El policía había puesto una cara de asombro.

—¡Buenas noches! —le dijo.

—Bu… Buenas noches mi capitán.

—¿Molesto o espera a alguien?

—No. No espero a nadie.

—Ya me lo ha parecido porque he visto salir a Gonzalo.

—Bueno…, sí. Nos hemos encontrado.

—¡Vaya casualidad! ¿Os habéis encontrado casualmente o para hablar de lo que pasó en Torre Baró?

—¿En Torre Baró? —El hombre parecía angustiado.

—Sí. Aquella noche en que nos teníais que avisar de que venían los delincuentes y os despistasteis.

—Sí. Nos despistamos.

—¿Te crees que me chupo el dedo? —dijo Ernesto levantando la voz—. ¿Quién ordenó que no nos avisaras?, ¿fue Gonzalo o salió de ti?

—Yo… No.

—¡O hablas, o te presentaré ante un consejo de guerra! Tengo a un compañero entre la vida y la muerte por culpa vuestra —mintió.

Ernesto sabía que, si quería aclarar algo, no le quedaba otra que soltar alguna amenaza. Observó que aquel policía comenzaba a tragar saliva, un tanto espantado.

—Gonzalo me obligó. Me apuntó con una pistola y me dijo que dispararía si daba la señal.

Poco después Ernesto salía del local con una confesión de aquel policía. Sería cuestión de planteárselo al comandante Bustos. Gonzalo había perjudicado seriamente la misión y sus superiores tenían la obligación de saberlo.

No fue consciente de que un individuo, un tanto bajito y regordete se hallaba escondido observando su salida. Gonzalo había visto demasiado nervioso a Fernando y había decidido tomar cartas en el asunto. No podía dejar ningún cabo suelto. Y ahora que lo había visto hablando con Ernesto pensó que la decisión era inaplazable.

UNA EXTRAÑA OBSESIÓN

Julio, 1940

—¿Y él te lo reconoció? —preguntó Carles.

—En efecto. El mismo me lo dijo.

—¿Y qué pasó después?

Ernesto recordó aquellos momentos en que se entrevistó con el comandante Bustos para que se realizara una investigación referente a la actuación de Gonzalo en la vivienda de Torre Baró, una actuación que bien podría haber costado la vida a los policías. Tras escuchar atentamente, el comandante le había preguntado:

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Tan seguro como que el mismo policía me lo confesó. Dijo que Gonzalo le había amenazado con una pistola si nos avisaba.

El comandante se rascó la barbilla, pensativo.

—Es una lástima. No lo podremos confirmar.

—¿Y eso? —había preguntado sorprendido Ernesto—. ¿Por qué no podemos confirmarlo?

—Porque Fernando Ulloa murió anoche. Alguien le golpeó en el cráneo con un objeto contundente y acabó con su vida.

—¡Sin duda fue Gonzalo!, ¡ese hombre quería ver muerto

a Carles Gil!

Ernesto hizo una pausa en su explicación. El republicano había asistido, casi de manera desganada a la misma. Sin embargo, acabó por preguntar:

—¿Qué decidió Bustos finalmente?

—Decidió que no tenía suficientes pruebas para empapelarlo, pero lo envió lejos, a algún pueblo del Pirineo aragonés.

—Así no podremos estar del todo tranquilos porque ese tipo es peligroso.

—No pienses en eso. Al menos no tendrás que verlo o trabajar con él.

Carles torció la boca en una curiosa mueca que pretendía ser una sonrisa. Estaba cansado. Había pasado más de un mes en el hospital y había adelgazado bastante. Los primeros días los había pasado jugando una partida con la dama de la guadaña, partida que había ganado pero que lo había dejado en muy mal estado. Había perdido mucha sangre. Florencio le había dicho que la muerte no lo había querido porque no había pagado al barquero. Al doctor le había sorprendido el mutismo del policía. Pensó que los tiempos de las batallas por la rima habían pasado dejando en su lugar un desértico solar poético, solo apto para mentes obtusas y aburridas.

Una vez en casa, el policía apenas había salido. Hamed y Marco se habían turnado para traerle algo de comer que pudiera restablecer su maltrecha salud. Ellos se habían sorprendido al comprobar que su compañero parecía arrastrar una melancólica tristeza: apenas hablaba y era capaz de permanecer horas sentado mirando por la ventana, absorto en sus pensamientos, pero sin ver el paisaje que tenía ante sus ojos.

Enric, el hermano de Dolors, se había dejado caer por su

apartamento con argumentos que intentaban captar su interés, pero el republicano no se dejaba convencer por fútiles cantos de sirena.

—Blai ha decidido quedarse con nosotros. Es buen muchacho y nos ayuda bastante, sobre todo ahora que Elvira necesita reposar más.

—Me alegro de que todo os vaya bien.

—¡Carles! —le comentó su cuñado—. Podrías venir conmigo. Una temporada en el campo te sentaría bien.

—No dudes de que os acompañaré pronto.

—Pero… ¿Qué tienes que hacer aquí? Por lo que dices todo está resuelto ya. Creo que mereces un descanso.

—Sí —contestó con la mirada perdida—, no te preocupes. Pronto estaré con vosotros.

Y Enric se marchó sin acabar de entender las causas de su estado. Pensó que a menudo las personas, cuando tienen una experiencia que los aproxima a la muerte, cambian el sentido de las prioridades y establecen nuevos parámetros de supervivencia. Sin embargo, fue más dado a creer que aquello respondía a aquel estado melancólico que dominaba a su cuñado de tanto en tanto, sobre todo desde la muerte de Dolors.

Ernesto le había invitado a comer en un local. Aquella había sido la primera salida de su apartamento desde que saliera del hospital. Su compañero le había comentado los hechos referidos a la situación de Gonzalo y el misterioso asesinato de Fernando. Para Carles dos y dos eran cuatro y el culpable resultaba muy evidente. Pero, para el ejército, cuando se trataba de depurar las responsabilidades criminales que cometían los suyos, nunca estaban suficientemente claros los indicios. Las pruebas siempre resultaban escasas, cuando no eran eliminadas directamente.

El republicano volvió a su piso y se encontró una nota de Marco al entrar: «Ha preguntado por ti una señora llamada Berta Manyé». Ignoraba quien era la tal Berta, pero no tenía la más mínima intención de averiguarlo. Se notaba agotado, había dedicado sus fuerzas a descubrir quién había asesinado a Dolors y no lo había conseguido. Ni siquiera había podido descubrir qué había sucedido con Guillermo. Probablemente había muerto, pero el hombre que lo sabía con certeza había desaparecido, de la misma manera que el oro de la República. Supuso que había misterios que estaban destinados a permanecer ocultos. Tal vez fuera mejor así.

Echó una ojeada al piso. Estaba bastante sucio y abandonado. Tenía necesidad de unos arreglos, comenzando por una capa de pintura. Pensó que debería dedicarse a ello. Necesitaba entretenerse y dejar de pensar en aquel criminal de un solo ojo. Había podido verle el rostro, una cara incompleta carente de toda emoción, un hombre que, al parecer, había dedicado su existencia a acabar con Carles y su familia. La causa podría hallarse en una antigua persecución por unos crímenes que había cometido. Se dijo que un criminal con personalidad psicopática no necesitaba de ninguna excusa para matar. Y este podría ser un claro ejemplo.

De repente sonaron unos golpes en la puerta. Su sorpresa fue encontrar frente a él al gorila de Josep Santaló.

—¡Vaya por Dios Enzo! No te esperaba.

Como era habitual, Enzo se relacionaba practicando su peculiar economía de palabras.

—El patrón quiere que vaya.

El republicano esbozó un intento de sonrisa y decidió acompañar al guardaespaldas y hombre para todo de Josep Santaló. Pensó que le debía una explicación y, en aquel momento, estaba tan cerca de encontrar a Guillermo como

cuando empezaron la investigación.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó el empresario—. Me dijeron que había estado cerca de la muerte.

—Lo estuve.

—Realmente, está usted muy pálido.

—Pues usted no parece estar mucho mejor —le respondió el policía.

El empresario afirmó con la cabeza. Carles había observado que su paso era más lento y necesitaba apoyarse en el bastón. Su piel había adquirido un color grisáceo. Parecía haber perdido un tanto la seguridad de que hiciera gala anteriormente. Se sentó en un sillón con bastante dificultad.

—A lo que tiene que verse reducido uno: el hígado y el páncreas acabarán conmigo. Por otro lado, el corazón no deja de darme la lata. Mi médico me dice que tengo arritmias. ¡Esto es lo que tiene llegar a viejo! ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias —rechazó el ofrecimiento—, creo que, si tomara algo, vomitaría al momento. Tengo que devolverle una cosa.

Carles sacó el sobre con el dinero y se lo quiso devolver al empresario. El anciano cerró los ojos un momento.

—No pude encontrarle. Lo siento.

—Por algún motivo esperaba que usted me dijera que lo había encontrado, que estaba bien —las lágrimas comenzaron a fluir por su rostro—. No me queda mucho tiempo de vida. Ya se lo dije… Quería verlo antes de…

Al ver que no le cogía el dinero, lo dejó encima de una mesita.

—Falta un poco. Me compré una pistola, que no evitó que me hirieran.

—¡No! ¡Por favor! Quédese con el dinero. ¿Para qué lo quiero yo, si me sobra y no tengo a nadie…? Realmente a

nadie. Usted se lo ha ganado y lo único que lamento es que el resultado no fuera el que yo esperaba.

—Lo siento.

Carles se fue dejando al anciano en su vasta soledad. Enzo lo llevó hasta su vivienda en el vehículo. Mientras circulaba por la ciudad, el republicano pensaba que Josep Santaló había engalanado su casa para recibir a su hija y esperando encontrar a su nieto. Aquella actividad le había hecho revivir un tanto. Lo triste de todo había sido el hecho de descubrir que se hallaba ante las puertas de la muerte y que toda su fortuna acumulada hasta el momento no tenía ninguna utilidad, sobre todo porque no podía resucitar a sus seres queridos.

Entró en su apartamento y se sentó junto a la ventana. Mientras había estado en coma había tenido algunos sueños. Recordaba dos de forma especial. En el primero había tenido una conversación con Rick en las proximidades de una vivienda de Corran, en Escocia. Pensó que cuando lo viera le preguntaría sobre dicha propiedad. Carles había tenido experiencias bien extrañas referidas a la muerte y a los sueños y no descartaba que dicha propiedad existiera. En cambio, el segundo había sido muy diferente: había tenido una conversación con una extraña niña. Le había llamado la atención el énfasis que ponía a sus palabras: «cuando veas a mi hermano, dile que no esté triste, que mamá no está enfadada». Pensó que no conocía de nada a aquella niña por lo que decirle algo a su hermano resultaría muy difícil.

Echó una ojeada a su apartamento: realmente dejaba mucho que desear. Los platos se acumulaban en el pequeño fregadero; había restos de comida en la cocina, resultado de los desvelos culinarios de Hamed y Marco. La habitación tampoco se encontraba en un estado de gracia y el desorden y dejadez del piso se hacía patente. Decidió centrarse en

arreglar y adecentar el apartamento. Se pasó el resto del día limpiando y ordenando enseres. Pensó que sería una manera de tener la mente distraída. De tanto en tanto, la imagen de una máscara con un solo ojo le asaltaba de improviso. Ignoraba si habría un tercer asalto. Por lo que sabía, aquel asesino había sido herido: rastros de sangre así lo habían atestiguado. En aquellos momentos temblaba ligeramente pues era consciente del terror que habría sentido Dolors al encontrarse con aquel monstruo. Tampoco sabía si su madre habría tropezado con él. Recordó la misiva de Dolors en la que lanzaba un aviso tanto para Carles como para su madre y que había resultado del todo inútil en su caso.

Hacía rato que el sol había desaparecido en el horizonte. Sabía que tenía algunas sobras para cenar por lo que decidió no salir de allí. El aspecto del apartamento había cambiado significativamente. Pensó que tendría que pintar las paredes. Su mirada se posó en un cuadro de un paisaje. Sonrió: aquello era prácticamente lo único que se conservaba de la época en que él lo habitaba junto a su madre y a Dolors. Lo cogió entre las manos: era un paisaje de Muntanyola, aquel paraje que Dolors tanto había añorado. Estaba pintado por un artista local, amigo de la familia de su mujer. Había sido su regalo de boda. ¡Qué lejos quedaban aquellos tiempos en que cogía el tren en Barcelona para ir hasta Vic a pasar algunos momentos junto a ella!

De repente notó un leve pinchazo en los dedos. Había algo en la parte trasera del cuadro. Lo giró y pudo ver que, entre la madera y la tela había una especie de tarjeta doblada. La sacó con cuidado. Dejó a un lado el cuadro y desplegó la tarjeta. Notó como su corazón se aceleraba cuando abrió la postal.

Se trataba de una tarjeta de Belibaste.

Giró la misma y pudo ver que en la parte trasera se hallaba escrita una dirección. Un escalofrío le recorrió la piel. Conocía aquella letra tanto como conocía la suya propia. ¡Con qué ilusión recibía aquellas cartas semana tras semana! En ellas había conocido a Dolors: sus pensamientos, sus ilusiones y sus preocupaciones, así como otros detalles sin importancia pero que Carles comenzaba a valorar al poco de conocerla, porque en aquellos gestos se hallaba reflejada el alma de la mujer a la que llegaría a amar.

No había creído que ella estuviera relacionada con Belibaste pero aquella tarjeta se había convertido en una evidente prueba que establecía una conexión directa.

Decidió que si quería saber qué pasó aquella maldita noche no le quedaba más remedio que dirigirse a la guarida de los guardianes del Grial, los hombres del laurel.

TRAMPA MORTAL

Enero, 1939

Primero fue una leve pérdida de visibilidad. A continuación, vino el desvanecimiento. Tuvo tiempo de agarrarse con fuerza al fregadero para no caer al suelo. Se mantuvo unos instantes apoyada. Sentía que ya le abandonaba el mareo. Sabía lo que tenía que hacer: se dirigió con cuidado a su habitación para estirarse un poco en la cama.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Anna que entraba en aquel momento.

—Sí. Solo un poco mareada. Se me pasará enseguida.

—Espera que te ayudo.

Y la acompañó hasta su alcoba. La ayudó a acomodarse.

—Tienes que cuidarte más —le dijo—. Comes poco.

—No te preocupes —le contestó Dolors—. No tiene importancia.

Pero Anna sí se preocupaba pues ya hacía días que la observaba y notaba lo pálida y demacrada que se hallaba. Aquella guerra estaba llegando a su fin y no precisamente de la manera esperada. Todavía ayudaba a la señora Engracia en el negocio, aunque en aquellos instantes, más por mantener una apariencia de normalidad que por cobrar un sueldo. Barcelona estaba atestada de refugiados que habían

comenzado un nuevo éxodo ante el avance de las tropas franquistas. Nadie estaba a salvo y menos dos mujeres: madre y esposa de un capitán republicano.

Hacía tiempo que no recibían noticias de Carles y eso, en sí, ya era preocupante. Sabía que su hijo se hallaba en el frente del Ebro. Lo último que había sabido fue que se encontraba en La Fatarella y había sido ascendido a capitán pese a su juventud. Ella no ignoraba que los ascensos llegaban cuando los cadáveres se multiplicaban. Anna no estaba ciega ante los sucesos que acontecían. Los refugiados que llegaban a Barcelona huyendo de la guerra explicaban historias atroces de la venganza que realizaban los soldados sobre los familiares de los republicanos. Muchos políticos o simples simpatizantes de la República eran fusilados inmediatamente, otros llenaban los campos de concentración que iban creando los vencedores. Las mujeres eran vejadas, violadas, maltratadas y torturadas. Muchas de ellas, eran posteriormente asesinadas. Un ansia salvaje de destrucción y exterminio dominaba los sentidos de los fascistas que se creían con derecho a reprimir a su manera a la población que ellos consideraban enemiga.

—Descansa un poco —le dijo mientras le pasaba la mano por la frente para ver si tenía fiebre.

Entornó la puerta de la habitación y dejó a su nuera descansando. Pensó que les quedaba muy poco tiempo, que tendrían que tomar decisiones importantes. Mucha gente sabía que Carles era policía y oficial republicano. Solo era cuestión de tiempo que vinieran a buscar una venganza que creían que les pertenecía. Revisó la maleta de madera y colocó en ella todas aquellas cosas que merecían guardarse. Si se marchaban, no podría dejarla en su apartamento pues todo aquello sería expoliado y, aunque no tenía un gran valor económico, sí lo tenía sentimental. En aquella maleta se

hallaban cartas, documentos y objetos que habían pertenecido a Julia. Una lágrima surcó su rostro cuando lo recordó. Ya hacía dieciocho años que había desaparecido en el desastre de Annual. Para ella no había muerto; todavía esperaba verlo aparecer por aquella puerta con alguna sorpresa. Recordó cómo siempre le traía algún regalo, un detalle, especialmente cuando habían reñido. Abandonar aquel apartamento significaba en cierta manera renunciar a su vuelta y asumir su muerte. Eso se le antojaba muy difícil.

De repente, una extraña sensación se apoderó de ella. Una gran inquietud le oprimió el pecho. No sabía a qué respondía aquel ahogo. No parecía un mareo ni tampoco parecía tener una causa física. Sin embargo, era un malestar tan evidente como un daño físico. Se sintió atraída hacia la ventana y, aunque algo en su interior le anunciaba que no lo hiciera, ella se asomó.

Y entonces lo vio.

Vio a un individuo que se hallaba medio escondido entre las sombras del callejón. Parecía estar fumando un cigarrillo y esperando. Anna no sabía qué era lo que esperaba, pero intuía que estaba relacionado con ellas. El hombre parecía estar de espaldas por lo que pudo ver que no era muy alto, pero parecía de complexión robusta.

Fue entonces cuando se giró.

Anna se sobresaltó. La mirada de aquel individuo parecía taladrarla. Notó como si le atravesara. Fue una sensación extraña, tan tangible que parecía real. El sujeto sonrió, se llevó una mano al sombrero a modo de despedida y se marchó.

Ella se apartó de la ventana. Si antes pensaba que tendrían que irse, ahora era consciente de que su partida era algo urgente. No quería asustar a Dolors, pero sabía que tendrían que hacerlo y que apenas les quedaba tiempo para ello.

* * *

Dolors reposaba en la habitación, pero no dormía. Ella sabía cuál era la causa real del mareo, aunque no había querido decir nada todavía. No quería alarmar a su suegra diciéndole que estaba embarazada de Carles. Recordó su encuentro la última vez que se habían visto: había sido en septiembre de 1938. Recordaba con exactitud las palabras que se habían dicho.

—Mañana marcharás.

—No me queda otra —le había dicho él.

—Es posible que no nos veamos más.

—No pienses así. Te aseguro que volveré y estaremos juntos otra vez.

La promesa de Carles había sido tan fútil como inconsistente. Supuso que solo habían sido palabras al viento que había dicho con intención de animarla. No pudo evitar sonreír cuando pensó en él: recordó los momentos en que se desplazaba hasta Muntanyola para visitarla en la granja familiar, en las carreras que hacían por el prado y en los paseos que realizaban por Vic o por Barcelona. Aquella época feliz se le antojaba lejana e inalcanzable, como si hubiera representado un mundo perdido que sabía que ya no volvería. Imaginó que su destino comenzaba a tener cierto parecido con el de Anna: se estaba convirtiendo en una larga espera cargada de incertidumbre alternada con momentos de desesperación. Cerró los ojos y se abandonó al sueño.

Un fuerte estampido la despertó. A pesar del brusco despertar sabía a qué correspondía aquel ruido: los aviones fascistas comenzaban a dejar caer su letal carga. Barcelona había sido bombardeada a lo largo de la guerra, especialmente

en mayo del año anterior.

—¡Dolors! ¡Dolors!

Era Anna que abría con mucho nerviosismo la puerta de su habitación. Ella se levantó rápidamente a pesar de su atolondramiento. Otros estampidos sonaron cerca de allí. El edificio retumbó. La alarma antiaérea unió su amargo quejido a aquella cacofonía de sonidos.

—¡Vamos! —dijo Anna estirando de su brazo—. Coge el abrigo y vamos al refugio.

Bajaron a la calle y se unieron a la riada de vecinos que abandonaban las casas para refugiarse en uno de los múltiples refugios antiaéreos. Mujeres, hombres y niños se dirigían con celeridad al subterráneo. Bajaron las escaleras y entraron por un pasillo en zigzag, creado para protegerse de la onda expansiva de la metralla. Una vez en su interior, se acomodaron en el suelo y se arrebujaron en sus abrigos para protegerse del frío de aquella noche de enero. A partir de aquel momento tan solo era cuestión de dejar pasar el tiempo. A pesar de que los refugios se habían mostrado como muy seguros, el ruido de las bombas hacía creer a la gente que aquella construcción podía caer en cualquier momento.

Barcelona había sido una ciudad bombardeada de forma sistemática durante la guerra. Ello había llevado a la Generalitat, concretamente desde la Junta de Defensa Pasiva, a crear el diseño de un sistema que permitiese a la población refugiarse de los ataques aéreos. Ramón Perera, un ingeniero de la Junta, encontró una solución efectiva. Se trataba de la construcción de refugios antiaéreos construidos bajo tierra y a los que se podía acceder a través de escaleras. Eran construcciones cubiertas con bóveda catalana de obra vista para resistir la fuerza de las bombas. Se habían realizado unos 1400 solo en Barcelona, gracias a la colaboración de la

población que veía en ellos una oportunidad de salvar la vida.

Anna no podía dejar de mirar a Dolors. La notaba más frágil de lo habitual. Pensó que no podía dejar que le pasara nada malo. Se lo debía a su hijo. No permitiría que nadie le hiciera daño. Le pasó el brazo por la espalda y se apretujaron intentando transmitirse un poco de calor. No había dormido en toda la noche. La figura de un hombre que las espiaba le había impedido conciliar el sueño.

* * *

—No hay nadie aquí —dijo Guillermo.

—Parece que está desierto —comentó Alex.

—Es probable que Samuel se haya marchado definitivamente.

Aquello sorprendió a Guillermo. No sabía por qué había imaginado que, después de tanto tiempo, el palacio de hiedra se encontraría tal y como lo habían dejado. Parecía evidente que hacía tiempo que nadie rondaba por allí. Los fantasmas de la mansión habían bastado por sí solos para alejar a los curiosos.

Después del entierro de su madre, Guillermo y Lena habían vivido apartados del ruido y de la violencia que, de una u otra forma, tenía lugar en la gran ciudad. Casi lo habían conseguido, aunque en la mente del muchacho se dibujaba la figura de un hombre muy particular, bastante repeinado que había podido observar a distancia en el cementerio. No sabía quién era, pero intuía que tenía algo que ver en el crimen. Se lo había comentado a Alex y este le dijo que lo investigaría.

Habían pasado varios meses en que el muchacho había

priorizado la supervivencia y el bienestar de su familia y ello pasaba por ayudar a Mario en las labores del campo y realizar actividades que pudieran ayudar a sobrellevar aquella época de escasez. De tanto en tanto venía Alex de Barcelona, cargado con productos que contribuían a mejorar el aspecto de la alacena. Ellos lo celebraban como un acontecimiento. A pesar de las penurias gozaban de una situación un tanto envidiable pues se hallaban bastante aislados de la población y ello les había permitido disfrutar de aquellos momentos únicos e irrepetibles. El vientre de Lena había aumentado bastante mostrando la evidencia de un nuevo miembro familiar que buscaba su lugar en el mundo. Eran conscientes de que allí se hallaba su mayor tesoro… Hasta aquel día de enero.

Alex había llegado y había querido hablar con Guillermo. Lena no había permanecido ausente de la conversación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Guillermo.

—Lo he encontrado.

—¿A quién has encontrado?

—Al hombre que estuvo en el entierro de tu madre. Se llama Jorge Deleune y es policía.

—¿Policía?, ¿y que se supone que hace un policía hablando con un ladrón y asesino?

—He estado investigando. Fue el hombre que descubrió el cadáver de tu madre. Él dio el aviso a la policía. Por otro lado, parece ser que lideraba una banda de ladrones antes de la guerra. Por eso conoce a esos hombres. En realidad parece que están relacionados. Eso nos lleva a una conclusión.

—¿A qué conclusión has llegado?

—Pues si están relacionados, también debe conocer a Litus. He contactado con un hombre que lo conoce. Me ha preparado una cita para hablar con él. Le dirá que soy un comerciante en arte y quiero negociar una pieza robada.

—¿Dónde has quedado con él?

—En un almacén de maderas del Poble Sec.

—¡Yo te acompañaré! —dijo el muchacho sin pensárselo.

—¿Estás seguro? Piensa que ahora tienes una responsabilidad —dijo mirando a Lena que había trasfigurado su expresión.

—Pero, Guillermo… —dijo Lena.

—Lo siento Lena —le contestó el muchacho—. Tengo que ir. Quiero preguntar a ese hombre qué sabe de la muerte de mi madre.

Lena entró disgustada al interior de la casa. Ella pensaba que Guillermo siempre sería un chiquillo en busca de una estrella, siempre tenía algún sueño imposible en su cabeza, pero era incapaz de ver la dificultad o el peligro que representaba. Por otro lado, pensó que eso era precisamente lo que le había atraído de él.

—Escucha Lena.

—No, Guillermo. Escúchame tú. Si eso es lo que has decidido, iré contigo.

El muchacho había sido incapaz de convencer a Lena para evitar el viaje y poner en peligro la vida de su hijo. Habían llegado al palacio de hiedra, pero su sorpresa había sido la de constatar que estaba abandonado. Finalmente habían decidido que Lena les esperaría allí.

—No importa —dijo ella— me acomodaré aquí. A fin de cuentas, todo está como lo dejamos.

—¿No te asustan los fantasmas? —preguntó el muchacho.

—Me asustan más los vivos. Así que haz el favor de volver conmigo cuando acabe esto.

Lena se quedó en aquel desierto palacio mientras el coche desaparecía por el camino llevando a los dos hombres en busca de una incierta aventura.

Tras un viaje por la gran ciudad llegaron a las proximidades de la serrería. A Guillermo le había desconcertado que el encuentro tuviera lugar precisamente allá, un lugar donde había trabajado anteriormente. Supuso que el enlace era alguno de los trabajadores del almacén. Vieron que la puerta no estaba cerrada y entraron con sumo cuidado. El silencio era completo en aquel local. Sacaron las armas y se separaron.

—¿Oiga? ¡Ya he venido! —gritó Alex.

Pero el silencio fue toda la respuesta que obtuvo. Guillermo se apartó y se escondió tras unas maderas. Desde allí podía ver a su compañero bajo la luz mortecina que entraba por las ventanas. «Aquello tenía mala espina», pensó.

De repente, notó el frío cañón de una pistola junto a su cabeza. A continuación, oyó una voz, una voz conocida que le produjo escalofríos.

—Será mejor que tires el arma, muchacho.

Era la voz de Litus. Desconcertado y sin poder hacer otra cosa, Guillermo tiró el arma al suelo. En aquel momento se encendió la luz del local y Alex quedó al descubierto.

—Suelta la pistola si quieres que tu amigo siga viviendo —dijo el hombre que le había apuntado con un arma.

Otros dos hombres salieron de detrás de un bloque de maderas. Uno de ellos, Jorge Deleune les apuntaba con una pistola, el otro individuo era Soto y tenía una barra de hierro entre sus manos. Guillermo maldijo la facilidad con la que habían caído en la trampa. Alex dirigió al muchacho una mirada de resignación y dejó caer su arma.

—¡Vaya quién tenemos aquí! —dijo Litus—. Nuestro amigo Alex Becher y…, su amiguito Guillermo, el ladrón del tesoro.

—Veo que ya nos conocemos todos —dijo Jorge.

—¿No tienes nada que decir Alex? —preguntó Litus.

—Ya hace mucho tiempo que me venías siguiendo.

—Tú lo has dicho, hace tiempo —contestó Alex.

—Has caído en tu propia trampa. Deberías aprender de tu amigo. Guillermo siempre ha escapado de la muerte. Creo que tiene un pacto con ella —dijo mientras apuntaba al muchacho con la pistola—, pero hoy la cosa ha cambiado. Hoy nos dirá dónde está el tesoro si quiere seguir vivo.

Guillermo estaba enfadado, enojado consigo mismo y con su mala suerte. Pensó que era una lástima que no pudiera ver nacer a su hijo. Sus reacciones impulsivas no le habían traído mucha suerte.

—Y bien muchacho. ¿Dónde está el tesoro? —insistió Litus.

—La verdad es que no lo sé —contestó.

—¿Crees que soy idiota?

Le golpeó el rostro con el cañón del revolver. El muchacho cayó hacia atrás mientras una brecha se le abría en la frente.

—No voy perder tiempo contigo. Dímelo o lo pasarás muy mal.

—¡No sé dónde está!

Los fríos ojos de aquel hombre parecieron emitir un destello de odio. Inesperadamente, Litus apuntó a Alex y le disparó un tiro en el estómago. El inglés cayó al suelo gravemente herido. Volvió a apuntar a Guillermo con el arma, pero el muchacho seguía sin hablar. El hombre pareció decepcionado.

—En el fondo me caes bien y no quería llegar a esto.

Hizo un gesto con la cabeza a Soto y este se acercó blandiendo la barra metálica. Con ella golpeó a Guillermo en las piernas. El muchacho cayó con estrépito al suelo.

—Parece que vamos a acabar una antigua discusión —musitó Soto con una sonrisa sarcástica.

Intentó levantarse, pero recibió un golpe en las costillas que le hizo perder el equilibrio. Quiso apartarse, pero recibió otro golpe en la espalda. Pensó que Soto estaba disfrutando de aquel momento. Debía de sorprenderlo, en ello le iba la vida, pero no sabía cómo. De momento tenía suficiente si podía esquivar alguno de aquellos golpes.

—Muchacho —le dijo Litus—, será mejor que hables si quieres acabar con esto.

Pudo ver un listón a su alcance. Se giró rápidamente con lo que Soto golpeó el suelo. Ignorando el dolor cogió la tabla y golpeó a Soto. Le dio en la cara y en la oreja. El golpe sorprendió al agresor quien estuvo a punto de soltar la barra. Guillermo cogió el listón con fuerza y, aprovechando el momento golpeó al valenciano en la frente. Fue un golpe seco que estuvo a punto de tumbarlo. Sin embargo, el valenciano se pudo rehacer y golpeó a Guillermo en los brazos. El muchacho perdió el listón y se desestabilizó. Observó que Soto se había enfadado desmesuradamente. La rabia parecía haberle cegado la razón Pudo ver cómo levantaba la barra con energía para intentar descargarla con violencia sobre su cabeza.

Entonces se oyó un tiro.

Un boquete se abrió en la frente del valenciano, que soltó la barra y cayó al suelo con estrépito. Tras él se hallaba Litus que no había dudado en disparar.

—Este imbécil se pensaba que tenía carta blanca para hacer lo que quisiera. Y bien Guillermo. Volvemos al punto inicial: o nos dices lo que queremos saber o todavía lo pasarás peor.

De repente, unos estampidos hicieron temblar el suelo. La

aviación alemana, fiel a su cita diaria, comenzaba a bombardear el puerto y sus alrededores. Aquello hizo dudar un momento a los delincuentes.

—¡Bien! —exclamó Litus—. ¡Te felicito por tu valor!, pero vamos a acabar con esto inmediatamente.

Le apuntó con la pistola dispuesto a acabar la escena, pero otro disparo resonó en el interior del almacén hiriéndolo en la mano. Su pistola cayó al suelo. Una bomba cayó cerca de allí y algunos cristales reventaron. Los delincuentes aprovecharon el momento para salir corriendo. Guillermo pudo ver que había sido Alex quien había disparado. Con la atención centrada en el muchacho, nadie había reparado que Alex todavía estaba vivo. Con suma discreción había podido llegar hasta su arma y hacer uso de ella, salvando la vida de Guillermo. El joven se acercó arrastrándose hasta Alex.

—¡Dios mío! Yo… Lo siento.

—No tienes que sentirlo —le contestó Alex en un gemido —. ¡Tienes que salir de aquí!

—Yo saldré contigo.

—¡Escúchame! —Le agarró del cuello de la camisa—. Yo… ya no puedo. Es inútil. Sálvate tú y ve con tu hijo. Disfruta de tu vida y de tu familia.

—¡Los mataré! —le dijo en un arrebato.

—¡Olvídate de ellos! —Cada vez le costaba más hablar. El sonido se perdía entre el estruendo de las bombas—. Vete con tu familia y vive. ¿Me oyes?, ¿lo harás?

Guillermo afirmó con la cabeza mientras unas lágrimas rodaban por su mejilla. Veía como la vida de su amigo se apagaba y el brillo de sus ojos desaparecía.

En aquel momento, una bomba cayó en el almacén. La deflagración arrojó a Guillermo contra unas maderas mientras el techo se hundía y la serrería comenzaba a arder.

NOTICIAS INESPERADAS

Julio, 1940

Carles se hallaba protegido por la oscuridad de la noche. Llevaba rato vigilando la entrada indicada en la tarjeta. Allí no parecía haber nadie. No le costó mucho forzar la cerradura y entrar: pensó que Hamed había sido un buen maestro. Encendió la linterna y vio que tras un recibidor había unas escaleras que llevaban a un piso inferior. Las descendió y observó que en las paredes había bastantes libros. Aquello parecía una librería. Los espacios vacíos y las cajas en el suelo a medio llenar, auguraban que alguien estaba recogiendo los enseres del local. Quien quiera que fuese parecía que había dado por terminado su trabajo.

Se acomodó en una silla que había en una habitación interior y preparó el arma. Pensó que, si quería alguna respuesta, allá se la tendrían que dar. Desde que había salido del hospital se cansaba con más facilidad por lo que se adormiló sentado en la silla. Tuvo pesadillas y soñó con un individuo con un solo ojo que perseguía a Dolors. Ella corría asustada por los largos pasillos del almacén mientras gritaba su nombre.

De repente se despertó. No había podido evitar dormirse. Observó los rayos de luz que se comenzaban a colar entre las

rendijas de los ventanales que se encontraban a nivel del suelo.

Sin embargo, algo lo había despertado: había sido el girar de una llave sobre su cerradura. Se mantuvo alerta y se escondió tras la puerta de la habitación. Por la rendija vio entrar a un individuo de unos cuarenta años, de complexión mediana. Debía de ser el propietario pues encendió la luz, bajó las escaleras y comenzó a guardar libros en cajas.

Carles no sabía si aquel individuo era amigo o enemigo por lo que, para disipar dudas, amartilló la pistola y dijo:

—Será mejor que levante las manos y se quede quieto.

El hombre, tras el susto inicial, obedeció.

—¡Gírese! —ordenó el policía.

—El hombre se giró. Por su aspecto parecía cansado. Tenía bigote y perilla. Algunas arrugas y una piel curtida por el sol le daban un aspecto un tanto aventurero. Sus cejas eran espesas y su mirada penetrante. Resultaba evidente que aquel individuo lo estaba evaluando. Carles se preguntó si lo hacía para sorprenderle en un momento de distracción.

—Quiero que sepa que he venido a buscar información.

El hombre enarcó las cejas de manera interrogativa.

—¿Y para eso entra en mi local con una pistola?

—No sabes de quien puedes fiarte. Prefiero no tener disgustos.

—Le entiendo. ¿Puedo bajar ya las manos?

—Bájelas, pero déjelas a la vista. Quisiera enseñarle una carta y me gustaría que me informara sobre ella.

El hombre asintió con la cabeza. Carles le pasó la carta de Dolors, aquella que había pasado a Samuel para avisarle del peligro que corría. El hombre comenzó a leerla y el policía pudo ver que una lágrima le bajaba por la mejilla.

—Ya veo que la recuerda.

—En efecto. Recuerdo aquel maldito día. Hubiera

querido borrarlo si hubiera podido. ¿Y usted es…? —le preguntó.

—Carles Gil.

—Un poco tarde, ¿no cree? —Hizo un ademán señalando la misiva— ¿cómo ha llegado hasta usted?

Carles se sorprendió explicando a aquel hombre los hechos que le habían llevado hasta aquella situación. Simón, pues tal era el nombre de su interlocutor, lo escuchaba con seriedad y, de tanto en tanto, realizaba afirmaciones con la cabeza. Finalmente se sentaron en unas sillas, en la habitación interior y departieron como compañeros ante un mal común.

—Bien —acabó Carles su explicación—, ahora me gustaría que usted me explicara qué pasó aquella noche. Cómo pudo ser que mi mujer acabara asesinada en un almacén del puerto, Simón lo miró con extrañeza.

—¿Quién le ha dicho que su mujer estaba en el almacén del puerto?

—La policía —contestó extrañado Carles mientras mostraba su Biblia— recibí esto hace un año. De hecho, me salvó la vida en una ocasión. Un policía la había rescatado del lugar del crimen. Él me informó también de que su cuerpo había sido sustraído del hospital.

—¡Asombroso! —dijo el hombre mirando el libro que poseía una bala incrustada en su interior.

—¿Qué es lo que le parece asombroso?, ¿qué muriera mi mujer, que recibiera la Biblia, que me salvara la vida?

Simón parecía estar abstraído. Volvió en sí y dijo unas palabras que helaron la sangre en las venas del policía, unas palabras que cambiarían totalmente su estado de ánimo y todo lo que había considerado hasta entonces.

—Perdone. Estaba pensando que la vida tiene sorpresas inesperadas. Tengo que decirle una cosa: su mujer no murió

aquella noche en el puerto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó extrañado—. Hace poco encontré restos de su abrigo verde dejado por su asesino. Además, está la Biblia. ¿Por qué dice que no murió?

—En efecto: tenía el abrigo verde y el libro, pero no era su mujer. Era mi sobrina Teresa.

Y, ante el asombro de Carles, Simón comenzó a desgranar una historia que, todavía año y medio más tarde, le producía una gran congoja tan solo recordar.

* * *

—¡No lo he conseguido! —dijo Samuel.

—Pero ¿has podido entrar? —le preguntó Simón.

—Sí, pero me descubrieron y tuve que salir rápidamente.

—¿Te han visto?

—Uno de ellos me persiguió. Me temo que me vio.

En aquella fría noche de enero, los aviones habían dejado caer su mortífera carga sobre la zona del puerto de Barcelona. Los gritos, las corredizas, las sirenas formaban parte del paisaje nocturno. En el ambiente se respiraba la muerte y la destrucción; también el final de la contienda, una derrota largamente anunciada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Samuel.

—¿A qué te refieres?

—Alguien ha golpeado la puerta.

—¡No podemos abrir! —le comentó Simón bajando la voz.

Teresa permanecía en el interior de la librería. Permanecía inmóvil, a la espera de acontecimientos. Samuel pasó delante

de ella, subió las escaleras y, desatendiendo los consejos de Simón, echó un vistazo por la mirilla.

—¡Es Guillermo!

Abrió la puerta y vio al muchacho ensangrentado y sin fuerzas para caminar. Lo cogió a tiempo, antes de que perdiera el equilibrio.

—¡Pasémoslo al interior!

Cerraron la puerta rápidamente y lo tumbaron sobre una manta en el suelo. Guillermo había perdido el conocimiento, así como bastante sangre.

—¡Tenemos que hacer algo rápidamente o morirá! —dijo Samuel.

—¡No podemos!, ¡tenemos que acabar la misión! —le contestó Simón.

Un gemido del muchacho provocó que las miradas convergieran en él. Samuel se arrodilló.

—¡Guillermo!, ¿qué quieres?

—Lena…

—Sí, Lena —repitió el monje.

—Está en el palacio de hiedra —dijo con un murmullo.

—No te preocupes. La traeré aquí.

Samuel se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Pero ¿qué haces? —le espetó Simón.

—Voy a buscar a Lena e intentaré traer ayuda.

Y desoyendo las quejas de su compañero salió a la oscuridad de la noche. Tardó en llegar al palacio de hiedra, ya que la distancia era larga. Lena esperaba levantada y espantada, siendo consciente de que el tiempo transcurría sin tener noticias de los hombres. Cuando vio a Samuel acudió con rapidez a su encuentro.

—¡Samuel!

—¡Lena!, Guillermo está herido. Necesitamos ayuda.

Aquellas palabras eran las que más había temido, pero el hecho de que estuviera herido significaba que todavía podía vivir y eso en sí, ya era una buena noticia. Lena bajó con Samuel rápidamente en aquella fría y oscura noche. Fueron hasta el barrio del Guinardó, junto a su casa.

—Espera aquí. No se vayan a preocupar —le dijo ella.

Samuel esperó mientras que Lena fue a la casa vecina y golpeó la puerta con desespero. De seguida se encendió una luz y un matrimonio se asomó.

—¡Lena!, ¿qué ha pasado?

—¡Guillermo! —contestó ella—. ¡Necesita ayuda!

Al poco, salió el hombre de la vivienda y se dirigieron a un camión que tenía guardado en un almacén. Mauri, que así se llamaba el vecino de Lena, era un hombre de mediana estatura, delgado, con una nariz prominente y los pómulos marcados. Su pelo revuelto le daba un aire bohemio. Había sido compañero de Toni Vallés en el sindicato y conocía a Lena desde que nació. No había dudado ni un momento en ayudarla.

—¿Está muy grave? —preguntó ella.

—Creo que necesitará bastantes cuidados. Parecía bastante herido.

—¡Dios mío! ¡Yo no quería que viniera!

—¿Para qué volvisteis?

—Él quería hablar con el hombre que estuvo en el entierro de su madre, el que encontró el cadáver.

Samuel quedó pensativo, en cambio Lena permanecía preocupada ante la incertidumbre de la situación de Guillermo. Bajaron en dirección al puerto, pero cuando llegaron a la altura de la calle Argentería Lena les dijo:

—¡Para un momento!

—¿Por qué? —preguntó Mauri.

—Voy a buscar ayuda.

Lena bajó del camión y recorrió la calle en dirección a la iglesia de Santa María del Mar, giró por la calle Monteada y llegó hasta el domicilio que buscaba. Subió al segundo piso y golpeó la puerta. Poco después, una señora la abrió extrañada.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Quiero ver a Dolors.

—¿A estas horas? —Anna vio una chica joven, desesperada, en un estado avanzado de gestación y llamando a unas horas muy inoportunas. Todo ello muy extraño en su conjunto.

Tras Anna apareció Dolors. Consciente de la situación de la visitante la hizo pasar a dentro.

—¡Dios mío Lena!, ¿qué ha pasado?

Al poco rato salían de allí las dos mujeres, dejando a Anna más preocupada sí cabía. Dolors había cogido el maletín de curas que llevaba habitualmente. Mauri las acercó con el camión hasta las proximidades del local en cuestión. Llegaron a la librería donde un inquieto Simón les abrió la puerta. Lena vio a Guillermo malherido y, llorando, se arrodilló junto a él. No dijo nada porque sabía que no servían de nada las grandes exclamaciones. Era consciente, cada vez más, que la supervivencia de ambos pasaba por la discreción, cualidad poco característica de Guillermo.

—A ver…, un poco de luz —pidió Dolors.

Los hombres aproximaron unos quinqués y dejaron espacio para que ella pudiera realizar las curas necesarias. Dolors le acabó de quitar la camisa dejando al descubierto todo un mapa de golpes y heridas. Comenzó a lavárselas para poder desinfectarlas a continuación. El silencio se instaló en aquel lugar.

Un par de horas más tarde, Dolors comentó que el

muchacho necesitaba descansar y ella debía irse.

—¿Vivirá? —preguntó Samuel.

—No lo sé —respondió ella—. Está muy débil y ha recibido muchos golpes. Debería ir a un hospital.

—¡A un hospital no! —dijo Lena—. Nos iremos a casa.

—Ahora no debería moverse. No lo aguantaría. Al menos deberíamos esperar para ver cómo reacciona.

—¿Podría venir mañana? —preguntó Lena.

—Sí, pero vendría después de trabajar, por la noche. Pero no sé si sabré llegar.

Llegados a aquel momento, Simón pareció abstraerse, como si los recuerdos le dolieran y se viera en dificultad de poder seguir explicando.

—¿Y qué pasó? —preguntó Carles—. ¿Pudo volver al día siguiente?

—Dolors se apuntó la dirección en una tarjeta de la librería y la acompañaron a casa. Como la entrada de las tropas franquistas en Barcelona era inminente, quedaron con Mauri a una hora acordada para que los llevara a donde estaban viviendo, creo que cerca de Manresa. Pero las cosas se torcieron y no salieron como esperábamos. De hecho, nada salió como esperábamos.

—¡Por favor! —Casi suplicó Carles esperando saber qué sucedió aquella noche—. ¡Continúe!

—Dada la situación tan delicada que teníamos, hice venir a Gabriel y Ernest, dos muchachos que nos ayudaban en nuestros negocios. Aquella noche vino su mujer, pero traía un asesino tras ella. —Carles apretó el puño—. Teresa llegó poco después y nos dijo que alguien, con no muy buenas intenciones, había seguido a Dolors.

—¿Y qué hicieron?

—Decidimos que Teresa se pusiera el abrigo de Dolors.

Por eso llevaba el abrigo verde. Supongo que la Biblia estaba en un bolsillo. —Carles afirmaba y escuchaba con intensidad cada sonido que salía de la boca de Simón—. No podíamos permitir que un hombre rastreara a nadie de los que estábamos allá ni que supiera del negocio. Mi sobrina hizo de señuelo mientras que Gabriel y Ernest la debían proteger en la sombra. Fue la peor decisión de mi vida.

El mutismo parecía volver otra vez a marcar el ritmo de la conversación. Carles, intrigado, no pudo menos que decirle:

—Por favor, ya sé que es duro para usted…, pero necesito saber…

Simón pareció volver en sí.

—Nunca más volvieron. Los encontraron muertos en un almacén del puerto. Cuando supimos que los habían llevado al hospital, nos llevamos sus cuerpos para darles una sepultura digna.

—¿Y los demás…, qué pasó con los demás? —Ahora Carles comenzaba a entender los lazos invisibles de que le hablara Josefa el año anterior.

—Su mujer escribió una nota, esta nota —dijo señalándola—. Samuel se ocupó de llevársela a su casa.

—Pero nunca llegó.

—En efecto, nunca llegó. Dolors estuvo curando al muchacho. Guillermo estaba muy mal, pero no podíamos dejarlo allí: ya no era un lugar seguro. Lo llevaron al camión, como habían acordado. El muchacho gemía, tenía delirios y fiebre. No sé si habrá sobrevivido. Todos se marcharon y…, ya no los he vuelto a ver. Cerré el local y esperé la llegada de algunos de mis muchachos, pero no volvieron. En cambio…

—¿En cambio? —preguntó Carles.

—Al cabo de un rato noté que alguien se acercaba. Era una sensación extraña y angustiosa, como si la maldad pudiera

caminar. El aire en el local se hizo aprensivo y agobiante. Noté que alguien permanecía en la puerta. ¡Era él!, estoy seguro: el asesino de mi sobrina y los dos muchachos. Créame que en aquel momento tuve miedo.

—¿Y qué hizo?

Simón lo miró con una expresión de desolación.

—No hice nada, ¿quiere creerlo? Nada —el hombre bajó la vista—. En ese momento ya tenía la certeza de que no los volvería a ver con vida, pero fui incapaz de enfrentarme a ese individuo. Luego se fue. Creo que sabía que yo estaba allí, pero no le interesaba. Sospecho que buscaba otro objetivo.

Carles miró la misiva y fue consciente del peligro que había corrido Dolors.

—Así que —continuó Simón—, recuperados los cadáveres y desaparecido Samuel tuve que cerrar una temporada el negocio.

—¿Y Samuel?

—Supe de él meses más tarde. Había estado en coma en el hospital. Le costó mucho recuperarse.

—Parece que todavía le cuesta.

—Samuel ha sabido sobrevivir a momentos muy duros. —Simón sonrió—. Incluso cuando parecía que la muerte o la demencia se apoderaban de él, ha podido dominar su cuerpo y su mente. ¡Es un hombre iluminado!

—¿Qué quiere decir?

De repente Simón se sobresaltó. Como si despertara y se diera cuenta de que había hablado más de lo necesario.

—Creo que es todo cuanto puedo decirle. Espero que encuentre a su mujer y tenga más suerte de la que yo he tenido con mi sobrina.

Carles entendió que no recibiría información de ningún tipo. Se despidió para salir de aquel enigmático local,

presintiendo que cuando cerrara la puerta se desvanecería en la bruma y nadie sabría de su existencia.

—¡Una última cosa! —le dijo Simón cuando comenzaba a subir las escaleras.

—Dígame. —Carles se giró un tanto extrañado.

—Su mujer…

—¿Sí? —El policía notó una cierta opresión en el pecho.

—Estaba embarazada.

* * *

El hombre saltó la valla. Conocía la vivienda pues había estado allí con anterioridad. Sacó la pistola y rodeó la mansión para decidir por donde entrar. Recordó que tiempo atrás aquel lugar había representado la guarida de Max. Él se había reunido con ellos en más de una ocasión para decidir donde dar algún golpe. Pero ahora la situación era diferente, en aquel momento era a él a quien perseguían. Había decidido acabar de una vez y para ello había ido armado. El calor era agobiante y supuso que encontraría alguna ventana abierta. Tuvo suerte: una de las que daban al salón no estaba cerrada. Decidió entrar por ella.

CADENA DE MUERTES

Julio, 1940

—Ya acabó su triste historia —dijo Carles observando el cadáver.

—En efecto —comentó Ernesto—. Sin embargo, era el eslabón que nos podía haber indicado el paradero de Guillermo.

Carles no dijo nada, consciente de que allí había oídos ajenos al asunto. A veces, no convenía que todo saliera a la luz, al menos hasta que no supiera de qué lado soplaba el viento. Tras su experiencia en Belibaste había vuelto al local de la calle Fernando, si cabe, con más preguntas que respuestas. Ahora sabía que quien había muerto en el puerto no había sido Dolors sino la desafortunada sobrina de Simón. También sabía que su mujer había podido partir, pero ignoraba si habían podido escapar de manera definitiva del asesino del estilete o de cualquier otro peligro. Además, el hecho de que estuviera embarazada lo alegraba y lo angustiaba a partes iguales. De la misma manera que le hacía ilusión imaginar que probablemente a aquellas horas podría tener un hijo, le preocupaba el hecho de que Dolors hubiera tenido que afrontar las consecuencias ella sola. Recordó las palabras de la anciana de la cabaña, que le había dicho que tuviera fe.

En cuanto a Guillermo, continuaba sin saber si estaba vivo o muerto. La gravedad de las heridas no parecía presagiar nada bueno. Finalmente, había que añadir un nuevo nombre para continuar su particular investigación: un tal Mauri, camionero y sindicalista.

Demasiadas dudas, demasiadas informaciones. Sin embargo, la esperanza de encontrar con vida a Dolors le había levantado el ánimo considerablemente, de manera que parecía que flotara al caminar por la ciudad.

—¿Qué te pasa? ¡Parece que has visto un ángel! —le dijo Marco cuando llegó al local.

—Algo parecido ¿dónde están los demás?

—Hemos de ir a la vivienda de Josep Santaló, en la avenida Tibidabo. Esta noche intentó entrar un hombre para asesinarlo.

—¡Dios mío!

Cogieron un taxi que los llevó hasta la vivienda del empresario. Allí se hallaban Ernesto y Hamed, junto a otros policías. Tras los saludos de rigor, Carles pudo ver el cadáver del intruso. El rostro de Jorge Deleune parecía expresar sorpresa. Probablemente no esperaba el tiro en mitad de la frente que había recibido. Josep Santaló debía agradecer a Enzo su eficiencia en ese aspecto. El republicano se acercó al empresario, que se hallaba sentado en un sillón del salón:

—Perdone que no me levante. Esta maldita enfermedad acabará conmigo.

—No se preocupe —le dijo observando que su aspecto parecía desmejorar cada vez más—. Quería preguntarle…

—¡Adelante!

—¿Cómo sucedió?

—Al parecer ese individuo entró por una ventana y se tropezó con Enzo. Este lo amenazó y le disparó.

—Ese hombre fue quien encontró el cadáver de Helena.

—O quien la mató —comentó el empresario.

—Podría ser. Ahora nunca lo sabremos.

En aquel momento, Ernesto entró en el salón:

—¡Carles! Ven un momento.

El republicano lo acompañó hasta la habitación donde se encontraba el cadáver. Allí había un policía de guardia que observaba la escena.

—¡Mira! —le dijo mientras le señalaba un objeto—. Lo tenía en su bolsillo.

Se trataba de un rosario de oro y piedras preciosas.

—¡Dios mío! Esto corresponde a la colección de Francisco Solana.

—Tendremos que ir a su vivienda.

Prácticamente sin despedirse, se dirigieron en su vehículo a la casa del otro empresario. Por el camino, Carles puso al día de las últimas novedades referidas a Guillermo. El republicano observó cómo la inquietud y la preocupación se manifestaban en el rostro, habitualmente inexpresivo, de su compañero. Hamed los dejó delante de la catedral. El resto del recorrido lo hicieron a pie. Cuando llegaron al palacete del especulador, la presencia de policías en la puerta les hizo comprender que algo inusual había pasado.

Una vez se identificaron, pasaron al interior del edificio. Un policía los acompañó de manera que llegaron a la sala donde los había recibido el empresario anteriormente. Allí había dos hombres interrogando a un criado. El que parecía gozar de un mayor grado de autoridad se aproximó. Era un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura y un poco ancho de cintura que se presentó como capitán Cortés. Tenía el pelo revuelto y canoso. Su rostro cuadrado se escondía tras un frondoso bigote gris. Sus ojos inquisidores

delataban astucia, pero su aspecto en conjunto era el de una persona cansada. «Posiblemente por exceso de trabajo —pensó Carles—, o porque se veía obligado a presenciar actos que no le agradaban».

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ernesto una vez presentados.

—Hemos recibido una llamada de alarma. El dueño de la vivienda, un rico empresario, ha sido asesinado esta noche.

—¿Podemos ver el cadáver?

El capitán afirmó con la cabeza y les hizo un gesto con la mano para que lo siguieran. El recorrido fue similar al que hicieron el día en que visitaron a Francisco Solana. Bajaron las escaleras que conducían al sótano. Pasaron por entre las obras que tanto apreciaba el finado. Algunas vitrinas estaban rotas mostrando espacios en blanco anteriormente ocupados por algunas joyas.

—Evidentemente, el motivo es el robo. Este hombre poseía una colección única.

Pasaron a la habitación donde el prohombre de Barcelona poseía su colección particular. Allí, en el suelo yacía el cadáver del dueño de la propiedad. Un limpio y profundo corte le había seccionado el cuello. Un rojo y oscuro charco de sangre formaba una abstracta figuración artística bajo el cuerpo bien vestido del empresario.

—Una muerte vulgar para un hombre tan importante.

—La muerte acaba siendo vulgar para todo el mundo. Nadie escapa a ella —sentenció el capitán atusándose el bigote.

—Lo curioso es que el ladrón no ha cogido algunos cuadros u otros objetos valiosos —comentó Ernesto.

—Probablemente no haya tenido tiempo o se viera sorprendido por algo. Sin embargo, sí tuvo tiempo de coger y

llevarse un álbum de fotos, según los criados.

Aquello sorprendió a los policías que se miraron intrigados.

—¿Por dónde entró? —preguntó Carles.

—Por una ventana. Había permanecido abierta. Los criados comentan que hace un año tuvieron otros intentos de robo.

—¿Y los criados no han oído nada? —preguntó Ernesto.

—Ellos duermen en otra ala de la vivienda. Además, si el asesinato tuvo lugar (como parece ser) en esta sala, se pudo dar el caso de que la puerta no estuviera abierta. Si fuera así, la sala queda herméticamente cerrada e insonorizada. Es normal que nadie haya oído nada.

Carles observó que de aquella sala no parecía faltar nada a excepción del libro formado por pergaminos que se hallaba delante de la capilla. Pero aquí no habían roto el cristal.

—Probablemente Jorge Deleune necesitaba dinero para escapar y decidió conseguirlo de manera rápida —comentó Ernesto.

Tras permanecer un rato allí, escuchando las confesiones de los criados que no parecían aportar información relevante, salieron de aquel lugar y se dirigieron a la calle Fernando. Bajaron por la Via Laietana. De repente, Marco soltó una exclamación:

—¡Allí! —dijo señalando a un hombre que caminaba tranquilamente—. Es Dídac, el amigo de Jorge Deleune.

Hamed frenó el coche y bajaron los tres policías. Cuando el sospechoso quiso darse cuenta ya tenía a tres hombres tras él. Decidió no ofrecer resistencia y entregarse pacíficamente.

—¡Marco!, ¿qué pasa? —exclamó.

—Creo que será mejor que venga con nosotros —le dijo Ernesto.

De nada le valieron las quejas. Fue llevado hasta el coche y, de allí, hasta el almacén que utilizaban como oficina. Carles y Ernesto se iban turnando en los interrogatorios. El hombre, realmente, parecía no saber nada más de lo que ellos sabían.

—Dime Dídac, ¿dónde trabajabas? —preguntó Carles.

—Hacía de vigilante en un almacén, pero eso era antes de la guerra.

—En efecto —comentó Marco—. Allí nos conocimos.

—¿Y cómo conociste a Jorge?

—Fue cuando trabajaba en una serrería…

—¿Trabajaste en una serrería?

—Sí. Estuve trabajando en una que había en el Poble Sec.

—¿Una que ardió?

Ahora todo el interés estaba centrado en el sospechoso. La situación parecía haber cambiado y el hombre lo había notado. Dídac afirmó con la cabeza.

—¿Me quieres explicar qué tuviste que ver con el incendio?

—¿Yo? ¡Nada! ¡Fue la aviación quien hizo volar el edificio!

—Tú sabes que allí hubo una pelea. ¡Y también muertos! —replicó Carles.

El hombre mantenía la cabeza gacha. Realmente parecían haber dado con algo.

—Creo que será mejor que lo cuentes todo —dijo Ernesto con severidad—, si no quieres acabar en la cárcel.

—¡Tú eras cómplice de Jorge Deleune! —añadió Carles —. Jorge ha muerto esta noche, pero ha asesinado a un individuo. Por lo tanto, tú serás acusado de asesinato.

—¿Yo? —dijo con los ojos desorbitados— ¡pero si hace tiempo que no veo a Jorge!

—Pues la solución se halla en explicarnos qué pasó en la serrería.

Ante aquella amenaza tan directa, finalmente Dídac se dispuso a hablar.

—Yo siempre he tenido problemas con el dinero, por eso trabajaba con Jorge en ratos que tenía libre.

—¿Y el trabajo en qué consistía? —preguntó Carles.

—A veces se trataba de seguir a alguien…

—O de sonsacarle —le dijo Marco recordando como Dídac se había aprovechado de su inocencia.

—Eso es —contestó avergonzado y con un hilo de voz el sospechoso.

—Y… ¿qué pasó?, ¿qué fue lo que pasó aquella noche? —exclamó Ernesto.

—Jorge me dijo que tenía que encontrarme con un sujeto, un tal Alex. Al parecer llevaba tiempo siguiendo a un amigo suyo, un italiano de nombre Litus. Aquel ya estaba cansado de esa historia y quería acabar de una vez por todas.

El republicano recordó que aquellos nombres eran los que había mencionado León Cortaza antes de morir. Probablemente allí había otra pieza que podría servir para dar formar al *puzzle*.

—¡Continúa! —le apremió Carles.

—Jorge me dijo que debía hacerme el encontradizo. Me gané su confianza. Realmente Alex lo estaba buscando. Pude explicarle que Jorge había traficado con obras de arte y que todavía lo hacía. Quedamos en que, a cambio de una cantidad, yo llevaría a Jorge al taller haciéndole creer que alguien quería contactar con él para vender una obra robada.

—¿Por qué quedasteis en la serrería?

—Porque yo trabajaba allí. Tenía las llaves para entrar.

—¡Entonces le tendisteis una trampa! —acusó Carles.

—¡Yo no estuve allá! Yo tan solo me limité a abrir el local y me fui.

—¿Y quiénes quedaron allá?

—Quedaron tres hombres: Soto, un mamporrero que había trabajado allí hacía años, Jorge Deleune y su amigo el italiano.

—¿Qué pasó luego? —Todos los oídos estaban atentos a la respuesta.

—Sé que hubo una pelea y luego una bomba cayó en el almacén que ardió casi en su totalidad. Al parecer hubo dos muertos, uno de ellos fue Soto.

—¿Quién era el otro cadáver?

—No lo sé. Aunque en cierta ocasión, cuando habló del asunto, mencionó algo…

—¿Qué mencionó? —preguntó Carles.

—Estaba extrañado, decía, porque había tres muertos, pero solo aparecieron dos cadáveres.

Carles recordó lo que le dijera Simón sobre Guillermo. El muchacho había podido llegar hasta la librería con heridas muy graves. Debía ser el tercer cadáver que esperaban.

—¿Hay algo más que debamos saber? —preguntó Ernesto.

El hombre dudó. El republicano lo percibió.

—Recuerda que la memoria te aligerará la cárcel.

—¡Hay otra cosa! —dijo con cierta rapidez.

—¡Explícate! —le urgió Ernesto.

—Debió de producirse un tiroteo —comentó Dídac.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se lo oí comentar a Jorge. Además, pude ver que su amigo italiano llevaba una mano vendada. Al parecer le habían pegado un tiro.

* * *

Carles admiraba el paisaje desde el vehículo. Hamed no podía evitar hacer su carrera particular. El republicano todavía tenía en su cabeza las imágenes de un Guillermo luchando y saliendo vivo de aquel infierno. Ernesto había querido continuar con el interrogatorio, pero ya veía que allí no sacarían nada más. Jorge Deleune había muerto y, con él, morirían muchos secretos. Aquel expolicía había encontrado a Helena, pero como decía Josep Santaló, también era probable que hubiese sido él quien la mató. De hecho, era el principal sospechoso de la muerte de Francisco Solana. Debía de haber estado preparando el terreno para desaparecer al verse acorralado.

Había recordado su conversación con Simón. Había sido bien extraña. Le había parecido que en su discurso había una cierta resignación. Le vino a la mente una imagen fugaz: la imagen de un monje…, de Samuel. Pensó que no habían vuelto a verle y que, probablemente, había llegado el momento de hacerle una visita. Se lo comentó a Ernesto y decidieron que Carles iría junto con Hamed. Su compañero consideraba más interesante seguir interrogando a Dídac.

Llegaron a la casa de Vallvidriera. Su aspecto no había variado. La dejadez que encontraran en su primera visita no había sido alterada. El republicano observó que la reja estaba entreabierta. Llamaron a la puerta y un hombre de baja estatura y vestido de forma sencilla les abrió. Tenía el pelo blanco y las arrugas se habían adueñado de su rostro. Tras ellas, unos ojos brillantes de color azul claro escrutaban a los recién llegados.

—¿Qué desean? —les preguntó.

—Somos policías —contestó Carles—. Queríamos hablar con Antonio y Samuel.

—Me temo que no es posible.

—¿No están?

—¡Pasen!, ¡pasen! —les dijo acompañando las palabras con la mano.

Una vez dentro, los acomodó en unas sillas, en el mismo lugar que se sentaran la única vez que vinieron.

—Entiendo que ustedes no saben nada.

—¿Nada de qué? —preguntó Carles.

—Antonio murió hace unos días.

—¡Dios mío!, ¿fue asesinado?

El hombre lo miró con cara de asombro.

—¡No! Murió en la cama. De hecho, creo que decidió morir. Nos dejó con una sonrisa.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que toda la vida estuvo buscando el perdón y al final lo consiguió.

—Parecía un hombre muy religioso.

—Los disgustos y dificultades que te presenta la vida te hacen adoptar posturas que nunca hubieras pensado anteriormente.

—En eso tiene razón, pero ahora… ¿Quién cuidará de Samuel?

—Samuel se ha marchado. Tenía que realizar su viaje. De hecho, fue quien acompañó hasta el final a su padre.

A Carles le costaba entender aquello que estaba oyendo.

—¿Antonio era padre de Samuel?

—En efecto —aquel hombre miraba un tanto asombrado a Carles—. ¿De verdad es usted policía?

—Sí, lo soy. Pero creo que debería usted explicarme la historia desde el principio.

—¿Quiere una taza de té?

—Creo que necesito un *whisky*.

—Lo siento. De eso no tenemos.

—Perdone. Olvidaba que esta casa es de la congregación.

—Bueno. Hasta ahora era la casa de Antonio. Nos la ha cedido, al igual que otras propiedades.

—Pero… ¿Antonio tenía propiedades? —Aquella discusión estaba aportando una serie de novedades que no dejaban de sorprender al policía.

—Veo que tendré que comenzar por el principio —dijo el hombre sorprendido por la ignorancia del policía—. Aunque ahora no lo pareciera, Antonio era uno de los hombres más ricos de Barcelona. Tenía muchas posesiones, básicamente gracias a herencias y a buenas inversiones. Tenía varias propiedades, llegando a construirse un palacete en la parte alta del Guinardó. ¡No se piense que cualquiera podía entrar allí! Grandes políticos, ricos comerciantes, etcétera. Su casa era un imán para esa gente. Entonces no era tan humilde como ahora. Recuerdo que era arrogante, pretencioso y cargado de orgullo.

—¿Qué fue lo que pasó para que cambiara tanto?

—Un día celebró una gran fiesta. A ella acudió lo mejor de Barcelona y provincias. Pero en esa fiesta sucedió una tragedia: su hija, Ana, una niña de unos ocho años, apareció ahogada en una balsa. Se culpó a su hermano, Diego, de no vigilarla. El caso es que aquel ambiente alegre, festivo y próspero cambió tras la muerte de la niña. La madre se fue cerrando en sí misma y cogió una depresión. Un día apareció muerta en la misma balsa en que se había ahogado su hija. Diego, el muchacho, acabó por largarse y su padre perdió la razón. Se volvió literalmente loco. Tuvo que estar ingresado una temporada en el Pere Mata, de Reus. Desde entonces cogió una depresión que, en cierta manera le duró toda la vida. Poco a poco, fue saliendo de aquel agujero. En aquellos días conoció nuestra orden y se abocó a ayudar a los demás.

Lo que había tenido de orgulloso, lo transformó en sencillez, su petulancia en humildad y entonces afloró un hombre estupendo, una persona maravillosa, con una gran base espiritual. Hasta que…

—¿Hasta qué…? —Carles y Hamed seguían la explicación asombrados ante aquella historia tan increíble.

—Hasta que volvió su hijo. Cuando lo vio se transformó. ¡Por fin había vuelto! Sus plegarias y oraciones habían tenido éxito. Ahora ya no se llamaba Diego. Había adquirido el nombre de Samuel. Aunque no vivían juntos, se veían a menudo. Samuel estaba escondido pues pertenecía a una orden religiosa y, en aquellos momentos, todo lo que era religioso corría un gran peligro.

El silencio se había instalado en aquella sala. La voz tranquila y pausada de Roberto, que así se llamaba el individuo, dominaba el ambiente. Los policías intentaban no perder ni un detalle de aquella explicación que añadía, si cabe, más complejidad a la investigación.

—Pero un día aquello se torció. Hablamos de enero del año anterior. Samuel dejó de venir. Antonio pareció volverse loco.

Todo lo que había ganado hasta entonces pareció perderlo. Se dedicó a recorrer todos los lugares donde podía estar su hijo hasta que lo encontró.

—En el Clínic —comentó Carles.

—¡En efecto! En el Clínic. Pudo sacarlo del hospital y desde entonces, abocó toda su energía en que su hijo se recuperara.

—Pero su hijo no se recuperó del todo.

Roberto sonrió.

—Supongo que lo dice por el arameo.

—¡Efectivamente!

—Al principio sorprendió hablando en arameo. Al parecer de dónde venía se expresaba en ese idioma. Pronto descubrieron que si fingía no recordar les resultaba más fácil evitar visitas que pudiesen ser desagradables.

—O sea…, que entendía nuestro idioma.

—Me temo que sí. Entonces fue cuando su padre enfermó y Samuel se dedicó a cuidar de él. Yo venía algunas veces, pero creo que Antonio nunca había sido tan feliz. Hace tres días que murió. Su hijo pudo acompañarle y asistirle en sus últimos momentos. Recuerdo que Antonio no cesaba de pedirle perdón. Samuel le dijo que él lo perdonaba, pero…

—¿Pero qué?

—Pero creo que Samuel arrastraba una pena dentro de sí. Creo que él no se podía perdonar.

—¿Y qué hizo?

—Cuando enterraron a su padre, se fue. Dijo que tenía algo que hacer.

—¿No dijo el qué?

—No. No lo dijo. Pero dijo que ya no podía retrasarlo más. Se marchó y ya no lo he vuelto a ver.

* * *

El camino de vuelta a la ciudad se hizo a una velocidad más prudente. Aquella triste y dramática historia había servido para que incluso Hamed moderara la velocidad. Carles pensó que debía de estar inmerso en sus pensamientos. Antonio y Samuel eran padre e hijo. Samuel los había engañado mostrando una total incompetencia con el idioma, pero por los hechos comentados, gozaba de un gran corazón.

Dolors le había confiado un mensaje que a la postre había recibido, pero no de la manera esperada. Alguien golpeó a Samuel la noche que se encontraron en Belibaste. ¡Cómo le hubiera gustado asistir a los hechos de aquella desgraciada noche en que murieron tres jóvenes, un monje quedó en coma y tres personas desaparecieron!

Apenas se había dado cuenta del viaje cuando ya estaban aparcando el coche en el almacén. Entró al despacho por la puerta lateral y allí se hallaban Ernesto y Marco intentando hablar con una señora que, al parecer, estaba muy nerviosa. No había ni rastro de Dídac.

—¡Buenas tardes! —dijo el republicano viendo que no se habían percatado de su entrada.

—¡Ah! —dijo la mujer mirándole esperanzada. Su rostro era un mar de lágrimas—. ¡Aquí está!

—¡Señora! —le contestó Carles—. ¡Tranquilícese!

—Eso intentamos —le dijo Ernesto—. Solo sabemos que ha preguntado por ti.

—Usted me dijo que si necesitaba alguna cosa… —le dijo sacando un pañuelo del bolsillo para enjuagarse las lágrimas.

—¿Yo? —Carles la observó fijamente y creyó reconocerla —. ¿Nos conocemos?

—Soy la vecina de Lena. Usted vino a mi casa. Le he llamado, pero no contesta.

—¿Me ha llamado?

—Recuerda —apuntó Marco— que te dije que había llamado una señora llamada Berta Manyé.

El recuerdo de una mujer, al borde de las lágrimas y rodeada de unos niños asaltó su mente.

—¡Ahora lo recuerdo! ¡Siéntese por favor!

Entre sollozos, la mujer se sentó en una silla que le habían acercado.

—Mi marido…

—¿Qué le pasa a su marido? —preguntó Carles que se había convertido en un interlocutor válido.

—Está en la cárcel. Pensé que podría ayudarme.

—Pero señora —le dijo Ernesto más formal—, si ha cometido un delito…

—Usted preguntó por Guillermo.

Ahora todos los rostros prestaron atención.

—¡Hable! —apremió Carles.

—Aquella noche vino Lena golpeando la puerta…

CARRERA BAJO LAS BOMBAS

Enero, 1939

—Está muy grave. No sé si vivirá.

—Pues aquí no puede quedarse ¡Tiene que irse ya! —contestó Simón.

—Pero…, el viaje puede matarlo.

Dolors observó a Guillermo. Desde la noche anterior, Lena no se había apartado de él. La gravedad de las heridas del muchacho desaconsejaba un traslado. Mantenía la discusión con Simón en la habitación interior de la librería. Gabriel y Ernest permanecían vigilantes en el local. Como prometiera el día anterior, Dolors había vuelto. Cuando llegó a casa la noche anterior, vio que Anna permanecía todavía despierta. Habían estado hablando de la situación del momento y de que tendrían que tomar decisiones. Su suegra le había comentado que tenía la sensación de que estaban siendo vigiladas. Las tropas nacionales se aproximaban y algunos individuos comenzaban a salir de sus madrigueras y a planear unas represalias que llevaban tiempo esperando.

—¡Deberíamos irnos! —Por fin Anna lo había dejado caer.

—Les dije que volvería para ver si el muchacho estaba mejor.

—¡Dolors! ¡Olvídate del muchacho y pensemos en salvarnos! Deberíamos abandonar la ciudad. ¡Mucha gente lo está haciendo!

Fue entonces cuando Dolors miró a los ojos a Anna y le dijo:

—No puedo dejarle. Guillermo salvó a Carles de la checa. ¡Él lo sacó!

Anna se quedó sin palabras. Ahora entendía algunas cosas. Le había resultado extraño que su hijo pudiera salir con vida de una de aquellas prisiones anarquistas, sobre todo si, tras el hecho, se hallaban individuos con ganas de venganza. Ahora entendía la firmeza y decisión de Dolors. Le cogió la mano con fuerza.

—¡Solo una noche más!

—Solo una noche más y nos vamos —le dijo Dolors.

Quedaron en que, si había alguien vigilándolos, no debían despertar sospechas. Para ello deberían aparentar normalidad en sus actividades diarias. Anna llevaría la maleta con todos los recuerdos a la tienda de doña Engracia durante el día y Dolors seguiría trabajando en el dispensario como hacía de manera habitual. A veces, a la joven, le venían los mareos, pero en seguida se le pasaban. Aquella noche se había despedido de Anna con un abrazo: ambas eran conscientes de la gravedad de aquellos momentos. Había cogió el abrigo verde que le regalara Carles y había notado que en uno de sus bolsillos tenía la Biblia del abuelo Joan. El mero hecho de saberla allí le dio una mayor seguridad.

—¡Un hombre nos ha seguido!

Era Teresa quien había dado la voz de alarma, interrumpiendo sus pensamientos. Rápidamente apagaron las luces y se pusieron alertas. En el interior de la librería se podía ver en la penumbra gracias al reflejo de algunas luces

exteriores.

—¿Estás segura Teresa?

—Lo he visto y lo he notado. He notado su maldad y su intención.

—¿Quién puede ser? A lo mejor nos está buscando.

—A nosotros no —dijo la sobrina de Simón—. ¡La busca a ella!

Todas las miradas se dirigieron hacia Dolors que estaba siendo señalada por Teresa. Ahora ella entendió las sensaciones de Anna. El hecho de pensar que alguien la iba siguiendo la agobió. Notó una gran opresión en el pecho que parecía subirle hacia su cabeza. Sintió una angustia y un ahogo que la mareaba. Todo bailaba a su alrededor. Finalmente, perdió el conocimiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Se ha mareado. ¿Se encuentra bien?

Dolors notó que yacía estirada en el suelo. La habían acomodado junto a Guillermo.

—Es que…, estoy embarazada.

Lena la miró con sorpresa. Pero para Simón, aquella situación había generado un problema que debía resolver. Samuel debía de estar a punto de llegar con el camión de Mauri. De hecho, se estaba retrasando. Aquella complicada situación comprometía toda su misión.

—Creo que tendrá que irse.

—¡No puedes dejarla marchar así! —dijo Teresa.

—¿Y qué propones? Hay un individuo siguiéndola. ¡Debemos alejarlo de aquí!

—¡Yo lo alejaré! —propuso la muchacha.

—¡Puede ser peligroso! —los comentarios los hacían en voz baja para evitar ser oídos en la calle.

—No, si me acompañan Gabriel y Ernest.

Después de valorar la situación, Teresa se cambió el abrigo con Dolors y salió del local, seguida por los dos muchachos. No parecía haber nadie en la calle por lo que decidieron alejarse hacia la zona del puerto. Nadie era consciente en aquel momento de que esa sería la última vez que los vieran con vida.

Dolors se fue recuperando lentamente. Al poco rato llamaron a la puerta. Simón abrió tras comprobar que eran Samuel y Mauri.

—¡Os habéis retrasado! —les espetó Simón.

—El camión se había estropeado. Hemos venido con el de Adrià, un compañero —dijo Mauri, justificando la tardanza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Samuel—. Pensaba que estarían los demás.

Simón les explicó las novedades mientras Dolors atendía a Guillermo que mostraba signos evidentes de fiebre.

—¡Tendrá que marchar de aquí! —dijo Simón.

—No podemos. ¡Está muy grave! —comentó Dolors.

—Podría venir con nosotros —le dijo Lena—. Así podría atenderlo. Al menos hasta llegar a casa. Después podría volver con Mauri.

Dolors estaba indecisa. Al hecho de que no se encontraba en la mejor de las situaciones, se añadía la promesa que le había hecho a Anna. Ella no sabía que partiría de viaje y se preocuparía. Por otro lado, se lo debía a Guillermo. Gracias a él Carles seguía con vida, o al menos eso creía.

—¡Bien! —dijo ella—. Os acompañaré, pero debo enviar un mensaje a Anna o Carles. Sobre todo, si alguien nos va siguiendo.

—No te preocupes —le dijo Samuel—. Yo llevaré el mensaje.

Y allí, con trazos rápidos y acelerados, Dolors escribiría

una nota que Carles tardaría un año en recibir. En ella relataba los peligros que los acechaban y planteaba un corto viaje. Una vez escrita, Samuel se la guardó entre la ropa y, tras recibir las indicaciones necesarias para llevarla a su destino, salió en la oscuridad de la noche.

Con ayuda de Lena, limpiaron las heridas del muchacho con sumo cuidado. A continuación, procedieron a hacer las curas necesarias y cambiar las vendas. Pasó cerca de una hora. El nerviosismo de Simón era evidente y los urgía a marchar.

—Enseguida estaremos y nos iremos.

En aquel momento tuvo lugar una gran sacudida, seguida de un gran estruendo. Los fascistas volvían a bombardear Barcelona, especialmente la zona del puerto.

—¡Dios mío! Otra vez los aviones —exclamó Simón.

—¡Hemos de marchar ya! —exclamó Mauri—. Antes de que Adrià decida alejarse.

Entre los dos hombres cargaron con el cuerpo de Guillermo que estaba totalmente inconsciente y lo llevaron hasta el camión de Adrià que permanecía en la calle de atrás. Pudieron acomodarlo sobre unas mantas. Dolors y Lena se situaron junto al muchacho. Se despidieron de Simón.

—¡Vámonos! —les dijo Mauri.

* * *

Litus había decidido salir de la vivienda. Había comprobado las ventanas: estaban bien cerradas. No sabía si alguien se había dejado una abierta o si ello respondía a una gran habilidad por parte del ladrón. Él se había encargado de la protección del palacete de Francisco Solana y, la verdad,

poco le había faltado para atrapar al delincuente hacía apenas un par de días.

Una quemazón en la mano le recordó el dolor que había sentido cuando Alex le había disparado. Afortunadamente, aquel molesto enemigo ya no le importunaría más. Sin embargo, Jorge le había hecho llegar un mensaje: al parecer tan solo se habían descubierto dos cadáveres y tenía que haber tres.

Ignoraba si Guillermo se había salvado finalmente. Aquel muchacho parecía tener siete vidas y todas ellas en perfecto estado de conservación. Aquella tarde, Jorge le había hecho llegar un mensaje. Habían quedado para analizar la situación del momento.

De repente, se apretó contra la pared permaneciendo oculto en las sombras. A pocos metros de él pasaba el individuo al que había perseguido hacía apenas un par de noches. Lo reconoció sin ninguna duda. Seguramente fue su manera de caminar, pero también había contribuido a ello su vestimenta y su aspecto de ermitaño. Pensó que el destino le ponía a tiro una segunda oportunidad. Sacó su pistola y la cogió por el cañón. Golpeó con fuerza al sujeto en el cráneo. El hombre perdió el equilibrio y cayó al suelo. Le golpeó un par de veces más y le dio unas fuertes patadas en el cuerpo. Pensó que ya tenía suficiente. Tenía una cita importante y no pensaba retrasarla. Ignoraba si estaba muerto, pero eso no le creó ninguna inquietud. Desapareció entre las sombras dejando tras de sí los restos inermes de su siniestra actuación.

* * *

El hombre caminaba con paso decidido hacia el local. Sabía que en aquel lugar había entrado la mujer y era probable que allí estuviera todavía. De nada había servido matar a tres personas. Ninguna de ellas era aquella que buscaba. Se había reído de él y pagaría por ello un alto precio. Hasta el momento nadie había escapado al filo de su estilete, y no permitiría que ella fuese la primera.

Llegó hasta la puerta de la librería y escrutó el interior. Percibió sudor y miedo, pero no notó su olor. Dolors ya no estaba allí: había marchado. Ignoraba cual había sido su plan. Era evidente que lo habían engañado, pero eso les costaría caro, muy caro.

Era probable que ella hubiera acompañado al muchacho, pero antes o después volvería con su suegra. Llevaba días acechando y sabía que se podía encontrar en su piso. Sin embargo, con el bombardeo se habría dirigido al refugio más cercano a su casa, como hicieron el día anterior. Aquel era el sitio más probable donde se podía encontrar la madre de Carles. Decidió que comenzaría por ella.

Su paso era bastante rápido. La cacería le excitaba y ya comenzaba a notar el olor de la sangre que se derramaría. Como un perro cazador se dirigía hacia su objetivo. Solo el hecho de pensar que comenzaría a cobrarse su venganza ya le producía una perversa satisfacción.

* * *

El camión deambulaba con las luces apagadas por las callejas del Barrio Gótico. La noche se iluminaba con las explosiones de las bombas que caían sobre el puerto y

alrededores. Estaban demasiado cerca como para pensar que estaban fuera de peligro. Dolors pensó que pronto estarían fuera de la ciudad en una zonas menos atacada, pero al mismo tiempo recordó a Anna: «¿qué estaría haciendo en aquel momento?». Seguramente habría bajado al refugio y estaría pensando en ella, en el peligro que ambas sabían que corría. Una sensación de pánico comenzó a atenazarla. Si se separaban, ¿quién sabe si se volverían a encontrar? Las tropas franquistas estaban a las puertas de la ciudad y aquellos fuegos artificiales no eran otra cosa que la antesala de su llegada. No sabía nada de Carles y no estaba dispuesta a abandonar a Anna.

—¡Esperad! —les gritó a los conductores cuando avistaron la Vía Laietana—. ¡Tirad por esa calle!

Les había señalado la calle Princesa. El conductor, sorprendido, no tuvo tiempo de poner impedimentos y casi de forma automática, fue por donde indicaba la enfermera. Les hizo parar cuando llegaron a la altura de la calle Monteada. Ignorando sus protestas les dijo:

—¡Esperad un momento!

—¡Solo estaremos un minuto! —se quejó Adrià—. Quedarse aquí es peligroso.

—Tan solo estaré un instante —dijo Dolors mientras bajaba del camión.

Corrió hacia el refugio antiaéreo. Era lo que habían acordado en caso de bombardeo. En aquellos instantes, los segundos también contaban. Bajó hacia el interior del refugio. Se escuchaban los murmullos de la multitud. Había bastante gente. Era lógico si se tenía en cuenta los resultados devastadores de los ataques aéreos. Ya eran demasiados los muertos por el terror que venía desde el aire. Los aviones no reparaban en el lugar donde dejaban caer su carga mortífera.

Los refugios habían proliferado en Barcelona durante la guerra. Los ciudadanos, conscientes de que en ello les iba la vida, se habían hecho responsables de su seguridad.

Dolors no veía bien a la gente. Pronunciaba el nombre de Anna sin levantar mucho la voz, pero nadie respondía a su llamada. A medida que avanzaba, la preocupación la iba dominando. Cada vez alzaba más el volumen. La gente se iba apartando a su paso pues notaban su angustia.

—¡Anna! —Como un lamento, su llamada desesperada resonó en aquel espacio.

—¡Dolors!

Pudo ver a una mujer que se acercaba a ella. Anna le puso la mano en la cara en señal de reconocimiento y ambas mujeres se abrazaron en la oscuridad del refugio.

—¡Tenemos que irnos!, ¡rápido!

—Pero… ¡Están bombardeando!

—No hay tiempo que perder. ¡Aquí corremos peligro!

Persuadida y preocupada por el tono de su nuera, ambas mujeres comenzaron a caminar rápidamente hacia la salida del refugio haciendo caso omiso de algunos usuarios que presagiaban un peligro mayor si salían.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Anna.

—Ya te lo explicaré.

Cuando estuvieron fuera, Dolors le indicó hacia donde tenían que ir. Al final de la calle se apreciaba la parte trasera del camión, a unos cincuenta metros. Las bombas seguían cayendo sobre el puerto, provocando una sensación catastrófica. Anna se giró y lo que vio le hizo estremecer: pudo observar los contraluces producidos por los estallidos de las bombas que otorgaban al paisaje un aspecto espectral. Pero no fue eso lo que la aterrorizó, sino el individuo que se dirigía hacia ellas. Apenas fue unas décimas de segundo, en un

momento en que la luz, fruto de una explosión, había desbordado la oscuridad de la noche.

Pero supo que era él.

Supo que se trataba del hombre que las había estado vigilando los días anteriores: un individuo de estatura media, más bien robusto, ataviado con un abrigo, unos pantalones oscuros y unas botas. Su rostro quedaba oculto por la sombra de su sombrero. Pero, sobre todo, fue el aura de maldad que parecía envolverlo lo que le hizo reconocer en él a su siniestro perseguidor. Creyó ver en una de sus manos un puñal.

—¡Corre! —dijo Anna—. ¡Nos persiguen!

Dolors se giró un instante y pudo ver al perseguidor. Comprendió que Teresa y los muchachos no habían podido engañarlo. A pesar de la distancia le pareció observar un brillo salvaje en su mirada, como el de un felino que se lanza tras la presa. Las dos mujeres corrieron desesperadas. Como faro de orientación tenían la parte trasera del camión, que todavía permanecía en ralentí.

—¡Dios mío!, que no se vaya —pensó Dolors.

Entonces Dolors resbaló y cayó. Anna corrió a levantarla. No había tiempo para lamentos. El hombre estaba a menos de cien metros.

—¡Vamos!, ¡corre! —le dijo Anna.

Corrieron desesperadamente. Llegaron hasta el camión y Anna ayudó a Dolors a subir a la parte trasera. Lena se sorprendió de ver que estaban tan nerviosas.

—¡Rápido! ¡En marcha!

Adrià había visto como llegaban las mujeres e intuyendo algún peligro comenzó a mover el camión. Dolors sujetaba a Anna del brazo, pero no tenía la fuerza suficiente para subirla. Lena la cogió del otro brazo.

—¡Arriba!

Hicieron un esfuerzo entre las dos mujeres, pero todavía Anna tenía los pies colgando. Apenas podían entre ellas subir a la suegra de Dolors. Las mujeres observaron con horror que un hombre encolerizado y armado venía corriendo… Y estaba a menos de veinte metros del vehículo.

Viendo la dificultad y el peligro, Mauri pasó a la parte trasera del camión por su interior y ayudó a subir a Anna. Observó asombrado a aquel extraño sujeto que corría como un salvaje. No dudó de que si, finalmente conseguía subir al camión, acabaría con todos ellos.

—¡Acelera! —gritó Maud.

El vehículo aceleró y dejaron atrás el peligro. La imagen de un salvaje corriendo desesperado sería algo que les costaría mucho tiempo olvidar. Tanto Dolors como Anna, eran conscientes de lo cerca que habían estado de la muerte. La estela del camión se perdió entre aquellas calles con la intención de abandonar la ciudad. Tras él, como si de unos fuegos artificiales se tratara, las bombas caían con tenaz insistencia, dejando un devastador rastro de destrucción y un paisaje desolador y desesperanzado.

EL CAMINO DE LAS PESADILLAS

Julio, 1940

A veces iría parte de verlo en sueños.

—¿Qué impresión le dio?

—La de un loco. Parecía completamente fuera de sí y corría con todas sus fuerzas. Creo que si hubiese llegado hasta el camión nos hubiera aniquilado a todos.

—¿Pudo ver si le faltaba un ojo? —quiso saber Carles.

—No. Aunque estaba a una cierta distancia, sus ojos parecían brillar. Tenía una mirada demencial, cómo la de un fanático.

Mauri descansó para coger fuerzas. Era del todo necesario. Las palizas que había recibido en la comisaría de la Vía Laietana por parte de la policía le habían dejado secuelas reconocibles: toda su cara era un mapa de los golpes recibidos. Le había costado sentarse pues el castigo había sido considerable. Los cardenales y contusiones estaban a la vista de todos y mostraba la dramática realidad de los perdedores.

Tras descubrir que Berta Manyé era la mujer de Mauri, uno de los dos hombres que acompañaron a Guillermo en su último viaje conocido, se apresuraron a sacar a su marido de la comisaría, que era donde estaba siendo «interrogado» por

supuestos delitos relacionados con su pasado republicano. «El mundo al revés», pensaba Carles. Aquellos que habían realizado un golpe de Estado y se habían rebelado contra el gobierno legal de la República, acusaban a los perdedores de aquella guerra de unos delitos que solo los ganadores del conflicto habían realizado.

El comandante Bustos no había tenido inconveniente en firmar una orden que dejaría en libertad al sospechoso. El nerviosismo de Ernesto y, sobre todo, el convencimiento de que estaban a punto de descubrir a otro testigo importante del caso le persuadieron rápidamente. Momentos más tarde, y con la orden en la mano, entraban en la comisaría exigiendo la libertad del prisionero. De nada les valió a los policías las excusas que expusieron en un intento vano de no dejar salir a aquel sospechoso hasta que su aspecto fuera más reconocible. La impresión que recibieron al ver el aspecto de Mauri fue preocupante. Berta, angustiada, se echó a los brazos de su marido llorando. Él apenas era consciente de su situación. Solo sabía que, por algún capricho del destino, la fortuna le había sonreído esta vez.

—¡Déjenme llevarlo a casa! —dijo Berta.

—Creo que necesita que lo visite un médico —comentó Ernesto.

Carles realizó un par de llamadas y después de una breve conversación les dijo:

—¡Iremos en el coche! Lo llevaremos al Clínic. Tengo un amigo que lo atenderá.

A pesar de las ganas que tenían todos de interrogar al testigo, eran conscientes de que requería atención médica urgente. Tenía un brazo roto. Las muecas y gemidos que realizaba cuando hacía algún movimiento, fruto de los golpes recibidos, evidenciaban la frágil situación de Mauri.

Tras varias horas en las que se atendió al anarquista, finalmente pudieron entrar en la habitación individual en que se encontraba, un lujo que respondía a la necesidad de proteger e interrogar al testigo. Su mujer no lo había abandonado en ningún momento. Ya amanecía cuando pudieron realizar el interrogatorio, al cual se prestó gustosamente el paciente, sobre todo cuando supo de la intención del mismo.

Asistieron, como mudos y aterrorizados espectadores a los momentos en que Dolors y Anna eran perseguidos por un lunático armado con un cuchillo. El final feliz de la escena pareció tranquilizar a los policías.

—¿Y Guillermo? —preguntó Ernesto— ¿cómo estaba?

—Estaba muy mal. Tenía fiebre y deliraba. Dolors le ponía paños húmedos en la frente. Decía que no sabía si viviría.

—¿Y qué hicieron?

—Pudimos ir con el camión hasta las afueras de Mura, un pueblo cerca de Manresa. En un lugar concreto que nos indicó Lena, paramos el camión. Ella fue a buscar ayuda. Al rato apareció un hombre bastante grande y fuerte que cogió al muchacho y se fueron por un camino.

—¿Usted no los acompañó?

—No. Comencé a ir con ellos, pero al poco rato el gigante me dijo que no hacía falta que los acompañara, que sería mejor que volviera a Barcelona.

—¿Y Dolors y Anna?

—Se fueron todos juntos.

—¿No dijeron nada?

—Ellas habían comentado en el camión que irían a Muntanyola. Creo que allí tenían un familiar.

Aquella afirmación dejó preocupado a Carles pues Dolors

y Anna no habían llegado a Muntanyola. Se habían salvado en Barcelona, pero ello no indicaba que hubieran evadido otros peligros.

—¿Los volviste a ver?

—No. A los pocos días entraron las tropas en Barcelona y no volví a pensar en ello. Tuve otros problemas, como el hecho de sobrevivir.

—Lo entiendo —dijo Carles—. ¿Y el otro conductor?

—¿Adrià? No lo volví a ver.

—¿Podría saber algo más?

—No. No sabía más que yo. Y… Si lo hubiera sabido, ya no podría contarlo.

—¿Y eso?

—Me dijeron que había muerto. No muy lejos de donde llevamos a aquel grupo. Apareció muerto en su camión. Le habían cortado la garganta. Probablemente fui una de las últimas personas en verle con vida.

—Pero… ¿No habían vuelto a Barcelona? —preguntó Ernesto.

—En efecto —continuó Mauri—, habíamos vuelto a Barcelona. Por eso me extrañó cuando me dijeron que, al día siguiente, había muerto asesinado en su camión. Ignoro si se topó con una patrulla de nacionales.

—¿Podría haber sido asesinado por el individuo del cual huyeron? —preguntó Carles—. Pero…, si fuera así, le hubiera buscado a usted por llevar el camión.

—¡No! Ese día fuimos en el camión de Adrià porque el mío se había estropeado. La verdad es que tenía un camión muy característico. Estaba pintado con consignas y dibujos.

Carles y Ernesto callaron. Eran conscientes de que el asesino del estilete debía de haber preguntado por el camión y, a la vuelta del viaje, Adrià ya lo debía de tener esperando en su

casa.

—¿Dónde encontraron el camión?

—Me dijeron que a la salida de Monistrol de Calders.

—¿Dónde cae eso? —preguntó Ernesto.

—Entre Mura y Collsuspina, el pueblo anterior a Muntanyola.

—¿Quieres decir que…?

—El asesino las iba siguiendo. —Carles cerró los ojos temiendo por la situación de las mujeres.

—¿Sabría conducirnos hasta el lugar donde dejó al grupo? —preguntó Ernesto.

Poco después, el Fiat Hispania 514 se alejaba de la ciudad y enfilaba la carretera hacia Sabadell y Terrassa. Dentro iban cinco personas, entre ellos, Mauri y su mujer. El herido estaba más tranquilo gracias a los sedantes que le habían administrado. Su mujer no había querido separarse de él y, aunque le habían prometido devolvérselo ese mismo día, no debía de tener la suficiente confianza en aquella promesa. El silencio dominaba el habitáculo. Cada uno de los ocupantes del vehículo se hallaba sumido en sus propios pensamientos.

A media mañana, después de algunas confusiones y de dar vueltas por la zona, Mauri consiguió llevarlos al sitio exacto donde dejara, ahora hacía un año, a aquel angustiado y preocupado grupo. Bajaron del vehículo y se acercó a unos árboles.

—¡Aquí es! Seguimos por este sendero me parece. Era de noche y no se veía apenas nada.

Hamed se quedó junto al coche. El resto caminó por el sendero. El camino se dividió: una parte iba junto al río mientras la otra se adentraba en el bosque.

—La verdad es que no recuerdo. Creo que tiramos hacia allá.

Dijo señalando el sendero que se alejaba del río. Al cabo de un rato, una muralla de piedra y vegetación impedían el paso.

—Al parecer. Este camino se acaba aquí —dijo Carles un tanto desesperanzado.

—¡Lo siento! —dijo Mauri—. Realmente creí que era por aquí, pero… ¡Era de noche!

El anarquista parecía realmente apenado. Se sentó sobre una roca. Carles observó que parecía estar muy cansado.

—Será mejor que vuelvan al coche. Ernesto *y yo* acabaremos de mirar por aquí.

Una vez que quedaron a solas, los dos policías comenzaron a desandar el camino. Ernesto parecía sumamente nervioso. Se aproximaba y se alejaba de la espesa vegetación, como si buscara un espacio inexistente.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Carles.

—Este camino, este paisaje… Yo he estado aquí.

—¿Qué quieres decir?

—En mis sueños. Yo lo he visto. Sé que está aquí cerca, pero tengo que encontrar el inicio.

—¿El inicio?

—Sí. Había un lugar en que el camino parecía cerrarse y se adentraba en la oscuridad del bosque para seguir después junto al precipicio del río.

—Creo que tendremos que volver hasta el coche.

De repente, Ernesto paró en seco.

—¡Espera!

—¿Qué ocurre? —preguntó Carles extrañado.

—Este claro. Estaba muy cerca de aquí.

—Aquí solo se ve el camino de vuelta.

—Ernesto dio una vuelta sobre sí mismo. Parecía olfatear el ambiente, como si unas partículas invisibles le pudieran

guiar en el sentido de su búsqueda. De repente pareció haber localizado algo y se dirigió con rapidez hacia una parte del claro tapada por una vegetación muy frondosa. Acercó la mano con cuidado y apartó la maleza. Ante su sorpresa, descubrieron un pequeño y estrecho sendero.

—¿Qué diablos? —exclamó Carles—, ¿qué significa esto?

—Este camino debe de estar muy poco transitado —contestó Ernesto—, y esta vegetación lo ha ocultado prácticamente.

Siguieron la estrecha vía ante unos muros constituidos por vegetación agreste y silvestre. El camino cada vez se estrechaba más hasta llegar al punto de que apenas podía pasar una persona sola. Era una hendidura que atravesaba la vegetación, cada vez más frondosa. Pronto, aquella vegetación llegó a ocultar los rayos del sol, pero nada parecía frenar a Ernesto que ahora, con cierto desespero, avanzaba por aquel paisaje que había visionado en sus sueños. Carles tuvo que acelerar al ver que su compañero parecía empujado por una extraña fuerza interior. Poco a poco, el camino se fue ensanchando y el sol reapareció por encima de él.

Al cabo de un rato pararon unos momentos para recuperar el aliento ya que el sendero subía en pendiente.

—¿Es este el camino que soñaste?

—Sí, el de mis pesadillas. Lo peor puede ser lo que nos espere allá arriba.

Carles asintió pues Ernesto ya le había explicado el final de aquellas recurrentes pesadillas. Le puso una mano en el hombro en señal de ánimo, pero sobre todo de solidaridad. El republicano pensó que al final, tras la ideología, las creencias y otros presupuestos y prejuicios, tan solo quedaba el hombre ante sus miedos, que eran compartidos y fácilmente comprendidos por otro ser humano.

A medida que ascendían, un ruido comenzó a dominar el entorno. Carles supuso que se aproximaban al río. La vegetación de su derecha fue desapareciendo mostrando el borde de un precipicio. Desde allí tenían una vista espectacular al conjunto de montañas próximas al pueblo. Ernesto seguía el camino como si fuera un autómata. La pista se adentró de nuevo en la maleza. El republicano no podía menos que acelerar para intentar llegar a su altura. Pronto atisbaron un amplio espacio: una gran explanada donde una vieja masía se hallaba rodeada de pinos y encinas. Aquello parecía un extraño paisaje de cuento fantástico: un lugar de difícil localización, pero en un maravilloso entorno. Sin embargo, el de Valladolid se dirigió, sin pensarlo ni un solo instante, hacia el precipicio donde un viejo roble extendía su sombra a una cruz de madera, como si quisiera protegerla de la canícula.

Carles iba tras sus pasos. Observó que el ritmo de Ernesto se desaceleraba, como si temiera que las respuestas a sus preguntas se hallaran resumidas en aquel trozo de madera. El nacional se paró ante la cruz y se arrodilló ante ella, en una imagen que recordó a Carles el momento en que descubriera la tumba de Helena.

¡Tarde!, ¡demasiado tarde! —murmuraba.

Carles se acercó y pudo ver un nombre escrito en la cruz, el nombre que su compañero tanto había temido descubrir:

GUILLERMO SANTALÓ
(1921 - 1939).

EL REENCUENTRO

Julio, 1940

Ferrer lloraba lo había de manera silenciosa, pero con todo el sentimiento posible. Era consciente de que no solo había perdido a la persona a quien más había querido sino también a su hijo. Se había obcecado en encontrar a Guillermo. Para él, la empresa representaba la constatación de una cierta redención. Todas sus frustraciones y desengaños los habría dado por buenos si lo hubiera encontrado con vida. A lo largo de estos meses había llegado a pensar que Helena le enviaba mensajes en sueños indicando el lugar donde se encontraba.

Y realmente lo había encontrado.

El hecho de descubrir que su hijo no había podido sobrevivir le dejaba un vacío difícil de llenar. Su vida parecía no tener ningún sentido. Cogió un puñado de tierra con la mano y lo dejó caer sobre el terreno. Era un acto cargado de simbolismo, pero también de frustración.

Carles asistía emocionado al duelo de su compañero. Él también había creído que tenían alguna oportunidad de encontrar con vida al muchacho. Además de desear encontrar con vida a quien había sido su salvador, había llegado a pensar que Guillermo sería la llave que le llevara hasta Dolors. En

aquel momento tuvo una sensación extraña, como la de estar siendo observados. Se giró hacia la masía y observó una joven pareja que sostenía una niña en brazos.

Y el chico era pelirrojo.

A pesar de la distancia lo reconoció. De hecho, los reconoció a los dos: parecían más delgados y observaban de manera prudente, pero no exenta de desconfianza, a los dos extraños que se habían introducido en su mundo. Carles presionó el hombro de Ernesto que permanecía arrodillado y ensimismado. Su compañero pareció despertar de un profundo sueño.

—¿Qué? ¿Cómo? —acertó a exclamar.

—Allí Ernesto. En la casa.

Ernesto se levantó. Todavía no acababa de comprender del todo lo que le quería decir su compañero, pero no dudó en seguirle. El republicano se dirigía con paso decidido hacia aquella joven pareja. A medida que se aproximaba leyó el reconocimiento en la mirada de los muchachos. Se paró a un par de metros de ellos.

—No pude darte las gracias por salvarme la vida.

El muchacho afirmó con la cabeza. Pero no dejaba de mirar al otro individuo, aquel que parecía desbordado por las emociones.

—Guillermo —continuó Carles—, te presento a…, tu padre.

Ernesto fue presa de las emociones. Había reconocido a su hijo. En sus rasgos se apreciaba la huella dejada por su amada Helena. Las lágrimas resbalaban por su mejilla de manera incontrolada. Después de haber imaginado tantas veces aquel encuentro, en aquellos momentos se encontraba fuertemente conmocionado y con serias dificultades para mantener una conversación coherente.

—Guillermo… Yo… No lo sabía. No sabía… La busqué. Te juro que la busqué, pero…, no.

Ernesto se llevó la mano a la boca, incapaz de continuar hablando. Las lágrimas afloraron en los ojos de su hijo. Lena miraba la escena con la emoción contenida.

—Perdóname…, Guillermo. Perdóname…

Y entonces se abrazaron. Fue un abrazo marcado por una ausencia. Aquel dolor mutuo los aproximó. El muchacho sabía que aquella culpa no le correspondía a su padre. De hecho, Helena ya se lo había dicho: al parecer debía ser cosa del destino. De repente la niña comenzó a llorar. Guillermo la cogió de brazos de Lena y se la mostró a su padre.

—Te presento a tu nieta.

Ernesto la cogió entre sus brazos con una dulzura que Carles nunca había visto en él. Observó los ojos relucientes de la niña: eran de color azul marino. Parecían brillar. Pensó que en ellos se hallaba la mirada de Helena. Tenía el pelo rebelde, de un color pelirrojo. Era el vivo retrato de la madre de Guillermo.

—¿Cómo…, cómo se llama?

—Helena. Se llama Helena —le contestó Lena.

* * *

El vehículo volvía hacia Barcelona, pero se habían producido variaciones en el pasaje. Mauri y Berta volverían a Barcelona en el vehículo de un vecino de Mura al cual había pagado generosamente Carles. A fin de cuentas, pensó, era dinero de Josep Santaló, el abuelo de Guillermo. Ernesto les había entregado una tarjeta para que los llamara en caso de

que fueran importunados por la policía. El republicano entrecerró los ojos y repasó los hechos acaecidos en aquella escondida masía.

Habían sido unas horas en las que las emociones y los sentimientos se habían adueñado del ambiente. Ernesto parecía absorbido por la pequeña Helena y no dejaba de cogerla entre sus brazos. Carles era consciente de que el velo que cubría otro misterio había sido descorrido, pero sus dudas seguían en pie.

—¿Qué hicieron Dolors y Anna? —preguntó.

—Ellas se fueron al amanecer —contestó Lena—. Eran conscientes de que aquel hombre las perseguía y no querían arriesgarse a perder tiempo. Su intención era llegar a Muntanyola. Dolors tenía un hermano allí.

—Sin embargo, nunca llegaron —dijo Carles con desazón.

Lena se llevó las manos a la boca en una marcada expresión de sorpresa. Guillermo, por su parte cerró los ojos pensando en aquellas mujeres que lo habían ayudado.

—¡Dios mío! —exclamó Lena—. Por otra parte…

—¿Sí?

—Creo que tampoco se querían quedar por miedo a ponernos en peligro.

La conversación continuó. Ernesto intervenía poco: a Carles le dio la sensación de que estaba avergonzado por muchas cosas de las cuales, probablemente, no tenía ninguna culpa. Poco a poco la confianza fue adquiriendo el terreno que le correspondía y los muchachos acabaron explicando algunas anécdotas de su estancia en la masía. Realmente parecían felices allí, un tanto alejados del mundo. Al poco rato había hecho su aparición un hombre de gran estatura: Mario, el amigo y compañero de trabajo. Tras la sorpresa inicial, acabó participando de la reunión como si de un grupo de antiguos

compañeros del colegio se tratara.

Finalmente, tras múltiples discusiones lograron convencer a la pareja de que volvieran con ellos. Guillermo estaba receloso, pues valoraba en mucho la tranquilidad conseguida en aquel último año. Tuvo que ser Carles quien le indicara la realidad del momento.

—Guillermo, tu abuelo quiere verte. Está muy arrepentido de lo que le hizo a tu madre.

—Había quedado con, mi madre en que iríamos a verlo para acabar con su separación. Pero ahora…

—Se está muriendo. No le queda mucho tiempo y creo que, si os ve, le alargareis la vida.

Con aquellos argumentos habían convencido a la pareja para que pudieran volver con su abuelo. Apenas llevaban equipaje, pero podían sentirse satisfechos de haber sobrevivido. Tan solo una pequeña preocupación ocupaba la mente de Guillermo: había perdido la moneda que le diera Ascaso. Había sido consciente de ello cuando se hallaban circulando cerca de Barcelona. Hasta el momento la moneda y su fortuna parecían haber ido de la mano. Deseó que aquello no fuera un indicio de alguna futura desgracia o infortunio. Sin embargo, no podía evitar que un ligero desasosiego le dominara en aquel momento.

A media tarde llegaron a la casa de la avenida Tibidabo. Un escalofrío recorrió el cuerpo del muchacho cuando un criado abrió el portal de la vivienda para que entrara el vehículo. Josep había sido avisado y esperaba apoyado en el bastón y dando órdenes sin tregua. Como sucediera antes con Ernesto, el empresario se quedó sin palabras cuando Guillermo bajó del vehículo. En cierta manera, sin necesidad de decir nada, todos se veían en la necesidad de justificarse ante el muchacho, como si poseyera un aura especial.

—¡Hijo mío!, ¡hijo mío! —le dijo abriendo los brazos.

El encuentro fue muy emotivo. Los abrazos y las lágrimas fueron el lenguaje sobre el que se asentó la primera toma de contacto. El empresario los hizo entrar, no sin antes acariciar a su biznieta. Antes de entrar se dirigió a los dos policías.

—¿Quieren entrar?

—No, gracias —contestó Carles—. Tenemos faena pendiente. Creo que es mejor que estén a solas y se pongan al día.

—¡Gracias! —le dijo dándole la mano.

Miró por un instante a Ernesto a los ojos y le extendió la mano. La mirada de felicidad por los vivos y de tristeza por los ausentes lo decía todo. Fue un saludo de aceptación y agradecimiento al mismo tiempo.

—Gracias por traerlo con vida.

Ernesto asintió y le estrechó la mano con energía.

—¿No le interesa un trabajo de guardaespaldas? —le preguntó el empresario a Carles.

—¿Ha perdido a su amigo, el gorila? —le respondió Carles.

—Ha tenido que irse de manera urgente. Parece que los problemas familiares son comunes a todos.

—No. Creo que seguiré con mi trabajo. Muchas gracias de todas maneras. Pasaremos en otro momento.

—Eso espero —dijo Josep Santaló—. No sé cómo agradecérselo.

—Cuide de ellos —le dijo Ernesto.

—Eso haré.

Y observaron como el anciano se dirigió al interior de la vivienda. Su paso ahora era mucho más animado que el de días antes. Parecía haber rejuvenecido.

Los policías se marcharon en su vehículo. En el rostro de

Ernesto se dibujaba una sonrisa. Carles intuyó que en su interior debía de estar satisfecho por haber podido cumplir la promesa que se hiciera a sí mismo de encontrar a su hijo. Por otra parte, el republicano no dejaba de pensar en su mujer y su madre. Ahora había podido comprender qué significaba la ausencia de noticias. Había descubierto los movimientos y decisiones que habían tomado aquellos días de enero. Al mismo tiempo, toda una serie de incógnitas se volvían a plantear: «¿qué habían hecho desde el momento en que dejaron a Guillermo y a Lena?», «¿por qué no habían llegado a la granja de Muntanyola como era su intención?». Y, sobre todo, «¿estarían con vida todavía?».

Demasiadas preguntas, muchas de ellas inquietantes. Ya sabía cómo las gastaba el asesino del estilete, pero no quería creer que las dos mujeres hubieran muerto en un camino solitario, solas y desesperadas. Decidió que tendría que seguir investigando a partir de otras coordenadas. El hecho de que no tuviera noticias de ellas no significaba que estuvieran muertas. Además, ahora sabía que Dolors estaba embarazada y, de alguna manera, tanto Josefa como la anciana de la cabaña, le habían indicado que tenía un hijo. «Ten fe», le había dicho la anciana, pero reconoció que, para él, la fe era un producto en peligro de extinción y a ello contribuía su escasa creencia religiosa.

—Podrías haber aceptado la oferta —le dijo Ernesto con una sonrisa.

—¿Qué…?

—Te digo que podrías haber aceptado la oferta del viejo. Seguramente pagaría bien.

—¿A qué viene eso? Ya sé que no me soportas, pero… ¿Has pensado que te quedarías sin compañero?

—Sí, pero… Ellos estarían protegidos. Tendrían las

espaldas bien cubiertas.

—¿Cómo has dicho?

De repente, como un fogonazo, le vino a la mente el sueño que había tenido con Rick cuando había estado en coma. Él le había dicho aquella misma frase mientras le explicaba la historia de una traición. Una serie de imágenes convergieron para ocupar el espacio dejado por algunas dudas que todavía mantenía respecto a algunos aspectos del caso.

—Me refería que era una suerte que tuvieran a Enzo porque él los podía proteger y ahora no tienen a nadie. Josep Santaló no deja de ser un hombre rico y…

—Ya lo entiendo. ¡Hamed!

—¿Sí?

—¡Rápido! Vamos a la vivienda de Francisco Solana.

—¿Rápido? —preguntó Hamed que, ya de por sí, acostumbraba a llevar exceso de velocidad.

—¡Sí!, ¡muy rápido!

El coche se dirigió a toda velocidad hacia las calles céntricas de la ciudad asustando a aquellos peatones y ciudadanos que tenían el infortunio de cruzarse en su camino.

AMENAZAS

Julio, 1940

Llevaban rato hablando, conociéndose. La alegría de José Santado era evidente. Explicaba proyectos a su amigo confiando en que él seguiría sus pasos. Para Guillermo, todo aquello representaba un mundo nuevo y desconocido. Acostumbrado a los peligros y a la inseguridad, permanecía un tanto ausente de las explicaciones. Se habían pasado el último año prácticamente escondidos, alertas ante cualquier riesgo o amenaza. Aquel mundo que antaño le había parecido tan inaccesible estaba a su alcance, pero en aquel momento tan solo le generaba una cierta indiferencia. Sin embargo, no dejaba de acordarse de su madre y de cuánto hubiera dado ella por estar en su lugar y tener la aprobación de su padre.

—Créeme que lamento mucho lo de tu madre. No me podré perdonar nunca —le decía con verdadera aflicción.

—Recuerdo cuando venía con ella. Atravesábamos toda Barcelona para venir hasta aquí. Luego mi madre tocaba el timbre y nos escondíamos. Te veíamos salir muy enfadado. Pero creo que, en cierta manera, ya estaba contenta de ver que te encontrabas bien. Cuando volvíamos a casa, el viaje de vuelta parecía un velatorio. La tristeza la dominaba. Era incapaz de hablar prácticamente.

—¡Dios mío! No lo sabía.

—Le costaba recuperar la «normalidad» tras cada visita que realizábamos. Cuando descubrí que eras mi abuelo, decidimos que, cuando acabara la guerra y volvieras, vendríamos a visitarte.

El anciano no podía evitar que le cayeran las lágrimas ante aquella confesión. Cogió las manos de su nieto y le dijo con la voz quebrada:

—¡Perdóname Guillermo! Perdóname en nombre de tu madre.

En aquel momento entró Lena en la sala. Su aspecto era serio y su rostro estaba pálido, como si hubiera recibido un susto. Guillermo lo percibió en seguida.

—¿Qué ocurre Lena?

Tras ella venía un hombre que llevaba a la pequeña Helena en brazos, pero le estaba apuntando a la cabeza con una pistola.

Los peores presentimientos de Guillermo se habían confirmado. Aquel hombre era quien había estado persiguiendo: el asesino de Alex y del padre de Lena. Se trataba de Litus.

* * *

—¡Enzo!, ¡qué diablos! —exclamó Josep Santaló.

—¡Quietos todos! —respondió Litus— o ella morirá.

La niña estaba asustada y se removió inquieta.

—¡Dile que se esté quieta o la mataré!

Guillermo sabía que la amenaza de Litus no era vana. Ya le había visto matar de manera fría e insensible.

—¡Helena!, ¡cielo!, quédate quieta. Papá estará contigo enseguida.

—¿Qué pretendes Enzo? —El anciano se negaba a llamarlo de otra manera.

—Quiero lo que me corresponde. Lo que tu nieto me robó.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Guillermo.

—Estoy hablando del oro, de dos cajas de oro.

—¡Esas cajas no eran tuyas!

—¿Y me dices eso cuando apunto a tu hija con una pistola entre sus ojos? —Acompañó el discurso apretando el arma contra la frente de la niña que se revolvía inquieta—. Ese oro correspondía al pago de una protección. Y ahora, ¿quieres decirme dónde está?

—¡No lo sé! Ya te lo dije.

—¡Sé lo que dijiste!, pero eso no quiere decir que me lo crea.

—¿Te piensas que no te lo hubiera dicho si lo hubiera sabido?, ¿te crees que hubiera dejado que asesinaras a Alex?

—No lo sé, Guillermo. No sé lo que harías. Eres muy dado a sobrevivir. Si no empiezas a decir lo que sabes tu familia morirá: uno detrás de otro.

Guillermo estaba desesperado. Sabía que no podía realizar ningún falso movimiento: la vida les iba en ello. Su mente barajaba todas las posibilidades para salir con bien de aquella situación, pero algo le decía que hiciera lo que hiciese el resultado sería el mismo. La única opción consistía en hacerle hablar e intentar que se distrajera.

—Nos llevamos las cajas a una vivienda abandonada en la parte alta del Guinardó. Allí la entregamos a un hombre, Samuel. Él se las llevó y las escondió. No lo he vuelto a ver y mucho menos a las cajas.

—Veo que te gusta fabular historias. No esperaras que me crea esa, ¿verdad?

De repente, y sin que mediara ninguna otra palabra, disparó al anciano que se revolvió con el dolor reflejado en el rostro: le había herido en el hombro.

—¡Desgraciado! —exclamó Guillermo— ¡te voy a…!

—¿A qué, Guillermo, a luchar como tu madre?

—¿Mi madre? ¡Tú la mataste!

—¡Sí! ¡Yo la maté! ¡Quería encontrarte! Fuiste una pequeña molestia entonces y lo sigues siendo ahora. Si hubieras dado la cara no hubiera tenido que matarla.

Josep Santaló se tapaba la herida con la mano. Tenía la camisa manchada de sangre.

—¡Canalla! Me dijiste que aquel hombre que entró y mataste era el asesino de Helena —exclamó Josep arrastrando las palabras.

—Jorge era un ladrón y un criminal, pero él no la mató. Bien —dijo dirigiéndose al muchacho—, ¿por quién empiezo?

En aquel momento sonó el timbre. Litus miró a su alrededor calculando el alcance de la nueva situación.

—¿Esperáis a alguien?

Josep negó con la cabeza.

—Ignoro si alguien del servicio. Gregorio andaba por ahí.

—No tienes que preocuparte de Gregorio. Él ya no andará más por ahí.

—¡Canalla!

El timbre volvió a sonar. Todos los presentes se miraron como si se tratara de una partida de cartas en la cual cada uno escondía sus ventajas.

—Es el timbre de la puerta de la casa, no el de la verja de la calle —dijo Litus—. Eso quiere decir que el individuo está dentro de la propiedad.

Todos eran conscientes de ello, de la misma manera que la pistola de Litus no dejaba de apuntar a la pequeña Helena que se agitaba nerviosa y comenzaba a llorar.

—¡Ve a despedir a quien sea! ¡Recuerda que tengo a tu hija!

La amenaza era innecesaria, pues si algo no podía obviar Lena era que su hija estaba en manos de un criminal sin escrúpulos. Abrió la puerta y se encontró ante Carles Gil.

—Vengo a ver al abuelo de Guillermo.

—Ahora no puede ser. Está cansado —dijo ella.

—¡Y a Litus! —le dijo mirándola a la cara y guiñando un ojo—. Dile que he venido.

Carles entró hacia el interior de la vivienda ante la sorpresa de Lena que no sabía qué decisión tomar.

—¡Señor Santaló! —Entró en la sala gritando el nombre del potentado— ¡he decidido aceptar su oferta!

Cuando entró en el salón pudo ser testigo de la extraña situación en que se encontraban todos. Litus continuaba apuntando con su arma a la pequeña Helena.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Será mejor que dejes la pistola —le dijo el italiano.

El republicano sacó su pistola y la dejó en el suelo con sumo cuidado.

—Acércamela con el pie.

La dejó ir de una suave patada. Litus se apropió de ella y se la metió en el bolsillo. Todo ello sin soltar la niña.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó el italiano.

—Venía a buscar trabajo. El señor Santaló me lo ofreció. Me dijo que te habías marchado. Claro que…, si has vuelto, mejor me voy.

—¿Te crees muy gracioso?, ¿dónde están tus amigos?

—He venido solo. En Barcelona existen los taxis.

—¿Me tomas por idiota?

—No. La verdad es que pensaba irme en aquel coche tan potente que tiene el señor Santaló. Ya me hacía ilusión conducirlo. ¡Vaya! —Alijo dirigiéndose al empresario—. Veo que está usted herido.

—¡Y tú vas a morir! —le dijo Litus apuntándole ahora con la pistola.

—Sería una lástima —dijo Carles.

—Supongo que para ti.

—O para ti. Oí que buscabas dos cajas llenas de oro. Si me matas, nunca las encontrarás.

—¿Qué…?

—Samuel, aquel hombre que casi matas a base de golpes en enero del año pasado me dijo donde las escondió. Casi perdió la vida y la memoria. Pero ahora las ha recuperado.

—¿Cómo sé que no me engañas?

—De la misma manera que sé que hiciste de protector de Francisco Solana a cambio del pago de dos cajas repletas del oro de la República, cajas que tenía custodiada la banda de Max. Pero llegó un momento en que dejó de interesarte seguir aquí y debías preparar tu huida. Nosotros habíamos acabado con Max y sus muchachos. Ya no te sentías seguro y debías cambiar de aires. Por eso mataste a Francisco Solana.

El discurso de Carles había atrapado a Litus que se había olvidado momentáneamente del resto de las personas del salón.

—¡Continúa! —dijo de manera amenazadora.

—Había algo que no me cuadraba en el asesinato de Francisco Solana. Hicieron ver que había sido un robo, pero también se llevaron las fotografías. Aquello era muy extraño. A no ser…

—¿A no ser qué?

—A no ser que alguien no quisiera ser reconocido en esas fotos. Sabía que Litus había sido herido en la mano derecha. Recordé cómo te ayudabas con una mano cuando se trataba de girar el volante. Eso me hizo sospechar. Los criados de Francisco Solana identificaron rápidamente por medio de una detallada descripción al guardaespaldas del empresario. Por eso asesinaste a Jorge Deleune cuando vino aquí buscando tu ayuda. Ya no te era necesario y suponía una molestia.

—¿Y qué pretendes ahora?

—Ahora podemos ir a buscar el tesoro. Podrás marcharte y desaparecer tranquilamente, pero has de dejar tranquila a esta familia.

—¿Y si no lo hago? —Acompañó la amenaza con una suave presión de la pistola a la cabeza de la niña.

—Entonces no encontrarás el oro. Piénsalo: ¡Tantos muertos para nada!

Momentos más tarde Carles y Litus salían de la propiedad de Josep Santaló en el vehículo del empresario. El republicano conducía, pero el italiano había descubierto que mantener como rehén a la pequeña Helena le aseguraba una mayor tranquilidad. La niña había llorado un poco pero ahora permanecía adormilada en brazos del asesino, que continuaba apuntándole con el arma. La escena en sí era de una crueldad innecesaria pensó Carles: la inocencia en brazos de la maldad.

—Podrías haber dejado la niña en casa —dijo Carles— no nos será de gran ayuda.

—Te equivocas —dijo Litus mientras se dibujaba una perversa sonrisa en su rostro—, una niña puede abrir muchas puertas, más de las que te imaginas.

El policía pensó que en aquellas palabras se hallaba implícita su sentencia de muerte, dejando en el aire el destino de la pequeña.

* * *

Ernesto entró en la sala junto a Marco Venacio. Guillermo intentaba calmar a Lena que lloraba ahogándose en un mar de desesperación.

—¡Hay que llamar a un médico!

—¡Dejaos de tonterías! —exclamó Josep—. Lena puede llamar a uno. ¡Vosotros salid tras él! ¡Y volved con Helena!

—¡Maldita sea! —gritó Guillermo—. Hay que ir rápido o los perderemos de vista.

—Sabemos dónde han ido —comentó Ernesto—. ¡Tenemos que salir ya!

Ernesto se maldecía por la manera en que se había desarrollado la situación. Una vez que habían descubierto que Enzo era Litus, todas las piezas habían encajado como un *puzzle*. Llamaron a Marco para recogerlo de camino a la avenida Tibidabo y le encomendaron venir armado. Mientras se dirigían a la vivienda de Josep Santaló planearon una estrategia para el caso que Litus se encontrara allí. Aparcaron el vehículo en un lado apartado de la puerta principal y saltaron la valla. Hamed quedó a cargo del coche. Una vez dentro del terreno pudieron observar la dramática escena que tenía lugar dentro de la casa. Decidieron separarse y, mientras Carles tocaba el timbre, Ernesto y Marco entraban por una ventana. El nacional había podido seguir la conversación incluso había tenido a tiro a Litus, pero la seguridad de su nieta había prevalecido por encima del deseo de acabar con aquel delincuente.

Hamed acercó el Fiat Hispania a la puerta. Subieron de manera precipitada y el coche salió disparado bajando por la avenida Tibidabo. Nadie le había dicho a Hamed que

aumentara la velocidad, pero él sabía que la vida de Carles y, sobre todo, de la pequeña Helena, dependía de la celeridad del vehículo.

SOMBRAS FANTASMALES

Julio, 1940

El Mercedes expiró ante la verja del palacio de piedra. Carles agradeció las explicaciones que dieron Guillermo. Gracias a ellas habían podido llegar hasta la vivienda. La propiedad tenía un aspecto fantasmal: el viejo edificio surgía de la ligera niebla que parecía formarse de manera perenne en aquel lugar. La luna, con su tenue luz, iluminaba escasamente el lugar. A Carles le sorprendió la atmósfera que se respiraba. Observó que Litus también parecía estar acongojado. La verja estaba oxidada, pero nada impedía que pudieran acceder al terreno de la vivienda. El republicano no advirtió ni cerrojo ni candado. Empujó con fuerza hasta que pudo abrirla. En aquel momento, la pequeña Helena comenzó a llorar.

—¡Maldita niña! —exclamó el italiano.

—¡Déjamela! —pidió el republicano— ¡yo la calmaré!

Litus se lo pensó un momento, pero acabó por pasarle la niña que lloraba con más fuerza cada vez. Decidió que Carles no podría intentar ninguna estratagema con la niña en brazos.

—¡Tómala! Pero como hagas alguna tontería…

—No te preocupes. La tranquilizaré.

Habían entrado en el terreno particular de la residencia. Carles era consciente de que toda su estrategia estaba basada

en un farol: él no sabía dónde estaban las cajas del tesoro, ni había visto a Samuel y mucho menos había hablado con él. Sencillamente había ideado una posibilidad de sacar a Litus de la vivienda de Josep Santaló. Lo que no había imaginado es que llevarían con ellos a la niña.

La neblina persistía y dificultaba un poco la visibilidad. Avanzaron por lo que parecía un jardín en franca decadencia. La silueta de la mansión se erguía amenazante ante aquellos intrusos. La niebla parecía tener vida propia. Había lugares en que se presentaba más espesa, sin una lógica clara. En aquel momento, un susurro pareció abrirse paso en la mente del republicano. «La niña. Coge la niña con fuerza».

—¿Qué? —se sorprendió y dio un respingo.

—¿Qué dices? —le preguntó el italiano amartillando la pistola—. ¡No me la juegues!

«Cálmate». Había vuelto a oír aquel susurro. Parecía una voz en su cabeza, pero aquella vez no iba dirigida a él sino a la pequeña. El republicano notó un aumento de la temperatura en sus brazos y en la parte de su cuerpo que estaba en contacto con Helena. Fue consciente de que aquella niña había recibido algún tipo de energía, como si alguien la estuviera calmando.

—¡Vaya! —dijo Litus. Parece que sabes calmar a los niños.

El aire parecía transportar algún tipo de amenaza. A medida que se acercaban a la puerta de entrada, Carles observó a su enemigo: parecía nervioso y algunas gotas surcaban su rostro. A pesar de que no hacía calor se diría que sudaba. Con discreción vio que giraba los ojos y parecía un tanto inquieto. Se preguntó si él sentía también aquellos extraños susurros. La extraña y tenebrosa atmósfera que rodeaba la casa se introducía bajo la piel de aquellos hombres, creando un estado anímico de inquietud y turbación que se

traducía en sobresaltos y nerviosismo.

—¿Quién diablos…? —Se giró rápidamente el italiano, disparando hacia la niebla.

«La puerta, la puerta». Esta vez, la orden que había salido de su cabeza le indicaba una salida a su extraña situación. Carles se dirigió con rapidez hacia una puerta que estaba a unos dos metros de distancia. Entró y corrió hacia el interior de la vivienda. Unos tiros sonaron tras él, pero no le alcanzaron. La puerta se cerró de un golpe.

Ignoraba si había sido Litus o los misteriosos habitantes de aquella casa.

En aquel momento no tenía duda: alguien le había ayudado. Alguien había distraído al italiano para que Carles pudiera escapar de sus garras. El republicano subió las escaleras con cuidado, intentando no hacer ruido. La oscuridad era casi completa. Apenas unos ligeros rayos de luz de la luna osaban introducirse por entre las rendijas y grietas. Una vez en el piso pudo ver con mayor claridad: la luz de la luna iluminaba una habitación. La causa se hallaba en que la puerta que comunicaba con el balcón estaba entreabierta. Se sorprendió al notar que la niña no hacía ningún movimiento: La miró y a punto estuvo de que se le cayera de los brazos.

La niña lo estaba mirando fijamente. No parpadeaba. Tenía sus ojos, aquellos preciosos ojos azules, fijos en él. Lo estaba observando y, sin embargo, no parecía nerviosa ni intranquila, no lloraba. Se hallaba relajada pero alerta.

—Tranquila —susurró el republicano—. Verás cómo salimos de esta.

Carles cogió la pistola que tenía atada con una correa sobre el tobillo.

—Ahora nos vamos a defender —le susurró a Helena, que parecía sonreírle como si lo hubiera entendido.

De repente el ruido de unos cristales rotos llegó hasta él. Sin duda se trataba de Litus. Ahora que se había visto engañado no dudaría en acabar con ellos. Oyó un ruido en el interior de la vivienda, como el de una persona que camina con suma discreción. Pronto comenzaron a oír silenciosos pasos que subían las escaleras. Carles se estiró en el suelo con cuidado, tras la cama. Desde allí podría ver si alguien se aproximaba gracias a que la puerta de la habitación estaba abierta. Ello le permitía visualizar todo el pasillo. Con una mano acariciaba suavemente a la niña rezando para que no llorara.

Gracias a que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, observó una sombra que se movía con agilidad al final del pasillo: Litus acababa de subir las escaleras. Apuntó con la *parabellum* hacia su enemigo.

Poco a poco, y de forma bastante silenciosa, el italiano se fue aproximando. Carles pensó que ya no quedaba otra que enfrentarse. Lamentó que Helena estuviera junto a él pues temía que recibiera algún disparo. De repente, la niña se movió ligeramente. Apenas fue nada, pero lo suficiente para alertar a quien está acostumbrado a acechar en la oscuridad. Litus se paró y el tiempo pareció detenerse en aquel palacio. Desde el lugar en que se encontraba, Carles no podía verlo. Notaba que se hallaba esperando tras la pared, como un depredador que amenaza a su presa.

De repente se oyó un ruido de cristales rotos en la planta inferior y de pasos acelerados que se dirigían hacia el jardín. Litus volvió sobre sus pasos de manera brusca y bajó corriendo las escaleras. Cuando Carles fue consciente de que estaban solos, se levantó cogiendo a Helena entre sus brazos. Pensó que debía de haber sido Ernesto o Guillermo quien había realizado aquel ruido en el exterior.

Salió al balcón, desde el que se divisaba una parte del jardín. Se asomó con cuidado y pudo ver al italiano corriendo entre la fina niebla. Parecía seguir algún objetivo concreto. Se dirigía hacia una parte del terreno donde la niebla era un tanto más espesa. Observó que unas figuras parecían deambular entre las tinieblas, pero no acababa de distinguirlas. Le pareció ver a una mujer, probablemente Lena. Temió por ella pues Litus parecía enloquecido. Oyó ruido y pudo ver que se aproximaba Ernesto acompañado de Hamed, Marco y Guillermo.

En aquel momento se oyó un disparo.

Litus había comenzado a descargar el cargador sobre aquellas figuras que se escondían tras la niebla y la vegetación.

—¡No!

Era la voz de Guillermo, seguramente temiendo por Lena o por la niña. Carles apuntó con su pistola a Litus, que se había girado al oír el grito. Desde donde estaba lo notó extraño, como si estuviera desconcertado. El italiano apuntó a Guillermo, pero al parecer se le habían acabado las balas. Tiró la pistola y sacó la que le había entregado Carles. El republicano disparó, pero no acertó a darle.

—¡Tira la pistola! —gritó Ernesto mientras le apuntaba.

Litus parecía un autómata. La niebla que había junto a él se estaba disipando. Desde el balcón, Carles vio que parecía estar sobre el borde de una balsa de agua. El italiano pareció sonreír y apuntó con la pistola a Ernesto. El de Valladolid comenzó a disparar. Dada la proximidad, todas las balas acertaron sobre el cuerpo del asesino quien pareció realizar una danza macabra al borde de la balsa. Finalmente cayó sobre el agua que pronto comenzó a adquirir una tonalidad rojiza.

EL GUARDIÁN DEL TESORO

Julio, 1940

El calor hacía sentir su presencia. El verano mostraba todo su poderío dejando un escaso refugio para los transeúntes en las sombras que encontraban a lo largo de su recorrido. Carles continuaba ascendiendo por las calles del Guinardó. Apenas eran las diez de la mañana, pero ya notaba la quemazón producida por la calina.

Litus había muerto. Ernesto había descargado en él toda su rabia y amargura. Y con ellas, el cargador completo de su pistola. Como le había dicho posteriormente, no quería que aquel mal bicho que había matado a Helena, a Toni Vallés y a tantos otros, tuviera oportunidad de volver a hacer mal. El republicano lo entendía perfectamente. Pocas cosas son comparables a la visión de un asesino apuntando con una pistola a la cabeza de un bebé. Sobre todo, si está la familia delante.

Carles había reflexionado bastante sobre los hechos acaecidos un par de días antes, en el palacio de hiedra. No sabía a quién correspondía las voces que había oído. ¿Serían los famosos fantasmas que acompañaban a la leyenda de la vivienda?, ¿o sería una simple intuición dentro de su cerebro? No sabría determinarlo con certeza, sin embargo, podía

afirmar que habían sido muy oportunas y le habían salvado la vida. De hecho, cuando se lanzó hacia la puerta, la encontró abierta y no recordaba haberla cerrado. En cambio, Litus la había encontrado cerrada un segundo más tarde. Por otra parte, alguien rompió un cristal en la planta baja y consiguió atraer la atención del italiano. Ernesto le había asegurado que ellos llegaron más tarde y no habían roto ninguna ventana.

Después estaban las visiones, las figuras que había en torno a la balsa. Parecían figuras femeninas. De hecho, él pensaba que una de ellas era Lena. Para su sorpresa, Lena se había quedado con Josep Santaló en la vivienda, esperando a un médico que, presuroso, se había desplazado para atenderle. La escena que presenció desde el balcón la había retenido con nitidez en la memoria y la había recordado una y otra vez. Llegó a la conclusión de que Litus también debía haber oído algunas voces. Ello explicaría el nerviosismo que había mostrado desde que llegaron a la propiedad. También debió ver aquellas figuras femeninas. No había dudado en disparar sobre ellas. El estado de alteración al que llegó tuvo que ser grande ya que pareció perder el contacto con la realidad. Finalmente, atraído por los gritos de Ernesto quiso dispararle, pero no podía saber que Carles había descargado su arma previamente, antes de tocar el timbre en casa de Josep Santaló. Sabía que el italiano le pediría la pistola. Lo que no sabía Litus es que el republicano tenía dos armas.

Después de discutir y poner en común todos los datos, llegaron a la conclusión de que nunca sabrían donde había escondido Samuel el oro de la República. De todas formas, habían podido dar una estructura y secuenciación lógica a aquel caso. Francisco Solana había estado en contacto con la banda de ladrones de obras de arte cuyo jefe era Jorge Deleune, más conocido por *Agent*, gracias a su origen francés.

El cabeza visible del grupo era León Cortaza, más conocido por Max. El empresario habría comprado a la banda un tesoro: aquel que llamaban el *Santo Grial*. Tras el golpe de estado de 1936, una vez liberado de la cárcel, Max formó una banda y ofreció protección al empresario en aquellos tiempos tan difíciles. Por otro lado, como dijera Arnau, Vicente Santos debió pedir ayuda a Francisco Solana para robar el oro de la República. El empresario le ayudó, pero en su interior ya debió pensar en el oro como forma de pago de su protección. No solo le debió ayudar en la infraestructura del robo, sino que debió colaborar en el secuestro y asesinato del niño Daniel, el hijo de Alex Bonet, destinado en Cartagena. Los hombres de Vicente Santos robaron el oro y lo debieron llevar a la casa de la Trinidad. Debían permanecer escondidos y se ponían en contacto por medio de mensajes realizados con el cifrado masónico.

Un día, los hombres de Max robaron el oro y lo llevaron a su guarida: la casa de Josep Santaló. A Vicente lo debieron matar o dejar encadenado en el sótano. Cuando el resto de la banda lo supo, establecieron el taller como lugar a partir del cual se podían comunicar mediante sus mensajes secretos. Por otro lado, Litus debió establecer contacto con Francisco Solana y pasó a convertirse en su guardaespaldas. De hecho, los enemigos del empresario y del italiano eran los mismos, por lo que debió producirse una conjunción de intereses.

Pero el robo del oro por parte de Guillermo debió alterar todos los planes. Litus asesinó a Helena intentando saber dónde se encontraba el muchacho y el tesoro. Debieron buscar, pero no encontraron ninguna pista del chico. Finalmente, dada la amistad de Guillermo con Alex, tendieron una trampa al inglés en la serrería. El hijo de Helena salió gravemente herido de aquella encerrona y pudo

refugiarse en Belibaste. Y llegó aquella fatídica noche en que Lena fue a buscar a Dolors para curar a Guillermo, la noche en que un asesino mató a tres personas en el puerto y en la que Samuel fue golpeado cuando se disponía a llevar un mensaje de advertencia.

La subida se hacía interminable, pero Carles lo agradeció, ya que le permitía ordenar los hechos en su mente. Recordó cómo los criados de Francisco Solana habían reconocido a Enzo en la descripción que realizara Carles. Uno de ellos le había explicado que había asistido a la agresión de Samuel por parte del italiano. La habilidad de Carles le había permitido ante Litus vanagloriarse de hechos —en principio desconocidos para los demás— que le permitieron engañar al italiano y alejarlo de aquella casa. Finalmente, la jugada había salido bien y la pequeña Helena disfrutaba junto a sus padres y a su bisabuelo de una situación de tranquilidad y seguridad.

Sin embargo, el desconocimiento de la situación de su madre y Dolors era un aspecto que le inquietaba y lo desvelaba. Ellas habían podido salir con vida de la ciudad, pero su rastro se perdía en Mura. Habían decidido ir a Muntanyola, pero no habían llegado nunca. Ignoraba si habían cambiado de objetivo o el asesino del estilete las había alcanzado. Por otro lado, ahora sabía que Dolors estaba embarazada y dos personas diferentes, y muy especiales, le habían dicho que tenía un hijo. Confiaba en que fuera cierto porque quería creer que Dolors seguía con vida. No quería perder la esperanza, pero sabía que a veces la vida presentaba su cara más dura y difícil. Pensó que dedicaría sus esfuerzos a descubrir el destino de las dos mujeres. A fin de cuentas, habían podido encontrar a Guillermo cuando todos le daban por muerto.

Respecto al asesino del estilete, sabía que se volverían a

encontrar. Era consciente de que él tenía la clave del destino de Dolors. Su inteligencia solo era superada por su maldad. Debía de estar alerta pues, de la misma manera que aparecía repentinamente, era capaz de permanecer meses en el anonimato más absoluto.

Ya distinguía la silueta del palacio de hiedra. Había querido ir solo. Por ello no había dicho nada a Ernesto. Quería ver los jardines a la luz del día. Le habían recordado el sueño en el que se le había aparecido una niña, cuando se debatía entre la vida y la muerte. La puerta parecía entreabierta, pero sabía que eso era indiferente dado que la fama espectral de que gozaba la vivienda era la mejor cerradura. Caminó por entre aquella anárquica vegetación que había ido ocultando y desvirtuando los caminos que antaño un laborioso jardinero había realizado con esmero. Fue rodeando la casa hasta que pudo acceder al espacio donde se hallaba la balsa. Tuvo una sorpresa al apreciar la figura de un hombre que permanecía sentado contemplando totalmente absorto el fondo del estanque, que permanecía desaguado.

Se trataba de Samuel.

Carles se aproximó. El hombre no dio muestras de haberlo oído. Sin embargo, cuando estuvo a unos pasos de él, se puso a hablar.

—Recuerdo las tardes de verano en que acostumbrábamos a bañarnos en esta balsa. Creo que fueron los días más felices de mi vida.

—Todos tendemos a recordar el pasado con una pátina de felicidad que no siempre se corresponde con la realidad.

—Y, sin embargo, no dudaríamos en volver a aquella época por muy idealizada que la tengamos. —Samuel se giró y Carles pudo observar que las lágrimas bajaban por su rostro.

—No podemos hacernos responsables por hechos que

sucedieron anteriormente.

—No dejan de asaltarme los recuerdos. Pero en ellos siempre soy responsable de la destrucción de un pequeño mundo que se me antojaba feliz.

—No puedes torturarte. Alguien me dijo que las cosas pasan por algún motivo. De todas formas, tu hermana me dijo que no estuvieras triste, que tu madre no está enfadada contigo.

La expresión de Samuel cambió. Sus ojos parecieron iluminarse.

—¿Mi hermana?, ¿la has visto?

Carles pasó a explicar el sueño que había tenido mientras se debatía entre la vida y la muerte. Después pasó a relatar los hechos sucedidos un par de noches antes. Observó que Samuel pasaba por diferentes estados: desde la pena y la amargura, a la aceptación y a una emoción parecida a la felicidad.

—Siempre me parecía que el lugar tenía algo de mágico. A menudo he permanecido junto al estanque, como atraído por una fuerza irresistible a pesar de la pena que me producía. En esos momentos me embargaba un gran sentimiento de nostalgia. A veces, me alejaba, incapaz de soportarlo. ¡Gracias por contármelo!

—Tienes que dejar de sufrir. Piensa que lo que ahora eres es gracias a lo que ha pasado anteriormente. Todos los que te conocen te quieren y desean tu felicidad.

—Gracias. Para mí llegó la hora de la despedida.

Samuel se levantó y se disponía a coger su macuto cuando Carles le interrumpió.

—Pero antes tenemos un asunto pendiente.

El monje se paró y fijó su mirada en el republicano. Finalmente asintió con la cabeza.

—Tan solo una condición.

—¿Cuál?

—El destino final del oro era luchar contra la injusticia y el fascismo. No puede caer en según qué manos.

—Me parece una condición muy adecuada.

Para sorpresa de Carles, Samuel bajó al interior de la balsa aprovechando que no tenía agua y se acercó a una de las estatuas que la flanqueaban: se trataba de la estatua de su hermana. Manipuló sobre la base de la estatua que tenía forma cúbica y la abrió como un cajón. Dentro de ella se hallaba una de las cajas que guardaban el oro de la república, aquel tesoro tan buscado. Abrió la tapa de la caja y Carles pudo entender por qué tanta gente había enloquecido cuando lo buscaba: la caja desbordaba objetos de oro, monedas y billetes de diferentes nacionalidades con un alto valor numismático, toda una fortuna.

—Si te fijas —le dijo a Carles— en cada uno de los lados de la balsa hay una base. Las estatuas que hizo poner mi padre fueron posteriores. Ana y yo jugábamos a esconder cosas en su interior pues tienen un mecanismo que permite abrirlos. Cuando Guillermo me entregó las cajas con el oro inmediatamente pensé en este escondite, ya que el tamaño de la caja era similar al de la base de la estatua. Comprobé que cabían y pude introducirlas en su interior.

—Desde luego, un escondite bien sorprendente.

—La verdad es que los negocios de mi padre no siempre estaban claros, así que mandó a realizar estos escondites para proteger material muy delicado.

—Sobre todo, si caía en manos de la policía.

—Sobre todo —sonrió Samuel.

—Lamento lo de tu padre.

—Mi padre descansó finalmente. Pudo dejar este mundo

con una sonrisa. Tuvo un duro aprendizaje en esta vida.

—Piensa que eso lo conseguiste tú. Tienes motivos por los que alegrarte.

—Ya hacía días que había tomado mi decisión de partir, pero algo me retenía aquí. Creo que te estaba esperando a ti, esperaba tu mensaje. Desde este momento, tú serás el guardián del tesoro.

—¿Cómo tú del Santo Grial?

Samuel sonrió y cogió su macuto.

—Antes de que te fueras…, me gustaría…

—¿Verlo?

Carles afirmó con la cabeza.

—¿Cómo sabes que lo tenía?

—Cuando fuimos a la vivienda de Francisco Solana, una vez muerto, vimos que las vitrinas habían sido rotas para hacer creer que el motivo era el robo. Sin embargo, la que contenía los pergaminos había sido abierta con cuidado. Una diferencia importante que indicaba la posibilidad de que allí hubieran actuado dos personas diferentes. Por otro lado, uno de los criados había sido testigo de la paliza que te dio Litus. Pero, él había asegurado que el hombre agredido había intentado entrar días antes. Solo era cuestión de tiempo que tuvieras tu oportunidad.

El monje sonrió y le dijo:

—Era una misión que tenía encomendada. Pude entrar en su vivienda y coger el libro. Luego oí ruido y me escondí tras unas cortinas. Desde allí pude ver entrar a un hombre que se dirigía hacia el lugar donde estaba el tesoro. Pero yo escapé por la ventana porque ya había conseguido mi objetivo.

El monje se sentó en el borde de la balsa y abrió su macuto. Sacó un paquete que protegía una serie de pergaminos y los desplegó ante Carles.

—¿Y esto es…? —preguntó Carles mientras observaba aquellos pergaminos escritos en un idioma desconocido.

—Sus palabras. *La Verdad*.

—¿Las palabras de Jesús?

—En efecto. Aunque el cristianismo considera a Jesús la piedra sobre la que está construida su iglesia, siempre fueron otros los que escribieron sobre las enseñanzas de Jesús. Además, todos los evangelios, incluso la Biblia aramea se escribió tras su muerte por lo que no siempre sé han difundido de manera correcta sus palabras.

—¿Y estos documentos son contemporáneos?

—Efectivamente. Transcribieron las palabras que salían de su boca, no las que imaginaron después. Pasaron de generación en generación. Posteriormente, en la época de las cruzadas se consideró mejor traerlos a Occidente, siempre con la debida protección y el secreto necesario. Pasó a Francia y los cátaros se convirtieron en sus guardianes. Por eso ellos tenían fe y denostaban el poder de la Iglesia. Por eso la Iglesia quería apoderarse de estos documentos.

—¿Con qué finalidad?

—Para destruirlos u ocultarlos. No podían permitir que alguien alterara su discurso oficial.

—¿Ni siquiera Jesucristo?

—Mucho menos él. Solo él podía poner en duda el circo en que se ha convertido la Iglesia.

El monje continuó su explicación.

—Cuando cayó Montsegur, unos hombres bajaron por el castillo, en la oscuridad de la noche. Llevaban *La Verdad* y decidieron protegerla con su vida. Este encargo fue pasando de padres a hijos.

—Hasta que cayó Belibaste.

—Así es. No solo buscaban a Belibaste, el último cátaro,

sino que pretendían encontrar los pergaminos y acabar con cualquier tipo de oposición ideológica a los principios cristianos. Pero no encontraron los documentos y los descendientes de los cátaros decidieron crear una comunidad que velara por ellos. Para distinguirse decidieron marcarse con una doble hoja de laurel cruzada en el peciolo.

—¿Y cómo llegaste tú a formar parte de esto?

—Supongo que ya conoces mi historia —su tono ahora había bajado en intensidad debido a los duros recuerdos—. Tras la muerte de mi hermana y de mi madre decidí huir pues me sentía culpable. Viajé y atravesé medio mundo. Nada me importaba. Para mí, todo había acabado. La vida es dura para un viajero solitario, sobre todo cuando la tristeza y la amargura se dibujan en su rostro.

—Hasta que un día…

Samuel sonrió y comenzó una historia que era, en definitiva, la historia de su vida. A menudo cerraba los ojos mientras hablaba: probablemente ya se veía de vuelta en su tierra de acogida.

—Hasta que un día agotado y enfermo me desmayé en las calles de Malula, un pequeño pueblo de Siria. Me recogió un buen hombre, Sarkis, que se preocupó de curarme y ayudar a reponerme. Pasé unos meses en su compañía, meses en los que su bondad y espíritu de amparo, me conquistaron. Sarkis era religioso, pero no intentaba imponer sus creencias. Era muy generoso y todo en él transmitía una gran benevolencia y cordialidad. Finalmente me interesé por aquella forma de vida en la que la meditación y el recogimiento constituían el objetivo de su existencia. Allí encontré todo lo que me había faltado hasta entonces. Los valores, las creencias que había mantenido hasta aquel momento se vieron alterados. Fui consciente de que otra forma de vida era posible. Cuando

finalmente le dije que quería seguir sus pasos me dijo que él era un *asaya*, un terapeuta que curaba las enfermedades físicas y morales. Para llevar aquel tipo de vida requería ir a un poblado en mitad del desierto. Intentó desanimarme, pero yo estaba esperanzado con llevar aquella forma de vida: parecía que estabas en contacto con Dios de manera diaria. Como me viera convencido de mi decisión, realizamos un largo viaje hasta el lugar prometido. Allí, en mitad del desierto, había una comunidad que tenían un planteamiento de vida similar. Sarkis me puso en contacto con ella. Llevaban siglos viviendo allí. Al parecer, su origen se hallaba en unos poblados junto al Mar Muerto, pero los romanos habían destruido todo lo que poseían. Tras la ocupación romana habían partido con su mayor tesoro: estos pergaminos. A pesar de que llevaban una vida austera, la felicidad flotaba en el ambiente. La sencillez y humildad eran requisitos obligados. Después de vivir un tiempo con ellos solicité pasar a ser miembro de la comunidad. Fui instruido para ello, después de conocer las normas y un sentido bastante estricto de la disciplina, me introdujeron en el estudio de la Ley.

—¿La Ley?

—La Ley revelada y transmitida de generación en generación, a partir de unos manuscritos, unos textos escritos a partir de la predicación del propio Jesús. Son sus palabras.

—Pero ¿por qué volviste entonces? —preguntó Carles.

—Hace unos años llegó a conocimiento de la comunidad que los textos Sagrados, los originales en poder de los *Vigilantes de la Verdad*, habían desaparecido, robados. Decidieron que estos documentos tenían que volver al sitio del cual habían salido. Por eso vine. Me encomendaron la misión de encontrarlos y llevarlos de vuelta.

—Y eso es lo que vas a hacer.

Samuel lo miró a los ojos y afirmó con la cabeza. Carles pudo observar una gran dulzura y nitidez en ellos. Comenzó a plegar los pergaminos, protegidos por una tela impermeable y los metió en su macuto.

—Me tengo que despedir. Me espera un largo viaje.

—Así es.

Se abrazaron junto a la balsa. Un dulce aroma a rosas invadió el ambiente de forma repentina. Samuel parecía haber sufrido algún tipo de transformación. La felicidad irradiaba su rostro. Carles lo acompañó hasta la verja y, desde allí, fue testigo silencioso de la partida del monje. A medida que se alejaba, su silueta se desdibujaba en el horizonte. Era tal su habilidad de mimetizarse con el entorno que probablemente nadie recordaría haberlo visto. Muchos creerían haber imaginado durante un breve instante la figura de un monje caminando por aquellas calles. Aquellos que fueran conscientes de su presencia creerían ver un espíritu libre, semejante al de un ave que remonta el vuelo tras una vida en prisión.

EPÍLOGO

Agosto, 1940

La sala había sido acondicionada para el evento. Una mesa convenientemente decorada ejercía de improvisado altar. Algunas sillas habían sido transportadas por los criados desde la casa hasta la cripta. No habían sido necesarias muchas, tan solo media docena para acomodar a los escasos asistentes a aquella misa en honor a Helena. La luz entraba por los tragaluces de la bóveda aportando una iluminación mágica y fantasiosa. La claridad se completaba con el alumbrado de múltiples cirios que daban a la sala el aspecto de una capilla un tanto peculiar y extravagante.

Josep Santaló se hallaba sentado en una silla. Aunque había tenido que ser hospitalizado, la herida no había revestido ninguna gravedad. A pesar de ello, la debilidad de su cuerpo era cada vez más evidente. Había insistido mucho en realizar el oficio religioso. Para él, no era otra cosa que un acto obligado de reconciliación con su hija. Su mano temblaba ligeramente sobre el bastón. Carles observó que ello se debía más a la emoción que a la enfermedad.

Guillermo escuchaba atentamente al sacerdote describir las bondades de su madre. Sonrió al pensar que posiblemente

Ella también oficiaba la misa acompañada de otro Hermano

ella hubiera sido la primera en criticar aquel acto. Hubiera protestado diciendo que la Iglesia no se ponía al lado del pobre como hiciera Jesús, que había encontrado acomodo en las capas altas de la sociedad y había desvirtuado el mensaje original. Sin embargo, ¡cuánto hubiera dado ella por estar junto a su familia! Metió su mano en el bolsillo y pudo sentir la moneda que le diera Ascaso. Recordó que la había perdido en su viaje de vuelta a Barcelona. Aunque no tenía una fe ciega en la moneda, las experiencias pasadas con ella le aportaban una mayor seguridad. Cuando vio entrar a Litus apuntando a su hija con la pistola pensó que su buena suerte se había acabado. Curiosamente, encontraron la moneda al día siguiente entre la ropa de la pequeña Helena. Su traviesa hija tenía la manía de coger todo lo que se encontraba a su alcance. Afortunadamente, aquel día se apoderó de la buena fortuna.

El contacto de una mano sobre la suya le hizo girarse hacia Lena, que sostenía a su hija en brazos. Ambos se miraron y la vio sonreír, como aquella primera vez en su casa del Guinardó, una sonrisa que le había enamorado desde el primer momento. Realmente ella había sido su ángel particular, de ello no tenía ninguna duda.

Carles observó a Ernesto. Se hallaba a su lado y mantenía una gran concentración siguiendo el ritual religioso. Imaginó que, en su mente, debía estar recordando a aquella persona que había ocupado su corazón durante tanto tiempo. Tenía los ojos humedecidos. En estos últimos meses había asistido a la transformación de su compañero: su carácter introvertido y formal se había visto alterado a medida que habían avanzado en las investigaciones. Finalmente, el descubrimiento de la tumba de Helena y del paradero de su hijo, parecían haberle aportado una cierta paz.

Junto a él se hallaba Sara Castells, amiga de Helena. No había querido perderse la íntima ceremonia. Había traído consigo un ramo de petunias que habían colocado a un lado del altar. La emoción contenida parecía ser una constante general en los presentes. Todos eran conscientes de la gran huella que había dejado Helena en sus vidas. De alguna manera, ella había sido la responsable de que todos hubieran podido reunirse y aceptarse tal como eran.

Tras la ceremonia llegaron las despedidas. Finalmente, Guillermo y Lena habían decidido permanecer allí. El muchacho quería acompañar a su abuelo el tiempo que le quedaba de vida. El dinero nunca había sido importante para él y había aprendido que la verdadera riqueza se hallaba en permanecer junto a las personas queridas. El tiempo en este mundo era efímero y él lo había constatado a través de su propia experiencia.

—¿Vamos a la Rambla? —preguntó el republicano.

—Nosotros bajaremos paseando —le contestó Ernesto mientras lanzaba una mirada cómplice a Sara.

—Ya entiendo.

Carles se dirigió al coche donde le esperaba Hamed. El vehículo relucía ya que el rifeño se había entretenido en dejarlo limpio como una patena.

—¡Hamed, vámonos!

—¿Ernesto no viene?

—No. Creo que tiene otros planes —le dijo mientras miraba como su compañero bajaba por la avenida Tibidabo. La pareja caminaba cogida de la mano y parecía ajena al mundo.

—Sube. Hamed te dará sorpresa.

—Espero que haya buena bebida en ella.

—Buenísima. Hamed ha descubierto local que tienen un

té estupendo.

Y Carles se resignó a acompañar a su amigo. A fin de cuentas, no tenía nada mejor que hacer en aquella tarde de agosto. El vehículo fue bajando lentamente, de manera sorprendente para ser Hamed quien conducía. A lo largo de la avenida, las mansiones modernistas parecían rendirles un silente homenaje. Un tranvía azul subía por el paseo llevando consigo a indiferentes viajeros. El republicano se giró y pudo ver como la mansión amarilla se alejaba hasta perderse de vista. No pudo menos que esbozar una ligera sonrisa cargada de una cierta melancolía.

AGRADECIMIENTO

El trabajo de un novelista tiene mucho de ermitaño solitario, aislado del mundo, que dedica una parte de su vida a dejar constancia de unas historias.

Sin embargo, para la consecución de una novela de estas características, es necesario recordar a aquellas personas que, de alguna manera, han contribuido a que esta se lleve a buen término.

En primer lugar, agradecer a Rosa, mi compañera, y a mis hijos por su apoyo y por contribuir a darme un baño de realidad en los momentos en que desconectaba de las duras condiciones de vida de la guerra y posguerra española.

A los escritores e historiadores que han contribuido a dar una visión más amplia de unos momentos históricos tan convulsos, permitiendo avistar la realidad de una guerra en la que, como en todas las guerras, la primera víctima es la verdad. La lista sería interminable: Paul Preston, Antony Behevor, Jorge María Reverte, Pablo Martín Aceña, et al.

A Ediciones Carena por confiar en este proyecto e impulsarlo para que pueda llegar a los lectores en su forma definitiva.

A los primeros lectores que se ofrecieron desde el primer momento a dar su opinión sobre el borrador de la obra.

Quisiera hacer mención especial a José Luis García Martín, Fernando Galcerán, Antonio Bolívar, Josep Abelló, Teresa Muñoz, Josep Andreu García, Helena Llaberia, Lourdes Hinojosa y Mercè Llurba.

A los lectores que confiaron en mi primera novela, *Cicatrices del desastre*, y me animaron desde el primer momento para continuar con esta saga. Mención especial merecen Israel Ramos y Agustina Sobrino por creer de manera tan apasionada en este proyecto.

Finalmente, a mis padres que me hicieron valorar la importancia del esfuerzo y la constancia en la consecución de un proyecto.

A todos ellos, mi más sincera gratitud.

LUIS BOLÍVAR TROYA (Barcelona, 1961), estudió Magisterio, Pedagogía y algunos cursos de Historia del Arte. Desde 1984 se ha dedicado a la docencia y ha trabajado en todos los niveles educativos preuniversitarios, centrándose en el campo de la educación especial y, en los últimos 24 años, la orientación educativa en un instituto de Reus. La literatura, la pintura y la historia son algunas de sus pasiones. Ha realizado múltiples exposiciones pictóricas. Siempre ha escrito, tanto prosa como poesía. Tras el fuego las cenizas es su segunda novela, continuación de Cicatrices del desastre (2021). Ambas forman parte de la saga Los lazos invisibles, combinación de novela histórica y novela negra.